

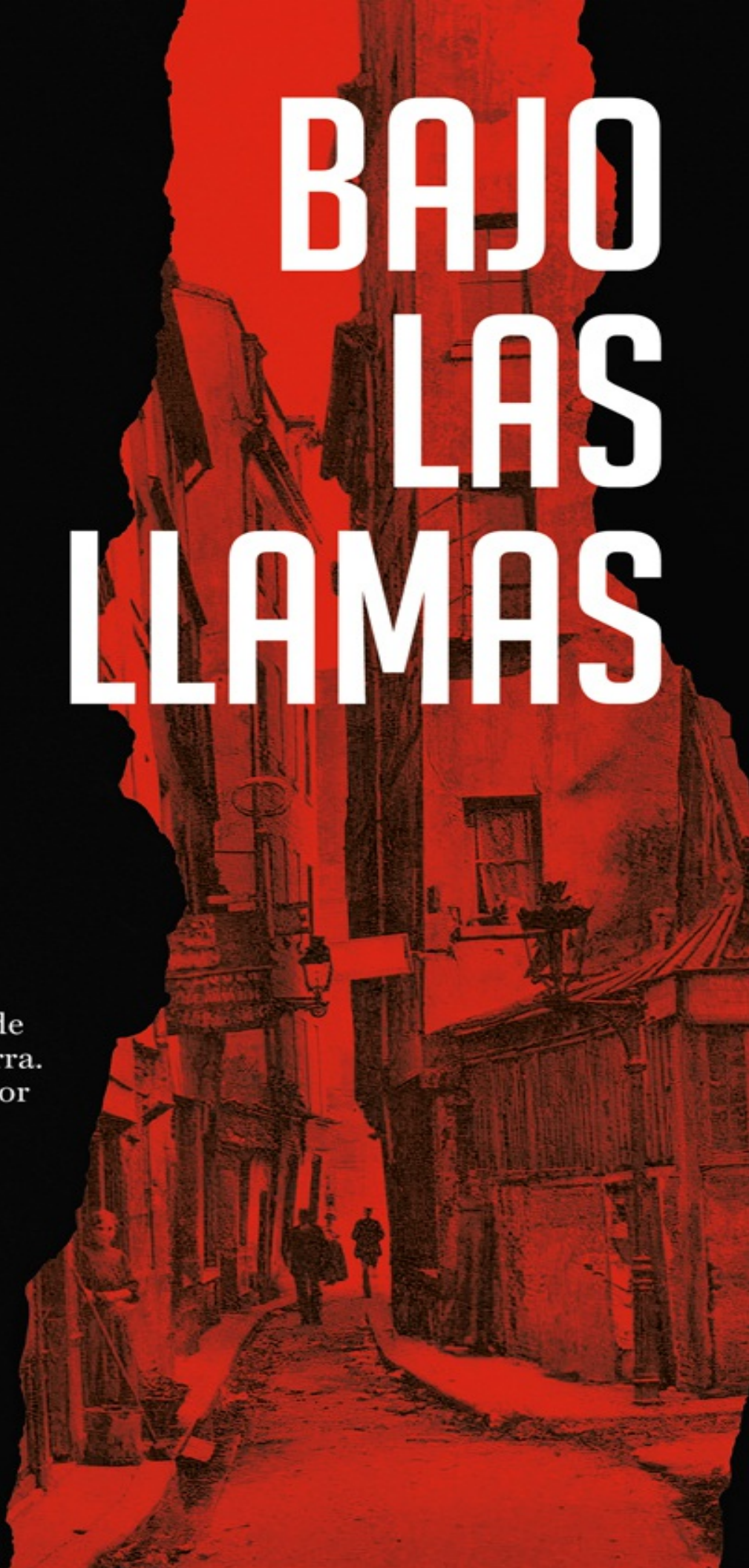
Roja & Negra

BAJO LAS LLAMAS

**HERVÉ
LE CORRE**

«Una novela negra llena de sangre, furor, amor y guerra. Conquista a los lectores por su épica y sus personajes de a pie.»

L'EXPRESS



Bajo las llamas

Hervé Le Corre

Traducción de
Teresa Clavel

R

ROJA Y NEGRA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@adictosalcrimen



@adictosalcrimen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

JUEVES, 18 DE MAYO

La noche, y una luna demasiado clara que los baña de azul. Caminan sin hacer ruido, con los zapatos envueltos en trapos. Son tres en ese ramal de la trinchera hundido en varios puntos, las piernas devoradas por las tinieblas que se agolpan al fondo: se tuercen los tobillos, dan tumbos y a veces tropiezan, tragándose las maldiciones, agarrándose al compañero del que solo ven, casi encima, una masa oscura. Acaban de pasar a cien metros de un campamento. El fuego moribundo, un montón de brasas. El centinela apoyado en el fusil, dormitando. Contienen la respiración y se tapan la cara con el cuello levantado de la guerrera. De cuando en cuando estalla una descarga de artillería en Mont Valérien, truenos lejanos, redoble fúnebre. Un obús silba en medio de la negrura. Versalles bombardea París a ciegas en un intento de matar a los que no duermen. Detrás de ellos, las explosiones, como una tos que se sofoca. Bajo los disparos, la ciudad espera y tiembla de miedo y rabia. Y cuando vuelven la cabeza, los tres hombres ven elevarse el resplandor rojizo de un incendio por encima de la masa oscura de las fortificaciones.

Un caballo relincha a lo lejos, abajo, cerca de la Avenue de Saint-Cloud. Más acá empieza a ladrar un perro al que una voz masculina hace callar, y seguramente también una patada, porque el animal gime de dolor.

Son tres soldados de la Comuna. Del 105.º batallón federado.

El que va delante se llama Nicolas Bellec. Sargento. Lo ascendieron el sábado pasado en la fortaleza de Vanves, ante la necesidad de reemplazar al sargento titular después de que un fragmento de obús le arrancara media cabeza. Los ocho compañeros supervivientes de la veintena que aún había por la mañana se arrojaron al suelo y tomaron esa decisión allí mismo, asustados, totalmente cubiertos de sesos y sangre, vociferando a través del estruendo: «Tú mandas, Bellec. ¡Por lo que más quieras, sácanos de aquí!». Él apenas los veía, apiñados al pie de una muralla de la que llovían trozos de piedra y pedazos de acero grandes como puños, silbando y lanzando chispas mortecinas en medio de la amalgama de polvo y humo. Habían recuperado la fortaleza dos días atrás y resistido bajo la tormenta de obuses desencadenada por los versalleses hasta que el general Wroblewski ordenó la evacuación. Habían escapado por las canteras de Montrouge, cubiertos de hollín, ensangrentados y llorando de rabia. Así que sargento, puesto que eso era lo que tocaba ser.

Salieron por una brecha de la muralla, junto a la puerta de Passy, después de haber dejado el puesto de mando instalado en el ayuntamiento del distrito. Oyeron un rato las discusiones, las

broncas, las increpaciones, hasta que optaron por alejarse de la batalla campal en que se había convertido aquello: se daban empujones lanzando acusaciones de traición, se peleaban sobre la suerte que debían correr los artilleros que habían abandonado las fortificaciones tras los bombardeos de dos días antes. Nicolas hizo una seña a sus dos compañeros. Adrien, el más joven, un muchacho que quizá no tuviera ni dieciséis años, se echó como pudo un petate al hombro al tiempo que sujetaba el fusil, y el pelirrojo alto que estaba a su lado, al que todo el mundo llamaba «el Rojo», se colgó en bandolera dos grandes talegas de cuero. Se colaron entre los vocingleros y los indecisos, zigzagueando a empujones, esquivando los puñetazos fallidos y los aspavientos, y salieron sin decir palabra a la noche fresca.

La calle estaba desierta, oscura. En las plazas ardían antorchas cuya llama danzaba y moría. Caminaron en silencio hacia un brasero que arrojaba un resplandor rojo sobre las siluetas de los hombres agrupados alrededor. Hablaban en voz baja, frotándose las manos, con los rostros inclinados hacia la lumbre y dorados como cabezas de estatuas de bronce pulido. Uno de ellos tosió y escupió en las brasas. Se volvió hacia Nicolas y se fijó en sus armas y en la impedimenta que llevaban al hombro. Era un tipo alto, con un bigote blanco de puntas caídas y barba de varios días. Ya no era joven, y la noche y el resplandor oscilante del fuego daban vida a los surcos de las arrugas de su cara.

—Salud, ciudadano. ¿Adónde vais con esos trastos?

—No podemos decírtelo. Tenemos que ir y punto.

—Pues así no pasas. Esta barricada no la cruza nadie ni en un sentido ni en el otro.

Señaló con un gesto vago un parapeto de tierra y adoquines contra el que habían empujado tres carretas.

—Por poco pasamos sin verla —dijo el Rojo.

El hombre lo miró de hito en hito alisándose el mostacho.

—Vaya, pareces muy listo. Seguro que vas a enseñarme cómo hacer las cosas. En el 48 habríamos necesitado espabilados como tú, nos habrían matado a menos camaradas.

Nicolas le puso una mano en el brazo al Rojo, que se disponía a replicar.

—Ya no estamos en el 48. Aquello era la revolución y esto de ahora es una guerra. Una guerra civil, pero guerra al fin y al cabo. Hay como mínimo veinte mil soldados en el Bois de Boulogne y hasta Montrouge. Ya visteis ayer los bombardeos. La artillería de marina en Mont Valérien tiene a un cuarto de la ciudad bajo el fuego. Dentro de dos o tres días, cuatro quizá, entrarán en París si no se hace nada, y yo creo que no se hará nada. Así que, ciudadano, tu barricada aguantará menos que una paca de paja delante de un tren a toda velocidad.

El viejo bajó la cabeza y suspiró; un acceso de tos le hizo doblarse por la cintura y escupió entre los pies mientras recuperaba con dificultad el aliento. Estuvo un momento sin decir nada, vuelto en dirección a la barricada. Alrededor del brasero, las conversaciones habían cesado.

Todos se miraban sin verse realmente en aquella noche que atravesaban las llamas.

—Estamos esperando una ametralladora. Una de calibre 8, aunque no es seguro. Vamos a hacer que su tren, como tú dices, se salga de los raíles. Brizna de paja o grano de arena, vamos a frenarlo.

Una voz empujada por un soplo de calor y un revuelo de llamas sonó en la oscuridad.

—¿Sois del 105.º?

—Sí.

Un tipo se acercó. Cojeaba y se apoyaba en un bastón torcido. Les estrechó la mano a los tres inclinándose un poco.

—El otro día queríamos ir a la fortaleza para liberaros, pero La Cécilia dijo que lo único que conseguiríamos es que nos hicieran picadillo, así que nos quedamos quietos, rediós. Rabiando por dentro, hostia. Una compañía se dirigió hacia allí a pesar de las órdenes, pero lo que les caía encima era demasiado y al cabo de dos horas renunciaron. Los vimos regresar con los muertos, no quisieron abandonarlos. ¿Qué podíamos hacer nosotros?

Nadie supo qué responder. El cañoneo, a lo lejos, hablaba por ellos. El viejo del 48 cargó una pipa. Sus ojos brillaban intensamente a la luz de la cerilla.

—Defenderemos esta barricada... Nos agarraremos a ella como a una boya en pleno temporal. Y les estallará en los morros.

Meneaba la cabeza con la mirada gacha, como si quisiera convencerse de lo que acababa de decir. Nicolas no sabía qué contestar a eso. De pequeño, en Saint-Pabu, donde se había criado, le contaban a menudo historias de marinos perdidos en las simas saladas durante las tempestades. Arrastrados con sus boyas, desaparecidos para siempre. O arrojados a la costa, verduscos e hinchados de agua, como los que había visto una vez después de un golpe de mar terrible.

—Nos hundiremos con ella —dijo el cojo—. Ya has oído lo que ha dicho el camarada... Tienen hordas de asesinos en el Bois... No nos darán tregua... Todos esos soldados que salieron por piernas al aparecer los prusianos y ahora se sienten con valor para venir a fusilar al pueblo, esos son todos unos hijos de zorra y unos borrachos como sus papás. Este mundo todavía está en manos de los bárbaros... La república socialista no será para hoy.

El viejo se irguió encogiéndose de hombros. Se volvió hacia Nicolas y sus dos compañeros. De espaldas al fuego, con la noche cayendo sobre su persona y el rostro surcado de sombras y ya sin mirada, como el de un muerto, Nicolas solo veía en él una insondable tristeza pese a la amplia sonrisa que asomaba bajo el gran bigote blanco.

—¡Bah!... Será para la próxima..., cuando yo la haya palmado. Vamos a enseñarles a los que vengan detrás cómo se lucha, para que aprendan, ¡luego intentaremos correr más deprisa que las balas!

Nicolas oyó a Adrien, detrás de él, resoplar y dejar el petate en el suelo con un ruido sordo y

hueco de metal.

—¿Qué lleváis ahí dentro? —preguntó el bigotudo.

El cojo se acercó, apoyado en su palo, y asintió con la cabeza como si hubiera comprendido.

—No podemos deciros nada. Tenemos que irnos, se hace tarde. Llevo un salvoconducto del general Dombrowski. Si queréis saber más, hay que preguntarle a él.

Luego rebuscó en los bolsillos de su guerrera. Sacó una hoja de papel y la desdobló.

El viejo lo detuvo con un gesto.

—Déjalo... Id y haced lo que sea necesario para regresar vivos y enteros.

Cuando pasaron junto a las llamas, los hombres los saludaron en voz baja deseándoles ánimo, o suerte, mientras les daban palmadas en la espalda. Al lado de la barricada dormían, sentados o atravesados de cualquier manera, veinte o treinta tipos que gruñían y roncaban y de golpe se volvían del otro lado mascullando. Subieron el parapeto de tierra haciendo rodar algunos adoquines al pisarlos. Caminaron entre los restos y los escombros diseminados por los bombardeos en medio de una calle que conducía a las murallas, y ningún farol, ni el temblor de una sola llama marcaba sus pasos. Olor sofocante de incendios mal apagados. Tuvieron que escalar los cascotes de una casa desplomada en plena calle. Muebles rotos y cortinas sembraban las ruinas. Más allá, un caballo reventado, patas arriba entre los varales de una carreta, empezaba a heder. El claro de luna, de una blancura insolente, arrojaba sombras azuladas y les iba revelando las fachadas de las casas como si fuesen las paredes de un desfiladero.

La tierra está erizada de troncos de árbol hechos trizas, de tocones arrancados con las raíces desnudas. Monstruosa tarea. Olores mezclados de madera, pólvora y carne putrefacta. Efluvios de batalla. De vez en cuando, varas de tiro clavadas en el suelo, ejes dislocados sobre el lomo de un caballo muerto. Hace un momento se han sobresaltado al ver en el talud un brazo levantado, extrañamente sujeto entre los radios de una rueda partida, con los dedos de su gran mano contraídos. Una enorme araña encarada al cielo. Se han detenido sin decir nada y han contemplado ese vestigio humano antes de mirar a su alrededor como si fueran a encontrar al propietario tambaleándose en medio del desastre. Adrien ha preguntado si iban a dejarlo así, plantado como una simple rama, pero los otros dos han reanudado la marcha sin contestarle, así que los sigue, volviéndose hacia aquella mano macabra hasta que desaparece en la oscuridad.

Salen de la trinchera y paran con el fin de orientarse, en cuclillas, tan inmóviles que podrían confundirlos con el montón de rocas desmoronadas en la devastación del combate. Los versalleses se han retirado tras su ataque a la puerta de Auteuil. Se distingue a lo lejos, al otro lado del lago, el resplandor de tres fogatas. Hay furgones en fila a lo largo del camino, en el cruce de la Allée de la Reine. No se mueve nada. Ni un ruido. Se diría que de pronto todo ha quedado en silencio y

paralizado para ver mejor cómo se acercan. Esos silencios y esa inmovilidad de mandíbulas abiertas son propios de las trampas.

—Por allí —susurra el Rojo—. Hay que ir hasta el lago. Es justo antes de la cascada.

Reemprenden la marcha. La avenida es una ancha cinta blancuzca desenrollada bajo sus pies. El Rojo se ha puesto en cabeza. Conoce el bosque como la palma de su mano, de la época en que era un crío y su padre, a fin de dar más consistencia a la sopa, por unos francos llevaba los domingos a los paseantes en un coche tirado por un jamelgo al que había salvado del matadero. Era un viejo caballo animoso y dócil que había conservado cuatro años, antes de que se desplomara una noche de junio en el puente de Grenelle, muerto, con los ollares ensangrentados. Se conoce al dedillo el sotobosque y los atajos, los caminos y los puentes. Pese a la confusión de la batalla, sigue orientándose con la extraña seguridad de un ciego.

Cruzan la carretera y vuelven a bajar a una cuneta embarrada. El fango se les pega a los pies y los arrastra con glotonería, como si quisiera atraerlos hacia el fondo para engullirlos. Cada paso supone un esfuerzo para avanzar por ese cieno, y jadean y sienten que los petates pesan cada vez más por efecto del cansancio. Entre el follaje ven moverse árboles iluminados por las fogatas. De vez en cuando el viento les trae un rumor. Voces lejanas. Una risa de mujer. Se detienen un instante para oír mejor, luego continúan avanzando. El Rojo alcanza el talud de dos zancadas y echa a correr hacia los árboles. Los otros dos le siguen. Se meten en agujeros de obús, suben a gatas por montículos que huelen a azufre. Cuando llegan a la protección de los árboles se detienen para tomar un poco de aire. Más lejos, en línea recta frente a ellos, hablan unos hombres a los que no ven a causa de la maleza que invade el terreno. Se acercan, doblados por la cintura, pero se quedan quietos y se agachan al ver desplazarse una llama hasta una pipa y la silueta de dos soldados, fusil al hombro, de pie ante el resplandor azulado de una fogata casi apagada. Detrás de ellos, una batería instalada junto a un embarcadero y su merendero. Desde ayer, ese cañón de 12 libras mantiene bajo el fuego a todo el distrito. Dos o tres obuses por hora. Se levantan y se acercan más, poco a poco, conteniendo la respiración. Los dos soldados están a treinta metros. Bajo el claro de luna, el cañón despidе un brillo apagado de animal frío.

Nicolas y Adrien dejan sus petates en el suelo sin hacer ruido. Desenfundan sendos cuchillos y los introducen bajo el cinturón, a la altura de los riñones. El Rojo se ha sentado para recuperar el aliento. Empuña un gran revólver. Adrien se aleja hasta desaparecer en una depresión: una zanja o un cráter abierto por alguna explosión. Nicolas lo sigue, pero luego se para al borde del hoyo e intenta averiguar dónde se ha tumbado el muchacho. Solo ve un vasto campo sembrado de montículos gigantes, y más allá, el espejeo del agua.

—¡Socorro! ¡Ayuda, por favor!

La voz se eleva del suelo.

—¿Quién va?

Un soldado amartilla el fusil y se acerca. Una silueta encorvada en la claridad lívida. Su compañero no se mueve. Él también aprieta el arma contra sí.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué dolor!

—¿Quién eres? ¿A qué vienen esos gritos? —El soldado permanece sobre un terraplén, apuntando con el fusil.

—¡Tengo un mensaje para el general Clinchant!

Nicolas no pierde de vista al otro soldado, que ha dado unos pasos hacia su compañero. La voz de Adrien, sofocada al fondo del agujero, es la de un moribundo.

—¿Y qué quieres decirle al general? ¿A estas horas está durmiendo!

—Los insurrectos... están preparando algo...

—¿Qué?

—Acaba con él —dice el soldado que se ha quedado atrás—. Después veremos si lleva encima un mensaje o no. Hay que desconfiar de esta gente. Ya está metido en la tumba, así que, qué más da.

—¿Y si el general no recibe el mensaje y lo que quiere decirle este medio muerto es importante?

El hombre se mete en el hoyo. Se oyen gemidos. Un quejido sordo como el de un niño o un perro. El otro soldado se acerca también, apuntando con el arma. Pasa a diez metros escasos de Nicolas, se sube al rodete de tierra, permanece un instante inmóvil, y cuando se inclina para ver mejor, Nicolas se abalanza sobre él, pero tropieza en un bache y cae boca abajo, y entonces oye al hombre proferir un grito y, al levantar la cabeza, lo ve encarar el fusil y caer hacia atrás gritando de nuevo. Nicolas va corriendo hasta el borde de aquel agujero oscuro y distingue en él brazos y piernas entremezclados, y luego, debajo, algo negro moviéndose donde advierte la brecha clara de los ojos de Adrien. El muchacho se quita de encima los cuerpos de los dos soldados con el gran cuchillo todavía en la mano. Está cubierto de tierra y sangre.

—No es peor que degollar cochinos. Estos chillan menos, esa es la ventaja.

Recuperan el aliento contemplando los dos cadáveres boca arriba. Adrien limpia el cuchillo contra la pernera de los pantalones, escupe sobre los muertos y les envía de una patada un puñado de tierra pesada. Nicolas intenta distinguir sus rostros, pero lo único que puede ver a la luz tenue son bocas abiertas y frentes macilentas. Cuando oyen al Rojo silbar a su espalda, se dirigen hacia él y lo encuentran de pie junto a los petates, inmóvil y erguido entre aquellas tinieblas como un espectro.

—Eso no es todo. Ahora hay que ocuparse del cañón.

Corren como pueden hacia la batería, tropezando y resoplando, y se detienen al oír que una voz pregunta en la oscuridad:

—¿Qué pasa? ¿Sois vosotros, muchachos?

Un hombre con una manta sobre la cabeza, recostado contra una caja llena de obuses, se endereza. Mira a su alrededor, y se dispone a levantarse cuando el Rojo le asesta un golpe con la culata en plena cara. El tipo cae de costado gimiendo y luego se queda en silencio.

Ellos abren los petates y sacan el material. Un rollo de cordón, un barrilito de pólvora, un obús de 8 pulgadas. El Rojo carga el cañón: pólvora, tapón de estopa. Después levanta el obús, se lo acerca al cuerpo con precaución, como si fuera de cristal, y lo introduce al revés en el tubo. Ha ajustado la espoleta para que explote a los diez kilos de presión. Luego levanta de nuevo el alza lentamente y los tres dejan de respirar hasta que todo está en su sitio, y entonces Nicolas llena el cañón de tierra, la aplasta y se aparta de un salto. A continuación, sacan de un petate otro obús cuya espoleta ha sido retirada y sustituida por un simple tapón de corcho. Lo colocan bajo las dos cajas de municiones fijadas sobre un atalaje de artillería, meten el cordón en la ojiva y desenrollan veinte metros. Durante unos segundos, no se mueven. Miran su máquina infernal.

—Vamos —dice el Rojo.

Recogen los petates. Adrien, que ya se aleja, señala con el dedo al artillero que yace inconsciente.

—¿Y él? —pregunta.

Nicolas se encoge de hombros.

—Lleva dos días bombardeando y matando, de lejos y como quien no quiere la cosa. Cuando le estalle en los morros verá el efecto que causa.

El Rojo suelta una carcajada detrás de él y Nicolas le lanza una caja de cerillas.

—Te toca.

El cordón ya chisporrotea. Una flor de fósforo corre por el suelo. El Rojo prende fuego en la cazoleta de la recámara y echan a correr, repentinamente ligeros, saltando por encima de los hoyos y los charcos, para refugiarse bajo los árboles como presas de caza. Llegan a una alameda, y en ese momento la primera explosión los levanta del suelo y los tres caen a cuatro patas. Se vuelven para ver elevarse hacia el cielo un árbol de fuego cegador; luego, la salva de obuses les martillea el vientre y oyen los fragmentos de acero silbar en el bosque y triturar y desmenuzar el follaje y las ramas. Sobre ellos, un calor que huele a pólvora, y trozos de madera y astillas que se encienden por encima de sus cabezas caen con un zumbido y se apagan a sus pies.

Finalmente dan la espalda a los fuegos artificiales y echan a correr de nuevo. Ya se oyen toques de corneta dando la voz de alarma, gritos lejanos. Están sin aliento. Adrien encuentra fuerza suficiente para soltar de vez en cuando una risa ahogada.

—¡Les hemos metido una buena a esos canallas!

Entran en París por donde salieron un rato antes. Nadie en los bastiones. Ni un centinela. Podrían pasar dos mil hombres antes de que alguien se diera cuenta. Nicolas se detiene y se vuelve para escrutar la noche, escuchar el silencio, que le parece extraño, y adivinar tal vez el

pisoteo sordo de los regimientos lanzándose al ataque, el rodar de los carros avanzando sobre el empedrado. Podrían estar ahí, pisándoles los talones, miles de ellos salidos de los bosques, como lobos, dispuestos a diseminarse por París, peste de hierro y fuego.

—¿Qué miras? —pregunta el Rojo—. ¿Esperas que siga estallando? ¿No has tenido bastante?

—Sí, sí, pero...

—No digas nada. Esta noche no vendrán.

A duras penas se distinguen, no ven nada de lo que dicen sus ojos. El cansancio de la esperanza, la inquietud que se les pega a las suelas y dificulta cada uno de sus pasos. Reanudan la marcha siguiendo la vía del tren hasta la barricada que cruzaron antes, todavía custodiada por durmientes.

Vuelven a pasar por delante del puesto de mando del ayuntamiento. Aún hay allí más de doscientos tipos, guardias nacionales con el fusil al hombro o civiles en guardapolvo o levita; golfillos zarrapastrosos provistos de cartucheras, con un revólver metido bajo el cinturón, y algunas mujeres que hablan entre ellas en un rincón. Siguen gritando y discutiendo. Se acaloran, sueltan risotadas y eructos, se quedan roncros.

De la puerta de la Murette a la de Point du Jour nadie responde, los artilleros huyen, los centinelas desertan. Cañones desatendidos, taludes despanzurrados. Fuego y acero como si brotara de las entrañas de la tierra. Ya nadie se atreve a aventurarse en ese infierno que se desborda. Dombrowski ha conseguido derribar las líneas versallesas y ha llegado hasta Choisy antes de tener que replegarse, superado en número, sin refuerzos ni munición. El cañoneo ha cesado hacia mediodía, los versalleses han retirado la mayoría de sus piezas, pero se ve a los fusileros pasearse tranquilamente por el Bois de Boulogne. Están acampados bajo los árboles, un poco más lejos. Se divisan sus fogatas en la noche. Cuando sopla el viento, se los oye reír o cantar.

—¡Con los pechos al aire y abierta de piernas! —grita un cabo subido a una silla, bajo una bandera roja clavada en la pared—. ¡Así está París! ¡Los versalleses no tendrán más que revolcarse sobre ella como lo harían sobre una pobre zorra!

—¡Igual que mi parienta! —dice con voz chillona un hombrecillo, lanzando un escupitajo al suelo—. ¡Voy a dársela a Thiers! ¡Acabará con él a fuerza de cabalgadas!

Carcajadas generalizadas.

Un tipo grandullón, con el quepis de lado y la enorme cazoleta de la pipa rebotando sobre la barbilla, empuña su bayoneta como un carnicero de la Villette un cuchillo de deshuesar.

—¿Qué diablos hacen en el ayuntamiento? ¿Y en el comité central? ¡Necesitamos refuerzos! ¿Y Delescluze? ¿Está recortándose la barba delante del espejo después de un buen baño caliente? Cojo a diez hombres y vamos a buscar a esos señores para que vengan a ver cuál es la situación, ya que no nos creen. ¡A la ida fusilamos a los desertores, y a la vuelta traemos con nosotros diez batallones!

—¡Bien dicho, ciudadano! ¡Todos al ayuntamiento! ¡Viva la Comuna!

Aclamaciones. Abucheos. Silbidos. Trifulcas. Se agarran del cuello espetándose a la cara argumentos definitivos. La sala ruge de ira y las pipas indignadas lanzan chispas. La toman con los cobardes que han desertado de las murallas, han dejado las fortificaciones sin defensa y abandonado los cañones. Se ha visto a agentes versalleses guiar el fuego de artillería con lámparas de fósforo.

—¡Demonios, habríamos querido veros en medio de las descargas estos últimos días! El que os habla estaba allí. Aquello era una carnicería. Los que no huyeron saltaron en pedazos. ¡Recogíamos brazos, piernas y tripas por todas partes! ¡Sí, señor! ¡El valor hecho picadillo, y de qué poco sirve!

—¿Quién habla de valor? ¡No es solo munición lo que falta! A veces partimos para el combate trescientos y no vuelve más de un centenar. Buscas a los demás y los ves largarse diciendo que los oficiales no tienen ni idea y los llevan al matadero. ¡Sin haber disparado ni una vez! ¡Salen por piernas! ¡Pandilla de cobardes! ¡Habría que llevarlos al paredón!

Dos hombres se enfrentan agarrándose de la camisa y tratando de taladrar con la mirada los ojos del otro, hasta que acaban empujándose mutuamente con aire cansado y la cabeza gacha, mientras a su alrededor se desgañita la muchedumbre y ondea una marea de cabezas y hombros.

Unos capitanes se suben a las mesas e intentan congregarse a sus hombres. «¡Primera compañía del 112.º, conmigo!» Blanden el sable, agitan el quepis, pero el griterío es demasiado fuerte y se vuelven en todas direcciones para arengar a los furiosos, atraer una mirada, pillar a un teniente para que transmita sus órdenes, intimidar a un sargento para que se comporte. Se ríen en sus narices, les levantan el puño mandándolos a la mierda. Con muecas de rabia y consternación, los insultan. Ellos se desgañitan vociferando. «¡Atento el 85.º a las órdenes, redíos! ¡A formar en el patio!» Pero el tumulto anula todas las órdenes, ahoga su autoridad en un océano de ira desconcertada.

El Rojo arrastra a Nicolas asiéndolo de un brazo. Adrien vuelve a coger el petate. Salen y dejan tras de sí el guirigay, y se adentran en la oscuridad de las calles sin decir nada, zigzagueando a veces entre los escombros de las fachadas bombardeadas. Un poco más lejos, divisan un farol colgado encima del rótulo de un café.

—Mirad —dice Adrien—, allí. Está abierto.

Una luz tenue titubea en la ventana, y al entrar distinguen, bajo unas lámparas de petróleo colgadas de las vigas, a cinco hombres sentados ante unas jarras de cerveza, con el quepis encima de la mesa. Hablan en voz baja y apenas levantan los ojos hacia los recién llegados. En un rincón, los fusiles descansan contra la pared. Una mujer, sola en una mesa, parece dormir con la cabeza sobre los brazos cruzados y los largos cabellos grises revueltos a su alrededor. La barra es una tabla apoyada sobre tres toneles. Encima, dos candeleros hacen danzar sombras en el techo y brillar las botellas alineadas en los estantes.

—Vamos a cerrar —dice un tipo corpulento con el pelo cortado al rape y expresión huraña, que aparece tras apartar una pesada cortina.

—No vamos a quedarnos. Sírvenos vino. Y necesitaríamos lavarnos un poco.

Nicolas pone tres monedas sobre la tabla.

—Detrás, en el patio —dice el hombre—. Hay una bomba. Y guárdate el dinero. Aquí es gratis para la Guardia Nacional.

Van a lavarse las manos y la cara sin ver realmente lo que hacen. La sangre y el barro se han secado, así que frotan con insistencia y se sacuden el agua gruñendo.

—¡Mi fusil por un baño! —dice Adrien.

El Rojo se parte de risa.

—Buena idea, así morirás limpio.

—Si mi madre me viera..., ella que quería que me pusiera en remojo una vez a la semana...

—Te oiría antes de verte. Así tendría tiempo de poner agua a calentar.

Los tres ríen mientras se secan con el faldón de la camisa. Cuando regresan a la sala del café, los cinco hombres están de pie, armas al hombro. En medio de ellos hay una mujer desgredada, alta y fornida. Con las manos atadas delante. Uno de los guardias se acerca a Nicolas. Ojos risueños bajo la visera del quepis.

—Sargento Corvoisier, del 212.º. Tenemos que llevar a esta pájara a la policía. Unos testigos la vieron anoche hacer señales a los versalleses con una lámpara para guiar a los artilleros. Llevaba encima un plano del barrio.

La mujer mantiene la cabeza gacha. Uno de los hombres de la escolta le coge la barbilla y la obliga a levantarla. Tiene el pómulo derecho hinchado. Manchas de sangre seca en el mentón. No mira nada. Sus ojos desorbitados se mueven en todas direcciones como si buscara algo. El soldado le da un manotazo en la parte posterior de la cabeza.

—Sueñas con vernos a todos fusilados o atravesados por una bayoneta, ¿eh, zorra? Deberíamos haberte metido la lámpara por el culo. ¡Pero en la prefectura van a hacerte escupir los nombres de tus cómplices!

—Aquello es un hervidero en este momento —dice Corvoisier—. Espías, traidores y toda esa gentuza. Nos pasamos el tiempo persiguiéndolos. Incluso oficiales. El otro día, un coronel. La policía nos ha pedido ayuda, en vista de que los guindillas se han largado. ¿Y vosotros? ¿Qué hacéis tan tarde por aquí?

—Aprendiendo artillería —dice el Rojo—. Pero como no acabamos de entender cómo funciona, surge algún problema.

En el rostro del sargento aparece una amplia sonrisa.

—¿No habréis sido vosotros los de los fuegos artificiales de hace menos de una hora en el Bois?

Los tres compañeros asienten con la cabeza.

—Se supone que desmoralizará a los versalleses —dice Nicolas—. El general lo llama guerra de hostigamiento. Dice que a Napoleón lo expulsaron de España así. En vez de librar batallas en línea contra un ejército más poderoso, es más como una guerra popular. El enemigo está en todas partes y esos idiotas ya no saben cómo darle alcance. También dice que si el comité central se dignara escucharlo podríamos recuperar Issy y Vanves y reforzar las guarniciones. Y que deberíamos utilizar más la artillería. Pero nada, dejamos las murallas bajo el fuego y mandamos construir barricadas.

El dueño, detrás de la barra, menea la cabeza con aire contrariado.

—Esas barricadas son cartón piedra. Decorados para el bulevar del Crimen.

Los hombres se vuelven hacia él y lo miran sorprendidos.

—¿No estáis de acuerdo? Con eso no vamos a parar Versalles, lo sabéis de sobra. ¡A duras penas sirve para defender tres días el barrio Saint-Antoine, me cago en Dios! —suspira antes de continuar—: De todas formas, la suerte está echada. Tardarán un día o diez, pero entrarán en París y nada ni nadie podrá detenerlos.

El Rojo se acerca y vacía de un trago el vaso de vino.

—Eso está por ver —dice.

Los hombres de Corvoisier lo aprueban mascullando.

—No saben lo que es atacar al pueblo de París —dice uno de ellos.

El patrón se encoge de hombros.

—Vosotros sois jóvenes... Quizá tengáis razón...

Saca unos vasos limpios. Otra ronda. Se ponen a hablar todos a la vez. Discuten sobre la mejor forma de defender una barricada, de colocar los cañones. Metralla, fuego cruzado. Emboscadas. De repente todo parece facilísimo. Como si Thiers alineara enfrente regimientos de opereta. Nicolas los deja hablar. El dueño del local los escucha sonriendo tristemente, con una botella de vino dulce en la mano. En un rincón, tirado en una silla, Adrien duerme con la boca abierta y el fusil entre las piernas.

El sargento Corvoisier manifiesta su preocupación por la hora. Pronto será medianoche. Tienen que cruzar medio París para entregar su prisionera a la policía. Se estrechan las manos, se dan palmadas en el hombro llamándose unos a otros «ciudadano» y «camarada». Se despiden para volver a verse muy pronto en las barricadas. Dentro de un mes, en Versalles, en los jardines de los reyes. Luego salen del café entre una algarabía de adioses, empujando delante de ellos a la mujer, que va dando traspies porque lleva los tobillos atados con una cuerda. En medio del silencio que se ha hecho, se oye durante un buen rato el ruido de sus zapatones sobre los adoquines.

Adrien despierta y ve a su alrededor la sala vacía, se pasa los dedos por la pelambrea y se da dos tortas.

—Hijo, ¿tienes edad para andar por ahí de noche con estos dos? —pregunta el patrón.

—Tengo casi dieciocho.

El hombre sonríe mientras guarda las botellas.

—Y si no es verdad, el mentiroso no anda lejos...

—¿Qué narices importa la edad? ¡Además, yo no ando por ahí, hago cosas útiles!

—Es el rey de la navaja —dice Nicolas—. Rápido y certero.

—Antes de la guerra era aprendiz de carnicero en Le Bourget. Mi viejo y yo matábamos la mitad de los cerdos del pueblo, no había nadie mejor que nosotros.

—Y ahora desangras soldados...

—Da menos beneficios, pero es por la Comuna, y la Comuna acabará pagando.

El Rojo ha cogido su petate. Le hace una seña a Nicolas para indicarle que habría que irse. Los tres se preparan resoplando por el esfuerzo, hartos de estar cansados. El dueño del local los acompaña hasta la puerta arrastrando los pies, repentinamente abatido.

—Si se tercia, venid a beber un trago. Sois buenos chicos.

Prometido, aunque nadie se lo crea. Al norte, por el lado del Arco de Triunfo, estalla un obús que les hace volver la cabeza hacia el cielo ciego. ¿Qué estaban diciendo? Ah, sí: hasta la vista.

Se pierden un poco en el dédalo de calles oscuras, cruzándose con algunos transeúntes furtivos que se alejan al ver a tres guardias nacionales. De cuando en cuando pasan junto a fachadas reventadas, caminan sobre cristales rotos. A veces, un muro que se ha venido abajo permite entrever un jardín, y al fondo, una mansión con los postigos cerrados.

—Podríamos echar un sueñecito ahí —dice Adrien—. No tendríamos que andar tanto, y será un cambio comparado con nuestros jergones.

Barrio fantasma. Las casas todavía intactas se alzan contra ellos, cerradas a cal y canto. Llenas de un silencio que parece brotar de las paredes y extenderse por la calle como un desprecio. Los burgueses huyeron a finales del mes de marzo, dejando tras de sí a algunos criados para que velaran por sus bienes, convencidos de que el motín sería sofocado en dos semanas, justo el tiempo que el ejército necesitaba para agrupar sus fuerzas, y ellos regresarían enseguida para disfrutar y prosperar entre sedas y terciopelos. Temían que la chusma saqueara sus salones y es el partido del orden el que lanza obuses vándalos a los comedores y arranca de las paredes devastadas el rostro de los austeros antepasados en sus marcos dorados.

Nicolas levanta los ojos hacia un edificio de balcones sostenidos por cariátides. Tejado destrozado, erizado de vigas. ¿De qué no serán capaces cuando tengan Montmartre y Ménilmontant bajo el fuego? Cuando bombardeen los míseros edificios superpoblados, los cuchitriles de la gente pobre. Cuando traten de sepultar al populacho tan odiado bajo los escombros de sus zahúrdas. Piensa en la batalla reciente en el fuerte de Vanves. Lo que libraban contra ellos era la guerra, una guerra total, mucho más feroz, mucho más encarnizada que la que Badinguet y su

Estado Mayor de tres al cuarto habían librado contra los prusianos. Con una nación extranjera se acaba por concertar la paz, por firmar rendiciones o tratados. Los príncipes y generales, en ocasiones bastardos de la misma sangre, siempre terminan por hacerse cumplidos saludándose con sus sombreros de plumas. Pero cuando se trata de combatir al pueblo no hay tregua, no hay cuartel. Masacrar, despedazar, para que solo quede silencio y terror.

Un intenso escalofrío recorre a Nicolas Bellec, sargento de la Guardia Nacional, y le atraviesan la mente espantosas visiones. Se encoge de hombros, meneas la cabeza, se sacude para conjurar ese estremecimiento que corre bajo su piel. Sus dos compañeros caminan delante arrastrando los pies, con la cabeza gacha, extenuados como él. Los alcanza, apretando el paso pese al cansancio, y finalmente avanzan los tres al mismo ritmo, torpes y pesados como si cojearan de las dos piernas.

Cuando llegan al muelle de Passy, un vientecillo fresco los azota suavemente y se quitan el quepis para dejar que sus cabellos se sequen y ondeen un poco. El Rojo cierra un instante los ojos y susurra:

—Qué gusto, a pesar de todo. Casi podría uno olvidarse.

El Sena fluye en la oscuridad lamiendo la orilla. Al pie del puente de Grenelle está amarrada la chalana que sirve de dormitorio a los que defienden la barricada que intercepta el muelle.

—¡No os acerquéis! —grita un hombre.

—Sargento Bellec, del 105.º. Tenemos un salvoconducto.

Se oyen movimientos detrás del alto muro de adoquines y carruajes volcados. Tres siluetas se apoyan en el parapeto con el fusil pegado a la mejilla. Dos hombres salen por una trampilla y avanzan. Uno de ellos sostiene una linterna por delante de él, en alto. El otro apunta con la bayoneta a Nicolas, que se ha acercado con sus credenciales en la mano. El hombre lee el papel. Suspira y meneas la cabeza. Un galón medio descosido dice que es teniente.

—¿Qué hacéis a estas horas en la calle? El general Dombrowski, ¿eh? ¿Un salvoconducto para llevar a cabo una misión de la mayor importancia? ¿Y qué habéis hecho? ¿Habéis ido a coger flores a Versalles?

—Les hemos volado un cañón en el Bois. Y municiones. Y ahora nos gustaría irnos a dormir un poco.

—Ah, ¿los de ese estruendo erais vosotros? ¿Un cañón? ¿Uno solo? ¿Qué era?

—Una pieza de 12 libras. Había avanzado hacia la puerta de Auteuil, camuflado entre los árboles, y ha bombardeado las murallas y el barrio durante todo el día.

—Por lo menos ese no nos matará, siempre es un consuelo.

El teniente baja el brazo con el que sostiene la lámpara y le devuelve el papel a Nicolas. Les abre paso con un gesto cansado. La lámpara, al balancearse, arroja sobre la barricada reflejos azules que le dan el aspecto de un montón de ruinas. Mientras se alejan, el teniente les desea que

pasen una buena noche.

—Yo soy Grelier. Teniente Augustin Grelier.

Nicolas se vuelve y lo ve apoyado en un poste, con la lámpara en el suelo. Solo se distingue de él su rostro vacío, una cabeza de muerto sobre un cuerpo muy vivo.

—Les digo mi nombre a todos los que me encuentro. El que sobreviva quizá se acuerde de mí y vaya a decirles a mis padres lo que he hecho. Tienen una pequeña granja en Roissy. Está algo lejos, pero el camino es bueno.

Su voz ha cambiado. Ya no tiene ese tono cortante, esa dureza grave. Como si el oficial hubiera abandonado sus atributos. Es la voz de un joven, y en esa noche de silencio roto por las explosiones se nota que tiembla un poco.

—Qué tontería, ¿no?

—Bellec. Nicolas Bellec. De Saint-Pabu. Está muy lejos, en el norte de la Bretaña, a orillas del Aber-Benoît, y apenas hay camino. No sé muy bien quién se acordará de nosotros. ¿Quizá los que nos quieren?

El teniente Grelier rompe a reír.

—¡Entonces estamos aviados!

Nicolas lo saluda con la mano mientras se aleja, con un gesto que la oscuridad absorbe. Adrien va delante con paso cansino, impaciente por acostarse. Lleva un rato sin decir nada, va dando tumbos como si estuviera ebrio o dormido. El Rojo balancea su largo esqueleto al lado de Nicolas, con aire sombrío, y mueve la cabeza de arriba abajo y de izquierda a derecha mascullando, como si mantuviera consigo mismo una conversación difícil. Llegan a la esquina de la Rue du Commerce y se detienen junto a una gran carreta volcada delante de dos cañones, uno de espaldas al otro, y unas cajas de municiones. Dos hombres están sentados en sendos sillones fumando en pipa y con el fusil en el regazo. No hablan, permanecen inmóviles, con la mirada perdida, pensativos, tal vez somnolientos. Levantan la cabeza y reconocen a Adrien, lo saludan con la mano y un gruñido y vuelven a sumirse en el silencio.

Más lejos se oyen risas, protestas sordas, un acceso de tos. El acantonamiento del 105.º está a pocos pasos, detrás del ayuntamiento: un almacén reconvertido donde dos codiciosos comerciantes de Les Halles habían escondido toneladas de harina durante el asedio para influir en el alza del precio. A finales de marzo, una noche en que estaban cargando un carro, una patrulla los sorprendió y los fusiló allí mismo, entre las aclamaciones y los escupitajos de la muchedumbre atraída al lugar por aquel trajín. Adrien se aleja dando las buenas noches, sin volverse. El Rojo y Nicolas lo ven desaparecer en la oscuridad y surgir de nuevo bajo un farol encendido, el único de la calle, gran estrella solitaria vacilando en aquellas tinieblas. Se quedan un momento plantados allí, junto a los dos cañones inútiles y los dos hombres postrados en sus sillones.

—En cualquier caso, es muy triste —dice el Rojo.

Nicolas intenta distinguir las facciones en el rostro de su compañero, pero no ve más que una masa hirsuta de cabellos y barba sobresaliendo del quepis. No creía que aquel coloso fuera capaz de sentir alguna vez el menor atisbo de tristeza, la más mínima nostalgia, ni siquiera que supiese pronunciar esas palabras. Le oye suspirar y decir:

—Cómo va a acabar todo esto.

Nicolas busca algo que decir, una mentira, una de esas grandes frases con las que se embriagan en las asambleas y los círculos obreros, pero no se le ocurre nada porque le falta la respiración y porque ahora sabe de sobra que con palabras vanas no se vence la miseria.

—¿Qué quieres que te diga?

Su compañero le pone la enorme y pesada mano sobre el hombro.

—Nada, no te esfuerces. Vamos a dormir un poco... Mañana será otro día, intentaremos llegar de nuevo a la puesta de sol.

—Eres un poeta, amigo.

—Sí, a veces, pero no me dura mucho. Bueno, ¿vamos? Ya haremos frases mañana.

—Voy a dar una vuelta.

El Rojo sofoca un bostezo entre las manos y se estira.

—¿Te parece que no hemos recorrido bastante por hoy?

Se despide de Nicolas dándole una palmada en la espalda y se marcha a su paso largo y lento, casi silencioso. Desaparece en la esquina de una carbonería, y entonces Nicolas gira sobre sus talones y enfila la calle sacando de sus piernas cansadas un poco de fuerza para andar más deprisa. Sería capaz de desplazarse con los ojos cerrados por ese laberinto. Oye silbar una locomotora a lo lejos, frente a él, y luego el chirrido de los frenos. Se pregunta qué tren puede seguir circulando a esas horas, y para ir adónde. Después piensa en el tren blindado del que se habla desde hace días y en el que nadie quiere seguir creyendo. No tarda en llegar al pie del viaducto; se adentra con el corazón palpitante bajo el puente de hierro.

De repente le parece que la noche es menos profunda. Un vapor pálido, una claridad pulverizada flota entre las fachadas. Rue de Constantine, número 10. Es ahí.

El pasado enero, cuando el hielo se adhería a los cristales y él, tras despertarse al paso del primer tren que salía de la estación de Montparnasse, se levantaba para reavivar el fuego en la estufa y volvía a acostarse junto a Caroline, que acogía su cuerpo frío protestando, enfundada en dos camisones, con sus pequeños pies metidos en gruesos calcetines, sí, en enero, en el fondo de aquel enero de hambre y de muerte, vivieron en su miserable habitación horas robadas al cansancio y la desesperación, noches secretas que se contaban en voz baja entre risas desbocadas de niños, noches que calentaban con sus cuerpos ardiendo con una fiebre benigna.

Se entregaban a la dicha cuando podían y la estrechaban contra sí por miedo a que escapara

para ir a morir en un rincón, como un gato famélico que se ha librado del cuchillo de un cocinero de figón.

Nicolas ve la ventana, en el último piso del estrecho edificio, y se le encoge el corazón ante la guarida de los días felices, su castillo en el aire.

Una tarde de finales de marzo, de regreso de Montmartre, en el París sublevado, echaron unos tragos en tabernas abarrotadas de gente que invadía las aceras, una multitud alegre que celebraba el mañana, brindaba entrechocando jarras llenas de promesas y bailaba sobre el cuerpo del viejo mundo pisoteando cristales rotos. Volvieron a casa achispados, apoyándose con todo el peso del cuerpo en las puertas cocheras para besarse entre risas sofocadas.

Los días felices. Caroline. Mañana tendrán la noche libre y durante unos instantes intentarán creer aún en ellos.

Continúa contemplando el marco oscuro de la ventana. Le gustaría que se encendiera la llama de una vela y apareciese Caroline para decirle por señas que fuera. Por supuesto, nada resplandece en la negrura, y se reprocha esperar que ocurra lo imposible como se espera en los cuentos que se obre un prodigio frotando una lámpara de aceite. De modo que vuelve hacia el acantonamiento del batallón levantándose el cuello de la guerrera, al tiempo que baja la cabeza y aferra la correa del fusil para infundirse valor. Aprieta el paso en medio de las tinieblas, donde brilla, de tarde en tarde, un farol de gas o una linterna colgada sobre una puerta. De vez en cuando tropieza con un adoquín que sobresale o en un bache. Los gatos salen disparados para ser engullidos inmediatamente por la noche, en los arroyos corretean ratas que profieren grititos agudos, siniestros en aquella oscuridad.

Dos lámparas de queroseno señalan la entrada del acantonamiento donde han instalado al 105.º. El centinela duerme tirado detrás de la puerta, con el fusil atravesado sobre las piernas. Nicolas entra en el aire denso de los dormitorios, donde tiemblan unas llamas en medio del olor a cansancio y mugre estancado en el interior. Una vez que ha soltado sus pertrechos, el agotamiento lo arroja sobre el camastro y el sueño lo fulmina sin que tenga tiempo de darse la vuelta.

VIERNES, 19 DE MAYO

El hombre la atrae hacia sí y ella no sabe de dónde sigue sacando fuerzas para agarrarla por el hombro de la blusa y sostenerla tan cerca de su cara macilenta y febril, junto al hedor de su boca y el cuerpo prácticamente desnudo bajo los harapos. Caroline no intenta debatirse ni resistir, porque oye su respiración rápida, su aliento jadeante, y le parece notar bajo la mano apoyada en su pecho los latidos desacompañados de su corazón exhausto. Le ha ocurrido en otras ocasiones que un hombre la agarre de ese modo, la estreche contra él para pegarle o para poseerla, a veces las dos cosas a la vez. Manos siempre brutales, duras y sucias.

—Les dirás a mis pequeños..., les dirás que he sido valiente, ¿eh?... Y a mi Léonce, que su hombre era un hombre de verdad, ¿eh?... ¿Se lo dirás?

Ella le susurra al oído que por supuesto, no se preocupe, se lo dirá.

—Y que todo esto lo he hecho por ellos, que he defendido la Comuna, rediós...

Ella promete de nuevo. Lo único que sabe de él es su nombre, Jules, y también sabe que a su batallón, el 72.º, lo hicieron picadillo en las calles de Issy la semana pasada por falta de municiones y de refuerzos, y que este pobre diablo llevaba ocho días vagando con la rodilla destrozada por una bala, retrasando el momento de ver a un cirujano por miedo a que le cortaran la pierna. Ella querría ahora que la soltase. Sabe que está perdido, porque la gangrena ha empezado a hinchar lo que le queda de muslo. El doctor Fontaine se pregunta gracias a qué milagro le queda en el cuerpo bastante sangre para que su corazón tenga un motivo para latir. Ella querría que aflojara la presión, pues de pronto teme que la arrastre consigo al abismo al borde del cual se debate.

El hombre cierra la mano con más fuerza sobre su hombro y hace muecas de dolor, mientras mueve bajo la sábana de basto lienzo gris el muñón de la pierna, que se yergue y tiembla como un animal doméstico que despertara de golpe. Su brazo cae lentamente, se posa sobre el pecho con el puño cerrado. La cabeza se le hunde en la almohada como si de repente algo la aplastara. Levanta los ojos hacia ella y la mira fijamente. Unas lágrimas brillan en el borde de sus párpados, sin rodar.

—Necesito mirarte antes de...

Una sonrisa estira su boca, la mano se abre y la palma vuelta hacia el techo es la de un mendigo que espera una limosna.

Caroline no se percata de que ya no respira, porque desde hace un momento ella misma ha

contenido el aliento para escuchar lo que el hombre se disponía a decir. De repente se da cuenta de que los ojos mojados ya no la miran, o lo hacen desde tan lejos que sin duda no pueden distinguir nada de lo que fue.

Se los cierra; no quiere saber desde dónde siguen mirando, y teme que sus pupilas sean túneles hacia la nada capaces de succionarla. Se pone en pie y cubre con la sábana el rostro grisáceo de mejillas ennegrecidas por una barba de ocho días, y entonces el olor la asalta bruscamente, como una bocanada de calor subiendo de una hoguera; retrocede y choca por detrás con un hombre que pasa por allí, vestido con una bata azul marino, la maraña de cabellos blancos sujeta por un gorro negro.

—¿Qué pasa?

Más que hablar, gruñe, con la cabeza encajada entre los hombros. Fornido, cuadrado, las grandes e industriales manos le sobresalen de las mangas subidas. Caroline lo mira, espantada, y le pide que la disculpe llamándolo «doctor Fontaine», mientras se acerca el reverso de la mano a la frente húmeda.

—¿Disculparla por qué? ¿Por la muerte de este hombre?

—No, es que...

—¿Qué? La gangrena, ¿es eso? Yo ya no huelo nada. Sí, claro, los perfumes... Una rama de lilas a diez metros es otra cosa. Pero los humores, los excrementos, las gangrenas... He visto cuerpos en todos los estados posibles, hinchados de gases o prácticamente líquidos. He abierto odres rebosantes de pestilencias que exhalaban al reventar otro suspiro después del último... O bien me los traían solo con la piel sobre los huesos, más secos que una momia. Supe muy pronto a qué me vería reducido, como los demás: a esa papilla pútrida y luego a esa indigencia total que nos da a todos el mismo aspecto, una vez desprovistos de los oropeles que llaman la apariencia humana. La apariencia..., solo la apariencia...

Contempla el cadáver tendido delante de ellos, se inclina y levanta la sábana que lo cubre.

—Los muertos, los pobres muertos, tienen grandes dolores...

—Sufría mucho, es verdad...

El doctor Fontaine le sonríe con benevolencia.

—Me lo imagino, pero yo citaba un poema de Baudelaire. Para mí era una especie de lema cuando aún ejercía como médico forense. Los poetas siempre tienen razón, ¿no cree?

Ella se encoge de hombros. A su alrededor, la gran sala común gime y resuella. Tiene la sensación de que ese rumor doliente se ha despertado, más fuerte aún, y llena su cabeza de una migraña solapada.

—No conozco mucho a los poetas, doctor.

—Ya los conocerá... Cuando toda esta furia se haya calmado.

—Solo se calmará para los muertos.

El doctor ríe quedamente. Rebusca en sus bolsillos, saca un resto de cigarro e inmediatamente lo enciende.

—Mucho me temo que hayan proclamado la república de las palabras, muy pronto de los muertos, ya que usted habla de ellos, y eso es lo que me espanta. Un poco como si nosotros, los médicos, nos contentáramos con alejar el dolor a base de imprecaciones y combatir las enfermedades a fuerza de fórmulas mágicas. Hablan en el ayuntamiento, charlan en las barricadas, dudan sobre los refuerzos que hay que enviar contra Versalles, y mientras tanto Thiers prepara el ataque general... Así que la poesía es como un refugio, un lugar inexpugnable donde es posible limitarse a las palabras porque se bastan a sí mismas, como una moneda de cambio que no le cuesta nada a nadie. A mi edad, he escuchado y leído demasiadas proclamaciones que prometían victorias para conformarse después con lamentar las derrotas. Quizá por eso me he ocupado más de los muertos que de los vivos, porque al menos no tenía que mentirles sobre lo que les aguardaba y sobre mi impotencia para curarlos.

Ha hablado sin mirarla, vuelta la cara hacia los heridos y los moribundos. Un alarido les hace dar a los dos un respingo y el doctor se dirige hacia un hombre que reptaba por el suelo, en el otro extremo de la sala, arrastrando los muñones de sus piernas.

Caroline reflexiona sobre lo que el médico acaba de decir. Ella cree, sin embargo, que la Comuna ha coordinado sus palabras y sus actos. Y le parece que ciertas palabras reconfortan el corazón cuando es lo único que se tiene en común para soñar con un poco de felicidad. Eso sentían Nicolas y ella, días atrás, cuando paseaban por la Place du Trône en medio de los niños y sus juegos, de las discusiones ruidosas en las esquinas de las calles y de los gritos estridentes de los vendedores ambulantes y los charlatanes. Escuadras de guardias nacionales pasaban y saludaban a los curiosos que llenaban las aceras, enviando besos a las chicas y dándoles citas imposibles. A veces, rodando con estruendo por el empedrado del bulevar, circulaba un carro de artillería o un furgón de municiones. La guerra pasaba, bravucona o rugiente, y ellos se detenían para verla alejarse sabiendo que muy pronto tendrían que hacerla. Chuparon bastones de caramelo, bebieron unas cuantas jarras de cerveza delante de los cafés o las tabernas llenos de indignación, de risas y de esperanza. Leían en los carteles los decretos, las decisiones, los llamamientos de la Comuna, y no podían poner en duda que todo aquello se llevaría a cabo porque era por el bien de todos y nadie que no fuera malvado o perverso se opondría. Un mundo nuevo se imprimía cada día, los sueños se ponían finalmente por escrito, a plena luz, ya liberados de la noche, de sus brumas y terrores. Era, todo aquello, la primavera de la vida, y los rosales que trepaban por las paredes e invadían las aceras, vertiendo a veces su perfume sobre ellos, no lo desmentían.

Caminaron durante horas por la ciudad tranquila, que temblaba ante la hermosa inquietud de un tiempo en suspenso. Aprovecharon aquellos momentos igual que se gasta sin remordimientos un

adelanto del sueldo cuando se sabe que no tardará en llegar la paga.

El doctor Fontaine ha incorporado al hombre de las piernas amputadas y lo ha levantado cogiéndolo por las axilas, y ahora lo sostiene ante él como si se tratara de un niño. Le habla en voz baja, su frente casi tocando la de él mientras el otro llora y gime y mueve lo que queda de sus piernas, a la manera de los bebés que patalean en el aire cuando los cogen así, con el rostro bañado en lágrimas. Caroline se acerca y coloca en su sitio el colchón y la manta salpicados de manchas oscuras. Un olor acre y penetrante a orina, mierda y vómitos invade sus fosas nasales y su boca, y fluye lentamente hacia el fondo de su garganta para alojarse en su estómago como un aceite fétido. A su espalda, oye cómo el herido lloriquea con voz débil, jadeante, cómo se aclara la garganta y dice: «Matadme, matadme, nunca podré...». Y Fontaine, bajito, sin alterarse, le asegura que vivirá porque es valiente y porque no puede renunciar a ese don de Dios, a lo que el hombre contesta que nadie le ha dado nunca nada, ni Dios ni nadie.

—Ahora tienes que descansar —dice el doctor—. Por favor. Debes recobrar fuerzas.

Y lo tiende suavemente en el lecho, con los brazos vibrando a causa del esfuerzo. Caroline está de rodillas al borde del colchón: le coge al hombre la mano fría y seca, gruesa y dura como un sarmiento de vid, y él aprieta la suya mientras hace rodar la cabeza sobre el saco de trapos que sirve de almohada, mirándola con aire implorante.

—Díselo tú, que no se puede vivir así. Soy carpintero... ¡Ya no serviré para nada! ¡Ni siquiera podré andar por las calles con mi Génie, ni correr detrás de mis críos!

—No diga eso —contesta ella—. No diga eso...

—Y además me duelen los pies, y el golpe que me di en la rodilla el año pasado..., ¿cómo es posible? ¡Han tirado todo eso al vertedero y me tortura como si aún tuviera la carne llena de metralla!

El doctor Fontaine saca del bolsillo un frasquito de cristal oscuro.

—Dele esto. Solo un sorbo. No debe acostumbrarse, pero lo calmará. Cuando se fortalezca un poco lo verá todo de otra forma.

Caroline le levanta la cabeza al hombre e introduce el estrecho gollete entre sus labios. Él hace una mueca al notar el sabor amargo del láudano y pide agua susurrando. Ella se levanta y va a llenar una taza de estaño en un cubo, bajo una pila de piedra. El hombre bebe con avidez y suspira.

—¿Cómo se llama?

—Noël... Noël Malardier, 87.º batallón. Estábamos en Bourg-la-Reine, le echábamos una mano a una partida de guerrilleros cuando recuperaron el pueblo.

Noël se incorpora apoyándose en un codo y la mira fijamente.

—Luchamos hasta el final, ¿sabe?

Traga mocos y sollozos, los párpados le pesan.

—Claro que lo sé. Mi novio es del 105.º. Y su mujer, ¿cómo se llama?

—Nicolette. Pero yo la llamo Génie, es más corto, y además es muy inteligente y muy fina..., ¡no como yo! Se pasa el tiempo leyendo, ¿sabe? A mí a veces me cuesta y ella me ayuda. Es modista... A usted le quedaría bien un sombrero. Mis pequeños se llaman Clotilde y Gaston, y a la última, que tiene seis meses, le hemos puesto Louise, como la maestra Louise Michel, porque Génie iba a la misma asociación que ella y la gran Louise parece ser que tiene un corazón inmenso.

Calla, exhausto, y se tumba con los ojos entornados. Caroline le da unos golpecitos con los dedos en el dorso de la mano.

—Todo irá bien. Descanse...

Una vez en pie se da cuenta de que el doctor Fontaine ha desaparecido. En medio del ligero vértigo que la asalta, ve a las enfermeras que acaban de llegar para tomar el relevo inclinadas ya sobre los heridos, tranquilizándolos o cambiando vendajes. Reparten entre los que pueden alimentarse un trozo de pan y un poco de caldo caliente. Allí están Germaine, Lucie y la alta Lorette, doblada por la cintura sobre un hombre que levanta hacia ella la cabeza vendada. Caroline se acerca masajeándose los riñones. La noche en vela le agarrota la espalda. Ve por una ventana un trozo de cielo azul. A veces olvida que el sol todavía puede salir.

El hombre está sentado y mueve los brazos como si estuviera espantando moscas. Es el capitán Mercandier, del 45.º. Llegó hace diez días, con el cráneo partido y el cerebro al aire. El doctor Fontaine mandó traer del hospital Hôtel-Dieu a un cirujano, llamado Lefevre, al que conoció en Sebastopol y que ha hecho milagros trepanando con delicadeza cráneos destrozados y suturando las meninges con hilo de oro: uno de cada cinco pacientes sobrevive sin demasiadas secuelas. Dice que repara las cajas craneanas como si fuesen teteras de porcelana. Antes del asedio iba con frecuencia al depósito de cadáveres para practicar con los cuerpos que Fontaine había terminado de examinar, y trabajaba con la misma meticulosidad que si el operado fuera a despertar quejándose de dolor de cabeza. Por lo demás, siempre lamentaba no poder apreciar los resultados de su intervención y afirmaba que jamás podría comprender el carácter definitivo de la muerte, cuando cualquier máquina debidamente reparada podía volver a funcionar. Fontaine y él mantenían interminables discusiones filosóficas, a veces de noche, en la sala de autopsias, ante un cuerpo abierto lavado con lejía, bajo la pantalla blanca de una lámpara de petróleo ya sin llama, o bien alrededor de unas jarras de cerveza en una taberna, a la luz viva de los faroles de gas. Lefevre estaba convencido de que hacia los inicios del siglo XX prácticamente se podría vencer a la muerte, evitando que se produjera o reanimando órganos y cuerpos mediante los efectos combinados de la química y la electricidad. Fontaine, por su parte, no le veía ningún atractivo a una vida infinita, y mucho menos a la eternidad, para la que no se sentía preparado.

—¡Te digo que esta noche han vuelto a venir! Eran tres, remataban a los heridos a bayonetazos.

Lorette niega con la cabeza, cubierta con un pañuelo azul celeste, y una risa forzada agita sus hombros y su escaso pecho.

—Eso lo has soñado, ciudadano capitán. ¡Qué más quisieran los versalleses que venir a degollarnos como dices!

Cruza la mirada con la de Caroline para buscar en ella aprobación, pero Caroline desvía los ojos y se inclina sobre el capitán.

—Yo he estado de guardia esta noche y no he visto ni oído nada. Además, los versalleses no están en París, están en Versalles.

Le gustaría creerlo. Se esfuerza en sostener la mirada del hombre y sonríe para darle el pego.

—Sí, ya... ¿Me tomáis por idiota? Yo he visto cómo nos echaron de Issy. ¿Y qué me decís de Vanves, eh? Nos dieron una patada en el culo como a una panda de críos. Contra ellos, el valor no sirve de mucho... Estoy seguro de que ya están en París, escondiéndose por todos los rincones y los sótanos, dispuestos a salir a la hora convenida. ¡Ya lo veréis!

Se tumba de nuevo, con las manos sobre el pecho, inmóvil. Parece una estatua yacente.

—Y mientras tanto, yo los veo. Llevan tres noches viniendo.

—Nadie ha muerto aquí esta noche —dice Lorette.

—Se los llevan por la mañana, a los muertos. Y siguen llegando otros que acabarán apuñalados por la gentuza de Mac Mahon.

Habla con los ojos cerrados, sus labios apenas se mueven. De pronto, se le relaja el semblante y su boca se entreabre. Empieza a roncar plácidamente.

—Sueña con degollinas, el pobre. Mientras solo sean pesadillas...

Dos viejos con gorra de plato y guardapolvo oscuro entran en la sala llevando unas parihuelas y saludan haciendo un ademán con la cabeza. Caroline les señala con el dedo el cuerpo de Jules, que apenas se adivina bajo la sábana.

—¿Cuántos hay hoy? —pregunta uno de los empleados.

—Dos —responde Caroline.

—¿Solo dos?

—¿Por qué? ¿No os parecen suficientes?

Los dos hombres dejan las parihuelas en el suelo, se quitan la gorra y se secan la frente con un mismo gesto. Cabellos blancos pegados a la calva.

—Para nosotros, cuantos menos haya, menos peso que acarrear, ciudadana.

—Digamos que es el peso del sufrimiento —interviene el otro—. Venimos del cuartel de caballería de la Rue Dupleix, y allí hemos recogido once. La mitad, civiles. Una casa contra la que estallaron dos obuses uno detrás de otro. Los artilleros de Mont Valérien se divierten a base de bien. En fin, aunque solo hubiera uno que llevarse cada vez que pasamos, habría uno de más.

Yo no me he comprometido con la Comuna para hacer esto, pero en vista de mi edad, me han dicho que así sería más útil. Cuando has llegado a los setenta, se creen que eres un inútil. Pero si hay que coger un fusil para defender la barricada, dejaré que nuestros muertos descansen donde están y les daré trabajo a esos cerdos del otro bando.

Su compañero aprueba moviendo la cabeza con aire pensativo, y añade en voz baja, como para sí mismo:

—Fusiles tenemos... Y cañones. No será como en el 48.

Los cuatro callan. Cada uno mira sus propios pies y durante un instante se diría que están rezando. Lorette se vuelve hacia la sala, donde medio centenar de pobres diablos están despertándose.

—Hemos sacado agua del pozo hace un momento —dice—. Está fresca. Si quieren...

—¡No diremos que no!

Llenan sus tazas, beben largos tragos y suspiran ruidosamente, jadeantes, con el agua goteando por la barbilla y cayéndoles sobre la pechera; luego, sin decir nada, levantan las parihuelas y se ponen manos a la obra.

Caroline los observa. Caminan con precaución por los pasillos saludando a su paso con la cabeza a toda aquella humanidad. En general, los empleados municipales destinados al servicio fúnebre se comportan como mozos de cuerda, portadores encargados de sacar de una habitación unos muebles que molestan. Hablan en voz muy alta, sortean los jergones e incluso saltan a veces por encima de los heridos para ir más deprisa; retiran los cuerpos sin miramientos, lanzan bromas al pasar junto a los que se encuentran en peor estado, prometiéndoles volver al día siguiente para llevárselos. Pero esos dos, a los que no había visto antes, han ido allí a buscar sufrimiento y cargar con él, como ellos mismos han dicho. Algunos heridos los siguen con la mirada, con la curiosidad incómoda que acompaña desde la acera el paso de un coche fúnebre.

Los ve levantar lentamente el cuerpo de Jules, que ha muerto hace un rato mirándola, y le parece que el velo de sus ojos húmedos se ha adherido a ella. Su cabeza se bambolea sobre la lona de las parihuelas, y a Caroline le gustaría saber dónde está ahora, en qué se está convirtiendo ese cuerpo, si algo de ese hombre subsiste y vibra aún en el aire, secretamente. Un alma tal vez. Y si esa alma todavía es capaz de ver, de sentir tristeza o arrepentimiento. Ya se preguntó todo eso cuando murió su madre, mientras la tenía cogida de la mano; se la llevó una fiebre contra la que fue imposible luchar. Caroline esperó, sentada junto a la cabecera de la cama, inmóvil, en una especie de hechizo, a que sucediera algo. Y fue una de sus tías quien la sacó dos horas más tarde de su estupor angustiado, al deshacerse en lágrimas sobre el lecho de la difunta. Tenía trece años en aquella época y ya no volvió a hacerse nunca ese tipo de preguntas, seguramente porque la vida, de pronto ruda y cruel, le había exigido respuestas más urgentes.

Los dos enterradores pasan por su lado y se alejan mascullando, y ella se queda sola junto a la

estantería donde están los vendajes y algunos instrumentos quirúrgicos. Le gustaría marcharse. Ha acabado su turno, volverá a última hora para hacer guardia de noche. Quisiera respirar un poco de aire fresco, beber un tazón de leche caliente y dormir. Dormir.

En la sala, entre los lamentos de dolor, se oyen conversaciones en voz baja. Voces graves, amortiguadas por el cansancio. Se piden noticias del vecino de camastro, alguien se preocupa por el compañero que no mejora. Las enfermeras responden, tranquilizan, se agachan para refrescar una frente o sujetar una mano tendida.

Émilie, una jovencita de apenas dieciséis años, bromea con su voz chillona con un hombretón barbudo que, sentado en el colchón, hace molinetes con su único brazo. Los dos rompen a reír, y la cascada clara y alegre de la chica silencia los murmullos, como si hubiera que aprovechar unos instantes ese aire fresco que pasa.

Caroline aprovecha la circunstancia para recoger el chal y la bolsa de lona y salir. Delante del dispensario, el doctor Fontaine ayuda a unos guardias a instalar en una camilla a un hombre cubierto de sangre. No se distinguen sus facciones. La mandíbula cuelga sobre el pecho y tiembla entre un revoltijo de huesos y carne. Al cruzar la mirada con el doctor, Caroline ve en sus ojos horror y un cansancio tan inmenso que podría derribarlo y dejarlo clavado en el suelo durante tres días de sueño. Con un gesto de la mano, él le ordena que se marche y se inclina sobre el herido para susurrarle unas palabras tranquilizadoras.

Ella se aleja deprisa hasta el final de la calle, y en cuanto dobla la esquina, delante de una mercería, «Madame Ophélie, cintas y botones», se detiene para recobrar el aliento y cerrar los ojos y dejar que lleguen hasta ella los ruidos de la calle. Risas infantiles. Gritos de un cristalero. De la casa de enfrente, por una ventana del último piso abierta al sol, sale la voz de una mujer que canta. Le cuesta reconocer que a veces la vida sea tan sencilla. Reanuda la marcha hacia la Rue Vavin, abarrotada de caballos de tiro y tartanas. Dos carretones llenos de adoquines aguardan delante de una bodega, los cuatro grandes caballos inmóviles, cabeza gacha, lomo enorme, hombros y grupa marcados por músculos que brillan a la luz de la mañana. Un auténtico gentío trabaja para erigir una barricada en la esquina del Boulevard du Montparnasse. Las mujeres cavan en la tierra de la calzada y llenan a grandes paladas sacos que unos hombres en mangas de camisa —civiles y guardias nacionales— llevan hasta el murete de adoquines levantado deprisa y corriendo. Un oficial dirige la maniobra, de pie sobre la caja de un tren de artillería. A su alrededor, tres cañones por los que trepan los críos chillando, agarrándose a los radios de las ruedas, haciendo cabriolas sobre la cureña. Uno de ellos mete la cabeza en la boca de una pieza de 12 libras, y Caroline nota que un intenso escalofrío le recorre la espalda ante la idea de que un obús olvidado pueda salir disparado. El chiquillo profiere un largo alarido, sofocado y lúgubre, un grito de animal horrendo y sanguinario que le hace dar un respingo, con lágrimas en los ojos, antes de verlo sacar la cabeza hirsuta y negra de hollín, feo como un demonio, burlón.

Prosigue su camino y responde encogiéndose de hombros a unos jovencuelos que le piden que les eche una mano. En el bulevar, coches de punto circulan al paso, con los conductores somnolientos encogidos bajo la esclavina, masas compactas tocadas con chistera. Todo está en calma, sopla una brisa muy agradable... Las imágenes de la sala común durante la noche, a la luz sucia de las lamparillas de aceite, y los olores, los gemidos, los gritos de terror de aquellos que rozaba la muerte al arrastrar por los pasillos su esqueleto invisible, le vuelven a la mente sin orden ni concierto, y la asombra que en este mundo puedan existir a la vez, de una calle a otra, a ambos lados de la misma puerta, tanta claridad y tan profundas tinieblas. Se apresura por la Rue Delambre y, tras rodear un terraplén de adoquines sobre el que unos niños arman alboroto, cruza el Boulevard de Vanves desierto, donde domina el trino de los pájaros como en una calle de pueblo.

El empedrado suelto de la Rue de Constantine brilla al sol: sin duda una cuadrilla de borrachos ha intentado jugar a los bolos con los adoquines. Los caballos se enganchan a veces un casco, los niños se tuercen los tobillos y se lastiman las rodillas con sus aristas. el pavimento recuerda la mandíbula de un monstruo antediluviano, repleta de incontables dientecillos capaces de desgarrar las pieles más gruesas y reducir a polvo los huesos más duros.

Caroline avanza dando saltitos. Dos hombres sentados delante de una tienda de vinos silban de admiración, hablan de danza y de ópera. Ella los saluda haciendo una reverencia tosca y se aleja zigzagueando entre las roderas. Abre bruscamente el minúsculo taller de la señorita Bastide, la costurera que ocupa la planta baja y les alquila la habitación. La solterona apenas levanta la cabeza de la labor para responder al saludo con voz cascada, con su eterna pipa en la comisura de la boca. Lalie, la empleada, se levanta y corre hacia ella, y la empuja afuera cerrando la puerta con cuidado tras de sí. Su cabellera rubia, de la que caen mechones en cascada, resplandece al sol. Su sonrisa y sus ojos negros brillan de felicidad. Diecisiete años. Ríe y se contonea sobre el empedrado, un poco ruborizada en las mejillas.

—¡Ya está! —dice, sujetando a Caroline por los hombros—. He... —Da una vuelta sobre sí misma, haciendo girar alrededor de sus piernas los volantes de la falda.

—¿Qué?

—Anoche fuimos a bailar cerca de la Bastilla, luego salimos a tomar el fresco y... Y nos besamos, ya está, luego seguimos bailando y me dijo que me quería y que en cuanto todo esto acabe nos iremos a vivir juntos.

Caroline la acerca a ella y se abrazan riendo por lo bajo y esbozando unos pasos de polca. Vuelven a mirarse, y entonces Caroline se pone seria.

—¿Y tus padres? ¿Qué dirán?

Lalie suspira y levanta los ojos al cielo.

—Évreux queda lejos. Tienen a mis hermanas y mis hermanos para ocuparse de ellos, y el

calvados para olvidarme. Y además, muy pronto las chicas ya no necesitarán pedir permiso para todo, ¿no? Me lo dijiste tú misma una vez. Que la Comuna cambiaría la vida de las mujeres — lanza una mirada al taller y da un paso hacia la puerta—. Mientras tanto, sigue habiendo patronos, aunque esta no es de lo peor. —Da media vuelta para regresar al local, pero vuelve sobre sus pasos—. Oye..., he quedado esta tarde con él, a las cinco. Me dijo que podría escaparse del taller, es en la Rue Saint-Nicolas, en el número 12. Podremos pasar un rato juntos. ¿Vendrías conmigo? Tengo ganas de que lo conozcas, para que después me digas... si es un chico como es debido, si puedo confiar en él...

Caroline se echa a reír.

—¿Qué quieres que te diga? ¡Yo no tengo ni idea de esas cosas!

—Pero... ¡tú estás con Nicolas! Además, un día me hablaste de cuando eras más joven. Conoces un poco a los hombres, no lo niegues. ¡A los canallas y a los buenos!

Nicolas. Inmediatamente, Caroline busca su imagen, pero esta se escabulle y a su mente solo acuden los camastros de los heridos que acaba de dejar y el semblante austero del doctor Fontaine.

—Entonces, ¿qué? ¿Vendrás? —la joven, súbitamente seria, la mira de frente—. ¿Sí?

—Sí, claro que iré. Pasa a buscarme. Estaré arriba.

Lalie le da un beso en la mejilla, y en un visto y no visto se mete en el oscuro taller.

Caroline se queda pensativa un momento, un poco aturdida bajo el sol. Unos días atrás, fue a una asamblea de la Unión de Mujeres para la Defensa de París. Todo eran carcajadas, clamores y protestas. Había, al fondo, algunos hombres que de vez en cuando reían al oír las esperanzas disparatadas que se expresaban allí, pero no las tenían todas consigo, porque la miseria que se rebelaba en aquella sala abarrotada no era solo la que imponían los burgueses, sino la dominación infligida a diario por un amo y señor doméstico. Salía todo a relucir: el jefe de taller y el cabeza de familia, las mujeres violentadas de todas las formas posibles, golpeadas, poseídas contra su voluntad, las chicas de la calle que se vendían por unas monedas o permanecían encerradas en los burdeles. «¡A algunos habría que cortársela! ¡Tendrían un motivo para chillar!», dijo una joven empuñando unas tijeras. «¡Tienes razón! En vista de cómo la usan...», aprobó una mujer gorda, tocada con una gorra de hombre.

Esas pasiones, vibrantes de alegría o de emoción, enardecían a Caroline, que sentía latir en aquella sala exigua donde reinaba un calor de invernadero el enorme corazón de todas las esperanzas, y tenía la impresión de que, al salir a la calle, todas aquella mujeres por fin dichosas podrían barrer con un golpe de chal las viejas servidumbres que se remontaban a los tiempos de las cavernas.

Otra mujer se desgañitó en la tribuna para reclamar un poco de silencio, porque la ciudadana Elisabeth Dmitrieff iba a tomar la palabra. Las conversaciones decayeron mientras se instalaba la

mujer, rubia y de ojos tan claros que la escasa luz de las lámparas de gas parecía haber palidecido.

Timbre claro. Voz firme. Transmite el saludo fraternal de la Asociación Internacional de Trabajadores a la Comuna de París y su obra revolucionaria. Toda Europa mira a París y a su pueblo. El ciudadano Karl Marx sigue los acontecimientos de cerca, desde Londres. Caroline oye ese nombre por primera vez. Detrás de ella, una mujer grita: «¡Que esté tranquilo, nosotras los seguimos más de cerca todavía!». Ríen a carcajadas a su alrededor. «¡Para seguirlos de cerca no hay nada mejor que tener la nariz metida dentro, y no siempre huele bien!»

La oradora deja que cesen las risas y acalla el rumor con el gesto lento del pianista que se dispone a posar las manos sobre el teclado. En medio del silencio recobrado, la frente brillante bajo el cabello rubio, comienza de nuevo a hablar y lleva a cabo un balance de lo que se ha hecho, es decir, casi nada en comparación con lo que falta por hacer. Una tarea inmensa que requerirá más de una generación para que se haga realidad. Habla de emancipación de todos los trabajadores, de todo el género humano. Y eso incluye a las mujeres —que no son solo las esposas de los guardias nacionales movilizadas—, a las que se les ha dado trabajo pero que tendrán que llegar a ser ciudadanas de pleno derecho. «¡Derecho de voto!», dice una voz que se alza en medio de la sala. «¡Igualdad!», añade otra. «Por supuesto», dice Élisabeth Dmitrieff. Por supuesto. A su lado, las mujeres de la tribuna sonrían y asienten moviendo la cabeza, con actitud decidida.

La sala aprueba con un rumor sordo. A continuación, la ciudadana Dmitrieff anuncia que las mujeres del pueblo de París tendrán la oportunidad de demostrar no solo a los hombres, sino al mundo entero, que en el combate valen tanto como los mejores soldados. Será preciso defender las barricadas, las auténticas fortificaciones de París, que han crecido, erigidas por los proletarios, entre los adoquines de las calles y las avenidas. La hora de la lucha se acerca, porque Versalles ha decidido castigar a París y a su pueblo por su insolencia; invadir la ciudad como si fuera un país extranjero que hubiera que explotar. Ha decidido ametrallar, acuchillar, saquear.

De nuevo crece un rumor, agitado por gritos y frases amenazadoras, hasta que «La Marsellesa» empieza a vibrar débilmente en una garganta, al principio insegura, trémula, para ser entonada por un millón de pechos a partir del tercer verso. Las mujeres de la tribuna cantan al unísono, cogidas del brazo. Caroline se ha acercado y ve mejor sus rostros: una alegría grave, los ojos vencidos por el cansancio, tal vez, o por la inquietud de la duda. Desde hace dos semanas, Versalles avanza, ataca, maniobra. Y la Comuna parlotea, se anda con dilaciones, discute y lucha mal. Nicolas cuenta que en algunos batallones de la Guardia Nacional se desconfía de los oficiales, se cuestionan las órdenes, se contempla la posibilidad de arrestar a unos generales o de tomar el ayuntamiento. Hablan de un ejército de cincuenta mil hombres dispuestos a atacar París y empiezan a contarse entre ellos.

Dos explosiones amortiguadas resuenan a lo lejos, más al norte, hacia Auteuil o la puerta de la

Muette, y la sacan de sus pensamientos. En los árboles prosigue la algarabía de los gorriones. En algún lugar, un mirlo, invisible, gorjea sin inmutarse. Se diría que el cielo canta. Pero la fatiga se impone y le sube por las piernas, hasta los hombros. Entra en el pasillo, a ciegas y cansada. La oscuridad se tiñe de rojo, y necesita un momento para distinguir la estrecha escalera y superar los peldaños irregulares agarrada a la barandilla, que se mueve bajo su mano.

La habitación, que da a la calle, es luminosa. El olor de la cera no acaba de tapar el de la humedad. Rodales oscuros decoran el techo grisáceo, formando un pobre mapamundi en el que aparecen esbozados continentes e islas de orillas temblorosas. En un rincón, una cocina de hierro fundido rescatada de una chamarilería en la puerta de Bagnolet. Caroline todavía se pregunta cómo se las arreglaron Nicolas y sus compañeros de taller para subirla hasta allí por la empinada escalera.

Deja la ropa en una silla. Ya desnuda, se pone una vieja camisa de hombre con las mangas agujereadas. La cama es honda. Podría una ahogarse en ella. El colchón, demasiado blando, parece querer succionarla como un pantano suave y tibio. Busca en la almohada y entre las sábanas el olor de Nicolas, y se duerme de golpe dejando escapar un profundo suspiro de satisfacción.

Bajo el paño negro, el hombre transpira y el sudor le corre por las sienes y se desliza por las mejillas. Le gustaría eliminar esa molestia de su piel, pero tiene la mano derecha ocupada haciendo girar lentamente el anillo que regula la nitidez, mientras con la izquierda mueve la cámara buscando el encuadre.

Componer. Llenar ese rectángulo con lo que normalmente no se ve, con lo que se mira excesivamente poco, con lo que se quiere poseer sin conocer su belleza turbadora, sin haber admirado la riqueza de esas joyas indiscretas que tan bien se sabían loar y mostrar en el siglo pasado. Recuperar, gracias a la precisión de la fotografía, el poder carnal, la delicadeza fascinante. Quizá también la crudeza casi brutal.

El hombre sudoroso cree que aquello gustará a la clientela. Intenta innovar, sorprender. Mediante la composición o la audacia. Juega mucho con la luz. Natural o artificial. Hoy, la luz del día permite todo tipo de fantasías. Un reflector o un espejo hábilmente colocados ofrecen infinitas soluciones. De pronto, la perspectiva se hace más profunda, el tema adquiere relieve.

Los clientes, por supuesto, huyeron de París los primeros días de la insurrección, asustados por el griterío y los disparos, siguiendo el ejemplo de todos los grandes cuerpos del Estado, los representantes electos, los magistrados, los policías, en un vasto movimiento de repliegue táctico que supuestamente prepararía mejor la contraofensiva. Se trataba también de poner a resguardo a los herederos y algunos bienes, asegurándose de que aquel siniestro carnaval, aquella epilepsia colectiva, cesara enseguida. Lamentablemente, la situación se ha prolongado, ha habido que negociar con los prusianos, ha habido que aunar fuerzas, y desde hace nueve semanas la ciudad no es más que un patio de granja donde han soltado a los animales: cerdos, bueyes, vacas..., especies que caracterizan respectivamente a los distintos especímenes de perdonavidas y sus hembras cuando recorren armados las calles con la pretensión de instaurar un orden de justicia e igualdad al servicio del pueblo. Incluso se ve pavonearse como pollitas a las mujeres de la calle y desgañitarse a sus gallos arrogantes sobre un montón de estiércol para dirigir sus batallones zarrapastrosos. Ruido de corral. Estulticia, brutalidad. Viles instintos, arrebatos irreflexivos, entusiasmos gregarios. Borrachera erigida en modo de vida. El pueblo tal como es, liberado de las leyes que habitualmente lo mantienen a raya: embrutecido, lerdo y vividor. Ladrador y convulsivo. Eso es lo que una guerra capitaneada por cobardes y meses de un asedio terrible producen. La debilidad frente al amotinamiento que llaman república o democracia. Una Francia

abandonada por su ejército, gobernada por mamarrachos, dejada ahora en manos de la chusma exasperada. Y un castigo que se hace esperar.

Pero muy pronto la corneta anunciará la hora de la revancha, y una vez practicada la sangría, purgada la ciudad de sus humores malignos, la clientela volverá, más ávida, más exigente, impaciente por compensar esas atroces semanas durante las cuales su vicio singular no ha podido ser saciado. Impresionados por la verdad sin maquillar de las imágenes, por la obscenidad de las poses, aturcidos por la brutalidad de algunos primeros planos, esos burgueses que predicán la virtud ante sus hijas, que deploran la degradación de las costumbres en el seno del populacho, que se abalanzan sobre sus criadas en los trasteros y los corredores estrechos, más acostumbrados todos ellos a los grabados en definitiva imaginados, escenificados y embellecidos, se quedan casi sin respiración al ver esas imágenes tomadas del natural, y a veces hacen titubear un dedo tembloroso sobre la copia en positivo, como si fueran a palpar el grano de la piel, deslizarse en una intimidad exhibida, hacer palpar la carne así expuesta a la luz de la fotografía.

El hombre se incorpora. Es ancho de espaldas, fornido. Su chaleco todavía contiene sin demasiadas dificultades una barriga incipiente. Bigote de puntas caídas, patillas canosas. Cabello cortado al cepillo, rubio. Ojos negros. Se seca la frente con un pañuelo, mira la hora en su reloj y emite un gruñido difícil de interpretar. De contrariedad tal vez.

En el barrio todo el mundo lo llama «señor Charles». Charles Gantier.

La chica a la que se acerca, tendida en un diván, dice que se llama Émilienne. Dice también que tiene catorce años. Está desnuda, tumbada de lado, con una pierna levantada que deja ver a la perfección todo lo que Charles Gantier quiere mostrar. Sin pronunciar una palabra, rectifica un poco la pose de modo que el surco de las nalgas quede más abierto. Ella se deja hacer. Su rostro no expresa sino una indiferencia hastiada, y cabría pensar que su cuerpo está lejos de ella. Disociado. A unos metros del diván, un hombre en mangas de camisa está sentado en un sofá pequeño, con un brazo tendido por encima del respaldo. Lleva una gorra de obrero con la visera bajada sobre el rostro, hundido en esa parte como si le hubieran asestado un mazazo. La barba negra le cubre el resto de la cara. Permanece inmóvil, con una mano sobre el revólver que tiene al lado, encima de un cojín rojo.

El señor Charles se acerca de nuevo al aparato y coloca la placa de vidrio.

—Mírame y sonrío.

La chica, apoyada en un codo, echa la cabeza hacia atrás, y al tiempo que la masa de pelo rojo le cae sobre la espalda, mira por el rabillo del ojo la cámara oscura, con una sonrisa en los labios.

—Bien. Así me gusta. No te muevas.

El fotógrafo gira la tapa de la lente, reloj en mano. Sus labios desgranán los segundos. Cierra la lente y echa un vistazo a la chica.

—Ya está.

Al principio ella no se mueve, el semblante congelado ya sin sonrisa, súbitamente deslumbrada por el raudal de luz que entra a través del ventanal. Su rostro lívido entre las llamas de sus cabellos rojos. Mira a su alrededor con el entrecejo fruncido, como si emergiera del sueño, observa uno tras otro a los dos hombres, echa sobre su desnudez una sábana, se tapa la cara y rompe a llorar.

El señor Charles le hace una seña al hombre que está sentado en el sofá.

—Ocúpese de ella antes de que alborote a todo el barrio como hizo anteayer.

El hombre se levanta, se pone una chaqueta de grueso lienzo gris y guarda el arma en un bolsillo interior. Coge de una silla un puñado de ropa y lo lanza hacia la chica.

—Vístete.

Como ella no reacciona, aparta la sábana con la que se cubre y le pone delante de la cara una falda y una blusa. Con gestos lentos, la joven vuelve la blusa del derecho e intenta meter los brazos en las mangas. Durante un momento se debate desmayadamente dentro de esa especie de saco, luego su cabeza y sus manos reaparecen y se queda inmóvil, con la boca entreabierta y una expresión alelada, atónita quizá, y entonces se mira, se pasa las manos por el cuerpo a través de la tela, levanta la cabeza hacia el hombre que está de pie junto al diván, lo mira, y por último observa al fotógrafo manipulando su material. El hombre la coge por las axilas y la endereza. Ella se deja hacer, y una vez erguida, un poco tambaleante, contempla el suelo y sus pies, cuyos dedos mueve, todavía con ese pasmo estúpido.

—¿Qué le pasa? —pregunta Gantier.

—Le pasa que le ha dado demasiado. Va a tener que ayudarme.

El fotógrafo suspira y se acerca. Mientras su ayudante sujeta a la chica por los hombros, él se agacha para poner las bragas delante de sus pies y la agarra de un tobillo para guiarla, pero ella no se mueve, está temblando y tiene las piernas rígidas. Estatua de madera plantada en el suelo. El señor Charles vuelve a incorporarse y la empuja hacia el diván para sentarla, pero la chica la chica rebota y se levanta de nuevo al tiempo que alarga un brazo y le da con la mano en la cara. El fotógrafo, que no se lo esperaba, retrocede y cae hacia atrás. Ella rompe a reír al verlo primero patas arriba y luego sentado masajeándose la mejilla con aire indignado. La joven ríe y ríe, se burla de ese señor tirado en el suelo como una niña bromista y cruel, y en ese instante puede que crea estar en el patio de su casa pasándose en grande, así que no ve venir el golpe que le asestan por detrás en la cabeza, antes de desplomarse sin proferir un grito. El hombre se apresura a ponerle las bragas y se las arregla para ajustarle el faldón a la cintura; después se la echa al hombro sin ningún esfuerzo, gran muñeca flácida cuyos brazos se bambolean tras su espalda.

—¿Qué hace? Estaría bien que me abriera.

Charles Gantier, todavía sentado en el suelo, parece volver en sí y se dirige precipitadamente

hacia la puerta de un gabinete con los postigos cerrados que se utiliza de trastero. El hombre deja a la chica sobre un colchón, la amordaza con un pañuelo que ha sacado de un bolsillo y le ata los tobillos y las muñecas. Por fin se aparta, profiriendo en voz baja unas palabras en una lengua que raspa su garganta: una plegaria o una maldición en el gascón que se habla en la meseta de Lannemezan.

Cuando regresa al estudio, Gantier ha desaparecido, seguramente está en el laboratorio concentrado en sus baños y sus placas de vidrio, así que el hombre de Lannemezan se sienta a hojear el álbum de las fotos recientes y experimenta la misma excitación de siempre ante esas poses impúdicas, ese abrirse exageradamente, y sobre todo al contemplar esos rostros aterrados o ausentes. Acuden a su mente fantasías que no se le ocurren cuando está en un burdel encima de una mujer o montándola por detrás, demasiado ocupado en afilar el arma y retrasar el momento fatal del gran salto, la caída en la vorágine de un placer que se lleva por delante todos los diques. No es que tenga ganas de aprovechar lo que se ofrece en el momento de las tomas fotográficas, salvo si el señor Charles lo invita a sesiones especiales durante las cuales se requieren las proezas y dimensiones excepcionales de su miembro, pues también hay clientes para eso. «Llegará un día en que se venda la muerte en directo a las muchedumbres ávidas de espectáculos sórdidos. Acuérdesse del bulevar del Crimen. La multitud se agolpaba para asistir a aquellos dramas siniestros en los que abundaban asesinatos y abusos de todo tipo. ¿Cuántos de esos espectadores no pagarían pequeñas fortunas para que todo eso fuera real y se desarrollara ante sus ojos? Sin duda nosotros no lo veremos, pero cuando la fotografía cobre vida a la manera de una linterna mágica, tanto las pequeñas inmundicias como los grandes horrores estarán al alcance del populacho por cantidades ridículas. Créame, Pujols, no hace falta ser adivino para prever en qué ciénagas fangosas podrá revolcarse el vulgo. No hay más que fijarse en las inclinaciones por el vicio y la violencia de hoy en día. Si se dispone de los medios necesarios, y eso no es más que una cuestión de técnica, de electricidad y de engranajes sutiles, se creará todo un comercio y se amasarán fortunas con la exhibición mecánica de los deseos soeces y las pulsiones macabras.»

De modo que Pujols, puesto que ahora ya sabemos que se llama así, Henri Pujols, se presta de buen grado a esos coitos congelados para siempre, «Ahora quietos», a esas posturas estafalarias que exige el fotógrafo y a las que se refiere con una extrañísima palabra que pronuncia con el índice apuntando al cielo y aire trascendental, como si invocara un mandamiento divino o recitara una fórmula mágica, algo así como *camrafutra*, que obliga al hombre de los Pirineos a hacer grotescas acrobacias y permanecer en la misma posición durante interminables segundos. Por supuesto, a veces, cuando en su vientre arde un deseo demasiado intenso, lo aplaca con dos o tres sacudidas mientras el artista especializado en cochinas trajina con la cámara oscura fingiendo que no se da cuenta de nada, satisfecho de encontrar a su semental siempre en su sitio y a la hembra empalada como es debido.

Pero con esas imágenes fotográficas cuya existencia apenas sospechaba antes de llegar a París ha descubierto el refinamiento de un placer más secreto, íntimo, absolutamente solitario porque se halla sepultado en las profundidades de su alma.

Antes —antes de la guerra, del asedio y de esa Comuna que pretende desposeer a los ricos, combatir el vicio y promover la virtud, es decir, poner patas arriba el orden natural de las cosas desde que el mundo es mundo—, Charles Gantier iba a hacer sus fotos a lupanares a cuyas madamas conocía a fondo y donde algunas chicas, a cambio de dinero, se prestaban a participar en las más crudas extravagancias delante del objetivo. Pero había que pedir cita, transportar la pesada cámara y tener la seguridad de que los protagonistas estaban listos para el ejercicio. Siempre se encontraba algún cliente un poco «especial», como decían las muchachas, que accedía, a menudo gratis, a copular delante de terceros con la condición de que su rostro no apareciera en la foto. Al igual que en el caso de Pujols, quien oculta su rostro desfigurado bajo una máscara de cuero hecha por él mismo, bastante horrible, dicho sea de paso, esos rostros en ocasiones notorios y quizá respetables se mantenían en el anonimato bajo un antifaz de terciopelo y seda rojo o negro, según los gustos de cada cual.

Eso era antes. Antes de conocerse en un burdel de la Rue Saint-Lazare, donde Charles había instalado el trípode de su cámara oscura en la penumbra de una alcoba para captar los acoplamientos de algunos vividores a los que esas exhibiciones excitaban, o los descoyuntamientos sáficos cuya escenificación organizaba la madama, la mayoría de las veces implicándose personalmente con una emoción no fingida.

Pujols, habitual de ese burdel, había llegado a aquella habitación atraído por el bullicio que ocasionaba la visita del señor Charles Gantier, «Mi gran amigo Charles Gantier», como decía madame Claveau haciendo temblar su collar de cuentas de cristal y arrastrando unas erres borgoñonas. Inmediatamente se sintió fascinado por los artificios a los que obligaban las tomas fotográficas; sin entenderlo, aquello le pareció mucho más obsceno que el voyerismo que él practicaba ordenando a las chicas que adoptaran posturas increíbles antes de abalanzarse sobre ellas. Pero congelar esas escenas gracias a la fotografía (el señor Charles llevaba algunas copias que la madama le compraba para un álbum reservado a los clientes selectos), hacer que ese instante de estupor voluptuoso durara, prolongar a voluntad esa tensión lasciva, era proporcionarse un tiempo gratuito para disfrutar en silencio, elevando el deseo hacia una idea, tal vez un ideal, en cierto modo como cuando se reza... Era mucho más poderoso que la imaginación, menos fugaz...

Después de la sesión, Pujols había insistido en ayudar al fotógrafo a llevar el material a su casa, y mientras charlaban, estuvieron de acuerdo en que las putas que aceptaban que las fotografiaran, incluso las más guapas, incluso las más jóvenes, las que todavía eran unas niñas y se les ofrecían a clientes especiales, mostraban todas en la mirada, en la boca, indiferencia por lo

que sucedía, o bien un aire hastiado o falsamente pícaro, en función de las poses o las acciones exigidas.

—Lo que haría falta es un poco de inocencia o de miedo —propuso Pujols—. Sería más excitante que ese vicio previsible en los rostros de las chicas, o que la fría indolencia que presentan a veces.

A Gantier parecieron repelerle las palabras de aquel desconocido con la cara partida. Guardó silencio durante largos minutos, mientras su coche permanecía detenido en el Boulevard des Italiens en espera de que pasase un convoy militar: carros bamboleantes, caballos cojos o encabritados, soldados con aire sombrío, encorvados bajo el peso del fusil y el petate.

—¿Cómo lo enfocaría usted? —murmuró finalmente.

Pujols vio entonces brillar, en los ojos que lo observaban, curiosidad y entusiasmo.

—Harían falta mujeres que no fueran del oficio.

—¿Modelos a las que se pagara para que hiciesen eso? ¡Ni lo sueñe! Lo que yo pido excede de largo la simple desnudez a la que están acostumbradas.

El coche comenzó de nuevo a dar tumbos sobre el empedrado y Pujols se quedó un rato callado, mirando a los chiquillos hambrientos sentados en el bordillo de las aceras en medio del frío de diciembre, sus piernas canijas temblando bajo los harapos, o a chicas jovencísimas apoyadas como si tal cosa en las puertas cocheras, siguiendo con mirada insistente —el rostro hundido por el hambre— a los hombres que pasaban por delante de ellas. Una pareja de viejos avanzaban del brazo trastabillando, apretados el uno contra el otro, paso a paso hacia su caída inminente. Un hombre dormía en el umbral de un palacete, muerto quizá. Había colas delante de las tiendas donde aún se vendían algunos alimentos a precios elevados. Dejó desfilar el espectáculo de la ciudad abrumada por el hambre y la miseria, eternamente asombrado de la capacidad de los seres humanos para soportar el sufrimiento.

—No —acabó por decir—. Se necesitan mujeres que no hayan hecho nunca eso. Mujeres a las que no les guste hacerlo... Hay que obligarlas. De ahí el miedo al que me refería. Hay muchas maneras de presionarlas o reducir sus reticencias. Yo conozco algunas.

—¿Y de dónde va a sacarlas?

—Mire a su alrededor. Vea en qué se han convertido los parisinos. ¿Quién no vendería su alma por un mendrugo de pan, unas lonchas de tocino o una patata?, ¿por la promesa de una sopa caliente?

Charles Gantier echó un vistazo por la portezuela. Se cruzó con la mirada implorante de una mujer que llevaba de la mano a sus dos críos; vio a unos empleados municipales deslomarse para sacar, sin volcarla, una camilla en la que se bailoteaba un muerto apenas tapado con una sábana sucia...

—Es odioso. Es absolutamente vil, yo...

—Claro, usted sabe lo que es odioso y lo que no lo es. Sus fotografías marranas, con esas piernas dislocadas, esos culos provocativos, esos coños abiertos..., como son de putas, y como usted se las vende a burgueses que se tocan discretamente, con mucho tacto, a través de los pantalones de paño, por supuesto son respetables. Puede que incluso sean arte. Y sin duda es eso lo que le autoriza a juzgar lo que es vil y lo que no lo es... Por lo menos, sea consciente de lo que busca. Vaya hasta el fondo de su deseo, de su vicio. Usted intenta corromper la inocencia, confíeselo. Violentar... Y congelar con sus aparatos el estupor y el miedo.

Calló de nuevo al entrar en la Rue de Varenne, silenciosa, desierta. El paso del caballo, casi fúnebre, retumbaba contra las fachadas. Charles Gantier, con la cabeza gacha y las dos manos apoyadas en la empuñadura del bastón, estaba pensativo. Pujols prosiguió, con una voz profunda y sorda.

—Yo he tenido trato con el mal. Y me ha gustado. Quizá un día le hable de ello, si volvemos a vernos. Creo que en cierta medida era una forma de arte. Conocí a un mentor involuntario... Un idiota genial que, como usted, se detenía al borde del abismo. Él me enseñó el camino y yo me lancé... A lo mejor me perdí, no lo sé...

—No comprendo ni una palabra de lo que dice.

—Por supuesto que sí. Estamos hechos de la misma madera.

Subieron el material a casa del señor Charles sin decir nada más. En el momento de despedirse, Henri Pujols escribió su dirección en un trozo de papel. Rue des Missions, número 15.

Dos días más tarde, el fotógrafo le envió un mensaje: «He pensado mucho en nuestra conversación. Creo que comprendo lo que tenemos en común. Venga, quiero enseñarle unas cosas que serán el futuro».

Pujols recuerda que al día siguiente se encontró con el batiburrillo de un taller minúsculo, un antiguo cuarto de aseo que Gantier había habilitado en el primer piso de su edificio, atestado de instrumentos diminutos —pinzas, limas, sierras, tornos, lupas— que le hicieron pensar en el cubículo de un relojero. Tufos acres de productos químicos impregnaban la atmósfera, mezclándose con olores de metal y madera. Encima de un banco de trabajo había lentes de todos los tamaños que brillaban como joyas en sus estuches acolchados.

Charles Gantier le puso entre las manos una caja de madera del tamaño de un libro grueso sobre la que se había montado un objetivo de cobre. El dorso, deslizante, podía albergar una placa de vidrio, y el fotógrafo pulsó con un dedo trémulo la palanquita situada junto al objetivo, produciendo un disparo cuyo ligero impacto Pujols notó bajo los dedos.

—¡Un cuarto de segundo! —exclamó el señor Charles—. En cuanto consiga preparar la emulsión capaz de captar una imagen en un tiempo tan corto, podré tomar fotografías del natural capturando el movimiento, ¡la vida! Se avecinan grandes acontecimientos. Muy pronto la guerra estará en la calle, bajo nuestras ventanas, y yo quiero registrar cada una de las convulsiones. Mis

colegas fotografían a esos imbéciles posando en las barricadas, delante de los cañones, haciéndose los valientes, triunfales. Pero yo los sorprenderé bajo el fuego, frente a auténticos soldados, en el furor del combate, y entonces se verá quién es más fiero, si esa desidia nacional, esos charlatanes con quepis, o unos regimientos de infantería dirigidos por nuestros mejores oficiales. Entonces la verdad saldrá a la luz por sí sola.

—¡Fotografiará la muerte delante de sus narices!

—Exacto... Tuve ocasión de ver los restos de una matanza a finales de abril, cuando los insurrectos intentaron aquella salida hacia Bougival. Era...

—Turbador, ¿verdad? Igual que sus imágenes de chicas ofreciendo su cuerpo.

El señor Charles se sonrojó. Le costaba respirar, y se aflojó el falso cuello sonriendo con expresión de incomodidad.

—Me vino a la mente la gelatina...

Pujols no comprendía. Se preguntaba que habría visto Gantier que pudiera evocarle semejante sustancia. En qué estado habría encontrado ciertos cuerpos. Ni siquiera su imaginación enferma conseguía, pese a sus fantasías retorcidas y macabras, concebir tal cosa.

—Sí, la gelatina para hacer la película sensible. Es veinte, treinta veces más impresionable por la luz que el colodión. Casi lo tengo... Mañana, pasado mañana quizá. Estoy a punto de revolucionar la fotografía, ¿sabe?, de fijar el movimiento tomado directamente del natural, sin artificios. Será la última etapa antes de la captura animada del movimiento... ¡Lo más cercano a la acción! ¿Se da cuenta? ¡Fotos tomadas bajo el fuego, entre el humo de los incendios, a ambos lados de las barricadas! Eso me reportará mucho más que las copias que les vendo a esos señores. ¡Muerto y enterrado, Félix Tournachon y sus fotos de poetas en poses favorecedoras! No lo dude. Muy pronto la fotografía sustituirá en los periódicos los absurdos grabados que vemos en ellos y que parecen estar ahí para divertir a los niños.

Estaba exaltado, se movía sin parar en la exigua habitación dibujando en el aire un futuro cuyas formas solo él podía distinguir, a la manera de un vidente o de un loco.

Henri Pujols hojea «El álbum de las máscaras», donde solícitos clientes del burdel de la Rue Saint-Lazare se follan a las chicas en las posturas más variadas. Ellas y ellos llevan un simple antifaz o una máscara más elaborada, según la fantasía del momento. Algunos, que ocultan la cara bajo un impreciso molde de cartón piedra de rasgos impasibles, no tienen mirada y vuelven hacia el objetivo un rostro surcado por una nada oscura, y en ese caso uno diría que está ante un muerto que ha regresado de su reino de seres errantes para aparearse con carne viva.

Piensa largamente en esa visión y se le ocurren ideas extrañas; imágenes de misas negras, aquelarres y ceremonias sacrificiales toman forma, adquieren vida, dirigidas por sacerdotes con

máscaras de cera y grandes capuchas escarlata que salmodian oraciones sacrílegas y blasfemias. Imprecaciones confusas resuenan en su mente, recorrida por monjes sanguinarios y obscenos, y todo ello produce en él tal ruido y tal fuerza que tiene la impresión de que en algunas fotos los seres cobran vida y gimen. Interrumpe su contemplación morbosa, alterado por lo que le ha parecido ver en el sueño en que, durante unos instantes, se ha sumido despierto. Sacude la cabeza para disipar el embotamiento, da unos cuantos pasos por la habitación y se dirige al gabinete donde ha encerrado a la chica hace un rato. La joven duerme, de espaldas a la puerta y encogida. Con la dosis de droga que el señor Charles le ha hecho ingerir, no necesitará más por esta noche, cuando la lleve a reunirse con las demás.

Pujols llama tres veces a la puerta del laboratorio, donde el fotógrafo revela sus fotos, para anunciarle que va a salir a dar un paseo. La voz de Gantier lo despide con un gruñido y él se encasqueta el sombrero de modo que las anchas alas oculten su cara partida; baja la escalera de servicio y sale al patio, donde en ese momento se oye la risa de una mujer y batallas de pájaros en los canalones, aunque él no les presta ninguna atención.

Le han puesto ese fajín antes de salir del puesto de policía, asegurándole que así su autoridad, que emana del pueblo, resultará visible para todos y mostrará incluso a sus adversarios que la Comuna se preocupa del orden y la seguridad general, a diferencia de los agentes de antes, que velaban por la tranquilidad de los burgueses ensañándose con la gente pobre. Ha sido Loubet, su adjunto, el único polizonte que no quiso huir a Versalles tras la proclamación de la Comuna, quien ha insistido en adornarlo así y le ha tendido un revólver que él se ha guardado con cuidado en el bolsillo.

Antoine Roques. Elegido «delegado de seguridad» hace justo un mes. Encuadernador de profesión. Él no quería ese cargo, porque siente una aversión profunda, antigua, por toda forma de policía. Pero la asamblea lo ha considerado el más sensato y el más sagaz. Además, la Comuna necesitaba allí un hombre de confianza como él. Como en un puesto de combate. Y Rose le había estrechado la mano y lo había mirado con sus grandes ojos azul marino. Rose, a quien tanto le gustaba leer los relatos de crímenes en *Le Petit Journal* antes de que lo prohibieran a causa de toda la basura que arrojó sobre París y su pueblo.

Ese fajín le aprieta demasiado. No le deja respirar, le comprime la barriga. Mete la mano por debajo y tira de la tela, pero sin ningún resultado, de modo que intenta aflojar el nudo que Loubet ha hecho antes con una solemnidad ridícula. Él, Antoine Roques, detesta los signos visibles de autoridad. De buena gana tiraría al arroyo ese pedazo de tela. Pero como es del color rojo de la revuelta y de la sangre, continúa llevando encima ese trozo de bandera.

Son las siete de la mañana y recorre el Boulevard Saint-Martin acompañado de un capitán del 138.º batallón, un tipo alto y barbudo llamado Colin, taciturno pero buen muchacho, que lanza de vez en cuando hacia atrás una mirada de preocupación para cerciorarse de que ninguno de los treinta y cinco hombres que ha conseguido sacar hace un rato de sus camas de campamento se queda rezagado.

Las calles están vacías, apacibles bajo el cielo claro. Roques no puede evitar aguzar el oído para comprobar si el rugido de los cañones llega hasta allí. Poco antes había irrumpido un correo jadeante para anunciar que los versalleses estaban bombardeando los fuertes situados entre el Point y la puerta de Auteuil, decenas de grandes piezas en batería instaladas durante la noche, cañones de la Marina. El oeste de París no era más que explosiones continuas, derrumbamientos y pánico.

El principio del fin, había pensado Roques mientras a su alrededor gesticulaban para organizar la respuesta y la reconquista del terreno perdido. Hablaban fuerte. Se ponía unos a otros por testigos, seguros de su estrategia. Bastaba con enviar diez mil hombres a Versalles. Había que sorprender por el flanco a las tropas agrupadas delante de París. Concentrar todo el fuego de los cañones en un punto preciso para romper las líneas versallesas. Parecía facilísimo en medio de la calma del amanecer que asomaba por encima de los tejados. Durante un rato, había querido creerlo. Era imposible que el pueblo en armas, ese pueblo que con su sueño en bandolera llevaba dos meses construyendo bastiones de esperanza, fuera vencido por tan poco, barrido como el serrín que se esparce por el suelo de un vulgar cafetuchó. Después, una lucidez triste se apoderó de él y empezó a ver a los ciudadanos agitándose con gran estruendo a su alrededor, como patéticas marionetas que se exasperaran en el escenario de un teatrillo inestable. Prefirió salir al encuentro de la patrulla que debía acompañarlo y lio un cigarrillo con manos temblorosas, pero la primera calada que dio escuchando los ruidos cotidianos del cuartel que despertaba poco a poco le sentó bien.

El paso de los soldados resuena entre las fachadas. Los hombres gruñen, tosen, mascullan, el fusil al hombro, la bayoneta en el cinto. Quepis sobre los ojos. Paso torpe, cansino. Dos o tres posiblemente duermen mientras marchan. Se cruzan con un coche del que tira un viejo rocín que resopla y agacha las orejas, meneando su gran cabeza como para expresar un inmenso cansancio. El cochero deja colgar sobre su espalda flaca la correa de un látigo. Lleva una chistera grisácea y abollada. La barba le oscurece todo el rostro, las cejas espesas le llegan casi a los ojos. Saluda a la patrulla con una mano velluda y empieza a toser o a reír, no se sabe muy bien, luego escupe con un ronquido y una violenta sacudida de todo el cuerpo que hace dar un traspies al caballo. Unos soldados se vuelven para mirar aquel curioso conjunto y ríen por lo bajo. «¡Este Clovis! ¡Siempre igual de mugriento!»

Un poco más allá, a cien metros, la barricada de la esquina de la Rue Saint-Martin presenta el aspecto de un vertedero al que hubieran ido a deshacerse de muebles carcomidos, a tirar colchones podridos de pis y llenos de chinches o carretas con las ruedas partidas.

El capitán Colin se detiene, los pulgares metidos en el cinturón.

—Mire con qué defensa cuenta la Comuna mientras la bombardean a muerte. Pandilla de golfos. Ni siquiera veo centinelas.

—¿Sobre quién recae la responsabilidad? —pregunta Antoine Roques.

—Ni idea. Sobre alguna asociación: habrán llamado al comandante de la 11.^a legión para obtener unos pocos soldados, que vienen cuando no tienen nada mejor que hacer.

Un gato de pelaje rojo acaba de aparecer en lo alto del heterogéneo montículo, encaramado a una rueda plantada allí como si un vehículo se hubiera estrellado contra aquella barrera inextricable. Antoine Roques lo empuja con un codo.

—Aquí hay un centinela. ¿Qué más quiere la gente?

El capitán menea la cabeza suspirando y levanta los ojos hacia el inmueble ante el que se han detenido.

—¿Es aquí donde tiene el nido su sospechoso?

—Al fondo del patio a la izquierda, segundo piso. Ferdinand Courbin.

Colin se vuelve hacia sus hombres.

—Que se queden aquí tres para impedir que alguien salga.

Antoine Roques empuja la puerta y los soldados se adentran en el porche y se reparten por el patio con los fusiles apuntando las ventanas. Por encima de los tejados se oye el arrullo de invisibles palomos. El capitán apuesta a un centinela en cada salida. Los hombres parecen haberse despertado: obedecen sin tardanza, comprueban que su arma está cargada. Roques, acompañado de cuatro soldados, entra en el hueco de una escalera vagamente iluminada por un tragaluz. Los borceguíes y las botas suenan pesadamente en aquella penumbra, y Antoine se siente transportado por ese estruendo, concentrado por completo en su misión. Por lo que saben, el tal señor Courbin es ingeniero de puentes y caminos. Y ha sido visto por un contraamaestre que trabajó bajo sus órdenes merodeando en las inmediaciones de la fábrica de cartuchos de la Avenue Rapp pocos días antes de la explosión que acabó con la vida de cuarenta personas. Por su especialidad, el tipo conoce a fondo los explosivos, y probablemente sabe dónde conseguirlos en grandes cantidades. Su cuñado es capitán del 3^{er} regimiento de artillería del ejército de Versalles.

Al llegar al rellano, se quedan un momento inmóviles, en silencio, frente a la alta puerta de madera barnizada; luego los soldados empuñan sus armas y Antoine Roques llama a la puerta gritando: «¡Abran! ¡Policía!». Oyéndose hablar así, no sabe muy bien en qué clase de obra actúa ni qué papel debe representar. En el 51, durante el golpe de Estado, oyó pronunciar las mismas palabras cuando fueron a detener a su padre. Y apenas tres semanas atrás, los hombres de Rigault se comportaban como vulgares polizontes del Antiguo Régimen, temidos y odiados en toda la ciudad.

Se oye el chasquido de dos cerrojos, y al abrirse la puerta aparece una mujer con el pelo suelto y una bata de muselina.

—Señores...

Sonríe con aire tímido, mirando con benevolencia a los jóvenes armados que están frente a ella como si fueran a pedirle un mendrugo de pan o ropa para los pobres.

—¿Está el señor Courbin?

—Pues...

La mujer lanza un vistazo a su derecha, hacia el pasillo. Antoine la aparta y entra con dos guardias pisándole los talones. Alfombra gruesa. Aroma de café. Tiene tiempo de ver en el vano de una puerta la silueta imprecisa de un hombre que alarga un brazo hacia ellos. La detonación

levanta del suelo al policía y le taladra los tímpanos, mientras oye gritar al soldado que estaba detrás de él. Se arroja al suelo y ve al soldado, al que han alcanzado en plena cara, tendido boca arriba y agitado por espasmos. Antoine Roques intenta sacar el revólver del bolsillo, lo empuña con torpeza, lo amartilla, pero por encima de él se produce otro disparo. La puerta del final del pasillo salta en pedazos. Boca abajo, él abre fuego también, dos, tres veces, a ciegas porque de pronto sus ojos se han llenado de lágrimas, y no consigue más que arrancar de las paredes y del techo fragmentos de yeso y nubes de polvo. Ha ensordecido. Alguien lo agarra del cuello de la chaqueta y lo levanta casi gritándole al oído:

—¡Por aquí! ¡Deprisa!

Es el joven guardia que ha respondido al ataque. Ya corre a través de un comedor, volcando sillas y empujando una vitrina.

Roques sale corriendo tras él, pero nota sobre los hombros la presión de las manos de una mujer que grita y los brazos de una niña alrededor de sus piernas. Se debate, tiene que apoyarse en un aparador para mantener el equilibrio. Como las manos de la mujer buscan su cuello arañándolo con las uñas, le propina un codazo en la cara que la tira al suelo con la bata levantada hasta los muslos. Intenta abrir la tenaza de los bracitos que siguen aferrados a sus piernas, pero le resulta imposible, así que abofetea a la niña con la mano libre y la agarra del pelo, y ella cae sin proferir un grito, rodando bajo la mesa. Roques echa a correr de nuevo entre muebles oscuros, butacas de terciopelo azul marino, veladores sobre los que descansan objetos de porcelana.

Sin saber cómo, se encuentra en una escalera de servicio en penumbra, guiado por las voces del joven guardia. De milagro no cae cien veces rodando por la escalera, rompiéndose los tobillos y la espalda. Sale a una calle estrecha donde el alba aún vacila y ve desaparecer al soldado en el esquinal de una tienda, en una calleja apestosa en la que tropieza con unos adoquines cubiertos de inmundicias. De pronto desemboca en el bulevar, detrás de la barricada, sin aliento, con las piernas reventadas, hechas una piltrafa. Dos niños se han puesto de pie y lo miran atónitos. Uno empuña un fusil más grande que él, con la bayoneta en vertical contra su cara sucia. El soldado reaparece arrastrando los pies y quitándose el quepis para secarse la frente.

—¡Ha desaparecido! ¡Se ha esfumado! ¡Ha matado a Albert, un compañero, casi un hermano! Trabajábamos para Dugrand, el guarnicionero de la Rue des Cendriers. Voy a cargarme a ese hijo de puta. Traidor, saboteador, asesino. Ni siquiera lo pondré contra la pared... ¡Pam! ¡Así, sin más, en su jeta de asesino!

Se dobla en dos para toser, escupir, vomitar tal vez. Jadea, apoyado en su fusil. Cuando se incorpora, tiene el rostro reluciente y lívido, los ojos brillantes de lágrimas.

Antoine Roques se da cuenta de que todavía tiene el revólver en la mano. Lo mira como si aquella cosa le hubiera brotado al final del brazo mientras dormía y lo deja caer dentro del bolsillo. Para recobrar el aliento, se desata el fajín rojo, lo enrolla y lo aprieta con la mano. Qué

alivio. El aire le parece más fresco.

El capitán Colin llega hasta ellos con cinco hombres.

—¿Qué ha pasado?

La respuesta es tan evidente que el comisario se encoge de hombros.

—Ya ve lo que ha pasado. Lo hemos perdido. Vamos a ver qué tiene que decir su mujer.

Suben de nuevo al piso, donde el cuerpo del guardia ha sido cubierto con un mantel bordado. La mujer, con un pañuelo manchado de sangre en la nariz, está sentada en un sofá junto a su pequeña, muy pegadas la una a la otra, bajo la vigilancia de un soldado que se apoya en un aparador de madera oscura. Los hombres se han dispersado por todas las habitaciones y se oye el abrir y cerrar de puertas de armarios y roperos mientras hablan entre ellos y ríen cada vez que encuentran algo valioso o sorprendente. Un candelabro labrado, una figurita frágil, un ángel dorado con las alas desplegadas, colgado de una pared. En un dormitorio con la cama todavía deshecha, Roques sorprende a dos hombres revolviendo la ropa interior femenina que atesta el cajón de una cómoda. Olfatean las prendas íntimas entre burlas, desperdigan a su alrededor bragas, enaguas y corpiños.

—Salid de aquí.

Los dos hombres lo miran con cara de sorpresa.

—Sois miembros de la Comuna, no la soldadesca prusiana o versallesa. Salid de aquí.

—Estamos registrando —dice uno de ellos, con una enagua sobre el hombro—. Hemos recibido órdenes. ¡En cualquier caso, esta burguesa no corre el riesgo de que se le enfríe el culo!

El otro se desternilla en silencio.

—Ya se ha dado el caso de encontrar escondidas cosas importantes en sitios como este.

—Soy yo quien dirige la operación, y exijo un mínimo de buenas maneras.

Antoine Roques permanece en el umbral, con un brazo extendido para invitarlos a abandonar la habitación. Los dos jóvenes suspiran. La enagua cae sobre la cama.

—Como quiera...

Salen con la cabeza alta y ademán burlón. Llamam a Roques desde el otro extremo del pasillo. Oye las exclamaciones de los hombres. Algo cae al suelo y se rompe. Han encontrado un secreter repleto de papeles en un cuartucho oscuro, iluminado tan solo por un tragaluz. El capitán está inclinado sobre un plano dibujado apresuradamente en una gran hoja de papel.

—Mire. El emplazamiento de las barricadas desde la Butte-aux-Caille hasta el Panteón. Y aquí, el barrio de la fábrica de cartuchos y de la Escuela Militar.

Roques examina el mapa. Cruces y flechas trazadas con tinta azul. Las barricadas están representadas por una raya roja que atraviesa las calles.

—Nos llevamos a la mujer. Quizá eso haga venir al marido.

—¿Y qué hacemos con la niña?

Antoine Roques mira fijamente a Colin, que acaba de formular la pregunta, como si la respuesta

pudiera leerse en su cara. Intenta reflexionar, nota caer sobre él un manto de calor. Piensa en Bertrand, su hijito. Se pregunta qué harán los versalleses con los niños si... ¿Qué debe hacer la Comuna con ellos? ¿Encarcelarlos para luchar más eficazmente contra los espías y los traidores? Aparta esas cuestiones, que acuden a su mente como pelotas que rebotan en una pared. A su alrededor, los hombres esperan que diga algo. En la habitación de al lado, la mujer grita y se debate. La pequeña lloriquea.

—Dejadla con algún vecino. Coged todos los documentos que permitan reconstruir los hechos que constituyen delito de espionaje, traición y atentado homicida.

La mujer está hundida en el sofá y llora ruidosamente, con el rostro entre las manos y su hija acurrucada contra ella. A Roques le entran ganas de regar esa exhibición de pena con un gran balde de agua fría. Los guardias presentes en la estancia vacilan ante aquella *pietà*, miran la punta de sus zapatos, meten los pulgares bajo el cinturón y los sacan. Uno de ellos tiende un pañuelo, Roques lo detiene.

—Dejemos las cosas como están. Las separaremos en el puesto, resultará más fácil que aquí. Entonces veremos. Lleváoslas.

Dos guardias se apoderan de la madre y la hija entre una explosión de gritos. Roques da media vuelta, e inmediatamente oye el chasquido seco de una bofetada y unos insultos proferidos en voz baja. Sale del piso y se detiene un momento en el rellano, apoyado en la barandilla. Detrás de él, el llanto de la mujer arrecia, y es ahora ella quien insulta a los hombres y los amenaza con un castigo que no tardará en abatirse sobre la gentuza de la Comuna. Los soldados replican con sarcasmo.

—De momento es a usted a quien se va a castigar —dice el capitán Colin—. Y muy pronto verá cómo.

Roques está a punto de volver para aplacar el ardor de los hombres, pero al final decide que esa arpía bien merece pasar miedo después de los cuarenta muertos y las decenas de heridos causados por la explosión de la Avenue Rapp. Baja la escalera, y los lloros y los gritos cesan. En las plantas inferiores se cierran puertas emitiendo débiles chirridos. Estaría bien saber sin ser vistos.

Cuando llega al patio, el aire de la mañana clara y fresca lo invita a alzar los ojos hacia el azul del cielo, donde se deshilachan unas nubes. En la esquina del bulevar, trabajan en la barricada. Tres atalajes de artillería están parados delante, y algunos hombres arrancan los adoquines de la calzada a golpes de pico y escoplo. Otros, encaramados sobre una mesa torcida, una puerta y un somier viejo, haciendo equilibrios imposibles, intentan transformar el basurero en refugio. Roques baja por el bulevar hacia la Place du Château-d'Eau respirando a pleno pulmón, súbitamente lleno de confianza en sí mismo. Le gustaría ir a pasear a orillas del Sena, sentir que la brisa que corre sobre sus aguas danza alrededor de él. Recuerda sus paseos con Rose y los niños —¿cuándo era?,

¿antes de la guerra?, se diría que fue hace mucho—, el plato de pescado frito y el vino de Chinon, y las maravillas todavía calientes, sumergidas en nata, que Bertrand y Mariette devoraban. No sabe muy bien cómo será el futuro, pero sabe qué sabor tenían esos momentos, las tardes de domingo en que los cuerpos parecían olvidar el cansancio del trabajo. Ha vuelto a sentir eso algunos días de finales de abril, una ligereza, una alegría tranquila en el aire templado. Veía cómo París se ponía de nuevo en pie, como un prisionero encadenado durante demasiado tiempo en un calabozo: abriendo los brazos, estirando la espalda, parpadeando, deslumbrado por la simple luz del sol. «Ah, si esto durara...», decían los compañeros mientras tomaban unas jarras de cerveza. «Más vale disfrutar antes de que vuelvan los palos, y que nos quiten lo bailado», contestaban los más pesimistas.

En la plaza, un corneta desafinado da la orden de formar. Los hombres del batallón se alinean sin apresurarse, refunfuñan, alborotan bajo el erizamiento batallador de las bayonetas. Los sargentos se desgañitan. Dos compañías consiguen organizarse y se ponen en marcha a trompicones hacia el Boulevard du Temple, y Antoine Roques no puede evitar advertir en aquella tropa un aire demasiado bonachón para poder medirse en los próximos días con el ejército de Thiers, que lleva semanas entrenándose y armándose. Algunos curiosos se detienen, pero la mayoría de los transeúntes pasan deprisa lanzando miradas furtivas a esos soldados ocasionales. Tan solo los niños siguen a los hombres a lo largo de la columna, riendo mientras marchan junto a ellos e imitándolos, con un palo a modo de fusil apoyado en el hombro.

Roques prefiere apartar la vista de ese escuadrón dudoso, de los redobles de tambor erráticos y las órdenes que vocifera el capitán, de pie sobre los estribos, ante una cohorte de guardias nacionales que por el momento charlan entre ellos, con la pipa entre los labios, levantando de vez en cuando unos ojos atónitos hacia el nervioso oficial a caballo.

Delante del puesto de policía, el centinela, con la visera caída, engatusa a una mujer que se contonea con una cesta de ropa blanca apoyada en la cadera. Saluda a Roques levantando la barbilla y sonriendo de soslayo. En cuanto este entra en el vestíbulo, Loubet, apurado, sale a su encuentro seguido de una pareja y tres niños.

—Tiene usted que ver esto. Acaban de llegar y...

El hombre se separa del grupo familiar y aparta al policía empujándolo con fuerza. Lleva un mono de trabajo de un azul descolorido, transparente de tan gastado, lleno de manchas oscuras y churretes negruzcos. Huele a hierro, a grasa de ejes. Avanza deprisa y se planta delante de Roques. Muy pálido, los ojos le brillan de cansancio o de tristeza. Detrás de él, su mujer, con los críos pegados a su falda, mantiene la cabeza gacha.

—Tenemos que hablar con usted... Sobre nuestra hija, Virginie.

—Trate el asunto con el inspector Loubet. Yo tengo trabajo.

El puño que se cierra en torno al cuello de la chaqueta del policía y aprieta, y casi lo levanta,

es duro y fuerte. Imperioso. Con un puño así no se juega.

—Es con usted con quien quiero hablar. Con usted, el nuevo comisario de policía. Se trata de mi hija, Virginie, ¿entiende?

El hombre le habla mirándolo a la cara. Voz sorda, cascada. Ese tipo de hombre no grita, no repite lo que tiene que decir. El derecho que lo ampara debería bastar, cree él, para que se le escuche. Pobre del que no imagine que puede pasar de la palabra a la acción.

Antoine Roques pone una mano sobre ese puño de acero.

—Vengan a mi despacho.

Hace entrar al hombre y su familia en una habitación iluminada únicamente por una estrecha ventana que protegen unas rejas y por dos candeleros que arden sobre una mesa atestada de papeles. Les ofrece tres sillas y los deja sentarse, cohibidos. Los niños se disputan en silencio el regazo de su madre, y al final es la más pequeña quien se acurruca contra su pecho, mientras los otros dos, un niño y una niña de nueve o diez años quizá, comparten el asiento restante. Se hace un silencio sepulcral y cinco pares de ojos que brillan gravemente en la penumbra clavan a Roques en su sillón. Solo se oye la respiración del padre, sibilante, entrecortada por suspiros.

—Se trata de nuestra hija mayor, Virginie. El apellido es Moreau. Yo me llamo Ferdinand, y mi mujer, Léontine. Vivimos en el número 15 de la Rue des Petites Écuries. Y estos son mis hijos: Marie, Élodie, y el niño, Denis.

Los niños miran a su padre con los ojos muy abiertos, como sorprendidos, tal vez preocupados al oír sus nombres, como si temieran haber sido llevados allí para que la policía los castigara. El hombre se ha vuelto hacia su esposa, que se quita el pañuelo que lleva en la cabeza para dejarlo caer sobre sus hombros; luego se yergue en la silla y aprieta contra sí a la pequeña, que cierra los ojos y parece dormirse.

—Vamos, cuéntalo tú, tú estabas allí —dice el marido.

—Estábamos en la Rue Oberkampf, volvíamos del mercado. Íbamos deprisa porque había dejado a los pequeños solos en casa. Entonces hemos pasado por delante de una bodega que hace descuentos en el vino de Bourgueil, que es la zona donde se crio Ferdinand (Ferdinand es él, mi marido...), y le he dicho a Virginie: quédate aquí con los cestos, voy a comprar una botella para tu padre... Y...

Un sollozo le impide continuar, pero se sobrepone y sus hijos la miran en silencio, atentos; ella les sonrío con los ojos llenos de lágrimas y prosigue.

—Cuando he salido, ya no estaba allí, y los cestos estaban volcados en la acera. Una mujer se ha puesto a gritar desde la ventana de su casa diciendo que dos hombres la habían cogido y la habían obligado a subir a un coche, y me señalaba el final de la calle y el coche que doblaba la esquina, yo no sabía qué hacer, tampoco podía dejar los cestos allí para que me los robaran..., así que he gritado, pero no había nadie, o la gente pasaba pero ni siquiera se paraba a mirarme...

¡Dios mío, no he podido hacer nada!

Antoine Roques busca en su mesa un trozo de papel y un lápiz para escribir, tomar notas, cualquier cosa para fingir serenidad y mostrar a esas personas que está en condiciones de hacer algo. Sin embargo, sabe perfectamente que en ese momento, en París, no hay la menor posibilidad de encontrar a la chica, a la que ya han debido de encerrar en una de esas casas de citas clandestinas que los chulos y las madamas han reabierto desde que la Comuna decidió prohibir la prostitución y detener a las mujeres que hacían la calle para invitarlas a trabajar honradamente en los talleres. También sabe que los confidentes se han volatilizado tras la marcha de los agentes de policía y de prácticamente todos los funcionarios municipales, sabe que toda esa chusma a menudo cómplice espera la reinstauración del orden prometida por Thiers para volver de Versalles, reorganizarse y extender por doquier sus canalladas y sus miasmas.

—Por eso queremos presentar una denuncia ante usted. —Oye decir al padre en voz baja, en ese tono decidido que casi la hace sonar como un rugido.

Roques no sabe qué decir. Garabatea unas palabras, adopta una expresión concentrada. Se le ocurre una pregunta vana.

—¿Por dónde ha girado el coche?

La mujer extiende un brazo hacia la derecha, como si, todavía en la calle, indicara la dirección.

—Por la Rue Saint-Maur. Dios mío... Debería haber echado a correr detrás.

Él toma nota. Le gustaría que esa pobre gente se marchara. No puede hacer nada por ellos.

—Y a esos hombres, ¿alguien les ha visto la cara?

—La mujer a la que se ha referido mi esposa ha dicho que la llevaban tapada, como con pañuelos. El cochero, al parecer, llevaba una chistera y tenía la cara cubierta de pelo, como esos monos grandes que se ven en las casas de fieras. Eso es todo lo que ella ha visto. Y a Virginie, que se debatía pero no podía gritar porque le han puesto un trapo en la boca.

Antoine Roques ve mentalmente al tipo hirsuto y renegrado con el que se han cruzado poco antes en el bulevar. Recuerda las risas burlonas de los hombres, que parecían conocerlo. Mientras piensa en ello, en el despacho se hace el silencio. La mujer se aprieta la nariz con un pañuelo, llorando calladamente. En cuanto al hombre, se ha inclinado sobre la mesa y lo mira intensamente.

—Haré cuanto esté en mi mano. Para empezar, intentaremos encontrar a ese cochero. Debería llevarnos hasta sus cómplices.

Ellos asienten con la cabeza. Los niños lo miran con la boca entreabierta. Ninguno se mueve. Incluso la pequeña, en brazos de su madre, clava los ojos en una esquina oscura del techo. El policía se levanta. En vista de que ellos permanecen sentados, les dice que va a ponerse a trabajar de inmediato porque se trata de un asunto grave y es preciso abordarlo con urgencia. Los mantendrá informados, por supuesto, que estén tranquilos. Entonces el padre se pone en pie y le tiende la mano por encima de la mesa, y Antoine Roques nota en la suya los dedos cortos y duros,

las palmas callosas de trabajador. La mujer y sus hijos se levantan también, se enredan un poco los pies con las patas de las sillas, y luego todos salen en silencio.

Una vez cerrada la puerta, el comisario se reprocha haber dejado que esas personas confien en encontrar a su hija. No sabe, a esas alturas, qué esperanza puede haber aún. Se sienta y echa una mirada en redondo al desorden de papeles y expedientes que lo rodea, y se pregunta si no habría que empezar, para terminar quizá, por prender fuego a ese caos. No lo sabe. Oye a la señora Courbin proferir gritos en el pasillo reclamando a su hija, y eso lo aparta de los sombríos pensamientos en los que sentía que estaba deslizándose.

El cochero, maldita sea, es preciso encontrar a ese cochero. Dentro de dos días, ya nada será posible.

En la calle, delante de la tienda de vinos, tres hombres hablan en voz baja haciendo aspavientos. Uno de ellos lleva una guerrera de la Guardia Nacional y una bayoneta colgada del cinturón. Los otros dos, hirsutos, cubiertos de hollín, parecen azorados. Callan en el momento en que Pujols pasa junto a ellos, lo miran con desconfianza antes de ponerse de nuevo a murmurar. Pujols se aleja a su paso rápido de montañero camino de la Rue du Bac, atestada de coches y carretas. Una máquina de vapor está atravesada en la calzada, y golpean a los caballos para obligarlos a maniobrar. Los dos animales resoplan, relinchan, se sacuden. Junto a ellos, dos hombres empuñan sendos palos y vociferan órdenes en dialecto picardo. Pujols ve el lomo ensangrentado de un percherón de crin rubia. El animal, al que le tiemblan las patas, menea la testuz y golpea con los cascos los adoquines manchados de orina y cagajones. Los curiosos se juntan en las aceras, los cocheros vociferan desde su asiento agitando el látigo. Unos niños alborotan entre las piernas de los mirones como enanos estúpidos en un bosque. Pujols se abre paso a golpes de hombro entre la pequeña muchedumbre, maldiciendo para sus adentros a todos esos imbéciles boquiabiertos. Palpa dentro del bolsillo la culata de su revólver y se pregunta qué le impide rematar al caballo herido con una bala, y con otra saltarle la tapa de los sesos al que lo martiriza y esparcir por el suelo su cerebro de tarado. Cuando un crío que iba corriendo choca con él, lo aparta dándole un discreto rodillazo y lo manda hasta los pies de una mujer, que grita y recibe al gnomo con un sonoro tortazo. El chiquillo, frotándose la mejilla, levanta los ojos hacia esa alta silueta oscura que se aleja y luego se vuelve a mirarlo y le sonrío, y entonces se esconde entre las faldas de la mujer que lo ha abofeteado, porque la sonrisa que atisba en esa cara partida es la de un perro taimado que enseña los dientes sin gruñir, capaz de arrancarte la cara de un mordisco. Y los ojos negros no tienen brillo, son dos agujeros profundos, como esos pozos a los que se arrojan los desesperados.

Pujols piensa en lo que habría podido ser si el encuentro con ese niño se hubiera producido en plena noche, en una de esas calles angostas por donde andan hasta altas horas los arrapiezos cuyos padres están emborrachándose en una tasca miserable. ¿Cuchillo o revólver? Aparta de su mente esos pensamientos bárbaros que lo asaltan a veces y contra los cuales ha debido plantar batalla los últimos meses después de haber cedido a ellos durante tanto tiempo, creyendo que elevaba sus crímenes a la categoría de arte. Una locura, todo eso. Delirios tenebrosos, poesía negra compuesta en criptas. Sueños malsanos. Amores prohibidos.

Ha intentado combatirlo. El año anterior se había entregado a los excesos como otros se ahogaban en alcohol impulsados por la pena o la euforia. Le gustaba precisamente esa especie de embriaguez. La alienación morbosa, la fascinante repugnancia ante lo que podía esparcirse fuera de un cuerpo masacrado. Las matanzas que perpetró durante el asedio hostigando a los prusianos lo saciaron de carne, tripas y sangre, como un carnicero que devorara la mercancía a la salida del matadero con un tajo en una mano y un cuchillo en la otra, rebosante de carne cruda, aturdido de degollinas. A lo largo de dos meses diezmó patrullas, acabó con centinelas, desmembró a reclutas achispados, castró a oficiales a la salida del prostíbulo. Capitaneaba un pequeño grupo formado por una decena de campesinos, los «sangradores de la noche», ávidos de venganza después de que los *boches* hubieran saqueado o incendiado sus granjas y violentado de todas las maneras a sus familias.

Hasta que un día, harto de aquellas carnicerías, se marchó sin más, no sin haberlos denunciado a un coronel bávaro con el que había bebido unas jarras de cerveza en una posada de Saint-Ouen.

Echaba de menos París. Su ruido, su gentío, las mujeres... Recién salido de su reino de sangre, no recordaba que la ciudad llevaba tres meses bajo asedio, en pleno invierno, atenazada por el hambre, y las calles rebosantes de miseria a lo largo de las colas que se formaban delante de las tiendas. Los ojos hundidos, los rostros huesudos, las figuras tambaleantes que se veían en las callejas. Y esos cuerpos caídos en un rincón, que serían encontrados por la mañana, rígidos, con la boca abierta, o bien con una horrible máscara de dolor y desesperación. Incluso los grandes cafés de los bulevares parecían arrojar sobre las aceras una luz más mortecina, y los burgueses, tan altivos como siempre dentro de sus redingotes con cuello de piel, del brazo de sus esposas, ataviadas con holgados abrigos oscuros, lanzaban miradas inquietas a derecha e izquierda porque en la sombra, alrededor del islote claro donde intentaban mantener su rango, quizá acechaban bandas de niños hambrientos dispuestos a arrebatarles unas monedas de oro a navajazos.

Pujols encontró alojamiento enseguida en la Rue des Missions, en el cubículo que había dejado libre un joven muerto de hambre unos días antes, un estudiante de filosofía un poco poeta, había explicado con desprecio la portera del inmueble ya casi vacío, la señora Viviane Arnault. Pujols la impresionó, la subyugó, la enterneció y finalmente la sedujo con relatos de guerra, heroicos y sangrientos, que explicaban la horrenda herida de su rostro, causada por el sablazo de un gigantesco turco. Acabó metiéndose en su cama, para satisfacer de cuando en cuando su grupa de viuda crédula, en pago por las vituallas que escondía en el sótano. Después, al confesarle la dama que le gustaban sus maneras de soldado, Pujols, en un toma y daca sin tapujos, pasó a disfrutar también del alojamiento y la comida a cambio de unos polvos.

Por el momento, se cruza con los viandantes, surca la multitud de curiosos como si fueran olas rompiendo contra su proa. Sabe que es de otra especie, quizá de otra época. A veces tiene la impresión de que pertenece a un futuro que presiente fastuoso y salvaje, lleno de barbaries

modernas e inhumanos progresos. Todo cambiará salvo el hombre: débil, tosco, sumiso, rencoroso, presto para cazar en manada o salir huyendo en rebaño. Merecedor tan solo de desprecio y castigo. De sangre y llanto. Y él, Pujols, se siente ya perfectamente acorde con lo que prevé. En armonía. Hombre orquesta. En París, observa a diario los preparativos de un monstruoso descuartizamiento, de una masacre como jamás ciudad alguna ha conocido desde los pillajes bárbaros o los saqueos de la Edad Media, y él no quiere perderselo. Como un anticipo del próximo siglo.

La señora Viviane, la portera, tiene un hermano que es capitán del ejército en Versalles y le ha recomendado que no ponga un pie en la calle cuando las tropas hayan entrado en París, porque lo que Thiers y sus generales preparan contra esa hueste de bandidos es la guerra. La única consigna es no dar tregua. Prisioneros cuando no se pueda evitar hacerlos. Acabar con la Guardia Nacional, pulverizar a la chusma que aterroriza desde hace dos meses a las personas decentes. Será preciso restablecer el orden para los próximos cincuenta años. Cualquier medio será bueno, y se emplearán para castigar a la Comuna y hacer que esos miserables expíen sus crímenes. Los soldados podrán actuar con total libertad. La señora Viviane está impaciente por que comience la cacería. Alguna vez incluso, cuando Pujols cabalga sobre ella, llevada por el entusiasmo le pide que la trate como si fuese una perra de la Comuna, y el hombre, detrás de ella, erguido contra su culo, ha de contener la risa ante tanta memez para continuar montándola ferozmente sin decaer.

Desde hace unos días, a menudo gime y lo llama «mi artillero» al oír el sonido del cañón, cuando las explosiones hacen temblar los cristales y echan sobre su grupa enloquecida o su vientre blanco y rollizo un poco de yeso, como azúcar glas sobre una monja.

Estupidez de los burgueses y sus lacayos contra las esperanzas vulgares de un populacho insano. Muy pronto, la guerra a la vuelta de la esquina. El campo de batalla en tu puerta. ¡El baño de sangre de la señora está preparado!

Pujols se detiene y levanta la nariz, como si pudiera olfatear vaharadas precursoras. Desde la mañana, un olor a fuego flota en el ambiente de cuando en cuando... La semana pasada acompañó a Charles Gantier a ver los Campos Elíseos bombardeados para tomar unas fotografías. Las casas destruidas, los escombros humeantes. Le habría gustado acercarse para ver mejor los edificios despanzurrados, los interiores suntuosos de las mansiones y sus vestigios de una vida feliz y tranquila expuestos al viento y la lluvia, aquella intimidad ofrecida a todas las miradas. Quería gozar de esos secretos desvelados en la violencia y el estupor de una explosión, exhibidos como un cadáver abierto, como el impúdico pubis de una niña de doce años con las piernas abiertas; deleitarse con el espectáculo de la devastación como disfruta del de las partes íntimas que aparecen en las fotos de Gantier, pero los guardias nacionales impedían a todo el mundo pasar y tuvo que conformarse con imaginar la obscenidad del cuadro mientras al señor Charles le indignaba que pudieran destruir de ese modo las casas de las personas de bien en vez de arrasar

los cuchitriles donde proliferaba la morralla proletaria.

Al llegar a la Rue de Rennes, se detiene en el cruce de la Croix-Rouge, transformado en plaza fuerte, con todas sus calles protegidas por enormes barricadas. Unos niños corren alrededor de los haces de fusiles, ante la mirada divertida de guardias nacionales que, entre sonoras carcajadas, les lanzan algún que otro puntapié cuando pasan por delante de ellos. Otros, encaramados en lo alto del reducto que cierra el paso en la Rue de Sèvres, armados con gruesos palos y espadas de madera, imitan un ataque vociferando. Un crío diminuto patalea sobre el tubo de un cañón, dando talonazos como si fuera a lanzarse al galope. Tres mujeres pasan junto a él con sus cestos de provisiones en la mano, charlando en voz baja. A Pujols le sorprende esa paz armada, esa despreocupación erizada de fortificaciones y de bayonetas mientras los bombardeos rugen sordamente. Intenta imaginar el furor que muy pronto va a abatirse sobre esa tranquilidad. Luego, el sonido sordo de un bombo resuena en la Rue de Rennes, hacia el Boulevard Saint-Germain. A lo lejos ve una columna de federados que avanzan a buen paso, al ritmo martilleante del tambor, detrás de una bandera roja. Los curiosos se agolpan en las aceras y los soldados empuñan sus fusiles y echan a los niños, que se dispersan como una bandada de escandalosos gorriones. Los soldados regresan a su puesto junto a los cañones en batería y aguardan, apoyados indolentemente en el arma. Se eleva «La Marsellesa», que avanza por la trinchera abierta en la calle. Los mirones aplauden. ¡Viva la Comuna! Dos hombres se encogen de hombros y, tras dar media vuelta, se alejan lanzando hacia atrás miradas hostiles.

Pujols levanta los ojos por encima de los tejados y saca el reloj del bolsillo del chaleco. Es tarde. Se dirige de prisa hacia la Rue de Sèvres y cruza el paso de la barricada sin que se fijen en él, mientras estallan a su espalda los clamores que acogen a los guardias nacionales. Huye de ese estruendo populachero. Casi corre. De repente, al doblar la esquina de la Rue des Missions, el silencio cae sobre él y ya no oye más que el zumbido permanente que le llena los oídos y el cráneo. Las calles están tranquilas, casi vacías. Los transeúntes aprietan el paso, sombríos, encorvados. Las esquinas los escamotean, las puertas cocheras los engullen con un chasquido. La mayoría de los postigos están cerrados, y las calles son ciegas y sordas.

Hace girar la pesada llave y empuja la puerta. La portería está cerrada y a oscuras. Viviane ha debido de salir a hacer unas compras o a ver a una amiga que tiene una mercería en la Rue Notre-Dame-des-Champs. Pujols entra en el patio, donde el silencio hace rechinar sus pasos sobre el empedrado, y levanta los ojos hacia las ventanas con las cortinas corridas. Los últimos inquilinos se marcharon el lunes, por miedo a los bombardeos, para refugiarse en Normandía con su familia. Gracias a las llaves de la portera ha podido pescar algunos objetos caros, y en algún caso un poco de dinero cuidadosamente escondido que no se han entretenido en llevarse, convencidos, en definitiva, de que en pocos días, una vez restablecido el orden, podrán reanudar el curso tranquilo de su vida.

El rugido lejano de las explosiones se cierne sobre el encajonamiento del patio con la lentitud de un pañuelo de seda, y los pájaros, enloquecidos por la primavera, lanzan sus cantos y sus reclamos al aire azul.

Pujols cruza en diagonal la superficie adoquinada y se precipita en una entrada, deja la escalera a su derecha y se detiene ante una puerta cerrada con un gran candado. Encima cuelga un fanal: lo enciende, regula la llama para que sea larga y clara y se queda un momento mirándola dentro de su caja de hierro.

Unos peldaños toscamente tallados descienden por un estrecho pasadizo entre dos paredes de piedra húmeda, verduzca, cubierta de manchas renegridas. Al fondo de la escalera hay dos puertas: detrás de una de ellas es donde Viviane guarda las provisiones. La otra, de gruesas jambas claveteadas, está provista de una fuerte cerradura que chirría cuando Pujols la abre. Se detiene bruscamente en el umbral, impactado por el olor, denso, compacto como una tela que se tensara de pronto ante él. Un hedor a excrementos y orina espesa, acre, que le inunda la boca y se le pega a la garganta. Por mucho que se lo espere, cada día es más insoportable. Las oye antes de verlas. El tintineo de las cadenas. Sus gemidos. Estalla una risa demente, seguida de sollozos entrecortados. Cuando puede respirar un poco mejor, avanza levantando el fanal, pero al principio no ve más que el suelo de tierra batida de ese corredor tallado en la roca, estrecho y profundo, abovedado en arista como una catedral en miniatura; luego, las piernas desnudas asoman entre el desorden de ropa interior y enaguas. Se le acelera el corazón, porque solo cuenta cinco pies y su mente construye una fantasía macabra: una de ellas ha sido atacada por las otras dos, que han empezado a devorarla. Quiere ver mejor, así que avanza y se da cuenta de que no ha sucedido nada de eso. De nuevo esa imaginación que a veces lo domina y lo embriaga.

Están acurrucadas unas contra otras, tiemblan bajo el vestido oscuro que han rasgado para cubrirse con él como si fuera una capa. Sus rostros han desaparecido bajo la máscara horrible de sus cabellos hirsutos, mezclados en una masa viscosa, y dan la impresión de conformar la cabeza con tres rostros de un monstruo telúrico que se revuelve en aquella gruta y al que saca de sus tinieblas un visitante inoportuno. Solo se ve, cuando se mueven, un ojo que brilla al azar, como la mirada de un cíclope asustado, mientras desplazan lentamente las piernas entrecruzadas.

Pujols, atónito, turbado, se ha quedado inmóvil. Da otro paso adelante, baja la lámpara y vuelve a levantarla, lamenta no poder aprovechar lo que tiene ante sí, pero sabe de sobra que esa criatura es un retoño inesperado y anormal engendrado por la oscuridad y el terror, animado por el temblor de la llama.

Alrededor de ellas, charcos, amasijos amarrados. La paja que había esparcido para que sirviera de lecho está dispersa en montones oscuros. El cubo que les había dejado, lleno de agua y de pan mojado, está volcado. Había añadido una mezcla de alcohol y droga para aturdir las, en espera de decidir lo que hará con ellas. Ya no es capaz de distinguir las. Apenas recuerda sus

nombres de pila: Blanche, Angèle... Y la tercera..., ¿Noémie? ¿Marie-Jeanne? Qué más da... Ahora han quedado reducidas a esa forma extraña que no puede ser nombrada, que tal vez pudiera interesarle a Gantier, tan aficionado a las curiosidades.

De pronto algo salta sobre él con un grito y tres brazos lo agarran y lo arrojan de costado al suelo fangoso, la lámpara apagada cae no se sabe dónde, se revuelca para liberarse de esas manos que lo aferran y lo adentran cada vez más en las tinieblas. Nota unas uñas que se clavan en su cuello, dedos que le corren por la cara y buscan sus ojos. Golpea como puede con el talón o la punta del pie, se aparta del cuello y de la cara las manos que lo arañan; en su mente aparece de nuevo la visión que ha tenido hace un momento de mujeres capaces de devorarse unas a otras, y en ese instante está convencido de que van a atacarlo a dentelladas y despedazarlo vivo, de modo que la emprende a puñetazos, golpea la muralla y grita de dolor y de rabia, se retuerce e intenta incorporarse, pero ahora cabellos húmedos barren su rostro impregnándolo de un hedor atroz mientras algo duro y compacto le destroza los riñones. Profiere otro alarido, unas risitas quejumbrosas le responden. Nota contra la mejilla una respiración sibilante, y acto seguido unos dientes se clavan en su cuello y le muerden el lóbulo de la oreja con un gemido animal. Grita de dolor, golpea al azar, una cara, una sien, consigue derribar a la chica de costado, retrocede boca arriba y se incorpora. Ya no sabe si la humedad que nota bajo los dedos es la baba de la chica o su propia sangre. El dolor en la oreja lo aturde y tiñe de rojo la oscuridad en la que se encuentra, apoyado, según se percata, en la puerta.

Las oye gemir y murmurar entre ellas. De vez en cuando, una risita aguda escapa de ese rumor sordo.

Busca a tientas el fanal y enciende con mucha dificultad una llama vacilante. Un resplandor perezoso se posa en los cuerpos de las tres chicas, encogidas unas contra otras, tiritando, sus piernas desnudas apretadas en un vano movimiento reflejo de terror. Se demora contemplando a una de ellas, desnuda hasta la cintura, de largos cabellos rubios y piel tan blanca que se distingue la fina red azulada de las venas en sus brazos, en los muslos... Quince años apenas y ya tan mujer... Recuerda el placer brutal que obtuvo de ella, su llanto y sus gritos de dolor mientras se la follaba y cómo imploraba piedad murmurando desde el fondo de su mente deformada por el opio. Todo eso le viene a la mente y lo domina de nuevo, allí, en aquella cloaca, al fondo de aquella tumba, y se pregunta cómo sería poseerla delante de las otras, pero inmediatamente se espanta de las ideas inmundas que se le ocurren y odia a aquella criatura por seguir tentándolo, impúdica y sucia; entonces lo asaltan las ganas de desangrarla, y ya se acerca, con el cuchillo en la mano, antes de retroceder y escapar, desconcertado y furioso, sin aliento, asfixiado por esa voluntad ajena que intenta apoderarse otra vez de él.

Sale a la calle despavorido y casi tira al suelo a una mujer que pasa del brazo de un hombre. Ella, sobresaltada, profiere un grito y se vuelve con aire indignado; luego el estupor y el espanto

se disputan su carita redonda y parecen a punto de hacer que se deslice hacia su frente el sombrerito sujeto a sus cabellos. La mujer le da un codazo a su compañero, que se vuelve también y le lanza a Pujols una mirada temerosa antes de llevarse de allí a la mujer apretando el paso.

Pujols los mira alejarse maldiciéndolos, pero al pasarse la mano por el rostro comprende que el miedo de esa gente no se debe tan solo a su cara destrozada: está cubierto de fango, como un cerdo revolcado en estiércol. La ropa, las manos, la cara; un gusto dulzón, casi azucarado, en los labios y en el fondo de la garganta. Por un instante teme que esos dos imbéciles vayan a avisar a la policía, pero se tranquiliza enseguida: ¿a qué policía, en el caos actual? La policía salió por piernas con el resto de los cuerpos constituidos los primeros días de la insurrección. Ese es el valor que caracteriza a los agentes de la ley y sus comisarios: cinco contra uno, armados con porras o pistolas, presumen mucho, exhiben a su presa, enseguida se pavonean de sus triunfos. Sin embargo, frente a aquella multitud exaltada que tenía tantas cuentas que ajustar con ellos, en aquella ciudad que proclamaba por doquier el advenimiento de la libertad, la igualdad y la justicia, la valentía de los polizontes se había derretido como mantequilla rancia en un horno lleno de brasas.

Pujols regresa al patio del edificio y se acerca hasta la bomba para lavarse, pero no logra librarse de ese tufo a establo humano que lleva pegado al cuerpo, así que sube a su cuarto. Una vez dentro, un silencio aterrador le cae encima mientras camina de puntillas como un ladrón, desconfiando de las puertas que chirrían. El lugar le es ajeno. No reconoce en él nada familiar. Se desnuda delante del espejo picado, llena la palangana con el agua que queda y se enjabona y restriega la cara y los brazos. Se inunda de agua de colonia, se viste y hace un paquete con la ropa sucia. En el momento de salir, cambia de parecer y saca del cajón de la cómoda carcomida un puñado de cartuchos, tras lo cual comprueba que el revólver sigue en el bolsillo interior del redingote. Baja los peldaños de cuatro en cuatro porque ha visto en un reloj de pared que las agujas corren y que su complaciente casera, la lánguida Viviane, no tardará en llegar.

Recorre casi corriendo la Rue des Missions y se encamina hacia Saint-Germain. Pasa por delante de las barricadas que defienden unos guardias nacionales y habitantes del barrio. Con los adoquines amontonados delante del Panteón, en la esquina de la Escuela de Medicina, las calles no son más que tierra desnuda. Grupos de hombres tiran, gritando para animarse, de los cañones que traquetean en las roderas. Cadenas humanas transportan sacos de tierra que unas mujeres llenan y cosen en la Place de la Sorbonne. En las terrazas se beben vino y cerveza brindando ruidosamente. ¡Viva la Comuna! ¡A la mierda Versalles! París parece contento. Los niños juegan y alborotan, las palomas picotean en las aceras restos de bocadillos. Pujols no comprende que se pueda esperar con semejante alegría el baño de sangre cuya inminencia presiente. Cruza el Sena por el puente Saint-Michel, en el Boulevard Sébastopol debe meterse en el estrecho paso dejado entre las barricadas y los edificios. Le dan el alto para pedirle la documentación, y entonces él se

quita el sombrero y muestra su rostro hundido, su boca torcida.

—Herido de guerra, camarada.

El tipo retrocede instintivamente, pero enseguida se sobrepone y rectifica la posición de su quepis. Siempre sucede lo mismo. Ese espanto seguido de una especie de respeto. En momentos como ese, Pujols podría acabar por creer que en verdad luchó en el pasado contra siniestros soldados que bramaban en algún campo lejano. El centinela mira hacia otro lado y lo empuja para que se marche.

—Perfecto, circule.

Así que circula, asustado y excitado por los preparativos de una guerra de un género nuevo, en la que cada plaza será un campo de batalla y cada calle una posición que habrá que conquistar y defender. Nada de cargas heroicas de coraceros ni cálculos estratégicos como en una partida de ajedrez. El método será colarse, infiltrarse, avanzar pegados a las paredes acechando en las ventanas el peligro que amenaza, pillar al enemigo por la espalda, ametrallar a quemarropa, degollar en las callejuelas, rematar a los heridos en los pasillos. Entrevé, casi embriagado, la carnicería que se avecina, y piensa que Charles Gantier estará muy ocupado con sus cámaras oscuras captando esa brutalidad desatada que castigará al pueblo insurrecto echado al suelo detrás de sus montículos de adoquines, defendiendo hasta la muerte sus amontonamientos patéticos, fortalezas de cartón, murallas de arena con banderas rojas plantadas encima, como si ya estuvieran saturados de la sangre que va a correr. Unos guardias nacionales están sentados sobre unas cajas junto a una ametralladora en la esquina de la Rue Rambuteau. Más allá, cerca de la Rue Réaumur, dos cañones apuntan sus bocas hacia las aberturas practicadas en el amasijo de adoquines y piedras. Por todas partes, cientos de hombres armados acampan detrás de los refugios y fuman en pipa o limpian sus fusiles.

Pujols camina durante cerca de una hora entre el gentío, bajo el aire templado del anochecer. Tiene la frente sudorosa. Jadea. Vuelven a asaltarlo las imágenes de aquellas chicas abalanzándose sobre él, y el miedo estúpido que ha sentido. No puede liberar su mente del recuerdo de sus gritos, de sus gruñidos. Las jóvenes no han pronunciado una sola palabra. Habrían podido perfectamente no ser más que animales cautivos y hambrientos.

En la esquina de la Rue Béranger y la Place du Château-d'Eau, una chiquilla vende lilas, y al pasar por su lado, a Pujols le llega una bocanada de perfume. Se acuerda de una primavera allá en la meseta, los Pirineos coronados aún de nieve, las ramas malva que su madre cogía a puñados para olerlas, con el rostro perdido entre las flores. Fue hace tanto tiempo que ya no recuerda prácticamente nada, salió de aquella vida como una serpiente de su muda.

Cruza, muy alterado, la vasta plaza transformada en fortaleza y protegida por barricadas que llegan hasta el primer piso de los edificios. Los cafés están llenos. Delante de un cafetucho de la Rue de l'Entrepôt, un grupo de guardias nacionales bebe cerveza de pie, fumando, con el fusil en

bandolera. Unas mujeres, con el quepis de través sobre el pelo recogido en un moño y cartucheras alrededor de la cintura, brindan con ellos.

Pujols se apresura para llegar al muelle de Jemmapes. Una barrica escarlata cuelga de unas contraventanas verdes.

La bodega Miron.

El local es oscuro y de techo bajo. Las dos ventanas que flanquean la entrada arrojan al interior una luz que el suelo de tierra batida, carbonosa, las mesas de madera oscura y el armazón de tablas alquitranadas que forma la barra parecen absorber sin restituir el más mínimo resplandor. Al fondo de la sala, un hombre está echado hacia atrás en una silla, encajado contra la pared, con la boca abierta. Delante de él, un vaso de absenta y una jarra de agua. Junto a la ventana, tres tipos juegan a las cartas sin cruzar palabra. Nadie levanta la cabeza, pero Pujols sabe que todos sus gestos son observados. Detrás de la barra, el dueño, Miron, bajo y gordo, con unas patillas rubias que le cubren las mejillas, finge que no lo ve. Cuando Pujols pregunta si puede beber un trago, el hombre suspira y se acerca.

—Un vaso de vino blanco. Del bueno.

—Debo de tener algo de eso.

El hombre saca de una alacena una botella llena y la descorcha con cuidado.

—Sin empezar. Un Anjou. Cosecha del 69. Lo recibí en abril.

Pujols lo huele y lo prueba. No está mal. El dueño se sirve otro vaso.

—Nos conocemos, ¿no? Ya ha venido otras veces.

—Sí. Con Clovis.

Pujols oye moverse a su espalda a los tres hombres que están junto a la ventana. El dueño echa un vistazo por encima de su hombro y deja flotar la mirada a través de la puerta abierta, hacia el canal.

—¿Qué quieres de Clovis?

Una silla ha rascado el suelo detrás de él. Pujols se vuelve y ve a un hombre de pie, la gorra sobre los ojos, las manos en los bolsillos del pantalón. Cuchillo. A Pujols le parece adivinar la forma alargada de la navaja que el tipo ya ha empuñado. Sus dos compinches también se han vuelto hacia él. No tiene miedo. De esos no. El revólver le pesa en el bolsillo. Lo ha notado bailotear contra su muslo toda la tarde, mientras caminaba, y eso no le infundía tranquilidad mientras se sentía perseguido por una sombra, tal vez la suya, en aquella ciudad al borde de la demencia. Pero ahí, frente a esos soldados de infantería de la puerta de Saint-Ouen, ya no tiene motivos para temblar.

—Necesito verlo. Es amigo mío y sé que viene a menudo aquí.

—Hoy no lo hemos visto. Ve a buscarlo a otro sitio.

—Somos amigos. Nos conocimos a través de Bébert, de Saint-Ouen, no sé si eso os dice algo.

—¿Conoces la Pointe?

Pujols asiente con la cabeza y se quita el sombrero. El hombre se esfuerza en disimular su sorpresa, pero, aun a su pesar, frunce la frente.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Pujols menea la cabeza, aprieta los labios para adoptar un aire de incomodidad.

—No es un buen recuerdo... Fue cuando era joven, en la granja, en casa, nos atacaron unos bandidos españoles. Esto que ves aquí es un martillazo... Quería ayudar a mi padre, pero...

Los dos secuaces que siguen sentados a la mesa mueven arriba y abajo la cabeza. En muestra de aprobación. Quizá de compasión. El hombre que está de pie frente a él se rehace. Se estira, saca pecho, parece más alto.

—Puedo ir a buscar a Clovis, pero necesito una compensación. Por el tiempo invertido, por la molestia. Ese pájaro no es fácil de atrapar.

Miron, el dueño, sale de la barra y se acerca al hombre.

—Vamos, Cristo, no quiero problemas. Déjalo tranquilo.

El llamado Cristo lo manda callar haciendo un gesto con la mano.

—¿Cuánto llevas encima?

Los otros dos, detrás de él, se han puesto derechos. Cruzan una mirada y deciden no moverse.

Pujols palpa su chaqueta, mete las manos en los bolsillos y finge buscar. Encuentra la culata del revólver y la aprieta con fuerza. Cuando saca el arma, lentamente, con expresión preocupada, nadie comprende lo que está haciendo.

Cristo recibe un balazo en el cuello y recula, con cara de sorpresa, antes de desplomarse sobre la mesa a la que sus dos compinches están sentados. Uno cae de espaldas con la silla, y mientras gesticula tratando de levantarse, Pujols se acerca y le dispara en el corazón. El otro está sacando un cuchillo cuando es alcanzado en la cabeza y choca contra la pared que tiene detrás antes de derrumbarse sobre la mesa. Cristo se debate y se retuerce, con las manos alrededor de la garganta. Se diría que, animadas por el sortilegio de un hechicero, intentan estrangularlo, y que él lucha contra ese maleficio. Rueda sobre sí mismo y cae pesadamente al suelo, atravesado sobre el cadáver de uno de sus compañeros. Allí permanece, inmóvil, tumbado boca arriba, respirando con dificultad, tosiendo y ahogándose, con la boca llena de sangre. Finalmente, con una sacudida espasmódica, muere. Pujols le registra los bolsillos en busca de un cuchillo, saca uno de hoja corta, afilado como una navaja de afeitar, y lo tira lejos.

Cuando se incorpora, ve al fondo del local, de pie detrás de la silla, al hombre que poco antes dormía. Tiene la gorra apretujada entre las manos, tan cohibido como si fuera a implorar el perdón de un patrón o un maestro.

—Yo no he visto nada —dice—. Estaba dormido. ¿Puedo irme?

Pujols le hace una seña para que se acerque. El tipo da tres pasos. Las suelas de sus zapatos se

entreabren y se arrastran como si no quisieran seguir avanzando.

—Vamos. Ya no puede hacer nada por ellos.

El hombre se acerca más, titubeante. Renquea, sus caderas se ladean, su cuerpo se retuerce a cada paso. Echa un vistazo a los tres cuerpos, se rasca la barba.

—No conozco a estos tipos. ¿Quiénes son? ¿Soldados de infantería de la zona?

Se inclina para ver mejor, apoyado en una mesa para no caerse, el cuerpo hecho un ocho.

—Vamos a cerrar, Gustin —dice el dueño desde detrás de la barra—. Ya pagarás mañana.

—Ah, sí —responde el hombre—. Claro..., mil perdones. No quería meterme en la conversación.

Se pone la gorra y, como un títere descoyuntado, va cojeando hasta la puerta. En cuanto ha salido, Pujols guarda el arma. Se oyen a lo lejos clamores, un redoble de tambor. Miron levanta el dedo índice como si quisiera averiguar de dónde sopla el viento.

—Es una llamada al 123.º. Al parecer están mal las cosas por el lado de Passy.

—Dígame dónde puedo encontrar a Clovis. Tengo bastante prisa.

La mirada del tabernero pasa por el rostro devastado de Pujols sin posarse en él. Le sirve otro vaso de vino con mano vacilante.

—Suele andar por la Rue des Écluses Saint-Martin, creo que vive por allí... Es un tipo raro...

Pujols le vuelve la espalda y sale. Echa casi a correr a lo largo del canal. Empieza a seguirlo un perro flaco al que aparta de una patada en el morro. El animal aúlla. Un pescador sentado al borde del agua se vuelve, llama al perro. Insulta a Pujols. Cuando este cruza la esclusa, los reflejos del sol lo deslumbran y menea la cabeza para librarse de esa luz que le hace daño. Enseguida identifica el coche y distingue la silueta de Clovis, encogida en lo alto, inmóvil. Da un puñetazo contra la portezuela y el hombre se sobresalta y vuelve hacia él su cara velluda, en la que se abren las ranuras de una mirada sin brillo.

—Te necesito. Venga, en marcha. Vamos a mi casa.

Sube a bordo, se oye un chasquido del látigo y el coche se pone en movimiento. El cochero le grita a su caballo sonidos inarticulados. Es preciso aminorar la marcha y detenerse en cada barricada, a veces mostrar a los guardias el salvoconducto que Pujols lleva siempre encima, un papelucho que le ha confeccionado, a golpe de sellos y firmas falsas, un chupatintas de la prefectura que ha declarado su fidelidad a la Comuna para que lo dejen en paz. Clovis da vueltas y rodeos. Conoce como la palma de su mano esa ciudad por donde lo llevan desde hace cinco años los sucesivos jamelgos a los que ha agotado entre los varales de su tartana.

Pujols, hundido en el asiento, escucha a París vibrar, exaltarse y cantar. Exclamaciones vociferantes, risas infantiles, canción tierna que una mujer tararea cuando el coche pasa rozándola, toques de corneta, tambores de guerra, órdenes e insultos, consejos y advertencias, rodadas pesadas de carros o furgones sobre el pavimento..., la ciudad es un sinnúmero de ruidos, una

profusión de voces que ha bajado a la calle, donde la sombra del anochecer ya se instala. Se sorprende sintiendo por esa multitud una benevolencia inusual. Se dice que a los ciegos, desconocedores de la fealdad del mundo, debe de gustarles su discordante música, sus armonías salvajes.

En cuanto llegan delante del edificio, Pujols baja para abrir la puerta cochera y el vehículo invade el patio con su estruendo. La señora Viviane no ha vuelto. Clovis no se mueve, de modo que es preciso tirarle de la manga para llevarlo hasta la cueva.

—¿Qué hacemos aquí? —gruñe.

—El tiempo apremia. Se va a armar un buen follón y no quiero que las encuentren aquí. Hay que sacarlas de ahí abajo y llevárselas a Gros-Tonton.

Pujols enciende el fanal, hace girar la llave. Duda antes de abrir. Detrás de él, la respiración ronca de Clovis. Su olor acecinado. Tira del batiente manteniendo un pie atrás, alerta. Teme que lo ataquen de nuevo, y se arrepiente de no haber cogido un bastón o incluso un simple palo para mantenerlas a raya.

Lo que lo recibe es el hedor de cloaca en un soplo frío. Distingue los tres cuerpos acurrucados, sus piernas entrelazadas, la blancura fantasmal de los camisones. Su desnudez lívida. Lloriquean, casi inmóviles.

—Piedad —dice una.

—Deje que nos vayamos —añade otra.

—¿Qué les pasa? —pregunta Clovis.

—Nada. Ayúdame.

Conducen a las chicas hasta el coche, obligados a sostenerlas de tan débiles como están. Tambaleantes y ligeras. Sus brazos enclenques a punto de romperse entre las manazas de los hombres. Las instalan en las banquetas, las atan firmemente. Clovis les echa sobre los hombros dos mantas que ha sacado de un cofre.

—Así quedan más elegantes —dice, iluminando el interior del coche.

Pujols levanta los ojos hacia el cielo, cruzado por golondrinas, aunque todavía claro. El patio es un vasto pozo lleno de sombra. Parece que la noche quiera caer antes. El vehículo traquetea con lentitud hacia la puerta cochera, la llama de la linterna tiembla y no ilumina nada. En la calle, la penumbra está instalada a ras del suelo y baña de azul las fachadas. Pujols cierra los dos pesados batientes. Cuando se dispone a subir al pescante para sentarse al lado de Clovis, este lo detiene con un gesto brusco.

—No. Usted tiene que ir con ellas, por si nos paran y miran dentro.

Pujols está a punto de protestar, pero el hombre, envuelto de nuevo en su capote, hace chascar la lengua para que el caballo se ponga en marcha, así que se decide a subir a bordo. Se instala en un rincón para vigilarlas mejor. Dos están sentadas frente a él; la otra, a su lado. Ya no es capaz de

distinguir las. Recuerda que las eligió por la frescura de su tez, la finura de su talle, la redondez de sus formas. Charles Gantier manifestaba en todos los casos su satisfacción y entusiasmo. Y no era el último en obtener de sus cuerpos fatigados, postrados por el opio, un placer rápido y brutal.

Al principio, las jóvenes cierran los ojos en cuanto el coche empieza a dar tumbos, como si las mecieran: balancean la cabeza, sus pequeños semblantes pálidos enmarcados por cabellos oscuros. De la muchacha que se encuentra a su lado solo distingue el perfil de nariz recta, el cuello largo que mantiene la cabeza alta e inmóvil. También ella cierra los ojos, pero no se abandona a las sacudidas del coche. Tiene las manos encima de los muslos, con la palma hacia abajo, inertes. Un pequeño anillo lanza de vez en cuando rápidos destellos azulados. Pujols se pregunta si sería ella la que inició el ataque un rato antes en la cueva. Quizá sea la más rebelde, la que se resistió hasta el final a adoptar las poses que quería imponerle el fotógrafo y a la que fue preciso atontar con dosis mayores de droga. De nuevo, un largo escalofrío le recorre la espalda, y mientras mira a través de la ventanilla la agitación de las calles, la vigila por el rabillo del ojo.

Zigzaguean para esquivar los obstáculos que atraviesan la calzada, maniobran para rodear una barricada, aminoran la velocidad en medio de una muchedumbre congregada en un cruce en torno a un orador cuya voz se pierde entre el rumor de los comentarios. Un aire fresco penetra en el coche cuando cruzan el Sena, y una claridad que da brillo a los ojos súbitamente abiertos de las dos chicas que tiene enfrente y lo miran. Parpadean a causa del cansancio o la sorpresa, pero ambas miradas están posadas en él, inexpresivas, vacías, y no se apartan. Pujols las mira a su vez, largamente, pero no bajan los ojos. Entonces levanta la mano hacia ellas, brusco, con un gruñido amenazador. Aun así, siguen sin moverse, no se inmutan, no delatan temor alguno. Tampoco reaccionan ante el paso estrepitoso de diez atalajes de artillería y dos grandes furgones, ni ante los gritos de los jinetes que los escoltan. Sus ojos muy abiertos están clavados en él, indiferentes a todo. Como le parece notar a su lado un ínfimo movimiento, se vuelve hacia la tercera chica y se queda petrificado.

La joven, ahora, también lo mira. Muy erguida, con los dedos cruzados sobre el regazo, le sonrío mostrando todos los dientes, y sus ojos poseen la negrura lúgubre de una ciénaga. Pujols se pega al respaldo, intentando alejarse todo lo posible de esos dientes tan blancos que sonrío en la penumbra.

Fuera, en el Boulevard des Italiens, el coche avanza al paso y, para distraerse de la inquietud que lo ha invadido, Pujols prefiere observar cómo se encienden las luces de los cafés y la muchedumbre oscura murmura mientras cae la noche. Se oye una melodía de acordeón que poco después se aleja. Más allá, una voz chillona se superpone a las notas discordantes de un organillo, y Pujols ve finalmente a la mujer que canta, con un gorro frigio en la cabeza y una ancha cinta roja en bandolera, en medio de un semicírculo de curiosos. La canción habla de victoria, de fusileros, del futuro, de niños felices. De amor. Pujols se encoge de hombros. Se ríe de esa ingenuidad

atronadora, de esa aria barata. El vehículo, tras una breve parada, vuelve a ponerse en movimiento. Al llegar al Boulevard Poissonnière, el caballo empieza a trotar, y a través de la ventanilla la ciudad ya no es sino un teatro de sombras huidizas y voces martilleadas por el ruido traqueteante de las ruedas.

Pujols se tranquiliza. En menos de una hora estarán en los suburbios, en medio de casuchas de tejados deformes remendados con planchas de chapa y tablas alquitranadas, rodeadas de sus cercas tambaleantes y de jardines abarrotados de desechos y restos heterogéneos, entre los cuales a veces crece un árbol enfermizo con pocas hojas que caen enseguida. En medio de ese revoltijo de miseria, encontrarán a Gros-Tonton en su castillo, una casa sólida construida con materiales robados en obras por gente que está en deuda con él, y donde ocupa el lugar de honor, entre el caos estrafalario del salón, tendida en un canapé rojo, pálida y quejicosa, la gran Esmeralda, apodada así porque la tienen por gitana, cuando lo cierto es que su hombre la recogió borracha como una cuba después de que la expulsara de un burdel una madama de la zona de la estación Saint-Lazare.

En menos de una hora, Gros-Tonton recogerá la mercancía y pagará a tocateja, como siempre, seguro de que podrá revender las chicas a precio de oro a esos perros prusianos que mantienen el asedio al otro lado de los fuertes. Entonces Pujols podrá planear su salida de la trampa en que se ha convertido París antes de que estalle la guerra. Bajo su gran sombrero, Pujols sonríe.

Se vuelve hacia la muchacha sentada a su lado, que continúa sonriéndole. Y sus dientes blancos, casi fosforescentes en lo que queda de luz del día, sus labios azulados, tan finos que parecen cortantes, son para él una mordedura que la joven le envía a distancia, como un beso macabro, y siente un escalofrío mortal bajándole por la espalda.

Había pasado la noche sumido en un sueño intermitente, despertándose sobresaltado cada poco, abriendo los ojos en la oscuridad entre ronquidos y olores masculinos.

—¡Vamos! ¡En pie!

En su sueño, un tipo enorme lo agarraba por los hombros para partirle la cara, así que Nicolas apartó ese brazo y dio un puñetazo a lo que estaba encima de él. El Rojo esquivó el golpe y se incorporó riendo. Alrededor y detrás de él, los hombres trajinaban junto a sus enseres de dormir, se equipaban y se increpaban.

—Dios mío, ¿qué pasa? ¿Qué hora es?

—Son casi las siete. ¿No oyes?

Nicolas se sentó, y al principio, en medio del guirigay de los hombres preparándose, no oía nada; luego un zumbido se hizo presente bajo su cráneo. Como una tormenta que rugiera interminablemente por el oeste. Levantó los ojos hacia el Rojo.

—Llevan una hora bombardeando las murallas. Passy, La Muette. Un auténtico desastre, cunde el pánico. Podríamos habernos ahorrado lo de ayer. Parece ser que han hecho traer durante la noche doscientas o trescientas piezas. Aquello es un infierno.

Nicolas se puso en pie. La cabeza le daba vueltas, y ese vértigo hacía que le entraran ganas de dejarse caer otra vez sobre el jergón.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me he levantado pronto para charlar con la cantinera, ya sabes, la rubita... En fin, el caso es que estábamos sentados a una mesa con algunos más y un capitán del 60.º ha llegado a caballo con dos o tres tipos y ha contado que estaba pasando lo mismo que en Gravelotte. Que los versalleses habían acercado su artillería al amanecer y todo el mundo empezaba a retroceder. Por eso debemos ir.

En la calle había doscientos hombres, más o menos en fila, acabando de abrocharse el cinturón, o masticando un pedazo de pan con salchichón rescatado del fondo de una mochila. Otros combatían el mal aliento bebiendo de la cantimplora un trago de vino tinto o de agua con sabor a hierro. Refunfuñaban, rezongaban, sacudiéndose al fresco de la mañana. Muchos tenían la mirada vacía, aturridos aún por el sueño deficiente y el brusco despertar. Nicolas y el Rojo buscaron con los ojos a Adrien mientras compartían una taza de café templado que la cantinera rubia les había pasado a hurtadillas. El jovenzuelo llegó cojeando, con una de sus botas en la mano, el faldón de

la camisa fuera, la guerrera sobre un hombro, la bayoneta en una mano y el fusil en la otra. Desplegó una sonrisa nerviosa al verlos y se acercó a ellos maldiciendo en voz baja. El Rojo le preguntó qué le pasaba, pero él no contestó enseguida, dejó el petate en el suelo, le dio el fusil al Rojo y acabó de vestirse. Una mancha de vino se extendía por la pechera de su camisa. Olía a alcohol, le apestaba el aliento. Las articulaciones de sus manos habían sangrado.

El Rojo le tendió sus cosas.

—¿Dónde te has metido esta noche? ¿No tenías bastante con nuestro paseo por el Bois de Boulogne? Creía que no podías más.

El joven se echó a reír. Le preguntó a Nicolas qué estaba bebiendo de aquella taza. Mejor agua. Para enjuagarse el gaznate. Agua, pues. Nicolas le tendió una cantimplora y él dio largos tragos hasta vaciarla.

—Estaba en el Barrio Latino... Te sorprende, ¿eh? No te lo esperabas de un carnicero que se dedica a matar cerdos. Yo, después de dormir tres horas, me aburro y necesito desentumecerme, distraerme. Y además, ¡a los cafés no van solo los de la Sorbona!

Un oficial recorrió a zancadas la columna, entorpecido por el sable, que le golpeaba la pierna al andar, y ordenó a voces que se hiciera el silencio entre las filas. Las conversaciones cesaron poco a poco, los hombres irguieron la cabeza y estrecharon algo las filas. Los cañones rugían por el oeste. En el cielo, unas golondrinas chillaban al sorprender por encima de los tejados destellos de luz. Marcha forzada hacia Auteuil para reforzar las defensas. Bayonetas caladas.

París despertaba a su alrededor. Se abrían ventanas, la gente aplaudía. ¡Viva la Guardia Nacional! ¡A Versalles! Las aclamaciones sonaban con fuerza en el silencio de las calles casi vacías. El lento avance de la compañía y el murmullo de los hombres hablando bajo se extendían sobre los adoquines en un largo cortejo sombrío.

Adrien se masajaba las manos, movía los dedos para que se desentumecieran.

—¿Te has peleado otra vez? —preguntó Nicolas.

—No. He hecho justicia... Un lechuguino decía que el pueblo nunca podrá emanciparse porque es demasiado holgazán, demasiado estúpido, y se conforma con tan poco que es incapaz de soñar nada que vaya más allá del final de su calle. Que la Comuna es demasiado buena para el populacho, que no merece forjarse grandes esperanzas. Y el tono ha ido subiendo, dos fulanos han cargado las tintas y unos pocos de las barricadas del bulevar se han puesto de mi parte. Los hemos perseguido hasta el puente Saint-Michel, uno ha estado a punto de acabar en el Sena, pero una patrulla pasaba por allí, así que ha habido que salir por piernas sin pensárselo dos veces. Por más que le hemos dicho al sargento que estábamos persiguiendo a espías de Versalles, ese idiota no ha hecho ni caso.

Nicolas y el Rojo sonrieron sin decir nada. En el aire, solapadamente, el olor del fuego fue a flotar sobre la columna y se disipó. Algunos hombres levantaron la nariz observando el cielo y se

cruzaron con otras miradas en las que se leían los mismos temores.

—De todas formas —dijo el Rojo—, era raro el tipo ese. ¿Le parece que la Comuna es como arrojar perlas a los cerdos?

—A esos se les llama dandis, yo he leído cosas sobre ellos —dijo Nicolas.

El joven se moría de risa.

—Al menos habrá perdido unos cuantos dientes, el desgraciado.

Nicolas se disponía a responder cuando se dio cuenta de que los hombres habían ralentizado la marcha. Se cruzaban con calesas, con carretas sobrecargadas de pasajeros y equipajes y con viandantes que acarreaban grandes bolsas y maletas, acompañados de niños. Les preguntaban adónde iban y ellos decían que aquello era un infierno, y señalaban hacia el oeste, a su espalda, al cielo todavía azul. Un hombre elegante que llevaba de la mano a dos niños habló de casas incendiadas, de bombas que caían indiscriminadamente, de muertos en medio de las calles. Su mujer, con los cabellos mal sujetos por un sombrerito negro, rompió a llorar y se acercó a los soldados agitando delante de ella una sombrilla hecha jirones.

—¡La culpa la tenéis vosotros, bandidos! ¡Borrachos! ¡Vosotros y vuestra Comuna, ese gobierno de pordioseros en manos de miserables! ¡El paraíso para la chusma y las chicas de vida alegre! ¡Vosotros tenéis la culpa de que estén bombardeando a la gente honrada y echando a familias respetables a la calle! ¡Bribones! ¡Canallas! ¡Pero pronto volverá el orden y os fusilarán a todos! ¡Colgarán a las zorras con las que os acostáis!

Los hombres se habían parado y formaban corro en torno a ella. Escuchaban en silencio, sin quitarle ojo. Algunos se reían en sus narices, pero la mayoría la miraba con estupor y una expresión grave, como a veces se escucha a los locos que profetizan desgracias cuya inminencia todo el mundo presiente.

Su marido la asió de un brazo, se esforzó en calmarla susurrándole al oído, pero ella se desasió y continuó vituperando a los presentes.

—¡Sí, banda de miserables! ¡La verdadera Francia pronto hará justicia a vuestras orgías! Y os...

Un hombre se abrió camino entre sus compañeros congregados, a golpe de hombros, con el fusil cruzado sobre el pecho. Se apartaron a su paso y se impuso el silencio, ya solo se oían las respiraciones entrecortadas, los carraspeos. No era mucho más alto que la mujer, quien se había callado de repente, y se plantó delante de ella, muy erguido, mirándola a los ojos. Aquello duró largos segundos, y solo se veía la bayoneta que brillaba a unos centímetros del sombrerito negro y los cabellos medio sueltos. La mujer abrió la boca para decir algo, pero se habría dicho que le faltaba aire o se le había paralizado la lengua, y entonces sus ojos muy abiertos se movieron y lanzaron miradas a la masa de hombres que parecía haberse estrechado en torno a ella.

—Me da usted mucha pena —dijo el soldado—. La compadezco.

Retrocedió un paso, miró a la mujer de hito en hito sonriendo tristemente y escupió a sus pies. Se volvió hacia los demás, con las facciones súbitamente tensas a causa de un inmenso cansancio.

—Vamos. Tenemos otras cosas que hacer.

Un capitán llegó a la carrera y se detuvo al ver que la columna reanudaba la marcha entre un murmullo tranquilo.

—Por el amor de Dios, ¿qué pasa?

—Nada —respondió una voz—. Una señora preguntaba por el camino que debía tomar.

Los hombres rieron. El oficial se encogió de hombros y, a toda prisa, volvió a ponerse a la cabeza de la compañía.

—¿Habéis visto eso? —dijo Adrien—. Lo que ha dicho esa burguesa merece un disparo.

Nicolas guardó silencio. Veía, a unos metros por delante de ellos, al camarada que se había enfrentado a aquella mujer, y se preguntaba de qué estaba hecho un hombre así, de dónde sacaba esa fuerza y esa dignidad fuera de serie, y se decía que todos, en la medida en que estaban allí, avanzando hacia el fuego con esfuerzo, tenían en el corazón el mismo coraje, la misma loca esperanza.

—¿Lo conoces? —le preguntó al Rojo.

—¿A ese de ahí? Vagamente. Todo el mundo lo llama Jacquelin. Vende flores en Les Halles.

—Por eso sabe hablarles a las damas —dijo Adrien.

—Sin duda... Y no todo el mundo tiene ese don, ¿verdad?

Pasaron por delante del ayuntamiento del distrito XV, donde se había reunido un grupo de gente provisto de picos y palas. Se animaban unos a otros. «¡Todos a las barricadas!» Empezó a oírse «La Marsellesa», apareció una bandera roja.

Apretaron el paso. Los cantos cesaron en cuanto entraron en la Rue Lemaire, como sofocados por el viento que venía del Sena y soplaba sobre ellos vaharadas de fuego. En el muelle, frente al puente de Grenelle, los hombres frenaron un poco la marcha para ver sobre los tejados el oscuro nubarrón que se arremolinaba contra el azul del cielo. Se oían claramente las explosiones, grandes mazazos amortiguados por la distancia, pero cuyas ondas parecían vibrar a su alrededor.

—Esta vez va en serio —dijo Nicolas.

Mientras cruzaban el río, Nicolas intentó ver la barricada levantada debajo del puente y se acordó de aquel teniente melancólico: Grelier se llamaba. Augustin Grelier. En lo alto de la barrera de adoquines y tierra, una veintena de guardias nacionales alzaron las armas al pasar la compañía. Nicolas no estaba seguro de reconocerlo, porque estaba tan oscuro cuando lo vio que recordaba sobre todo haberse cruzado con una sombra triste, pero le pareció que el hombre que estaba de pie sobre el reducto, encima de la tronera por donde asomaba el cañón, saludando con el puño en alto y una mano sobre el corazón, se parecía mucho al teniente. Se puso a gritar a pleno pulmón:

—¡Teniente Grelier! ¡Salud y fraternidad!

Los camaradas más próximos lo miraron, sorprendidos, y repitieron al unísono: «¡Teniente Grelier! ¡Salud y fraternidad!». Y ese vasto grito cubrió el ruido obstinado del bombardeo, y parecía realmente capaz de acallarlo. El teniente no se movió. Nicolas creyó ver que su pecho se elevaba algo más y luego lo perdió de vista, porque todos fueron arrojados al suelo, barridos los unos contra los otros, groguis, ensordecidos por la explosión y el incendio que lamió delante de ellos la Rue de Boulainvilliers como la lengua de un dragón fabuloso y decapitó los inmuebles de alrededor e hizo que cayeran sobre ellos, en una vaharada ardiente, losas de pizarra, techumbres en llamas, trozos de viga del grosor de un árbol, esquirlas de cristal y muros de mampostería rotos.

—¡Han hecho saltar por los aires la fábrica de gas!

Nicolas levantó la cabeza para tratar de recobrar el aliento, con la boca llena de polvo y de aire caliente, la lengua seca y rasposa como un pedazo de cuero. El Rojo se desplazó a cuatro patas y sacudió a Adrien, boca abajo sobre un madero. El joven se incorporó, con el pelo blanco de yeso y una cara negra en cuya frente brillaba un corte escarlata. Miró desconcertado al amigo que lo asía por los hombros y lo sentaba como si manejara a un muñeco, antes de sacudirse y frotarse la cabeza maldiciendo. Se volvió hacia Nicolas, le preguntó si todo iba bien, luego intentó ponerse en pie, pero volvió a caer de culo, todavía aturdido. Dieron un respingo a la vez cuando otra explosión lanzó al cielo una gigantesca bola rojiza que estalló y soltó una nube de humo, una brea estriada de regueros incandescentes, entre un estruendo de chirridos y lamentos de metal. El suelo tembló y unos edificios se desmoronaron un poco más lejos con un rugido sordo.

Finalmente, los hombres empezaron a moverse, se debatían ahí abajo, esquivando el fuego, apartando restos de pared y tablazones, ayudando a levantarse a un compañero con la cara ensangrentada, despavorido, o a otro con un hombro dislocado que gesticulaba, y estos a su vez buscaban inmediatamente en medio de aquel caos su fusil o su quepis, que encontraban bajo una mesa que había llegado volando hasta allí, al lado de un perchero del que todavía colgaba un sombrero de copa. Caminaron largos minutos entre los escombros, agachándose cuando veían a uno que se revolvía a duras penas, gimiendo, o no se movía en absoluto, con la cabeza abierta y el cerebro hecho papilla.

Nicolas y el Rojo improvisaron unas parihuelas con una puerta e instalaron encima a un tipo jovencísimo con las dos piernas rotas que temblaba de dolor, mudo, mirando al cielo; lo llevaron hasta el muelle, donde unas enfermeras que aguardaban junto a un furgón acudieron de inmediato. Se inclinaron sobre el herido, le dieron de beber, le mojaron la frente. «Todo irá bien, muchacho, el doctor te arreglará esto, ya verás.» Él las miró primero a una y luego a la otra, aterrado, y cerró los ojos mientras dejaba correr gruesas lágrimas.

—Mi madre no debe enterarse —murmuró—. No sabe que estoy aquí.

Le contestaron que su madre debía estar orgullosa de él, y una de las mujeres le acarició una mejilla con el dorso de su mano sucia, suavemente, recomendándole en voz baja que no se preocupara.

Cuando regresaron al lugar, se detuvieron un momento frente al desastre humeante donde los hombres de la compañía se habían puesto en pie y, evacuados ya los heridos y los muertos, rebuscaban, con la esperanza tal vez de que la explosión hubiera hecho llover sobre sus cabezas unas monedas de plata o de oro de unos ahorros escondidos en el fondo de un armario pulverizado. Inclinados, concentrados como buscadores de setas, no hablaban: solo se oía el crujido de los cristales rotos bajo sus botas y las violentas descargas de la artillería versallesa, que no parecían preocupar ya a nadie.

Nicolas recordó un día después de una tormenta, en una playa a la que un barco inglés de dos mástiles había sido arrojado, y cómo los lugareños cosechaban entre los restos cuanto era aprovechable, mientras otros trepaban por el casco, exploraban el pecio y echaban por encima de la borda todo lo que, a sus ojos de muertos de hambre, tenía algún valor. Dos cuerpos yacían entre los vestigios y los montones de algas, y la gente pasaba junto a ellos sin dirigirles una mirada. Llegó el cura, precedido de un monaguillo que portaba una cruz, con el rosario en la mano, completamente negro bajo su ancho sombrero, y se persignó al descubrir el desastre; desde los peñascos, miró con benevolencia, cruzadas las manos bajo la barriga, cómo sus fieles registraban sin pudor aquella ofrenda desvencijada que parecía llovida del cielo. Después bajó precipitadamente a la playa gritando a aquellos saqueadores impíos, amenazándolos con la ira del Eterno por ese pillaje indigno. Las mujeres se volvieron hacia él inclinándose bajo sus pañoletas; luego los hombres, con sacos llenos a sus pies, interrumpieron la búsqueda, y el rebaño regresó al pueblo en procesión detrás de la cruz, pasándose discretamente de mano en mano pequeños objetos que examinaban poniéndose de acuerdo con la mirada, bajo jirones de sol que subían del océano.

Nicolas intentaba comprender lo que veía. No eran lugareños bretones machacados por la miseria y las supersticiones predicadas los domingos desde el púlpito o de noche ante el fuego, cuando se teme oír pasar por delante de casa la carreta del Ankou o llamar a la puerta a un difunto azorado devuelto por el mar, sino guardias nacionales federados. El ejército de la Comuna. El pueblo en armas. Hurgando con la punta de la bayoneta en los desechos de la guerra que se le ofrecían para buscar en ellos alguna fruslería. Ordenó con voz firme formar filas, apeló al valor, a la dignidad, pero nadie lo escuchaba. Un poco más allá, el capitán desenfundó el revólver y disparó al aire, una detonación ridícula comparada con la que acababa de hacer que el barrio saltara por los aires, y algunos hombres miraron hacia él y se pusieron de pie, se estiraron un poco la guerrera y se colocaron bien el quepis. Otros, más lejos, se levantaron, se sacudieron el polvo que los cubría y se colgaron de nuevo el fusil al hombro.

Nicolas se reunió con los otros tres sargentos y agruparon sus secciones, esforzándose en animar a los hombres, aunque sus palabras flotaban sin encontrar eco en aquel silencio martilleado por la artillería. Reanudaron la marcha a paso lento, dando tumbos en medio de los restos que alfombraban la calle y pasando por encima de algunos obstáculos o rodeándolos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Adrien.

Un obús silbó a su izquierda, hacia Auteuil, y explotó con un soplo sordo. El Rojo metió la cabeza entre los hombros y señaló con la barbilla el penacho de humo gris que ascendía en el cielo.

—¿No te lo imaginas?

El joven no respondió. Se agachó de repente y volvió a levantarse con un medallón en la mano. Oro quizá. Sopesaba el objeto, lo miraba por las dos caras.

—«Para mi hija Jenny» —leyó—. ¿Qué te parece, Rojo? ¡Jenny!

El Rojo parecía no escucharlo. Habían llegado al cruce de dos calles donde una casa estaba esparcida en medio de la calzada, como un gran saco que hubiera reventado y dejado escapar todo su contenido. Unos oficiales habían aparecido al fondo, delante de una bodega con los postigos cerrados. Uno de ellos sujetaba las bridas de un caballo que temblaba y sacudía la cabeza con cada detonación. Se les veía discutir, hacer aspavientos.

—¡Dos columnas!

El capitán se subió a la plataforma de una carreta. Ordenó ir a patrullar el Point du Jour y la puerta de Auteuil. Advirtió que en aquellas zonas la situación era muy mala.

—No somos artilleros —dijo un hombre que había avanzado hacia él—. ¿De qué vamos a servir?

Nicolas se acercó. Reconoció al general Dombrowski, el semblante fatigado, el uniforme polvoriento, y a un coronel de su Estado Mayor. El coronel subió también a la carreta.

—Las murallas están prácticamente sin defensa. Es preciso ocupar las retaguardias y resistir mientras llegan los refuerzos. Esperamos tres mil hombres que nos ha prometido el comité central. Y artillería.

El coronel se volvió hacia Dombrowski y lo interrogó con la mirada. El general asintió.

—Muchos de vuestros compañeros huyen, asustados por este estallido. Debéis retenerlos, tranquilizarlos con vuestra presencia. Versalles debe saber que París está defendido, no abandonado a la invasión.

—Y si de todas formas esos ciudadanos se van, ¿qué hacemos?

El coronel titubeó.

—Dejad que se marchen y mantened la línea.

De pronto se produjo entre la tropa un murmullo de voces quedas.

A una señal del capitán, los sargentos reprendieron a los hombres y formaron secciones.

—¡Ha llegado el momento de enseñarles! —clamó el coronel.

—¿Enseñarles qué? —preguntó alguien.

—¡Con tu cara es suficiente! ¡Debería darles miedo!

Risas. Se lanzaron otras propuestas. Justo delante, a cien metros, un obús pulverizó las dos plantas de una casa, así que callaron y se pusieron en marcha.

Ya era por la tarde cuando terminaron de aprovisionarse de agua y municiones, bajo el calor y un cielo azul que las nubes negras de los incendios aún no acababan de ensombrecer.

Nicolas tiene la impresión de estar girando en un torbellino, y le parece que las horas han transcurrido de un modo extraño, interminables o en un segundo. Esa mañana ha sido como subir a oscuras una escalera sin barandilla, cuyos peldaños a veces se escabullían.

En la Rue Boileau son una treintena, bajo los árboles inclinados por encima de los altos muros de los palacetes, sus hojas temblando por las sacudidas del bombardeo. Detrás de las verjas abiertas, arden casas. El fuego ruge y gime y se exhibe soplando en las ventanas rotas, triunfal, como un amotinado en el balcón de un palacio principesco. Nicolas vuelve apenas la cabeza hacia las llamas mientras detrás de él los hombres aplauden al producirse el hundimiento de un tejado o el reventón de una ventana. Es un poco de amor propio y de orgullo lo que se quema, y no el viejo mundo. En todo burgués dormita un contable capaz de permitir pérdidas cuando está seguro de las ganancias futuras, ferozmente obtenidas del sudor del obrero.

El Rojo lo alcanza y camina un rato a su lado sin decir nada. El suelo vibra bajo sus pies. Nubes de humo negro se abaten de vez en cuando sobre la calle.

—¿Qué vamos a hacer exactamente?

—Echar un vistazo. Subimos al fortín 67 y nos largamos.

—¿Y qué crees que vas a ver?

Nicolas se encoge de hombros.

—¿Es que no lo has entendido?

Un obús maúlla sobre sus cabezas y todos se arrojan al empedrado. Estalla a cincuenta metros, en un parque donde un gran castaño cae en medio de una enorme convulsión de hojas y ramas partidas. Cuando se levantan, se dan cuenta de que están cubiertos de tierra, puñados de hierba y flores, sacuden el cuerpo y menean la cabeza, asombrados y contrariados, al ver a su alrededor aquel enterramiento desparramado.

Nicolas los anima gritando a pleno pulmón, porque sin duda necesita oír un eco de su propio valor, y se pone en marcha delante de ellos a paso de atleta. Lo siguen ordenadamente, con el fusil atravesado sobre el pecho; en dos filas a cada lado de la calle, buscando la protección de las tapias que ocultan las villas y los jardines de los ricos. Cruzan la vía del tren. Muy cerca, el

puesto de cambio de agujas de Point du Jour ya no es más que una ruina ennegrecida que aún humea. La carretera está sembrada de casitas y cabañas en medio de pequeños huertos, y los hombres zigzaguean entre cráteres del tamaño de casas, pasan por encima de cascotes por donde corretean las ratas. Atraviesan dos barricadas abandonadas, indefinidos diques de adoquines guarnecidos con tablas y carretas volcadas. Delante de ellos, la puerta de Saint-Cloud no es sino una zanja entre dos montones de tierra y de mampostería hecha trizas. Por un instante vuelve a hacerse el silencio, más pesado, más aterrador que una bomba. Sin dejar de avanzar, miran a su alrededor con aire inquieto. Uno de los hombres vigila el cielo, el fusil levantado listo para disparar, como en una cacería, con la esperanza quizá de abatir un obús antes de que toque el suelo. Nicolas sube lo que queda de escalera para encaramarse a la muralla. Festones de humo corren sobre las fortificaciones, huele a pólvora, a tierra removida. Por encima de la garita de aduanas del bastión 64 brotan llamas. Muy cerca, una pieza de 12 libras y sus municiones bien guardadas en dos cajas. Un quepis encima, una bayoneta plantada en el suelo.

A lo lejos, en las calles de Billancourt, Nicolas ve pasar furgones y jinetes al galope. Soldados por todas partes. Como un hervidero en el más mínimo espacio que alcanza a ver. Una chusma portadora de peste a punto de desbocarse. Distingue el fuego mudo de dos focos en la isla Seguin, entre los árboles. Oye la deflagración un segundo antes de que un obús estalle en la carretera de Bayona y borre la calzada, abatiendo un puñado de árboles que saltan por los aires como el ramillete que lanza una novia en su boda. Solo algunas piezas de la Marina pueden tener ese alcance y esa potencia. Decide bajar a donde están sus hombres, y cuando se vuelve, un monstruoso zumbido hace vibrar sus tímpanos mientras salta en el aire y luego cae al suelo en medio de una oscuridad ardiente y sofocante.

Está encogido al pie de un lienzo de muralla, replegado sobre sí mismo, con la boca llena de tierra y escupiendo con un ronquido al tiempo que se estira. Sabor a sangre. Agua salada y hierro. Intenta ponerse de pie, pero vuelve a caer de rodillas, porque a su alrededor un carrusel de árboles, de casas y de cielo empieza a girar y a flotar. Escupe de nuevo, tose, intenta extirpar del fondo de la garganta y los bronquios toda la suciedad que ha aspirado al sorber la que habría podido ser su última bocanada de aire. A una cincuentena de metros a su derecha, vislumbra el haz de un disparo del que no percibe más que un rugido sordo, y se tumba boca abajo detrás de un murete, protegiéndose la cabeza con las manos mientras se desploman sobre él fragmentos de tabla y ladrillo. Avanza a gatas hasta lo que queda de escalera y se deja caer rodando pendiente abajo. Tiene la sensación de que numerosos elementos de su esqueleto se han roto, se han descoyuntado, y se mueven dolorosamente por todo el cuerpo, sin sujeción alguna, intentando simplemente atravesar su piel o desgarrar sus músculos. Permanece un instante tumbado boca arriba, recobrando el aliento, en espera de que el caos doloroso que gesticula en él se apacigüe. Intenta pensar en Caroline, evoca su imagen, se esfuerza en recordar la suavidad de su piel, la

curva de su espalda, todos los recovecos de ella que conoce, pero nota en el corazón una dentellada que le obliga a incorporarse y sentarse, jadeando, con la boca llena de sangre, lo que le hace escupir de nuevo. Una fuerza insospechada lo pone en pie, atontado, tembloroso, con el pecho oprimido y cada una de sus costillas a punto de perforarle los pulmones o el corazón, e incluso consigue dar unos pasos y acercarse a las voces amortiguadas que le llegan: gritos y lamentos en medio de la densa niebla que los incendios hacen descender sobre él. Se arrastra hasta una silueta que ve inclinada sobre un hombre que yace en el suelo, y de pronto, en medio de una súbita claridad, bajo un sol insolente que recorta con nitidez las formas y acentúa los colores, reconoce a Adrien, la cara ensangrentada, hablando con el compañero tendido a sus pies.

El joven se vuelve hacia Nicolas y, boquiabierto, lo mira avanzar hacia él con los brazos colgando, y corre a su encuentro para abrazarlo, propinándole en la espalda pequeños puñetazos nerviosos, como hacen los niños cuando están contentos o muy tristes.

—¡Santo Dios, creía que habías muerto ahí arriba!

—¿Dónde está el Rojo?

—Más abajo. Está bien. Le sangra un poco la cabeza, pero no es gran cosa.

Nicolas se acerca al hombre que está en el suelo. La manga derecha de su guerrera ha quedado reducida a un jirón de lona empapada en sangre. El brazo está a cierta distancia, desnudo, blanco, con la mano abierta y la palma hacia el cielo. Su rostro negro de hollín, rayado en rojo por rasguños, parece sereno. Tiene los ojos cerrados, cualquiera diría que está dormido. Nicolas se agacha haciendo un esfuerzo, aprisionado en un corsé de dolor, palpa el cuello del herido en busca del pulso y percibe una palpitación débil y rápida, casi un temblor. El hombre apenas respira, sus labios se mueven un poco, quizá articulan algo. Abre los ojos, intenta distinguir alguna cosa por encima de él, en el espacio azul. Nicolas acerca una oreja, hace una mueca y se inclina sobre el hombre, pero el cerco de hierro le aprieta el torso de tal modo, dificultándole la respiración, que teme desplomarse sobre él.

—¿Qué dices?

—*Mio padre. Angelo Ricciardi.*

—¿Italiano?

Un gemido le responde. La respiración se interrumpe, se reanuda.

—*Sì. Dillo a mio padre. Che sono morto per la libertà. Suo figlio Ettore...*

Se interrumpe. Su cabeza cae hacia un lado, con la boca abierta. Dos obuses estallan al mismo tiempo a doscientos metros y hacen estremecerse el suelo. Dos árboles inmensos crecen de repente, negros, con ramificaciones rojizas e incandescentes.

Nicolas y Adrien se echan al suelo. El sol palidece y acaba por ocultarse. Se levantan a oscuras.

—¿Qué ha dicho?

—Algo sobre su padre. Que le dijéramos que había muerto. Bueno, creo que eso es lo que ha dicho. ¿Lo conocías?

—Un poco. Se llama Ettore. Nació cerca de Venecia, hablaba todo el tiempo de eso. Llevaba en el petate una camisa roja, decía que era de su padre.

Nicolas coge el quepis del italiano y se lo pone en la cabeza.

—Habría que enterrarlo.

—Aquí no.

—Hay un cementerio cerca. Hemos pasado por delante hace un rato. Podríamos dejarlo allí.

Nicolas le registra los bolsillos al muerto, encuentra tabaco y restos de galletas, y contra su corazón, envuelta en hule, una cartera de piel con fotos de una mujer y un niño pequeño, endomingados, una carta que no se atreve a sacar del sobre, un recorte de periódico y un pedazo de cadenita de oro. Deja un momento en su mano abierta aquellos fragmentos de vida con los que no sabe qué hacer y posa los ojos sobre el rostro del hombre ennegrecido por el humo, con las mejillas salpicadas de barba blanca, y le gustaría saber por qué ha ido a morir allí, lejos de los suyos, y se da cuenta de que en el fondo no sabe nada de lo que impulsa a esas mujeres y a esos hombres a luchar y a seguir resistiendo cuando todo empieza a derrumbarse, cuando lo único que esperan ya es salvar la vida. ¿Tan poderoso es, pues, el sueño que comparten los proletarios europeos para transportar a corazones valientes por encima de ríos y montañas, haciéndoles abandonar a sus seres queridos? ¿Es ese sueño lo bastante loco para que se esté dispuesto a morir a fin de que otros lo hagan realidad algún día?

Nicolas se guarda la cartera en el bolsillo, con sus propias reliquias: la medalla de su madre, una bolsita de arena marina cuyos efluvios fantasmas aspira a veces cerrando los ojos, un mechón de pelo de Caroline. Vuelve a mirar al italiano muerto, recuerda su nombre, ah, sí, Ettore, busca unas palabras que decir para reconocer su sacrificio, pero no se le ocurre nada, en todo caso nada que alguien pueda oír. Así que se reúne con el resto de la patrulla, ese rosario oscuro de siluetas apretujadas en una orilla de la calle. El obús ha derribado un muro, ha partido un árbol en dos como sabe hacerlo a veces el rayo. Los hombres están sentados bajo el follaje verde claro de un árbol. Se limpian los cortes con agua de la cantimplora, los vendan con jirones de camisa. El Rojo, apoyado en la verja cerrada de un jardín, lleva un vendaje en la cabeza. Sangre seca en sus cabellos rojos.

—Estoy bien —dice antes de que Nicolas abra la boca—. No es nada. Todo va estupendamente, hostia. ¿Qué hacemos ahora, sargento?

—Tenemos un muerto. Ettore, el italiano. No podemos dejarlo aquí.

—Habría que llevarlo. Ya tenemos dificultades para desplazarnos nosotros...

El Rojo le pide un poco de agua. Se enjuaga la boca, escupe, traga dos sorbos salobres.

Algunos hombres rodean el cadáver, hablando en voz baja. Uno de ellos despliega la manta

enrollada sobre su petate y ponen al muerto encima.

—Mira —dice Nicolas.

El Rojo se levanta, se pone el fusil en bandolera y se acerca a los demás. Coge una punta de la manta y todos la levantan resoplando. El sol ha salido de nuevo y baña el cortejo, cegador, obligándoles a bajar los ojos. El bombardeo se ha desplazado hacia la puerta de Auteuil. Algunas trayectorias demasiado largas explotan un poco más lejos, pero ellos ni siquiera levantan la cabeza para ver qué puede caerles encima.

El pequeño cementerio que se extiende a lo largo de la Rue Boileau ha sido agujereado por los obuses. Vagan un rato entre las piedras tumbadas y las cruces de madera desperdigadas, entre hoyos en cuyo fondo las cajas destrozadas muestran lo que no quieren ver. Nicolas se acuerda de los relatos de su abuela, en los que los muertos merodeaban alrededor de los cementerios o subían al campanario para hacer sonar en la noche campanadas extrañas que te despertaban en plena pesadilla. No se atreve a mirar las fosas abiertas, los rostros aterradores devueltos a la luz. Por un instante, le tranquiliza que aquella guerra no haya despertado a esos terribles durmientes, aunque al ver a los compañeros que se desplazan en silencio entre las tumbas, siluetas sucias y sombrías, se pregunta si no estarán ya muertos, todos los que están allí, desconocedores de su suerte, y entonces el miedo lo atenaza y lo ahoga, y grita para romper esa especie de encantamiento que quizá los posee, grita: «¡Nos vamos! ¡Aquí no tenemos nada que hacer!», y los hombres parecen volver a la vida y se oyen de nuevo sus voces, sonoras, familiares, y enseguida están todos en medio de la calle, llevando a su muerto lejos de ese lugar donde habrían podido perderlo y olvidarlo.

Hará falta una hora para llegar a La Murette a través de calles desiertas, envueltas en el olor del incendio, y dejar al italiano en un hospital de campaña instalado en un colegio.

Deben abrirse paso, con las armas por delante, entre el incesante ir y venir de los camilleros. Mujeres con el pelo revuelto, enloquecidas por los bombardeos, acompañan a heridos que gimen, dan la mano a cuerpos desvanecidos, a niños cubiertos de sangre, postrados, con los ojos muy abiertos y fijos, lívidos, que se ponen de pronto a gritar cuando los dejan en el suelo sobre un miserable colchón lleno de manchas pardas. Las familias van a buscar a uno de los suyos, reclaman la publicación de listas, exigen hablar con un médico imposible de encontrar, la emprenden con las enfermeras exhaustas, arremangadas y con los antebrazos manchados de sangre, o caen de rodillas en medio de los pasillos, obstaculizando el paso, para rogar a un dios que seguirá sin responder a sus plegarias.

Un viejo jorobado y una muchacha jovencísima tienden el cuerpo de Ettore sobre dos pupitres, en una sala que sirve de depósito de cadáveres, y solo Adrien y Nicolas se quedan unos instantes.

—También hemos traído esto —dice el primero, levantando una punta de la manta, cuyos pliegues ocultan el brazo arrancado del compañero muerto.

Duda un momento antes de coger la extremidad desnuda y presentarla por encima del cuerpo. La chica, ya muy pálida bajo la masa de cabellos negros, palidece todavía más y desvía la mirada.

—Vamos, hija —dice el viejo sin abandonar su tarea—. Eso forma parte de él. Has visto otros así, ¿no?

Ella suspira y alarga las manos hacia Adrien. Coge temblando el brazo del italiano y lo coloca contra su costado.

—Se llama Ettore Ricciardi —precisa Nicolas—, 105.º batallón federado.

El viejo toma nota en un cuaderno arrugado con algunas páginas manchadas.

—Ahora dejadnos —dice—. Vamos a ocuparnos de él. Además, creo que fuera no os falta trabajo.

Se reúnen con los otros en el patio lleno de gente, de gritos y de sollozos. La actividad de los cañones, que se había calmado un poco, vuelve a cobrar intensidad y ya no cesa. Grandes penachos de humo que la brisa empuja hacia el este ennegrecen de vez en cuando el cielo.

Cuando llegan a la Avenue de l'Empereur, encuentran a cientos de guardias nacionales congregados delante del ayuntamiento del distrito XVI. A lo largo de las aceras hay artillería retirada apresuradamente de las murallas. Una veintena de piezas entre un caos de cajas de municiones. Un oficial se desgañita para que busquen atalajes y transporten esos cañones a donde sean útiles, pero nadie le escucha. Reclama caballos, después pide artilleros. Increpa a un coronel, que le replica:

—¿Caballos? ¿Caballos? El mío reventó en la puerta de Auteuil, mientras lo montaba, esta mañana hacia las diez. Allí está todavía, por si le interesa saberlo. ¡Mejor reúna a sus hombres para que organicen una salida! ¿Acaso no ve lo que está pasando?

Nicolas distingue a Boisseau, uno de los tenientes del 105.º, un antiguo ferretero que se ganó los galones combatiendo durante el primer asedio. Corre hacia él, y el hombre se vuelve y lo mira estupefacto.

—Dios mío, creía que habían muerto todos. ¿Cómo están las cosas en Point du Jour?

—No queda nadie en las murallas, ni tampoco en las barricadas. La puerta de Saint-Cloud está sin defensa. He echado un vistazo hacia Billancourt: es un hervidero de versalleses. Hemos estado dos horas bajo el fuego y hemos perdido a un hombre. ¿Y aquí?

—Dombrowski quiere intentar algo. Acabo de hablar con él. En espera de los refuerzos que ha pedido al ayuntamiento, está buscando voluntarios. Venga conmigo.

Nicolas sigue al teniente entre los hombres sentados, que han formado haces con los fusiles, como si fueran a instalar su campamento allí. Dos soldados montan guardia a la puerta de la sala donde se celebran los casamientos, y Boisseau debe repetir su nombre y su grado para que los dejen pasar.

—Este ciudadano viene conmigo.

Allí dentro hace tanto calor que parece un horno. Nicolas se acuerda del cubículo del panadero, donde se refugiaba a veces cuando su padre volvía a casa borracho y dispuesto a molerlo a golpes. Salvo que era invierno, o en esas semanas en las que llovía sin fin, día tras día, hasta llegar a reblandecerte los huesos y disolverte como un puñado de sal. Ve primero al general de espaldas, inclinado sobre una mesa donde hay un mapa extendido. Su uniforme está cubierto de polvo. No lleva sable en el cinturón, sino un revólver en un estuche negro. Los oficiales lo escuchan, asienten con la cabeza. Uno de ellos pregunta cuándo llegarán los torpedos y los cohetes de guerra. Otro afirma que ya están en camino.

—¿Los servidores también? —pregunta Dombrowski.

No levanta la cabeza del mapa, donde parece que busque una salida oculta, una clave escondida. Por supuesto, le aseguran. El comité central es absolutamente consciente de la gravedad de la situación. Colocar explosivos en las puertas. Levantar barricadas bien fortificadas. Aquí y aquí. Quedan cinco mil hombres, y los refuerzos llegarán pronto. Hacen falta civiles para excavar. Se rascan la barba, reflexionan en voz alta. El oeste de la ciudad se ha vaciado todavía más en los tres últimos días. Un París fantasma.

—No conseguirán cruzar la muralla —proclama un coronel, al mando de la 9.^a legión—. Poseemos la fuerza necesaria para detenerlos. ¡Basta con reorganizarse, qué demonios!

Como ha hablado en voz muy alta, todo el mundo calla y lo mira. Dombrowski se incorpora, se masajea los riñones. Dirige a su alrededor una mirada vacía. Sus ojos clarísimos parecen haber perdido todo el color.

—Si eso basta, entonces estamos salvados.

Algunos sonríen, empiezan a felicitarse. Otros miran al general para entender mejor su ironía. El coronel que ha hablado se esfuerza en mostrarse animado. Carraspean, se estiran la guerrera. Algunos sables tintinean suavemente. Y en lo más profundo de ese silencio, como un demente sanguinario destrozando una puerta, el bombardeo sigue y sigue golpeando, y en el techo tintinea la lámpara de lágrimas de cristal.

—Señores... Ciudadanos... Ya sabemos lo que nos queda por hacer.

La sala se vacía. Dombrowski permanece inmóvil, inclinado de nuevo sobre el mapa, pero sus ojos errabundos no miran nada preciso, perdidos tal vez en el examen de sombríos pensamientos. Solo lo acompañan un edecán y dos oficiales de su Estado Mayor, desaliñados, que se dejan caer sobre sendas sillas, extenuados, cruzando miradas afligidas. Dombrowski se dirige hacia un sillón y se sienta, con la cabeza entre las manos. Se queda inmóvil un buen rato, quizá dormitando, y cuando levanta la cabeza ve a Nicolas y al teniente.

—Ah, sí, Boisseau. Esta tarde a las ocho en el mercado de Auteuil. Hemos podido reunir algunos cuerpos francos sacándolos de batallones mal dirigidos.

Después se dirige a Nicolas:

—Lo reconozco: el furgón de municiones y la batería del Bois de Boulogne de anoche... Fue usted, ¿verdad? ¿Estaba en el fuerte de Vanves el otro día con el 105.º?

Nicolas asiente.

—Gracias a hombres como usted quizá podamos vencer. Pero ¿podremos movilizar suficientes? En cuanto a la acción de anoche, permítame aplaudir su valor. Quizá no haya servido para gran cosa, pero al menos habremos hecho todo lo posible, ¿no?

El general se esfuerza en sonreír, pero solo consigue hacer una mueca. Nicolas inspira hondo y se decide a intervenir.

—¿Puedo preguntarle lo que piensa de la situación?

Dombrowski lo mira de arriba abajo. Los otros oficiales levantan los ojos, se yerguen un poco, sacados de su embotamiento.

—A estas horas deberíamos oír los tambores de los cinco batallones que he reclamado y las ruedas de los furgones de municiones. Todo el distrito debería estar erigiendo barricadas e instalando en ellas la artillería de la que aún disponemos. Así, quizá podríamos..., digo podríamos, confiar en enderezar, aunque fuese provisionalmente, la situación. Pero ¿oye usted esos tambores? ¿Ha visto esta mañana, durante el reconocimiento, barricadas debidamente fortificadas y defendidas? —Menea la cabeza, contrariado, frotándose lentamente las manos una contra otra—. ¿He respondido a su pregunta, ciudadano?

—Sí, señor. Yo... —Dombrowski lo mira con los ojos brillantes debido al cansancio—. Si me lo permite, desde hace unos días tengo la misma impresión que usted. Muy pronto habrá que luchar calle por calle.

El general suspira. Se arrellana en el sillón, con las manos en los reposabrazos.

—Entonces lucharemos. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Una terrible explosión los sobresalta. El techo escupe un poco de yeso, un cristal vibra y se resquebraja. Dombrowski se levanta y recorre la sala con la mirada, se pone el quepis y coge el sable. Vuelve a la mesa, delante del mapa, y barre con el dorso de la mano el polvo que ha caído del techo.

—Polvo —murmura en voz baja—. Polvo...

—Vamos —dice el teniente Boisseau—. Vamos a ver qué podemos hacer.

Fuera, los guardias nacionales se han levantado y rompen los haces. El obús ha caído a un centenar de metros. Una humareda negra se retuerce en las ventanas de una casa baja. Nicolas busca a sus hombres con la mirada, los divisa en medio de la avenida, el arma al hombro, alrededor de la cocinilla rodante de una cantinera que les tiende sus vasos de estaño. Ayudada por un niño, la mujer sirve sopa con un cucharón y llena recipientes de café. Anuncia que hasta tiene azúcar, y los guardias se abalanzan para coger unos terrones.

Nicolas consigue hacerse con un pedazo de pan y un poco de líquido amargo, pero caliente, que

engulle apartado de la aglomeración. Al sol, bajo un cielo azul purísimo y en ese momento tranquilo, se deja embriagar por la quietud y cierra los ojos pensando en Caroline. Pero el corazón le late con fuerza y le duele al imaginarla completamente sola en París, al borde del abismo. «Caroline», susurra. Y es la corneta la que responde, disonante, como un grito. A formar.

Como Lalie debía entregar un trabajo a una vieja clienta en la Rue de Sèvres, la patrona le dio dinero para que fuera en coche. Hacia las cinco llamó a la puerta de la casa de Caroline, que fue a abrirle casi de inmediato, desperezándose, todavía somnolienta, con el pelo revuelto y el camión desabrochado. Había intentado dormir, se había amodorrado una hora o dos, pero continuamente se despertaba sobresaltada por los terribles golpes que asestaba a su corazón una pesadilla en la que un herido mutilado al que cuidaba se volvía de pronto hacia ella y resultaba ser Nicolas, desfigurado, casi moribundo. Se arregló apresuradamente, se puso una pañoleta azul cielo sobre los hombros y ambas salieron cogidas del brazo, a paso ligero, impulsadas por la alegre cháchara de Lalie.

En el Boulevard du Montparnasse encontraron un coche que circulaba despacio en busca de clientes. La gente arrastraba maletas y niños, o empujaba carretillas cargadas de equipaje y los pocos bienes que habían podido salvar, todos caminando en la misma dirección para huir de los bombardeos. Lalie se quedó callada, con expresión súbitamente grave, mientras los veía llegar y alejarse, y Caroline pudo oír la tormenta lejana de los cañonazos. La pesadilla se repetía en su mente sin que pudiera impedir que el rostro hecho trizas de su amado se volviera hacia ella gimiendo. Media hora más tarde subían los tres pisos que llevaban a la casa de la clienta, viuda de un comerciante en paños, que abrió la puerta con el travesaño de una silla en la mano, no sin antes preguntar quién llamaba y exigir interminables detalles para asegurarse de que no era la chusma insurrecta que acudía a degollarla. Mientras Lalie desenvolvía el vestido que la señorita Bastide había rehecho de arriba abajo, la anciana acechaba la calle desde detrás de las cortinas.

—Van a venir, ¿verdad? ¿Vosotras creéis que vendrán?

Al preguntarle Caroline a quién se refería, la viuda explicó que esperaba la llegada de los soldados, que limpiarían las calles del sucio populacho que las había invadido. El valiente general Mac Mahon ya estaba bombardeando las murallas, y pronto extirparían a bayonetazos esos tumores purulentos que gangrenaban París.

Continuó hablando sola mientras apretaba con manos nerviosas la cortina de terciopelo tras la que se escondía vivamente, como si a alguien, abajo, le preocupara su vigilancia.

—Seré la primera en verlos, y bajaré a servirles mi mejor vino, el que mi marido guardaba para las grandes ocasiones —se dignó echar un vistazo rápido a la labor que le mostraba Lalie, y le puso una moneda en el hueco de la mano antes de seguir montando guardia—. Gracias, hija.

Rezaré por vosotras y para que acabe de una vez por todas esta gran desgracia.

Las dos jóvenes se apresuran por las calles llenas de gente, de gritos y de risas, de música. A veces, al pasar junto a las barricadas, más bien puestos de control señalados por un amontonamiento de adoquines y un carro volcado, son objeto de bromas por parte de guardias nacionales ociosos, y se ven obligadas a mandar a paseo a algunos que pretenden acompañarlas cogiéndolas por el talle. Cruzan el Sena por el puente Arts, y el aire más fresco que corre sobre el río las invita a detenerse un momento para mirar París, que parece muy tranquilo bajo la inmensidad del cielo. Se dicen trivialidades ante ese espectáculo. Hablan de calma, de belleza, de libertad.

—Cuando todo esto haya acabado —dice Lalie—, podremos disfrutar.

Caroline no responde. Cuando todo haya acabado. ¿Gracias a quién? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Una bala en la cabeza para borrar el gran sueño en el que llevan inmersos dos meses? No se atreve a contestarle a la joven, que sonríe, pensativa, por encima del río. La agarra del brazo y la conduce hacia la otra orilla.

—Vamos, ven a disfrutar de tu amado mientras...

No termina la frase. Lalie se vuelve hacia ella.

—¿Mientras qué?

—¡Caray, mientras sea de día!

Se encogen de hombros y se sonríen, luego bajan hasta el muelle del Louvre y bordean el Sena cruzándose con paseantes y calesas que circulan al paso. Se oye una fanfarria que toca una polca, un clamor alegre. Le compran dos bastones de caramelo a un viejo que ha instalado su tenderete en una carreta. El hombre, tocado con un bombín, despliega una sonrisa enmarcada por una barba blanca mientras les explica que los hace su mujer. «Para usted —le dice a Lalie— será gratis, porque usted está enamorada, salta a la vista.» Las jóvenes se marchan riendo, cruzan la calzada para llegar a la Rue du Louvre y deben detenerse ante la barricada que defiende la calle. Un guardia nacional encaramado en lo alto del muro de adoquines les dice que sigan su camino sin pararse. El hombre empuña un fusil y acompaña sus palabras con un gesto vehemente. Ellas se alejan protestando, él las manda al infierno. En el barrio convertido en campamento atrincherado, recorrido por patrullas, con las aceras de la Rue de Rivoli ocupadas por hombres sentados a veces en sillones tirados allí, o que juegan a las cartas encima de las cajas de municiones, cada dos por tres deben volver sobre sus pasos, dar rodeos, hasta ir a parar a la Rue des Petits-Champs. Lalie empieza a quejarse de que le duele una pierna. El día anterior se torció el tobillo y el dolor no se le pasa. Habla de coger un coche de punto, dice que tiene dinero para pagarlo. Siguen andando: la joven cojea y suspira y susurra el nombre de su amado para darse ánimos. Recorren la Rue Notre-Dame-des-Victoires, casi desierta, austera, a la sombra de los altos inmuebles. En la esquina del Boulevard Poissonnière divisan otra barricada y la esquivan pasando

por la Rue Saint-Fiacre.

—¡Mira qué casualidad! —dice Lalie al leer la placa con el nombre de la calle—. Ya no puedo más. No pienso ir así...

Caroline la coge del brazo, la anima susurrándole al oído que seguro que encuentran una solución.

Desembocan en el bulevar abarrotado de gente. Dos coches bajan hacia la Ópera, solo uno hacia la Place du Château-d'Eau. Está detenido, bloqueado por la multitud. Se distingue la masa oscura del cochero bajo un sombrero informe.

—Ven —dice Lalie.

Prácticamente ha echado a correr. Caroline intenta retenerla, pero al final se decide a seguirla. No tiene nada en contra de sentarse un poco y dejarse llevar, después de casi dos horas andando. Como el coche ha reanudado la marcha, Lalie le grita al cochero que pare y abre la portezuela.

Caroline no comprende de dónde vienen los gritos que hacen volverse a los transeúntes y los paralizan, espantados. Gritos que no cesan. Se da cuenta de que proceden del coche de punto, que poco a poco va cogiendo velocidad con Lalie agarrada a la portezuela, a punto de perder pie, mientras el brazo de un hombre la empuja intentando cerrar. Caroline echa a correr, llega a la altura del coche, agarra a su vez la portezuela y ve a aquellas chicas en camión que gritan tirando de las cuerdas y las correas con que están atadas.

Después todo da un vuelco. Ve a Lalie tropezar y rodar por el suelo y nota que tiran de ella hacia el interior. Recibe un terrible puñetazo en la sien y cae de rodillas, aferrándose a brazos, a manos frías que azotan el aire en todas direcciones, abofeteándola, agarrándose a su vez a su ropa. Los gritos ya no son sino gemidos, gruñidos, y ella está a cuatro patas tratando de protegerse de golpes de pies descalzos y arañazos, sin ver nada, sintiendo solo en sus piernas las vibraciones del carruaje que circula más deprisa, incapaz de hablar o de gritar, consciente únicamente de que da tumbos por la pendiente pedregosa de un abismo sin fondo.

Cae. Rueda por una escalera interminable. Le duele todo el cuerpo. Su cabeza choca contra una barra de madera, sus hombros aporrean el suelo traqueteante. Está oscuro. ¿Quizá la han encerrado en un arcón?

Un ataúd.

Intenta gritar, pero un pañuelo metido en su boca se lo impide. Quisiera aspirar grandes bocanadas de aire, llenarse los pulmones, tratar de calmar los latidos acelerados de su corazón, pero se atraganta y jadea, las aletas de la nariz dilatadas por la asfixia. Después recuerda: Lalie, el coche de punto, esas chicas espeluznantes, un hombre al que no ha llegado a ver. «Me ha raptado.»

Poco a poco consigue pensar. El coche de punto: sigue montada en él y da tumbos por una carretera o un camino. Nota en las muñecas y los tobillos una cuerda que le corta la piel. Un camino. Imagina esos lugares donde París se deshilacha, cerca de las fortificaciones. Esos hacinamientos de casuchas desvencijadas donde perdura una miseria negra como la cara de los niños andrajosos que vagabundean por los charcos o que, a veces, van armados con cuchillos al bulevar. «Me lleva allí para matarme y tirarme a un hoyo.»

Se debate, da patadas contra un panel de madera, gime desde el fondo de la garganta. «Voy a morir.» Quizá si gritara, despertaría de esa pesadilla. Prueba a liberar sus manos de la atadura que las ciñe, pero es inútil, así que se queda inmóvil, trata de calmar su respiración y ordena sus ideas. Imagina los minutos que van a seguir. La sacarán de ese arcón, de ese cubículo, y entonces tendrá que actuar, pedir ayuda, huir... Pero está muy oscuro. Y tiene los tobillos atados. Una oleada de pánico la invade. Se figura a un hombre con un cuchillo en la mano. Ya nota clavarse en su garganta una hoja tan afilada que al principio no sentirá ningún dolor, pero la vida se escurrirá a borbotones por su cuello rebanado. Se verá morir.

«Mamá. Vuelve. Mamá volverá y los echará y me estrechará entre sus brazos. Soy su hija, su niña. A veces me abrazaba cuando me habían hecho daño y me consolaba acunándome y diciéndome bajito palabras cariñosas.»

El coche se detiene. Oye el ajeteo encima de ella. Comprende que está debajo de un asiento, dentro de un arcón. Hablan. Voces sordas. El resplandor cambiante de un fuego. El chirrido de una puerta que se abre. No van a buscarla. El temor se apacigua. No van a matarla. Imagina lo que van a hacerle. No se siente capaz de imaginar lo que podrían hacerle. Quizá sea preferible que la maten antes que sufrir eso.

No. La vida. Luchará contra ellos.

Barullo en el coche. Oye gemir a las chicas, restallar los golpes sobre su piel. Sus lamentos. Luego un inmenso silencio en el que distingue el crepitar de unas llamas.

De pronto, un estruendo la despierta. Alguien retira una tabla, unas manos la agarran de los brazos y tiran de ella. «Ven aquí.» No distingue el rostro del hombre. Percibe solo un olor acre de animal. Olor a establo. El individuo la obliga a sentarse en la banqueta del coche, luego la ata al picaporte de una de las portezuelas. «No te muevas. No hagas ningún ruido. O te matará. Créeme. Te matará.» El hombre saca un frasquito del bolsillo. «Bebe esto. Te ayudará.»

Le sorprende esa voz susurrante, casi dulce. Los gestos también. Desprovistos de toda brutalidad. Una mano enguantada le sostiene la nuca mientras traga ese líquido amargo. Y unos dedos apartan los cabellos de su cara como para verla mejor.

«No te muevas.»

No se mueve. Se deja caer en un sueño ligero, dentro de una especie de capullo que la embota. Como una telaraña.

Detrás del tabique, un hombre grita que quiere ver al comisario porque ha habido una matanza espantosa y es preciso acudir de inmediato. Dicción vacilante, voz pastosa. Antoine Roques está releendo la declaración de la señora Courbin, quien insiste en negar que su marido sea un espía de Versalles pese a los planos, las listas y las notas encontradas en su despacho durante el registro que le han hecho delante de las narices a lo largo de varias horas. Un honrado ciudadano que no debe el éxito a otra cosa que a su trabajo y jamás pensó que un día caería el dinero del cielo, como demasiados ingenuos o perezosos creen hoy, que jamás infringió ninguna ley, siempre del lado del orden bien entendido, no como todos esos bandidos a los que dejan salir de las prisiones para encerrar en ellas a personas de bien e incluso a sacerdotes.

Éliette Andrieu, esposa de Courbin, se había sobrepuesto rápidamente a sus emociones. Había secado sus lágrimas y apaciguado sus sollozos para enfrentarse a los dos polizontes ocasionales, nombrados por los rojos o que se habían pasado al enemigo, por los que sentía un desprecio que ni siquiera intentaba disimular; patanes, casi siempre titubeantes, tipos que manejaban la intimidación o la coacción con inseguridad, que intentaban hacerle decir dónde podía haberse escondido su marido.

Antoine Roques oye cómo los guardias procuran calmar al borrachín, explicándole que no son precisamente matanzas lo que falta en esos momentos, con los cerdos de los versalleses machacando a la Guardia Nacional y bombardeando París, y que, si no quiere que le den una patada en el culo, haría mejor yéndose a dormir la mona a otra parte. En el muelle de Jemmapes, insiste el hombre. Él lo ha visto todo, han matado como a conejos a tres soldados de infantería de la zona, ¡pam!, ¡pam!, ¡pam! El asesino buscaba a alguien, un tal Clovis o algo así.

Clovis. Un nombre nada corriente que el comisario oye por segunda vez ese día. La suerte viene cuando se le antoja, del brazo del azar ciego. Hay que pillarla antes de que se vaya. Cuando sale al pasillo, ve que al tipo lo sujetan dos hombres que lo conducen a la salida. Roques pide que lo lleven a su despacho, tiene que gritar para hacerse oír porque en el vestíbulo de ese puesto de policía hay un montón de gente que va a presentar denuncias por robos de tios con flores o la desaparición de un gato, aunque su precio al peso, desde que acabó el asedio, ha bajado mucho. El hombre se libera de las manos que lo aferran y se acerca a él.

—¡Vaya! ¡Menos mal!

Roques lo invita a entrar en su despacho. El hombre se sienta suspirando, menea la cabeza

como para deshacerse de su indignación por el trato recibido. Se mueve pasando el peso del cuerpo de una nalga a otra sobre la silla, como un niño tímido. Huele a vino peleón y queso viejo. Viste un mono raído que debió de ser azul, que quizá es gris, manchado y remendado en los codos. En la cabeza, una gorra de marinero atravesada sobre sus cabellos grises. Un gran bigote le da un aire huraño, y los ojos legañosos, con ojeras, y su piel amarillenta surcada por profundos pliegues parecen delatar un insuperable cansancio. Cuando Antoine Roques le pregunta su nombre, le lanza una mirada de desconfianza por debajo de sus cejas enmarañadas antes de responder:

—Augustin Colignon. Nacido el 9 de abril de 1821 en Silly-en-Gouffern.

—¿Dónde está eso?

—Silly-en-Gouffern está en el Orne, en Normandía. Ni siquiera yo, a veces, sé ya dónde está. Verá...

—¿Por qué gritaba así? ¿Qué es eso de una matanza?

Augustin Colignon retrocede haciendo chirriar la silla. Agacha la cabeza.

—No puedo decírselo. Ese tipo...

—¿Qué pasa con ese tipo? ¡Hable!

Colignon se levanta.

—No puedo. Deje que me vaya.

—Si intenta salir de este despacho, haré que lo encierren por obstrucción a la justicia.

El hombre se sienta de nuevo. Se quita la gorra y la pone sobre sus rodillas.

—Hablaban usted de un tipo —dice Roques.

—Estaba en el local de Miron, una tabernucha en el muelle de Jemmapes... Creo que me había dormido, a Miron le tiene sin cuidado, me deja en paz mientras no moleste a nadie, allí al menos estoy tranquilo, desde luego mejor que en mi chamizo. Total, que un poco más y me caigo de la silla al oír ¡pam!, ¡pam!, ¡pam!, tres petardos, y veo a ese animal con la pistola y a los otros tres en el suelo, bueno, uno estaba primero encima de la mesa y luego cayó también. Había humo por toda la sala, apenas se veía, y olía a pólvora, me recordó al ejército, Sebastopol.

—¿Estuvo usted en Sebastopol?

—¡Pues claro! ¡Y a punto de quedarme allí, como muchos otros!

—Volvamos a ese animal, como usted lo llama...

—Llevaba un gran sombrero, yo lo veía de espaldas, y cuando él me vio a mí, me lanzó una de esas miradas que... —el hombre se calla, se pone una mano delante de los ojos como para protegerse aún de la mirada del asesino—. Es una mirada que no se olvida... Como si arrojara fuego, pero negro, ¿sabe lo que le digo?

A Antoine Roques le cuesta imaginar aquello, pero se percata de que Colignon tiembla mientras le cuenta el episodio.

—¿Había bebido usted mucho?

—Como de costumbre... Dos o tres vasos de vino y un poco de aguardiente. Miron lo hace solamente para los buenos clientes como yo. Pero lo que le estoy contando pasó seguro, yo lo vi y lo oí todo perfectamente.

—Continúe.

—¡Entonces pregunté si podía irme y salí por piernas sin pedir explicaciones! De todas formas, el parroquiano ese era raro: ¡tenía la cara machacada, como si le hubieran dado un mazazo! La nariz aplastada, y encima de los ojos, aquí...

—El arco ciliar.

—¡Eso es! Completamente triturado, tanto que a duras penas se le veía el ojo. Vi hombres así en la guerra, sin cara, porque se la había llevado un disparo de fusil o un trozo de obús. ¡Nada agradable de ver, pobres, se lo aseguro! ¡No muchos salían de una así!

—Pero antes de matarlos habló con ellos, ¿no? Eso es lo que usted decía hace un momento en el pasillo.

—Buscaba a un tal Clovis. Un cochero, al parecer. Estaba muy interesado en encontrarlo. Yo me hacía el dormido porque presentía que aquel asunto iba a ponerse feo. Uno le pidió dinero a cambio de decirle dónde estaba el famoso Clovis. Y entonces fue cuando el otro, el de la cara destrozada, le disparó. No debía de estar de acuerdo en pasar por caja, lo entiendo.

—¿Usted lo conoce?

—¿A quién?

—A Clovis, el cochero.

—No. Conozco a mucha gente, pero a ese la verdad es que no. No me dice nada su nombre, se lo juro.

Roques le clava en la frente una mirada deseando que sea acerada, capaz de ir a explorar en lo más profundo del cerebro de Colignon y sembrar en él la duda y el temor. Pero el otro se la sostiene sin pestañear, limpiándose el rabillo del ojo con una uña negra.

—¿Dónde estaban los cuerpos? ¿Los mató a todos en el mismo sitio?

—Cerca de la puerta, delante de la ventana. Allí estaban todos, bien tiesos, prácticamente uno encima de otro.

Roques se levanta, abre la puerta del despacho y llama a un agente.

—Llévalo a la sala de guardia. No lo perdáis de vista. Tengo que salir.

Llama a Loubet, que llega de inmediato.

—Nos vamos. Venga conmigo.

—¿Solos?

—Sí, solos. ¿Va armado?

—Siempre... Con los tiempos que corren... ¡Y además, si no lo fuéramos, seríamos los únicos en París!

Por el camino, Antoine le explica el caso. Un triple asesinato. Un hombre con la cara partida, un misterioso cochero llamado Clovis, probablemente involucrado en el rapto de una muchacha. Loubet no hace preguntas. Se alegra de llevar a cabo por fin una verdadera labor policial, como antes.

—¿Echa de menos el Imperio? ¿El asedio? —le pregunta el comisario.

El inspector lo niega haciendo aspavientos.

—¡No, no, ni mucho menos! Pero es evidente que desde la instauración de la Comuna no tenemos mucho que hacer. Menos robos, delitos, crímenes... Y a mí lo que me gusta de la policía es perseguir a los bribones y los criminales y detenerlos, ¿comprende?

Roques lo comprende. Esa mañana, durante la detención frustrada de Courbin, el espía versallés, y pese al tiroteo, ha sentido ese impulso, esa especie de estremecimiento interior. Asiente con la cabeza.

Cuando llegan al muelle está cayendo la noche. El agua del canal tiene el color del plomo. Un niño muy pequeño, andrajoso, ha sumergido en el agua un hilo atado al extremo de un palo largo. Hace chascar la lengua para atraer a los peces como si fueran gallinas.

—¿Pican? —pregunta Loubet.

El crío levanta la cara y lo mira de soslayo por debajo de la visera de la gorra, luego escupe en el agua.

—Cuidado, huele a poli —murmura.

—Con lo pequeño que es y lo fino que tiene ya el olfato —dice Roques.

—A eso se le llama instinto. Hay familias que lo llevan en la sangre. En su caso es una condición para sobrevivir. Como esos animales que deben aprender muy pronto a despistar a su predador.

—No diga eso. Se trata de seres humanos. La comparación que hace es chocante. La sociedad no es una jungla donde el más fuerte debería reinar sobre el más débil y alimentarse de él.

—Pero eso es lo que sucede, ¿no? Así es como funciona, me parece a mí, ¿o no?

—Sí, es cierto, pero no está escrito en ninguna parte que así deba ser eternamente. Contra ese mundo es contra lo que el pueblo se ha sublevado, y la Comuna se organiza y lucha para construir otra cosa, ¿no cree? La dignidad, la igualdad y la libertad están todavía por conquistar.

Loubet se encoge de hombros.

—Si usted lo dice... Sí, tiene razón —dice poco convencido.

Roques está a punto de preguntarle por qué si no tomó partido por la insurrección, pero ve la tabernucha un poco más allá, en el muelle.

Está escrito en letras torpes, en verde, en un panel amarillo que cuelga por encima de la puerta. Un tonel de color rojo vivo, toscamente representado por una placa de chatarra pintarrajeada, hace de enseña.

Entran en el local completamente vacío, oscuro, iluminado solo por dos faroles colgados de las vigas. El patrón está sentado a una de las mesas. Unos naipes están extendidos sobre la mesa y él tiene uno en la mano, dudando sobre lo que debe hacer con él. Se decide y se digna volverse hacia Roques y Loubet mientras recoge las cartas.

—Llega gente de bien. He acabado ganando. No era fácil. ¿Qué les sirvo? Invita la casa.

Se dirige hacia la barra arrastrando los pies, enciende una lámpara de petróleo y la pone sobre un estante, delante de un espejo. Después, con las palmas de las manos bien apoyadas en el mostrador, dirige la mirada primero a uno y luego al otro, invitándolos a pedir.

—Comité de Seguridad Nacional —anuncia Loubet.

—Nunca me lo habría imaginado.

—¿Es usted Hector Miron, dueño de este... de este establecimiento?

—Sí, soy yo, en carne y hueso, delante de sus ojos. ¿Quieren beber algo?

Ellos no responden y empiezan a recorrer la sala. Antoine Roques en un sentido, Loubet en el otro. Flota en el aire un olor a jabón negro y vino peleón. Junto a la ventana, sobre la tierra batida, se extiende una vasta aureola oscura. Roques se agacha y rasca con una uña esa humedad. Loubet desaparece por el fondo. Se le oye abrir y cerrar una puerta.

—Hay una salida en la parte de atrás.

El patrón, detrás de la barra, se lía un cigarrillo, lo enciende, echa el humo hacia los dos policías.

—¿Se puede saber qué buscan?

Antoine Roques se acerca a él con una amplia sonrisa en los labios.

—Por supuesto... De hecho, creo que podrá informarnos. A primera hora de la tarde han abatido a tres hombres disparándoles con un revólver. Quizá usted haya visto u oído algo, nunca se sabe.

Miron tuerce la boca, frunce el entrecejo. Finge buscar en su memoria. A Roques le entran ganas de estamparle una jarra en la cara para que aprenda a no tomarle el pelo.

—No, nada. No ha pasado hoy mucha gente por aquí. En estos días la gente no tiene la cabeza para estas cosas.

Roques suspira. Busca fuerzas en su interior para no saltar por encima de la barra o tirarle una silla a ese listillo.

—Han caído aquí, delante de la ventana. ¿Sigue sin recordarle eso nada? Quizá se hallaba ausente en ese momento y no se lo han contado. En tal caso, podrían haberse deshecho de los

cuerpos a sus espaldas... No siempre es uno el amo en su propia casa, ya sabe. Y comprendería que no quisiera reconocer ante nosotros esa pequeña debilidad.

El semblante de Miron ya no expresa el mismo desdén: mira de soslayo a ese polizonte tan sereno y cortés, que habla como en los libros, y no sabe a qué atenerse. Sin duda está acostumbrado a maneras más rudas por parte de los agentes de la autoridad. Se le nota dudar de sus certezas, tambalearse entre sus puntos de apoyo. Coge una botella que está a su espalda y se sirve un trago de licor fuerte.

Desde donde está, Roques percibe el olor a ciruela.

—¿Quién ha ido a contarle esas estupideces? Seguro que ha sido ese borracho de Gustin. Llevaba una cogorza de mucho cuidado, he tenido que echarlo porque al cabo de un rato pierde la chaveta por completo. La semana pasada vio un navío de tres palos navegando por el canal. Hasta veía trajinar a los marineros en cubierta. A eso se le llama ver visiones, ¿no creen? Lo he echado porque cuando lleva unas cuantas copas en el cuerpo ya no se acuerda de las que ha tomado y no quiere pagar. No es que no le fie o que no pueda pimplar a veces gratis, después de todo el tiempo que lleva viniendo aquí. Pero, en fin, ya me entiende, tipos así no son buenos para la reputación de un establecimiento honrado.

Roques inclina la cabeza, sonrío, espera que se agote la palabrería.

—Y dirigido por un propietario no menos honrado y respetuoso de las leyes y reglamentos —dice—. Razón por la cual venimos a hablar con usted.

Miron percibe la ironía. Está a punto de replicar, pero cambia de parecer. Apura el vaso y sorbe lo que pueda quedar de alcohol.

—Estamos perdiendo el tiempo —murmura Loubet—. Voy a ocuparme de él.

Antoine Roques lo detiene haciendo un gesto.

—Así que, al parecer, no ha ocurrido nada. Bien, que conste en acta. ¿Conoce, en todo caso, a un tal Clovis, cochero de profesión? Dicen que anda con frecuencia por el barrio.

El hombre asiente de inmediato con la cabeza. Parece aliviado de poder darles algo.

—Sí, lo conozco. Viene de vez en cuando a tomar un trago o dos. Vive en la zona de las esclusas, camino de Pantin. Incluso tiene un pedazo de tierra para el jamelgo y la carreta.

—¿Y al hombre que lo buscaba?

El tabernero retrocede agitando una mano delante de él.

—No... No les diré nada. No sé nada.

—¿Tiene miedo? ¿De él? ¿Por qué, si no lo conoce?

—Déjenme en paz. Pueden detenerme si quieren. Meterme en chirona. No diré nada.

—Tres muertos no son precisamente nada —dice Loubet—. A lo mejor resulta que los has matado tú. Eso explicaría por qué los has hecho desaparecer, ¿no? Tres muertos..., no son tantos como en el caso del asesino Troppmann, pero en el cadalso eso no supondrá ninguna diferencia.

Miron se encoge de hombros y se echa a reír.

—Miren a su alrededor. ¿A quién le preocupan tres fiambres desde hace unas semanas? Todo este caos de la Comuna va a acabar en una carnicería descomunal cuando vuelvan los burgueses con su ejército de fusileros, ya lo verán. Yo ya sabía que este asunto acabaría mal. Hay ricos y hay pobres, siempre será así, y los ricos siempre serán más fuertes que los pobres porque saben unir fuerzas para defender su tajada, mientras que la plebe es demasiado idiota para hacer lo mismo. Acabarán por hacerle comer su mierda y no habrá suficiente para todos, y la gente se peleará para conseguir un poco —se calla, se sirve un poco más de licor de ciruela—. ¡Bah!, hablar por hablar —dice para sí mismo—, mierda ya comemos... —Se inclina hacia Loubet y lo señala con un dedo trémulo—. Además, a mí la guillotina me trae sin cuidado. Acuéstate tú con ella si te divierte. Cuando llegue el momento, iré a una barricada de Belleville, allí tengo compadres que creen firmemente en la Comuna, iré a que me agujereen la piel para demostrarles a Thiers y sus perros rastros con qué desparpajo palmamos por aquí. ¡Pero no antes de haber quitado de en medio a unos cuantos, me cago en Dios! Así que hagan lo que quieran, pero decídanse porque se está echando encima la hora de cerrar. Hoy no veré a nadie más por aquí, me han chafado el día.

Loubet consulta a Antoine Roques con la mirada, y este no sabe muy bien qué hacer e intenta ordenar un poco sus ideas antes de contestar. Sabe dónde encontrar al cochero, se ha enterado de la existencia de ese asesino desfigurado y empieza a concebir la hipótesis de que esos dos podrían estar involucrados en el rapto de la Rue Oberkampf. El comisario se vuelve hacia Miron.

—Eche el pestillo a su chamizo ahora mismo si le viene en gana. Pero mañana volveré con una orden de cierre administrativa. De momento no puedo demostrar nada y no tengo más tiempo que perder con usted. Pero mañana estaré aquí con mis hombres, y encontraremos esas pruebas y le ayudaremos a cerrar para siempre.

El hombre no responde y ellos salen del local. Los recibe la noche, el cielo ensombrecido por nubes negras que avanzan lentamente por el oeste.

—No acabo de entenderlo —dice Loubet—. Ese desgraciado merece dormir en la cárcel. Qué manera de tomarnos el pelo.

—Es posible. Pero hoy no le sonsacaremos nada más, así que propongo que lo tengamos unos días en ascuas con esa amenaza de cierre. Acabará por venirse abajo, estoy convencido. Una cosa es segura: el asesino del que ha hablado Colignon, ese individuo con la cara destrozada, lo tiene aterrorizado... Y me da la impresión de que ese terror no lo inspira su deformidad, sino otra cosa. Como si de ese hombre emanara una sensación..., algo así como un olor que uno no percibe pero cuyos efectos nota. Un efluvio dañino, maléfico. No sé cómo explicarlo..., recuerde que ha matado a tres tipos sin pestañear, según dice el testigo. Y si, como empiezo a pensar, tiene algo que ver con ese rapto, y quizá con otros, es posible que nos enfrentemos a alguien especialmente peligroso, a un auténtico depravado.

Loubet suelta una risita.

—Empieza a tomarle el gusto, ¿verdad?

—¿A qué?

—Al trabajo de policía. Incluso consigue convencerme.

Dan unos pasos más. Roques busca con los ojos al crío que estaba pescando, pero solo ve a una pareja de jóvenes de la mano, que caminan a buen paso riendo con ganas.

—¿Me permite que lo invite a una cerveza? —propono Loubet—. ¡Esto hay que celebrarlo!

Desde la Rue des Récollets toman la del Faubourg Saint-Martin. Cuando llegan al bulevar, ven un café muy iluminado veinte metros más allá de una barricada. En el interior cantan, hablan a voces, risas de mujer fluyen en la sombra.

—Aquí estaremos bien —dice Roques.

El batallón 105.º fue destinado a la Place du Roi de Rome, donde la semana anterior, al precisarse la amenaza versallesa, se habían levantado tres barricadas deprisa y corriendo. Trabajaron el resto de la tarde cavando fosos delante de los reductos, llevando adoquines y sacos de tierra para reforzar los pequeños amontonamientos, semejantes a una hoguera de San Juan. Que aquello aguantara al menos una hora bajo el fuego, el tiempo de replegarse ordenadamente.

Llevaron cañones, piezas de 8 libras sobre todo, que enseguida dispusieron en batería. En la loma del Trocadero, dos cañones de 12 libras protegerían supuestamente el cerrojo que constituía la plaza.

Nicolas y el Rojo subieron allá arriba por la gran escalera de granito y vieron con claridad que el dispositivo quedaría desbordado en un cuarto de hora. Las tropas enemigas penetrarían por las calles adyacentes y pillarían por detrás a los defensores. Los artilleros les mostraron su munición: cuarenta obuses, ni uno más.

—Habrà que ahorrar y ajustar bien el alza —dijo un marino escupiéndolo al suelo—. Harían falta diez cañones y quinientos obuses para mantener la posición y tener alguna posibilidad de frenarlos un poco. Además, mirad ahí abajo, esa potencia de fuego. Cuando todo eso entre en París, nada podrá detenerlos.

Señalaba la cortina de humo negro donde se producían las explosiones que destruían las fortificaciones y abrían en las calles monstruosos boquetes. Incendios por todas partes. Ya ni siquiera intentaban apagarlos. A veces el viento les llevaba el olor del fuego y de la pólvora y notaban que se les adherían a la piel partículas de hollín que se limpiaban con las manos ya negras.

—Nosotros no nos empecinaremos. Nos largaremos de aquí en cuanto suba un poco la temperatura. ¿A santo de qué vamos a morir sobre nuestros cañones? Seremos más útiles en otro sitio, donde haya personas que defender. Aquí, los cerdos de los burgueses se han ido todos, así que ¿para qué? Que bombardeen sus bonitas casas, ¿qué más da?

Por una brecha, el sol ya bajo los deslumbró con su intenso resplandor cobrizo y se protegieron los ojos con la visera del quepis. Nicolas y el Rojo bajaron de nuevo hacia la plaza, donde los hombres hacían cola delante de las cantinas. Comieron un rancho aceptable preparado por dos mujeres vestidas de negro, con aire mohíno: una baja y rechoncha, la otra espiada, casi flaca, que a Nicolas le recordó la tarde de febrero en que Caroline lo llevó a escuchar a Louise Michel a un

local del distrito XVIII. La oradora apareció en el estrado con su larga silueta oscura y la sala estalló en alegres aplausos que a ella le costó acallar, con una sonrisa tímida en los labios y unos ojos risueños que, en cuanto se hizo el silencio, recuperaron su expresión grave, su penetrante agudeza. Luego su voz se elevó, cálida, potente, alargando las frases hasta casi quedarse sin aliento, y Nicolas tuvo la impresión, durante esos largos enunciados en que se desarrollaba al mismo tiempo el pensamiento y la acción, de que el público, esencialmente mujeres, no se atrevía a volver a respirar antes que ella. De cuando en cuando las aclamaciones permitían a ese flujo de palabras una pausa, y todas aprovechaban para gritar, toser o cruzar dos palabras con sus vecinas. Caroline y él salieron en medio de la noche fría con el cerebro en llamas y el corazón ardiente, y fueron con algunos otros a beber una cerveza al bulevar, felices y soñadores.

Un dolor sordo que nunca ha sentido le invade el pecho al recordar aquella velada. Nunca ha echado de menos a Caroline de un modo tan violento. Por supuesto, siempre ha estado impaciente por verla, consciente, una vez con ella, de vivir las horas más hermosas de su vida, hasta el punto de preguntarse a veces si semejante plenitud, esa tranquilidad gozosa, no serían más que una ilusión que podría disiparse en cualquier momento, igual que estallan las pompas de jabón o los sueños infantiles. Pero hay otra cosa, y él solo conoce una palabra para eso: miedo. Miedo de saberla lejos de él, y por tanto sola, porque le parece que él podría protegerla mejor que nadie. Miedo de perderla. Eso es lo que lo taladra y le hace daño, de la misma forma que un puñetazo en el vientre dejaría una huella dolorosa. Le revuelve el estómago, le corta la respiración.

Con la caída de la noche, iluminada por el resplandor de las llamas que suben por encima de los tejados entre humaredas rojizas, Nicolas oye el estruendo incesante del bombardeo, eructos de un monstruo que lo devora todo a su paso. Mira a su alrededor, a los hombres que charlan, ríen y fuman en pipa, tumbados en el suelo junto a los haces de fusiles. Algunos tienen un aire pensativo, pero la mayoría afectan esa tranquilidad decidida que a él le falta. No sabe si se han resignado a la derrota o los sostiene la voluntad exasperada de no ser vencidos sin haber luchado. Quizá por primera vez desde que está en edad de reflexionar y de tener recuerdos, se siente realmente solo, y la idea de estarlo aún más dentro de poco le aterra.

Busca con los ojos a sus amigos, y distingue a Adrien cerca de las cantinas, hablando con la mujer alta de negro. Ella tiene todavía al fuego una cafetera medio quemada, y le sirve al muchacho un brebaje oscuro y humeante. Al acercarse, Nicolas se percató de que están hablando de Bourget.

—¡Éramos prácticamente vecinos y ni nos conocíamos! —dice el joven con una amplia sonrisa—. Te presento a la señora Lucienne, de Bourget. Tuvo que irse, como yo, después de la batalla contra los prusianos.

—¡Lo perdí todo! A mi marido, mi pequeña tienda, ¡todo! Mi hermana y yo escapamos entre las ruinas, con las balas silbando en nuestros oídos, y pudimos llegar aquí, a París. ¡Y ahora resulta

que tenemos otra guerra, pero hecha contra el pueblo por buenos franceses hijos de perra! En fin... —Hace una pausa y le pone una mano en el hombro a Adrien—. ¡Pues sí, resulta que somos paisanos! Yo conocí a su madre antes de que se casara —dice la mujer—. ¡Una buena mujer! ¡Todo el mundo la quería! Si pudiera hablar, mi hermana diría lo mismo, ¿verdad, Rita?

Rita asiente con la cabeza y se lleva una mano al pecho, encima del corazón.

La señora Lucienne le revuelve el pelo al muchacho, y Adrien cierra los ojos como un gato cuando le rascan detrás de las orejas.

—Ustedes la conocieron mejor que yo... Solo tenía cinco años cuando...

—Y además, inteligente y trabajadora. Se pasaba el tiempo lamentando no haber estudiado. Le habría gustado ser maestra. Empezó a ocuparse de Rita para enseñarle a hablar, pero no pudo acabar, la pobre.

Es como si Adrien volviera a tener diez años, y Nicolas lo ve de pronto muy pequeño en su uniforme de la Guardia Nacional, con el gran cinturón del que cuelgan las cartucheras y una larga daga prusiana que el muchacho nunca ha querido contar cómo consiguió. Los oye hacer un repaso de sus conocidos comunes con exclamaciones alegres y risas. Sus anécdotas y sus recuerdos lo distraen un instante de su melancolía.

Dos obuses estallan casi al mismo tiempo en la Avenue de l'Empereur. El suelo tiembla bajo sus pies. La carreta que sirve de cantina vibra y rechina entre un tintineo de cacerolas y marmitas. La cantinera echa un vistazo a los árboles de humo que se abren en medio de la calzada, entre un crepitar desagradable de cristales rotos. Con el miedo reflejado en los ojos, Rita se pone a sofocar el fuego y luego empieza a guardar las escudillas.

—Nosotras no tardaremos en ir para allá. Vamos a retirarnos hacia Saint-Michel y el Panteón, tengo que abastecer el chamizo, y hay gente a la que dar de comer allí también. Aquí ya no hacemos nada. Me han dicho que la intendencia de la Guardia Nacional iba a ocuparse de vosotros, menuda suerte tenéis.

Uno que pasaba por allí, bajito y bigotudo, la oye y se parte de risa.

—¡Si necesitas algo, puedes pedirselo a la intendencia, como tú la llamas! Hace dos días que no vemos un trozo de pan, ni siquiera una sopa aguada. ¡Acabaremos comiendo gatos como durante el asedio!

El hombre se aleja haciendo aspavientos, tambaleándose, y se pone a gritar que tiene sed.

—De buena gana iría con vosotras si no tuviera otra cosa que hacer —dice Adrien—. Creo que me gustaría cocinar, no se me da mal.

La mujer le pone las manos sobre los hombros.

—Cuando todo esto haya terminado, abriré una tasca en la zona de Aubervilliers, conozco un local bien situado que está para alquilar, y te contrataré como cocinero. Después de todo, eres carnicero en la vida civil, entiendes de embutidos, seguro que llegamos a un acuerdo. Haremos

que los obreros y la gente humilde se chupen los dedos.

Lo abraza, estrechándolo con fuerza, y Adrien se abandona contra su pecho delgado y cierra los ojos esbozando una sonrisa tierna.

—Vamos, hijo. Sobre todo, lleva cuidado. Ya sabes dónde encontrarme en Bourget, podrás venir cuando quieras, yo te esperaré.

El muchacho le da las gracias. La señora Lucienne. Pronuncia varias veces su nombre en voz baja, para él solo, como una fórmula portadora de suerte. Nicolas lo agarra de un brazo. La mujer está poniendo orden, su hermana apareja al borrico que tira de la cocina ambulante.

—Ven —dice Nicolas en voz baja—. No te quedes aquí. Deja que se marchen.

Se alejan a paso lento. Un grupo de hombres se ha congregado delante de la barricada que defiende la Rue de Passy. Son un centenar, inmóviles alrededor de un oficial encaramado en lo alto de una carreta. El Rojo los alcanza.

—Al parecer, Wroblewski se ha replegado hacia la Butte-aux-Cailles. Esto pinta mal.

Se acercan a la asamblea improvisada. El que habla es un coronel. Dice que la situación es difícil, pero que París se dispone a resistir heroicamente. Todas las tropas que contaban con puntos de apoyo fuera de las murallas han tenido que replegarse dentro de la ciudad. Ahora se prepara otra batalla en la que la Guardia Nacional, que combate en su terreno, tendrá ventaja. Se están levantando barricadas por todas partes.

Murmullos. Risas burlonas entre los hombres.

—¿Dónde están los refuerzos? ¡Hay que salir antes de que nos encierren!

—¿Y las municiones?

—¿Qué sentido tiene defender los barrios elegantes? ¡Están a punto de destruir sus propios palacios!

Se arma un guirigay. Cada uno propone su solución. Un grupo se pone en cuclillas en torno a un capitán que traza en el suelo diagramas estratégicos.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —ordena el coronel.

Unos cuantos federados avanzan hacia él.

—¡Es preciso organizar patrullas y realizar reconocimientos hasta las puertas! ¡Saint-Cloud, Auteuil, La Muette! ¡Nada de dejarse sorprender! ¡No vamos a quedarnos aquí esperándolos!

—¡Cierra el pico, coronel!

Unos sargentos se alejan y llaman a sus hombres para decidir lo que conviene hacer. Acuden soldados desde toda la explanada para obtener información. Se forman grupitos. ¿Qué hacer? Se formulan preguntas con sentido, se dan respuestas imposibles. Parece ser que Dombrowski va a intentar una salida. Se habla del general La Cécilia, que está preparando algo. Quieren participar. No, no. El polaco sabe lo que hace. No interferir en su maniobra. ¿Cuántos hombres? ¿Dos mil? Ni eso. Cuerpos francos.

No se sabe nada más.

El coronel toma de nuevo la palabra, apela al valor y la disciplina de la Guardia Nacional, pero nadie le presta ya atención. Baja de su pedestal, saca el revólver y lo empuña en la cara de los que le rodean.

—¡Os haré ir más tiesos que una vara! ¡Me cargaré a cualquier culpable de insubordinación!

Eructa, babea, se limpia la boca con el dorso de la mano. Se ríen en sus narices, lo miran con desprecio. Al cabo de un momento todos le dan la espalda.

—Sería una excelente idea matarnos entre nosotros —le dice el Rojo con una voz potente que se superpone a las conversaciones—. ¿Le parece que somos demasiados y por eso quiere disparar contra nosotros? ¡Si hay que empezar por alguien, aquí estoy yo! ¡Vamos! ¡Quizá sus balas hagan menos daño que las de los soldados! ¡Al menos no veré el desastre que se avecina por su culpa!

Saca pecho y se lo ofrece al oficial. En torno a él se hace un silencio que luego se extiende. Algunos hombres se han acercado y permanecen inmóviles. El coronel mira al Rojo mordisqueándose el bigote, el arma en la mano a la altura del muslo. Todas las miradas se centran en él. Sus compañeros flanquean al Rojo. Nicolas le pone la mano en un hombro y Adrien lo sujeta del brazo.

—Seis cartuchos no serán suficientes. Mire cuántos somos —dice una voz.

La noche cae lentamente sobre ellos en un silencio martilleado por el bombardeo. Entre los enormes impactos, cada vez más próximos, se oyen derrumbes. Los semblantes palidecen, casi lívidos; es una extraña multitud de rostros azulados la que espera a que el oficial decida algo.

Él mira el revólver en su mano, se encoge de hombros y lo guarda en la funda.

—¡Imbéciles! —dice entre dientes, dirigiendo hacia ellos una mirada en redondo—. No entendéis...

Los hombres se apartan para dejarlo pasar y alejarse. Él camina con la cabeza gacha, luego se detiene y, muy despacio, se vuelve hacia el Rojo.

—¿Cómo quiere...? —Se le quiebra la voz y empieza de nuevo después de haberse aclarado la garganta—. ¿Cómo quiere que un oficial de la Comuna dispare contra un soldado de la Comuna? ¿Acaso nos hemos vuelto locos, usted y yo, sobre todo si he de llegar a considerar tal cosa? ¿Después de estas semanas de esperanza, de sueños que se han vuelto por fin posibles? Me gustaría creer que aún nos queda esto: esa parte de humanidad que la guerra que nos hacen no podrá destruir. No sé qué dirán de nosotros más adelante, pero al menos que no tengan que reprocharnos el haber matado a los nuestros.

Intenta sonreír, pero su rostro se contrae en una mueca amarga, de modo que gira sobre sus talones y echa a andar dando largos pasos hacia el centro de la plaza, donde están aparcados los furgones. Los hombres se dispersan. Se les oye murmurar. El Rojo le pregunta a Nicolas si ha sido la Comuna la que ha producido esa clase de hombres, rectos y sabios.

—A lo mejor, después de todo, ha sido esa clase de hombres la que ha producido la Comuna...

—¡Vaya, vaya! Hemos entrado en el terreno de la filosofía —bromea Adrien—. ¡De buena gana bebería un trago para ayudar a que todo esto pase para dentro! ¿No os tienta una última copa antes de la guerra?

Ha dejado de reír. Rebusca en sus bolsillos, donde tintinean unas monedas. Lanza una mirada hacia la señora Lucienne y su hermana, que están acabando de colocar su equipaje en la carreta.

—Mierda, no —dice—. Mejor voy a ver cómo funcionan esas ametralladoras. Por lo menos estaré seguro de entender algo.

Nicolas y el Rojo lo miran ir hacia la barricada de la Avenue de l'Empereur arrastrando los pies, con el fusil al hombro.

—¿Qué esperamos? —pregunta el Rojo.

—No lo sé. Es una pregunta rara, ¿no? En principio, sabemos lo que esperamos, ¿no crees? O a lo mejor estamos a la espera de algo que es inconcreto.

—Pan para los críos y escuelas para que sean menos idiotas que nosotros.

—Por ejemplo.

—Pero no basta con esperararlo. No es como un tren. Si no vas a buscarlo, no llega solo. La Comuna es eso, creo. Hemos ido a buscarla sin seguir esperando siglos a que nos llueva del cielo.

Muy cerca, en la Rue Franklin, un obús explota sobre un tejado y decapita un edificio. Partes del techo vuelan y caen alrededor de ellos. Fragmentos de piedra ruedan a sus pies. Olor a pólvora y a madera quemada. El Rojo levanta los ojos hacia la nube de humo que les pasa por encima.

—¿No van a parar nunca?

—Tienes el don de hacer preguntas sin respuesta.

El Rojo suspira.

—Estoy cansado. Voy a intentar dormir. Sabrán donde buscarme si esto empeora. ¿Y tú?

—Voy a dar una vuelta.

Cada uno se va por su lado. Al volverse, Nicolas ya no ve del amigo más que una silueta oscura caminando deprisa hacia un grupo de guardias sentados o tendidos al lado de las cajas de municiones. La noche empieza a desdibujar las formas, a apagar los colores. Llega al muelle vacío y cruza una barrera destinada a proteger el puente de Jena, donde dormitan una decena de guardias apoyados contra el parapeto. De frente, en el Campo de Marte, arden fogatas en medio del campamento de barracas en el que están acantonados los batallones de la 14.^a y la 15.^a legión. Nicolas percibe el ir y venir de los centinelas, algunas lámparas de petróleo que titilan, colgadas en postes. En las calles desiertas, su paso retumba entre las fachadas oscuras. Los faroles de gas están apagados y la noche se propaga como una bruma desde todos los rincones, los tragaluces, las callejas por donde corretean las ratas. De vez en cuando divisa la llama de un brasero, oye el

eco distante de conversaciones junto a una barricada.

Dos linternas indican el camino del hospital de campaña de la Rue Lecourbe, donde Caroline pasa el día y alguna noche. Es una escuela inutilizada desde hace diez días, cuando mandaron evacuarla ante la cercanía de los bombardeos. Sus aulas han sido transformadas en dormitorios, y en cuanto Nicolas entra, un olor fétido, mezclado al del cloroformo, penetra en su garganta y le revuelve el estómago. Cuando empuja la puerta de la primera sala solo distingue, al resplandor de las lamparillas colgadas del techo, las hileras de camastros donde están tumbados los heridos. Se vislumbra un poco de luz en una habitación, al fondo, y avanza de puntillas en medio de esa oscuridad en la que adivina, más que ver, a los hombres que se revuelven en su sueño, mascullan, roncan o emiten de vez en cuando lamentos sordos o gemidos de niño enfermo. Nicolas apenas se atreve a respirar por miedo a delatar su presencia entre esos cuerpos exhaustos, en medio del hedor de las gangrenas y de la mugre que se le adhiere, hasta el punto de que ahora tiene la impresión de apestar él también, igualmente mugriento, con la piel manchada de tierra, ahumada, macerada en sudor desde hace días. De repente lamenta presentarse ante Caroline en ese estado, examina sus manos, que no puede ver pero sabe que están sucias, grasientas, con las uñas negras, así que las restriega contra la guerrera diciéndose que no se atreverá ni a tocarla sin habérselas lavado.

En la habitación, iluminada por dos candeleros y una lámpara de queroseno, encuentra a una mujer durmiendo sobre los brazos cruzados encima de la mesa tras la que está sentada. A su alrededor, tiras de tela cuidadosamente dobladas, frascos de líquido de color pardo o transparente, tarros de cerámica alineados en un estante como en una botica. Llama bajito a la puerta y ella se despierta sobresaltada, profiriendo un débil grito y volviéndose hacia él boquiabierta, con ojos atónitos, asustada. Es una chica joven, pelirroja, con los ojos verdes muy abiertos a causa de la sorpresa y el miedo en su rostro redondo. Le pregunta balbuciendo qué hace allí, quién es, mientras lanza a su alrededor miradas de desamparo.

—¿Eres Émilie?

Ella asiente con la cabeza, sus cabellos rojos llamean a la luz danzante.

—Estoy buscando a Caroline.

La joven se levanta, arquea la cintura con las manos en los riñones. Él advierte su cansancio, los párpados pesados.

—Me había dormido —dice como para disculparse—. Esta noche hay tranquilidad.

Las bombas se han acallado un momento y ellos se miran, desconcertados quizá. Nicolas cuenta mentalmente los segundos, como si de ese modo, contando sin parar, pudiera prolongar ese respiro. Desgranar el tiempo como un rosario para hacer durar la oración. El cura hacía eso en su iglesia glacial, con los ojos cerrados, moviendo los labios, arrodillado ante un Cristo de granito. El silencio parece abrumar a la chica, que se sienta de nuevo, cansada, triste.

—¿Quién es usted?

Nicolas se vuelve hacia esa voz de hombre. Es un tipo chaparro, ancho de espaldas, que lleva una amplia bata de tosco algodón y un delantal manchado de sangre. Las mangas subidas dejan ver unos antebrazos fuertes. A lo mejor es un carnicero. Tiene el aire brutal de un descuartizador. Lleva los anteojos de fina montura dorada de un filósofo.

—Busco a Caroline. ¿Es usted el doctor Fontaine? Ella me ha...

—Hoy no ha venido. La esperábamos esta tarde, a las seis. No la he visto desde ayer por la mañana. ¿Quién pregunta por ella?

—Nicolas Bellec. Sargento del 105.º.

El médico lo mira.

—Sí, me ha hablado de usted. ¿De dónde sale a estas horas y en ese estado?

—Vengo de la Place du Roi de Rome. Tenemos allí tres barricadas. No empiezo la guardia hasta las cinco, así que he pensado que...

El hombre lo escucha asintiendo con la cabeza. Se quita los anteojos y los limpia con un pañuelo que saca del bolsillo.

—¿Cree usted que vendrá más tarde? Podría esperarla...

—Nunca ha llegado tarde. Incluso tiene tendencia a llegar antes de la hora establecida, y a marcharse por la mañana mucho después de que el turno de día haya empezado. Debería ir a descansar y dormir un poco antes de su guardia. En cuanto vea a Caroline, le diré que ha pasado por aquí, ¿verdad, Émilie?

Los dos se vuelven hacia la chica, que se ha dormido otra vez sobre la mesa.

—Ya lo ve —dice el doctor Fontaine—, todo el mundo está agotado. Esta joven habría podido ir al baile esta noche. Sus amigas pasaron a buscarla. Pero ha preferido quedarse en esta covacha montando guardia, entre sangre y gemidos, y el cansancio ha podido con ella.

En la sala común, un hombre grita y luego se pone a lloriquear. Émilie se despierta de nuevo, se levanta, pero el médico le hace un gesto para que vuelva a sentarse.

—No se quede aquí —le dice a Nicolas—. No es lugar para usted.

—Esta noche no, pero ¿quién sabe qué nos deparará el mañana? Además, si uno llega aquí es que no está muerto.

Fontaine sonríe tristemente.

—A veces valdría más estarlo. Hay vidas insufribles. Algunos piden que acabemos con ellos, ¿sabe? Con veinte años..., ciegos, sordos, o con las dos piernas amputadas. En ocasiones no sé qué es lo que me impide...

Se vuelve bruscamente para coger una lámpara de encima de un escritorio y la enciende. El herido continúa gimiendo en la penumbra. Se oye a algunos más revolverse en sus jergones y quejarse. Fontaine se aleja con la lamparilla en la mano, alzando sobre los hombres acostados en

el suelo, sobre sus rostros implorantes, una estela amarillenta.

Nicolas huye, perseguido por el rumor quejumbroso de la sala, frotando y sacudiéndose la ropa para deshacerse del olor adherido a ella. Prácticamente corre en medio de aquellas tinieblas, bajo un techo de nubes bajas iluminadas por las explosiones, y tropieza, se tuerce los pies y se estremece cuando ve moverse una linterna al final de una calle. El Boulevard du Montparnasse es una zanja oscura salpicada de algunas luces trémulas. No puede existir allí, al otro lado de la noche incendiada, más que una nada infernal. Se detiene en medio de la calzada, se vuelve hacia el sur, y le parece que de un momento a otro irrumpirá una horda de destripadores silenciosos, de demonios con garras. De pequeño lo asaltaban esos terrores en la cama, sobre el somier chirriante, en las noches de tormenta, después de que un anciano hubiera contado delante de la chimenea un horrible cuento de aparecidos. Entonces imaginaba criaturas saliendo del mar, escupidas sobre la playa por olas gigantescas, que invadían las calles del pueblo reptando y arañaban las puertas y golpeaban las contraventanas llorando como niños, y temía que alguien en la casa, su madre o una de sus hermanas, conmovida por sus gemidos, llevada por la compasión, les abriera y permitiera la invasión y la matanza que vendría después. Nicolas se deja distraer por esas viejas obsesiones de niño, y el recuerdo de sus hermanas y de su madre ocupa de pronto toda su mente y de nuevo se siente solo y perdido en el corazón de una noche que ya no acabará, en la que todos los caminos se pierden.

Detrás de él estalla una risa atronadora. Gritos de mujeres. Una canción. Un clarín desafina y risas en cascada resuenan a la vaga claridad de un farol. El alboroto procede de la barricada de la Rue Vavin. Un acordeón se lamenta antes de ponerse a cantar. Una polca. Seguramente están bailando. Nicolas sonríe. Los monstruos retroceden, vuelven a sumergirse en sus tinieblas.

Caroline.

Rue de Constantine, el cielo es un techo móvil de reflejos rojizos. El bombardeo es menos intenso, pero las deflagraciones más cercanas hacen vibrar el aire y de vez en cuando se oye temblar el follaje de una acacia que se inclina por encima de la cerca de un jardín. Entra en el edificio y sube al segundo piso, tiene ganas de gritar, de llamar, pero se detiene en el rellano porque de repente sus piernas no quieren seguir subiendo los peldaños. Se queda un momento con la espalda apoyada en la pared mientras sus ojos se acostumbran poco a poco a la oscuridad, y puede adivinar, soplando en hueco de la escalera como el aliento de un dragón, un vapor ocre. Levanta los ojos hacia la puerta de la habitación y confía fugazmente en que se abra y aparezca Caroline con una lámpara en la mano, sonriendo. Después se dice que lo más probable es que esté dormida. Sube los últimos peldaños y busca la llave en el agujero de la pared donde acostumbran esconderla. Al abrir, un aroma dulce a jabón y lavanda le sale al encuentro y lo acompaña hasta la cama vacía; levanta la manta y la sábana en vano, lo sabe, porque la esperanza es a veces tan fuerte que cree en la magia. Enciende una vela, y esa oscilación dorada le sienta bien: se deja caer

en ese revoltijo perfumado y se duerme con el sueño pesado de los brutos y los enamorados.

SÁBADO, 20 DE MAYO

Hubo que calmarlas, porque lo que había pasado en el Boulevard Saint-Martin las había puesto fuera de sí, y Clovis y él tuvieron que emprenderla a tortas y puñetazos para que se quedaran un poco tranquilas, y hacerles beber buenos tragos de poción para que se durmieran y se dejaran transportar sin alborotar a todo París, que no pide otra cosa en ese momento más que aglomerarse con cualquier pretexto. Tuvieron que ocuparse también de la otra, esa que montó en el coche prácticamente en marcha, a la que dejaron inconsciente, ataron y metieron en un arcón improvisado bajo un asiento. Pujols quería matarla y abandonar el cuerpo en aquel rincón perdido donde habían parado para atarla, pero Clovis se negó, porque, según él, era demasiado peligroso hacerlo tan cerca de inmuebles habitados.

Pujols comprobó que no tuvieran demasiadas marcas de los golpes que les habían propinado, aunque en esta ocasión Clovis no se había enfurecido. Porque ese primate amorfo y callado, encerrado bajo la coraza de sus capas, sus botas de jinete y su sombrero deformado, del que escapa una pelambreira hirsuta, escondido tras el vello que le cubre la cara y que es algo distinto de una barba y sin duda lo vincula a esos primos suyos que se ve trepar a los árboles detrás de las rejas del parque zoológico, Clovis, arisco y manso, puede convertirse a veces en una máquina peligrosa, rápida y violenta, que cuesta detener. Por suerte, en el interior del coche el ímpetu y el alcance de los golpes eran mínimos, y bastaron para calmar a las chicas sin marcarlas en exceso.

No tardaron en adentrarse en la oscuridad profunda de una noche sin luna, porque la ciudad, en esos parajes, languidece calle tras calle hasta convertirse en una simple aglomeración de chabolas frágiles y pequeñas casas de piedra, o viejas granjas dispersas, levantadas al borde de calles que son aún caminos rurales que conducen a los pueblos más allá de las fortificaciones. Clovis tenía que encender los faroles del coche cuando el caballo se detenía y protestaba, asustado quizá por esas tinieblas que lo invadían todo, haciendo que bajo sus cascos y las ruedas el suelo desapareciera en charcos llenos de fango, o que tropezara con los adoquines sueltos.

En la Rue d'Aubervilliers bordearon los talleres del ferrocarril del este, donde brillaba de plaza en plaza un farol, como un astro caído en aquella nada. De vez en cuando se elevaba una queja metálica, desgarradora, a pesar de que ya no salía ni llegaba ningún tren. Pujols escrutaba la noche para tratar de percibir el lento movimiento de una maniobra, el desplazamiento de uno de esos bloques oscuros cuya presencia adivinaba sobre los raíles, pero nada se movía, y él se estremecía en la negrura, sin apenas distinguir sus propias manos al ponérselas delante,

reprochándose aquella sensiblería. Las chicas, atontadas por la droga, respiraban junto a él, invisibles, y gemían de cuando en cuando, se movían con brusquedad cuando sus brazos o sus piernas se distendían de pronto, dándole golpes: temía que se abalanzaran de nuevo sobre él, furias espantadas por una pesadilla, metamorfoseadas en vampiras decididas a despedazarlo con sus dienteillos blancos.

Se tranquilizó cuando notó que el coche pasaba bajo el puente ferroviario y luego traqueteaba sobre la calzada deteriorada de la Rue de l'Évangile, junto al gasómetro, del que le pareció percibir algunos efluvios.

Delante de la casa de Gros-Tonton arde una gran fogata. Pujols ve en su reloj que es más de medianoche. Un hombre arroja una silla desvencijada a las llamas, donde se queman un aparador, cajas, el cadáver de un perro. Los niños corren y bailan y arman jaleo alrededor. Sus siluetas se funden de vez en cuando en la luz y reaparecen entre un haz de chispas. Zarabanda estridente. Aquelarre de diablillos de risas chillonas. Uno de ellos arroja un puñado de pólvora negra, y una lengua de fuego brota rugiendo mientras todos profieren un grito de miedo y de alegría.

Pujols se acerca y siente el calor benefactor, la luz que lo apacigua, y mira cómo lame el fuego lo que devora, el pellejo del perro con su brillo grasiento, recorrido por chispas azules y ligeras como un velo de muselina. En la linde del círculo claro hay unos hombres de los que solo ve, dependiendo de cómo los iluminen las llamaradas, el resplandor húmedo de los ojos o la brasa de las pipas o los cigarrillos que están fumando. Son seis, y Pujols sabe perfectamente que lo observan desde que ha bajado del coche. Pese al crepitar de las llamas, oye a su espalda una respiración, luego la hoja de un cuchillo le pincha en medio de la nuca, en la base del cráneo.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

Él sube lentamente la mano derecha hacia el bolsillo del gabán, pero una presión más fuerte se le hunde en la piel.

—No te muevas o te corto la cabeza.

—He venido a ver a Gros-Tonton. Tengo algo para él.

Otro hombre se planta a su derecha. Empuña una vieja pistola de un solo tiro. Lleva una gorra cuya visera oculta toda la parte superior de su rostro. Grandes patillas claras se ensortijan sobre sus mejillas. Aprieta los labios, marcados por un pliegue amargo. Los niños enmudecen y se dispersan en la noche. Solo se oye el fuego. El cadáver del perro silba y chisporrotea. La grasa rezuma y fluye en lágrimas de fuego.

—¿Conoces a Cristo?

El que acaba de hablar, casi sin mover los labios, es el hombre de la pistola.

—¿Por qué? ¿Debería conocerlo?

El hombre levanta la visera de su gorra y mira a Pujols entornando los ojos, como para verlo mejor; luego echa un vistazo a su compinche, que mantiene el cuchillo contra la nuca del recién

llegado.

—¿Estás seguro de que no lo has visto nunca?

Pujols comprende. Enseguida se acuerda. Los tres desgraciados del muelle de Jemmapes. El dueño de la taberna llamó a uno de ellos Cristo.

—Ah, sí, ya me acuerdo. La última vez que lo vi estaba muerto. Y los dos idiotas que lo acompañaban también. Pero antes de eso nunca lo había visto, ¡lo juro!

Intercambio de miradas a su espalda. El hombre que empuña la pistola está sudando. Su piel brilla al resplandor de las llamas. La presión sobre la hoja se afloja. El que está detrás traslada el peso de un pie al otro. Pujols estira un brazo ciego, agarra al hombre por la muñeca y se la retuerce antes de dar media vuelta y quitarle el cuchillo. En realidad es una especie de bayoneta. La clava en el cuello del tipo, la hace girar con decisión, oye crujir cosas en su garganta, cartílago quizás. Mientras el hombre retrocede intentando sacar la hoja, Pujols se acuerda de cuando mataban un cerdo en la granja, de joven. Había oído aquello la vez que sangró a un gorrino de un quintal y medio y su padre le reprochó que hiciera sufrir más de la cuenta al animal. Ya está apuntando con el revólver al otro, que baja su arma. Alrededor de la fogata no queda nadie.

—¡Llévate eso de aquí! —grita a su espalda una voz aguda—. ¡Y que no vuelva a veros por estos parajes!

El hombre de la pistola se acerca al que forcejea con la muerte en el suelo, contraídas las manos sobre el largo puñal. Lo levanta y el otro vomita sobre él un chorro de sangre y se desploma en sus brazos, probablemente muerto. Entonces el primero silba, y otros dos hombres salen de la oscuridad para ayudarlo a transportar el cuerpo.

—Ahora habrá complicaciones. Deberías haber esperado a que yo saliera.

Gros-Tonton le tiende a Pujols una mano regordeta de bebé gigante y se saludan enérgicamente. Lleva una chistera de color carmín y un chaleco de seda malva. Calza botas de montar que cubren buena parte de sus cortas piernas. Pujols siempre se pregunta, al verlo tan pequeño y rechoncho, cómo consigue imponer su autoridad en todo el barrio. Dejó que se corriera la voz de que tenía a su servicio una banda de sicarios particularmente leales y feroces, capaces de matar a su propia sangre si Gros-Tonton se lo ordenaba. Dicen que uno de ellos, como mínimo, lo hizo sin el menor escrúpulo. Por el momento, el hombrecillo le sonríe con aire socarrón.

—Tenías que haber salido antes —dice Pujols.

Gros-Tonton sonríe mostrando los dientes que le faltan.

—En realidad, quería ver cómo te las arreglabas. Conozco a los dos tipos que estaban buscándote las cosquillas: se habrían tomado su tiempo, se habrían divertido un poco. No había prisa.

Señala el coche de punto, donde Clovis finge que duerme, con un dedo en el gatillo de una escopeta de caza cuyo cañón ha serrado y que siempre lleva consigo cuando se aventura a entrar

con el vehículo en ciertos barrios.

—¿Qué me traes?

—Hay tres. La más joven no tiene más de trece o catorce años. De momento duermen, porque tenían tendencia a inquietarse y no ha habido más remedio que calmarlas.

Gros-Tonton lanza hacia atrás una orden casi cantando. Se oye chirriar una puerta, unos pasos precipitados detrás de una empalizada de madera y dos jóvenes, unos adolescentes enclenques, salen corriendo y se detienen ante su señor.

—Id a por las chicas que están en el coche y llevadlas dentro.

Clovis baja del pescante para ayudarlos, y ellos transportan a las jóvenes inertes, que reaccionan con gestos lentos y apenas mueven las piernas, sin fuerzas para sostenerlas. Una de ellas lleva el camisón manchado y en sus piernas se ven churretes parduscos.

—Habrá que lavarlas —dice Gros-Tonton—. ¡Cómo apestan! Parecen cerdas.

Se acerca a ellas, las olfatea y las palpa. Les levanta el camisón para ver el pubis, mete los dedos entre sus piernas y los huele con repugnancia.

—Limpiad todo esto. Y sin tocar, ¿eh? Decidle a la vieja Marcelle que se ocupe ella. Que las arregle un poco.

Los dos muchachos cruzan una mirada de complicidad sin que el patrón se dé cuenta.

—Cuidado si se despiertan —añade Pujols—. Pueden morder.

Gros-Tonton rompe a reír.

—¡Eso les gustará a mis clientes! ¡A los boches les encanta que haya un poco de sangre! Mientras tanto, vamos a beber un trago para festejarlo.

Conduce a Pujols hacia una puerta de madera claveteada que parece de una fortaleza. Una especie de entrada, estrecha como un armario, da a una segunda puerta con mirilla. Gros-Tonton da una decena de golpes a diferente ritmo, como si fuera una contraseña, e inmediatamente le abren. El hombre que está delante de ellos es joven, alto, bien formado. De piel morena, el pelo negro le cae suavemente alrededor de un rostro imberbe. Pujols supone que es español. Ha visto a hombres de ese tipo en el pasado: contrabandistas la mayoría de ellos, de tez oscura, un poco salvajes, a los que se daba albergue por una noche a cambio de alguna mercancía. A veces seducían a la hija pequeña, pese a que estaba prometida, y semanas más tarde se descubría que estaba embarazada aunque ella negaba haber pecado. Como no se creía en concepciones inmaculadas, a menudo aquellas situaciones se solventaban a escopetazos en la montaña, o bien se llevaba el molesto regalo a casa de una vieja hechicera o loca, que hablaba con los osos y practicaba algún hechizo a cambio de un jamón o unas gallinas.

—Este es Louison —dice Gros-Tonton—, mi hombre de confianza. El mejor. Es de mi familia, de mi misma sangre. Un primo lejano, ¿verdad, Louison?

El hombre asiente con la cabeza, parpadea, y hay momentos en que sus largas pestañas, a la

débil luz de los candeleros, hacen que sus ojos parezcan de mujer; su rostro de facciones finas no expresa nada, es como una máscara de cera, pero entre la piel y la mandíbula un temblor delata sus nervios tensos. Va en mangas de camisa, con un chaleco azul de cuyo bolsillo cuelga la cadena de un reloj.

Pujols no consigue adivinar dónde esconde el cuchillo, aunque sin duda lleva uno, y vigila sus manos porque la elasticidad con la que el hombre se mueve y se desplaza, siempre silencioso, como si no viera nada, jactándose de no detener la mirada en ninguna cosa concreta, puede convertirlo en un adversario rapidísimo, capaz de rebanarte el pescuezo sin haberle visto hacer un solo movimiento.

Gros-Tonton se sienta en su sillón de pequeño rey y Louison va a apostarse a su derecha, un poco por detrás de él, con una mano apoyada en el respaldo del trono. Pujols se instala en un diván de terciopelo verde cuyos cojines se hunden bajo su peso. Sobre una mesa baja con las patas esculpidas en forma de cabezas de león, que parecen custodiar el acceso a la superficie de marquetería, hay una botella de licor, ese aguardiente de pera que tanto le gusta al anfitrión.

—Sirve —le dice a Pujols—, empiezo a tener sed.

Solo hay dos vasos. Pujols dirige la vista hacia el esbirro, que continúa inmóvil, mirando en otra dirección.

Gros-Tonton se encoge de hombros.

—Olvídate de él. No lo prueba.

Pujols llena los dos vasos. Gros-Tonton coge el suyo en el acto y lo levanta hacia él antes de vaciarlo de un trago. Se estremece y espira ruidosamente. Pujols bebe un sorbo y deja descender el fuego hasta su estómago mientras unas lágrimas se agolpan en sus ojos. Al fondo de su garganta, un gusto a hojas muertas, a humus, como si hubieran destilado en ella un poco de tierra del bosque.

—¿Cuánto habíamos dicho? ¿Cien cada una? —Gros-Tonton le hace una seña a Louison, acompañando el gesto con un chasquido de dedos—. Tráeme trescientos francos.

El hombre no se mueve enseguida. Mira a su jefe apretando los dientes. Su mano se contrae en la parte superior del respaldo, donde se hunden sus finos dedos. Al mirarlo, Pujols se topa con una mirada sin brillo, casi vidriosa, y piensa en el revólver contra su muslo, en el bolsillo, inaccesible. Gros-Tonton será degollado sin que él pueda siquiera reaccionar, y si no es en ese momento sucederá durante la noche, al día siguiente o un poco más tarde. Tan súbitamente como una corriente de aire repentina cierra una puerta. Al fin, Louison se aleja a su paso flexible, silencioso. Pujols se da cuenta de que va calzado con babuchas, o una especie de albarcas de lona como las que suelen llevar los vascos, pero bordadas. El joven desaparece al fondo de la habitación por una puerta que ha abierto sin hacer ruido.

El pequeño rey del arrabal sonrío con aire satisfecho. Le alarga su vaso a Pujols, quien lo llena de nuevo.

—Louison es el mejor. Cuchillo, pistola, cuerda. Sabe manejar todo. De no ser por él, no habría podido librarme de la banda de Raymond, en La Chapelle. De él, los bastardos de sus hijos y todas las ratas que lo seguían. Querían pegárnosla con los prusianos. ¡Pandilla de canallas! En ocho días el asunto estaba resuelto. Los supervivientes se largaron a la zona de Drancy, ¡no hay peligro de volver a verlos por aquí!

Pujols lo ve agitarse en el sillón, darse ínfulas, recostarse luego en el respaldo, contento de sí mismo, con las manos en los reposabrazos. Podría decirle que el tal Louison, ese artista de la navaja, se lo quitará de en medio el día menos pensado y ocupará su lugar, que ya debe de haberle usurpado entre las piernas de Esmeralda. Podría decirle que él sabe reconocer a un asesino en esa mirada vacía en la que todo parece desaparecer como en un abismo, porque tiene la impresión de ver en ella sus propios abismos. Él sabe todo eso. Lo ha aprendido de los maleantes con los que se ha relacionado en los últimos meses, pero también de sus lecturas. El conde de Lautréamont, sin saberlo, se sumergió en esos infiernos y encontró en ellos, aletargada como una serpiente, con los ojos emponzoñados, la piel rebosante de veneno y la mandíbula repleta de dientes mortíferos, a la inmunda criatura que posee el alma de algunos hombres y les muestra hasta qué punto los goces corrientes en los que se olvida lo vulgar no son sino espasmos bestiales comparados con la voluptuosidad absoluta del crimen. Sabe todo eso también porque ha acabado aprendiendo a leerse a sí mismo.

Pero ¿para qué? Ese monarca poco ilustrado prospera y disfruta y se revuelca, tirano perverso y estúpido, entre los miserables súbditos de su reino de tablas claveteadas, refugios miserables y caminos llenos de baches que dudan si llegar más lejos, surcados de roderas, inundados de fango; Gros-Tonton reina sobre los andrajos de la ciudad sin sospechar que otro, más degenerado, un poco menos idiota, lo hará pedazos y pondrá su culo sucio en su sillón. Pujols es consciente de que esa idea le hace sonreír, y el gordo se inclina hacia él con cara de estupor.

—Pareces muy risueño. ¿Es la guita lo que te pone tan contento?

Pujols asiente y levanta el vaso.

—¡A tu salud!

El reyezuelo apura de nuevo la copa y sus ojos brillan aún más, sus párpados pestañean más pesadamente. Se oye una puerta y Louison aparece, ligero y silencioso como antes, con una bolsita de tela que le tiende a su patrón.

—Aquí está. Puedes contarle.

Gros-Tonton deja la bolsa encima de la mesa, pero Pujols no la coge de inmediato, mueve la cabeza en señal de agradecimiento, esforzándose en sonreír.

—Esto me ayudará a salir de París. No tengo ganas de encontrarme atrapado entre el fuego de una ametralladora y la punta de una bayoneta. No van a dar cuartel.

—Esos cabrones de los rojos son un estorbo para nuestros negocios. Se meten en todo,

controlan todo lo que pasa, patrullan... Han venido hasta aquí varias veces con el pretexto de vigilar a los prusianos... ¡Menuda excusa! No es nada fácil trapichear en este momento, con sus barricadas y su Guardia Nacional. Las chicas no pueden salir a la calle, ¡las detienen! ¡Ni siquiera se puede jugar a los dados! Era más sencillo con los agentes de policía y la pasma de los burgueses, se les podía untar para que cerraran los ojos y la boca. Con estos, ahora, ¡no se puede ni hablar!

—No creo que dure mucho más. El ejército recuperará el control de la situación, pero durante algún tiempo habrá que quitarse de en medio, porque las cosas se van a poner muy feas. Estos señores de Versalles no piensan andarse con rodeos, por lo que dicen. Quieren castigar a lo que ellos llaman la chusma.

—Yo también voy a poner tierra de por medio. Todos esos tarados vendrán a refugiarse por aquí y esto se puede convertir en una cacería humana... Mejor me largo. Habrá que cruzar las líneas prusianas, pero conozco a un oficial que me hará un salvoconducto. Las chicas que me has traído me servirán para comprarlo. Además, una es especialmente joven, y a ese hijo de puta le gusta la carne fresca. A partir de los diez años, no pone ninguna pega cuando se le presenta la ocasión. Me lo dijo él mismo una noche que cogimos una buena cogorza y me sorprendió que empezara a desnudar a una cría que debía de jugar aún con muñecas. Ella también estaba ebria y lloriqueaba, sin fuerzas, entre sus manazas. Me quedé a verlo, era la primera vez que asistía a un espectáculo de ese género. Tan pequeña... Hay burdeles que ofrecen esa clase de diversión, pero yo nunca me he atrevido... Además, es caro. Total, que recorre toda su zona para abastecerse. Parece ser que entre Bourget y Aubervilliers los campesinos esconden a sus hijas como hacen con las gallinas cuando una zorra merodea por los parajes.

Se acalora a medida que avanza en su relato, colorado, sudoroso. A su lado, en todo momento un poco por detrás de él, Louison lo mira con una sonrisa enigmática, inmóvil, casi sin respirar. Tampoco pestañea cuando entra Clovis, con el sombrero echado hacia atrás, abrochándose el gabán. En los repliegues de su cara, en medio de la maraña de barba y cabellos, se distinguen sus ojos azules, extraños, en los que la escasa iluminación de las lámparas y los candeleros enciende un pálido destello.

—Ya está.

Se queda esperando junto a la puerta, con los brazos cruzados. Pujols se levanta y se guarda la bolsa.

Gros-Tonton permanece sentado, con los ojos entornados por la sonrisa que redondea sus mejillas carnosas. Le tiende una mano indolente a Pujols, que la estrecha con fuerza.

Fuera, la fogata continúa encendida. Los niños han reanudado su ronda escandalosa y un poco más lejos unos hombres hablan en voz baja junto a un brasero.

—¿Qué tal? —pregunta Pujols.

—¿Qué tal qué?

—Las chicas.

—Demasiado sucias. Y además, ya no tenía ganas.

Al pasar cerca de la fogata, entre los gritos de los críos, Pujols levanta la vista hacia el penacho de chispas que se eleva retorciéndose antes de morir en la oscuridad. En el interior del coche de punto, la chica está tirada, durmiendo. Pujols comprueba que está bien atada y se instala. Una vez sentado, no puede evitar asegurarse, a la luz de las llamas, de que las otras no siguen allí: que ninguna de ellas lo espera, agazapada entre los asientos, dispuesta a arrancarle la garganta con los dientes. Mientras el coche comienza a traquetear por el camino, no acaba de comprender ese miedo que lo domina, como si le hubieran atacado criaturas salidas de una tumba, muertos vivientes decididos a castigarlo por todo lo que les ha hecho sufrir. Ha oído contar historias así, leyendas procedentes de países de los que se desconocía todo, incluso su existencia, allá lejos, hacia el este, en montañas acosadas por antiguas maldiciones y recorridas durante la noche por espectros y vampiros.

Palpa dentro del bolsillo la bolsa que contiene las treinta monedas de diez francos con la cara de Badinguet y sus miedos se disipan, y se deja caer contra el respaldo diciéndose que es un idiota. Un poco de aire fresco de la noche corre por su rostro. En apenas dos días estará lejos de ese caos. De esas tinieblas. Tiene ganas de sol, de calor. Le gustaría ver el mar. Lo ha visto en acuarelas, en cuadros, plano y absurdamente azul, tan extraño para él, que no ha conocido otra cosa que las pendientes y los precipicios de los Pirineos, su horizonte siempre limitado, sus cimas inalcanzables. El mar. No el océano y su infinito, portador de tempestades furiosas. Le han dicho que el Mediterráneo apacigua todas las angustias, cura las enfermedades que traen los miasmas de la ciudad. Parece ser que incluso la gente se baña en él. Paz. Rejuvenecimiento.

En la oscuridad del habitáculo, zarandeado por los baches, se abandona a esa extravagancia. Se imagina viviendo allí el resto de su vida, sereno, purificado. Con pocas necesidades. De pequeño quería ser pastor y vivir como un ermitaño en la montaña, en medio de su rebaño, acompañado de sus perros. No tener que ver a nadie, encerrado en su cabaña delante del fuego, incluso en invierno. Soñaba con las noches, cuando, acurrucado bajo las mantas, en el exterior el cielo se desplomaría en silencio para ahogar todo rastro de vida bajo cúmulos de nieve. Y ahora se imagina ante ese azul movedizo, deslumbrante, en un éxtasis meditativo, con el calor sobre su cuerpo por todo ropaje.

Cruzan varias barreras a cargo de hombres cansados o negligentes y rodean el resto. Pujols repara en que la mayoría de las barricadas, cuando no basta con cruzarlas de un salto como un montón de escombros, pueden tomarse por la retaguardia, y se ríe por dentro ante esa idea.

Son cerca de las tres de la madrugada cuando llegan a la Rue des Missions. El cielo está lleno de resplandores de incendios: ruge y arde. Clovis entra con el coche en el patio y se queda un

instante sentado mirando arder la noche. Cuando Pujols le propone dormir en un rincón al fondo de la portería de la señora Viviane, lo rechaza, asegura que no hará falta, se marchará tan pronto como se haga de día. Baja lentamente del pescante y se dirige a la parte de atrás del vehículo para coger un cubo lleno de grano.

—Ahora tiene que comer, y yo también. ¿Hay algo?

Pujols responde que va a mirar. Entra sigilosamente en la oscura vivienda, pero la puerta chirría y el suelo cruje.

—¿Eres tú? —pregunta Viviane.

—No, es la Guardia Nacional, que viene a rendirte honores.

Ella ríe. «Qué loco estás. Ven ahora mismo.»

A la luz de una lámpara, encuentra un pedazo de pan, un poco de tocino ahumado y una botella de vino medio vacía. Se lo lleva todo a Clovis mientras este le susurra cosas al caballo, que tiene el hocico metido en el cubo. En vista de que no le presta ninguna atención, deja los alimentos sobre el estribo.

En la alcoba, el calor se le echa encima al mismo tiempo que el perfume penetrante de la mujer. Un candelero está encendido sobre la cómoda y cubre con un velo anaranjado, danzante, el cuerpo desnudo de Viviane.

—¿De dónde vienes, bribón? —dice ella con voz gutural.

Él se quita el gabán y el chaleco, y se desabrocha el cinturón. Los pantalones caen, y cuando ella ve el calzón, gruñe y se revuelve.

—Parece que tiene usted intenciones sospechosas, querido señor.

Pujols acaba de quitarse los zapatos, libera sus tobillos y se mete en la cama. Viviane Arnault, honrada esposa de un comerciante respetado, si no respetable, profiere un largo aullido cuando el hombre pega la boca entre sus muslos y empieza a darle diversión. A Pujols le entran ganas de morder ahí dentro, de arrancar eso que nota bajo la lengua y los labios, húmedo y caliente, para después hundirse en el resto y escupir en la cara de aquella hembra lo que quede entre sus dientes. Pero el deseo incrustado en su bajo vientre quiebra el impulso. Pone a la mujer boca abajo y la penetra con tal fuerza que al principio ella se queda inmóvil y suelta un gritito agudo, sorprendida sin duda, luego menea la grupa al ritmo de sus violentas embestidas. Pujols musita conjuros con una voz ajena, irreconocible, como si algo distinto se pusiera a hablar desde dentro de él. La lengua en la que se expresa es extranjera, rocallosa, a veces chillona. «Sí, lo que tú digas, sigue», dice ella, y él habla más fuerte, como si se dirigiera a unos perros o un rebaño, y embiste y ahonda en aquel culo que se levanta hacia él.

Se agarra a sus caderas, y lo único que ve de Viviane es su cabellera extendida sobre la almohada, la curva hundida de su espalda brillante de sudor y los globos blancos y carnosos, que aprieta con toda la mano. En ese momento ella no es más que un receptáculo, un estuche mojado en

el que él se enerva. Si pudiese, la abriría en dos para acabar en su boca, pero cuando nota que el placer la sacude, y aprisiona su miembro, goza gritando de rabia; luego se aparta de ella y se tumba de costado.

Ella gime y casi llora, aplastada entre las sábanas.

—¡Ah, cabronazo, vas a matarme! ¡Uno de estos días me abrirás el coño hasta el vientre! ¡Y pediré más!

Cuando ha obtenido mucho placer, habla con esa crudeza. A veces también antes, cuando lo busca. Pujols lo descubrió encantado al principio de su relación. Era muy sorprendente esa obscenidad en una mujer.

Viviane aventura una mano por la piel de Pujols, pero él la rechaza, asqueado de ese cuerpo vapuleado, de esa masa de carne floja que ya no le inspira ningún deseo. El hombre escucha el bombardeo incesante. De cuando en cuando, una puerta golpetea, un cristal vibra. Está tan cerca... La ciudad va a derrumbarse a su alrededor. Partirá al día siguiente por la noche. Aún debe hacerle una visita a Gantier, la última. Para huir, tendrá que pasar por la puerta de Clignancourt y llegar a Saint-Ouen. Allí está aquel oficial bávaro con el que simpatizó cuando se conocieron un año antes.

Se levanta y se viste. El suelo cruje bajo sus zapatos. Viviane le pregunta con voz sofocada, la cara hundida en la almohada, adónde va. Como él no responde, se vuelve y se sienta, con los pechos desnudos y el pelo revuelto.

—¿Adónde vas ahora? ¿Qué es todo ese trajín, todas esas idas y venidas? Últimamente hay días en que ni siquiera sé dónde estás, ¡y vuelves a casa de madrugada! Y en ese sótano cerrado con llave, ¿se puede saber qué escondes? No quiero problemas cuando toda esta anarquía acabe y la policía vuelva a estar de servicio. Espero que no estés haciendo negocios con esa gente de la Comuna, porque terminarás en un pelotón de fusilamiento, ¡directamente! Sospecharán de todo el mundo, habrá que ser irreprochable y demostrar que uno siempre ha estado del lado bueno.

Él la deja hablar y después la mira, despeinada, desnuda, sus hombros y sus pechos carnosos dorados por la luz de las velas, e intenta recordar qué hace allí, por qué ha entrado en esa habitación. Poco le falta para preguntarse quién es esa mujer, porque de repente todo le resulta ajeno, lejano, casi irreal. Podría acercarse a ella y hacerle tragar, de un tajo en el cuello, sus ácidas recriminaciones, pero por el momento tiene mejores cosas que hacer. Además, Viviane no va a salir corriendo a las calles vacías, prácticamente bajo las bombas, para ir a denunciarlo. ¿Y a quién, además? Tiene tiempo. Si es preciso, se ocupará de ella más tarde, antes de marcharse. Sin duda es desaconsejable dejar tras de sí demasiadas huellas, pese a que, con el terrible tumulto que se avecina, todas las pistas quedarán ahogadas en sangre.

—Duerme y déjame en paz.

Ella murmura con voz quejumbrosa que es un canalla, y vuelve a tumbarse, tirando con rabia de

las mantas y las sábanas.

En el patio, el caballo se estremece y mueve las orejas cada vez que se produce una detonación. El bombardeo es menos intenso, pero la claridad de los incendios continúa iluminando el cielo. En el coche, Clovis, acostado en una de las banquetas, es una masa informe que se eleva al ritmo de unos ronquidos cavernosos.

Pujols lo despierta.

—Ayúdame.

Clovis se incorpora y mira a su alrededor con estupor.

—¿Qué? —dice.

—La chica. No querrás llevártela a tu casa, ¿verdad?

La desatan y la trasladan al fondo del patio, donde están las bodegas. Apenas se sostiene sobre las piernas: masculla y se queja. Pujols saca la llave de un bolsillo, tira de la pesada puerta y empuja a la joven al interior.

Le dice a Clovis que puede irse a casa o dormir allí, como quiera. El otro vuelve a tumbarse en el asiento y desaparece bajo la capa.

Pujols llena un balde de agua y echa en él el trozo de pan duro que ha cogido de un armario. Enciende una lámpara de petróleo y regresa a la cueva. Cualquiera que lo viese actuar así en plena noche creería que va a alimentar a un animal enfermo.

Delante de la puerta de la bodega, mientras vuelve a buscar la llave en el bolsillo, se da cuenta de que no le ha visto la cara a la chica. El rostro es importante. Es lo que confiere al conjunto de la foto el aura de inocencia ultrajada, de espanto, de abandono o de lascivia que tanto gusta a los aficionados. Esa mujer se ha arrojado literalmente a sus pies, y es preciso hacer algo con ella, cuanto antes, porque el tiempo apremia. Por la mañana tendrá que ir a casa de Gantier y ofrecérsela.

No se esperaba encontrarla de pie. La chica retrocede, su pecho se infla por efecto del miedo, pero no baja los ojos. Unos mechones de pelo le caen sobre la cara y le dan un aire salvaje.

—¿Qué quiere de mí? ¿Qué hago aquí?

Casi le sorprende oírla hablar. La voz, trémula, se le quiebra al final de la pregunta. Él levanta la lámpara para verla mejor. La joven respira deprisa, con la boca abierta. Los brazos, agarrotados, le caen a ambos lados del cuerpo, con los puños cerrados. De pronto es él quien no sabe qué decir. Deja el balde en el suelo, delante de él, porque teme que se lo tire a la cara, y saca el revólver.

—Hay que comer.

No sabe por qué ha dicho eso. Le tiene completamente sin cuidado que coma o no. Se siente ridículo delante de esa mujer que le planta cara.

Ella baja la vista hacia el cubo y escupe al suelo.

—Deje que me vaya.

—Mañana.

—¿Qué cambia eso para usted?

Levanta una mano, a modo de pantalla contra la luz de la lámpara, para verle la cara al hombre. Se inclina un poco y después retrocede.

—¿Cómo te llamas?

—¿Y usted?

Él suelta una risita irónica.

—Me llaman Maldoror. Vendré a buscarte mañana. Y me da igual saber tu nombre o no, teniendo en cuenta lo que voy a hacer contigo. Con lo que está pasando en estos momentos, a nadie le llamará la atención.

Ve correr dos lágrimas por las mejillas de la joven. Ella intenta decir algo, pero se queda sin aliento. Ya está. Empieza a flaquear. Ese es su momento preferido, cuando el miedo abre en ellas un vacío que las hace desplomarse sobre sí mismas como una prenda de vestir privada de su percha. Guarda el arma en el bolsillo, recula hasta la puerta y ase el picaporte. En el instante en que abre, la chica salta gritando, lo agarra del cuello y empuja su brazo hacia abajo, pero él le da un puñetazo en la sien y la aparta con un pie, ya sin sentido. Una vez fuera, pega la oreja al batiente y no oye nada. Nada más que los truenos de los obuses que continúan cayendo sobre la ciudad. Aquel ruido obstinado de la guerra que se acerca, aquel estancamiento de furor a duras penas contenido.

En el patio, Pujols levanta los ojos hacia el cielo, iluminado de cuando en cuando por ardientes emanaciones; piensa y se siente contento de sí mismo. Maldoror. Ese nombre le ha venido a la mente de sopetón, como algo evidente y, en el fondo, bastante divertido. Pseudónimo secreto. Nombre fantasma de ese que existe y no tiene ninguna realidad.

«Yo soy el único que te conoce.»

Antoine Roques debe abrirse paso a golpe de hombros a través del gentío para poder entrar en el puesto de policía. Hay allí una treintena de personas que gritan, indignadas, y los dos guardias apostados en la puerta intentan rechazarlas cruzando los fusiles a modo de barrera. El fresco amanecer no enfría las pasiones.

—¡Tenemos que hablar con el comisario! ¡Es un asunto grave!

Los dos soldados, con el quepis de lado, explican que ya no hay comisario. Solo un delegado, elegido por los hombres del 65.º, que se encarga de la seguridad.

Nada más entrar en el vestíbulo, a Roques lo acogen otros gritos. Un hombre con el pecho manchado de vómito está de pie. Se tambalea, mientras blande una silla por encima de su cabeza e inmediatamente la arroja sobre otro que lo insultaba y le golpea con ella la espalda. Los dos beodos ruedan por el suelo, furiosos, gruñendo, empujando los muebles. Forcejean con gestos inútiles, sin hacerse mucho daño. Se eleva por encima de ellos una nube de polvo y un hedor de mugre y alcohol. Tres guardias acuden precipitadamente y dan vueltas alrededor de la furiosa maraña intentando no dejarse arrastrar, desconfiados, como si estuvieran frente al voraz engranaje de una gran máquina. Consiguen agarrar a uno, lo inmovilizan contra una pared y lo dejan fuera de combate propinándole un golpe con la porra. El otro, todavía en el suelo, grita y gesticula, dando puñetazos al aire, rugiendo a causa del esfuerzo. Borracho perdido, bracea, estrangula el vacío. Los guardias, burlones, lo dejan seguir un momento antes de pasar a la acción. Uno de ellos cae sobre él de rodillas y le aplasta el pecho mientras los otros dos le inmovilizan los brazos y las piernas. Dos o tres bofetones le hacen volver un poco en sí y por fin pueden ponerlo de pie sin que se resista. El hombre se apoya en la pared, muy pálido, con los ojos entornados, jadeando.

—Metedlos en una celda para que duerman la mona y soltadlos a mediodía —dice Roques—. Tenemos otras cosas que hacer.

Uno de los guardias se encoge de hombros y se acerca al que está todavía sentado en el suelo, grogui.

—Da igual. Es la tercera vez esta semana. Anteayer fue en plena calle, delante de un colegio. Había uno que estaba con el culo al aire cuando llegamos.

El tipo que está apoyado en la pared se tambalea y gira sobre sí mismo, luego se echa a reír.

—¡Ah, sí, le dejé el culo gordo al aire para darle un buen azote a ese idiota perdido!

Antoine Roques mira a los guardias mientras se llevan a los dos borrachos. Uno de ellos

mascullo algo que hace que todos se desternillen. El estruendo tras la puerta no se calma. Loubet está en el umbral y le hace una seña para que vaya.

—Han raptado a otra joven —dice—. Hay dos testigos en su despacho. Dos mujeres que lo han visto todo.

—¿Y los de fuera? ¿Tienen alguna relación con eso?

—Dicen que el casero les envía a sansones para cobrar los alquileres que deben. Quieren que intervengamos antes de que las cosas se pongan feas.

—Ese rapto, ¿dónde y cuándo ha sido?

—Anoche en el Boulevard Poissonnière. Habría que hablar con el Comité de Seguridad Nacional. No podemos ocuparnos de esto solos.

—No quiero que la prefectura venga a meter las narices aquí.

Fuera, el griterío aumenta. Los dos guardias se arquean contra los fusiles como si contuvieran una puerta forzada con un ariete. Roques titubea. Están esas dos mujeres que lo esperan, y esos dos canallas que andan por las calles en busca de su próxima presa. Está toda esa gente a la que es preciso ayudar. Lo han puesto ahí para eso.

—Voy a hablar con ellos.

Se acerca a la pequeña multitud. La gente se calla. Les explica quién es, lo que va a hacer. Escuchará a todo el mundo. Pero primero debe ocuparse de un asunto gravísimo. Hay vidas en peligro. Les ruega que tengan paciencia. Ellos refunfuñan un poco, suspiran sonoramente, aceptan esperar, pero no se marcharán mientras no obtengan una respuesta.

—Entren sin armar jaleo. Si no, mandaré que los echen.

Un hombrecillo con un guardapolvo azul y una escarapela roja a la altura del corazón avanza hacia él y se echa la gorra hacia atrás.

—Hablas como un polizonte de los de antes, ciudadano. Todo eso se ha acabado. Los perros policía están todos en Versalles. ¡Esto es París y la Comuna! ¡Respeto al pueblo! ¡Los propietarios ya no hacen las leyes! ¡La ley somos nosotros!

A su alrededor, los demás asienten. «Es verdad, claro que sí.» «No merecería la pena, si no, luchar con tanto ahínco.» «¡Mi hermano es teniente del 113.º, y mi hija está al frente de un hospital de campaña en Montparnasse!» «¡Y mis hijos están en las barricadas, donde deben estar!» Cada uno declara alto y fuerte la contribución que hace a la gran esperanza, como una orgullosa evidencia.

Mientras entran dándose empellones, Roques se dirige a su despacho, seguido de Loubet. Ve de espaldas a una chica pelirroja, con una pañoleta gris sobre los hombros. La joven no se vuelve, está demasiado ocupada sonándose y sofocando los sollozos que hacen subir y bajar sus hombros. A su lado, una mujer rubia, rolliza, vuelve hacia él un bello rostro de ojos vivos y sonríe con timidez, tocada con un sombrerito negro prendido en el pelo con unos alfileres de cabeza roja.

Roques coge una silla y se sienta junto a ellas. La chica mantiene la mirada gacha. Su respiración es entrecortada. Unos mechones caen sobre su rostro desde el moño medio deshecho que recoge sus cabellos detrás de la cabeza.

—Me llamo Jacqueline Floche, vivo en el número 28 de la Rue de la Fontaine au Roi. Anoche estaba en el Boulevard Poissonnière y vi lo que pasó. Iba a incorporarme al turno de noche en la cantina del 77.º. —La mujer rubia, erguida en la silla, ha apoyado la palma de una mano en la mesa y Roques no puede evitar sonreír: no es de las que se dejan embaucar, y los tipos a los que les sirve la sopa seguro que tienen que comportarse como es debido.

La chica pelirroja se ha calmado un poco. Estira el torso y posa sus ojos verdes en el policía.

—Cuénteme, señorita... ¿Cómo se llama usted?

Ella respira hondo, como si fuera a zambullirse en el agua.

—Poirier. Lalie Poirier. Vivo en la Rue de Constantine, en el distrito XIV. Soy costurera. Verá... Yo... Yo estaba con mi amiga Caroline. Íbamos a ver a mi novio a la Rue Saint-Nicolas. Es carpintero. Habíamos andado mucho y a mí me dolían las piernas porque el otro día me torcí un tobillo... Entonces vi un coche de punto, no es fácil encontrarlos ahora, así que le dije a Caroline que lo cogiéramos, tenía dinero para pagarlo, y entonces me acerqué y llamé al cochero, y como él no contestaba, abrí la portezuela, pero el cochero azotó al caballo y me arrastró, así que me caí. Caroline vino a ayudarme, pero como yo estaba en el suelo no pude ver lo que pasó después...

Rompe a llorar. Loubet levanta los ojos al cielo, mira su reloj.

—Yo lo vi —dice Jacqueline Floche—. Ella se cayó, y cuando la otra, Caroline, se agarró al coche, una mano la sujetó y tiró de ella hacia el interior. El caballo iba casi al galope, todo el mundo soltó un grito, pero la gente estaba tan asombrada que nadie reaccionó. El coche de punto se alejó a toda prisa hacia la Place du Château d'Eau, y los idiotas de los guardias nacionales lo miraron pasar sin hacer nada, estaban demasiado ocupados seduciendo a las chicas y vigilando las esquinas, como si eso sirviera de mucho.

—¿Qué había en el interior del coche? ¿Vio usted algo?

Lalie Poirier aprieta con la mano su pañuelo húmedo. Sacude la cabeza como si quisiera poner orden en sus recuerdos.

—Un hombre, había un hombre. No le vi bien la cara, pero estaba como... desfigurado. No era agradable de ver, eso desde luego. Estaba oscuro. Creo... creo que había unas chicas. Como de mi edad, más o menos... En camión. Pero no estoy segura. Todo sucedió tan deprisa...

Se calla y sorbe por la nariz. Antoine Roques saca de un bolsillo el pañuelo que Rose le ha dado esa misma mañana, todavía con perfume de lavanda, y se lo ofrece. Ella se seca los ojos, las mejillas, la nariz. El pesar se desborda por todas partes.

—Encontrará a Caroline, ¿verdad, señor inspector? ¿La encontrará?

Antoine Roques está convencido de que sí, pero no quiere prometer nada. No sabe cuál será el futuro, y le parece que en ese momento cualquier promesa sería una mentira cínica. Sin embargo, sabe lo suficiente para poner fin al interrogatorio, salir inmediatamente a la calle y volver a la taberna de Miron para que le hable de ese asesino de la cara destrozada.

—¿Y el cochero?

Jacqueline Floche tuerce la boca.

—Capa, una chistera deformada en la cabeza, mucho pelo y barba. Como un animal. No se le ve la cara.

—¿Lo habían visto antes por la zona?

Las dos niegan con la cabeza. Jacqueline Floche le coge una mano a Lalie y la estrecha con la suya.

—Le hemos dado cobijo durante la noche, no podía volver así a su casa, es demasiado peligroso. Al parecer ha habido otros raptos del mismo tipo en plena calle. La gente lo comenta y tiene miedo... Con lo difíciles que están las cosas en este momento, solo faltaba esto...

Roques anota sus nombres y direcciones y se levanta. Le pregunta a la muchacha si se siente capaz de cruzar París para volver a su casa, le ofrece una escolta de dos guardias, por qué no un coche, si lo encuentra, pero ella rechaza el ofrecimiento.

—Voy a acompañarla hasta el Louvre —dice Jacqueline Floche.

Se levantan también, se deshacen en agradecimientos. En la sala, el murmullo de las conversaciones cesa cuando ellas salen.

—Bueno —dice Roques—, ¿qué es ese asunto de los alquileres?

Un anciano se acerca.

—Estamos en el pasaje Saint-Louis, detrás del hospital. Con toda esta miseria, los talleres cerrados, los hombres alistados en la Guardia Nacional, muchos de nosotros no podemos pagar el alquiler semanal. En el comité decidieron escribir a la Comuna para decírselo, esperábamos que nos enviaran a alguien, pero esos señores deben de tener mejores cosas que hacer.

—¡Por Dios!, aparte de discutir de todo sin llegar a nada, ¿qué hacen? —interviene una mujer.

—En pocas palabras —prosigue el viejo—, han empezado a presentarse unos tipos a cualquier hora del día o de la noche para que paguemos. Siempre son cuatro o cinco, fortachones con cara de pocos amigos, llevan porras de madera, cuchillos, ganchos de carnicero, y entran por la fuerza en casa de la gente, agarran a las mujeres y a los niños y amenazan con volver, y dicen que correrá la sangre y que echarán a todo el mundo a la calle. ¡Dicen que no nos merecemos ni acostarnos en la calle con los perros! Ayer, sin ir más lejos, estuvieron a punto de tirar a Marie Suchod por la ventana. Sus hijos bramaban, la sujetaban, ¡y les dieron una paliza! Otras veces llaman a la puerta vociferando, y si les abrimos, entran y lo revuelven todo en busca de dinero.

—Son hombres del propietario —dice una mujer joven.

Sus ojos negros llamean en su rostro demacrado, lívido. Un mechón de pelo oscuro cae sobre él, y la mujer lo aparta con gesto vivo.

—El señor Carmon, así se llama. Un mocoso que se ha hecho cargo de los negocios de su padre, que tenía una fábrica en Normandía. ¡Quiere que nos vayamos para alquilar las viviendas a otros a un precio todavía más alto!

—¿Dónde vive ese tal Carmon?

—Seguro que se ha ido de París con los cerdos de los burgueses. ¡Debe de estar divirtiéndose en Versalles! Si no, se aloja en la Rue du Château-d'Eau, en el número 64. Mi madre iba a limpiar allí antes de la guerra.

—No queda lejos, iremos a dar una vuelta por allí —dice Roques.

—Si quiere, podemos ir con usted. Seguro que encontramos a uno de esos miserables por los alrededores.

La gente aprueba la propuesta. La mujer de ojos negros ilumina aquel sombrío lugar, aquella grave asamblea, con una amplia sonrisa. De buena gana iría con ella a casa de ese tal señor Carmon, solo para intentar hacerla sonreír de nuevo.

—Tengo hombres para eso. Dos compañías del 188.º, como quizá sepan. Irán enseguida, en cuanto cumplimente la orden para mi colega. Si alguien desea acudir, es libre de hacerlo. Pero la Guardia Nacional y el comité de vigilancia que me ha elegido están aquí para eso.

Loubet, detrás de él, le pone una mano en el hombro y murmura que habría que pensar en concluir. La gente empieza a salir, lentamente, pensativa. Roques ve con pesar que los ojos negros se dirigen hacia la salida con los demás. Corre tras la mujer y le pregunta:

—¿Cómo se llama? —ella se vuelve, con cara de desconfianza, y lo mira de hito en hito desde detrás de los cabellos que han caído sobre su rostro—. Es para saber a quién rendir cuentas... ¿Por qué no a usted?

—Maria. Maria Belmont. Tiene mi dirección. Hay una reunión del comité esta noche a las nueve, en el colegio religioso de la Rue Saint-Maur. Estaré allí, con muchos más.

Lo mira a la cara, con la barbilla levantada y los labios apretados, antes de dar media vuelta con un movimiento rápido y ligero. Roques espera a perderla de vista detrás de la puerta batiente y luego se vuelve hacia Loubet, que se impacienta a su espalda.

—¿Y ahora qué? ¿Dónde buscamos a ese cochero?

—Vamos a hacer lo que hemos dicho. Usted vaya ahora mismo a transmitir la descripción y la orden de arresto al coronel Dupuis, de la 10.^a legión. Lo conozco bien, se lo tomará en serio. Esta misma noche el conjunto de los batallones estará informado. Vamos a ponerlo por escrito, será más oficial. Vaya también a ver qué pasa con ese propietario y sus esbirros. Interróguelos, o deje a dos hombres apostados allí.

Regresan al despacho y Roques redacta sus instrucciones en una esquina de la mesa. Las lee en

voz alta, se ponen de acuerdo en los términos. Dos sellos y una firma. Loubet se pone en marcha de inmediato, acompañado de cinco guardias.

Antoine Roques decide actuar solo. Saca un arma del cajón de su mesa y sale. Cielo claro. Gritos estridentes de las golondrinas. En ese instante precioso, camina a paso vivo acompañado durante unos segundos por el bello rostro febril de Maria Belmont. Pronuncia en voz baja su nombre de pila, luego se siente culpable de ese vértigo que, sin embargo, le hace avanzar más alerta.

A la entrada de las calles que desembocan en el Boulevard Magenta, unas mujeres refuerzan las barricadas con la ayuda de los niños. Montones de adoquines. Sacos de tierra. Rejas y cancelas puestas de través. En la Rue des Vinaigriers, una decena de guardias y mujeres alegres que se animan dando voces levantan dos carretas contra el muro de adoquines. En el centro, un cañón le enseña la boca a una tronera de albañilería. En las aceras acampan dos o tres compañías del 110.º. Al borde de la calzada han montado algunas tiendas, de las que salen, encorvados, embotados por el sueño, hombres en camisa que van inmediatamente a orinar contra una empalizada. Otros continúan acostados bajo unos furgones, envueltos en mantas. Hay quien se agolpa ante la humareda ascendente de un horno, alrededor de una cantinera que sirve café mientras una chiquilla reparte pedazos de pan. Bromean. La mujer sonrío. Se oye a alguien silbar una melodía fácil. Tres críos, con los quepis de la Guardia Nacional encasquetados hasta las orejas, llevan a los caballos cubos de avena y agua.

Roques ha aminorado el paso para observar mejor ese estado de guerra tranquila. Esa especie de juego de mesa, por decirlo de algún modo, en el que el pueblo de París, la Comuna y el comité central de la Guardia Nacional se disputan las cartas mano tras mano sin ganar nunca ninguna, pero seguros, pese a ello, de que no pueden perder la partida. Todos saben que las noticias no son buenas, que los versalleses están a las puertas, al sur y al oeste de París. Todos saben que el fin no tardará en empezar. Y todos parecen encomendarse al azar, a la suerte y al valor para que lo que el pueblo sueña despierto desde hace dos meses no se convierta en pesadilla. El viejo mundo que creían abolido, con su orden derribado y sus burgueses huidos, se dispone a volver entre el estruendo del fuego y del acero, y será implacable. No hay más que leer los periódicos de Versalles: llamamientos al crimen, a la expiación mediante la sangre y la muerte de los pecados de ese pueblo bárbaro.

El comisario pasa por delante de los fusiles agrupados en haces, los cañones en batería y las cajas de municiones, y se pregunta si es el único que sabe que no son falsos y que están ahí porque muy pronto habrá que utilizarlos en el fragor y las matanzas de la guerra. Aprieta el paso, alejándose, y se esfuerza en no pensar sino en lo que está buscando, ese criminal suelto por las calles al que debe encontrar antes de que las invadan los asesinos autorizados y juramentados por los favorecidos y los ricos. Y se percata de que él también intenta distraer su angustia tratando de

abatir el árbol que no deja ver el bosque.

Cuando entra en la taberna de Miron, en el muelle de Jemmapes, hay cuatro clientes sentados de dos en dos, sus vasos vacíos delante de ellos, jugando al dominó o a los dados. Solo se oye el repiqueteo de los dados en el cubilete y el tictac de un reloj invisible, pero Roques está seguro de que, justo antes de que él empujara la puerta, se charlaba animadamente bajo ese techo que sofoca los sonidos aplastándolos contra el suelo. Los dos jugadores de dados tienen menos de treinta años. Simulan no haber visto ni oído al recién llegado por miedo a que se trate de algún delegado de la Guardia Nacional o uno de esos nuevos polizontes de la prefectura, que podría identificarlos como insumisos o desertores y hacer que los detuvieran en el acto. Como si el simple hecho de levantar los ojos hacia él y encontrar su mirada fuera a delatarlos y a hacer que se abalanzara sobre ellos una brigada de feroces gendarmes. Roques se pregunta si tiene tanto aspecto de policía, no siéndolo de profesión y realizando esa función desde hace tan solo cinco semanas. Llega a sospechar que desprende un olor particular, el de las oficinas mugrientas, el papel viejo, el sudor de las salas de guardia, los calabozos y las letrinas, ese tufillo que emana de todos y cada uno de los objetos, las habitaciones y las paredes de la comisaría. Algo parecido a como los pescaderos llevan consigo a todas partes el olor del pescado. Y mientras se apoya en la barra, formula la hipótesis de que quizá se desarrolla un sentido del olfato especial en aquellos que tienen que reprocharse algo lo bastante serio para temer a la policía, ayudados por un instinto casi animal que les permite detectar a quienes los buscan. Miron, que mantenía la vista clavada en el periódico, disipa cualquier duda que pudiera haber.

—Buenos días, señor inspector. ¿Qué le sirvo? Acabo de hacer café.

Los dados ya no ruedan por la mesa. Los dos jugadores se han quedado inmóviles y se miran. Roques se vuelve hacia ellos y los observa sonriendo.

—Un café está bien —responde.

Miron empuja hacia él una gran taza humeante y dos terrones de azúcar. Roques lo oye, a su espalda, trajinar bajo la barra.

—Bueno, tabernero, ¿no tiene nada que decirme hoy?

Los jugadores se levantan. Uno de ellos deja una moneda encima de la mesa. Se ponen la gorra, saludan haciendo un gesto con la cabeza, un dedo sobre la visera, y salen. Los dos últimos clientes, delante del dominó, observan la escena, se ponen de pie ellos también y se marchan sin decir nada.

—Debe de tener usted un don —comenta Miron.

—¿Por qué lo dice?

—Un don para hacer que la clientela huya. Para causarme problemas.

—Problemas..., en este momento todo el mundo los tiene. Pero, en su caso concreto, usted no ha visto nada. Mañana le cierro la tasca. Le pido al coronel de la 10.^a legión que requise el local

para convertirlo en cantina. No tengo más que firmar un papel.

Silencio. Dos mujeres pasan por el muelle riendo.

—Hábleme del hombre que mató a tres clientes suyos ayer por la tarde.

Miron suspira, menea la cabeza, coge de detrás de él una botella de aguardiente, se sirve una copa y la vacía de un trago.

—¿Qué quiere que le diga? Ya sabe qué pinta tiene, se lo ha dicho Gustin.

—Un poco de seriedad. Usted conoce a ese hombre. Tiene miedo de él. Hable. Si puedo detenerlo, nunca volverá a oír hablar de él, salvo el día que lo tumben en la guillotina. Y no se enterará jamás de que ha sido usted uno de nuestros informadores. Dígame lo que sabe y le dejaré en paz.

—No lo entiende. Es como... Es como un diablo... Cuando te mira, con esos ojos negros hundidos bajo la frente..., es como si te manipulara el cerebro a distancia, ya no sabes dónde estás, no sabes qué decir...

—Ah, vaya..., con la brujería hemos topado. Ahora va a resultar que es todo culpa de un maleficio, eso explicaría la desaparición de los fiambres de ayer. Lo que usted necesita es un cura. O un buen loquero.

—No debería burlarse así. Cuando se encuentre cara a cara con él, hablará en otro tono.

Miron se sirve un poco más de licor. Se nota, en sus ojos muy abiertos, su frente brillante, su mandíbula temblorosa, que necesita apoyo.

—De momento, es usted el que se burla. ¿Ha venido muchas veces aquí?

—Algunas. Venía para ver a Clovis. Se sentaban siempre allí, a aquella mesa del fondo. Y si estaba ocupada, bastaba que se acercara y les dijera a los que estaban sentados que se largaran para que ellos se levantaran sin rechistar, como aliviados. Cuando ese tipo está aquí, la gente habla bajito, como si desconfiara de él. Ni siquiera los más duros, los marineros con brazos como postes, los navajeros de La Chapelle, los peores crápulas, ni siquiera esos se le acercan. Lo miran de soslayo, dicen que no es de por aquí, les parece raro, como de otra especie, no sé... Un poco como perros que desconfían de un lobo...

—Sin embargo, Cristo insistió. Al parecer no tenía miedo ni del lobo ni del diablo.

—Cristo estaba loco. Y había bebido.

—Su taberna debería llamarse «El perro borracho». Le iría bien ese nombre.

Hector Miron no comprende la alusión. Una sonrisa insegura le tuerce la boca.

—¿Hablaba con usted?

—Buenos días y adiós, cuando se dignaba decir algo. Ni gracias ni nada semejante. Solo sé que se llama Henri. Y que tiene acento del sur, o al menos lo parece por cómo pronuncia las erres. Le oía desde la barra o al ir a servirles. Dejaban de hablar, pero podía oír las últimas palabras.

Una vez que ha vaciado el buche, el tabernero se calla. Antoine Roques deja que el silencio se

prolongue un poco, por si algún otro detalle aparentemente anodino cayera del morral y sugiriese una pista que seguir, pero Miron se ha encerrado en un mutismo lúgubre, la mirada perdida en un rincón oscuro del local. Ha dicho todo lo que sabe, seguro, pero Roques quiere volver a ponerlo a prueba.

—Ahora puede decírmelo: ¿dónde están los cuerpos?, ¿qué ha hecho con ellos?

Miron se encoge de hombros.

—¿Qué más le da a usted saber dónde están?

—Es simple curiosidad. Me gustaría saber cómo se hacen desaparecer tres cuerpos en dos horas como usted ha hecho.

—Recurriendo a conocidos. Soldados de la puerta de Bagnolet. Los llamé y ellos se los llevaron a las canteras de Amérique. O los arrojaron por encima de las murallas del lado de Pré-Saint-Gervais. ¿Qué habría hecho usted con tres fiambres en su comedor?

Miron ha recuperado un poco el aplomo y permanece muy erguido detrás de la barra, en una actitud casi arrogante. A Roques le gustaría remachar el clavo para que se le bajaran un poco los humos.

—Está hablando de tres hombres, no de perros muertos que hubiera encontrado delante de la puerta de su casa. Le creía dispuesto a subir a las barricadas con sus amigos para defender la Comuna, y por tanto con algunos principios humanos...

—Perros o no, esos tipos no valían mucho... Además, ¿qué pretende? ¿Va a recuperarlos para hacerles unas exequias? En cuanto a la Comuna y sus principios..., tengo la impresión de que esos señores del ayuntamiento se acomodan cada uno a su manera... De momento, los del pueblo no vemos que llegue nada, aparte del ejército de Versalles.

Roques no sabe qué contestar. La entrada de tres mocetones que hablan a voces le evita reflexionar. Llevan uniforme de la Guardia Nacional, pero ni armas ni cinturón, y van con la cabeza descubierta. En cuanto ven a Roques, se callan y se sientan a la mesa más alejada de la barra.

—¡Tres cervezas para tres defensores de La Villette! —grita uno de ellos.

Roques prefiere no saber de dónde salen esos medio uniformados y se va sin preguntar. Fuera, bajo el sol, todo es apacible. Unos niños juegan a lanzar piedras al canal con gran alboroto. Intentan alcanzar una tabla que flota en el agua pardusca. Los mira durante unos minutos, con la mente confusa, incapaz de pensar en nada sensato. Persigue a una sombra sanguinaria, un fantasma terrible en una ciudad en plena sublevación, trastornada, quizá a imagen y semejanza de lo que él mismo siente: resulta difícil hallarse en ese laberinto de promesas y esperanzas que hasta el momento no parece conducir más que a callejones sin salida. La especie de minotauro que persigue no será sino un becerro insignificante en cuanto el ejército entre en París, de eso no le cabe ninguna duda.

En ese instante preciso le gustaría irse a casa, preparar con Rose algo de equipaje y marcharse de la ciudad para reunirse con los niños, a salvo en casa del tío Charles. Abrazarlos. Jugar con ellos. Encontrar un trabajo, regresar a cenar por las noches en paz. Y después buscar el cuerpo de Rose en el secreto de su placer. Se deja embriagar por esa felicidad de novela, hasta que se da cuenta de que está sonriendo como un tonto.

Aprieta el paso al acercarse a la esclusa. Pero no. Echaría demasiado de menos París. Sabe que la insurrección no triunfará, que este paréntesis inesperado se cerrará muy pronto. Da igual. Esta ciudad posee un talento único para la revuelta y la revolución. Le han hecho padecer hambre, la han bombardeado, humillado, y cuando los importantes la creían muerta, se ha puesto de nuevo en pie, rebelde, generosa, desafiando al viejo mundo y apelando, por encima de las murallas sitiadas, a la salvación común y a la república universal. Roques deja dar vueltas en su mente las grandes palabras que expresan las grandes ideas, y ese carrusel rápido, refrescante, le sienta bien. Nada de marcharse de esta ciudad de todos los mañanas, y menos en ese momento. Sería igual que esos canallas que abandonan a sus mujeres cuando están embarazadas o a punto de dar a luz. No sabe qué engendrará la Comuna, no sabe qué hijos, una vez derrotada, dejará a la historia. Pero hay que estar ahí. Con París. Quizá porque un prodigio semejante solo puede hacerse realidad ahí; mostrando al mundo trabajador de los humildes y los oprimidos el camino a seguir. Dejar a la posteridad, tal vez, hijos rojos que harán fructificar la herencia.

Además, añoraría demasiado la agitación, el desorden cotidiano, la gente en los bulevares, la aglomeración de los tranvías, el grito de un afilador en la calle por la mañana temprano, la voz de un vendedor de periódicos cantando los titulares, las calles estrechas de los arrabales y su tranquilidad de pueblo. Los críos malhablados que te empujan en la plaza de abastos, el gran vocerío del mercado central entre los olores crudos y el perfume de las flores. Y el tren que se coge los domingos para ir al campo, cerca de Montrouge, los niños somnolientos que se despiertan al llegar. París, la ciudad-mundo donde todo será siempre posible.

En la Rue des Écluses, las casas bajas están separadas por jardines: el sol y una ligera brisa se adentran por allí y realzan el verde claro y el esmeralda. Aroma de lilas. Racimos malva cuelgan por encima de una cerca de madera. Un establecimiento de vinos y licores hace esquina con la Rue de la Grange aux Belles. Roques oye a unos hombres hablar en voz alta dentro de aquella boca oscura. Echa un vistazo y ve unas caras enrojecidas por lámparas temblorosas. Un gato tumbado sobre un anaquel enciende sus ojos observándolo. El inspector piensa en entrar, pero al final renuncia. Sabe que más allá hay un depósito de la Compañía de Carruajes, en el Boulevard de la Villette. En su reloj son más de las once y le sorprende. Le parece que el tiempo transcurre de un modo extraño. Gota a gota o desbordándose. Cruza la barricada que está en la esquina del Boulevard de la Villette. Una decena de hombres están tumbados o sentados en el suelo, con sacos de tierra a modo de almohada. Otros, un poco más lejos, delante de una mercería con las

contraventanas cerradas, juegan a las cartas ruidosamente, jurando y riendo.

En el bulevar, unos pobres diablos empujan carretas, un tiro de bueyes arrastra un remolque rebosante de estiércol. Tres mujeres con capazos en las manos caminan de frente, hablando con semblante grave. Un terraplén de adoquines y tierra cierra el paso. Un cañón apunta hacia Belleville. Roques no ve ninguna caja de municiones. Más allá, un auténtico muro de tres metros de alto, con una tronera, intercepta la Rue de Mexico.

Delante de la nave del depósito, algunos guardias nacionales han montado un acantonamiento. Roques atraviesa la humareda de las fogatas, huele a carne asada y a tabaco. Nadie le pregunta nada. Poco ruido. Los hombres hablan en voz baja, tranquilos.

Entra por una gran puerta cochera abierta de par en par. La nave está prácticamente vacía. Al fondo hay alineados medio centenar de simones y cabriolés. Avanza un poco, esperando ver a alguien.

—¿Busca algo?

Se vuelve hacia un tipo corpulento que se acerca con paso decidido, el pompón de su extraño gorro balanceándose por delante de la cara. El hombre está ya cerca de él y saca pecho.

—¿Qué busca?

—Antoine Roques. Comité de seguridad del distrito X.

El hombre tuerce el gesto. Frunce el entrecejo. Mirada de través, suspicaz, hostil.

—Y yo soy hermano de Auguste Blanqui.

Roques saca su carta de acreditación de la prefectura, la despliega, señala con el dedo los sellos e incluso la firma de Raoul Rigault.

—Muy bien. ¿Y qué? ¿Busca un coche de punto?

—Sí, exacto. Uno que conduce un tal Clovis.

—No lo conozco. Un nombre como ese no se olvida.

El hombre niega con la cabeza y le da la espalda.

—Me han dicho que vive en el barrio. Deja el caballo y el coche en una pequeña parcela de la Rue des Écluses. Pero me gustaría saber su dirección exacta. Puede que esté en sus registros, ¿no?

—Le digo que no sé nada. Y ahora, tengo trabajo.

—Si quiere, puedo volver esta tarde con una decena de hombres para inspeccionar el lugar y ponerlo todo patas arriba. A lo mejor entonces me concede algo de tiempo antes de poner orden de nuevo.

Roques ha hablado sin alterarse. Pero su voz ha sonado dura bajo las vigas de hierro. El hombre, a punto de entrar en un despacho acristalado, se lo piensa mejor y mantiene la puerta abierta.

—Pase —dice—. No vamos a enfadarnos por tan poca cosa.

El despacho huele igual que la comisaría: a papel viejo, a moho, a polvo. Falta el olor de los

hombres, el tufo a sudor y aguas residuales. Muebles anodinos, con el barniz descascarillado. Archivadores metálicos grises. En la pared, un plano de París salpicado de manchas de colores, de itinerarios en rojo y verde que zigzaguean por el entramado de calles y bulevares. El hombre se ha instalado detrás de la mesa y saca de un cajón un gran cuaderno verde.

—Conozco a ese hombre. No viene por aquí desde el año pasado, sí, eso es, un poco antes de la guerra. Pero todo el mundo lo conoce. Un tipo muy raro, nada hablador, siempre vestido con harapos como un espantapájaros. Bastante mugriento. Recuerdo que el administrador le hizo un comentario al respecto en dos o tres ocasiones, pero él no hacía ni caso. Creo que ni siquiera pagaba la cuota.

Mientras habla, pasa las páginas del registro. Pone el dedo sobre una línea, al final de una página.

—Aquí está... Se llama Clovis Landier. Según los últimos datos, vivía en el pasaje Feuillet. Está entre la Rue des Écluses y la Rue du Canal.

Gracias y hasta la vista. El hombre, súbitamente parlanchín, se lanza a hacer una serie de comentarios acerca de los necesitados que viven en ese barrio, pero Antoine Roques ya está cerrando la puerta y lo deja con la palabra en la boca.

Deshace el camino andado hasta el canal sin ver nada a su alrededor. El pasaje Feuillet es una calleja estrecha que solo debe de ver el sol unas horas al año. El agua verde y negra de un desagüe está estancada en los agujeros del empedrado. Tufo de col, de orines, de cenizas frías. Por las ventanas escapan voces, un niño pequeño llora. Colgada de un postigo, la jaula de un pájaro que salta sin cesar contra el enrejado emitiendo un piar triste. Una vieja con la cara medio oculta por un pañuelo negro se acerca. Cuando Roques se planta delante de ella para hablarle, la mujer se sobresalta y suelta un quejido; luego, pestañeando, levanta hacia él un rostro gris de cadáver desdentado.

—Busco a Clovis. Clovis Landier, el cochero.

La vieja le sonrío, quizá: tuerce la cara con la boca abierta y entorna los ojos, que parecen apagarse bajo los párpados casi cerrados.

—Es ahí, la puerta azul —dice una voz ronca por encima de él. Es una mujer asomada a la ventana, con una cesta de ropa apoyada en la cadera—. La vieja ha perdido la cabeza, no le contestará. Es en el primero, por el patio. Me parece que no está, pero si lo detiene no lo suelte. Asusta a los niños.

Roques le da las gracias con un gesto de la mano y se dirige hacia el inmueble. Se oye un gorgoteo de agua en un canalón, como si de pronto lloviera, y alza los ojos hacia el azul del cielo, impotente contra la sombra que se abate sobre la calleja.

—¿Qué ha hecho para que lo busque la pasma? Yo creía que la Comuna nos había librado de esa ralea.

Roques no quiere saber a qué ralea se refiere. ¿Qué más da? Se limita a decir adiós con la mano, sin volverse. Detrás de él, la vieja dice cosas incomprensibles, quejumbrosa, implorante tal vez. Se vuelve y no ve de ella más que una mano huesuda, trémula, tendida hacia él. Busca en su bolsillo algo de dinero, encuentra dos monedas, las pone en el hueco profundo de la palma y los dedos se cierran de inmediato, rápidos como una trampa viviente, una especie de gran araña famélica; se estremece al contacto de las largas uñas antes de volver la espalda al gimoteo de agradecimiento.

Escalera oscura, barandilla medio suelta. Un ventanuco enturbiado por la mugre dispensa una luz grisácea que muestra un poco la suciedad de las paredes. La puerta cede al empujarla con un hombro y golpea una cómoda. Una cama, dos sillas, una mesa cubierta con un mantel de cuadros azules. Delante de la chimenea, con el hogar condenado por un tabique de ladrillos, hay una estufa de leña de la que sale un conducto comido por la herrumbre. En un rincón, sobre una repisa sujeta a la pared, una jarra, una palangana esmaltada y un trozo de jabón. Un paño cuelga de un gancho, junto a un pequeño espejo. En la palangana, el agua negruzca está ribeteada de un sedimento gris.

Roques recorre el cuarto en cuatro pasos. Descubre, debajo de la cama, un baúl de madera con herrajes negros. Cuando lo abre, un olor agradable y dulzón le sube a la cara. Polvos de arroz, perfume añoso, lavanda. No se atreve a tocar lo que ve: prendas de mujer dobladas, planchadas, bien colocadas. Una blusa azul celeste, una falda marrón, un par de botines. Un cinturón de piel, un gorro de encaje. Saca una caja de galletas cuya tapa está decorada con una escena campestre: una pareja de pastores, algunos corderos a lo lejos, grandes árboles. La lleva hasta la ventana y la abre, y es una mujer quien le sonríe desde una foto: rubia, guapa y de ojos risueños. En el reverso, escritas con una letra inclinada y puntiaguda, estas palabras: «Aline, Compiègne, 12 de junio de 1863».

Durante unos instantes, la mente de Antoine Roques se traslada al campo, a un paraje donde está sentada, bajo un gran árbol, esta mujer con la blusa azul y la falda desplegada a su alrededor. Hace buen día y lo único que sugiere la estampa es una dicha sencilla y tranquila. Intenta recordar la silueta simiesca con la que se cruzó dos días antes en el bulevar, encaramada en el asiento de aquel coche de punto, pero no consigue introducir a ese personaje en su visión bucólica. Deja la fotografía y levanta un sobre: «Señor y señora Landier, Rue Basse, 26, Compiègne, Departamento de Oise». Duda si leer la carta que hay dentro, porque ve otra foto sobresalir de una libretita: «25 de septiembre de 1865». Es la mujer rubia de nuevo, esta vez del brazo de un hombre alto, moreno, con barba corta y cejas pobladas. Los dos son jóvenes, puede que tengan veinticinco años, y por la medio sonrisa que estira ligeramente sus ojos, se nota que están conteniendo la risa.

Delante de ellos, dos niños de la mano, de unos tres o cuatro años, vestidos con camisa blanca y pantalones grises con la raya impecable. Sus ojos azules miran tímidamente el objetivo. El mayor se parece extraordinariamente a su madre. Ella apoya dos dedos de la mano derecha en su

hombro.

Antoine Roques examina el rostro del hombre. Así que así es, así podría ser Clovis Landier. Como ese joven corriente y feliz. Deja las fotos en el alféizar de la ventana y lleva la mirada de un rostro a otro esperando que uno de ellos, más allá de la sonrisa, de la expresión, de la inclinación de la cabeza, le diga algo, le revele un fragmento de verdad, pero lo único que ve en ellos es la serenidad de la gente banal, una familia feliz. Se vuelve, revisa la habitación, le gustaría descubrir algo que le dijera más cosas. Busca bajo el colchón, no encuentra nada, remete de nuevo las sábanas de grueso y tosco lienzo. En la calle resuenan unos pasos desacompañados. Se acerca a la ventana por temor a que se trate Clovis Landier. Es simplemente un tipo que cojea y está a punto de caer cada vez que da un paso.

Antoine Roques vuelve a mirar la caja y las fotos que ha dejado allí y se siente un poco idiota, un poco avergonzado también de haberle encontrado a ese hombre otra vida, una vida anterior, vivida con otros a los que quería, tal vez otro distinto del que es hoy. Ese joven de semblante franco se ha convertido en una especie de hombre del saco, un secuestrador de mujeres, culpable sin duda de las peores infamias. Es preciso encontrarlo, detenerlo, interrogarlo y juzgarlo. Debe responder de sus actos. ¿Recordará lo que ha sido? ¿Lo que ha vivido? ¿Recordará haber amado a esa mujer y a esos niños? ¿Haber jugado con ellos en las riberas umbrosas de un río? ¿Qué queda de todo eso?

Inmóvil ante la ventana, una mano posada sobre los fragmentos de esa otra vida, comprueba una vez más que no sabe nada, o poquísimos, de los hombres y sus miserias. Esas que los sublevan contra la injusticia pero también les hacen precipitarse en las tinieblas. No creía que la misión de policía que le han confiado fuera a conducirlos a tales reflexiones, a dudas tan grandes. El toque lejano de una corneta lo devuelve a la ciudad insurrecta, a sus calles surcadas de coraje, defendidas por un ejército enternecedor de voluntarios que arrastran sus polainas, cuando las llevan, detrás de los oficiales, refunfuñando como una banda de insubordinados indecisos.

Vuelve a poner en su sitio lo que ha encontrado en la caja, la guarda entre la ropa en el baúl de los recuerdos y lo cierra como si se tratara de un antiguo libro de encantamientos, lleno de secretos y de magia. El perfume dulzón se disipa, y unas voces que no había oído hasta ese momento se elevan y luego callan en un pasado lejano.

Roques se aleja por la calle como un ladrón. Casi se arrepiente de haber forzado la intimidad del hombre al que intenta acorralar y haber dado con alguien a quien no buscaba. Se apresura, indiferente a la agitación de París. ¿Se está alguna vez seguro de lo que se busca, de lo que se quiere? Aprieta más el paso, presa de esas preguntas que nunca se había hecho.

Al llegar a la comisaría, Loubet le comunica que los esbirros del propietario Carmon han sido localizados y van a tenderles una trampa. La Cécilia se ha batido en retirada y se dispone a replegarse en París. Roques siente un peso terrible en los hombros, cierra los ojos un instante para

tratar de poner un poco de orden en la maraña de sus pensamientos.

—Esta vez es el final —dice Loubet, suspirando.

Roques cree percibir alivio o incluso satisfacción en su voz.

—Cada uno tendrá que estar en su puesto cuando llegue el momento —contesta.

Loubet se encoge de hombros.

—En lo que a mí respecta, nunca he dejado el mío. Es lo único de lo que me enorgullezco.

Roques lo mira directo a los ojos, intenta adivinar sus intenciones, pero el otro, con una fina sonrisa en los labios, no parpadea.

Será preciso no volver a darle la espalda a ese hombre.

DOMINGO, 21 DE MAYO

Caroline se despierta tiritando y abre los ojos en las tinieblas impenetrables; durante unos segundos deja de respirar, como si esa noche sepulcral hubiera aspirado todo el aire disponible. No obstante, llena sus pulmones con un ronquido y luego jadea y solloza, aterrorizada. Ese olor adherido ya a su piel: a excrementos, a orina. Ha dormido sobre el lecho de una cloaca seca. Aun así, en el agujero de su estómago, el hambre, como un animal, ruga y mueve y retuerce las tripas, así que se incorpora, se pone a cuatro patas y busca a tientas el pan que hay en el cubo de agua, y nota bajo su mano esa cosa blanda y fría cuyo contacto de carne muerta y corrompida la hace estremecer. Se sobrepone a una arcada y arranca un pedazo, se lo lleva a la boca y lo conserva ahí un instante para que se caliente un poco antes de tragarlo. Se come otros dos pedazos mojados sin vomitar, y la bestia que reclamaba lo suyo se calma. Presta atención, pero no percibe más que los ruidos de su cuerpo, el batir de la sangre en las sienes y, muy lejos, muy arriba, como procedente de otro mundo, los golpes sordos del bombardeo. A partir de ese momento solo oye eso, como si la realidad del exterior se impusiera incluso en aquel pozo negro.

Decide levantarse: se tambalea un poco mientras la oscuridad gira a su alrededor, carrusel invisible del que no siente sino el vértigo. Da unos pasos con las manos por delante, choca con un muro, se tuerce un dedo, se rompe una uña, acerca ese dolor a su boca con un gemido de niña. Reanuda su avance, sigue la pared fría y húmeda, rugosa y quebradiza, encuentra la puerta y se pega al batiente para intentar oír mejor o al menos oír algo: una voz, los pasos de alguien, pero nada atraviesa el grosor de la madera.

Vuelve atrás y se sienta, y de nuevo nota bajo su cuerpo la humedad fétida. Aprieta los muslos, porque tiene ganas de orinar y no quiere resignarse a hacerlo allí como un animal cautivo. Se acurruca, contrae todos los músculos, intenta controlar la respiración, calmar los latidos del corazón, se dice que no está herida, ni por el momento debilitada, su salud es la fortaleza en la que se atrinchera y la defenderá hasta el final. Por encima de su cabeza, París se sacude bajo los cañonazos, y ella piensa en Nicolas, cada rugido que oye lo mata y cada obús que cae lo siega. Empieza otra vez a tiritar y sus rodillas entrechocan, y ya no puede contener más las ganas, se levanta y camina hasta una pared y se agacha gimiendo.

Cuando la puerta se abre, está apoyada en el muro, intentando dominar el temblor de su cuerpo. El rectángulo iluminado por una lámpara de petróleo la deslumbra y solo distingue del hombre la silueta enorme que camina hacia ella. Trata de resistirse a la presión de sus manos, pero la levanta

y se la echa al hombro, y todo lo que Caroline puede entrever gira y se aleja, y le sorprende ver desfilar los adoquines de un patio, o eso le parece, brillando a la luz del día. El individuo la arroja al asiento de un carruaje y ella profiere un grito, luego se incorpora para distinguir tan solo medio rostro oculto bajo un sombrero amplio y el ojo dilatado que la mira. Un brazo que surge de una especie de hopalanda, recto y firme como una barra de hierro, la encañona en la frente con un revólver.

—No grites. No te muevas.

El coche empieza a traquetear sobre el pavimento, coge velocidad al salir a la calle. Caroline cierra los ojos. Las cortinas de las portezuelas están corridas, y por encima del estruendo metálico de las ruedas, la ciudad ya no es sino una confusión de sonidos que le llegan a ráfagas fugaces. A lo lejos, explosiones. Voces que rozan el vehículo, de mujer y de hombre. En un momento dado se pregunta si no se tratará de uno de esos sueños de los que no se sale, en los que uno vuelve a sumirse en cuanto se duerme de nuevo. Intenta orientar sus pensamientos hacia Nicolas, pero solo surgen recuerdos de infancia, su madre encorvada sobre la tierra con una azada en la mano, su padre sujetando a un buey por el ronzal. Los juegos con sus hermanos en la nieve, deslizándose por el prado, detrás de la casa.

El coche se detiene de pronto y la portezuela se abre. Aparece otro hombre, cubierto el rostro de barba, vestido con andrajos, que vigila la calle e indica que se apresuren. La sacan de allí agarrándola del cuello de la blusa. La tela se rasga y ella siente el frío en su hombro desnudo. Le gustaría ver lo que la rodea, pedir auxilio a una silueta que pasara por allí, pero la empujan para que entre en un edificio y suba una escalera iluminada por un tragaluz. Tercer piso. Se esfuerza en buscar puntos de referencia, en apoyar su razón en una realidad tangible. Los peldaños de piedra clara, la barandilla de madera barnizada que toca con la palma de la mano. La puerta azul noche que se abre para revelar a otro hombre. En mangas de camisa, el cuello desabrochado, cara de desconcierto, retrocede por el vestíbulo y empuja con la espalda una puerta que da a una habitación inundada de luz.

—¿Qué...?

Sientan a Caroline en un diván y ella espera a que el decorado deje de girar a su alrededor para mirar e intentar comprender algo de lo que ocurre.

El hombre que va en mangas de camisa, inmóvil en medio de la estancia, la observa con los brazos en jarras.

—¿Qué significa esto? —pregunta.

El que la ha llevado hasta allí se quita el sombrero y muestra su cara destrozada. Caroline ha visto ese tipo de heridas cuando todavía están abiertas, en carne viva. El hombre se acerca a un velador donde hay una botella y vasos, y se sirve vino.

—Me he arriesgado mucho. No se aprecia, pero es muy guapa.

—Es una puerca. Mírela. ¿De qué cloaca la ha sacado? ¡Por Dios!, ¿ha ido a buscarla a una barraca de la carretera de Aubervilliers? Además, no la querría ni aunque fuera una venus. He decidido esperar el desenlace de los acontecimientos. Dentro de unos días combatirán en las calles, entrarán en los edificios y los registrarán, por no hablar de los saqueos previsibles por parte de la soldadesca. Hasta que vuelva la normalidad, debo poner a salvo mis álbumes, mi material; de hecho, ya he empezado a hacerlo. Y, como le dije, he preparado otra cámara oscura que debería permitirme tomar fotografías de los sucesos en el mismo instante en que se produzcan. Conozco al general Clinchant, le enviaré un mensaje pidiéndole una autorización para acompañar a las tropas y fotografiar la reconquista de París. ¡Seré el primero de todos en captar en movimiento las operaciones de guerra! ¿Se da cuenta? ¡Con mi invento, ya no se verá solo a soldados posando con el arma entre los pies o apoyados en los cañones, sino que se les podrá admirar en acción, en plena refriega! ¡Ese es el futuro de la fotografía! ¡El movimiento! ¡El gesto! A veces un poco borroso, desde luego, ¡pero enormemente expresivo!

El hombre desfigurado busca a su alrededor, ve una cubeta, coge un trapo y lo sumerge en el agua. Se acerca a Caroline y le frota la cara, apartando el pelo para que se le vea mejor. Ella se resiste débilmente, sus brazos caen, sin energía, y se deja hacer, la piel ardiéndole a fuerza de restregones, frente a ese rostro devastado que aprieta los dientes y se ensaña con ella.

—Mire —dice retrocediendo dos pasos para apreciar mejor el resultado.

El fotógrafo se acerca.

—De acuerdo. Pero apesta más que una cabra. La ha...

—No. No he tenido tiempo. Solo la he encerrado, como a las otras.

—No parece muy conforme. Fíjese en cómo nos mira. Eso me gusta.

El fotógrafo echa un vistazo a su reloj.

—Veamos, dentro de una hora debe haber acabado todo. Vamos a acicalarla un poco.

Caroline se pone de pie y cierra los ojos. Se tambalea como si estuviera bebida, y los dos hombres la miran, estupefactos, esperando quizá que vuelva a caer. En cuanto ella nota las piernas más firmes, se abalanza sobre el más bajo de los dos: le agarra la oreja al fotógrafo y la retuerce y la golpea con el puño antes de derribarlo. El hombre ha proferido un grito agudo y forma una bola con su cuerpo para parar los golpes que ella le da con los pies descalzos. Caroline nota que la levantan, los brazos pegados al cuerpo, el pecho aplastado, y se debate, grita, intenta morder y dar con la parte posterior de la cabeza golpes que topan con un torso de hierro, pero le falta el aire, y en medio del mareo surgido del interior de su cráneo, ve al fotógrafo ponerse en pie y sacudirse la ropa.

Al principio no se atreve a abrir los ojos. Esa mano entre sus piernas que frota suavemente, ese olor de jabón, el agua apenas templada que corre por su cuerpo, vertida con una jarra, y que le corta la respiración, la sacan del embotamiento en el que flota sin saber si realmente está dormida.

De pronto ve la cara deshecha muy cerca de su rostro, las vaharadas fétidas que salen de su boca se mezclan con el sabor amargo que conserva en la lengua, y reconoce el láudano que les da a veces a los heridos cuando tienen que practicarles una amputación.

Los dos hombres trajinan a su alrededor sin decir nada. Realizan su tarea con aplicación. Tocan su cuerpo, lo lavan, lo secan, lo manipulan sin brusquedad ni mimo, minuciosos, y ella tiene la impresión de que se lo han robado y juegan con él como hacen las niñas con sus muñecas de trapo. Imágenes y sonidos atraviesan de vez en cuando las brumas de su mente y se extinguen. El coche de punto y su torpe avance. Nicolas caminando a su lado por una calle vacía. Su hermana Marianne caída en el barro aquel domingo, llorando y haciendo muecas entre las risas de los demás niños. Caroline se repliega en sí misma, se atrinchera en medio de un caos que amenaza con invadirla y se concentra en lo que le hacen, en el lugar donde se encuentra, en sus posibilidades de escapar. Sigue sin poder evitar que surjan las visiones, pero consigue rechazarlas como se ahuyenta una nube de moscardones.

Después la trasladan, la acuestan, le dan la vuelta. Nota sobre ella sus manos metódicas. El fotógrafo da instrucciones. «Eso es. Así. No. Levante la pierna.» Oye clics, ligeros chirridos. Por encima de ella, el techo y sus molduras. Un cortinaje negro y azul a lo largo de la pared, a su espalda. No se atreve a moverse. De vez en cuando aparece en su campo de visión la cara devastada del que la ha llevado allí. Caroline cree haberse alejado lo bastante, hasta un rincón inexpugnable de su mente, pero siente que todas las defensas ceden bajo los repetidos accesos de miedo. No sabe en lo alto de qué abismo está suspendida. Esos hombres pueden arrojarla al Sena o a un agujero cualquiera, o dejarla morir en la cueva de donde la han sacado esa mañana. El mundo se reduce a esos dos tipos que la manejan como a un animal sacrificado antes de destriparlo. Intenta, pensando en ello, evocar imágenes de París, de la Comuna divirtiéndose en las calles, de las últimas semanas locas que ha vivido la ciudad, y el hospital de campaña, el dolor y la sangre, los gritos de los heridos y sus sonrisas agradecidas y sus muecas de sufrimiento, el doctor Fontaine y Nicolas, Nicolas, repite su nombre pero no le viene nada a la mente, ni el desasosiego de las noches en vela, ni la enorme esperanza que les hacía recorrer París hasta altas horas de la noche, ebrios de primavera.

Le echan encima su ropa, y ella la aprieta contra sí pese al hedor que la impregna. Se pone la blusa, introduce las piernas en la falda retorciéndose en el diván, porque el profundo vértigo que la domina le quita la poca fuerza que habría tenido para levantarse. La alivia estar vestida con esas prendas inmundas y hurtar así su cuerpo a la mirada de esos hombres que en este momento, en el otro extremo de la estancia, no la miran y hablan en voz baja, cara a cara, haciendo aspavientos. Se sienta, apoyada en la pared, e intenta detener el movimiento giratorio de la habitación a su alrededor. La voz de los dos hombres le llega ahora más clara, su tono es vehemente.

—O lo toma o lo deja, Pujols. Todo el mundo necesita dinero.

El fotógrafo se aleja, busca unas monedas en el secreter, las mete en un sobre y se lo tiende al otro. Durante uno minutos ninguno de los dos se mueve. El fotógrafo permanece con la mano tendida mientras Pujols lo mira moviendo en su rostro hundido una mandíbula de lobo, como si masticara palabras antes de decirlas. De repente, golpea la mano tendida hacia él, haciendo que el sobre salga volando y las monedas tintineen al caer al suelo, después abofetea al fotógrafo, que se desploma sobre un sillón.

—¡Maldita sea, deme dinero, no una limosna! ¡Le sale por las orejas, lo sé perfectamente!

El fotógrafo está tirado en el sillón, donde parece a punto de desaparecer, dominado por la enorme masa inclinada sobre él. Agita las manos delante de la cara, dice que «no» una y otra vez, con voz de falsete, y de pronto salta sobre el gigante, se agarra a su cuello, consigue liberarse e incluso apartarlo. Los dos hombres ruedan por el suelo entre gruñidos e insultos. Se pelean, pero con golpes faltos de impulso. Por supuesto, los grandes puños de Pujols sacuden más rudamente al fotógrafo, que araña y muerde y obliga al otro a manotear para protegerse la cara y los ojos.

Caroline se aventura a desplazarse hasta el borde del diván. La habitación aún da algunas vueltas, pero nota bajo los pies la seguridad tibia del entarimado y espera el momento propicio, cuando sea capaz de sostenerse para correr hasta la puerta, a tan solo unos metros, y para armarse de valor calcula en cuántas zancadas la alcanzará. Recuerda que hay un vestíbulo. No sabe si la puerta de entrada está cerrada con llave. Recorre la habitación con la mirada y descubre, apoyado en una silla, un bastón con la empuñadura de marfil. Tendrá que cogerlo al pasar.

Se pone de pie. El corazón se le sale del pecho y respira hondo tres veces, se vuelve, se prepara para echar a correr.

Da un respingo cuando suena el disparo que sacude al fotógrafo y le hace caer de espaldas, con las dos manos sobre el pecho. El hombre se debate entre ronquidos, da patadas a la muerte abatida ya sobre él mientras Pujols se pone en pie y lo remata disparándole en la cara. Caroline profiere un grito, se precipita hacia delante y se apodera del bastón, y entonces Pujols, agarrándola del brazo, la obliga a girar sobre sus talones e intenta darle una bofetada, aunque solo la roza. Ella aprovecha el movimiento para golpearlo con el bastón, pero la pesada empuñadura está en su mano y lo único que consigue es darle de refilón en una oreja.

Él grita de dolor, se lleva la mano a un lado de la cabeza y blande el revólver, «¡Zorra, voy a acabar contigo, hija de puta!». Caroline retrocede manteniendo el bastón en alto, pero tropieza con un mueble y Pujols la desarma de un revés, le asesta un culatazo en la frente y otro en la nuca, y ella se desploma, la cara cubierta de sangre; de pronto deja de sentir su cuerpo, ya no siente nada, ni dolor ni peso, en ese instante no es más que un espíritu que mira y oye, prisionero de un envoltorio sin vida, lo que sucede a su alrededor. Espera elevarse sobre sus despojos, como en las historias que cuentan los curas, y ver bajo ella su cadáver tendido contra la pared.

Nunca ha creído que la muerte conceda alguna tregua antes de la nada. Nunca se ha planteado la

cuestión, pero los muertos que ha visto no daban la impresión de seguir siendo, por poco que fuera, ni siquiera durante unos minutos, de este mundo. Vio a su padre hundirse en el colchón, absorbido por su último suspiro, y las palabras que ella le susurró, echada sobre él, pegada a su rostro todavía ardiente de fiebre, no parecieron hallar eco en el vacío en que él acababa de caer. Y ahora oye a Pujols ir de un lado a otro gruñendo por la habitación, vaciando los cajones, registrando los muebles y arrancándoles las puertas, arrojando a su alrededor papeles, instrumentos y adornos. Y ahora, incapaz de moverse, desde el fondo de su mente que se extingue como un fuego sofocado, percibe del mundo de los vivos ese último terror. Se consuela ante la idea de que su padre quizá oyera las cosas tiernas y tristes que ella le susurró y se marchara con esa pequeña dicha.

Están encorvados bajo el fuego. Un caballo que arrastraba un atalaje de artillería salta por los aires, reventado, y cae coceando en el agujero abierto debajo de él. La boca del cañón de 12 libras está clavada en el suelo, como si fueran a bombardear los infiernos. Diez hombres se abalanzan sobre las ruedas para enderezarlo, se cuelgan de los radios, pero nada se mueve, y tienen que arrojar al suelo para dejar que los fragmentos del obús que acaba de explotar a veinte metros de ellos atravesase el aire sin arrancarles la cabeza.

Nicolas se incorpora, busca su fusil, recupera el quepis, vuelve a ajustar la mochila a su espalda. El Rojo ya está de pie, aturdido, viendo a su alrededor cómo los hombres se levantan para agacharse inmediatamente bajo el silbido de las balas. Son casi un centenar, agazapados a lo largo de lo que queda de carretera, un rastro de cráteres que rasga en línea recta el Bois de Boulogne. Detrás de ellos, las fortificaciones, la puerta de Auteuil, desaparecen bajo la humareda de los incendios de París empujada por el viento.

—¡Adelante!

Alguien ha dado la orden en un momento de calma, no se sabe quién. La columna se pone de nuevo en marcha. Nicolas grita: «¡Separaos!», y los hombres se alejan lo suficiente unos de otros para evitar morir agrupados. Avanzan unos cincuenta metros y se detienen porque dos explosiones levantan el suelo delante de ellos, luego continúan. Suena una corneta. Se quedan inmóviles, callan para oír mejor.

Retirada.

Durante toda la mañana han intentado penetrar las líneas versallesas. Romper el cinturón de fuego de la artillería. Un muro de hierro y llamas se ha alzado ante ellos. Han atacado, han retrocedido, han lanzado otra acometida. En ese momento se repliegan antes de morir todos.

Corren. «¡A París!», grita un hombre. Todos lo repiten a coro y echan a correr. Adrien alcanza a Nicolas. Está cubierto de sangre y de tripas. Apesta. Se percibe pese al olor de la pólvora y del fuego. Nicolas le pregunta qué le pasa y el muchacho se limpia la cara, escupe algo blando, tose y escupe de nuevo.

—¡Estaba prácticamente debajo del caballo, joder!

Un hombre profiere un grito detrás de ellos y cae boca abajo. Corren hacia él y le quitan el quepis: la mitad del cráneo se desprende con él y la papilla de sesos les resbala por los dedos. Una bala le ha alcanzado la cabeza por detrás.

—¡Al suelo!

La descarga pasa zumbando por encima de ellos sin encontrarlos. Los hombres se dispersan por la zanja, se meten de un salto en los hoyos.

—¿Dónde están?

Se vuelven hacia el final de la carretera y ven la ametralladora en batería bajo el esqueleto de un árbol. Adrien carga su fusil, se apoya en el muerto, apunta.

—No te esfuerces. Están demasiado lejos. Tenemos que salir de aquí.

Se dejan caer en la zanja y reptan para apartarse de la línea de tiro.

—¿Y él? —pregunta Adrien señalando el cadáver, en el camino.

Nicolas no sabe qué responder.

—Vendremos a buscarlo... Esta noche.

Se retuercen entre los montículos de tierra removida por el bombardeo, ruedan por agujeros llenos de agua junto a otros que jadean por el esfuerzo y maldicen cada vez que una salva los deja clavados en el suelo. A su alrededor, el terreno se levanta y les cae encima, y deben desenterrarse una y otra vez para correr de nuevo y meterse de un salto en un hoyo que podría ser el último en el que se acuesten. Cuando vuelven a ponerse en pie, ven a sus compañeros levantándose también, y su ejército terroso de jorobados exhaustos va cojeando hasta las murallas, donde dos piezas de 8 disparan a ciegas hacia las líneas versallesas para intentar cubrirlos. Adrien coge a Nicolas de un brazo.

—¿Oyes?

No, no oye gran cosa, tiene los oídos llenos de silbidos y murmullos.

—¡El tambor! ¡El tambor! ¡Avanzan! ¡Están enviando a las compañías de a pie!

Cruzan como un rebaño en fuga la puerta de Auteuil, con los obuses sobrevolándolos, perseguidos por fragmentos que salen disparados desde todas partes, y se apresuran por las calles desiertas, sembradas de cascotes, bloqueadas por los derrumbamientos. De algunas ventanas salen llamas. Los hombres caminan todo lo deprisa que pueden. Parihuelas encontradas no se sabe dónde son transportadas por cuatro a la vez, tan enorme es el peso, tan agotados están, tanto se tambalean. Encima, heridos negros de tierra se mueven de vez en cuando. Levantan un brazo, yerguen la cabeza. Para saludar a este o aquel. Los portadores les hablan. «Todo irá bien, camarada.» Entonces se recuestan de nuevo fingiendo que creen lo que les dicen.

Han instalado un hospital de campaña en una iglesia. Los bancos y los reclinatorios están amontonados en un ala, y una veintena de mujeres van de un lado a otro llevando cubos y paños limpios, ensangrentadas como carniceras, en medio de los heridos y los muertos. Hay un centenar largo, alineados en el suelo, algunos sin manta, directamente sobre las baldosas. Detrás del altar, un Cristo casi muerto cierra los ojos.

Nicolas ha entrado para ayudar a un compañero con la pierna desgarrada por un fragmento de

obús a llegar hasta un camastro; luego se acerca a un sargento con la mano medio arrancada que quiere volver a su casa, en el distrito XII. El hombre, aturdido, parece no sentir ningún dolor, y mira la herida envuelta en un trozo de camisa empapado de sangre como si se tratara de la picadura de una avispa. Agita una navaja delante de la cara de la mujer que lo ha tumbado en el jergón, habla con voz sorda, mascullando maldiciones e insultos a la enfermera, que ha visto y oído de todo y se limita a sonreír manteniéndose fuera del alcance de las curvas indecisas que traza en el aire la corta hoja. Nicolas le confisca el cuchillo e intenta parlamentar, pero de repente el hombre se derrumba y se echa a llorar: es relojero. Se pone a hablar de sus hijos, de su mujer, del futuro comprometido. «Estamos perdidos —dice—. Perdidos...». La mujer le promete que en el hospital le curarán la mano y podrá volver a trabajar. En cuanto al futuro, pertenece al pueblo. Afirma esto último con voz potente, superponiéndose a los gemidos y los gritos, presionándole un hombro con mano firme. El hombre ríe en silencio, tose. «Es usted muy graciosa.»

Nicolas vuelve a ponerse en pie, lanza a su alrededor una mirada abrumada sobre todo ese valor vencido y esas buenas voluntades tiradas por tierra. Le gustaría ver a Caroline, que estuviera allí echando una mano, así que observa a las mujeres que trajinan hablando entre ellas, que se yerguen sobre un herido con las manos en jarras, jadeando, desanimadas quizá por el estado en que este se encuentra. Recuerda el día en que fue a verla al hospital de campaña, un día tranquilo, nada comparable a lo de hoy, solo una treintena de heridos, y la encontró pálida, sudorosa, el delantal lleno de manchas oscuras, el pañuelo prácticamente desatado. Ella lo miró acercarse como si fuera un extraño y tardó en sonreírle, como si necesitara hacer un esfuerzo para situarse en otra realidad, para recordar que existía algo distinto de esa cámara de los horrores, ese ejército de mutilados, algunos de ellos enloquecidos por lo que habían visto o sufrido. Nicolas sigue buscando, obstinado en que el pequeño milagro de su aparición se produzca, pero se da cuenta una vez más de que ni los milagros son de este mundo ni él cree en ellos.

Al volver la cabeza vislumbra, al otro lado de la nave, junto a la sacristía que sirve de sala de cirugía, al Rojo vagando bajo las bóvedas, como enajenado, arrastrando tras de sí el fusil y sin dar muestras de reconocerlo. Busca a alguien con los ojos, luego se detiene ante Nicolas y menea la cabeza.

—Eh, amigo, ¿estás bien?

—Sí, sí —dice el Rojo—. Es solo que...

—¿Estás herido? ¿Te has hecho daño en algún sitio?

El Rojo niega con la cabeza, con la cabeza en otra parte, la mirada perdida.

—Podríamos salir de aquí —propone Nicolas—. De buena gana me tomaría un trago.

Coge a su amigo por el brazo y lo conduce hasta la puerta principal, uno de cuyos batientes está abierto y deja ver una bruma enrojecida por la puesta del sol y apestando a fuego. En el atrio hay carretones que esperan cargar a los heridos para trasladarlos al hospital. Los camilleros van y

vienen, vacilan sin saber dónde depositar al hombre que transportan sobre la lona manchada de sangre, se increpan, sufren la bronca del propio herido cuando este aún puede articular dos palabras. No se sabe quién está al mando, quién organiza la evacuación ni a qué hospital hay que dirigirse.

Los dos camaradas se quedan un momento en medio de aquella aglomeración de gente, dudando si ayudar o no, temerosos de molestar. Dos obuses estallan por el lado del Sena. Otro parece arrancar del suelo una casa que se ve elevarse, hacia las murallas. El Rojo, como estupefacto, sigue con la mirada a los hombres ensangrentados, postrados, o a los que gritan de dolor intentando asir la pierna que ya no tienen, contener la sangre que mana entre sus dedos. Nicolas le tira de la manga y se alejan. Atraviesan la Rue de Passy sorteando los escombros, y en una callejuela encuentran un cafetuchó más o menos intacto frente a una casa desplomada sobre sí misma, erizada de vigas chamuscadas.

No hay nadie. En la barra arden dos velas, otras dos sobre sendas mesas. Cualquiera diría que están en una ermita perdida en medio del monte. La llama de una lámpara de queroseno colgada de una viga danza y se apaga. Huele a vino, a salitre, a grasa quemada. Al fondo se oye el ruido de algo que hierve o crepita, que alguien remueve en una sartén o una cazuela. Nicolas llama para que les atiendan. Le falla la voz, se aclara la garganta y vuelve a llamar. El Rojo se sienta a una mesa, delante de una vela a cuya luz tiene la cara enrojecida de un diablo cansado. Ha apoyado el fusil contra la pared y pasa un dedo por el filo de la bayoneta. Siguen removiendo allí dentro, al final del pasillo, en un cuarto que deja pasar un hilo de claridad amarilla. Una sombra se mueve, absorbiendo la luz, y una silueta se acerca cojeando: es un hombrecillo con un gran bigote y patillas, una gorra de obrero en la cabeza. Se seca las manos con un trapo y lo deja en la barra.

—Vaya —dice—. Fantasmas.

Nicolas se apoya en la barra y se calienta las manos acercándolas a la llama de la vela.

—¿Por qué dice eso? ¡No estamos muertos!

—Pero lo parecen. Pálidos, extenuados, apestosos. Muertos, se lo digo yo.

—Pues los muertos tienen sed. Sírvanos vino y un vaso de aguardiente para mi amigo.

El tabernero mira al Rojo, que ha cerrado los ojos y quizá duerme; coge unos vasos, una botella de tinto y otra de un alcohol blanco que destapa con los dientes y olfatea con aire desconfiado.

—Esto debería despertarlo. Lo fabrica un primo mío de Lamballe, con manzanas y miel. Añade algo más, algas a lo mejor, en esos pueblos vete tú a saber. Por eso huele raro, pero en cuanto bebas el primer trago se pasa.

El hombre habla sin mirarlo, en un tono monocorde, como consigo mismo. A Nicolas le gustaría decirle que él también es bretón, pero no tiene ganas de entablar una conversación sobre eso. Solo de sentarse y quedarse allí para acoger su cansancio en el rezago y mecerlo un poco.

—Vaya a sentarse, yo se lo llevo. No quiero que se desplome, no podría levantarlo. ¿Por

casualidad tienen hambre?

Nicolas nota que las lágrimas se le agolpan en los ojos. Asiente con la cabeza y va a sentarse frente al Rojo.

—Si tiene algo...

El hombre les sirve. Sus gestos son precisos, solícitos. Podría ser camarero en un café de los Grandes Bulevares. Regresa al cuarto de atrás cojeando. Farfulla, una voz joven le responde. El Rojo permanece callado. Se limita a menear la cabeza, con la mirada gacha.

—Joseph, ¿estás bien?

Nicolas no lo llama nunca así, por su nombre de pila. Siempre, y para todos, es el Rojo. Por sus cabellos y por la bandera. Sale de su somnolencia y mira a Nicolas un momento sin decir nada, pestañeando, como si se despertara.

—He tenido miedo.

—Todos tenemos miedo.

—No así. No como lo he sentido hace un momento.

Sus ojos brillan, llenos de lágrimas.

—No sabía si estaba muerto o no. Me buscaba en los jergones, en aquella iglesia. Me ha parecido verme muerto, pero no era yo.

Nicolas no comprende. El Rojo lo mira, pero sin verlo realmente, como ido. Se diría que está en otro mundo, asustado por lo que descubre en él. Nicolas se sacude para librarse de la gran mano fría que siente entre los omóplatos. Recuerda el recibimiento del tabernero, su alusión a los fantasmas. Por un instante, en ese lugar oscuro, frente al amigo abrumado y solo en una lejanía inaccesible, le asalta la duda y un vértigo lento se instala en su mente.

Una tremenda explosión sacude el polvo del techo y hace vibrar el suelo, zarandeándolos en sus sillas como si no pesaran. Se miran atónitos, agarrados a la mesa. Se oye ruido de piedras que se hacen añicos en la calle, cristales que saltan por los aires. Un estrépito cuyas vibraciones Nicolas nota en las piernas. Luego, el crujido sordo de un inmueble, muy cerca, que se derrumba en cascada.

El silencio los paraliza. Curiosamente, bajan al mismo tiempo los ojos hacia la vela que está encima de la mesa y cuya llama no tiembla, sube y se alarga en la oscuridad sin oscilar.

—¿Lo ves? —dice Nicolas—. No estás muerto, puesto que todavía puedes morir. Siguen intentando matarnos, es buena señal.

El Rojo sonríe. Le da un golpe en el hombro con un puño flojo.

—No les dejaremos hacerlo —contesta, subiéndose el cinturón con un gesto teatral.

Salen al umbral. Una polvareda nubla la noche que se ha abatido sobre la calle, llamas atronadoras la perforan. Nicolas da unos pasos por la calzada cubierta de cascotes.

—Prefieren arrasar París antes que dejárselo al pueblo sublevado. Están dispuestos a todo.

Entran y recuperan sus vasos. El Rojo da un largo trago de aguardiente y ruge al notar la quemazón que le produce por dentro.

—¡Hostias! ¿Qué es este brebaje?

—Matarratas bretón. Una especie de calvados sazonado con algas, si no he entendido mal. Hacía falta algo así para reanimarte, en vista de cómo estabas.

En cuanto se sientan, el patrón vuelve con dos platos hondos llenos, humeantes, y se los pone delante. Es una especie de ragú, y el aroma les llena la boca de saliva, que tragan ruidosamente antes de soplar sobre la primera cucharada de carne para enfriarla.

—¿De qué es?

—De caballo. Murió en la esquina de la Rue Vital y fui con un primo que es carnicero a coger unos trozos. No llevaba muerto más de dos horas, tranquilos. Se lo doy también a mis hijos, no voy a envenenarlos con carroña.

Los dos hombres comen. No cruzan más palabras. Hambrientos. Encantados. Al principio medias cucharadas para no quemarse demasiado, luego llenándose bien la boca de carne tierna y sabrosa. El cojo sabe cocinar endiabladamente bien. Rebañan el plato, empujan la comida con un trago de vino y se recuestan estirando las piernas. El Rojo cruza las manos detrás de la cabeza como quien se prepara para la siesta.

—A lo mejor estamos realmente muertos y este es nuestro rincón del paraíso... Lástima que no crea en toda esa palabrería.

El tabernero, detrás de la barra, gruñe y sonrío. Durante un par de minutos reina un poco de silencio.

—Ya no queda mucha gente en el barrio... Se han ido todos por miedo a que los degollara el populacho, y es su ejército el que destruye sus bonitos pisos y sus mansiones. Ustedes son mis primeros clientes del día. Hay que reconocer que la calle no está como para tener ganas de andar por ahí. ¿De dónde salen ustedes con esa pinta?

—Volvemos de Versalles —explica Nicolas—. Ida y vuelta en el día, para ir a ahogar a Thiers en la bañera de Luis XIV. Una especie de paseo saludable.

—¿Tan duro ha sido?

—No hay palabras para describirlo —dice el Rojo—. Antes de que hubiéramos recorrido un kilómetro por el Bois de Boulogne, nos han hecho picadillo. Esos bastardos están más en forma que contra los prusianos. Y aún no hemos visto nada. En cuanto entren en París, será una masacre. Mientras tanto, los señores del comité central parlotean y no envían refuerzos.

El hombre menea la cabeza, decepcionado.

—Es lo que me pareció cuando llegaron. Tenían aspecto de volver de entre los muertos. Por eso he hablado de fantasmas, pero sin intención de ofender. Puedo ofrecerles una golosina para que me perdonen. Vino de nueces. Ya verán qué bueno.

El Rojo y Nicolas rechazan el ofrecimiento. Ya han bebido y comido más que suficiente, y le dan las gracias. Además, deben irse, su compañía va a replegarse en la otra orilla del Sena.

—Si no tuviera esta pata mal, habría podido alistarme en la Guardia Nacional, pero, ya ven, gracias a una pequeña herencia el año pasado abrí este chamizo, solo tengo esto y deudas, y mis hijos que alimentar, así que me agarro a mi barra como un pobre idiota...

Hace un rato que no se oyen explosiones. El cojo levanta un dedo y presta atención.

—Parece que la cosa se está calmando...

Los tres escuchan el extraño silencio como en espera de la llegada inminente de una amenaza. En el piso de arriba se oyen pasos de pronto. El ruido de un mueble que rasca el suelo. Nicolas no ha podido evitar dar un respingo.

—Es Lucienne, mi hija. Está guardando ropa.

—Tenemos que irnos —dice Nicolas—. ¿Cuánto le debemos?

El hombre agita la mano.

—Nada. Me parecería mal cobrarles, por poco que fuera.

—¿Cómo se llama? —pregunta el Rojo—. Yo soy Joseph. Joseph Favereau. El Rojo para los amigos. Y él es Nicolas Bellec. Somos del 105.º.

—Yo me llamo Ferdinand Magnier.

Se acerca a ellos tendiendo la mano. Nicolas y el Rojo se han colgado el fusil al hombro y se han puesto el quepis deformado y mugriento. Apretones de manos, sonrisas. Los tres tienen los ojos brillantes.

—Es un honor haberles conocido, ciudadanos. No son los primeros que pasan por aquí, pero nunca había visto a unos hombres tan..., no sé cómo decirlo..., conmocionados. Eso es..., conmocionados. Cuando les vi hace un rato no tenían heridas de sangre, pero había algo aún más grave. Sobre todo usted, Joseph. No había nada en su mirada, era espantoso.

—Por lo que se ve, conoce usted bien a los hombres —dice Nicolas—. Nunca me habían hablado así. Como si fuera importante, o único. Sienta bien.

Se detienen en el umbral, en medio de la noche, sus siluetas apenas visibles al resplandor que escapa por la puerta. Se desean valor y suerte. Se prometen volver a verse, una vez que todo haya pasado, y los dos soldados se alejan por la calle despedazada que cede y chirría bajo sus pies.

—Habrá otros días hermosos —dice el hombre a sus espaldas.

Lo saludan con la mano, pero su gesto se pierde en la noche. Al poco, delante de ellos, se topan con las fogatas y las voces. Gritos y canciones. A Nicolas le gustaría volver atrás y charlar en la penumbra con Ferdinand de esas cosas humanas de las que él conoce algunos secretos, y después, lleno de verdadero valor, ir a escudriñar París en busca de Caroline.

Durante una hora, Pujols lo puso todo patas arriba, volcó los muebles, levantó las alfombras, arrancó las tablas sueltas del suelo por si ocultaban un escondrijo, derribó tabiques que parecían huecos. Ningún tesoro. Ningún fajo de billetes. Quinientos francos guardados en un sobre al fondo del cajón del secreter, un reloj con cadena de oro que se negó a funcionar y cuya corona se le quedó entre los dedos. Se guardó la cadena y rompió el reloj arrojándolo contra una pared. Hojeó los álbumes de fotografías, encontró algunas sorprendentes o turbadoras, y lo metió todo en una maleta para intentar endilgárselo, aunque fuera a bajo precio, a algún tipo retorcido. Los días venideros se anunciaban inciertos y peligrosos y necesitaría todos los recursos disponibles para lograr salir adelante y, por qué no, obtener algún beneficio.

Pasó por encima del cadáver del fotógrafo, tropezando de cuando en cuando, en su precipitación, con sus piernas, renegando contra ese muerto tirado en medio del paso, que a veces parecía cobrar vida para obstaculizar sus idas y venidas haciendo gestos malintencionados, agarrándose por última vez al asesino saqueador. Pisó el charco de sangre que aureolaba la cabeza reventada y se volvió con curiosidad para ver las huellas de sus pasos brillando en escarlata sobre el suelo oscuro.

Por fin se sienta en un diván y permanece un rato examinando la habitación saqueada, agotado y furioso, incapaz de pensar, desprovisto de toda voluntad. Palpa el sobre lleno de dinero en su bolsillo, nota bajo los dedos los eslabones de la cadena de oro y saborea ese placer sencillo como un niño disfruta acariciando su juguete.

Una explosión hace vibrar los cristales, y a través de ellos ve que por encima de los tejados se eleva una seta de humo negro. Otro obús estalla más cerca, una ventana se abre bruscamente y entra una vaharada que huele a pólvora y fuego. Pujols sale entonces de su embotamiento y da otra vuelta por el piso por si se le ha pasado algo por alto, y en el momento en que levanta la maleta oye gemir a la chica, a la que había dado por muerta, y ve, en el otro extremo de la habitación, que mueve las piernas y abre los ojos y se echa a llorar. Contra su cadera, en el bolsillo del gabán, se balancea el revólver, y aprieta la culata con la mano, decidido a acabar con aquello. No dejar ningún testigo, ninguno, pues muy pronto la ciudad se llenará de soldados, gendarmes y policías que se afanarán en restablecer el orden y purificarla del crimen que haya prosperado durante esas semanas de anarquía, y esos zopencos, junto a la buena gente que no dejará de pavonearse a su vuelta y de alentar su obra salvadora, no establecerán ninguna diferencia entre él, Pujols, que

jamás ha intentado poner en entredicho ni un ápice del viejo mundo burgués y se ha limitado a deslizarse por sus márgenes, a atravesar algún infierno y extraer cuantos beneficios y disfrutes se le presentaban, aplicando instintivamente la ley del más fuerte que rige en esa jungla..., no, no distinguirán los crímenes y canalladas que él ha cometido de las tropelías de esa chusma odiosa, esos bárbaros alzados en armas, bebedores, voraces, ladrones y asesinos, descendientes de las revoluciones de 1793 y 1848, que habrán estado a punto de derrocar el antiguo orden y sus reglas, que consideran inicuas, expulsando a sus adeptos y sus guardianes; y sobre todo, crimen absoluto, culpables de haber demostrado al mundo que aquello era factible.

Así que se acerca a Caroline, acordándose de repente de su nombre, amartilla el revólver, y se prepara para ver cómo se hunde su rostro bajo el impacto de la bala cuando ella abre los ojos y los clava en los suyos, con una mirada sorprendida, interrogante, cansada, clara y azul en aquel rincón de sombra donde está tendida, y Pujols no puede aceptar que lo miren así, como pidiéndole explicaciones, como si su gesto no estuviera justificado, y entonces vacila y se dice que reventando esos ojos borrarán las preguntas que hacen. Saca la navaja y siente trepar por su espalda, como un animal maligno, el intenso estremecimiento que siempre lo recorre cuando presiente el trabajo de la cuchilla, su habilidad, el esfuerzo que exige, la penetración brusca, el imperceptible siseo y luego la humedad y la sangre, esa sensación de omnipotencia ante la idea de que es él quien concede la muerte, sí, la concede igual que se pone en la mano de un mendigo una moneda de oro, simplemente por el placer de otorgar esa limosna extravagante.

—¿Qué hace?

Caroline pestañea como si luchara contra el sueño, pero no deja de mirarlo. Por toda respuesta a su pregunta, él le muestra el cuchillo con ademán brusco; la joven no reacciona, se limita a contemplarlo con aire cansado y resignado antes de cerrar los ojos.

Pujols no comprende. Normalmente es el terror el que habla, o llora, o desorbita unos ojos que ya no ven más que el abismo abierto ante ellos. No comprende que esa chica le plante cara y lo interroge mirándolo directamente a la cara, con esa especie de distanciamiento. Entonces se le ocurre una idea. La dejará con vida. Al día siguiente, cuando salga de París por la puerta de Clignancourt, intentará encontrar a ese coronel prusiano acuartelado en Saint-Ouen, ese bávaro tan educado y a la vez tan vicioso que hasta a él, Pujols, le resulta incómodo; se llama Herbert, y con él pasó algunas veladas memorables. Un salvoconducto seguramente costará caro en los tiempos que corren, de modo que la chica podría servir de moneda de cambio.

—Muy bien. Tengo algo mejor para ti. Miras a la muerte de cara, te haces la brava, pues ya veremos si sigues queriendo abrir los ojos a la vida que te tengo reservada.

La carga al hombro y le sorprende que sea tan ligera. Siente contra sí ese cuerpo flojo, muerto, ese vientre, esos pechos, no puede evitar, para sostenerla, meter las manos bajo su enagua y los dedos entre sus muslos. Si no tuviera prisa, le gustaría poseerla allí mismo, en esa escalera que

está bajando, sacudirla contra la barandilla y, por qué no, una vez acabada la faena, arrojarla por encima para oír el ruido que haría al estrellarse tres pisos más abajo. Rechaza sin dificultad los deseos que dominan su bajo vientre, porque, unas calles más allá, explota un obús y una nube de polvo de yeso invade el hueco de la escalera.

En la calle, encuentra a Clovis de pie junto al caballo, hablándole al oído y acariciándole el cuello. El otro vuelve la cabeza, lo mira mientras introduce a la chica en el coche, sin mover un dedo.

—¿Qué estás haciendo?

El caballo tiembla. Su lomo vibra, recorrido por un enorme escalofrío. A lo lejos redobla un tambor.

—Tiene miedo. Va a morir.

Dos siluetas aparecen al final de la calle, entre la humareda de los incendios. Dos guardias nacionales que se detienen, observan y se acercan. Uno de ellos ha empuñado el fusil, y se oye el ruido que hace al amartillarlo.

—¡Ciudadanos! —grita—. ¡Necesitamos este coche!

Clovis les vuelve la espalda y sube a su asiento. El guardia lo apunta con el arma y se planta en medio de la calle.

—No te muevas, amigo.

Clovis suelta las riendas. Rebusca bajo el asiento y saca una botella de la que echa un trago.

—¿No hay un poco para mí?

El otro soldado se ha detenido a tres metros de Pujols y lo apunta con la bayoneta.

—¿Adónde vais? ¿Quién está dentro del coche?

—¿Y a ti qué te importa?

Clovis le lanza la botella al guardia que la reclamaba y le obliga a retorcerse para cogerla. La descarga de escopeta de caza lo dobla por la mitad, y el hombre profiere un grito al tiempo que cae de rodillas, con las manos sobre la barriga ya manchadas de sangre. Lanza a su alrededor miradas de estupor y se desploma, con la cara contra el suelo.

El que empuñaba la bayoneta frente a Pujols probablemente no oye la detonación que lo mata en el acto de un balazo en la cabeza. Retrocede unos pasos y cae de espaldas, con el fusil cruzado sobre el pecho. Pujols se acerca a toda prisa, lo agarra por los pies y tira de él hacia la entrada del inmueble. Le pide a Clovis que lo ayude, y entonces el cochero baja lentamente del pescante, rodea al caballo, cuyo hocico acaricia, y coge al otro guardia de las muñecas, pero sus manos resbalan sobre la sangre, así que lo agarra del cuello de la guerrera y, mascullando, arrastra por los adoquines a ese hombre agonizante que llora y gime. Abandonan los cuerpos y las armas bajo la escalera y echan encima una lona impermeable que encuentran allí mismo.

Huyen sin decirse nada. El caballo emprende el trote por calles en las que algunos transeúntes

avanzan pegados a la pared, llevando un cesto con provisiones, tirando de niños tras de sí; alzan los ojos al cielo cuando un obús pasa zumbando. En menos de diez minutos, el coche de punto llega a la Rue des Missions. En el patio, Viviane está barriendo el vano de una puerta. Finge no verlos, trajina, retuerce un trapo sobre el cubo. El caballo resopla. Sacude su gran cabeza cubierta de espuma con un lamento, enseñando los dientes amarillos. Clovis se acerca al animal, pega la cara contra su frente, le habla en voz baja. A lo lejos se oye golpear un tambor, tocar una corneta, elevarse un clamor. Por el cielo azul corren de vez en cuando nubes oscuras empujadas por un viento del sur, escapadas de un incendio. Pujols mira todo aquello con semblante inquieto, echa un vistazo a los tejados porque le parece que en cualquier momento las llamas se abrirán paso entre las chimeneas, a la manera de un monstruo ágil y hambriento. Levanta a Caroline del asiento, la hace bajar, titubeante, del coche, y la sostiene para que camine hasta la entrada de los sótanos. Viviane se incorpora, apoyada en el palo de una escoba.

—¿Quién es esa? ¿De dónde ha salido? ¿Y adónde la llevas?

Él no responde. Caroline se tuerce los pies al andar sobre los grandes adoquines, y Pujols debe arquearse para no caer. La mujer lo agarra de un brazo y le obliga a volverse hacia ella.

—¡Oye, contéstame cuando te hablo!

—Cierra el pico.

Sin mirarla, la aparta de un empujón y Viviane cae sentada. La oye vocear y cubrirlo de insultos mientras baja los pocos peldaños que conducen a la puerta de la cueva. Cuando abre, lo asaltan de nuevo las tufaradas fétidas que despide la cripta; empuja a la chica al interior, pero ella se aferra a él, está a punto de arrastrarlo consigo y él la aparta de una patada. Cierra a toda prisa, aprieta el puño con la llave dentro porque le tiembla la mano, y al salir al patio, Viviane, despeinada, vociferante, se abalanza sobre él y lo golpea con la escoba. Pujols se encorva bajo los golpes, da un paso más y la agarra por debajo de la barbilla con la mano que sigue cerrada sobre la llave. Oye cómo crujen y se rompen los dientes, ve cómo el paletón de la llave desgarró la mejilla y se yergue mientras la mujer gira sobre sí misma, da tres o cuatro pasos torpes como de danza, a la manera de esos osos de feria a los que obligan a dar vueltas atados a una cadena, y luego se desploma ante una puerta, el rostro ensangrentado, la mandíbula dislocada formando una sonrisa burlesca.

Clovis está dándole de beber al caballo, que sumerge el hocico en el cubo y deja de moverse, como si observara el espejeo del agua.

—Hay que irse —dice Pujols—. Esta noche.

Clovis, inclinado junto al animal, no responde.

«Pedazo de imbécil», masculla Pujols mientras sube a la vivienda. Empuja la puerta con un hombro y va directamente al gran aparador, del que abre un cajón. Coge el dinero y unas joyas y se lo guarda todo en los bolsillos. Dentro de un armario encuentra su gran bolsa de lona y mete en

ella algo de ropa y una caja llena de cartuchos de revólver. En la cocina, se hace con un cuchillo, el de la carne, afilado por él mismo unos días antes, y lo envuelve en una hoja de periódico. Se queda inmóvil en el centro de la estancia y trata de reflexionar, pero solo consigue pensar en ese caballo que está a punto de morir en el patio, y se pregunta dónde va a encontrar otro a esas horas, en un momento así, mientras se oye correr y gritar por las calles, y tropas de hombres armados pasan en bandas derrotadas o desfilan detrás de los tambores. Quizá lo mejor sea mezclarse con ellos. Se acuerda de los dos guardias nacionales que han matado hace un rato, de sus uniformes, de sus armas, y comienza a elaborar una estrategia.

En el instante en que se dispone a salir al rellano, es proyectado contra la barandilla por la explosión, y la escalera queda partida en dos por una grieta que desciende peldaño a peldaño hasta la planta baja y se ensancha con un crujido ensordecedor. Baja él también, con la espalda contra la pared, mientras caen con estrépito placas de yeso y a su alrededor el edificio parece a punto de desmoronarse por completo.

El patio es un pozo oscuro lleno de una niebla que le quema los ojos, tan densa que no ve dónde pone los pies. El caballo relincha en algún lugar delante de él. Avanza paso a paso, a tientas, golpea un cubo volcado, tropieza con el animal caído entre los varales, que cocea y levanta la cabeza con los ojos extraviados. Pujols llama a Clovis y escruta la espesura que lo envuelve esperando ver surgir su silueta andrajosa, pero nada se mueve aparte de las pesadas volutas que giran y se enroscan y revolotean a su alrededor. Echa a andar de nuevo, ciego, desorientado, y tropieza con el marco roto de una ventana en medio de un montón de piedras y lascas de pizarra. La bruma es menos densa y deja filtrar una luz lúgubre, vertical, y entonces Pujols se da cuenta de que una parte del edificio que se alzaba al fondo del patio se ha venido abajo, techo y fachada arrancados, escombros amontonados hasta el primer piso. Y encima, oscuro y encorvado, apartando bloques de piedra y cascotes con las manos desnudas, Clovis, que se vuelve hacia él, los ojos muy abiertos, el pelo cubierto de polvo blanco.

—¡La chica! —dice—. ¡Está aquí debajo, en la cueva!

—A estas alturas estará muerta. Vamos, hay que encontrar un caballo. El tuyo está a punto de morir. Nos iremos esta noche. Tenemos que llegar a la puerta de Clignancourt, en dirección a Saint-Ouen.

—Ahí están los prusianos.

—Exacto. Con ellos estaremos a salvo en espera de que esto se calme.

Clovis intenta mantener el equilibrio sobre una viga. Se seca la frente con el dorso de la mano y lo mira sin moverse.

—Yo no voy a ningún sitio, y menos con los prusianos. Esa chica está ahí debajo. No podemos dejarla morir así.

Pujols se echa a reír. El cochero ha adoptado un aire serio, casi digno, pese a sus harapos y el

polvo que le cubre de blanco la cara y la pelambreira. Parece un vagabundo filósofo listo para soltar su perorata sobre ese montón de ruinas con el mismo aspecto que él.

—No has tenido tantos escrúpulos con las otras. ¿Pensabas quizá que llevárselas a Gros-Tonton era confiárselas a un internado de señoritas para ponerlas a salvo del vicio y la depravación? Tú me has ayudado a atraparlas, a calmarlas, a transportarlas, ¿no? ¿Y quién se deleitaba mirando en casa del fotógrafo y no rechazaba disfrutar de ellas gratis? Eras tú y no otro quien se las follaba, ¿no es cierto? Y hace nada, no he necesitado animarte para que mataras a ese guardia nacional, ¿verdad? ¿Entonces?, ¿qué te pasa ahora? ¿Temes el juicio final? ¿El regreso de la pasma y sus inspectores? ¿Crees que tus remordimientos bastarán para salvarte? Eres cómplice y culpable, y quien te espera es la Viuda, igual que a mí.

—A mí ya no me espera nada ni nadie, ni siquiera la guillotina —le da la espalda a Pujols y se pone otra vez a levantar escombros y arrojarlos a su alrededor.

«Ningún testigo», se dice Pujols al tiempo que saca el revólver y lo amartilla. Al oír el clic, Clovis se vuelve y le planta cara.

—Apunta bien. De todas formas, ya estoy muerto.

Pujols levanta el arma, alarga el brazo, sitúa el punto de mira bajo el cuello de Clovis para tener en cuenta el retroceso y reventarle la cabeza con una sola bala. Le sorprende el golpe fulminante que recibe en plena cara antes de caer tumbado boca arriba, palpa a su alrededor en busca del revólver, y entonces ve a Clovis encima de él con una piedra en la mano.

—Te he dicho que yo no iba a ninguna parte. Haz un gesto y acabo de hundirte la cara, no te atreverás ni a mirarte en el espejo, si es que no te reviento los ojos por compasión. Te dejo con tu asquerosa patrona, la señora Viviane Arnault, como reza en su puerta. Ahí la tienes, con su sucia cara retorcida, ni siquiera sé si está muerta. Tendrás que rematarla con las manos, porque yo necesito esto.

Clovis recoge el revólver del suelo, lo examina, hace girar el tambor.

El polvo ha desaparecido, pero algo arde en uno de los pisos y de vez en cuando llegan hasta los dos hombres bocanadas de humo que los envuelven en el mismo velo sofocante.

Pujols lo distingue a través de esa bruma y de las lágrimas, escupe la sangre que le inunda la boca y se lleva una mano a la frente, donde un enorme bulto rezuma. No se atreve a tocar el resto de su cara porque tiene la impresión de que todos los huesos están rotos. No sabe si será capaz de levantarse. Le parece que las piernas, privadas de fuerza, sin apenas capacidad de respuesta, no podrán llevarlo a ninguna parte.

—Voy a venir con ayuda para buscar a esa chica que está ahí abajo. No la dejaré morir de ese modo.

Clovis desaparece en una nube de humo arrastrando los pies, encorvado como un viejo. Se le oye decir muy bajito unas palabras, luego la detonación estremece a Pujols y los pasos lentos

atraviesan el patio, resuenan en el portal, se desvanecen en la calle.

En el silencio, Pujols oye crepitar el incendio. Llama a Viviane, que no responde. Mira por encima de él el cielo hecho jirones, manchado por nubes oscuras. Consigue ponerse de lado, se incorpora apoyándose en un codo y empieza a arrastrarse entre los escombros. De su nariz y su boca mana sangre sin parar y gotea sobre el empedrado, y el dolor y el esfuerzo le arrancan gemidos que no puede reprimir. Se desploma de nuevo, boca abajo, y apoya la cabeza en un brazo, con cuidado porque tiene miedo de que esa simple presión haga estallar su cráneo; después cierra los ojos, embotado, y se abandona.

Solo necesita dormir. Nota todo el peso de su cuerpo sobre él, como si fuera a hacer en los adoquines de granito un agujero donde dejará de sentir dolor.

Caroline divisa por encima de ella una línea rota de luz. Parece un pequeño relámpago congelado en un cielo nocturno. Se incorpora, se sienta, no está segura de lo que ve. Teme que sea efecto de lo que la obligaron a tomar —¿cuándo?, ¿ayer?—, seguramente láudano, que te nubla la mente hasta el punto de que eres incapaz de separar la realidad del sueño, el presente del pasado. Ha visto los efectos que produce en heridos a los que el doctor Fontaine administra algunas dosis para calmar el dolor causado por la amputación de un miembro, o por un fragmento de hierro que seguía penetrando en la carne como una cuchilla incandescente. Algunos hablaban con visitantes imaginarios, convencidos de que los tenían delante. Otros se sumían en un duermevela plácido y pedían más en cuanto despertaban, trémulos, ansiosos, en ocasiones dispuestos a todo para conseguir un sorbo.

Intenta ordenar sus ideas, sus recuerdos, rebaño desordenado que corre y salta en todas direcciones, atacado por perros salvajes. Briznas de un sueño imposibles de unir. El estruendo de un disparo, unas manos sobre su cuerpo tocándola sin pudor ni delicadeza, el sol entrando a raudales en una vivienda, los golpes. Se toca la cara y nota el dolor bajo la piel. Le vuelve a la mente el rostro destrozado de ese hombre. Y todavía tiene en el fondo de la garganta el olor a sudor y humo que lo impregnaba. El paso del caballo, el traqueteo del coche por las calles.

De pronto recuerda la explosión, el chasquido ensordecedor allá arriba, esa sensación de aplastamiento que le produjo un zumbido en los oídos y la pegó al suelo como si a su alrededor el aire se hubiera comprimido, luego el silencio, todavía más aplastante, y el grito que profirió porque sabía que había quedado sepultada bajo las ruinas de un edificio bombardeado, enterrada viva, y que probablemente su carcelero estaba muerto o había huido.

Permaneció tendida en aquella tumba y aquel olor a cloaca con el que muy pronto se fundiría el hedor de su propio cadáver, esforzándose en abrir los ojos en medio de esas tinieblas absolutas, esa muerte antes de la muerte, esa nada en la que, todavía viva, intentaba imaginar su propio fin, nublada la mente por la droga que la habían obligado a tomar y por el terror que le impedía moverse y pensar con claridad. Horas. El tiempo ya no transcurría para ella, prisionera de una duración infinita que no era sino un eterno presente.

Levanta los ojos hacia ese hilo de luz que, al principio, espantada, ya no ve, luego lo distingue por fin, nítido, el cabello de un ángel adherido a la negrura, y espera ver ampliarse esa fisura, desea que el techo del sótano, o esa bóveda que ella imagina, se desmorone y le abra un camino,

se dice que forzosamente el edificio está desencajado y rajado y puede acabar de hundirse, igual que durante los primeros bombardeos, a principios de mes, las casas intactas, con las fachadas apenas agrietadas, se derrumbaban dos días después porque una corriente de aire cerraba de golpe un postigo, así que escruta ese filamento claro y aguza el oído, al acecho del menor crujido que anuncie la destrucción definitiva de aquel sepulcro.

Acaba por tumbarse sobre su lecho fangoso y frío, porque la espalda contraída la convierte en una estatua de madera, y sí, le parece que ahí arriba se mueve algo, imperceptiblemente, pero la vista se le nubla y los ojos le pican, de manera que los cierra y al abrirlos nada ha cambiado, nada ha obedecido a la voluntad que, desde hace horas quizá, ejerce sobre la materia inerte. Podría rezar, por supuesto, como vio hacer tantas veces a su madre cuando la desgracia y las miserias se abatían sobre ellos, cuando el hambre les hincaba sus dientes, cuando la muerte se acercaba a la cuna de un niño, a la cama del padre; ella le rogaba repetidamente a ese dios ciego y sordo que siempre desatendía los grandes gestos que hacía sobre las sábanas para que posara su mano misericordiosa sobre una frente que ardía de fiebre y apartara el mal, nada había respondido jamás a sus plegarias en medio del silencio de un reloj antiguo que contaba el tiempo restante. Cuando en la iglesia, en medio de un frío gris y unas vidrieras mortecinas, el sacerdote explicaba que Dios había llamado a un alma para que fuera a su lado, donde encontraría el descanso y la dicha eternos, Caroline miraba la bóveda, sobre su cabeza, y no veía más que piedras en las que se disipaba el humo de los cirios, y al fondo, detrás del altar, a una figura martirizada y esquelética, sin duda harta de oír todas las mentiras que se proferían en su nombre.

Temblando, se levanta y se vuelve hacia las paredes opacas, y el hilo luminoso se enciende en el fondo de su ojo antes de desaparecer. Recorre el sótano siguiendo la pared con la mano y tropieza con el cubo, en el que oye moverse el agua, así que se arrodilla y bebe, y coge con las yemas de los dedos un pedazo de pan mojado que engulle con una arcada. Al pasar por delante de la puerta, inspecciona a tientas los montantes por ver si el marco se hubiera desencajado, y a ras del suelo, nota en las manos un vientecillo fresco que sopla suavemente; acerca la cara y la boca para sorber esa minúscula corriente de aire y se siente mejor, se pone de nuevo en pie y golpea con el puño el montante, que no vibra; pide socorro, se dice que alguien pasará y la oirá, grita hasta quedarse sin voz y luego permanece a la escucha, pero lo único que oye es el murmullo de la sangre latiendo bajo su cráneo.

Debería cavar. No lleva nada encima aparte de la falda y la blusa, que no recuerda haberse puesto. Ni siquiera una horquilla del pelo. Empieza a caminar de nuevo siguiendo las paredes, no advierte bajo los pies desnudos más que esa humedad nauseabunda. Debería cavar. Vuelve hacia la puerta, se agacha de nuevo, siente correr el aire sobre su piel. Rasca con las uñas la tierra batida, tan apelmazada y endurecida que apenas la araña. De pronto se acuerda del cubo. Del asa de hierro. Lo localiza, busca los puntos de unión, la curva de los ganchos, e intentando abrirlos se

tuerce un dedo y la uña se levanta, y el cubo resbala y se tambalea y le cae un poco de agua en los tobillos. Lanza un grito de dolor, se mete el dedo en la boca y aprieta la uña ensangrentada, y se estremece ante la idea de que habría podido derramar toda el agua, pues le viene a la mente lo que un día le dijo el doctor Fontaine: que es posible vivir sin comer durante una semana o dos, pero es imposible prescindir de agua más de dos o tres días sin morir. Recuerda que el doctor exigía a las enfermeras que obligaran a beber a los heridos que no querían comer nada. «Por lo menos este no morirá por culpa vuestra», solía decirles después de que hubieran batallado para hidratar a un recalcitrante.

Sumerge un brazo hasta el fondo del cubo. Quedan aún unos litros. Comienza a sollozar sobre el recipiente, pero ninguna lágrima aflora a sus ojos. Se tumba de lado, exhausta. Oye muy lejos las explosiones, que a veces parecen venir de las profundidades de la tierra.

«Yo aquí, enterrada viva, muy pronto muerta. ¿Y tú?»

Le gustaría dormir, dejar de pensar. Pero le dan miedo los sueños que tendrá. Así que deja que acudan a su mente, a retazos, los recuerdos de los días felices.

Duermen, tumbados bajo el último árbol de la Rue de Passy, porque esa noche no han pegado ojo. Porque esa noche los cañones versalleses han cerrado sobre París su tenaza de fuego. Doscientos, trescientos cañones quizá. Lluvia de piedras, esquirlas de cristal saltando de las ventanas. Nevaban cenizas, bajaban chispas del cielo negro, donde los obuses gemían antes de caer.

Para protegerse, se encogían al pie de las fachadas, que vibraban a su espalda, y los trozos de pizarra caían como hachas de los tejados y se estrellaban a sus pies. Hombres con la cabeza abierta corrían gritando por el centro de las calles antes de rodar por el arroyo.

El Rojo entró en un inmueble intacto, derribó una puerta y los condujo a un piso de la planta baja. Se refugiaron en una gran sala de estar que daba a un jardín. Adrien abrió la cristalera y se instaló en la terraza, en un sillón de mimbre, con el fusil atravesado sobre las piernas, y se dejó ir entre el perfume de las lilas. Se veía temblar las hojas de los arbustos en respuesta a las sacudidas del bombardeo.

—¡Se le coge el gusto a esto enseguida! —repetía el muchacho—. ¡Incluso bajo las bombas!

Buscaron algo de comer, no encontraron más que una caja de galletas que se repartieron, y dos botellas de licor que vaciaron a la luz de tres grandes candeleros, brindando a la salud de las damas a quienes la criada debía servirles aquello en los suntuosos vasitos que ocupaban el lugar de honor en una bandeja de plata. Estiraron las piernas sobre los sillones y cerraron los ojos, pero las explosiones los sacaban continuamente de su adormecimiento, y de vez en cuando el yeso los espolvoreaba y oían caer objetos en la planta de arriba, y entonces levantaban la vista hacia el techo para intentar prever el momento en que se les caería encima.

Poco antes del amanecer, un capitán y tres de sus hombres entraron vociferando y dando portazos, los apuntaron con el fusil y les pidieron que se levantaran con las manos en alto. Se tambaleaban, a todas luces borrachos. Por más que Nicolas repitió sus nombres y el número de su batallón, aquellos cuatro beodos siguieron apuntándolos y todos se quedaron así, inmóviles, gritando a cuál más fuerte. Nicolas se dio cuenta de que en cualquier momento se produciría un disparo por obra de un dedo demasiado nervioso. El capitán temblaba empuñando el revólver, y a la luz de los candelabros su rostro gesticulante parecía el de un idiota. El bombardeo se intensificaba a su alrededor. Bruscos destellos iluminaban el jardín, que después volvía a quedar sumido en la oscuridad. Un obús cayó muy cerca; en la habitación se rompieron dos cristales. Los borrachos volvieron la cabeza al unísono, con expresión atónita, como si se percataran de pronto

de los cañonazos. El Rojo les arrojó una silla a la cabeza y se abalanzó sobre ellos. Nicolas desarmó al capitán, que había caído sentado contra una pared y reía, o lloraba, resultaba difícil saberlo, y lo abofeteó dos veces para sacarlo de su atontamiento. El oficial levantó hacia él los ojos llenos de lágrimas, sonriendo como un niño. Apestaba a alcohol. Sus hombres estaban tumbados boca abajo y el Rojo paseaba sobre ellos la punta de una bayoneta, mascullando insultos inaudibles mientras Adrien recogía sus armas y sacaba de sus cartucheras las municiones y el tabaco que contenían.

Los echaron a la calle a patadas y los miraron alejarse silenciosos y haciendo eses, con el fusil al hombro y tres cartuchos en la cartuchera, lo suficiente para asustar a unos gorriones, amenazándolos con contarle el episodio al coronel del 74.º batallón. Al oír aquello, uno de los hombres se echó a reír y emitió un ruido obsceno con la boca.

Hacia las seis, una corneta dio la señal de congregarse y se encontraron con cuatrocientos hombres más delante del ayuntamiento del distrito XVI. A su alrededor, la ciudad estallaba y saltaba por los aires. Un coronel tomó la palabra en nombre del general Dombrowski. Refuerzos humanos y de artillería estaban en camino. De momento no se podía hacer nada. Subir a las murallas, inaccesibles bajo el fuego permanente, era una tarea vana. A mediodía se volvería a hacer balance de la situación. Aquel coronel sin quepis, con el cuello de la guerrera desabrochado, sin el sable reglamentario, hablaba alto y claro, con voz firme, y los guardias escuchaban en silencio. Durante la noche, decenas de hombres se habían marchado, atemorizados, desanimados, asegurando que iban a defender las barricadas en sus barrios. Los que quedaban no se atrevían a decir nada para no hacer lo mismo.

Se formaron aglomeraciones alrededor de las cantineras. Había incluso café. Manifestaban su alegría por semejante placer. Los soldados de la Comuna mantenían la mirada gacha sobre el tazón lleno de algo caliente, que bebían hablando en voz baja. Los soldados de la Comuna ya no eran en aquel momento más que una escuadra de murmullos, un batallón de fatigas todavía en pie.

Hacia las once, los cañones callaron. Se oía aún al Mont Valérien rugir de vez en cuando, pero las baterías ya no disparaban.

—Están llegando —dijo Adrien—. Antes del anochecer estarán aquí.

Nicolas y el Rojo no dijeron nada, porque después de eso no había nada que decir. Los tres se pusieron a escuchar el silencio. De vez en cuando un pájaro, sin duda loco, trinaba. Pero ellos escuchaban más lejos, entre el zumbido permanente de sus tímpanos, como si pudieran percibir el paso de los regimientos de la infantería de línea entrando en París.

Durmieron un poco, porque no había otra cosa que hacer y porque no tenían fuerzas para hacer otra cosa.

—¡A las armas! —Un hombre corre por la calle empuñando el fusil con las dos manos y con la cabeza descubierta—. ¡Una columna a la puerta de Saint-Cloud!

En las calles aledañas, unas voces repiten la alerta. Los hombres salen corriendo de los edificios, bajan precipitadamente de los pisos donde tenían sus cuarteles, se visten, tropiezan porque llevan los zapatos desatados o las botas mal puestas. Cinturones, fundas, morrales y armas que se llevan bajo el brazo, al hombro o colgando de la cintura. Todos se ajustan la indumentaria en medio de la calle. Los oficiales preguntan qué hacen, los sargentos intentan reunir a unos pocos. Nicolas cuenta a su alrededor unos cincuenta guardias del 105.º.

—¿Solo?

—Solo —responde Langlois, un viejo de la vieja guardia con un vendaje ensangrentado en la frente—. Tres compañías están en Belleville, ¿no te acuerdas?

Los hombres esperan órdenes. Se preguntan dónde están los versalleses. ¿Se han detenido en el Point du Jour? Están reagrupándose. Traen artillería. ¿Quién lo dice? Unos chiquillos que andan por esos parajes. «Entonces, ¿qué hacemos?»

En cualquier caso, un capitán llamado Mouchet se ocupa de que se repartan municiones. Envía a diez hombres a por ellas al ayuntamiento. Dos atalajes de artillería están alineados más allá desde hace tres días. Se preguntan dónde están los artificieros. ¿Quién sabe utilizar esos artefactos? Dos hombres se acercan. Nicolas los reconoce, son dos de los beodos a los que les cantaron las cuarenta la pasada noche. Explican que defendieron un bastión en la puerta de la Chapelle durante el asedio, frente a los prusianos.

—Pero ¿y los caballos? —pregunta uno de ellos—. ¿Tenemos que tirar nosotros los bártulos?

Un coronel, el que hablaba un rato antes, aparece acabando de ponerse bien el uniforme.

—Buscamos caballos —le dice alguien—. Para desplazar esos cañones.

El coronel se desternilla.

—¿Caballos? ¿Aquí? ¿Ahora? Se necesitan diez hombres para manejar cada pieza, eso es lo que hay. Además, ¿sabéis qué vais a hacer con vuestros cañones? Posición, potencia de fuego...

Los hombres titubean. Murmuran. Algunos contemplan la posibilidad de marcharse de allí, donde todo parece perdido. Cogen el morral, el fusil, continúan esperando, discuten con los compañeros que quieren retenerlos.

—Un coronel debe saber esas cosas —dice un tipo alto con el bigote caído y la cara ennegrecida por una barba de tres días.

El oficial busca al que ha hablado entre la multitud de quepis que se agolpa a su alrededor, pero las cabezas se vuelven hacia una esquina.

Seis jinetes llegan al trote. Dombrowski y su Estado Mayor. Desmontan, entran en el ayuntamiento con todos los oficiales presentes. Les piden a los hombres que estén preparados para ponerse en marcha.

Nicolas organiza el reparto de cartuchos. Una treintena por cabeza. Llenan las cantimploras, desvalijan a las cantineras, que anuncian que se retiran hacia Montparnasse. Durante una hora,

corren en todas direcciones. Los pelotones forman, las compañías se reagrupan. Los dos cañones son arrastrados, empujados de cualquier manera sobre el empedrado con el ruido sordo de un coche fúnebre. Una patrulla es enviada en misión de reconocimiento a lo largo del Sena, otra hacia la puerta de Auteuil.

El Rojo se acerca a Nicolas, que está limpiando su fusil.

—¿Tú qué piensas?

—¿Qué pienso de qué?

—De todo esto.

Nicolas coloca la culata en su sitio, la desliza, añade un poco de grasa. No piensa nada. Flota en un baño frío de cansancio y tristeza.

—Estamos jodidos, ¿verdad?

Su amigo se ha puesto en cuclillas junto a él y le ha cogido el brazo para que deje de trajinar con el arma y le responda mirándolo a los ojos.

—Estamos jodidos, ¿verdad? —repite el Rojo.

—Mientras estemos vivos, no —dice Nicolas.

El Rojo se levanta.

—Pues no falta mucho.

Un poco más lejos se desata una pelea. La multitud se aparta. Dos tipos ruedan juntos por el suelo, se golpean, intentan estrangularse. Los separan, los ponen de pie, luego dos hileras de hombres se enfrentan apuntándose con bayonetas y profiriendo insultos. Es un asunto de desertores, de traidores. Después bajan los fusiles y un grupo de unos cincuenta guardias nacionales se aleja a paso rápido gritando: «¡A las barricadas! ¡Calle por calle acabaremos con ellos!».

Dos capitanes salen a la carrera del ayuntamiento, se lanzan tras los fugitivos. Les ordenan que vuelvan, los amenazan con fusilarlos. Uno de ellos desenfundó el revólver y dispara al aire. Entonces un hombre gira sobre sus talones y apunta con el fusil. Los otros se han detenido y se vuelven, dispuestos también a disparar.

—¿Y ahora qué dices, amiguito?

—¡Ya no hay oficiales, ya no hay órdenes! ¡Lo único que queda es el pueblo en armas!

El capitán guarda el revólver, da media vuelta y regresa al ayuntamiento con la cabeza gacha. La escuadra se pone de nuevo en marcha hacia la Place du Roi de Rome. Una bandera roja va en cabeza, entre clamores.

—Deberíamos hacer lo mismo que ellos —dice el Rojo mirando al grupo que se aleja—. Aquí no podremos hacer nada. Ayer lo viste perfectamente en el bosque.

Nicolas no responde. Acaba de montar el fusil y se pone de pie. Su compañero no le quita los ojos de encima.

—¿Qué quieres que te diga? Vamos a luchar. Vamos a tratar de salir de esta. Lo único que quiero es vivir un poco cuando esto acabe. Con Caroline, en un lugar tranquilo. Y críos que lloriqueen y jueguen. Tengo derecho a esa pequeña felicidad. Y tú, y todos los demás. Y algún día, dentro de veinte años quizá, no lo sé, tendremos la oportunidad de tomarnos la revancha e imponernos a los soldados y a los burgueses. También por eso debemos seguir vivos, redíos. Porque de todas formas no podrán matarnos a todos. Habrá que olvidar el terror, encontrar otras razones para vivir, recuperar fuerzas, voluntad. Nosotros, la gente pobre, somos más numerosos que ellos. Es imposible que consigan someternos mucho más tiempo. Lo que hemos intentado hacer servirá de modelo, y lo que hemos hecho mal servirá de lección.

El Rojo escupe al suelo y ríe en silencio.

—Si lo he entendido bien, seremos unos magníficos vencidos... ¿Es así como se habla en los estrados?

Nicolas asiente con la cabeza y luego se levanta de golpe. Una chica está hablando en medio de un grupo de soldados, y él oye las risas desde donde se encuentra, ve las manos que la tocan, brazos que la aprisionan en una red móvil. El corazón le da un vuelco al reconocerla y corre hacia ella.

—¿Lalie?

Ella se vuelve con viveza, las mejillas rojas, los cabellos revueltos bajo el gorro. Cuando Nicolas se acerca, un hombre se interpone, bayoneta en mano.

—¿Adónde vas, camarada?

—La conozco. Ha venido para hablar conmigo. Dejadla tranquila.

—¡Sí, es verdad! —dice Lalie—. ¡Es a él a quien buscaba! ¡Sargento Bellec del 105.º!

—Nosotros somos del 112.º, ¿qué más da? ¡Y además, sargentos hay muchos! ¡El militarismo ha muerto! ¡Viva el ejército del pueblo!

Los guardias que la rodean ríen a carcajadas. Uno de ellos, colorado, con el quepis echado hacia atrás, la rodea con los brazos, la estrecha contra sí, una mano levantándole ya el vestido. Los otros se amontonan. Le arrancan el chal, aparece un hombro desnudo. Lalie, con los brazos cruzados sobre el pecho, se encoge. El que la sujeta la rodea por el talle, pegado a su espalda, y mueve la pelvis riendo.

—¡Soltadla!

Nicolas sorte a al tipo que le impedía pasar, pero este lo agarra del cuello de la chaqueta y tira de él hacia atrás. La punta de la bayoneta se apoya en su garganta.

—Ve a buscar a tu puta a otro sitio. Tú la querías para ti solo y nosotros hemos decidido compartirlo todo, ¿verdad, muchachos?

Los muchachos lo aclaman. «¡Viva la Comuna!»

Una culata golpea al hombre en la cabeza, y este cae a cuatro patas para ser inmediatamente

sacudido por el puntapié que le propina el Rojo. El tipo se desploma boca abajo, con el cañón del fusil pegado a la nuca.

—Os han dicho que soltéis a la chica —dice el Rojo.

Silencio en las filas. Los hombres miran, súbitamente sobrios. Algunas manos todavía están puestas sobre Lalie, que se desase lentamente, moviendo los hombros para apartarse, como si se liberara de una zarza. Nicolas le tiende el brazo y la aleja de los hombres, que ya se dispersan. El Rojo da una última patada en el costado del hombre que está en el suelo.

—¡Viva la Comuna, ciudadano! Hoy reparto gratis. ¡Si quieres más, solo tienes que pedirlo!

Nicolas invita a Lalie a sentarse en el sillón Luis XV donde ha estado durmiendo un rato. Ella se ciñe el chal a los hombros, temblando.

—Tenía que verte.

—¿Caroline?

Lalie asiente con la cabeza.

—¿Dónde está?

Entonces la joven le cuenta lo sucedido. El paseo por París para ir a ver a su pretendiente, que es aprendiz de un ebanista del Faubourg Saint-Antoine, el cansancio que la invadió y le hizo empezar a cojear, aquel coche de punto que pasaba justo en ese momento por el bulevar y la suerte que creyeron que les sonreía por segunda vez, teniendo en cuenta que deben de seguir circulando cincuenta simones por París y que ese día ellas encontraron dos en su camino, pero resultó que no les sonreía la suerte, sino que la desgracia les enseñaba los dientes y se llevó a Caroline al galope en medio de toda aquella gente que no se percató de nada, entretenida como estaba deambulando por las aceras y bromeando con los guardias nacionales que vigilan las esquinas como si fueran a robarlas.

Nicolas escucha con la mirada gacha. Observa a unas hormigas que levantan cortezas de pan mientras ve literalmente escapar en una noche de terror al coche que se lleva a Caroline.

Lalie hace una pausa, sorbe los mocos, recupera el aliento.

—Me llevaron a la policía. A una comisaría del distrito X, detrás de la puerta de Saint-Martin, en la Rue du Château-d'Eau. Roques, así es como se llama el policía que me interrogó. Es uno de la Comuna, no es policía de verdad, bueno, quiero decir que... El caso es que me dijo que iba a ocuparse del asunto. Que otras chicas habían sido raptadas en el mismo coche, con el mismo cochero, un tipejo moreno, cubierto de pelo, como un animal... Eso es lo que me dijeron. Y ese policía parecía saber dónde buscar, creo yo. Porque a ese cochero ya lo habían visto en el barrio —Lalie se calla y se cubre la cara con las manos—. Toda la culpa es mía. Fui yo quien la llevó a ese barrio, fui yo quien abrió la portezuela de ese coche cuando ni siquiera estaba deteniéndose.

Solloza. Nicolas no sabe si debe consolarla o abofetearla. De no ser por su capricho de chiquilla, nada habría ocurrido y él podría conservar en el corazón la débil esperanza de que aún

es posible una vida después de la agonía de ese sueño inmenso que han tenido todos. Sin embargo, las imagina a las dos caminando por París, felices y libres, enamoradas y por un instante tranquilas en la ciudad sublevada, un poco embriagadas por esos días luminosos que vive el pueblo desde hace semanas, pese a la guerra que se acerca, a la amenaza de un retorno sangriento del orden antiguo. Y por eso, por esos momentos que las dos vivieron esa tarde, querría dar las gracias a la joven.

Lalie se levanta. Debe marcharse ya. Sorbe por la nariz, se la seca con la manga.

—Tenías que saberlo —dice.

Por supuesto. Pero saber eso es como no saber nada: Caroline en manos de unos criminales en París, desde una tarde en plena guerra civil. Y ahora ¿qué? Si estuviera muerta, sabría que está en paz. Qué idea más estúpida. Palabrería de curas. La muerte es la nada. Y vivir en paz es todo lo que él querría ahora. Con ella. Está viva y volverán a estar juntos. La encontrará. Tendrá que ir a ver a ese policía de la Comuna, ya que al menos hay uno. Abraza a Lalie y ella se abandona en su pecho, sin fuerzas.

—¿Adónde vas ahora?

—A casa de mi madre, en la Butte-aux-Cailles. Quiero estar con ella y mis hermanos pequeños. Con lo que se avecina, estaremos mejor juntos. Y yo no puedo ser útil para nada.

—No sé quién puede ser útil para algo. ¿Y tu pretendiente?

Lalie mira a los soldados que están sentados en la calle hablando en voz baja. Se seca los ojos con el dorso de la mano.

—Eso era antes. Ahora es demasiado tarde. —Levanta la mano hacia el rostro de Nicolas y la pone sobre su mejilla. Está fría, y él la mantiene apretada contra su cara para calentarla—. Cúdate. Y encuentra a Caroline. Tenéis que venir a verme los dos a casa de la señorita Bastide o de mi madre. Señora Claveau, así se llama, Léontine Claveau.

La joven se aleja. Se quita el gorro y lo tira al suelo, y sus cabellos rojos le caen sobre los hombros. Él se percata de que cojea un poco, pero Lalie avanza con valentía, la cabeza alta, apacible hoguera bajo el sol. Ella se vuelve con un movimiento rápido y le envía con la yema de los dedos un beso al que Nicolas responde con un gesto de la mano antes de volver la espalda. Adrien está ya detrás de él, fusil al hombro.

—Hay que irse —dice el muchacho—. ¿Quién era?

—Una pelirroja guapa, como has visto. Deberías correr tras ella.

—Cuando los hayamos echado de París. Entonces tendré chicas guapas y buen tiempo.

Se oye el toque de corneta llamando a las tropas. Nicolas recoge el petate y el fusil y arrastra su cansancio hasta la compañía, que aguarda la orden de ponerse en marcha.

Las calles por las que avanzan están vacías, pero en algunas ventanas se ven cortinas que se mueven. Nicolas intuye miradas vacías espíandolos en la oscuridad. Manos puestas ya sobre los

pomos para abrir y aclamar la llegada de los versalleses. Le entran ganas de disparar contra esos cristales para romper su falsedad fría, pero no es momento de gastar municiones en vano.

Llegan junto a la estación de Auteuil en ruinas. Siguen los raíles arrancados hasta el viaducto, y entonces los ven: doscientos o trescientos soldados de infantería que avanzan en dos columnas a ambos lados de la carretera.

—Ha llegado la hora —dice el Rojo.

La primera descarga abate a una treintena de hombres, que caen con una extraña lentitud, como si no se lo creyeran. Los demás se echan al suelo, algunos responden y las balas silban y gimen y se estrellan contra las viguetas de hierro con un martilleo de herrero. Lo único que ve Nicolas al otro lado de la mira son formas movedizas, pantalones rojos danzando entre una bruma. No sabe cuáles derriba, ni si es él quien ha dado en el blanco.

Durante media hora, desde lo alto del viaducto, mantienen a los versalleses clavados en el suelo o les hacen bailar y desplomarse. Sus gritos les llegan entre el ruido de los disparos.

—¡Munición! —grita un muchacho a su izquierda.

Un puñado de cartuchos pasa de mano en mano.

—¡Apuntad bien! ¡Disparad sobre seguro!

Se esfuerzan en hacerlo. Abajo, los versalleses se repliegan disparando sin orden ni concierto. Se llevan a algunos heridos, se ve a otros que tratan de arrastrarse.

—¡Mira a aquel! —dice Adrien.

Señala a un soldado que intenta levantarse apoyándose en el fusil. Adrien dispara, el hombre es proyectado hacia delante por el impacto y cae boca abajo. Continúa moviendo un poco los brazos y las piernas, como un nadador patético, y finalmente se queda inmóvil. El muchacho lanza un grito de alegría.

—¿Has visto eso?

Nicolas se vuelve hacia su cara negra de pólvora.

—Una bala malgastada. Ya estaba acabado.

—Era la última.

—Razón de más.

Los hombres piden municiones, y todos rebuscan en el fondo de las cartucheras para sacar los últimos cartuchos. Un obús pasa por encima de ellos y llega hasta un jardín, a un centenar de metros, donde planta un árbol instantáneo de tierra y fuego. Otro explota en la vía. Dos tipos caen gritando. Un raíl se levanta, retorcido, como una serpiente enorme.

Durante casi una hora, dejan a los mejores tiradores delante, los otros cargan los fusiles con los cartuchos restantes. Abajo, la infantería se ha replegado. Algunos disparan indiscriminadamente desde los jardines, se pierden balas que impactan sonoramente contra las viguetas de hierro. Adrien se aplica. Vigila desde lejos esa esquina donde de vez en cuando aparece un soldado para

disparar. Durante un rato no se mueve nada.

Nicolas le pone una mano en el hombro. El muchacho no aparta el ojo del punto de mira del fusil. Esta vez se trata de la última batalla. Lucha a muerte. Frontal. Los tipos de enfrente no se andarán con miramientos. «O ellos o yo», piensa. Sabe que ahora sus compañeros y él tienen que combatir forzosamente. Sabe que la Comuna está moribunda y que a la lucha en armas por un mundo nuevo le ha sucedido una guerra en la que cada uno tendrá que salvar su propia piel. Podrán seguir agitando banderas rojas, podrán seguir desafiando a la soldadesca de Versalles gritando «Viva la Comuna», se tratará de sobrevivir a la matanza, porque aquello sin duda lo será. Aunque solo sea para tener la posibilidad de hacer otro intento dentro de unos años, cuando el terror haya pasado, reemplazado por la ira y la revuelta, cuando florezca de nuevo un poco de esperanza en medio de las ruinas.

—¡Por lo que más quieras, mátalos!

Nicolas ve cómo las balas rasgan la madera de la carreta, hacen saltar astillas, encienden chispas en los adoquines alrededor de los soldados, que afinan la puntería y ahora hacen zumbar dañinos abejorros justo por encima de las cabezas. Se encogen, se pegan al suelo, esperan a que todo pase porque nadie tiene más de dos o tres cartuchos. Adrien encaja la culata del arma bajo la axila. Abajo, en la sombra alargada de una casa, las siluetas de los soldados tumbados bajo el furgón son casi indistinguibles.

—Ese que está detrás de la rueda —dice Adrien— va a arrepentirse de haber venido hasta aquí.

Nicolas ve cómo su dedo roza el gatillo, se aparta, lo aprieta. No puede evitar dar un respingo cuando suena la detonación. El soldado profiere un grito y rueda sobre sí mismo, batiendo el suelo a su alrededor. Los otros acuden en su auxilio reptando, le desabrochan la guerrera, lo arrastran hasta la carreta, luego se levantan de pronto y lo ponen a cubierto. Adrien tiene tiempo de darle en la pierna a uno, que salta por los aires y, haciendo cabriolas, se pone fuera de su alcance.

Los guardias están exultantes, felicitan al muchacho. ¡No volverán! ¡No pueden con nosotros! A lo largo de la vía férrea, más lejos, se reanuda el tiroteo, sin descanso durante más de una hora. Han llegado cajas de cartuchos de no se sabe dónde. Se las reparten. Como ahí las cosas están más tranquilas, un capitán pide voluntarios para ir a reforzar la barricada del Boulevard Murat. Nicolas, el Rojo y Adrien se ponen en pie y arrastran con ellos a una decena de camaradas, corren tropezando sobre unas traviesas arrancadas y bajan hacia la estación de Auteuil, destruida, que aparece a la luz crepuscular como un castillo maléfico. Abajo, una veintena de federados emboscados detrás de un muro disparan hacia el bulevar. Esquirlas de yeso y piedra saltan a su alrededor con chasquidos secos, y ellos se agachan para cargar las armas y corren doblados por la cintura entre las paredes resquebrajadas, los tabiques derribados, se cuelan bajo restos de estructuras suspendidas como arañas de un hilo invisible y cambian de sitio y continúan

disparando antes de replegarse y refugiarse, cincuenta metros más lejos, detrás de la barricada que cierra de lado a lado el bulevar. Nicolas corre junto a la vía con los demás, bajan el talud y se dejan caer detrás del montón de adoquines y sacos de tierra apilados. Abren fuego de nuevo, largamente, contra las siluetas que avanzan allá abajo pegadas a las paredes. Después se oye una descarga dirigida contra ellos que golpea los sacos y se hunde en ellos con un ruido sordo, y araña el granito de los adoquines chirriando. Es una ametralladora que replica haciendo un ruido extraño de engranaje atascado. Todos se esconden, la cabeza hundida entre los hombros, en espera de que los de enfrente vuelvan a cargar, pero un tipo grita con rabia y se levanta, apuntando con el fusil, y es arrojado hacia atrás como si hubiera recibido un mazazo en la frente. Nicolas ve brotar la sangre, se pregunta qué ha visto realmente, un penacho escarlata, luego se incorpora porque los demás empiezan de nuevo a disparar después de que la ametralladora se haya callado. Como ya no le quedan municiones, va a sentarse bajo una ventana abierta que da a una habitación ennegrecida por el humo, donde los muebles quemados, todavía en su sitio, parecen cubiertos por una extraña piel de escamas oscuras. Entonces se obliga a mirar al muerto para convertir quizá en real lo que ha creído ver.

El hombre boca arriba entre los restos desperdigados de su cerebro. No hay nada más por encima de sus ojos abiertos. La nariz y la boca entreabierta, intactas, y una barba bien recortada, muy negra, parecen esperar que las retoquen o que acaben de modelar lo que todavía falta en esa figura de cera. O que restauren esa estatua rota. Un federado se deja caer de rodillas junto a él, las manos sobre los muslos, y contempla el cadáver con expresión atónita. Nicolas ha visto otros así. En Courbevoie, en la fortaleza de Vanves... Horrendos, despedazados y con las tripas fuera, de los que no quedaba prácticamente nada, algunos de ellos declarados desaparecidos para no tener que presentarlos a la familia, enterrados en un rincón de un jardín o bajo un árbol. En aquella ocasión en Courbevoie, bajo un espino. Los muchachos seguían hablando aún de aquel muerto, era el cuento de nunca acabar. Dumoulin, se llamaba. Dieciocho años apenas. El obús había caído a sus pies mientras orinaba contra una pared. Y a los compañeros del otro lado, mientras se burlaban de él, les habían caído encima los ladrillos. Pero ahora está impresionado por este otro hombre cuya muerte ha visto abrirse como una flor maligna. Siente un vértigo que le obliga a cerrar los ojos.

Cuando vuelve a abrirlos, intenta localizar al Rojo y a Adrien, pero no los ve. Levanta la cabeza. Por encima de él, un gran cielo dorado en el que se deshilachan nubes rosadas ilumina el poniente. Un pájaro atraviesa esa incomprensible belleza chillando. Nicolas lo sigue con la mirada hasta que desaparece detrás de un árbol. Le gustaría quedarse allí y no hacer nada más, envuelto en esa luz y en el zumbido permanente de sus oídos, detrás de ese cristal impalpable. Le gustaría no estar allí.

Se reanuda el tiroteo, la treintena de fusiles dispara sin interrupción. Se distinguen las chispas

de las descargas. Se oyen gritos. La ametralladora continúa allí abajo, en la calzada, entre dos carretas volcadas. En la penumbra que empieza a engullirlo todo en su grisura, apenas se distingue a los artificieros haciéndola girar para modificar el ángulo de tiro. Nicolas dispara cinco balas seguidas conteniendo la respiración cada vez que lo hace, toda su voluntad concentrada entre el punto de mira y el alza y propulsada después en un pensamiento mortal hacia los canallas que se mueven ahí abajo. A su alrededor hay una decena de hombres, mudos, solo se oye su respiración entre el chasquido de las culatas, apuntando a los cuatros soldados que manejan el arma. Ven cómo uno se tambalea y se felicitan sin abandonar su puesto.

Luego se oyen gritos a su espalda. Un grupo de hombres acaba de aparecer en la otra esquina de la calle. Una quincena: los llaman y les indican que vayan. Los versalleses les pisan los talones. La barricada está a punto de ser tomada por la retaguardia. Adrien corre hacia Nicolas en cuanto lo ve.

—¿Dónde estabas? Te buscaba. ¿Y el Rojo? ¿Lo has visto?

El muchacho niega con la cabeza, incapaz al principio de responder, sin aliento. Se dobla por la cintura, apoyado en el fusil.

—Las calles están llenas. No se sabe cuántos hay... Entran por los jardines, los zapadores están echando abajo los muros. El repliegue es general, no podemos resistir.

Recogen los petates y algunos fusiles. Ayudan a los heridos.

¿Y él? Miran el cadáver y durante unos segundos se hace un silencio absoluto. Incluso la ametralladora que lo ha abatido se calla. Luego una ráfaga de balas silba sobre sus cabezas y Nicolas propone dejarlo allí, porque si lo llevan con ellos no podrán avanzar.

—¿Alguien sabe cómo se llama?

—Philibert Vergnaud —dice un hombre—. Del 68.º. Era mi vecino de rellano. Un buen chico. He rezado una oración porque él creía en esas cosas. Se lo diré a su mujer, ella es muy valiente.

Se ponen en marcha. La noche cae sobre ellos. A lo lejos, redoble de tambores, toque de trompetas, salvas de disparos. Se desvían hacia el Sena; en la retaguardia de la barricada que defendía el muelle de Passy, evacuada también, se topan con el muro de adoquines destrozado por los obuses. Cruzan el puente de Jena bajo el fuego de un cañón en batería instalado en una barcaza que navega lentamente hacia ellos. Corren bajo los haces líquidos que las explosiones levantan del río, empapados de agua fangosa y fría. Algunos hombres, apoyados en el parapeto, responden, pero la barcaza ya está fuera de su alcance y prácticamente no se ve a los artilleros que trajinan alrededor del cañón.

Cuando llegan al Campo de Marte, encuentran los acantonamientos desiertos y el parque de artillería abandonado. Todavía arden algunas fogatas. Hay un centenar de cañones, la mitad de los cuales no están montados sobre su afuste. Ni carros ni municiones. El Rojo ya está allí, con una veintena de hombres en pie, en silencio, alrededor de otro tendido de lado que vomita sangre. Se

dirige hacia Nicolas cojeando.

—Es Gallin, el zapatero de la Rue des Amandiers. Lo hemos traído hasta aquí, pero no irá más lejos. —El Rojo señala los cañones abandonados—. Solo con eso podríamos detenerlos —dice—. Fíjate qué desperdicio. Mañana nos harán picadillo con nuestras propias armas.

Nicolas contempla las dimensiones del desastre. La Comuna desintegrándose ante sus ojos, y ellos huyendo a través de la ciudad, que ya no es la urbe que querían construir.

Un grupo de jinetes sube hasta la cabeza de la columna. Alguien ordena detenerse. Apuestan centinelas para vigilar los muelles y los hombres se sientan y recuperan el aliento. Vacían la cantimplora, encienden la pipa. Comparten unas galletas. Sobre todo, discuten acerca de lo que habría que hacer. ¡Largarse, y deprisa! ¡Ni hablar! ¡Definir una línea de defensa infranqueable, con los cañones y los hombres necesarios! ¡Demasiado tarde! ¿Dónde están los planes? ¿Quién decide? Al parecer, el comité central todavía no sabe que los versalleses están en París. Dombrowski ha enviado un despacho: pide tres mil hombres y cañones. Algunos se tranquilizan: entonces no está todo perdido. No es coraje lo que falta, sino unas cuantas órdenes lógicas y un poco de organización. Nicolas recorre los grupos que discuten. Se aleja un poco hacia la noche y el silencio. Algunas hogueras arden aún y coronan los tejados de vapores rojizos.

Durante una hora, deambula por delante de la Escuela Militar, donde solo unas ventanas se iluminan vagamente. De vez en cuando, un jinete sale al galope y el ruido de los cascos resuena largo rato en las avenidas desiertas. Cuando regresa junto a sus compañeros se entera de que Dombrowski se ha dado por vencido y se repliega ordenadamente con trescientos hombres. La Muette ha caído, todas las puertas, desde Saint-Cloud hasta Maillot, están en manos de los versalleses. Un coronel de la 7.^a legión se esfuerza en reunir hombres y organizar patrullas. Decenas de sombras se alejan en la oscuridad refunfuñando. «Sin nosotros.» «Yo me vuelvo a mi casa.» Otros se reagrupan en compañías de voluntarios para ir a defender las barricadas. Enarbolan una bandera roja que han recogido en cualquier parte y se ponen en marcha cantando «La Marsellesa». En la negrura en la que se pierden, continúan cantando detrás de esa bandera cuyo color sangre ya no se distingue.

Nicolas y el Rojo han conseguido convencer a Adrien para que no se una a esa retirada. El muchacho aseguraba que allí todo estaba perdido. Había que esperarlos más lejos, para bombardearlos en cuanto dieran la vuelta a una esquina. «Y si no iré a degollarlos esta noche, uno por uno.» Agitaba la bayoneta delante de él, exaltado, con lágrimas en las mejillas. El Rojo consiguió agarrarlo del cuello de la chaqueta y lo inmovilizó contra un farol apagado. Apenas se veía en aquella oscuridad movediza llena de gritos, de cantos, de órdenes. A veces incluso de risas burlonas. Le pidió que se dejara de tonterías y escuchara un poco. Habían empezado juntos y seguirían juntos. Hermanos, amigos. Como el muchacho continuaba vociferando, le propinó una bofetada y aquello lo calmó de golpe. «Ahora escúchame, demonios. Hermanos, amigos. En la

vida, en la muerte.»

«En la muerte no —murmuró Adrien—. No».

Patrulla nocturna bajo una luna descendente. Avanzan sigilosamente por la Rue du Commerce, los fusiles cargados, el dedo sobre el guardamonte. En cada recodo, echan un vistazo. El silencio zumba en sus oídos. En la esquina de la Rue Fondary, se agachan al unísono. Delante del edificio del mercado arden antorchas portadas por soldados. Otros hombres van de un lado a otro. Los oyen hablar, perciben tintineos, chirridos metálicos. Es comprensible que, en medio del silencio, hablen bajo. Un caballo relincha. Parece que está tan cerca que esperan verlo doblar la esquina.

—Mirad —susurra el Rojo.

Al final de la Rue Fondary, a su derecha, apenas a cien metros, aparecen dos centinelas, extraños bajo el claro de luna.

—¿Qué hacemos? —pregunta Adrien.

—¿Tú qué crees?

—Habría que ir a buscar refuerzos y atacarlos.

—Ocupan todo el distrito. No sabemos cuántos son. Seguramente miles. ¿Y nosotros? ¿Qué tenemos? ¿Cuatrocientos o quinientos hombres? Nos matarán a todos.

Se retiran reculando, sin perder de vista a los versalleses, que se extienden por París como una inundación que arrastrará todos los diques.

Caminan un buen rato, algunos camaradas que vagaban en la oscuridad se les van uniendo aquí y allá, antes de llegar a las primeras barricadas del Boulevard du Montparnasse. Montones de mujeres, niños y guardias nacionales se agolpan en las calles detrás de los refugios. El barrio, les dicen, es inexpugnable. Los versalleses se estrellarán. «No pasarán», exclaman unos artilleros acariciando el alma de su pieza de 8, atrincherados en el Boulevard d'Enfer. Dos centinelas, apostados en la muralla de adoquines, los escuchan sonriendo a medias, incrédulos, y reanudan la guardia encarando sus armas.

Esa mañana, Antoine Roques durmió un poco más de la cuenta, y cuando una fanfarria, en la calle, lo despertó, se preguntó qué hora era para que aquellos sinvergüenzas armasen semejante algarabía. Abrió las contraventanas y vio desfilar una compañía de guardias versalleses, la forrajera alrededor del cuello, impecables, por así decirlo en uniforme de gala, entre los aplausos de la multitud, en medio de un montón de críos que corrían gritando o imitaban a los hombres marchando al paso, con un palo apoyado en el hombro. Delante de los soldados iba una veintena de músicos, cuyos metales pulidos lanzaban destellos dorados a la luz de la mañana. El tambor mayor, vestido con un uniforme de opereta rojo con galones dorados, lucía una enorme barba blanca y a cada paso hacía rebotar la gran caja sobre su enorme barriga. Marcaba el ritmo con aire marcial, los ojos entornados, muy absorto en su tarea. Detrás de él, las trompetas y las tubas tocaban el «Canto a la libertad» con armonías inesperadas. Roques los miró alejarse, seguidos aún por bandas de niños chillones, mientras los curiosos les aplaudían o se burlaban de ellos, apiñados en las aceras. Salió del dormitorio cuando la fanfarria atacaba «La Marsellesa» desafinando, con la intención evidente y decidida de desfigurarla.

Rose se sentó con él mientras tomaba un desayuno de fiesta: la mujer había encontrado un trozo de *brioche* en una panadería de la Rue des Marais, y había abierto para la ocasión el penúltimo tarro de mermelada de fresas que le quedaba. Bebió un poco de café con él, no mucho porque le produce palpitaciones y después no pega ojo en toda la noche. Hablaron de los niños, a los que enviaron a casa del tío Charles, cerca de Dreux, a finales de marzo, para que se repusieran de las angustias del asedio y estuvieran a salvo de lo que pudiese pasar en París. No se reparte el correo desde hace dos semanas y están preocupados. El tío Charles daría la vida por sus sobrinos nietos, por supuesto. Es serio, inteligente, instruido, y disfruta de una buena posición, por supuesto. Pero era tranquilizador recibir las dos cartas que enviaba todas las semanas con las líneas que escribía Mariette y los garabatos de Bertrand, que ya ha aprendido, con lo pequeño que es, a poner su nombre. Ya no sabían si preferían saber que estaban a salvo o tenerlos con ellos. No se atrevieron a hablar de lo que ambos temían si se confirmaba que todo aquello se pondría feo en los próximos días. Se callaron, perdido cada uno en oscuros pensamientos. Rose dejó escapar un sonoro suspiro entrecortado que parecía un sollozo silencioso y se levantó.

—Me voy con ellos, Antoine. Ya no puedo más. Tengo miedo... Tengo miedo de todo. Me he informado: se puede pasar por Saint-Denis con el correo.

Antoine Roques sintió que se le desgarraba el corazón. Se tocó el pecho con una mano porque le parecía que sangraba. Rose acercó su silla y volvió a sentarse.

—¿Por qué no vienes conmigo? Estaríamos con ellos, los protegeríamos. ¿Qué te parece?

—No puedo. Tengo que...

Se interrumpió, sin aliento. Ya no sabía dónde estaba su deber.

—¿Tienes que qué?

—He adquirido compromisos. Tú me animaste a hacerlo, acuérdate. Estabas orgullosa de que hiciera esto. Ahora debo llegar hasta el final.

—¡Pero al final ya hemos llegado, Antoine! Esto ha acabado, o acabará dentro de unos días, tú mismo me lo decías ayer. Lo he pensado bien: hay que irse hoy, porque mañana la trampa se habrá cerrado. —Rose apretó las manos de su marido entre las suyas—. Te lo suplico... Por nuestros hijos. Por mí...

Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, y Antoine Roques sintió subir un sollozo amargo por su pecho.

—Si mueres...

—No digas eso.

—Si mueres, ¿qué vida llevaremos? Ya no podré ser feliz. Siempre habrá un vacío a mi lado.

—No moriré. Debo llevar a cabo la investigación de la que te hablaba ayer. Estoy a punto de concluir. Acabo y me reúno contigo inmediatamente. Encontraré la manera de hacerlo.

Rose se levantó de nuevo, fue hacia la ventana, miró la calle. Roques vio que sus hombros subían y bajaban. La mujer se secó la cara con una punta del delantal y se volvió.

—¿Dejarás que me vaya sola? ¿Qué voy a decirles a los niños?

Antoine se acercó a ella, la abrazó.

—Diles que los quiero más que a nada en el mundo. Igual que te quiero a ti. Sois mi vida, mis razones para tener esperanza. Los echo de menos en todo momento. Ahora te echaré de menos a ti, y sufriré. Diles que lo que estoy haciendo aquí es más importante que yo. Diles lo que significa la Comuna de París. Que lo hacemos por ellos. Por todos los niños del mundo. Y eso merece que luchemos, por muy doloroso que resulte.

Se abrazaban tan fuerte que apenas podían recuperar el aliento. Estaban delante de la ventana, bajo una luz cruel que recortaba con dureza la silueta de sus cuerpos, aferrados el uno al otro. Permanecieron largo rato en silencio, pegados, dejando que las lágrimas les mojaran la cara y se perdieran en el cuello que besaban. Luego, Rose se desasíó lentamente y dio un paso atrás.

—Tienes que marcharte —dijo con dulzura—. Debes acabar tu trabajo. Después, ven enseguida a reunirte con nosotros.

Desapareció en la habitación contigua y Antoine decidió no seguirla; estaba seguro de que si lo hacía cambiaría de opinión y prepararía con ella las maletas.

Bajó la escalera llorando y corrió por la calle con la esperanza de que el corazón le estallara y lo matara por haber tomado la decisión que acababa de tomar.

Ahora está escondido en el hueco de una escalera, acompañado de dos guardias a los que ha hecho vestirse de paisano y armarse con porras. Él mismo se ha provisto de un sable corto que ha encontrado en un armario del puesto y ha metido en un bolsillo de su gabán el revólver que ahora lleva a todas partes. Fuera, en la calle, deambulan otros dos, uno de ellos haciéndose el borracho y cantando a voz en grito una balada de su cosecha. En los pisos, ni un ruido, aparte del llanto de un recién nacido. Falta poco para las cuatro. Más o menos a esa hora es cuando los forzudos del señor Carmon, el propietario del inmueble, van a exigir los alquileres, cuyo precio ha aumentado pese a las decisiones tomadas por la Comuna. Todos los domingos, porque están seguros de que ese día encontrarán a los inquilinos en su casa. A veces se presentan por la noche entre semana, pero es raro. Uno de ellos, con unas copas de más, se ha jactado esa misma mañana en una taberna del barrio del trabajo que tenía que realizar por la tarde en la Rue de l'Échiquier, y la información ha llegado a la comisaría.

Por el momento, entre un olor de orines y col podrida, Roques y sus hombres permanecen inmóviles, apoyados en la pared. Ahí, en ese rincón, una desdichada murió en invierno de hambre y frío, una pobre chica que vendía su cuerpo huesudo en el Boulevard de Belleville para alimentar a sus tres retoños y a la que una mañana encontraron tiesa y flaca, con la cara y las manos prácticamente negras. Los niños desaparecieron de un día para otro. Decían que la madre los había matado y arrojado al canal para poner fin a tanta miseria, cansada de oírlos gemir y llorar, hambrientos y transidos de frío, en el desván sin fuego que un malnacido le dejaba a cambio de sus favores.

Solo oyen el ruido de los ratones correteando bajo la escalera, fragmentos de una conversación en la calle, las carcajadas procedentes de un bar.

Roques se esfuerza en ver la hora en su reloj y le parece adivinar que son casi las cinco. Alguien silba dos veces. Esa es la señal.

—Ahí están.

Cuatro hombres entran en el pasillo con paso decidido. El que va delante es un coloso cuya estatura tapa por un instante toda la claridad del exterior.

—Vosotros dos, a la derecha, nosotros a la izquierda —les dice a sus hombres, volviéndose hacia ellos.

Se lanzan hacia la escalera, y en el momento en que los dos últimos se disponen a poner el pie en los peldaños, Roques y los dos guardias los empujan por la espalda y los tiran al suelo. Unos golpes de porra en las costillas los detienen de inmediato: intentan recuperarse arrastrándose por

el suelo mientras braman como becerros.

Antoine Roques ordena a los otros dos que bajen despacio. «Seguridad Pública, Guardia Nacional», grita, empuñando el sable. Los dos tipos se han dado la vuelta y durante un momento de estupor se quedan inmóviles, luego a Roques le parece que algo se desploma sobre él: el techo del pasillo, o más bien un animal enorme. Es derribado, pisoteado, aplastado contra el suelo, y una mano le aprieta el cuello. Al abrir los ojos, descubre la jeta del gigante deformada por el esfuerzo que hace para estrangularlo. Le llegan, a través de los silbidos y los latidos de su sangre, que circula mal, de sus arterias, que palpitan desacompañadamente, los ruidos de la lucha entre sus hombres y el tercer individuo. El gigante lo agarra del cuello de la camisa con la mano libre y empieza a golpearle la cabeza contra las losas de piedra, y él sabe que al tercer o cuarto golpe su cráneo se partirá. Busca a su alrededor, a tientas, algo con que pararlo, cualquier cosa, una piedra, un palo, y encuentra la empuñadura del sable. Un hombre pide ayuda, el gigante levanta los ojos en su dirección, y entonces Roques levanta el sable y trata de asestar un golpe, pero lo único que consigue es hacer unos estúpidos molinetes, así que prueba con la punta, toma el poco aire que le queda y nota que su puño choca contra algo duro, y después, al empujar gritando y oír un crujido sordo, contra algo blando, como si clavara un cuchillo en una hogaza de pan, e inmediatamente la presión alrededor de su cuello se afloja y el sable se aleja de su mano y el coloso se incorpora, de rodillas, con la hoja clavada profundamente en una oreja y la boca abierta eructando un ronquido monstruoso; luego, curiosamente, salta hacia atrás para caer sobre los primeros peldaños, las piernas sacudidas por convulsiones, los brazos extendidos hacia delante como si quisiera vencer a la muerte.

Roques se levanta para ver derrumbarse el cuerpo enorme, cuyo último suspiro es una ventosidad atronadora que invade de inmediato el pasillo. Se sienta y se apoya en la pared, con la garganta dolorida, respirando a duras penas, y para intentar descongestionarse tose y escupe, no sin volver los ojos de vez en cuando hacia el cadáver, que se ha vaciado y expande a su alrededor un olor de urinario. Los tres esbirros yacen en el suelo, boca abajo, con la cabeza ensangrentada y los ojos desorbitados, llenos de temor, tratando de distinguir algo a su alrededor. Los guardias recuperan el aliento a su vez. Mantienen a los tipos en el suelo con un pie sobre sus espaldas haciendo girar las porras por encima de sus cabezas.

Roques se vuelve de nuevo hacia el muerto y ya no ve sino aquel sable clavado en la oreja, la sangre que acaba de gotear sobre el filo, recuerda el crujido que ha notado en el puño y de pronto se da cuenta de que ha matado a ese hombre clavándole una cuchilla en el cerebro, y entonces se levanta, jadeante, la espalda pegada a la pared, sin poder apartar los ojos de aquel cuerpo tendido sobre los peldaños, con la boca y los ojos abiertos, congelado en el estupor que ha debido de asaltarle cuando ha sentido, quizá, una deflagración dentro de su cabeza mientras su mente ya no estaba en condiciones de comprender absolutamente nada. ¿Cuál ha sido el último pensamiento de

ese animal? ¿Sabe uno en esos casos que está a punto de morir? Uno de los hombres le pregunta si está bien y oye su voz entre una bruma sonora, lo distingue a través de las lágrimas que brotan bajo sus párpados a causa del polvo que ha levantado la pelea. «Sí, estoy bien, claro, ¿por qué no iba a estar bien? He matado a un hombre de un modo horrible; por lo demás, ignoro si existe una forma elegante de hacerlo, pero sí, me encuentro perfectamente bien.» Asiente con la cabeza mirando al guardia preocupado y le hace una seña con la mano que parece tranquilizarlo. Se masajea la parte posterior de la cabeza, nota sangre en los dedos. Debe apoyarse de nuevo en la pared porque siente un mareo.

Una escuadra armada viene a buscar a los tres prisioneros, a los que es preciso proteger de la muchedumbre atraída por el jaleo. Los niños les propinan patadas, las mujeres alargan los brazos por encima de los hombros de los guardias para abofetearlos. Los tipos van con la cabeza gacha, mocos sanguinolentos colgando de la nariz, los cabellos impregnados de rojo. De pronto uno de ellos se revuelve, salta hacia un crío con las manos atadas en alto, pero un culatazo entre los omóplatos lo empuja hacia delante y le hace caer a cuatro patas entre las piernas de sus cómplices, que se apartan y le dejan levantarse con dificultad sin dedicarle ni una mirada. Roques se estremece al ver pasar el cadáver transportado sobre unas parihuelas por dos guardias que jadean por el esfuerzo, luego sale del edificio, aturdido por los golpes recibidos y por el ruido que hace toda aquella gente agolpada a su alrededor. Se recoloca el cuello de la camisa, con los botones arrancados, la chaqueta, las mangas. Cuando levanta los ojos, ve en la primera fila de los curiosos a la hermosa mujer morena del día anterior, y al instante se acuerda de su nombre: Maria Belmont. Ella le sonríe, y sus grandes ojos negros brillan con una alegría que a Roques le gustaría compartir más adelante con ella. Le dirige un pequeño saludo con la mano al que Maria responde con un parpadeo. Antoine desea acercarse a ella, hablarle, oír su voz, pero la escolta se pone ya en marcha y los hombres lo reclaman. Mira de nuevo a Maria Belmont, repite mentalmente su nombre. «Me habría gustado tanto... Deseo tanto...» Luego se rehace. Rose. Los niños. ¿Para qué? Baja los hombros, le da la espalda y alcanza a sus hombres rechazando la melancolía sentimental que le invade, asaltado por palabras leídas a menudo en los libros que ha encuadernado durante todos esos años, y aquello no lo abandona hasta que llegan al puesto de policía.

Como es demasiado tarde para trasladarlos a la prefectura, ordena que encierren a aquellos tres tipejos en los calabozos. Y que les den agua para beber y lavarse un poco.

Él mismo va a meter la cabeza bajo el agua, bebe un poco en el hueco de sus manos, luego sale del puesto y decide quedarse un momento en la acera. Encuentra en el fondo de un bolsillo lo necesario para liar un cigarrillo y se pone a ello, los dedos trémulos, el corazón latándole aún con fuerza. Cierra los ojos al dar la primera calada, que provoca bajo sus párpados un suave deslumbramiento. La calle está llena de gente. Domingo de mayo bajo el sol. Paseantes confiados.

Obreros en mangas de camisa, guardias nacionales de juerga, sin arma ni quepis, con la pipa entre los labios, fumando, los pulgares metidos en el cinturón. Se oye música. Una melodía de acordeón. A lo lejos, los ecos de un baile. Polca y vals. En el aire templado del atardecer, Roques consigue razonar sobre su horror y su vergüenza por haber matado a un hombre. «Me habría matado. Machacado. Era mucho más fuerte. O él o yo.» Recuerda la cara del gigante encima de él, esa rabia descontrolada, y tiene que sacudir la cabeza para deshacerse de esa visión. Entonces mira a su alrededor la vida que continúa.

Y está ese hombre, a una treintena de metros, que lleva un buen rato observándolo, está seguro, y que ahora desvía la mirada y finge interesarse en las batallas de pájaros de un grupo de chiquillos. Le parece reconocer esa mirada febril, ardiente, en el rostro cubierto de barba, ese sombrero aplastado puesto de través sobre el cráneo hirsuto.

Roques echa a andar en su dirección por la otra acera, tranquilamente, con aire pensativo. Tira el cigarrillo, levanta los ojos, ve que el hombre, al otro lado de la calle, se pone en marcha también, sin precipitación, las manos en los bolsillos. Llegan al bulevar y el hombre gira en dirección a la Place du Château-d'Eau, caminando todo el rato al mismo paso. Roques está detrás de él, a veinte metros, no más. Vigila las manos del hombre, hundidas en los bolsillos, porque no sabe qué arma puede llevar ahí. Toca la culata del revólver, pero presiente que su gesto es inútil. El hombre se vuelve de pronto, se queda inmóvil y lo mira acercarse.

—¿Y bien? —dice Roques.

—¿Y bien, qué?

—Que tenemos que hablar.

El hombre carraspea y escupe al suelo.

—Disculpe —dice.

Huele a humo frío, a sudor. Observa al policía de reojo, con la cabeza un poco bajada, aire desconfiado o temeroso.

—Usted es Clovis Landier, ¿no?

El hombre asiente con la cabeza.

—Y usted ha venido a registrar mi casa. Una vecina me ha dicho que anda tras de mí.

—¿Y cómo me ha encontrado?

Clovis Landier se echa a reír, menea la cabeza.

—No ha sido muy difícil. Un policía de la Comuna que anda husmeando por el barrio da que hablar a la gente. Como aquel que dice, no hay más que seguir el rastro.

—¿Por qué ha venido? Solo para verme la cara no será.

Clovis echa a andar de nuevo, sin preocuparse de Roques, entre la multitud de paseantes.

—¿Podemos sentarnos en algún sitio? Estaremos más tranquilos...

Clovis localiza un café, entra sin más y Roques no puede sino seguirlo. Encuentran una mesa

libre junto a la ventana y sus cortinitas de vichí, piden unas jarras de cerveza.

—Va a detenerme, ¿verdad?

—Podría hacerlo. Es cómplice de un secuestro, quizá de asesinato. No conozco bien la ley, pero puede ser suficiente para enviarlo a la prisión de la Roquette por mucho tiempo, si no algo peor.

Clovis lo mira por fin directamente a los ojos, y Antoine Roques encuentra la mirada del joven que vio en las fotografías.

—De todas formas, ya estoy muerto, así que me da igual.

Se vuelve hacia la ventana, aparta la cortina, durante un breve instante observa a los transeúntes con curiosidad. El camarero les lleva las cervezas, Roques paga y se deja caer contra el respaldo de la silla. No quiere forzar nada. Sabe que ese tipo puede levantarse e irse y desaparecer entre el gentío del bulevar sin que él tenga ninguna posibilidad de impedirlo. Sabe —ignora por qué, pero lo sabe— que un arresto no serviría de nada. Ese hombre ha ido a entregarse, por supuesto, pero no a que lo encarcelen. Roques no habría sido capaz de encontrarlo. El hombre forzosamente conoce rodeos y desvíos para escapar, dejar París e, incluso en la situación actual, desaparecer para siempre. Entregarse. Quizá como se entrega uno a un amigo o incluso a un desconocido con quien se encuentra una noche de debacle, cansado de haber vacilado demasiado tiempo en el antepecho del puente. Toda la razón, la lógica y el sentido común de Antoine Roques son devorados por la curiosidad de saber qué tipo de hombre está sentado frente a él. Entender qué ha sucedido entre el día en que aquella foto fue tomada, al lado de esa joven alegre y esos dos niños, y hoy, cuando se presenta, como un criminal cansado y harapiento, ante un policía ocasional en una ciudad sublevada.

Clovis deja caer la cortina.

—Es extraño —dice.

—¿Qué es extraño?

—Todas esas personas, ahí fuera. Parecen despreocupadas, felices...

—Tal vez lo sean, ¿no cree?

Clovis bebe un trago de cerveza, suspira, deja con cuidado la jarra en la mesa.

—Me cuesta creer esas cosas.

—Y a mí me cuesta creer que usted solo haya venido para beber una cerveza conmigo.

—Ha estado registrando mis cosas.

—Sí. Es mi trabajo. Le buscaba porque investigo la desaparición de varias jóvenes. Y todo lleva a creer que usted es el cochero del coche que se las llevó. Encaja con la descripción que han hecho los testigos. Un tabernero le ha visto en compañía de ese hombre extraño con la cara hundida, un asesino que el otro día mató a tres hombres, a sangre fría, en una taberna del muelle de Jemmapes donde a usted lo conocen bien. Así que, sí, registré sus cosas para averiguar con quién

tenía que vérmelas. No querrá denunciarme, supongo.

Clovis sonríe tristemente.

—¿Y descubrió algo interesante?

Se inclina por encima de la mesa, con los ojos brillantes. Roques duda sobre la respuesta que debe dar. Teme que el hombre se encierre bajo su montón de pingajos o que se levante y se vaya.

—Vi las fotos.

No dice nada más porque Clovis Landier se ha tapado la boca con la mano y ha cerrado los ojos durante unos segundos. Al abrirlos, solo dice, en un susurro:

—¿Y qué piensa?

—Parecía feliz. Sin duda mucho más que esas personas a las que miraba.

—Lo era.

—¿Qué pasó?

Clovis Landier retrocede en el asiento.

—Hay que sacar a esa chica de ahí.

—¿Está viva?

—El hombre al que busca se llama Henri Pujols. La ha encerrado en un sótano del número 14 de la Rue des Missions, en el distrito VII. Una parte del inmueble ha sido bombardeada y se ha derrumbado. El sótano está bajo los escombros.

—Entonces está muerta.

—No. Ha sido la parte superior del edificio la que se ha caído. Toda la planta baja sigue en pie.

Roques se ha levantado. Clovis lo mira, sentado aún.

—¿Ahora?

—Mañana será demasiado tarde.

En la calle, la gente grita. ¡A las armas! ¡Todos a las barricadas! El camarero corre hacia el ventanal, sale a la acera, y los ruidos de la calle retumban en el café. Otros clientes salen también. Clovis se ha puesto de pie y echa un vistazo por encima de la cortina. Un hombre pasa vociferando justo por delante de la ventana.

—¡Los versalleses han entrado en París!

El grito resuena por todo el bulevar, repetido por cientos de voces.

Antoine Roques sale empujando a los curiosos apiñados en el hueco de la puerta. Se abre paso entre la muchedumbre inmóvil, en medio de todos aquellos cuellos estirados para ver mejor, como si los regimientos de infantería fueran a aparecer a la vuelta de la esquina. «¡Niños, todos a casa! Louison, encárgate de tu hermanita. ¿Y la Guardia Nacional? ¿Y el comité central? ¡Qué inútiles! ¿Dónde se habrán metido? En el Point du Jour, en La Muette. Hay enfrentamientos en la puerta de Auteuil.» «¡Ah, por fin! —le dice un hombre al de al lado—. ¡Ahora veremos qué vemos!» «No

irán muy lejos —dice otro—. ¡París ya no les pertenece! ¡El pueblo no se dejará pisotear!»

Una corneta lejana llama a formar.

Roques prácticamente corre. Una mujer que reúne a su prole le obliga a detenerse, y recibe un golpe en la espalda; al volverse se encuentra cara a cara con Clovis.

—Voy con usted —dice este último.

Roques lo agarra del brazo.

—Venga.

Delante del puesto de policía, una cincuentena de guardias nacionales está reagrupándose. Un sargento da órdenes, revisa los equipos, reparte las municiones.

—¿Dónde está Barnois? —le pregunta Antoine Roques.

—No lo sé. Hace tres días que no lo veo. Estoy sustituyéndolo. Yo soy Chapot, Auguste Chapot, pero todo el mundo me llama Chassepot.

—¡Su bayoneta es digna de verse! —bromea un soldado.

—¡No es una bayoneta, es un sable! —dice otro.

Todos se echan a reír.

—¿Adónde vais?

—A la puerta de Saint-Martin, es el punto de encuentro.

—Necesito cinco o seis hombres.

—Imposible.

El sargento señala con la barbilla a sus hombres, que están colocándose en orden de marcha.

—Estos son los efectivos de mi compañía. Cincuenta y cuatro hombres, treinta y cinco fusiles y diez cartuchos como máximo para cada uno. Tengo que encontrar a mi capitán para organizarnos un poco. Solo le obedezco a él y a nadie más.

El sargento gira sobre sus talones y da orden de partir. La columna se aleja. En la calle, parece que la noticia no ha llegado. La gente bromea con los soldados que pasan. Algunas chicas agitan pañuelos riendo.

Roques entra en la comisaría, y el estrépito y el griterío le caen encima como una bóveda de ladrillos. Hay una treintena de hombres reunidos en el vestíbulo, incluso detrás del mostrador, la mayoría de paisano, provistos de cinturones y bandoleras que les dan aspecto de guerreros y en los que han metido antiguas pistolas de un solo tiro y colgado bayonetas enfundadas en estuches de piel; y gritan y vociferan en un guirigay incomprensible. Quieren que repartan armas para defender el barrio, que se castigue a los prisioneros que acaban de llevar, culpables de exigir alquileres abusivos en beneficio de los burgueses, que se elija un nuevo comité de seguridad, puesto que el actual es incapaz de proteger al pueblo de esas sanguijuelas.

Frente a ellos, una decena de guardias hacen lo que pueden para impedir el acceso a los calabozos. Roques se abre paso a codazos. Lo agarran de un hombro.

—¡Vaya, el ciudadano Roques! ¿De dónde sale? ¡Nunca está aquí cuando se le necesita!

El hombre que le espeta eso a la cara lleva una especie de gorro frigio azul con escarapela roja. Sigue sujetándole el hombro con su manaza. Es Jacquet, uno de los bocazas de una asociación del distrito.

—Al menos de vez en cuando se me necesita —replica Antoine Roques—. Es lo que nos diferencia.

Dos hombres rompen a reír, y Jacquet, contrariado y ofendido, lo suelta.

Hacen falta cinco minutos largos de broncas e increpaciones para imponer un poco de calma. Roques se sube a una silla, explica que allí no hay más que armas de servicio, es decir, tres fusiles en total, y que para conseguirlas hay que dirigirse al Estado Mayor de cada legión.

—¿Qué os decía yo? —interviene un hombre—. Hay que ir al cuartel del Château-d'Eau. Perdemos tiempo en protestas estériles, como de costumbre.

—El pueblo debe poder hablar y deliberar —dice otro—. ¡Tomar la palabra y tomar las armas es lo mismo!

Unos aplauden cuando otros protestan. Están a punto de llegar a las manos. Roques se ve obligado a levantar la voz hasta desgañitarse.

—En cuanto a los prisioneros, tendréis que pasar por encima de mí si os los queréis llevar. La Comuna, que yo sepa, no ha instaurado ninguna ley del talión o de justicia expeditiva. ¡Sería el retorno a la tiranía contra la que todos luchamos!

Aclamaciones. Jacquet mantiene las manos en el cinturón, con aire marcial, pero aprueba las palabras de Roques asintiendo con la cabeza.

—Esos hombres serán trasladados mañana a la prefectura, junto con mi informe, para una investigación complementaria. Por el momento están bajo mi protección. Y si lo que queréis es mi dimisión del comité de seguridad, la tendréis en cuanto la asamblea se reúna. Ahora marchaos de aquí e id a cumplir con vuestro deber de ciudadanos.

Los hombres se desplazan hacia la salida refunfuñando. Un grupito se demora, hablando en voz baja. El ciudadano Jacquet le dirige a Antoine Roques un saludo militar.

—¡Nos vemos en las barricadas!

—¡Allí estaré aunque no se me necesite!

Una vez que la sala se ha vaciado, uno de los guardias, Baptiste Pelloquin, un veterano de la vieja guardia que luchó en el 48, va a estrecharle la mano.

—¡Sabes cómo hacerlo, no cabe duda! He visto enseguida que iban a ceder. Conozco a algunos de estos furibundos, no valdrán mucho frente a los soldados de Mac Mahon.

Antoine repara en la presencia de Clovis, que se ha sentado en un banco y está cargando la pipa. En la penumbra que reina en la sala, ha vuelto a convertirse en ese ser indescifrable sepultado bajo sus harapos, del que tan solo las manos cobran vida para acercar la pipa a su cara

velluda.

—Necesito tres o cuatro hombres para una misión urgente, pero no sé dónde puedo encontrarlos. Aquí no estaréis de más en caso de que las cosas se compliquen. Tened los fusiles a mano en espera del relevo.

—El relevo debería haber llegado hace cinco horas. No hemos visto a nadie. El domingo pasado sucedió lo mismo.

En ese momento se abre la puerta y aparece Loubet jadeando.

—¿Qué pasa? ¿Ya está? ¿Han entrado?

—Por la puerta de Saint-Cloud —dice Roques—. No sabemos más.

Loubet observa a Clovis, que no ha levantado la cabeza y se limita a fumar, inmóvil.

—¿Quién es?

—Ya se lo explicaré. Tenemos que irnos. Necesito que me acompañe. ¿Va armado?

—Por supuesto. Pero explíqueme...

—Se lo contaré todo por el camino. Vamos al distrito VII, a liberar a una mujer que está atrapada en un sótano.

Roques se vuelve hacia Baptiste Pelloquin.

—Haría falta una palanqueta.

El hombre entra en una habitación. Lo oyen rebuscar, abrir armarios, mover chatarra, hasta que por fin sale empuñando dos barras de hierro.

—¡Con esto se pueden forzar las cerraduras más resistentes!

Clovis se ha levantado. Se quita la especie de capote del que no se separa y desanuda la bufanda gris que le cubre el cuello. Parece más alto con esa redingote raído. Lleva una ancha gorra de obrero con la visera bajada sobre la frente.

Salen los tres. Loubet va delante, sin hacer preguntas, pero se vuelve de vez en cuando para vigilar a Clovis. Cuando llegan al Boulevard Saint-Martin, se acerca a Roques.

—Creo que ya he atado cabos. Es el cochero, ¿verdad?

Antoine asiente. Los adelantan dos atalajes de artillería. Delante de la puerta de Saint-Martin, cadenas humanas llevan adoquines a las barricadas. Son centenares: hombres en mangas de camisa, algunos con levita y zapatos de domingo, guardias nacionales de las compañías inactivas. Algunas mujeres llenan sacos de tierra. Un oficial subido a una mesa dirige, sable en mano, la maniobra, pero nadie parece seguir sus instrucciones.

—Ha venido a entregarse hace un rato. Encontré su rastro ayer y se ha enterado.

—¿Y qué ha pasado?

—Hemos hablado. Y me ha dicho dónde está encerrada esa mujer, la que fue raptada hace dos días en el bulevar. Está atrapada en un sótano de la Rue des Missions, bajo los escombros de un edificio.

—¿Cuándo piensa detenerlo? ¿O cómo?

—No siempre ha sido lo que es hoy. Tuvo esposa e hijos. Fue un joven apuesto y feliz.

—Eso no disculpa ni explica nada. No ha respondido usted a mi pregunta.

—Y yo no he hecho todas las que quiero hacer. Paciencia. Por el momento es un valioso ayudante.

Se ven obligados a cruzar en medio del desorden de la barricada, por un estrecho paso. Dos guardias les ordenan detenerse y les preguntan adónde van. Enseñan sus salvoconductos debidamente sellados y firmados por Rigault.

—¿Y él? —pregunta el soldado señalando a Clovis, que no abre la boca.

—Viene con nosotros.

El hombre observa a Clovis por debajo de la visera de su quepis.

—Si vosotros lo decís... Dentro de una hora se cierra todo. No hay ninguna seguridad de que podáis volver a pasar. Además, de noche la gente se pone nerviosa...

—Daremos un rodeo —repite Loubet.

—Un rodeo, ¿eh?

El soldado se queda pensativo. Quizá no se le había ocurrido esa posibilidad. Interroga con la mirada a su compañero, que se encoge de hombros.

—Allá vosotros —dice finalmente, devolviéndoles sus papeles.

Avanzan en zigzag por el centro de la encrucijada, sobre la tierra que ha quedado desnuda sin los adoquines, en medio de los chiquillos que se divierten y son echados a zapatazos y cachetes por los hombres cuyo trabajo entorpecen. Unos federados impasibles, con el fusil atravesado sobre el pecho, custodian una decena de cañones alineados. El Boulevard Saint-Denis está cortado por un muro de tres metros de alto, con aspilleras y rematado por una bandera roja. Loubet se detiene y se vuelve para apreciar la envergadura de los trabajos.

—Es realmente impresionante. Pero los rodearán y quedarán cercados.

—Parece usted alegrarse —dice Roques.

—No más que usted. Se trata de una constatación, eso es todo. Demasiada improvisación, falta un plan de conjunto. Los barrerán..., nos barrerán. Como a heroicas briznas de paja.

Roques no contesta. La inminencia del enfrentamiento decisivo, la misión que deben cumplir esa noche, le hacen menospreciar el derrotismo de Loubet y disipan sus dudas y reticencias. Le parece que no es posible vencer a todo ese pueblo sublevado, dispuesto al combate, compuesto de voluntades obstinadas.

Clovis atraviesa el gentío enfebrecido sin exteriorizar ninguna reacción, como ajeno a ese mundo, y Roques tiene la impresión de que solo lo ven a él, solitario y singular entre la muchedumbre y su rumor.

Giran en la Rue d'Aboukir, extrañamente tranquila, que se sume poco a poco en una grisura

sombría, y aprietan el paso sin prestar atención a los hombres reunidos en la esquina de la Rue Chénier, frente a ellos, una decena de guardias nacionales y tres civiles armados y con cinturón rojo. Roques reconoce a Jacquet y lo saluda con la mano.

—¡Cogedlos! —ordena un sargento.

Los guardias corren hacia ellos y los acorralan bajo un soportal apuntándolos con las bayonetas, dispuestos a ensartar al primero que mueva un dedo. Loubet les explica que son de la Seguridad Nacional y hace el gesto de acercar la mano al bolsillo para sacar sus papeles, pero nota en el acto la presión de una cuchilla bajo el mentón.

—¡Alto ahí, ciudadano! —dice Roques—. Acabamos de decirte quiénes somos.

Los otros soldados no se mueven hasta que Jacquet los aparta y se acerca.

—¿Quiénes sois? Unos traidores. Eso es lo que sois. Os negáis a trasladar en los plazos convenidos a unos prisioneros a sueldo de los burgueses, os negáis a dar armas al pueblo, lleváis a cabo investigaciones extravagantes en vez de garantizar la seguridad en el distrito cuya responsabilidad ha puesto en vuestras manos una asamblea. Os tenéis por detectives de novela barata y no sois más que vulgares Vidocqs a las órdenes de los reaccionarios. ¡Y encima, en el momento en que se están construyendo barricadas en todas partes, cuando el pueblo demuestra su determinación y su valor, vosotros salís huyendo!

—¿Puedo saber con qué derecho nos detenéis? —pregunta Roques.

—Con el derecho del pueblo en armas que no tiene intención de seguir dejando que abusen de él títeres sospechosos como vosotros. Ya no es tiempo de titubear y transigir. Ha llegado la hora del combate y no podemos dejar detrás de nosotros a nadie capaz de dispararnos por la espalda.

Jacquet ha hablado con los brazos en jarras y el gorro frigio calado hasta los ojos. Se vuelve hacia sus hombres, contento de lo que acaba de decir. De pronto se percata de la presencia de Clovis y lo mira de arriba abajo.

—¿Y este quién es? ¡No iréis a decirme que sirve a la Comuna!

—Es un ayudante —dice Loubet.

Jacquet se echa a reír, y los otros dos civiles que lo acompañan sonrían con complicidad.

—¡O sea, un soplón! Así es como se les llama, ¿no?

Se acerca a Clovis y empieza a interrogarlo:

—¿Cómo te llamas?

—Clovis Landier.

—¿Profesión?

—Cochero.

—¿Dónde tienes el coche?

—Lo he vendido.

—¿Y el...?

—Mi caballo ha muerto —dice en un susurro, casi un lamento, con voz profunda, como si esas fueran sus últimas palabras, como si todo estuviera ya dicho.

Jacquet se queda mudo, con la boca entreabierta, escrutando el rostro impasible donde la tez macilenta, casi gris, se distingue pese a la barba y los cabellos que la cubren. Y ante esos ojos claros que no pestañean y cuyas pupilas, dilatadas ahora en la penumbra, atraviesan las de Jacquet con unos clavos invisibles capaces quizá de taladrarle el cerebro, ese vocinglero, ese agitador de asambleas que es Jacquet, prácticamente de puntillas para intentar ponerse a su altura, no encuentra nada que replicar y desvía la mirada, aunque no puede evitar volverla de nuevo hacia esos ojos que parecen ser la única fuente de claridad en la noche casi cerrada y lo observan con una inmovilidad tan absoluta que Antoine Roques se pregunta si Clovis todavía respira.

—¡Llévalos! —acaba por ordenar Jacquet, apartándose de Clovis como quien trata de protegerse de un disparo.

Confiscan las armas de Roques y a Loubet, les atan las manos a la espalda y los conducen hasta una barricada erigida en la esquina de la Rue du Caire con la Rue Saint-Denis. Fogatas, antorchas. Las fachadas se ondulan en medio de esa luz flotante. Grupos de hombres hablan en voz baja, otros están sentados o tumbados junto a los fusiles colocados en haces. En la retaguardia del reducto hay un café que se utiliza como cuartel general y hospital de campaña. Un hombrecillo con el quepis caído sobre los ojos y la boca devorada por un enorme bigote pregunta quiénes son esos tipos y asegura, suspirando, que no tiene hueco para ellos. Después se le ocurre que la bodega podría servir. Les hacen bajar por la trampilla que se abre detrás del mostrador.

—No os lo bebáis todo —bromea Jacquet antes de dejar caer la tapa.

Sumergidos en la oscuridad, los tres hombres no se atreven a moverse. Un olor a vino malo y salitre se les agarra a la garganta, y al cabo de un rato distinguen una vaga claridad procedente de un tragaluz, así que durante cinco minutos se dedican, a ciegas, a desatarse mutuamente las cuerdas que los guardias nacionales han dejado flojas. Una vez que tienen las manos libres, palpan a su alrededor y chocan con barricadas y botelleros, sus pies tropiezan con cajas vacías. Roques arranca una tabla podrida del tragaluz, del exterior llega una débil luz que les permite distinguir el caos que los rodea.

—Mire, he encontrado esto —dice Loubet.

El cristal de una lámpara de aceite brilla entre sus manos. Clovis se acerca, rebusca en sus bolsillos y saca un paquete de cerillas. Los tres dejan escapar un suspiro de alivio cuando la luz se esparce.

—Tenemos que salir de aquí —dice Roques.

Loubet hace el gesto de aplaudir.

—Excelente idea. Yo había pensado lo mismo. Falta ejecutarla.

Clovis levanta la lámpara por encima de su cabeza y da unos pasos hacia el fondo de la bodega.

—Aquí hay una puerta.

Examinan el batiente, cuya madera carcomida se desmenuza bajo sus uñas.

—Hay que rascar alrededor de la cerradura.

Clovis regresa junto a los botelleros llenos de botellas vacías, coge una por el cuello, la rompe y vuelve a la puerta y empieza a arañarla con el casco roto. Roques y Loubet lo imitan y se ponen manos a la obra.

Durante una hora, se relevan en el trabajo. Rascan, golpean, rompen varias veces sus herramientas de vidrio. Pero la puerta, que parecía carcomida, solo lo está superficialmente. No tardan en llegar a una madera de roble clara, dura, de la que no consiguen arrancar más que unas virutas, y con mucho esfuerzo.

Roques se sienta sobre una caja, jadeando y con una mano ensangrentada.

—Mierda, no lo conseguiremos, estamos perdidos.

—Podríamos utilizar esto, pero el ruido los atraerá. Y con una madera tan dura, no es seguro que funcione.

Clovis saca un revólver del bolsillo.

—¿De dónde ha sacado eso? —pregunta Roques.

—Es el de Pujols. Quedan cinco cartuchos.

—¿Quién es ese Pujols?

—El hombre al que buscan y al que he hecho de cochero desde hace meses.

—Debe entregarnos esa arma —dice Loubet—. Le recuerdo que...

Clovis le tiende el revólver.

—Haga buen uso de él, inspector. Sé lo que se me reprocha, y mejor que ustedes, pues no se lo he dicho todo a su colega aquí presente. En cuanto a lo que me reprocho yo, creo, con todos los respetos, que usted no está en condiciones de juzgarme... Ni ningún hombre, creo.

La misma voz sorda, átona, de dicción meticulosa.

Loubet comprueba la carga del arma y se la guarda en el bolsillo.

—¿Dónde ha aprendido a hablar así? —pregunta Antoine Roques.

Clovis se vuelve hacia él, y en ese momento la llama de la lámpara empieza a vacilar, a retorcerse, hasta que se apaga.

—Ejerciendo como abogado. Lo fui durante dos años en Amiens.

Están de nuevo a oscuras, y mientras sus ojos se acostumbran, permanecen también en un silencio que los paraliza. En la mente de Antoine Roques resuenan las palabras de Clovis. No comprende cómo un hombre puede caer así, hundirse en la noche y atravesarla como un réprobo sin hogar, sin esperanza alguna de encontrar la luz. No comprende esa especie de desesperación. Conoce la de los románticos que se vierte a lo largo de las páginas, ha leído las confesiones de hijos del siglo definitivamente decepcionados al ver que el mundo real no coincidía con la idea

que se hacían de él, pero rápidamente consolados por otras ambiciones; está al tanto de las penas, las aflicciones y la miseria que crucifican vivos a algunos seres sin que puedan apartarse de esa vida; ha visto la pobreza indigna en que el pueblo chapotea, los tugurios, la mugre, el trabajo que extenua y mata, los niños explotados y apaleados como animales, las mujeres siempre y en todas partes maltratadas, la ignorancia, la enfermedad, todas esas plagas que se abaten sobre los humildes, y su corazón late con fuerza y se acelera ante esa letanía interminable, ante ese saber inútil que lo lleva a cavilar sin fin en busca de una salida.

La Comuna habrá sido al menos un claro en la penumbra de los días y los años sufridos en su lúgubre encadenamiento. Le habrá demostrado al pueblo que existe una luz cuya llama es preciso alimentar. Una brasa que duerme y tiembla durante mucho tiempo bajo las cenizas, que es necesario despertar. Un fuego que en ocasiones hay que llevar hasta el desierto para mostrárselos a ciegos que no lo quieren.

Pero ese hombre cuya silueta encorvada se adivina poco a poco en aquella oscuridad espolvoreada de motas de luz ha conocido algo distinto de la miseria en la que se hunde el pueblo: la luz del día, la dicha desahogada de un pequeño burgués. Roques no puede comprender que no haya encontrado fuerzas para recuperarlas. Su declive es un misterio, y su destino entre los condenados de esta época parece un castigo que él mismo se inflige. Algo lo ha roto, y mantiene en pie sus pedazos al precio de un esfuerzo que devora toda su voluntad.

—No se dejen impresionar por eso —añade Clovis—. Forma parte del pasado, no de mí.

En la calle, un nuevo estrépito. Arrastran un cañón por el empedrado. Las ruedas de metal rugen y chirrían. Gritos. Hacen maniobras para colocarlo en posición.

—Esa mujer sigue allí —dice Clovis—. Y nosotros aquí encerrados.

—Quiere redimirse, ¿es eso? —dice Loubet.

—No crea. La deuda es enorme y yo soy insolvente. Déjenme ir con ustedes a rescatar a esa chica, después hagan lo que quieran conmigo.

Roques los escucha y no sabe qué decir. Le gustaría simplemente que Loubet cerrara el pico, porque está claro que no entiende nada. Durante un instante permanecen en silencio, pendientes de los ruidos del exterior. Luego, Roques acerca una caja de madera, se sienta encima y se apoya en un mueble viejo. El cansancio le pesa en los hombros, le hace doblar el cuello. Solo tiene ganas de tumbarse y dormir, y la débil y loca esperanza de poder salir por la mañana de allí. Piensa en Rose, que a esas horas debe de haber abandonado París, y se pregunta qué hace ahí, atrapado en la oscuridad, ofuscado en una misión que lo ha hecho renunciar a esa felicidad al alcance de la mano.

Loubet y Clovis lo imitan y se acomodan cubriéndose el cuello con los ropajes, los brazos cruzados y apretados, la cabeza hundida entre los hombros, entumecidos por el frío que asciende de la tierra batida.

Roques sueña con sus hijos. Los ve correr hacia él en medio de un prado bañado por el sol y les tiende los brazos, pero los niños no avanzan, siempre a la misma distancia, y él no sabe si sonrían o hacen muecas a causa de la inquietud y el esfuerzo, y a cada paso que da para reunirse con ellos, sus pies se hunden en una arena blanda que se escurre y lo agota. Al despertar creyendo que ha gritado sus nombres ni siquiera recuerda dónde está, pero enseguida vuelve en sí y escruta de nuevo la oscuridad en busca de algo en lo que no hubieran reparado, una salida, una brecha abierta en la pared mientras dormían, una herramienta que les permita forzar la puerta. Oye a los otros dos respirar fuerte o roncar, así que cierra los ojos y susurra el nombre de sus hijos y su mujer: «Rose, Rose, volveré, ya lo verás», y ve pasar por una calle vacía el bello rostro de Maria Belmont, su cabellera negra balanceándose sobre sus hombros.

No sabe qué hora es. El sol ha desaparecido detrás del edificio derrumbado y el cielo tiene ese azul suave de las tardes de primavera. Se queda un rato sin moverse, tumbado boca arriba, atrapado en su cuerpo entumecido, pesado, duro, semejante a la madera con que se hacen las efigies funerarias o los sarcófagos.

Ya no oye el rugido de los cañones, ya no ve pasar por el cielo nubes de humo negro. Percibe un olor de fuego, ahí, en el patio, y recuerda la explosión que ha destrozado el edificio y las llamas que corrían por las paredes y los artesonados. Se acuerda de todo. La chica encerrada en el sótano, la pelea con Viviane, la detonación mientras bajaba la escalera. Clovis y su caballo agonizante. Clovis sobre el montón de escombros. La piedra que le lanza, más rápido y ágil de lo que él habría podido imaginar. Se acuerda del disparo que remata al caballo.

Se pregunta cómo un desecho humano semejante, un ser reducido a una existencia tan primaria, casi mudo, peludo como un mono, similar a esos monstruos que dan miedo a los niños cuando les cuentan que viven en las bodegas o en los desvanes y caminan de noche con su paso pesado, haciendo crujir los suelos y temblar las puertas..., cómo una criatura así, apegada tan solo al jamelgo que tiraba de su simón, ha sido capaz de arrojarle un bloque de piedra con tal destreza y darle en plena frente. Y sobre todo, cómo, de repente, le han podido asaltar esos escrúpulos o remordimientos con respecto a la chica sepultada en la cueva bajo toneladas de cascotes. Él, que jamás ha formulado el menor comentario ni ha hecho el menor gesto o ha demostrado contención alguna que delatara sus reservas. ¿Acaso no ha ayudado más de una vez a dominar a esas furias? ¿Acaso no le ha echado una mano en dos ocasiones sacando de debajo del pescante su escopeta de cañón recortado? El día antes sin ir más lejos, si bien de ese modo inesperado del que da prueba en tales casos, había abatido a un guardia nacional al que pilló totalmente desprevenido. ¿Entonces? ¿Qué pensar? Desde el mes de enero ha participado en todas sus actividades delictivas, a cualquier hora del día o de la noche. Sin celo, pero con constancia, fidelidad y eficacia.

Pujols recuerda cómo se conocieron, al salir él de casa de un soldado de La Chapelle y dar con aquel coche de punto en busca de clientes por el barrio, como si pudiera esperar que subiese alguien que no fuera un navajero que por todo pago le vaciaría los bolsillos, y gracias que no le cortaba el pescuezo, o una puta de trece años camino del bulevar o las fortificaciones, para cruzarlas por una brecha y venderse a los prusianos. Pujols montó en el vehículo después de haber

dado su dirección, y luego se arrepintió, pensando de pronto que podía tratarse de una trampa y unos bandidos lo esperarían al bajar del coche, o que una banda de ladrones lo visitaría en su casa dos días más tarde. Durante todo el viaje empuñó su gran navaja abierta, preparado para rajar al primero que apareciese al abrir la portezuela. Al final, todo fue bien, y el hombre, que se hacía llamar Clovis, le dio su dirección y le ofreció sus servicios en cualquier momento. En vista de que la semana siguiente no hubo ninguna visita en el domicilio de su casera y portera, Viviane Arnault, ni tampoco en los pisos de esas damas y caballeros, respetables pequeñoburgueses, que vivían en el inmueble, Pujols recurrió de nuevo a Clovis.

Rememora los meses pasados mientras desentumece poco a poco su cuerpo, moviendo los dedos, las manos, los pies y las piernas, girando lentamente a izquierda y derecha su cabeza dolorida, tocada con un casco de plomo contra el que resuena cada latido de sus arterias como un mazazo. Cuando se incorpora y se sienta, tiene la sensación de que su cabeza va a rodar por el suelo ruidosamente, como una bola de hierro fundido en la que reconocerá su rostro haciendo muecas de dolor, aplastada en la superficie redonda. Se toca la frente y encuentra una ancha herida abierta sobre un bulto enorme. Sin duda también tiene la cara hinchada, pues nota que la piel se tensa en cuanto mueve las mandíbulas y que apenas puede abrir el ojo derecho, cuyo arco ciliar quedó destrozado el año anterior. Mira sus dedos manchados de sangre, se los limpia en la chaqueta y se esfuerza en respirar con calma para apaciguar los fuertes y desacompañados latidos de su corazón.

Frente a él, los escombros de lo que fue el inmueble que se alzaba al fondo del patio, con sus ocho viviendas y su escalera clara y amplia, cuya estructura se ve suspendida ahora en el segundo piso, como la espiral de una concha de caracol rota; el desplome de la fachada ha dejado a la vista los interiores desnudos: suelos inclinados hacia el vacío, vomitando su mobiliario en el patio, techos desgarrados colgando por encima de salones atestados de sillones y divanes, cabeceros de madera oscura todavía bien alineados bajo los crucifijos, cuadros, algunas porcelanas intactas, blancura indiferente al caos ambiental, y por doquier grandes rastros negruzcos del incendio que no ha tenido tiempo de carbonizarlo todo. Pujols mira esas estancias privadas como lo haría un ladrón con extraordinarios poderes, capaz de ver a través de las paredes, preguntándose si no quedarán, aún ocultos, algunos objetos caros que llevarse. Durante unos minutos fantasea con la ventaja que sería ver a través de las cosas o las personas, y se pregunta, claro, por qué no, si será posible ver cómo se forman los pensamientos bajo el cráneo y, en tal caso, adelantarse y sacar provecho de ello.

Se levanta y espera a que las paredes dejen de tambalearse y el suelo de dar vueltas antes de dar un paso. Después se vuelve hacia el simón y el caballo muerto entre los varales, con sus grandes dientes amarillos a la vista. Encuentra cerca del coche la bolsa que había preparado, se agacha para recogerla con la sensación de que su cabeza de plomo va a arrastrarlo hacia delante y

tumbarlo boca abajo, como aquel perro borracho que vio de niño, en el pueblo, al que unos bromistas más borrachos todavía habían obligado a beber y cruzaba la plaza aullando de terror y tropezando cada tres metros sobre sus patas temblorosas. Lo encontraron al día siguiente al pie de un árbol, agitado por convulsiones, con baba en los belfos, y un alma caritativa lo remató disparándole con una escopeta, seguramente porque la broma había durado demasiado. Comprueba el contenido de la bolsa, las joyas, el dinero, el cuchillo; luego rodea el coche de punto y se estremece al ver una masa oscura tirada en un rincón. Viviane está tendida junto a la puerta, con la barbilla sobre el pecho. Pujols no le ve bien la cara, cubierta por los cabellos revueltos, así que se acerca y constata que su pecho se eleva al ritmo de una respiración trabajosa. Le da con el pie en una pantorrilla para hacerla reaccionar, pero la mujer no se mueve, simplemente emite un gemido sordo. Se agacha y la sacude por los hombros, apartando el pelo para ver su aspecto, pues recuerda que la golpeó cuando intentaba detenerlo, agarrándose a él como un manojo de zarzas, y ve su mejilla desgarrada, un jirón de carne que vibra un poco al compás de su respiración de durmiente. Ha corrido sangre por su cuello y le ha empapado la blusa, tiene la nariz hinchada y la cara amoratada hasta la frente. Ya no tiene el rostro cordial, de bonitos ojos claros, que tanto le gustó el día que se conocieron, cuando la libró a fuerza de patadas y tortazos de una pandilla de críos ladronzuelos que intentaban quitarle el cesto de provisiones. Sus labios tumefactos se entreabren sobre unos dientes ennegrecidos por la sangre seca, su mandíbula torcida la hace parecer una idiota de nacimiento. Pone la mano en la navaja para rematarla, diciéndose que muerta quizá tendrá un aire más digno y que el descanso eterno relajará en sus facciones todo lo que ahora se crispa de dolor, pero la mujer abre los ojos y dirige hacia él una mirada implorante, intentando decir algo y sin conseguir otra cosa que babear un poco de saliva ensangrentada. Pujols se pone de nuevo en pie, la migraña le martillea la cabeza, un fuego líquido le quema el rostro desde el interior, como si su sangre fuera un metal en fusión.

Cuando llega a la vivienda de Gantier, el sol ya está bajo y la calle se halla sumergida en sombras. No tiene que esforzarse mucho para fingir los andares titubeantes de un borracho, mascullando juramentos. Ve a poca distancia a una mujer con dos niñas que cruzan la calle para cambiar de acera, oye cerrarse ventanas a su paso. Entra en el edificio y se topa inmediatamente con los cuerpos de los dos guardias nacionales que Clovis y él mataron el día antes. Se han llevado las armas, les han quitado las cartucheras y los zapatos. Pujols se desnuda con dificultad, se pone a toda prisa los pantalones con banda roja y la guerrera, y encima, para sujetarlos, la bandolera y el cinturón. La pechera y la parte superior de la guerrera están manchadas de sangre, y se dice que así su herida no despertará sospechas. Se pone con cuidado el quepis sobre la cabeza herida y lamenta no tener un espejo donde ver qué aspecto tiene.

Al salir del portal, duda sobre qué dirección tomar, pero oye a su derecha el murmullo de una multitud y decide seguirla. Dos calles más allá, ve grupos de hombres y algunas mujeres

trajinando al pie de una enorme barricada y empieza a pedir ayuda exagerando su cojera. Dos guardias y una mujer se acercan corriendo y gritando «¡Ánimo!», y él se deja caer en el suelo con un gemido patético. En cuanto nota que manos y brazos caritativos lo levantan y oye palabras de consuelo, ve confirmada su visión de los seres humanos: compasivos y tontos, llenos de esperanzas vanas y de ingenuidad infantil, o bien desalmados y corruptos, viciosos y perversos. Lo que significa que es extremadamente fácil, en todos los casos, aprovecharse de ellos: tan dispuestos están a seguir la pendiente hasta el precipicio donde basta esperarlos.

LUNES, 22 DE MAYO

Bailan. Apretados el uno contra el otro, se desplazan entre las demás parejas rozándolas y a veces se retuercen para esquivarlas al calor de aquella muchedumbre sinuosa, densa y flexible que ejecuta súbitas piruetas y hábiles deslizamientos. Unos rostros pasan cerquísima, algunas sonrisas se alejan, algunas miradas se detienen. En el estrado, delante de una cortina roja, los músicos son masas imprecisas entre el humo del tabaco y la luz móvil de las antorchas. Esas siluetas sonoras se animan con su propia música. Los tres violinistas se mecen al unísono, el pianista es un jorobado encorvado sobre el teclado. El acordeonista se seca la frente con la manga, con el instrumento delante como una enorme barriga.

Vals lento. Solo se hablan en voz baja. Algunas caras se apoyan en el pecho de la pareja, los ojos se cierran, se gira muy despacio.

«Yo notaba tu mano en la curva de mi cintura y nuestros dedos se entrelazaban, pegados por el sudor, y no apartaba los ojos de ti, tú sonreías todo el tiempo y de vez en cuando adoptabas un aire serio, y cuando te preguntaba en qué pensabas me decías que en nada, tan solo en lo que hacíamos en ese momento, en lo que haríamos dentro de un rato, y entonces me apretabas un poco más fuerte y te sentía contra mí a través del vestido y la enagua y me habría gustado sentirte más, sin nada entre nosotros. O bien me decías: “No quiero que lo nuestro se acabe nunca, a veces tengo miedo. No quiero que nada nos separe, ¿comprendes?”. Por supuesto que lo comprendía, pero yo no tenía miedo. No después de conocerte. Ya no tenía miedo de nada. Tenía la impresión de haber llegado al fin a alguna parte. No como llegas a un lugar para dejar tus cosas e instalarte en espera de envejecer, no, sino más bien como cuando por fin te encuentras en el andén de una estación, pendiente de ver si el tren aparece a lo lejos. O en un puerto, avanzando hacia el barco para emprender un gran viaje. Una vez me hablaste de América, habías leído historias de indios y cazadores que recorrían los bosques, de un país inmenso donde desembarcaba muchísima gente cada día, y me enseñaste ilustraciones en revistas y nos dijimos que quizá un día iríamos allí, dejaríamos Europa a nuestra espalda, la veríamos alejarse por encima de la borda de un buque, y a mí aquello me hizo llorar porque pensaba en todas las personas de mi infancia a las que a lo mejor no volvía a ver nunca, y lloraba también al recordar las indecencias de las que me apartaría y que tal vez podría olvidar contigo, gracias a ti.

Me hablaste del mar, pero yo solo conozco la orilla y la miseria que llega hasta ella, los barcos hechos trizas y los muertos que abandona después de las tempestades, así que por fuerza da un

poco de miedo, igual que cuando estás junto a un perro peligroso que duerme: lo conoces de siempre, pero a duras penas te atreves a moverte o incluso a mirarlo a los ojos porque él siempre te escruta de soslayo. Pero si puede llevarnos lejos, creo que el mar podrá parecerme bonito y me sentaré frente a él como ante una de las maravillas del mundo.

Hablábamos a menudo abrazados en aquella camita, con el edredón encima como un gran animal dormido en aquel frío de febrero, ¿te acuerdas? Y después, con la Comuna, empezamos a soñar todavía más a lo grande, ya no teníamos miedo de nada, bueno, tú sí, tú seguías estando preocupado por si las cosas se torcían, por si nos separaban, por si uno de los dos moría...»

Caroline se levanta. La cabeza le da vueltas, se le revuelve el estómago, y en su boca seca la lengua está pegada al paladar, así que busca el cubo y coge un poco de agua en el hueco de la mano, y bebe tres, cuatro sorbos que le cuesta tragar. No sabe si ha estado hablando sola o pensando con intensidad todas esas cosas que han resonado en su mente hasta propagarse en el silencio. Busca la grieta clara encima de ella y la encuentra, y suplica a algún poder misterioso que la ensanche y haga que la bóveda del sótano se derrumbe, pero, por supuesto, no sucede nada, desea que un obús acuda a desbaratar su prisión, da igual si ella está debajo: «Que el cielo se abra de una vez y yo muera, si debo morir, que sea a la luz del día y no en esta tumba».

Busca el asa del cubo, se acerca a la puerta y empieza otra vez a rascar la tierra batida. Ha conseguido —¿ayer?, ¿hace un rato?— llegar al otro lado, y la simple idea de ese trozo de metal moviéndose al aire libre la ha emocionado y le ha parecido una victoria llena de promesas. A través de ese agujero de ratón le parece notar en la mano una ligera corriente de aire, así que acerca la boca y aspira ávidamente antes de ponerse a cavar de nuevo, preguntándose cuánto tiempo necesitará para pasar por ahí aunque solo sea la mano: Sabe que es su única posibilidad, que si se queda tumbada esperando en la oscuridad de su prisión y la niebla de sus recuerdos morirá, loca quizá, sorprendida por la nada al fondo de ese sopor poblado de visiones y de voces.

«Moriré sola. Sin ti. Nadie lo sabrá, desapareceré sin dejar más rastro que el esqueleto que descubrirán dentro de unos meses y arrojarán a una fosa común, y tú quizá me busques durante un tiempo y luego te acostumbrarás a mi ausencia, pero espero que te acuerdes de mí de vez en cuando, quién si no guardará un recuerdo de mi existencia. Cuánto se enfadaron conmigo en el pueblo cuando me marché para venir a buscar trabajo a París, mis hermanas, mi hermano, no entendían que dejara atrás a nuestros muertos, a nuestros padres, que se habían matado a trabajar, cargados de deudas, a los dos pequeños que se llevaron las fiebres, la casucha donde crecimos unos encima de otros, felices después de todo porque nos queríamos, sí, nos queríamos, no hay otra palabra para expresarlo, incluso en los días malos, cuando la sopa estaba aguada y alrededor de la mesa nadie sonreía, sin atrevernos a hablar ni a levantar siquiera la nariz del plato, incluso en esos momentos había algo que nos mantenía unidos y quizá hacía inútiles las palabras, porque en ocasiones hablar no sirve de nada, sobre todo cuando no se encuentran las palabras; el amor

era como una gran mano que nos tenía a todos en su regazo, dándonos calor.

Nunca le he dicho a nadie por qué me fui. Ni siquiera a ti. Estoy segura de que no me habrían creído si hubiera contado lo que me pasó aquellas noches durante la cosecha cuando tenía quince años, el terror que me asaltaba después cada vez que me los cruzaba, en el mercado, en la iglesia, y las miradas que me lanzaban entre sonrisas, dándose codazos. Mi padre me habría matado y después los habría matado a ellos, sin duda alguna. Juro que te lo contaré si volvemos a vernos, pero creo que me llevaré el asco de mí misma, esta suciedad que llevo dentro y no me abandona, y que ni siquiera tú ni tus palabras amables ni tus caricias, todo el placer que me has dado, han podido limpiar.

Rasco bajo esta puerta y no sé si conseguiré hacer un agujero lo bastante grande para salir de aquí, rasco y no sé si pienso desgañitándome o si hablo sola como si ya hubiera enloquecido a causa del miedo, como si ya estuviera muerta para todo el mundo.»

Caroline se tumba, sin aliento, con el corazón desbocado. Todo es blanco a su alrededor. Una blancura como una niebla densa que su mente fabricara, que absorbe todas las imágenes y, de pronto, impide que los recuerdos tomen forma. Entonces cierra los ojos en busca de un poco de oscuridad, pero no hay ninguna diferencia, y ya no sabe si está cayendo en el vacío o si el vacío se abre en ella.

Profiere un grito. Oír su voz, aunque no haya respuesta, la alivia y le permite ponerse de nuevo en pie.

Una casa explota y se derrumba, bloqueando la mitad de la calzada con sus escombros, y los soldados se dispersan a toda prisa en medio de la nube de polvo, como fantasmas grises, y se apiñan en los rincones, se tumban detrás de los fragmentos de piedra o los lienzos de pared y abren fuego, y durante un momento los hombres de la barricada mantienen la cabeza gacha y dejan silbar las balas por encima de ellos o estrellarse contra el muro de adoquines en una granizada de disparos. Nicolas nota que tiran de él por la manga. Adrien lo arrastra hacia la entrada de un edificio y le da una patada a la puerta. El Rojo los sigue preguntando qué hacen y los tres suben la escalera hasta la claraboya, que dispensa una claridad azulada en el rellano del último piso. Derriban una puerta y entran en una pequeña vivienda que huele a cera, con un parquet brillante que cruje bajo sus pies, y se desplazan entre los muebles andando casi de puntillas como visitantes que no hubieran encontrado las pantuflas al llegar.

Abren con precaución dos ventanales que dan al bulevar, arman sus fusiles y se arrodillan en los estrechos balcones. El Rojo se queda en el interior con la munición y el tercer fusil, para que la cadencia de tiro no decaiga.

—No falléis, ¿eh?, porque ellos, cuando os vean, no os dejarán mucho tiempo. Habrá que largarse a toda prisa.

Nicolas apoya la punta del cañón sobre los barrotes de hierro forjado, justo debajo de un tiesto de flores secas que cuelga de la barandilla. Durante al menos unos minutos, los versalleses no sabrán de dónde vienen los disparos. Siempre y cuando el humo se disipe lo suficientemente rápido. Nunca ha pensado en ese detalle.

Desde que las cinco barricadas que protegían la Place d'Enfer han caído, barridas en una hora, los soldados de infantería se despliegan por el barrio y registran todos los inmuebles. Se oyen disparos, gritos. Cristales que se hacen añicos. Poco antes, en la esquina de la Cité d'Enfer, han lanzado a un hombre desde el tercer piso y se los ha visto salir empujando delante de ellos a tres mujeres y cuatro niños a los que han alineado contra una pared. Una mujer deshecha en lágrimas les gritaba que eran unos asesinos, unos vándalos, unos saqueadores, y que al menos los de la Comuna no se comportaban así. Un soldado le ha clavado la bayoneta en el cuello, y como los niños se arrojaban sobre su cuerpo gritando y las otras dos mujeres se acercaban a ellos amenazándolos con el puño, han disparado a todo el mundo y han rematado a los que seguían moviéndose acribillándolos como a muñecos de paja en un entrenamiento. El francotirador que se

encargaba de cubrir a duras penas la retirada ha sido quien lo ha contado. Solo, agazapado detrás de una carreta, no podía hacer nada. Se ha fijado en el suboficial que estaba al mando de ese grupo, un pelirrojo bajito con un espectacular mostacho, y se ha prometido meterle una bala entre los ojos en cuanto se le presente la ocasión.

El fuego que se extiende por los pisos reventados escupe a la calle una humareda que se queda estancada como una bruma, porque no corre ni un soplo de viento. Los soldados avanzan lentamente a lo largo de las paredes, corriendo entre los soportales y las entradas. Una treintena se esconde detrás de los escombros de la casa, disparando continuamente en dirección a la barricada, que devuelve la descarga. De momento, no se hacen mucho daño. Entre salva y salva, los hombres se insultan. Un niño se encarama en la barricada y tira una piedra hacia los soldados, que se echan a reír mientras lo apuntan. Un tipo alto en mangas de camisa, la cartuchera cruzada al pecho, agarra al crío por la cintura, tira de él hacia atrás y lo planta en el suelo gritando: «¡Lleva cuidado, pedazo de idiota!».

En la esquina del bulevar, un atalaje de artillería se detiene y cinco o seis soldados se apresuran a desenganchar la pieza y desplazarla. La trasladan unos cincuenta metros mientras otros acarrear las cajas de municiones. Son una decena alrededor del cañón. Hay un oficial entre ellos, sin duda un teniente. Nicolas no puede ver bien sus galones. El teniente ha desenfundado el sable, y ese destello blanco ayuda a Nicolas a ajustar la puntería.

Ve cómo uno de los hombres levanta un obús y lo lleva hacia la boca del cañón. Está frente a él, no tiene que moverse para seguirlo. Apunta un poco bajo, a la altura de los muslos, y apoya firmemente la culata contra el hombro en el mismo instante en que una descarga estalla en la calle, así que aprieta el gatillo y casi de inmediato ve que el soldado se desploma lentamente, con el obús todavía en los brazos, como si de pronto no pudiera con los seis kilos de hierro. Otro artillero se acerca a él, inclinado, y Nicolas se sobresalta al oír el disparo de Adrien: el soldado cae bruscamente, proyectado bajo la cureña de la pieza de calibre 8. Durante un rato dejan de moverse allí abajo, agachados, sin duda estupefactos. Dos o tres hombres se han refugiado detrás del cañón. El Rojo vuelve a cargar, les pide que le pasen los fusiles, y en ese momento el oficial versallés se levanta haciendo amplios gestos, exhortando a sus hombres a mostrar más valor.

—El de los galones —dice Adrien—. Acabemos con él.

Aprovechan un nuevo intercambio de disparos abajo para abrir fuego.

Nicolas aguanta el retroceso y ya solo ve el destello del sable y al hombre haciendo cabriolas, como si bailara en una ópera bufa, cayendo. Los versalleses se van replegando, dejan el cañón y se llevan a sus muertos y heridos, empiezan a desaparecer por un recodo del cementerio.

—¿Qué hacemos? —pregunta Adrien.

—Esperar. Si atacamos a esos de abajo, nos descubrirán enseguida. Más vale bloquear el cañón. Es de calibre 8, dispara metralla.

Precisamente desde abajo se alza un grito de alegría. Los soldados se retiran paso a paso mientras se cubren disparando. Un hombre sube entonces a la barricada y enarbola la bandera roja, pero cae hacia atrás envuelto en el lienzo, con el cuello perforado por una bala. Sus compañeros profieren un grito y se apresuran a ir a su lado. El hombre se lleva las manos al cuello y se debate mientras la sangre fluye entre sus dedos. Tres o cuatro guardias quieren vengarlo, disparan contra los soldados, hieren a dos. Los demás huyen corriendo, encorvados, trastabillando.

En el silencio recobrado ya solo se oyen disparos lejanos, el estruendo amortiguado de un cañón. Más allá de la barricada, en el cruce, empieza a agolparse una multitud de curiosos. Mujeres y hombres de todas las edades. Se abren algunas sombrillas. La gente estira el cuello, se pone de puntillas. El rumor de las conversaciones llega hasta los oídos de Nicolas. Desde donde está, le parece que se regocijan al ver que la Comuna está siendo por fin atacada. Se mueren de impaciencia por saber que por fin va a ser sofocada. Cuatro mujeres llevan vituallas envueltas en paños. Unos hombres que han bajado de un furgón van a buscar al muerto y se lo llevan en una camilla.

—Haría falta una ametralladora —dice el Rojo—. No podremos resistir mucho tiempo. Van a enviar artillería de verdad y tendremos que salir pitando.

Se sienta en el balcón, apoyado en una contraventana, y carga la pipa. Adrien lía un cigarrillo. Le tiemblan las manos.

—¿Va todo bien? —pregunta Nicolas.

El muchacho asiente con la cabeza. Tras la primera calada, levanta dignamente la barbilla soltando el humo.

—¿Por qué no iba a ir bien? ¿No estamos estupendamente aquí, tomando el sol en un balcón?

—Mirad —dice el Rojo—. ¿Qué os decía?

En la esquina del bulevar se detiene otro carro de artillería, seguido de dos remolques. Inmediatamente desplazan el cañón, al tiempo que desenganchan los remolques y los usan a modo de protección. Nicolas y Adrien se colocan en posición de tiro.

—¡Artillería! —exclama el Rojo—. ¡De 12 libras!

Los hombres de la barricada se disponen a abrir fuego. Un sargento ordena esperar. Una nube de humo, arrastrada por un cambio en la dirección del viento, los envuelve. Las llamas crepitan en el inmueble destruido, las vigas crujen al dilatarse. La rotonda se ha vaciado de mirones de golpe.

Los versalleses han acercado el cañón, protegidos por los dos remolques. Nicolas tiene a un soldado en la línea de mira: dispara. Adrien hace otro tanto y reniega: ha fallado.

—Esto no sirve de nada. No se puede hacer nada contra un cañón.

Disparan dos cartuchos más y abandonan el balcón. En la escalera oyen cómo explota el primer obús; se alzan gritos en la calle. Caen cristales con estrépito. Salen entre una nube sofocante de

polvo y humo. El disparo ha sido demasiado largo. El obús ha caído treinta metros más allá de la barricada. Unas siluetas gesticulan, corren en todas direcciones. Nicolas está a punto de tropezar con un cuerpo tendido boca arriba, el rostro arrancado por un fragmento de proyectil. La frente abierta muestra el cerebro. Se aparta para vomitar, pero no tiene nada en el estómago, así que deja que los espasmos lo sacudan y lo doblen por la cintura.

—¡Vamos! —grita alguien—. ¡A la Rue Vavin!

Los hombres cargan con los petates, recogen cartucheras desperdigadas, ayudan a los compañeros a caminar cojeando hacia la Rue Delambre. El segundo obús explota detrás de ellos y hace añicos la barricada. Los adoquines saltan en torno a ellos, sobre sus cabezas, y los hombres se echan al suelo con la cara ensangrentada, aturdidos, algunos camaradas los levantan y los arrastran lejos. La descarga ha alcanzado en la espalda al Rojo, que cae hacia delante, a cuatro patas, jadeando. Nicolas intenta levantarlo, pero le fallan las fuerzas, la boca todavía llena de hiel. Un desconocido de paisano, con levita y corbata, agarra al Rojo del otro brazo. «Vamos —dice—. No pueden quedarse ahí.» Lo ponen en pie, y el Rojo, apenas sin aliento, refunfuña y termina por andar sin ayuda. El hombre se aleja ajustándose la chistera. «Gracias.» Un saludo de la mano responde a Nicolas, que ni siquiera ha podido verle la cara.

En la Rue Delambre, las ventanas se cierran a su paso. Una corneta suena a lo lejos y después calla. Son un centenar los que cruzan a toda prisa el Boulevard du Montparnasse desierto, con la bandera roja colgando del hombro de un sargento que anima a los hombres a apretar el paso. Se oye el golpeteo de una ametralladora en la zona del cementerio. Después, dos explosiones terribles. Los hombres echan a correr hacia la estación. Les gritan que vuelvan, que se queden a luchar. El Rojo finge que apunta contra ellos.

—¡Pandilla de cobardes! ¡Corren como conejos! ¡Les dispararía igual que si lo fueran!

Nicolas le pone una mano en el hombro.

—Déjalo. Yo no sé qué me impide hacer lo mismo.

Su amigo lo mira estupefacto. Adrien, que miraba a los otros en su huida, se vuelve hacia ellos.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—En la vida y en la muerte, ¿no es eso lo que prometimos? —dice Nicolas.

—Yo ya no creo en las promesas —contesta Adrien—. Solo os tengo a vosotros dos, así que con vosotros me quedo. ¡Muerto o vivo!

Son solo veinte los que escalan la barricada de la Rue Vavin, algunos brazos los ayudan a bajar por el otro lado de la muralla de adoquines. Un capitán va hacia ellos con dos revólveres metidos bajo el cinturón. Los saluda con una sonrisa amplia y clara, como si los recibiera para un banquete.

—No estaréis de más. La cosa se va a poner fea por aquí. ¿Hay buenos tiradores entre vosotros? Harían falta unos cuantos fusiles en los pisos altos. No tengo suficientes hombres.

Adrien y un tipo grande y barbudo dan un paso al frente. El oficial les señala dos edificios que hacen esquina con el bulevar. El Rojo decide ir con Adrien para recargar, como ha hecho antes, y Nicolas, al verlos alejarse, siente de pronto que se abre un gran vacío en su interior. «Tened cuidado.» La risa de un niño le hace volverse, y sin saber si ha pensado en voz alta o hablado para sus adentros, se sacude el embotamiento que lo ha invadido, el tremendo cansancio de las piernas y ese dolor intenso que lleva atado a la espalda como una cruz.

Hay dos cañones en batería. Los artilleros están sentados encima de una caja de obuses. Diez hombres montan guardia, con los fusiles delante de ellos. La calle es un auténtico desbarajuste. Se hablan a gritos, se increpan, hacen inventario de las municiones. Una cantinera va de un hombre a otro repartiendo cantimploras, una para cada tres. Le preguntan riendo si hay vino tinto, y ella les responde que el comité central ha prometido enviarles unas botellas de burdeos esa misma noche. «¡Pues viva la Comuna!», vocifera un pícaro antes de beber su agua tibia a chorro. Un obús cae en un patio; las cabezas se encogen y por encima del murmullo de las conversaciones se oye el crujido siniestro del derrumbe. Unas lascas de pizarra caen y se estrellan con un ruido desagradable.

—¡Ahí están!

Se les ve emboscarse a la vuelta de la Rue Delambre y detrás de la barricada abandonada del Boulevard d'Enfer, y enseguida colocan una ametralladora en batería. Nicolas ve los fusiles de los soldados alinearse y apuntar, los quepis rojos sobresaliendo apenas: son unos cincuenta y tras ellos se adivina el resto de la columna al acecho. La parte superior del inmueble que hace esquina con el Boulevard du Montparnasse salta en pedazos, y unos mampuestos caen sobre los federados al mismo tiempo que la primera ráfaga de plomo choca contra la barrera de adoquines y araña las fachadas rechinando. Nicolas se ha echado al suelo hecho una bola, protegiéndose la cabeza con los brazos, como los demás, que juran, gritan y se revuelven confusamente, debatiéndose contra todo lo que les cae encima. Luego uno de ellos se levanta vociferando y apoya el fusil en los radios de una rueda tirada allí, dispara y vuelve a cargar el arma a toda prisa, y los demás lo imitan, lanzando una salva detrás de otra. El cañón vibra estruendosamente y todos ven cómo el proyectil revienta un edificio detrás de la línea de fuego versallesa. Un artificiero regula el alza y el disparo hace saltar por los aires un extremo de la barricada versallesa, y durante un momento se desencadena allí una confusión que hace gritar de alegría a los hombres. El segundo cañón dispara racimos de metralla, y Nicolas cree oír cómo el hierro desgarrar las paredes y arranca gritos de dolor a aquellos malnacidos.

—Habría que contraatacar mientras están en el suelo —dice el capitán—. No somos suficientes, me cago en Dios. ¿Dónde están los refuerzos? Es preciso resistir, pero ¿hasta cuándo?

Una explosión a su espalda. Una fachada que colapsa. Después otra, más lejos. Muros, ventanas, muebles. Un piano cae patas arriba tocando un aire desmadejado. Los habitantes acuden

precipitadamente y despejan la calzada. Recogen a un muerto, un anciano que se había ofrecido esa mañana a disparar, pero cuyas manos temblaban demasiado y cuya mirada azul, risueña, estaba prácticamente apagada. Ya no tiembla ni ve nada. Dos hombres vestidos de civil, sin armas pero equipados con cinturones, se lo llevan lejos. El cuerpo, delgadísimo, parece no pesar, como un títere de madera con la cabeza ensangrentada.

No se ven los cañones que se empeñan en destruir la calle. Habría que enviar a alguien en misión de reconocimiento. Nicolas se ofrece al capitán, pero este se niega. Es demasiado arriesgado.

—Pero podríamos...

—¡No, mierda, le digo que no! ¿Para qué? Están más allá, a los dos lados del bulevar, formando una tenaza a nuestro alrededor. ¿Qué pretende hacer? ¿Atacarlos con tres hombres?

Una ráfaga de metralla los arroja al suelo. El capitán se toca con la mano el hombro derecho. Mira sus dedos, rojos de sangre.

—No es nada, no es nada. Un rasguño.

El cañón replica en vano. El capitán se acerca. Imposible desplazar las piezas en batería. Los versalleses se retiran por el bulevar. Se distingue a los soldados que manejan la ametralladora inclinados detrás del escudo. Tres guardias nacionales permanecen de pie vigilando al enemigo. Los otros se sientan, se quitan el quepis y se secan la frente antes de contar las municiones. Todavía quedan, pero ¿hasta cuándo? ¿Cuántos ataques más podrán repeler? Nicolas mira esas caras sucias inclinadas sobre sus manos negras, ocupadas en limpiar un arma o llenar una pipa, a esos hombres que intercambian palabras rápidas y confusas que a veces les arrancan una risa nerviosa. Le dan unos golpecitos en el hombro, es un compañero que le tiende una cantimplora.

—Está fresca, te sentará bien —le dice.

Nicolas retiene un momento el agua en la boca antes de tragarla, y los recuerdos vuelven a afluir, escenas cegadoras del tiempo de la cosecha, al principio solo recuerda el sol, luego los detalles se perfilan poco a poco: las carretas, los bueyes enganchados, los hombres trabajando bajo la luz del sol. Cierra los ojos y lo evoca todo. Las cantimploras, las botellas de vino que los críos como él querían probar también al ver que los mayores disfrutaban bebiendo largos tragos, el olor fuerte, el sabor agrio que se quedaba pegado a la lengua y le daba un poco de náuseas.

La onda de la explosión es tan violenta que la avalancha se propaga por todo el bulevar. Piedras, vigas y fragmentos de cristal caen sobre la barricada. Los hombres se levantan blancos de polvo, comprueban que no tienen nada roto, se limpian la sangre que brota de las heridas y los chichones. Nada grave. Rebuscan en el bolsillo su pañuelo, se quitan del cuello una bufanda para limpiar todo aquello y levantan los ojos hacia el edificio que acaba de saltar por los aires. El capitán se interesa por el número de heridos, unas voces le responden entre la nube de polvo que está terminando de disiparse.

Nicolas no respira desde hace un rato. Ya no tiene tiempo. Quizá tampoco ganas. Entra en el pasillo del inmueble con la boca y la garganta inmediatamente impregnadas de polvo, sin ver más allá de sus manos y sus brazos tendidos hacia delante, a tientas en aquella opacidad sofocante. Incapaz de distinguir a sus pies el arranque de la escalera, tropieza antes de empezar a subir los peldaños uno a uno, con las piernas rígidas, agarrado a la barandilla, levantando los ojos hacia unos boquetes dentados por donde soplan las llamas. Cruza un rellano en el que una de las puertas, intacta, continúa cerrada, coronada por una grieta a través de la cual se filtra una claridad incierta. Enfrente, el batiente ha sido arrancado y el fuego ruge y se lanza de vez en cuando hacia la escalera, como si todavía dudara si seguir subiendo. En el piso de arriba, una anciana en albornoz aguarda en el umbral de su casa, despeinada, el rostro ensangrentado a causa de un feo corte en la frente. Detrás de ella, en la vivienda devastada, la luz dorada del sol poniente se cuelga por la fachada abierta.

—Habría que avisar a mi hija —dice—. No podré ir a cenar con ella esta noche. ¿Tendría la bondad de encargarse de hacerlo? Voy a apuntarle su dirección, espere.

La mujer entra en casa y cierra la puerta despacio, y es preciso que transcurran unos segundos para que Nicolas, que se queda esperando a que vuelva, salga de su estupor y reanude el ascenso.

Bloques de piedra y escombros estrechan la escalera y obstaculizan el paso. A través del armazón del techo se ven el cielo azul y algunas nubes. Tiene que pasar por debajo de unas vigas caídas para pisar suelo firme en el rellano. Llama a Adrien y al Rojo, pero su voz, como sofocada por el desastre, no se oye. Entra en un piso en el que unas brechas enormes se abren al bulevar. Lo que queda del techo no es más que una costra de capas arrancadas y fisuras. Pasa por encima de las sillas amontonadas, esquiva un aparador volcado y partido en dos. Todo está gris y blanco de polvo, no parece que nada haya quedado en su sitio. Cuadros caídos aquí y allá, como si un ladrón apresurado, o sorprendido en plena faena, los hubiera abandonado. Tan solo un pequeño marco de madera ovalado, colgado todavía en la pared, con el cristal resquebrajado, rinde homenaje a un antepasado con uniforme de gala.

Hay movimiento en la habitación de al lado. Algo rueda por el suelo. Se oye ruido de cristales rotos. Nicolas debe apartar un gran diván para poder entrar.

El Rojo, cubierto de polvo y sangre, está de pie contra una pared. Tiene entre los brazos un cuerpo inerte que al principio Nicolas cree que es de un niño. El Rojo llora. Los sollozos sacuden sus hombros. Lloro, y ahora que ve a Nicolas en el vano de la puerta, gime con una vocecita impropia de un cuerpo grande y robusto como el suyo.

—He intentado sacárselo, pero no he podido —dice.

Nicolas no comprende. No quiere comprender. Se acerca para dejar de negar la evidencia de lo que ve. Toca con la yema de los dedos el rostro de Adrien, que parece dormido con la boca abierta. Una cresta de hierro, roja de sangre, está clavada en la parte posterior de la cabeza.

—No me he atrevido a insistir —explica el Rojo—. Es mejor no tocarlo, ¿no crees?

Nicolas mira los ojos de Adrien porque le parece que sus párpados tiemblan. Va a despertar, volverá en sí y lo llevarán a un cirujano para que le quite eso de la cabeza, porque sin duda ha sido eso lo que lo ha dejado inconsciente. Al doctor Fontaine, claro...

Caroline.

Un mareo le obliga a cerrar los ojos, a apoyarse en el respaldo de un sillón, y a su mano le sorprende el contacto inesperado con esa suavidad de terciopelo. Fuera comienza de nuevo el tiroteo. Tres disparos de cañón muy cercanos zarandean las ruinas en las que se encuentran, hacen caer más yeso y dar la hora a un reloj parado.

—Hay que salir de aquí. Vamos.

Nicolas agarra de un brazo al Rojo, que al principio no se mueve pese a que su amigo tira de él, se resiste incluso, pero acaba por ceder y se deja arrastrar a regañadientes. Bajan el cuerpo de Adrien gimiendo a causa del esfuerzo y la tristeza. Nicolas ya no sabe si le falta la respiración o es la pena lo que lo ahoga.

—Cuidado, que no... —dice el Rojo.

Cuando no miran dónde ponen los pies para evitar dar un paso en falso, observan la cabeza bamboleante, como empujada hacia atrás por la cuchilla de acero que se ha hundido en ella.

Salen a la calle entre el silbido de las balas y los gritos de los camaradas. Dos o tres rostros se vuelven hacia ellos y enseguida regresan al combate. Nicolas y el Rojo se alejan, sin saber hacia dónde ir con su muerto y su cráneo reventado, llevan ese fardo necesario con el orgullo de hacerlo por él, de conducirlo a un lugar tranquilo donde podrán hablarle bajito para no turbar su sueño nuevo, lavarlo y quitarle de la cara esa sangre y esa mugre, devolverle su gracia de hombre joven que debería haber gustado a las chicas y sin duda aún habría podido hacer palpar muchos corazones; sí, ponerlo a resguardo del furor y el estruendo es lo que intentan hacer, tropezando en los baches, chocando contra los adoquines desperdigados por todas partes. Nicolas se vuelve hacia la barricada en el momento en que un obús estalla justo delante y proyecta hacia atrás, con un chorro de esquirlas de granito y astillas de madera, a tres hombres cuyo grito no oye. Seguramente porque la distancia le resulta ya infranqueable. Se estremece de ira y de horror, pero sabe que no volverá. Algo dentro de él se ha roto, aunque no sabe cómo expresarlo. No se trata del valor, sino de un impulso: la confianza en el futuro que el pueblo de París ha querido poner en marcha. Igual que Adrien morirán miles, ametrallados, fusilados, masacrados por la soldadesca de los burgueses. Sin duda él también, pues no desertará. No se marchará de la ciudad asediada. Seguirá luchando, por desesperación, sostenido únicamente por su rabia. Pero no quiere morir sin haber dado con ella, sin haber vuelto a verla, sin haber apretado su mano, acariciado su rostro. Ahora es consciente de que la felicidad existe y él la ha encontrado: es una joven morena de mirada pensativa, ojos profundos, risa cantarina y voz un poco ronca, que le hablaba al oído, largo

rato, estrechando su cuerpo contra el suyo en esas noches invernales de frío y hambre en que imaginaban el fin de los días malos.

En el cruce de la Rue Notre-Dame-des-Champs hay un cafetucho que han convertido en hospital de campaña. Dos mujeres salen a su encuentro, con las mangas subidas y pañuelos grises en el pelo. Miran el cuerpo de Adrien meneando la cabeza.

—Pobre muchacho —dice una. Los guía al interior, donde una decena de hombres están tumbados en el suelo—. Ponedlo ahí.

Tienden a Adrien sobre tres tablas colocadas una al lado de otra. Tienen la precaución de ponerle la cabeza de costado para que la chatarra no se hunda todavía más. Nicolas se estremece ante esa idea, y oye al Rojo resoplar por el esfuerzo o quizá a causa del dolor. Una de las mujeres lleva un cubo de agua clara y unos trapos. Empieza a mojarlos, pero Nicolas la detiene.

—No, lo haremos nosotros. Es como un hermano. En la vida y en la muerte.

Así que lo lavan ellos. No se atreven a frotar por miedo a maltratarlo más, pero finalmente se ponen manos a la obra y el rostro del joven muerto se aclara y palidece y sus cabellos echados hacia atrás dejan ver las facciones de un niño. El Rojo hace una pausa, suspira, recupera el aliento. Cuando han terminado, se apartan de la mesa y contemplan el resultado de su trabajo.

—Podría ser mi hijo. Mira, parece que esté enfurruñado. Nunca creí que tuviera dieciocho años.

Nicolas enjuga el sudor que le escurre por los ojos. Hace calor. Las moscas. Espanta a los insectos, manotea para alejar su zumbido inmundo, luego cubre la cabeza con un paño.

—No podemos dejarlo así.

Uno de los heridos se acerca cojeando, el pantalón rasgado sobre su pierna derecha, vendada.

—Si me lo permitís, yo puedo hacerlo. Ya lo hice en otros tiempos, esto de remendar a los muertos. Con los vivos no sé cómo se hace... Ya me he visto en situaciones parecidas, anda, marchaos, no estáis obligados a mirar.

El hombre se inclina sobre la cabeza del muerto y prende entre el índice y el pulgar el trozo de metal, tira suavemente de él, como si extrajera una gruesa espina de la mano de un niño, y lo arroja lejos. Inmediatamente pone un trapo sobre la herida, porque chorrean cosas que Nicolas apenas tiene tiempo de ver. En ese momento Nicolas ya no sabe qué es un hombre, si se reduce a ese cúmulo de tripas, sangre y cerebro que se puede derramar durante las guerras, a esa mecánica blandengue que es posible devastar de todas las formas imaginables. Observa el rostro de Adrien y la evidencia lo abofetea y le corta la respiración: el amigo ya no está allí. Ese cuerpo ya no es él. Adrien era otra cosa. No sabe decir qué. Nunca ha reflexionado sobre esas cosas.

—Habría que vendar esto —dice el hombre en voz baja.

Una mujer se acerca con una tira de tela, sin duda cortada de una sábana, y se la tiende a Nicolas. Envuelven la cabeza de Adrien lentamente, con gestos delicados y precisos, como si

temieran despertarlo. Ya no lleva el pelo revuelto que le daba un aire de niño rebelde, un poco salvaje. Su rostro, enmarcado por la venda, tan despejado, tan apacible, parece ahora el de un joven príncipe o el de una mujer.

—Creo que así está mejor —dice el enfermero ocasional. Pone la palma de la mano sobre el pecho de Adrien—. Estos fragmentos de obús no perdonan. He visto muchachos cortados en dos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Nicolas—. Yo soy Nicolas. Nicolas Bellec.

Estrecha la mano húmeda y pegajosa del hombre y un escalofrío le recorre de arriba abajo.

—Jean Carpentier.

Se alejan del cuerpo y caminan sin decir nada hacia el aire más fresco del exterior. El Rojo está allí, pegado a la pared, fumando en pipa.

—¿Cómo ves tú el futuro, camarada Bellec? —Se interesa el hombre.

Nicolas no responde enseguida; sobre la barricada ha sonado una terrible descarga. Se siente acongojado a causa de la ira y la tristeza.

—La Guardia Nacional va a obligar a retroceder a esos perros rabiosos y los perseguirá hasta Versalles, y dentro de seis meses la Comuna será la norma en todo el país y proclamaremos la república social del proletariado.

—A mí no me parece que vaya a ir tan rápido, pero en general estoy de acuerdo con tu visión. Podemos confiar en el futuro, creo yo.

El Rojo se ha vuelto y los mira, al principio desconcertado.

—¿No estás de acuerdo, Rojo? El poder nace de la boca del fusil, ¿no?

Nicolas ha hablado buscando un poco de aire en el fondo de su pecho, contraído por la pena. Ya no se siente con fuerzas para nada.

El camarada menea la cabeza con una sonrisa triste.

—Sí..., sobre todo si el fusil es de un soldado de infantería. Y además, es preferible intentar tomárselo a risa, si uno puede.

Una enfermera se acerca.

—Deberías ir a descansar —le dice a Jean Carpentier—. Te volverá a sangrar la pierna y se infectará.

—Déjame en paz, Marie. Estoy hablando del futuro con los camaradas. Debemos pensar en hacer planes.

—Si quieres tener un futuro, te conviene llevar cuidado con esa pierna. No tiene muy buen aspecto. Y en lo que respecta al futuro, yo procuro no pensar demasiado en él porque ya estoy harta de lágrimas.

En el interior, un hombre se queja, pide que acuda alguien. La mujer entra arrastrando los pies.

Hace un rato que el tiroteo ha cesado. Se oye todavía rugir el cañón a lo lejos, pero en la calle resuenan ahora llamadas, conversaciones. La gente habla en voz muy alta porque se ha quedado

sorda y tiene la cabeza llena de furia, y la proclama a gritos sin poder expresarla de otro modo.

—Me marchó —anuncia Nicolas.

—¿Adónde?

Nicolas les cuenta que un delegado de seguridad del distrito X está investigando el secuestro de varias chicas, entre ellas Caroline. Les explica todo lo que le ha dicho Lalie: la pista del cochero, el tiempo que pasa y la guerra por doquier.

El Rojo ha cogido su arma. Escucha a Nicolas mientras limpia la culata, luego saca un cartucho del bolsillo y la carga. Jean Carpentier se ha sentado en una silla, con la pierna herida estirada.

—No puedo más. Tengo que encontrarla. Si no, todo esto no habrá valido la pena.

—Pero Adrien...

—Adrien está muerto, Joseph.

—¿Joseph? Me cago en Dios, es la tercera vez que me llamas así. No me gusta nada. Además, ¿es que no lo sabes? Joseph también está muerto. Ahora solo quedo yo, el Rojo, guardia nacional del batallón federado 105.º. Ya no sé quién es ese tal Joseph, ese pulidor de metales que siempre ha ido por el buen camino, que siempre ha soportado la miserable vida que le ha tocado vivir desde niño, al que le ha costado sangre, sudor y lágrimas criar a dos hijos y enterrar a otro, uno muy pequeño que murió de hambre en febrero. No retrocederé, Nicolas. Mataré a todos los perros versalleses que pueda. Y si se me acaban los cartuchos, los degollaré con la bayoneta o el cuchillo antes de que me quiten de en medio. Al menos Léonie y mis hijos podrán estar orgullosos de mí.

Nicolas mira a su amigo, que nunca ha dicho tantas cosas seguidas, y recuerda por qué quiere tanto a ese tipo. Él piensa más o menos lo mismo, pero le gustaría estrechar a esa mujer entre sus brazos cada noche, cuando se duerme, y cada mañana mientras todavía está somnolienta y lánguida y se abandona en su pecho, y luego niños, dos o tres, le gustaría tener hijos y llevarlos a hombros y jugar con ellos y verlos crecer y desarrollarse como promesas por fin cumplidas. Le gustaría tener antes de morir esas oportunidades que se tienen y se tocan, absolutamente reales. No sabe cómo decirle todo eso al Rojo, porque ese hombretón está secándose con las manos sucias las lágrimas que corren por sus mejillas.

—Pero te comprendo —consigue decir el Rojo—. Eres joven y aún no has visto gran cosa. Quizá dentro de unos años podamos volver a hablar de esto, si nos vemos. Si yo tuviera una hija como tu Caroline, sola y perdida en este infierno, creo que iría a buscarla y pondría patas arriba toda la ciudad para encontrarla.

—Lo peor es que tengo la impresión de estar desertando. Porque todo lo que la Comuna ha intentado hacer contará para mañana, y estos días que hemos vivido, pero a los sufrimientos y los muertos, son los más hermosos que he vivido nunca. También porque estaba Caroline. No elijo entre la Comuna y ella. Para mí, una y otra son lo que hace que la vida sea digna de ser vivida,

¿comprendes?

El Rojo asiente con la cabeza. Se esfuerza en hacer que su cara cansada sonría y pone la mano sobre el hombro de Nicolas y lo aprieta.

—Encuéntrala, por Dios.

Lo suelta, le vuelve bruscamente la espalda y se aleja hacia la barricada, y Nicolas se queda allí, en medio de la calle, más solo de lo que lo ha estado nunca.

Carpentier se levanta de la silla y va cojeando tras el Rojo gritándole que lo espere, y se marchan los dos, el uno con paso torpe, como si de pronto acarreará una carga pesada, y el otro arrastrando la pierna, sujetándolo del brazo, haciendo aspavientos al tiempo que le habla.

Nicolas no sabe si dejar el fusil y las municiones debajo de una mesa, pero al final renuncia a hacerlo y se cuelga el arma al hombro apretando fuerte la correa. Encontrará la ocasión de disparar en alguna esquina mientras localiza a ese poli del distrito X. Decide no mirar atrás cuando a lo lejos el combate se reanuda y se producen dos grandes detonaciones. Mil veces se detiene, mil veces se lanza a sí mismo los peores reproches que se le podrían hacer por abandonar bajo las bombas a los compañeros de lucha, mil veces se repite el nombre de Caroline; y gira en la Rue Notre-Dame-des-Camps casi corriendo con unas piernas que a duras penas pueden sostenerlo.

La mañana ha transcurrido sin que nadie se preocupe de ellos. Han dado golpes en la trampilla, gritado por el tragaluz, reclamado hablar con un oficial, todo inútil. Tenían hambre y sed, han meado y cagado en un rincón como animales enjaulados, y de la misma forma han dado vueltas en redondo, se han sentado, resignados, han reanudado sus protestas, y finalmente se han callado, exhaustos ya después de una noche horrible.

A primera hora, cuando Antoine Roques abrió los ojos, pensó que el cansancio que se abatía sobre él como un animal muerto le impediría ponerse en pie. Emergía del sueño hecho pedazos, como si los cascotes de una casa le hubieran caído en la espalda, el cuerpo roto por la incomodidad y el suelo duro y frío, la mente envenenada por pesadillas que el aturdimiento del despertar no disipaba. Se incorporó y vio colarse por el tragaluz la claridad azulada, y oyó unas voces que se increpaban y unos pasos apresurados en la calle. Clovis estaba sentado encima de una caja con el rostro entre las manos, inmóvil.

—¿Duerme?

—Por supuesto que no.

Loubet sí dormía aún, o quizá lo intentaba, porque se removía sin parar gruñendo, así que hablaron en voz baja, considerando sus posibilidades de salir pronto de allí, y luego se quedaron callados para caer de nuevo en el lúgubre silencio de sus sombríos pensamientos. El inspector se incorporó bruscamente, buscando el revólver y gritando: «¿Quién anda ahí?», y no pudieron evitar sonreír al ver su cara de susto y luego el aire de idiota que asumió al darse cuenta de que estaba prisionero, él, el policía, en aquella sórdida bodega de taberna.

En la calle, la muchedumbre agitada va de un lado a otro vociferando. Durante un rato, Roques está pendiente de esa profusión de voces y se divierte imaginando rostros. Después, su ensoñación lo lleva lentamente hacia Rose y los niños, y poco a poco se le hace un nudo en la garganta.

Debe de ser cerca de mediodía cuando la trampilla se abre y unas voces discuten en lo alto de la escalera de madera.

—¡No tenéis ningún derecho! ¡Son espías de Versalles!

—¡Cállese, pedazo de cretino, o es a usted a quien ordeno que lleven a la prefectura! ¡Vosotros, los de ahí abajo, acercaos!

Roques acude de inmediato. Ha reconocido la voz del capitán Colin, del 138.º, el batallón de reserva que lo respalda en el distrito. La cara barbuda del oficial pende por encima de él. Dos

hombres lo acompañan.

—¡Por todos los santos, salgan de ahí!

Los tres suben los peldaños precipitadamente, como si la trampilla pudiera cerrarse en cualquier momento y atraparlos para siempre. Jacquet, el orador de pacotilla que los hizo arrestar el día anterior, está allí, y un guardia lo mantiene a raya.

—Me he enterado por uno de mis hombres de que los detuvieron anoche. Él formaba parte de la patrulla, pero no se atrevió a decir nada porque el ciudadano Jacquet exhibió un documento redactado y firmado por la prefectura. He venido en cuanto me ha sido posible. Si no hubiera cosas más urgentes que hacer, metería a este idiota en la cárcel después de darle un buen culatazo en la jeta —el capitán se acerca a Jacquet y lo agarra por el cuello de la chaqueta—: Lárguese antes de que cambie de opinión. Si tantas ganas tiene de servir a la Comuna y demostrar su lealtad, vaya a ayudar a llevar adoquines a las barricadas.

Jacquet está lívido, permanece muy erguido, con la mirada gacha y los labios apretados. Con una expresión falsamente contrita. Pérfida. Cuando el capitán lo suelta, da unos pasos hacia la puerta, le lanza una mirada a Clovis y se detiene un instante antes de salir.

—Víbora —dice Roques—. Gracias por habernos sacado de aquí —añade, estrechando las manos de Colin—. ¡Nos habrían dejado morir en ese agujero!

El capitán se yergue bruscamente, asaltado por una súbita idea.

—¿Cuánto tiempo hace que no comen?

Roques nota que su estómago se contrae ante esas palabras. Loubet, al oírlo, da un paso hacia Colin como si fuera a servirles los platos allí mismo y de inmediato. Clovis, en cambio, no se ha movido, mira hacia la calle, donde van y vienen montones de mujeres, niños y guardias nacionales.

En una cantina al final de la calle, una mujer completamente vestida de negro, de semblante arisco, les sirve una sopa densa y pone delante de ellos una hogaza de pan tierno. Les lleva salchichas y una botella de vino blanco que vacían en la primera ronda. Se dejan caer contra el respaldo de la silla para brindar, y en ese instante cada uno siente en el corazón una punzada de felicidad, mientras imágenes de primavera y recuerdos de merenderos cruzan su mente. Clovis sonríe discretamente, mirando hacia abajo. Después, comen con avidez, glotones y ruidosos, sin hablar demasiado, tras lo cual el capitán les pregunta adónde se dirigen, ahora que la batalla ya ha empezado.

Antoine Roques le cuenta, le explica. Presenta a Clovis como un informador valioso. Loubet le lanza una mirada hostil que al capitán le pasa por alto y vuelve a concentrarse en su plato.

—¿Todo esto para ir a rescatar a una mujer que sin duda ya ha muerto? —pregunta el capitán.

Se produce un silencio que rompe Clovis saliendo de su mutismo:

—Es lo mismo que querer salvar la Comuna hoy.

Colin menea la cabeza, mirando a Clovis con gravedad.

—En eso tiene usted razón. Retrocedemos en todas partes. Algunas barricadas resisten el bombardeo, en la Rue Vavin, en la Rue de Rennes..., pero cualquiera sabe por cuánto tiempo, por unas horas quizá. Los versalleses lo destruyen todo para abrirse paso. Destruirán París antes que dejarle la ciudad al pueblo. Y destruirán al pueblo para recuperar la ciudad. Por lo tanto, sí, pensar que actualmente es posible salvar la Comuna es como creer que se va a salvar a un moribundo por medio de oraciones. Algo parecido a lo de esa mujer atrapada bajo toneladas de piedra.

—A eso se le llama esperanza —dice Roques—. No tiene nada que ver con la razón convencional de la gente bien establecida. Me recuerda a esos fuegos que continúan ardiendo bajo la lluvia.

—Pero usted tiene a sus hijos y a su esposa —dice Clovis—. Su esperanza está ahí. Yo, en cambio...

—Yo también tengo esposa e hijos —dice el capitán Colin—. Y estoy aquí hablando con ustedes en vez de tenerlos a mi lado, y dentro de un rato o mañana estaré con los demás bajo el fuego. Lucharé para vivir, no para morir. No me siento muy proclive al sacrificio, la verdad. Tengo treinta y dos años y quiero experimentar todas las dichas posibles, pero me parece que en ocasiones debemos elevarnos por encima de nuestra pequeña existencia. No le conozco, pero quizá es lo que usted intenta hacer yendo a buscar a esa mujer.

Clovis lo mira sin pestañear, con los ojos brillantes. Asiente con un imperceptible movimiento de cabeza.

Un guardia nacional entra en tromba en la tasca, sin aliento, y va hacia el capitán. Parece cohibido al encontrarlo acompañado y se queda parado ante él, dudoso.

—Puedes hablar, Fargot. Son camaradas.

El hombre inspira hondo y se apoya en la mesa. Colin le sirve un vaso de agua que se bebe de un trago.

—Parece... parece ser que los versalleses están rodeando París por Clichy y Saint-Ouen. Los prusianos dejan el ejército de Clinchant. Será esta noche en la puerta de Clignancourt.

—Quieren tomar Montmartre por detrás —dice el capitán Colin—. ¿Quién está al corriente?

—Se ha informado al comité central mediante despachos. La Cécilia ha tomado las riendas. Pero allí ha cundido el pánico. Los que quedaban están huyendo. Al parecer, ni siquiera han montado los cañones de La Butte sobre sus afustes.

Colin se levanta, apoyando las dos manos en la mesa.

—Vamos... Con La Cécilia al frente, aún es posible. Si es que hay combatientes a los que hacer combatir.

—Desde hace dos semanas —dice Roques—, la Guardia Nacional es como nieve al sol.

Demasiadas pérdidas. Oficiales incapaces. La gente ya no confía. Y desde hace unos días es peor. Valerosos combatientes de feria, del estilo de Jacquet, me pidieron que detuviese a los desertores. Cogí a unos cuantos, ¿y qué? ¡Tendría que haber encerrado a cientos! ¿Y por qué razón? ¡No tiene sentido! Y toda esa buena gente que les escupía a la cara y les pegaba en la calle mientras los llevaban a la comisaría... Esas cosas nos permiten darnos cuenta de que la turba no es el pueblo. Total, que por la noche dejé en libertad a esos pobres diablos, aunque diciéndoles que contábamos con ellos para defender la Comuna. Por supuesto, me juraban por sus hijos que responderían «presente» al primer llamamiento y echaban a correr sin pensárselo dos veces.

—El populacho no entiende nada —dice Loubet—. Salvo la fuerza.

Roques se dispone a contestarle cuando se oye un estruendo que se aproxima por la calle. Pasa una ametralladora, tirada y empujada por seis hombres, y escoltada por una docena de críos curiosos y gritones. El capitán Colin se levanta, tocado con su quepis, y se abrocha la guerrera.

—Tengo que irme, ciudadanos. Veo pasar un arma que no hemos pedido. Espero que los artilleros y la munición la sigan... Vengan conmigo.

Se ponen en marcha. Colin les ha proporcionado un fusil, un revólver y una veintena de cartuchos para cada uno, improvisa una especie de salvoconducto con el sello del batallón y su firma y les desea buena suerte.

En todas las calles suena el mismo rumor, los mismos gritos, los mismos cantos, el martilleo por doquier de las palanquetas percutiendo en el pavimento. Un pueblo entero ha salido para colaborar en esa vasta construcción sin maestro de obras en la que de vez en cuando se planta una bandera roja sobre un simple montón de adoquines al que los niños suben en tres brincos, a semejanza del carpintero de armar que pone un ramillete en lo alto del tejado al terminar su obra. Treinta fusiles detrás, rostros insolentes, decididos. No pasarán. Se oyen cada tanto los ruidos terribles de la batalla que el viento empuja como un soplo gélido, y la gente levanta la nariz, intenta ver algo más que los penachos de humo que el viento del oeste arrastra hasta ellos, pero no alcanza a saber de las ejecuciones sumarias, del bombardeo sistemático de las calles defendidas por los federados, las barricadas sepultadas bajo los escombros, no se sabe nada, salvo que las cosas van mal.

Los tres hombres tendrán que cruzar la línea de fuego, pasar a la zona ocupada por el ejército de Versalles. Dan vueltas y más vueltas por el laberinto en que se ha convertido París. En ocasiones les dejan franquear una barrera o avanzar pegados a una pared, agachados bajo una carreta volcada, en otros lugares los registran y revisan sus papeles con una actitud recelosa, examinándolos, escrutándolos, mirándolos por delante y por detrás, para por fin permitir, con un gesto irritado o cansado, que se marchen y los detengan en otro sitio, puesto que van a salir del sector fortificado y se dirigen hacia la batalla. En algunas aspilleras muestra su boca un cañón, las ventanas de las buhardillas han sido habilitadas como puestos de tiro. Roques observa todo eso

alternativamente atónito o asustado. ¿Cuántos están defendiendo las calles y las plazas? ¿Dos mil?, ¿tres mil? Dicen que el ejército de Mac Mahon cuenta con cuarenta mil hombres. Dicen que los prusianos han soltado a diez mil prisioneros para que vengan a engrosar las tropas. El fusil empieza a pesarle en el hombro, y Roques piensa que frente a la carnicería que se avecina, lo mismo daría que cargara con un palo de madera. Se siente abrumado, minúsculo e insignificante en medio de la ciudad bombardeada, súbitamente oprimida por la verticalidad de los inmuebles, como si fueran a desplomarse de un momento a otro; levanta los ojos hacia el cielo en busca del tranquilo azul y ve pasar volutas oscuras que se estiran y van lentamente a su encuentro, y continúan detrás de ellos hacia el frágil campamento atrincherado que el pueblo de París está construyendo.

La Rue de Rivoli está llena de humo. Coches de bomberos atraviesan esa niebla espesa hacia las Tullerías, y los caballos, al galope, resbalan en los adoquines. Roques ve de vez en cuando grandes llamas que lamen las ventanas. Los guardias nacionales encaramados en la alta barricada miran el incendio, paralizados, estupefactos. Un obús estalla sobre el tejado, y un puñado de pizarras salta y cae, como hojas calcinadas de un árbol muerto que es zarandeado bruscamente.

—Es el Louvre lo que se ha incendiado —dice Loubet.

Roques siente que se le encoge el corazón. Tiembla, no sabe si a causa de la ira o del miedo.

—Vamos —dice—. No podemos perder más tiempo.

Cruza la calle seguido de Clovis, que parece que no quiere mirar nada, encorvado bajo esa nube acre.

Delante del ayuntamiento hay música. Metales y bombo tocan «Canto a la libertad» acompañando a la multitud que la entona. Mujeres y niños, sobre los que ondean banderas rojas. Durante un instante la potencia del coro sofoca el estruendo de las explosiones. Un poco apartados, unos cuantos señores con chistera observan los batallones que vuelven a formar. Jinetes portadores de mensajes van y vienen, abriéndose paso entre toda aquella gente apiñada que canta a pleno pulmón. Los caballos empujan con el pecho a los imprudentes, piafan, relinchan y se encabritan, asustados por los gritos, por los gestos repentinos, y provocan un vacío a su alrededor.

Roques y sus acompañantes no se entretienen mucho en aquel foro atronador. Avanzan apresuradamente junto al Sena. El muelle está lleno de paseantes que se detienen a cada paso para mirar los incendios a lo lejos. En todo momento se oye ese estruendo sordo del cañón. Y cuando desembocan en la Place Saint-Michel, resuena en la lejanía el intenso crepitar de una ametralladora.

—Están en la Cruz Roja —dice Loubet—. No conseguiremos pasar. Nos detendrán en la primera esquina donde haya vigilancia.

Clovis saca del bolsillo una hoja de papel cuidadosamente doblada.

—Es posible que con esto podamos.

Loubet despliega el documento y lo lee con ojos de asombro.

—¿De dónde ha sacado esto?

—El tipo al que he llevado estos últimos meses por todo París vivía con una mujer cuyo hermano es oficial en Versalles. Él se encargó de que le prepararan este papelote, precisamente por si tenía que vérselas con los soldados o los gendarmes cuando volvieran. La mujer tenía uno para ella y otro para él, a nombre de Henri Pujols. Estaba muy orgulloso de disponer de este documento, con el que esperaba cruzar las líneas para huir. Se lo robé después de dejarlo inconsciente. Vean las firmas. Tiene incluso una filigrana oficial.

Antoine Roques lo lee también. Es un salvoconducto firmado por el general Clinchant, con sello y firmas. Se lo devuelve a Clovis, que lo introduce en el dobladillo de su chaqueta.

—No vaya a ser que un guardia nacional me registre y lo encuentre. Iríamos directos al paredón.

—Y si los versalleses dan con mi salvoconducto firmado por Rigault, también acabaremos en el paredón.

Reanudan la marcha por calles angostas, más oscuras, bajo una cinta clara de cielo. El bombardeo cesa un momento, solo se oye el estallido esporádico de los disparos de fusil, y en esa calma engañosa podría creerse que todo puede empezar de nuevo, que nada va a acabar. En la Rue des Quatre-Vents, Roques titubea al ver una taberna abierta delante de cuya puerta han puesto tres mesas y unas cuantas sillas. Le encantaría sentarse un rato ante una jarra de cerveza para pensar tranquilamente en Rose y los niños, en lo que ha perdido y en lo que busca. Decidir si debe continuar o volver a casa. Clovis y Loubet se han detenido también, y miran esa terraza improvisada con el aire soñador que produce en ocasiones el cansancio cuando uno se deja vencer por él. Un hombre que lleva un brazalete rojo está sentado con las piernas estiradas y los ojos cerrados. A su lado, sobre la mesa, junto a un sombrero informe, hay un vaso de absenta. El hombre levanta los ojos hacia ellos, se fija en sus ropas raídas y arrugadas, las facciones tensas en sus rostros, el fusil al hombro de Roques, y les dirige un discreto saludo con la barbilla. A unos metros, otros dos tipos juegan al dominó sin abrir la boca, atentos al juego, actuando con gestos rápidos, las fichas negras alineadas ante ellos como minúsculas empalizadas, y da la impresión de que nada en el mundo podría distraerlos. Roques ve, sobresaliendo de las mangas de sus guardapolvos gastados, unos puños de camisa blancos, almidonados. Uno de ellos lleva en el dedo anular un sello de oro.

Una enorme explosión los sobresalta, hace temblar los adoquines bajo sus pies y desprende unos cristales mal fijados, que se rompen contra el suelo. Una chimenea cae y se estrella en medio de la calle. Uno de los jugadores levanta el rostro hacia la fachada y luego vuelve a concentrarse en sus fichas. Su compañero no se ha movido, imperturbable, pendiente de la partida. Se limita a mover la cabeza de arriba abajo, como si aprobara el bombardeo que acaba de reanudarse.

—Vamos —dice Clovis—. Beberemos más tarde.

Los tres prosiguen dejando escapar el mismo suspiro de pesar. En la Rue Saint-Sulpice, el aire vibra a su alrededor con cada cañonazo y estallan cristales, y sobre los adoquines llueven agujas, cuchillas y puñales cristalinos que centellean a la escasa luz, las placas de pizarra resbalan por los tejados y caen en vertical como hojas de hacha para ir a romperse a sus pies, de modo que aprietan el paso vigilando las alturas de esa garganta donde invisibles asaltantes les han tendido una emboscada.

En la plaza, delante de la iglesia transformada en hospital de campaña, los voluntarios cargan heridos en un ómnibus y varios carros para evacuarlos. Hablan poco entre ellos. Un hombre con la cabeza y los ojos vendados gime al subir al estribo. Roques se acerca a la mujer que trata de recuperar el aliento después de instalarlo a bordo, una mano apoyada en el cuello de un caballo.

—¿Los llevan al hospital?

La mujer lo mira como si hubiera caído de la Luna.

—No tenemos ni idea de adónde los llevan, pero en cualquier caso lejos. Porque antes de esta noche todo habrá terminado por aquí. Varlin y sus hombres no van a resistir mucho tiempo en la Cruz Roja..., y Lisbonne, en la Rue Vavin, tres cuartos de lo mismo... —De pronto se percata de la presencia de Loubet y Clovis, un poco alejados—. ¿Qué hacen aquí?

Roques decide decirle la verdad, no se le ocurre ninguna mentira. Y quizá porque ya no es momento de contar cuentos.

—Vamos a buscar a alguien a la Rue des Missions.

—¿La Rue des Missions? Eso está detrás de las líneas versallesas. ¡De Montparnasse a los Inválidos, lo ocupan todo desde anoche! Los detendrán y los fusilarán. Ellos no hacen prisioneros.

—Se trata de una mujer que está bajo una casa derrumbada. Hay que sacarla de ahí.

—Dejen a los muertos tranquilos. Ya tenemos bastante que hacer con los que aún no están...

—Es, como si dijéramos, una promesa que he hecho.

La mujer se echa a reír y se seca las manos en el delantal.

—Una promesa... ¡Eso lo explica todo!

Repite la palabra en voz baja, dos veces, como si quisiera memorizarla, y se aleja hacia la iglesia sin volverse. El ómnibus se pone en marcha chirriando. Su pesado avance sobre los adoquines hace vibrar el suelo. Roques lo mira maniobrar en la estrecha calle, los caballos al paso, aplastando con los cascos trozos de cristal que crujen horriblemente.

Abandonan la plaza, adonde acaba de llegar medio centenar de federados que se sientan o se tumban en el suelo, extenuados, y beben de sus cantimploras. No dicen nada, no miran nada, se quitan el quepis y se pasan una mano sucia por la cabeza. En alguna parte se oye elevarse un clamor, de alegría o de angustia, seguido del tableteo de una ametralladora. El olor del fuego. Los tres hombres corren y desembocan en la Rue de Rennes, en llamas más allá, hacia Montparnasse.

Una barricada es engullida por el humo mientras el incendio danza en los pisos altos de los edificios, por encima de las siluetas que combaten. Un tejado se eleva, se abomba, luego se hunde y revienta, exhalando una horrenda bocanada de brasas y chispas. Puede que los niños crean que en esa guerra se esconden dragones que vienen a devastar la ciudad para convertirla en su guarida. Roques no cree en dragones, pero tiene miedo del monstruo gigantesco que extiende por París a sus miles de criaturas de fuego. Las balas sobrevuelan sus cabezas, los racimos de metralla pasan zumbando como un enjambre.

Loubet agarra a Roques del brazo y lo arrastra al otro lado de la calle. Clovis corre detrás de ellos, se apiñan en un rincón en el instante en que un rosario de balas impacta contra la fachada, muy cerca, arrojándoles a la cara fragmentos de piedra. Durante unos minutos recuperan el aliento apretujados unos contra otros, como niños bajo un aguacero. Cuando el fuego parece calmarse, Roques sale de su refugio y enfila la Rue du Vieux Colombier. Se toca con una mano la frente, donde nota resbalar algo, y retira los dedos manchados de sangre. Un corte, un poco hinchado, que empieza a dolerle. No lo ha sentido en el momento del impacto, bajo la lluvia de cascotes. Se tapa la herida con un pañuelo mientras avanza, apretando con la otra mano la correa del fusil. Tiene la impresión de haberse quedado sordo de repente, los oídos llenos de silbidos, de golpes secos, y un murmullo resonando en el interior de su cabeza, como si un ejército de insectos la hubiera invadido. Se sorprende cuando Clovis llega a su altura y le dice con voz sofocada:

—Es posible que no salgamos vivos de esta, pero al menos habremos hecho lo que había que hacer.

El hombre camina a su lado, con una media sonrisa en el rostro, y de pronto Roques siente que recupera algunas fuerzas.

Lo llevaron hasta una puerta cochera y lo tumbaron junto a otros heridos con precaución y gestos atentos, y palabras tranquilizadoras que no recuerda que le hayan dirigido nunca. Pujols ha intentado acordarse de cuando estaba enfermo y su madre le prodigaba cuidados, por ejemplo aquella vez que pilló una insolación porque su padre lo obligó a ir al prado a vigilar al rebaño a pleno sol, un sol implacable y plomizo desde primera hora de la mañana, el aire inmóvil impidiendo con sus manos de cristal ardiente el menor movimiento; hasta los perros, cuyos flancos se estremecían, respiraban gimiendo, hasta las vacas tumbadas parecían estatuas colocadas en aquel decorado cegador. Temían los ataques de los osos, así que no se atrevió a bajar hasta el torrente y se refugió bajo el sombrero de paja, con la cantimplora de agua tibia, sentado en una roca. Lo bajaron casi inconsciente a lomos de una mula, su madre le mojó la cabeza con agua helada y le dio de beber, pero no recuerda que le dedicara palabras tiernas ni le hiciera la menor caricia para tranquilizarlo. Lo acostaron más temprano que de costumbre, y al día siguiente, al amanecer, su padre fue a despertarlo zarandeándolo, como todos los días, mientras mascullaba y arrastraba los zuecos por el suelo del cuarto.

Bajo los soportales trajinaban cuatro mujeres, una de las cuales, joven, pelirroja, se acercó y le preguntó de qué batallón era, si había sido duro, y él fingió un acceso de debilidad y una laguna en la memoria para evitar tener que contestar, y entonces la chica sonrió mientras le ponía un trapo húmedo sobre la frente hinchada y el rostro hundido, rozando con la yema de los dedos la terrible herida que tanto impresionaba a la gente desde hacía meses, el arco ciliar roto, el ojo semicerrado y la cara aplastada. Él le contó su habitual historia de guerra, en este caso no en Sebastopol sino Sedán, un combate cuerpo a cuerpo, dos prusianos machacándolo a culatazos, y notó que la muchacha se estremecía, arrodillada junto a él, apretándole la mano, y se abandonó a esa voluptuosidad nueva para él, esa solicitud obtenida mediante engaños, ese joven cuerpo, muy cerca del suyo, que le excitaba pese a la migraña que le martilleaba el cráneo y al temor de ser descubierto y conducido al paredón por aquellos imbéciles, pese al tiroteo desatado en la calle, las explosiones y el crujido estrepitoso de los inmuebles que se desmoronaban.

Eran imbéciles, sin duda, de lo contrario no combatirían uno contra veinte por unas ideas nebulosas de igualdad y fraternidad, nebulosas hasta el punto de cegarlos, totalmente encauzados hacia la ayuda mutua y el auxilio de los más débiles, incapaces de imaginar la astucia y la traición. Pujols se habría desternillado de buena gana, si no hubiera temido que lo

desenmascararan.

Cuando la chica se alejó, prometiéndole que volvería enseguida, sintió en el corazón una punzada amarga y furiosa, y se apoyó en la pared para mirar a su alrededor a los federados heridos que gemían sin parar, o bien permanecían inmóviles y callados, algunos con los ojos abiertos a la nada que parecía esperarlos. Le llevaron algo de comer, un trozo de pan y unas salchichas, y un vaso de vino que no era el típico vinucho que se solía servir en París, e incluso se permitió el lujo de una pequeña siesta, adormecido por esa especie de bondad confusa y desbordada que se desplegaba allí a pesar de la guerra.

Ahora está de pie, un poco tambaleante, con la cabeza aprisionada en una tenaza contra la que su sangre late con fuerza, pero al contemplar a los pobres diablos tendidos bajo ese pórtico se siente mejor, porque él está entero, porque mientras dormitaba no se ha extendido un charco de sangre debajo de él, así que está seguro de que saldrá vivo de ese campamento atrincherado cuyas fortificaciones improvisadas, ya mermadas por la artillería, vio hace un rato. No está allí para vencer o morir, como ha leído en una oriflama roja colgada entre dos postigos, sino para huir y mantenerse con vida. Por el momento, a eso se reduce la pequeña filosofía que lo guía, sin grandes diferencias, en el fondo, con los principios que siempre ha intentado seguir.

Cerca de él, un hombre con un ojo vendado levanta la cabeza: un feo corte en la cara desciende todo recto hasta la mandíbula. Lleva el pelo echado hacia atrás, pegado por la sangre coagulada. Pujols repara en lo joven que es, y ese cabello rubio le turba.

—¿Adónde vas, camarada?

Pujols observa el rictus que la herida ha fijado en su rostro y se sumerge en la mirada bien abierta de ese ojo único de párpados enrojecidos.

—Necesito moverme.

—Así es como acabas recibiendo una bala o un poco de metralla. Mira, a mí me ha costado un ojo y parte de la cara. Más o menos como a ti. ¡Es como si fuéramos hermanos!

Pujols se agarrota. Esa gente y su fraternidad, desde luego...

—No lo creo.

El joven se levanta también.

—¡Al diablo con esto! ¡Así se ve mejor! —dice—. Además, para disparar a esa gentuza de Versailles no tendré que esforzarme: ¡el ojo que me queda será más que suficiente!

—¿Y las balas? ¿Y la metralla? Creía que...

El muchacho se toca el vendaje con una mano. Los dedos le tiemblan.

—Tengo dieciocho años, aquí donde me ves. Decían que era buen mozo y a las chicas les gustaba bailar conmigo y dejarse llevar por la cintura para apartarnos de las luces del baile. ¿Y ahora?, ¿qué puedo esperar? Tuerto y remendado como esos piratas de los libros ilustrados. ¿Quién va a quererme? —Hace una mueca de dolor e inclina la cabeza, con la mano ahuecada

encima del ojo muerto. Retrocede hacia la pared y se apoya en ella—. ¡Me cago en la puta, lo que duele esto!

Una enfermera se acerca y lo sujeta del brazo.

—Vamos, Théo, deberías descansar. Estamos esperando un coche para que os traslade. Un cirujano se ocupará muy pronto de ti. ¿Quieres un trago de aguardiente?

Le tiende un frasco, él lo destapa inmediatamente y bebe con avidez. La mujer se lo quita con delicadeza.

—No abuses, jovencito. Los demás también lo necesitan.

Le acaricia una mejilla. Su mano, en el extremo de un brazo fuerte, es blanca, con venas azules y dedos muy finos. Théo se la estrecha, pero enseguida la suelta y se yergue, como revitalizado.

—¡Rediós, hay que ir!

Echa a andar, al principio tambaleándose, luego pisando firme.

—¡Un fusil! —grita—. ¡Un fusil! ¡Solo tengo un ojo abierto y es el bueno! —Se vuelve hacia Pujols y hace un gesto con el brazo—: ¡Ven aquí, grandullón! ¡Y asómate por encima de la barricada, les darás miedo a esos perros!

A Pujols le encantaría cerrarle el pico a ese tuerto escandaloso. Va a atraer la atención sobre él, y preguntas, quizá sospechas. Unos guardias vuelven ya la cabeza y lo miran; luego, indiferentes, regresan a su tarea de vigilancia. Decide reunirse con el tal Théo, que se ha acercado hasta el cañón ametrallador en batería de la Rue de Sèvres. Los dos artificieros que lo cargan cierran la culata: uno de ellos pone la mano en la manivela que activa el disparador mientras el otro vigila la calle por encima del escudo de acero.

—¿Me dejarás disparar? —pregunta Théo.

El hombre lo mira de arriba abajo. Los párpados le pesan, y finalmente se encoge de hombros.

—No es un juguete. Tienes un fusil, haz un buen uso de él.

—Yo he dado un ojo, como mínimo se me debe esto a cambio.

El hombre lo observa mejor, con un cansancio incommensurable en la mirada. Suspira.

—¿De qué cambio hablas? Aquí no hay nada de eso, muchacho. No se le pide a nadie que dé nada. Y menos un ojo, un brazo o una pierna. Hay que mantenerse entero y vivo.

De pronto, el joven se desploma sobre el suelo arenoso de la calle sin adoquines. El disparo restalla en el mismo instante en que cae, y a su alrededor todo el mundo se tira al suelo. Otra bala acaba de estrellarse delante de Pujols, levantando un pequeño penacho de arena y polvo. Cuando se arrastra hacia Théo, ve el cráter confuso abierto en un lado de su cabeza, justo encima de la oreja. La sangre palpita ahí antes de fluir, y Pujols observa, sin respiración, esa vida que lucha aún y que se escapa, ese rojo intenso que la tierra absorbe casi de inmediato. Ve el ojo todavía abierto, los párpados que oscilan como bajo la impresión de un anuncio sorprendente, los labios moviéndose para decir, quizá, algo más en el inmenso silencio que se acerca.

Luego los ojos ya no se sorprenden, la sangre cesa de manar, la boca calla.

—¡En la ventana, allí! ¡En el tercer piso!

Las balas vuelan arrancando chispas a los adoquines amontonados o se hunden en la tierra alrededor de ellos silbando. Pujols saca el fusil de debajo del joven muerto y encuentra algunos cartuchos en un morral. Va corriendo hasta la barricada, carga, amartilla, se apoya en el parapeto formado por una viga atravesada en el muro de adoquines. Una decena de hombres más va a apostarse a su lado.

Los dos artificieros intentan hacer girar la ametralladora, pero no lo consiguen.

—¡Habría que inventar un artefacto que pudiéramos manejar como quisiéramos! ¡Con estos cañones no se puede hacer nada!

Todos escrutan las fachadas apuntando con el fusil. A Pujols le parece ver que algo se mueve: una cortina tal vez, flotando por una ventana abierta. Afianza bien el brazo, pone el dedo sobre el gatillo. La migraña ha desaparecido. Solo siente una excitación que no había experimentado desde hacía mucho. Ni siquiera las extravagantes sesiones de fotos, las piernas abiertas, los miembros viriles hurgando con vigor en cada orificio disponible, toda esa depravación a la que se invitaba a menudo..., ni siquiera eso que no eran sino rudos apareamientos entre las calaveradas de algunos libertinos le han despertado nunca la tensión que concentra en ese momento todo su cuerpo, toda su fuerza, en un bloque de extrema densidad situado en el centro de su pecho, como un puño que dirige cada uno de sus gestos, incluso los latidos ralentizados de su corazón.

Luego el francotirador aparece y se arrodilla, emboscado detrás del balcón. Pujols sabe que su bala tiene una posibilidad entre cincuenta de rebotar en esa reja de hierro labrado. Aprieta el fusil contra sí, presiona el gatillo, no hace ningún movimiento más. Ve que el soldado se agita y se desploma. A su alrededor, los hombres profieren un grito de alegría. Pujols hace caso omiso y vuelve a cargar el arma. Baja el punto de mira hacia el balcón del segundo piso. Los otros se han callado, se colocan de nuevo en posición. Se oye desencadenarse súbitamente el tiroteo en las calles vecinas y al cañón disparar en la Rue de Rennes.

Pujols no oye ese estruendo. Lo que él cree oír es el rumor de una cortina, el chirrido de un picaporte que se abre y luego una ventana que se desliza sobre sus goznes, y cuando los dos soldados surgen al mismo tiempo como demonios e inmediatamente apuntan con sus armas, él no se mueve, dispara una vez más y ve al que permanecía en pie cayendo hacia atrás por el impacto y saltando por encima del balcón. Los federados han disparado también, y el otro soldado se levanta, da vueltas con los brazos en alto y va a desplomarse al interior de la vivienda.

Pujols se incorpora un poco para ver en la acera el cuerpo que le da la espalda, tendido de costado, y le parece que las piernas todavía se mueven ligeramente, así que vuelve a cargar el arma, se pone de pie y dispara de nuevo, ve la sacudida causada por la bala que ha entrado entre los omóplatos, y profiere un gruñido de placer antes de caer de rodillas, exhausto, colmado,

vaciado el cuerpo de toda energía, como después de una larga sesión entre las piernas de una mujer o de una cabalgada salvaje contra su culo, y apenas escucha a los demás, que se agolpan a su alrededor para felicitarlo, le estrechan la mano, le prometen unos tragos y le preguntan dónde ha aprendido a disparar así. Está en medio de ellos todavía de rodillas, con la cabeza gacha como en oración, y deja que se extienda en su interior esa voluptuosidad cuyo camino creía haber perdido: el de matar, aunque sea con un arma de fuego y desde tan lejos. No sintió nada cuando abatió a aquellos tres miserables en la taberna del canal, no eran siquiera hombres, bípedos insignificantes en la tierra, obstáculos atravesados en su camino, testigos molestos, y los mató como se aparta con el pie a un perro que ladra entre las piernas. Pero estos soldados, investidos de una misión, con órdenes precisas, encargados de luchar contra la anarquía y aplastar al populacho compulsivo, esos valerosos militares de infantería de los que Viviane Arnault, sin duda muerta a estas alturas, tanto había elogiado el coraje y la abnegación bajo las órdenes de oficiales intrépidos y elegantes entre cuyas filas incluía a su hermano Ernest, esos feroces salvadores de la patria tienen otro valor, incluso muertos, al menos a los ojos de los defensores de la barricada, que los identifican con los despreciados agentes de la reconquista burguesa. Pujols ha podido experimentar la potencia de esos fusiles, la fuerza del impacto que derriba a los hombres como monigotes de feria, y tiene la impresión de haber poseído por un instante esa energía de hierro y fuego.

Recibe los cumplidos con cierta indiferencia, luego los hombres regresan a sus puestos, porque al final de la calle los versalleses están posicionando un cañón y cubren la maniobra con un fuego graneado que hace silbar bandadas de balas. Sentado bajo un soportal, Pujols escucha la extraña música de cuerdas arrancadas, de tambores reventados, de orquesta que se da a la fuga bombardeada por canicas de acero.

Durante toda la tarde va de un puesto de tiro a otro, conserva el mismo fusil porque sabe que algunos son mejores que otros, y en las barricadas en que lo reclaman esperan que obre milagros, como si él solo pudiera detener en seco el avance de los versalleses. Las calles se hunden en torno a él, los hombres caen y mueren en medio de las explosiones y los gritos y los gemidos, la muerte se deleita desgarrando arterias, devorando rostros, arrojando a sus pies carcasas abiertas, y esa guerra en la que Pujols se siente invencible porque no es la suya le hace estremecerse de placer. Deambula entre el caos empuñando el arma, ebrio de fuego y sangre, sin saber qué hace allí, sin comprender qué buscan los hombres que luchan.

Al final de la tarde, se percata de que el campamento atrincherado de la Cruz Roja no defiende ya sino un campo de ruinas. Algunos soldados se cuelan entre los escombros, escalan los edificios destruidos y se encaraman en esos montículos para disparar contra ellos. Se les entrevé cuando el viento disipa un poco el humo y el polvo. Pujols y otros hombres se cargan a algunos, pero, al final, un oficial llamado Varlin, un hombre que ha estado en todas partes en todo momento, cuya

presencia devuelve por sí sola la esperanza y el valor bajo las descargas de artillería y las ráfagas de ametralladora, ordena que den la vuelta al cañón y bombardeen las ruinas.

Al anoecer, el fuego cesa. Continúa aún un rato el tiroteo indiscriminado en la Rue de Rennes, dos obuses versalleses lanzados desde la otra punta de la Rue du Cherche-Midi pasan rugiendo por encima de las cabezas y explotan en un inmueble de la Rue du Dragon, luego el silencio deja que los oídos zumben y piten. El polvo cae, el fuego despide resplandores empenachados sobre los tejados.

En el primer piso de un edificio que continúa en pie, en un salón atestado de muebles relucientes, Pujols come y bebe en compañía de dos federados que han querido regar su hazaña de primera hora de la tarde. El día anterior encontraron una botella de coñac en una vivienda y desean compartirla con él. Se llaman Jeanjean y Olive. Pujols se ha presentado como Isidore. Como les sorprende su acento del sur, les cuenta que es de Toulouse y que, tras la muerte de sus padres, se vino a París, donde trabajó en una fábrica durante unos meses y luego se alistó en el ejército para recorrer el país. Resultado: la guerra contra los prusianos, Sedán y esa terrible herida que todavía le duele cuando el tiempo es húmedo. Los dos federados se compadecen de él. Cuentan también algo de su vida. Jeanjean es techador, treinta y dos años, casado con Linette, y solo tienen dos hijos varones porque su hija mayor murió durante el asedio. Olive, por su parte, es herrero. Solo tiene veintidós años y espera casarse en junio.

Pujols ríe interiormente. ¡Imbécil! ¿Qué se creará? Los deja charlar entre ellos, evocar la tranquilidad del hogar, la alegría que supondrá ver de nuevo a los seres queridos, como si aquella calma fuera una promesa de futuro. Hablan de Varlin, Eugène Varlin, la clase de hombre que tanto necesita la Comuna; no uno de esos charlatanes o escritorzueros de periódico que hacen la ruta de las cantinas glosando el coraje del pueblo y llamando a la lucha, no, sino un combatiente, un tipo que está siempre en primera línea y al que se sigue por confianza y respeto, no por obediencia. Pujols apenas les presta atención, ajeno a sus esperanzas y sus pasiones. Asiente con la cabeza cuando se vuelven hacia él, «por supuesto, muchachos, cuánta razón tenéis», pero está concentrado en la idea que se le ha ocurrido para salir de esa ratonera antes de que lo alcance una bala o lo traspase la bayoneta de un soldado. Debe intentarlo esa misma noche, pues presiente que mañana las barricadas y la buena gente que se aferra a ellas serán barridas por una ola de fuego. Sabe que de noche solo podrá salir del perímetro cercado por las barricadas con la complicidad de los hombres que montan guardia. La consigna se ha pasado hace un rato: nadie entra ni sale. Se disparará a cualquiera que se acerque o huya.

Deja que terminen la botella de coñac bebiendo a la salud de esos malditos burgueses que la han dejado olvidada, luego Jeanjean se levanta para ir a orinar a un rincón de la habitación, se tambalea y debe apoyarse en los muebles para caminar en línea recta en aquella oscuridad que un solo candelabro no puede vencer. Elige un velador de marquetería y silba para acompañar la

cascada que cae sobre la bandeja labrada.

Olive mantiene los ojos cerrados, hundido en su sillón, durmiendo quizá.

—¿Y si fuéramos a hacerles una visita? —propone Pujols.

—¿A quién? —pregunta Jeanjean, mientras regresa abrochándose el pantalón.

—A los versalleses. Podríamos liquidar a algunos por sorpresa, eso les metería el miedo en el cuerpo a los demás... Estarán menos envalentonados mañana para atacar.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —Olive pregunta sin abrir los ojos, todavía arrellanado, con las manos cruzadas sobre la barriga. Luego se espabila y se vuelve hacia él—: Eso es meterse en la boca del lobo. Yo no tengo ningún interés en que me fusilen. Deben de andar por todas partes, ya lo has visto hace un rato. Llegaban diez veces más de los que matábamos.

—A mí me gusta la idea —dice Jeanjean—. Seguro que encontramos a un centinela o dos que se alegrarán de vernos. Así vengaremos a Théo. Lo conocía un poco, del distrito XII, cerca de Saint-Éloi. Vivíamos a dos calles de distancia.

Pujols se levanta. No quiere que reflexione, que piense en su mujer y sus mocosos.

—Entonces, vamos. Cuanto antes empecemos...

Recogen las armas, salen del piso. Cuando están en el pasillo, oyen a Olive correr detrás de ellos.

—No sin mí, muchachos. Entre tres vengaremos a más camaradas.

Su dicción es pastosa. A la luz del fanal que Jeanjean levanta delante de él, Pujols ve sus ojos desorbitados, brillantes, su piel reluciente.

Salen a la calle tranquila, oscura. Algunos hombres duermen en el suelo, envueltos en mantas, junto a los fusiles reunidos en haces.

—¡Apaga esa maldita lámpara! —grita un centinela.

Jeanjean sopla la llama. Suena un disparo, la bala silba por encima de ellos y rebota en una pared.

—¡Será hijo de puta! ¡Ha estado a punto de darnos!

—¿Qué te decía yo? —insiste el centinela—. Han instalado a tiradores en los pisos altos. ¡Hay que esconderse para fumar o se te llevan por delante!

Lo oyen partirse de risa bajito, satisfecho de su broma.

Mete cada uno su bayoneta bajo el cinturón. Los dos hombres que vigilan la barricada de la Rue de Grenelle se interponen en su camino. No pasa nadie, esa es la consigna. ¿Qué demonios pretenden ir a hacer fuera a esas horas en vez de dormir o hacer guardia? Jeanjean les contesta que la consigna le tiene totalmente sin cuidado, y que a su vuelta les dirá lo que hayan hecho.

Ni siquiera se ven las caras. Hablan muy cerca unos de otros, en voz baja, como conspiradores.

—Como queráis... Nosotros no os hemos visto. Si mañana por la mañana no habéis vuelto, todos os considerarán unos desertores y nosotros no lo negaremos.

—Estaremos aquí, camarada, no te preocupes.

Los dos guardias se encogen de hombros y vuelven a sentarse dejándose caer pesadamente, rendidos de cansancio.

Pujols va delante. Apenas ve por dónde pisa. La calle es una trinchera oscura al fondo de la cual cae, desde el cielo estrellado, una claridad vaga de reflejos azulados. Oye los pasos de los otros dos detrás de él, cansinos, erráticos.

—¿Estás seguro de que sabes adónde vas?

Se han detenido. Pujols se vuelve.

—Por aquí, a la izquierda. Venid. Tienen que estar en esa esquina seguro.

Reanuda la marcha y se percata de que dudan antes de seguirlo. Va más despacio, le gustaría que se acercasen a él. Se oye relinchar a un caballo a lo lejos.

—Allí.

A cierta distancia, dos furgones interceptan la calle. Se ve arder la pipa de un centinela. Se han detenido los tres.

—No podemos ir así como así a pedirle fuego y rebanarle el pescuezo —susurra Jeanjean—. Y además, debe de haber otro escondido en algún sitio.

Pujols nota una mano en el hombro. Olive se pega a él, provocándole un desagradable escalofrío.

—Suéltame —dice.

El hombre retira la mano, pero le habla al oído.

—¿Tú ya has hecho esto alguna vez? Yo nunca he matado a nadie.

—Por supuesto que lo he hecho. Ya verás.

Como están apiñados a la entrada de una vivienda, Pujols empuja la puerta por probar y nota que cede. La hoja pivota lentamente y vibra sobre sus goznes sin chirriar. Delante de ellos, un pasillo en el que reinan las tinieblas. Pujols siente un vértigo que lo invade. La migraña comienza a martillar de nuevo sus sienas. Los dos pasos que da son como una caída.

—¿Adónde vas?

Pujols ataca al primero que lo sigue, cuya silueta adivina más que verla. Le oye retroceder emitiendo un gruñido sofocado, lo imagina llevándose inútilmente una mano al cuello para impedir que brote la sangre. El otro se ha alejado y lanza una exclamación de sorpresa. Es Olive, el más joven, el que quiere casarse en junio. Pujols se le acerca, clava la hoja, que raspa algo duro, y cuando la retira el hombre profiere un alarido de dolor, de modo que es preciso golpear de nuevo, varias veces, en esa masa pesada y floja en la que la bayoneta se hunde sin lograr abatirlo ni acallar los gritos desesperados, agudos ahora, casi infantiles, que salen de ella, más desgarradores a cada golpe recibido. Para poner fin a aquello, empuja con el pie derecho hasta que el otro se tambalea y cae de espaldas, con la respiración jadeante, entre velados gemidos.

Pero por la calle viene alguien. Carreras. Deben de ser unos diez. A través de la puerta entreabierta, ve moverse el resplandor de las antorchas. Se vuelve hacia el fondo del pasillo, donde sin duda nace la noche, y ese vacío hace que le dé vueltas la cabeza y se le corte la respiración, y no comprende lo que está pasando, así que echa a correr gimoteando. El dolor que le machaca el rostro desde dentro lo aparta de la realidad, cada paso que da puede matarlo. Durante unos segundos deja de ser de este mundo, pero no tiene tiempo de explorar esa sensación nueva porque tropieza con el arranque de una escalera, cae sobre los peldaños, empieza a subirlos a cuatro patas y luego se levanta y se agarra al pasamanos. Llega a un rellano, no se decide a echar abajo una puerta, reanuda el ascenso mientras abajo las voces suenan más fuerte, «por aquí, vosotros dos quedaos ahí, tú ve a buscar al capitán y refuerzos». La luz de las antorchas es más viva, los hombres suben los peldaños de dos en dos. Sus sombras corren por las paredes, desmesuradas.

Pujols fuerza una puerta, la cierra tras de sí lo mejor que puede, busca algo para poner delante y bloquearla, pero no encuentra nada. Trata de orientarse, busca la calle, consigue localizarla. Prácticamente arranca la ventana, aparta las contraventanas que golpean la fachada, pasa una pierna por encima del alféizar.

Antes de saltar, tiene tiempo de ver que por el otro extremo de la calle llega corriendo, con gran estruendo, un grupo de soldados que se ponen a gritar al oírlo.

Se prepara para aterrizar en el suelo lo mejor posible sin romperse una pierna, salta conteniendo la respiración, y cuando ve el rostro del soldado ya están los dos en el suelo, uno encima del otro, e inmediatamente algo le arranca las tripas y le hace vomitar sobre el hombre, que, espantado, grita y lloriquea chapoteando con la boca abierta en lo que Pujols ha arrojado sobre él.

A Pujols le gustaría dejarse caer, o bien levantarse, pero la bayoneta clavada en su cuerpo lo mantiene sujeto a la punta del cañón torcido de un fusil. Lo comprende en cuanto se acercan faroles y antorchas y alguien tira de él hacia atrás.

Lo último que ve es la boca del arma que le apunta. Quizá la llama que le quema la frente.

MARTES, 23 DE MAYO

Recorrieron la línea de fuego. Las calles vacías temblaban a su alrededor. El cielo se desplomaba de vez en cuando y debían ponerse a cubierto mientras caía lo que las bombas lanzaban al aire. Roques había rasgado su camisa para vendarse la frente herida con un trozo de tela. Estaban en la Rue Saint-Guillaume cuando se oyeron cerca unos gritos, una mujer y un hombre que pedían compasión, seguidos de una descarga de fusiles y dos disparos aislados. Se oía a los soldados hablar y reír, sus pasos sonaban tan fuerte que Roques creyó que iban a doblar la esquina en cualquier momento. Tenían que esconderse, así que empujaron una puerta cochera y empezaron a subir a los pisos superiores. Escuchaban tras las puertas para saber si aún vivía alguien allí, conteniendo la respiración para sorprender el menor crujido en el suelo, el chirrido más débil de una puerta. En el rellano del segundo piso, un hombre abrió y asomó por el vano de la puerta su rostro inquieto, sin afeitado. Los tres dieron un respingo, la mano ya en la culata de sus armas, pero el hombre desplegó una media sonrisa, divertido quizá por el susto que les había dado.

—Entren —dijo—. Vengan. No pueden quedarse ahí fuera. Ya ha pasado una patrulla por la calle hace un rato, y volverá.

Sin consultarse entre sí, entraron. Al oír la cerradura a su espalda, Clovis se volvió de inmediato y vio al hombre colgar la llave junto al marco.

—No se alarme. No quiero encerrarlos. Podrán salir cuando quieran, aunque no creo que sea una buena idea.

No era muy alto, llevaba un chaleco de color malva sobre una camisa remangada. El pelo alborotado, de un blanco amarillento, le caía sobre la cara y debía echárselo continuamente hacia atrás. Un gran bigote casi le cubría la boca. Miró con expresión grave a esos tres hombres que se mantenían juntos en el pasillo, como tres niños intimidados. Luego pasó por delante de ellos y les señaló un amplio salón lleno de muebles oscuros y pulidos; las paredes estaban decoradas con cuadros llenos de luz que representaban escenas campestres. Los invitó a ponerse cómodos y ellos se sentaron en el borde de los sillones y el diván, cohibidos, con las manos en el regazo, sin osar moverse. El hombre salió de la habitación y lo oyeron abrir y cerrar puertas de armarios o alacenas, y a continuación alejarse por pasillo y hablar en voz baja y decir «ahora vuelvo» antes de reaparecer.

—Tengo algo de comer. En estos momentos no resulta fácil aprovisionarse. Acomódense, por favor.

—Estamos mugrientos y apestamos —dijo Roques—. Vamos a ensuciarlo todo.

El hombre se encogió de hombros.

—Por cierto, me presento: Jean-Baptiste Essartier. Aquí es donde me escondo, yo también, en cierto modo.

Clovis se levantó y le estrechó la mano.

—Clovis Landier. Perdón, tengo las manos sucias.

Essartier lo miró más detenidamente, meneando la cabeza.

—Lo importante es tener el corazón puro...

Roques y Loubet lo saludaron también. Essartier manifestó su sorpresa cuando Loubet se presentó como inspector de la Seguridad Nacional.

—Entonces, ¿no están todos en Versalles? ¡Usted salva el honor!

—Como no hay honor, no tengo nada que salvar. Digamos que soy fiel a una función y no veo razón alguna para no ponerme al servicio de esta nueva república.

—Al fondo del pasillo hay un cuarto de aseo. Pueden ir a lavarse un poco, si quieren. Tengo prendas viejas que todavía están presentables y deberían servirles. Me da la impresión de que en los días que se avecinan será preferible salir a la calle con aspecto de hombre honrado, como suele decirse.

Había jabón y grandes palanganas esmaltadas. Se lavaron y se cambiaron. Roques bajó dos veces al patio en busca de agua. Essartier iba y venía con trapos y toallas, como un empleado de baños públicos. De vez en cuando entraba en una habitación sumida en la penumbra, con las cortinas corridas pese a la luz todavía intensa del final de la tarde. Se le oía murmurar, y después siempre salía un poco encorvado y no volvía a enderezarse, con cierto esfuerzo, hasta haber dado algunos pasos. Roques sorprendió en dos ocasiones estas idas y venidas, y el hombre, por su parte, fingió no haberlo visto. Mientras comían algo, les contó que su esposa, Juliette, estaba enferma y él la cuidaba solo desde hacía meses.

—Padece una enfermedad a la que nadie sabe poner nombre. Una especie de melancolía acompañada de terribles y dolorosos ataques en los que pierde sangre durante varios días de manera incontenible, como si fuera a expulsar no sé qué horrible monstruo. Cada vez que le ocurre, pienso que voy a perderla, pero luego recupera las fuerzas, lo justo para comer un poco y coger mi mano rogándome que la perdone.

—¿Qué dicen los médicos? —preguntó Clovis.

—Poca cosa. Uno me ha aconsejado que la lleve a tomar las aguas a los Pirineos, asegurándome que eso le haría mucho bien.

—¿Los Pirineos? ¡Pero eso está lejísimo! —dijo Loubet.

Essartier sonrió, pese a la tristeza que llevaba adherida a la cara como una máscara transparente.

—No tanto. Y aunque así fuera, yo iría sin pensarlo dos veces. Pero estaba demasiado débil, durante el asedio, para poder hacer el viaje, y ahora que tal vez lo resistiría, ya no podemos salir de París.

Clovis lo miraba con un interés doliente, inmóvil, inclinado hacia él.

—Los médicos son peligrosos charlatanes —murmuró—, asesinos que actúan con la mayor tranquilidad.

Roques los observaba a ambos, le parecía que entre ellos se había tendido un puente invisible donde se cruzaban su tristeza y su dolor. En el silencio que acababa de hacerse, escuchaba el estruendo lejano de los combates, y los demás, con la mirada súbitamente perdida, lo escuchaban también.

Essartier les preguntó que hacían allí estando los versalleses como estaban acampados en las inmediaciones. Ellos se miraron, indecisos, y finalmente Roques se lo contó todo: los raptos, la investigación que los había llevado a seguir la pista del culpable, el edificio derrumbado sobre su prisionera, encerrada desde hacía casi tres días en un sótano de la Rue des Missions. El compromiso que habían adquirido de liberarla. La promesa que se habían hecho.

—¿Tres días, dice? A estas alturas, seguro que está muerta.

—Había un cubo de agua —dijo Clovis—. Al menos habrá podido beber.

Essartier meneaba la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Se exponen a ser apresados y fusilados por una promesa? ¿Por una mujer a la que no conocen y de la que nadie parece preocuparse? ¡Es descabellado! ¡Una muestra de valor, sin duda, pero una locura!

—París está perdido —dijo Roques—. Parece ser que Thiers ha enviado a sesenta mil hombres, y nosotros somos, como mucho, diez mil. Mal organizados y mal dirigidos. Se han levantado barricadas por todas partes sin ningún plan de conjunto; sortearán la mayor parte de ellas. Y aún daremos gracias si algunas no se enfrentan entre sí. Pero detrás de cada empalizada hay hombres y mujeres, aunque no sean más que un puñado, que están convencidos de que podrán resistir y rechazar al enemigo. Todos ellos podrían volver a sus casas y, con los postigos cerrados, oír cómo desfilan las tropas de Versalles. Probablemente salvarían la vida. Verían crecer a sus hijos, envejecerían en paz, cada uno en su casa, delante de su plato de sopa por la noche. Y sin embargo siguen allí. Esperan el ataque. No sé si son valientes o si están locos. No sé muy bien cuál es la diferencia entre esas dos palabras en las circunstancias actuales. Lo único que sé es que hacen lo que tienen que hacer. Lo que creen, no razonable, sino justo. Saben cuál será el desenlace. Conocen el final. Pero tienen esperanza. De vencer. De salir vivos de esta. Y si no es así, persuadidos de que no morirán por nada. Eso es lo que nos guía a nosotros. Indudablemente, no es algo razonable.

Essartier le escuchó sin apartar los ojos de él, inclinado hacia delante, con las manos cruzadas

entre los muslos.

Cuando Roques hubo terminado de hablar, el silencio cayó sobre ellos como campanas de cristal que los encerraran en una soledad sofocante. Cada uno buscaba, en las palabras que acababan de pronunciarse, su propia verdad. Clovis pasaba los dedos por la maraña de su barba, con la mirada gacha, y al cabo de un momento empezó a hablar con una voz dulce, casi armoniosa, que Roques no le conocía.

—Yo cuidé hasta el final a mi mujer y mis hijos sabiendo que iba a perderlos. Después recé a Dios durante dos días y dos noches, arrodillado ante sus cuerpos, para que les devolviera la vida. Tampoco eso es razonable. Pese a todo, hoy estoy contento de haberlo hecho. Luego renegué de Dios y de los hombres, empezando por mí mismo. Quise aniquilarme sin matarme, para vivir mi propia desaparición. Para ver cómo dejaba de existir. Y casi lo conseguí. Solo quedaba de mí una tristeza sin fondo que nunca se agotaba y algunos recuerdos en los que me negaba a creer. Ya no era prácticamente nada ni nadie. Y nada ni nadie tenía ya, a mis ojos, el menor valor. Hasta el día en que esa chica quedó enterrada viva. Enterrada viva... Me di cuenta de que no podía aceptarlo. No me unía nada a ella. Incluso la había llevado yo mismo hasta allí; acarreaba cualquier cosa sin cuestionarme nada. Y de repente me encontraba ante una situación imposible, impensable para mí. Esa mujer estaba viva y enterrada. Solo los muertos deben estarlo. Y desde ese instante sentí que subía a la superficie de las aguas muertas en las que me había hundido.

Essartier, que asentía todo el tiempo con la cabeza, miró por la ventana la noche que caía en medio del rugido incesante de la batalla. Le brillaban los ojos. Roques esperaba ver lágrimas corriendo por sus mejillas, pero el hombre se levantó y se acercó hasta uno de los cuadros colgados en la pared.

—Creo que todos estamos más o menos en el mismo punto.

No se movía, las manos en los bolsillos, examinando el cuadro como si lo viera por primera vez. Un sendero campestre descendía hacia una aldea, al pie de una colina. Dos mujeres. Sol. Una naturaleza feliz. La paz.

—Esto era antes, cuando la vida estaba por encima de todo.

Roques se levantó también y se puso a su lado.

—Puede que así sea el mañana. Porque la vida continuará. Con o sin nosotros. —Se acercó más al cuadro para examinar la firma—. ¿Pissarro? ¿Es algún conocido suyo?

Essartier sonreía contemplando el cuadro. Pasaba un dedo por las pinceladas de color.

—Camille Pissarro. Es casi un amigo. Pintó una enseña para la hostería que tenía mi hermano en Pontoise. No tenía dinero y Pascal lo invitaba a menudo a comer, y coincidí varias veces con él allí. Me enseñó su estudio y me quedé pasmado delante de este lienzo. Se lo compré en el acto. *Colina de Jallais en Pontoise*, ese es el título. Ahora está en Londres. Tuvo que huir durante la guerra cuando acababa de instalarse en Louveciennes. Al parecer, los prusianos saquearon su

casa.

Un ruido les hizo volver la cabeza. Un leve golpe en el dormitorio. Essartier pidió disculpas y salió.

Al volverse, Roques vio a Clovis y a Loubet hundidos en sus asientos, dormidos. Se quedó delante del cuadro, cuya luz se extinguía en la penumbra, y durante unos segundos de calma oyó el ajeteo del dormitorio, un tintineo de cristal y unas voces sofocadas, casi lejanas, como de otro mundo.

Durante toda la noche, en los intervalos de un sueño inquieto, permaneció al acecho, atento a los movimientos en la vivienda y a los pasos en la calle, que iban y venían, furtivos, como de merodeadores o criminales preparándose para atacar. Espiaba ese silencio agrietado, recorrido por diferentes sonidos, en el que restallaba de vez en cuando el horrible chasquido de una estructura de madera, y no obstante, no la oyó acercarse.

Estaba en el hueco de la puerta, inmóvil, con un camisón blanco que parecía esparcir a su alrededor un halo pálido. Largos cabellos rubios, rizados, formaban una especie de crin que caía sobre sus hombros. En la oscuridad azulada, Roques apenas distinguía la forma de los muebles que lo rodeaban, pero la mujer parecía apartar la noche. El inspector se había sentado en un sillón, con los pies apoyados en una silla, y no tenía más que girar la cabeza hacia la derecha para observarla, sin moverse, casi sin respirar, como si temiera que el más ligero soplo se la llevara. Oía a los otros dos dormir, Clovis agitado y gimiendo de vez en cuando, Loubet plácidamente, emitiendo ligeros ronquidos. No veía bien el rostro de la mujer, pero sabía que era hermoso, irrealmente hermoso, pensó de inmediato, y creyó soñar que la modelo de un cuadro al que no había prestado atención venía a reprochárselo y quizá a castigarlo, y la miró mientras se acercaba deslizándose como una bailarina entre el desorden de muebles, rozándolos con las caderas. Avanzó hacia el diván donde Clovis dormía y se detuvo junto a él: alargó una mano hacia su rostro, acarició su mejilla barbuda con la yema de los dedos. Sus labios finos se movían, pero ningún sonido, ni siquiera un susurro, era perceptible. Caminó hacia Loubet e hizo lo mismo, ligeramente inclinada hacia delante, dejando colgar un pequeño medallón en el escote del camisón. Roques, que se había tapado la boca con una mano para no gritar, la vio dirigirse a la ventana, apoyar la frente en el cristal y quedarse allí sin hacer ningún gesto, vigilando la calle como si esperase a alguien. Luego, la mujer levantó una mano, la mantuvo en el aire, titubeante, y volvió a dejarla caer lentamente.

«Tengo que levantarme. Tengo que hablar con ella.» Roques se apoyó en los reposabrazos del sillón para ponerse en pie, pero de repente tenía la sensación de que pesaba el triple, y al final, jadeando, renunció a hacerlo. «No debo asustarla. En el estado de debilidad en que se encuentra, eso podría matarla.»

Ahora iba hacia él. No la había visto apartarse de la ventana. Sus pies desnudos se deslizaban

sin hacer ruido sobre el entarimado, se posaban con flexibilidad sobre la gran alfombra persa que cubría el centro del salón. Cuando se detuvo a su lado, Roques le tendió la mano y ella se la estrechó débilmente entre sus dedos fríos. Se inclinó y él notó el olor de leña de sus cabellos, y un aroma a lavanda que escapaba por el cuello desabrochado del camisón. La mujer sonrió. Sus ojos negros, inmensos, profundos, estaban llenos de lágrimas. No había visto nunca a una mujer tan hermosa. Tan cerca de él y, sin embargo, tan inaccesible. Solo deseaba acercar la mano a su rostro para darle calor. Cuando intentó hacerlo, ella la retiró despacio.

—No.

A él le habría gustado decir algo. Aunque solo fuese para oír el sonido de su propia voz, que quizá lo habría despertado de golpe y habría disipado esa ilusión. No obstante, guardó silencio.

Por la mañana, no sabe si ha dormido. Pero, puesto que acaba de despertar, supone que ha debido de conciliar el sueño en algún momento. Clovis está de pie delante de la ventana, en el mismo lugar donde ha visto por la noche esa mujer. A Roques le gustaría pensar un momento en todo eso, reflexionar sobre lo que ha pasado. Recordar esa belleza inclinada sobre él.

—Esto está infestado de soldados de infantería. No conseguiremos pasar.

—¿Dónde está Loubet?

—Ni idea.

—¿Usted ha dormido bien?

—Como un lirón. ¿Por qué me lo pregunta?

—No sé... Por saber si era el único que contemplaba el techo.

Roques consigue ponerse en pie. La habitación da vueltas a su alrededor. Cuando el movimiento cesa, se acerca a la ventana y se inclina hacia el cristal.

—Cuidado, no vayan a verlo.

Una decena de soldados patrullan en fila india en la acera de enfrente. Desconfiados. Con el fusil preparado para disparar. Algunos vigilan los tejados y los balcones. Un suboficial está al mando. Un hombre con levita y bombín los guía y les señala una puerta, levantando la mano hacia los pisos. El suboficial abre la puerta, les dice a sus hombres que entren. Imparte órdenes. Quiere que saquen de allí a todo el mundo. Dos hombres se quedan con él y montan guardia. El suboficial escruta el edificio de Essartier. Clovis y Roques se echan hacia atrás. La cortina no se ha movido.

—Los próximos seremos nosotros —dice Clovis—. Hay que encontrar una manera de salir.

—¡Por Dios!, ¿dónde se ha metido Loubet?

Se vuelven al mismo tiempo hacia la puerta. Essartier está en el umbral, en mangas de camisa, con los tirantes colgando sobre las piernas. Lo ven apoyarse en el marco para no caer, como si estuviera mareado. Los mira con aire ausente, la boca entreabierta. Se diría que no los reconoce, que ha sorprendido en su casa a dos desconocidos. Se tambalea, luego se repone, se pasa las manos por la cara y da dos pasos adelante. Clovis se acerca a él.

—¿Se encuentra bien?

Essartier levanta los ojos hacia él y lo coge por los hombros.

—Ha muerto.

Se deja caer en un sillón.

—La he encontrado muerta hace un momento, con una mano en mi cuello. No me atrevía a moverme por miedo a despertarla. Creía que tenía frío, así que he tirado de la ropa para cubrirle los hombros y ha sido entonces cuando...

La puerta de entrada se cierra de golpe. Loubet entra en la habitación, sin aliento.

—Ya los tenemos aquí. Están en la escalera. Podemos tratar de escapar por el tejado. Bajaremos por otro edificio confiando en que no lo hayan tomado ya. He abierto la trampilla. Hay que subir dos pisos.

Durante unos segundos, Roques no puede moverse. Su cuerpo no le responde, su mente es incapaz de comprender lo que sucede, está paralizado por el terror. Esa mujer, esa noche. Esas manos frías. El silencio que la acompañaba, emanando de ella como un perfume. ¿Estaría ya muerta?

Se oyen las voces de los soldados en la escalera. Gritos, tumulto. El ruido impetuoso de sus pasos. Las puertas derribadas.

Essartier desaparece en las profundidades de la vivienda. Roques coge su fusil, comprueba que está cargado, acerroja la culata. Le da su revólver a Clovis.

—Esperemos a que entren. Mataremos a cuantos podamos y luego subiremos al tejado.

—Tengo otra idea —dice Essartier.

Empuña dos grandes pistolas, una en cada mano. De su cinturón cuelga un sable. Se acerca a la puerta, aguza el oído.

—¿Qué hace? —le pregunta Loubet.

—Soy yo quien va a subir al tejado. Ustedes hagan todo lo que puedan para salir de esta y vayan a sacar a esa muchacha de su tumba, si es que aún está viva.

La puerta empieza a vibrar bajo los golpes de culata. Essartier abre sin previo aviso y dispara contra los dos soldados que están allí. El estruendo parece capaz de matar por sí solo. En la nube de humo que se dispersa en torno, Roques ve la parte superior de una cabeza volar por encima del pasamanos, y al hombre saltar hacia atrás y caer de espaldas sobre los peldaños. El otro se cubre con las manos el cuello desgarrado y se desploma lentamente. El resto de los soldados, cinco o seis, se apretujan unos contra otros, cubiertos de sangre, petrificados. Essartier los amenaza con el sable, hiere a uno de ellos en la mano y echa a correr escaleras arriba. Dos soldados parecen salir de su estupor y suben detrás de él vociferando. Otros cuatro entran en la vivienda. Jadeando, atónitos, miran con estupor las tres armas que los mantienen a raya. Clovis, a su espalda, pega la suya a la nuca de uno de ellos.

—Cerrad el pico. Dejad los fusiles en el suelo y poneos de rodillas.

El que está más cerca de Roques observa la boca del fusil que le encañona la cabeza como si comprobara si está limpio. Al igual que sus compañeros, parece que no comprende lo que está pasando.

—Obedeced —dice Loubet con calma—. Si no, os matamos. A nosotros nos da igual, ya no tenemos nada que perder.

Los soldados dejan las armas, se arrodillan. Clovis recoge los fusiles, los lleva a un rincón y se queda uno. Asesta un golpe preciso a cada hombre en la base del cráneo, y los cuatro caen como sacos. Suenan dos disparos lejanos. Se miran, se interrogan en silencio, se desnudan y escogen cada uno a un hombre. Roques decide no cambiarse de zapatos porque los del tipo cuyo uniforme se ha puesto son demasiado pequeños. Fusiles, pistolas. Se pertrechan, se abrochan los cinturones. Después Clovis se acerca a los soldados inconscientes con un cuchillo. Agarra a uno del pelo, le levanta la cabeza.

—No —dice Loubet—. Eso no. Nosotros no.

—Entonces, vayámonos inmediatamente —dice Clovis.

Salen pisando charcos de sangre.

—Esperen —dice Roques.

Se dirige al dormitorio de Essartier y empuja la puerta. El perfume de lavanda lo invade y lo envuelve como una cortina invisible. Se acerca a la cama donde yace la mujer con su camisón blanco, los cabellos rubios formando un aura alrededor de la cabeza, el medallón descansando sobre su pecho inmóvil. Esa belleza continúa emocionándole. Evoca el cuento infantil de la bella durmiente. Quisiera creer en los milagros, en la magia. Da unos pasos más hacia ella hasta tocar con las rodillas el borde de la cama. Acerca los dedos a los labios de la muerta, pero cambia de parecer, teme mancillarla con la suciedad del mundo, que se vomita a sí mismo por todas partes.

—Qué tristeza. —Se limita a decir.

Retrocede hasta salir de la habitación. «Lo he perdido todo, incluso a ella.»

Se reúne con los otros y salen a la escalera sin decir palabra, apuntando con los fusiles, dispuestos a disparar contra cualquiera que les cierre el paso. Cuando llegan a la calle, Roques alza la mirada hacia las contraventanas cerradas del dormitorio.

—¿Todo bien? —pregunta Clovis—. ¿Qué le pasaba a esa muerta?

—Nada —responde él con un nudo en la garganta—. Parecía dormida. Simplemente dormida.

—Eso me pareció a mí también.

—Salvo...

—Miren —dice Loubet.

Más allá, el cuerpo de Essartier está tendido boca abajo en medio de la calle. Se aproximan. Dos manchas rojas en su espalda. La cabeza deforme, el rostro vuelto hacia ellos, los ojos

abiertos. Permanecen en silencio unos instantes.

—No nos quedemos así —dice Clovis—. Creerán que rezamos por él y resultará sospechoso.

Se apartan del cuerpo. Roques se siente flotar en una bruma que amortigua los sonidos, que atenúa todas sus sensaciones. Se vuelve hacia ese hombre que se ha matado porque su vida ya no tenía sentido. Intenta retener esa mirada definitivamente apagada y se pregunta con qué imagen ha muerto Essartier, y se convence de que por aquellos tejados, mientras lo perseguían los soldados, ella lo acompañaba.

Clovis le rodea los hombros y lo empuja hacia delante.

—Vamos. Ahora es preciso dejarlos.

Sonríe. Es la primera vez que Roques lo ve sonreír. Se siente más tranquilo.

—Tendré que contarle...

—Por supuesto. Pero no ahora ni aquí.

Roques mira a su alrededor, saliendo bruscamente de esa suerte de iluminación. Aquí y allá, otros cadáveres, una decena, tirados aún en el lugar donde les han abatido, en el umbral de sus casas. Hay gente en las ventanas.

—¡Hay más! —grita un hombre desde el balcón—. ¡No dejéis que escapen!

Clovis empuña el fusil y el revólver.

—¡A ti es a quien no voy a dejar escapar, miserable! —dice en voz baja—. No sé qué es lo que me sujeta...

—Quizá un poco de sentido común —dice Loubet.

Se alejan y dan la vuelta a la esquina. Una columna de soldados de infantería, detrás de tres oficiales a caballo, va hacia ellos a la carrera. Roques y los suyos se quedan inmóviles, con el arma al hombro. Doscientos, trescientos hombres que resoplan y sudan, la mirada vacía clavada en la mochila del que los precede. La columna gira en la Rue Saint-Dominique y el paso cadencioso se diluye en una explosión cerca de la plaza de la Cruz Roja.

Cinco soldados salen de un inmueble empujando a un hombre con las manos atadas a la espalda con el cordón de una cortina.

—¿Qué hacemos? —pregunta Roques a media voz.

Clovis no responde y se encamina hacia los soldados y su prisionero.

—Por aquí no hemos encontrado nada —dice.

Un sargento lo mira de arriba abajo.

—¿Dónde están los demás?

—Estamos solo nosotros.

El sargento parece sorprendido, escudriña las fachadas y las entradas de los edificios como si fuera a aparecer una patrulla. Roques ha metido la mano en el bolsillo de los pantalones y aprieta entre los dedos la culata del revólver. Se pregunta por cuál debería empezar.

El sargento los observa de nuevo. Parece dudar. Detrás de él, el prisionero lloriquea, niega haber sentido jamás la menor simpatía por la Comuna, esa banda de maleantes.

—Venid con nosotros —dice el sargento—. No estaréis de más —luego se pega a Clovis—: ¿No te han dicho que te afeites y te cortes el pelo?

Clovis se yergue, el arma apoyada en el suelo, casi en posición de firmes.

—Los prusianos me liberaron en este estado hace un mes. Se han preocupado sobre todo de alimentarme, porque esos hijos de puta no nos daban nada, y de entrenarme para que me convierta en un verdadero soldado. Así que en el pelo y en la barba no ha pensado nadie.

El sargento sonrío. Le gusta esa explicación disciplinada. Le da unas palmadas en la espalda a Clovis y le guiña un ojo.

—Eso es lo que hace falta, verdaderos soldados. A ver... Demostradnos cómo maneáis a los prisioneros. La consigna del coronel es: tres preguntas, una bala.

Saca un revólver de su funda y lo amartilla. Sus hombres se colocan en círculo, apuntando con el arma al hombre atado.

Roques se echa a temblar. Le parece que van a fallarle las rodillas. Busca la mirada de sus compañeros, pero Clovis y Loubet tienen los ojos fijos en el hombre al que han obligado a arrodillarse. El comisario observa entonces a los soldados inmóviles, y no ve en sus rostros sucios, mal rasurados, más que un inmenso cansancio. Miradas muertas. Está seguro de que ese sargento sospecha algo y espera una muestra de debilidad para atacarlos.

Loubet se acerca al prisionero:

—¿Nombre y apellido? ¿Profesión?

El hombre levanta la cabeza, deja pasar unos segundos antes de responder. Su rostro está empapado en lágrimas, la sangre del labio partido le escurre por la barbilla. Explora la mirada de Loubet como si buscara en ella una razón para esperar un poco de clemencia.

—Anselme Rouleau, comerciante de tejidos. He...

—Calla. ¿Quién más es de la Comuna en el barrio? Dinos con quién has conspirado contra el Estado.

Anselme Rouleau se deshace en lágrimas, se desploma y cae de lado. Patalea y bate el suelo con la palma de la mano como un chiquillo en plena rabieta.

—Ha sido mi cuñado quien me ha denunciado. Somos socios y quiere quedarse el negocio para él solo, con la ayuda de mi mujer. ¡Por eso estoy aquí! ¡Él estaba hace un rato con esos señores!

Roques se vuelve hacia el sargento.

—¿Es verdad?

—¿El qué es verdad? ¿Que tiene un cuñado? Sí, es verdad. Pero el cuñado no miente. Es un hombre honrado. Habíamos dicho tres preguntas.

Roques mira a Loubet, que descuelga el fusil del hombro lentamente.

—¿Qué...?

Un disparo hace dar un respingo a todo el mundo. La cabeza del prisionero salta hacia atrás, con un agujero en la frente. Clovis vuelve a cargar su fusil. No mira a nadie, se echa el arma al hombro y dice, dirigiéndose al sargento:

—Habíamos dicho una sola bala, ¿verdad?

Los ojos del sargento, atónitos, van de Clovis al cuerpo y el charco de sangre que se extiende hacia el borde de la acera. Guarda el revólver. Sus hombres se cuelgan también los fusiles al hombro.

—Vamos —dice—. Hay que limpiar el barrio de esta chusma.

Se ponen en marcha, arrastrando los pies. Nadie habla. Giran en la Rue Saint-Dominique, donde sopla un vientecillo portador de olores agrios, de cenizas frías. De pronto, una ametralladora escupe su descarga a lo lejos. Por encima de los tejados, un revoloteo de pájaros asustados rasga el aire azul. Roques cierra la marcha. Levanta los ojos, no ve nada. En las ventanas, es como si la noche estuviera pegada a los cristales y lo mirase, y recuerda el gesto de la mano que hacía aquella mujer, acecha los reflejos oscuros, las miradas vacías que lo siguen. No sabe qué está haciendo ahí. No sabe qué ha ido a buscar, solo sabe lo que ha dejado tras de sí y tal vez ha perdido. Pone una mano en el hombro de Clovis, que camina delante de él, y el otro le hace una seña con la mano indicándole que esté tranquilo y no diga nada.

Caroline ha visto salir el sol. La grieta que se abre por encima de ella se ha aclarado a medida que la luz se filtraba mota a mota hasta trazar ese hilo retorcido del que no aparta los ojos. Su estómago es un saco arrugado, encogido por un dolor lacerante. De cuando en cuando, un puñetazo por dentro la parte en dos. Le vienen a la mente las imágenes de su sueño: su padre cayendo por un tejado, su madre agachada cerca de ella, allí, en el sótano, poniéndole una mano en la frente, hablándole a la niña que había vuelto a ser. Se ha despertado en repetidas ocasiones gritando al ver a su padre precipitarse al vacío, respondiéndole a su madre y buscándola a tientas, asfixiada por el terror en medio de las tinieblas que la han recibido en cuanto ha abierto los ojos. Incapaz de distinguir el sueño de la realidad.

Permanece largo rato tumbada sobre la tierra batida, húmeda, la espalda rígida y fría como si esa parte de su cuerpo estuviera ya muerta. Por encima de ella, la batalla es un estruendo envolvente, amortiguado, un ruido de fondo que a veces ya ni siquiera oye. Divaga entre sus recuerdos, abre los ojos de par en par a imágenes cálidas, soleadas: prados crepitantes de grillos, el viento empujando con un murmullo la avena salvaje con su gran mano transparente. Le parece que podría recuperar un poco de esa vasta luz para arrojar un tenue fulgor al abismo que la engulle poco a poco. Le parece que algo de calor se extiende por su cuerpo.

Se incorpora. Los huesos a punto de romperse, los músculos paralizados hasta el desgarró. «Nicolas», dice. Es un sonido que muere inmediatamente, absorbido por las paredes. A gatas, busca el cubo, palpa a su alrededor, temblando ante la idea de volcarlo y quedarse sin agua. No puede evitar gemir al encontrarlo; sumerge una mano, se chupa los dedos y bebe después dos tragos en el hueco de la palma. El hambre despierta como una flor maligna escasamente regada. Unos puños le retuercen el vientre y golpean en lo hondo de sus tripas. Le parece notarlos realmente, atravesando la piel, dispuestos a reventarla. Mareada, cae al suelo. Siente bajo los dedos la suavidad de un entarimado. La madera tibia. El olor de la cera. La luz de la calle entra a raudales por una ventana, y Caroline se dice que acaba de tener un largo y extraño sueño y que por fin se despierta y pronto recordará dónde está.

Cuando recobra la conciencia, se incorpora con dificultad apoyándose en sus endeble brazos y se pone de rodillas, resollando. «Voy a volverme loca antes de morir. Morir de hambre es así. Me siento devorada por dentro. Mi propio vientre se me come.» No sabe si habla en voz alta o tan solo piensa. Levanta los ojos para atisbar la hendidura luminosa en la bóveda. Se pone por fin de

pie, las piernas la sostienen, sacude los hombros y solo siente ya el dolor al fondo del estómago.

Cuando desliza los dedos bajo la puerta y consigue introducir la mano, le parece que un aire más fresco le recorre la piel, así que acerca la boca al agujero para aspirar unas bocanadas del exterior. Eso le devuelve un poco de ánimo y se pone a excavar de nuevo con el asa del cubo, que ha acabado adoptando la forma de una herramienta. Durante horas. O minutos. Convertida ella misma en ese único gesto, ese esfuerzo. Por momentos no sabe muy bien qué está haciendo, casi inconsciente, como una autómatas movida tan solo por el terror.

Es entonces cuando oye al perro. Un ladrido lejano. En el pueblo había uno que ladraba así, sin motivo, a todas horas, de día y de noche. Recuerda que su padre tenía ganas de ir a echarle por encima de la valla un trozo de carne con matarratas, pero su propio amo se le adelantó, y una noche de insomnio lo mató a palazos. Al principio, Caroline cree que su mente exhausta sigue jugándole malas pasadas, de modo que deja de cavar y aguza el oído; después lo llama, da unos golpes en la puerta, y el animal empieza a ladrar de nuevo, ahora más cerca, en algún lugar por encima de ella, sin duda encaramado sobre el montón de cascotes. Habla con el perro, le dice que es un buen perro, que se alegra de oírlo, y el animal gime, ladra, ella lo imagina joven y juguetón, intrigado por esa voz cuyo origen desconoce. Caroline mete la mano por debajo de la puerta, ahora casi todo el antebrazo. Le gustaría tanto tocar el hocico húmedo del perro..., sentir el contacto de su lengua caliente como cuando era pequeña y sus hermanos y ella encontraron aquel cachorro detrás de la iglesia.

Se pone a excavar otra vez, se dice que el chucho podría hacer lo mismo por el otro lado, pero el animal se limita a ladrar como si la animara y ella casi deja de sentir el cansancio, y en ese momento oye hablar a unos hombres. Se increpan, uno de ellos dice que oye un ruido, que hay alguien ahí abajo, las voces suenan sofocadas al principio, luego más cerca. Apartan al perro, quizá de una patada, porque el animal suelta un quejido, después un disparo la sobresalta y entonces pide auxilio, «socorro, ayúdenme, se lo suplico».

Caroline los oye reír. «Ahí abajo hay una chica.» Enseguida advierte el movimiento de piedras, los esfuerzos de los hombres desescombrando. Les da las gracias, es tan feliz que se echa a llorar, los sollozos revuelven y sacuden la bolsa vacía de su estómago, y se tumba para calmar la respiración mientras los hombres se apresuran dándose ánimos.

Un golpe brutal contra la puerta la saca de su embotamiento. Una piedra caída tal vez, y al otro lado del batiente una voz sin resuello pregunta si sigue ahí. El agujero que ha excavado es una medialuna. Una luz blanca y suave.

Se acerca de inmediato, se pega a la madera áspera, da las gracias de nuevo.

—No se quede ahí detrás. Vamos a volar la cerradura.

Ella se aparta, se agazapa junto a un muro. Los disparos la aturden y se encoge sobre sí misma, con las manos cubriéndose la cabeza.

El resplandor que estalla cuando la puerta derribada chirría sobre sus goznes y golpea la pared le arranca un grito. Se acurruca en su oscuridad, protegiéndose los ojos, estremecida y llorando. Una mano la agarra del pelo y la obliga a levantar la cabeza. Un soldado en mangas de camisa, con los tirantes colgando en sus caderas, la examina con una expresión en la que se mezclan el estupor y el asco. Caroline distingue a través de las lágrimas la cara de ojos redondos bajo la visera del quepis.

—Yo no la tocaría hasta que la hayamos tenido toda la tarde en remojo con jabón y aguardiente.

—¡Asquerosa federada! —dice otro—. A esta zorra la han metido aquí como en una pocilga, vete tú a saber por qué.

La levantan cogiéndola por las axilas. El sol de mediodía le taladra los ojos. La ayudan a escalar y pasar por encima del amasijo de ruinas que llega hasta el centro del patio. «Estoy viva», se repite, los brazos triturados por sus grandes manos. No tiene miedo. Ya no. Resuenan dos cañonazos, muy cerca, tal vez al final de la calle. Caroline siente escalofríos, pese al calor que le cae encima. Mantiene la mirada en el suelo, solo ve al perro con la cabeza destrozada y las piernas de los soldados. Oye su respiración, sus risas sofocadas. Escupen al suelo manifestando su repugnancia. «Cerde. Perra. Cubierta de mierda. Apesta.» Repiten esas palabras en diferentes tonos, con disgusto o con pasmo. Deben de ser una decena. Ella se niega a mirarlos porque sabe lo que verá en sus ojos. Se atrinchera en sí misma como en el último reducto de una fortaleza en ruinas. «Estoy viva.»

Le arrancan la ropa, una vara azota sus piernas para obligarla a que las levante y así quitarle la falda, y ella aguarda tiritando bajo el sol, con los ojos cerrados.

—Vamos, pórtate bien.

El agua fría que le echan por encima le corta el aliento y le entumece las piernas. Se tambalea, trastabilla, se incorpora. Abre los ojos para recuperar el equilibrio y no ve nada a través del pelo que le cae sobre la cara. Se pasa la lengua por los labios para recoger lo que corre por su piel.

Olor a jabón. Una esponja. La vara la obliga a abrir las piernas. La frota, la limpian a fondo. Igual que limpiaban a las vacas cuando era niña, antes de llevarlas a una feria agrícola. «Estoy viva. No tengo miedo», se repite, aunque no sabe si seguirá creyéndolo mucho tiempo. Después decide abrir los ojos, apartarse el pelo de la cara.

Un hombre muy joven, todavía un chiquillo, trajina a su alrededor. Sumerge la esponja en un cubo lleno de agua, la embadurna de jabón, se inclina y le lava las piernas, los tobillos. Es un rubito con el pelo cortado casi al rape. Un tajo encostrado le recorre un lado de la cabeza. Actúa sin delicadeza, con gestos precisos, con el aire concienzudo de un aprendiz bajo el control de su patrón. Otro soldado está cerca, fusil en mano. Los demás se han sentado en el suelo y fuman mirando la escena. Ya no dicen nada. Han adoptado la expresión estúpida, alelada, de los cortos de luces delante de una lámpara eléctrica. Puede que el joven sea un prisionero. Se incorpora

lentamente, tira la esponja al cubo. Levanta los ojos hacia Caroline y los aparta de inmediato.

—Ya está —dice.

El soldado que vigilaba de cerca se cuelga el fusil al hombro y le sujeta la barbilla a Caroline para volverla hacia los hombres. Estos silban, satisfechos.

—¡Coño! ¡No hemos dado el rodeo en balde!

—Hay que darle de comer —dice uno de ellos.

—Y de beber —añade otro.

Se echan a reír.

—¿La dejamos así, en cueros?

«Estoy viva.» El terror la abandona y la deja más desnuda de lo que ya está ante esos hombres. La nada a través de la cual se ha arrastrado durante dos días ya no la amenaza. La ha escupido en medio de ese patio de vecinos, entregándola a esas miradas que no se apartan de ella, a esas manos que no tardarán en toquetearla. A esos cuerpos que muy pronto estarán tumbados sobre ella. Piensa en un cuchillo. Casi siente su peso, su forma en la palma de la mano. Un cuchillo. Ya no piensa más que en eso. Con un cuchillo se las arreglaría.

La hacen subir al ala intacta del inmueble. La escalera está cubierta de polvo de piedra y yeso y rechina bajo las botas de los soldados. Entran en una vivienda del primer piso cuya puerta está abierta de par en par.

—Siéntate ahí.

Ella se sienta en un sofá, en un saloncito congestionado de muebles. Todo está en orden, tranquilo. Se diría que los moradores van a entrar de un momento a otro y preguntar a esos intrusos qué hacen allí.

—Tú, busca algo para darle de comer. Tiene que aguantar.

El rubito entra en lo que debe de ser la cocina. Caroline se estremece. Se vuelve y ve a un soldado apoyado en el marco de la puerta de entrada, fumando una larga pipa con aire pensativo, la mirada perdida. Oye cómo registran una habitación, el dormitorio, y ve el bastidor de madera oscura de la cama. Un hombre sale de allí y le lanza una camisa y un calzón que ella se pone inmediatamente aspirando el olor de la ropa limpia. El rubito regresa en ese momento. Se atreve a sonreír tímidamente.

—Esto es lo único que he encontrado. —Y le ofrece un plato con un pedazo de tocino y un mendrugo de pan—. Hay vino, si quiere. —Sí, quiere. Y un cuchillo para el tocino. Por supuesto. Él se disculpa y vuelve con el objeto, que le tiende mirándola.

—Me obligan —dice.

Caroline lo examina preguntándose qué edad tendrá; él evita mirarla, agita las manos con un gesto de impotencia y se va.

Ella se come el tocino ahumado, moja el pan en el vino peleón y se atiborra, con lágrimas en

los ojos. Se chupa los dedos grasientos, recupera una a una las migas que le caen en el regazo. La hoja del cuchillo es corta, afilada. Lo introduce en una manga de la camisa que remete un poco para formar una especie de bolsa.

«Estoy viva, hatajo de perros. Nicolas.»

Pero Nicolas está lejos. ¿Vivo? Se le pone la carne de gallina. Luego se deja caer contra el respaldo del sofá y empieza a contar los cañonazos, con la mente en blanco. Va por catorce cuando dos soldados se plantan delante de ella apuntándola en el pecho con las bayonetas.

—Levántate. Ven con nosotros.

Ella obedece, con los brazos cruzados y el cuchillo dentro de la manga, en el hueco del codo. La empujan hacia el dormitorio. Una punta de acero le pincha una nalga, el hombre ríe detrás de ella.

—¿Has notado eso? ¡Pues no es nada comparado con lo que voy a meterte yo donde corresponde!

Al llegar junto a la cama, se vuelve hacia ellos y los mira primero a uno y luego al otro. Uno de ellos, un pelirrojo de cara redonda, se frota la entrepierna.

—Quítate la ropa y tumbate.

Caroline comienza a temblar, de manera repentina, como si la zarandearan desde el suelo en una convulsión imparable. Consigue quitarse la camisa sin que se caiga el cuchillo, y la deja junto a la almohada. Luego sus manos titubean en la cintura del calzón y finalmente la afloja y deja caer la prenda alrededor de sus pies. Se tumba y cierra los ojos. El colchón la atrae hacia sus profundidades, el sueño la vence, siente que se sumerge en él. «Que hagan lo que quieran. Yo ya estoy dormida.»

Sin embargo, la mano que le aprieta la cara para atraer su boca, los dedos que escarban entre sus muslos, el peso del cuerpo tendido sobre ella y la punta de la bayoneta bajo su barbilla, «ábrete o te rajo», la sacan de su ilusión. Hubiera querido dejar a su merced su cuerpo indiferente y refugiarse en la caverna excavada por la extenuación, no intentar librar esa batalla perdida, pero el dolor y el asco la asfixian y busca a tientas el cuchillo.

Nota cómo empuja el miembro para entrar en ella mientras la bayoneta hace presión contra su cuello.

—¡En pie!

La voz ha restallado en la habitación, imperiosa, y Caroline se ha contraído y ha aprovechado la circunstancia para poner la mano sobre el cuchillo a través de la tela de la camisa. El hombre tumbado entre sus piernas lanza un gruñido, se queda inmóvil un segundo y empieza a moverse de nuevo.

—En pie.

La voz suena más cerca ahora. Menos fuerte.

Cuando abre los ojos, Caroline ve a un oficial apretar el cañón de un revólver contra la cabeza del soldado, que ha dejado de moverse.

—En pie o te salto la tapa de los sesos. No lo repetiré.

El hombre rueda hacia un lado, se enreda con los pantalones bajados y tiene que agarrarse a la mesilla de noche para no caer de rodillas. Se recompone, intenta meter los faldones de la camisa dentro del pantalón. El oficial guarda el revólver en su funda, se aproxima al soldado y lo abofetea.

—Cabron. Desaparece de mi vista.

Otro hombre entra y se acerca. También desaliñado, sujetándose los pantalones con las manos para que no se le caigan. Se tambalea.

—Pero, mi capitán, nos habían dicho que...

El capitán se vuelve, mira al soldado de arriba abajo.

—¿Qué os habían dicho?

El hombre mira a Caroline mientras la joven se cubre, sentada en la cama.

—Pues que... a las putas rojas que pilláramos, podíamos... Bueno...

El oficial da un paso hacia él, lo olfatea.

—Apestáis a aguardiente. Si no estuviéramos en guerra, os metería a los dos en el calabozo. Salid de esta habitación y adecentad ese uniforme o acabaré tomándoos por desertores.

Los dos hombres salen arrastrando los pies. El capitán se vuelve hacia Caroline.

—Venga conmigo. Tengo que ponerla a resguardo. Mis hombres la protegerán. Le buscaré ropa decente.

Caroline intenta descubrir, bajo ese atractivo rostro de líneas cuadradas, en esos ojos azules, detrás del suave bigote que remata el labio, algún gesto engañoso.

—¿Por qué lo hace?

Él sonrío. Su mirada se posa sobre ella, imponente, y Caroline se siente desnuda y expuesta como ante la caja negra del fotógrafo.

—¿Cómo se llama? Levántese.

Ella se pone en pie y se dirige hacia él. El oficial tiene las aletas de la nariz dilatadas, como si luchara por reprimir las palabras o la cólera.

—Me llamo Caroline Dolet. Un hombre me secuestró y me encerró en el sótano de este edificio.

Él sonrío y menea la cabeza.

—Y yo debo creerla, claro.

Ella se encoge de hombros. Nota el cuchillo bajo sus brazos cruzados, entre los pliegues de la manga. En el hueco de la escalera y en el patio retumban voces, órdenes. El capitán le ordena con un gesto que salga del dormitorio. Tres soldados están tirados en unos sillones, con los fusiles apoyados al lado. Uno de ellos, que ha puesto los pies encima de una mesa de centro, duerme con

las manos sobre la barriga. El bajo de sus pantalones está manchado de sangre seca.

En la última planta, el capitán le pide que entre en la buhardilla.

—Espere aquí. Me ocuparé de usted.

La puerta se cierra. Dos vueltas de llave. Caroline abre la ventana, cierra los ojos bajo el sol. Se aclara la garganta, porque todavía nota agarrado a ella el olor de cloaca que ha respirado durante dos días y dos noches. Llena sus pulmones de un aire que desearía puro, pero lo que inhala es el olor del fuego, el olor de París en llamas. Oye de pronto el crepitar del tiroteo, el golpeteo sordo de una ametralladora. Se asoma por encima alféizar. Abajo, los soldados están agolpados alrededor del cuerpo de una mujer y lo pinchan con las bayonetas como si quisieran despertarla.

—Ya no se puede hacer nada —grita uno de ellos—. ¡Está muerta!

Levanta vestido y enaguas y deja al aire el vientre desnudo. Todos ríen dándose codazos en los costados, se pasan la botella y tosen y escupen sobre el cadáver el alcohol de mala calidad.

—Metedla en el sótano donde hemos encontrado a la otra —dice el capitán—. No tengo ganas de que los oficiales de justicia me den la lata.

Dos hombres cogen el cadáver por los pies y lo arrastran hacia los escombros amontonados, las piernas y la parte inferior del cuerpo desnudos, la cabeza golpeando las piedras sobre las que intentan izarla. Otros dos se acercan para asir los brazos, y entre todos la levantan con esfuerzo por encima de una viga partida, luego Caroline los ve desaparecer en el agujero del que la sacaron hace un rato.

Se le revuelven las tripas y aparta la vista, vuelve al interior del cuarto y se sienta en la cama. Intenta tranquilizarse diciéndose que ha sobrevivido, ha vencido su miedo a morir luchando en aquellas tinieblas. Piensa que ya no puede afectarle nada de lo que los versalleses le hagan. Se yergue, bien derecha, y saca pecho. Contempla la posibilidad de escapar esa noche por los tejados. Se imagina corriendo por las calles para reunirse con los combatientes de la Comuna. Tendrá el valor necesario. Y la fuerza.

Una tremenda explosión retumba muy cerca y hace temblar las paredes, de las que se desprende un poco de yeso y de polvo.

«Nicolas. Nuestra vida soñada.»

Se desploma y rompe a llorar.

No llegó muy lejos. Al cabo de media hora lo había detenido una barricada que se alzaba en la esquina del Boulevard Saint-Michel y la Rue de l'Abbé-de-l'Épée, muy cerca la Escuela para Sordos. El griterío era enorme y no había manera de entenderse en medio de la confusión de llamamientos, órdenes y disputas que emergían de la multitud, un millar de ciudadanos quizá que reforzaban las defensas y trasladaban como podían, sobre la tierra removida de la calzada sin adoquines, dos piezas de 8 pulgadas cuyas ruedas se bloqueaban en las roderas. Pasaban carretas cargadas de sacos de tierra, empujadas y tiradas por niños y mujeres. Una treintena de hombres terminaban de cavar una trinchera, veinte metros por delante de la barricada, hundidos en el foso hasta la cintura. De vez en cuando, las cabezas se volvían hacia Montparnasse y las conversaciones bajaban de tono como para dejar que la batalla rugiera y restallara, una detonación más violenta hacía que se encorvaran algunas espaldas, luego la industriosa actividad se reanudaba, así como las órdenes y contraórdenes, los juramentos exasperados y las carcajadas que recorrían sin razón aparente la multitud en acción.

Nicolas se quedó inmóvil, la mirada perdida por encima de los tejados, el corazón desgarrado. Los camaradas bajo la metralla. El Rojo. Y Adrien, que parecía dormir como un niño. «Mis hermanos.» En el jardín de Luxemburgo, un tambor redobló entre el follaje y ahuyentó a una bandada de gorriones, y Nicolas se sacudió para quitarse de encima la tristeza que se adhería a él.

Deambuló un rato entre aquel guirigay de feria, sin saber qué hacer, impotente e inútil, y finalmente fue a echar una mano a unos guardias que transportaban cajas de obuses hasta el promontorio de adoquines. Uno de los hombres lo invitó a beber un trago con otros dos, y entraron en una taberna a cuyo patrón habían obligado a abrir, para después encerrarlo en la bodega porque bramaba sin parar contra aquel atentado a la propiedad y amenazaba con hacer que el general Mac Mahon los fusilara. Los tipos seguían tomándose a risa mientras hacían que les sirviera unas jarras de cerveza un muchacho de unos quince años, con un quepis demasiado grande para él cayéndole sobre los ojos, que trajinaba sin descanso detrás de la barra.

Al caer la noche, un centenar de hombres se quedaron detrás de la barricada. Nicolas se las arregló para no formar parte del primer turno de guardia: estaba agotado, el fusil le pesaba una tonelada, dar un paso le suponía un esfuerzo ímprobo.

Comieron gracias a una cantinera que había instalado su cocinilla ambulante en una de las entradas del jardín. Reconoció a la señora Lucienne, como siempre completamente vestida de

negro, y a su hermana Rita, igual de silenciosa que siempre también, a las que había conocido en la Place du Roi de Rome. Cuando tendió su escudilla, ella lo asió del brazo.

—Nos hemos visto antes, ¿no?

—¿Cómo ha podido reconocerme entre tanta gente a la que alimenta?

—El otro día, en la Place du Roi de Rome, con el 105.º. Estaba usted con aquel muchacho de Bourget, ¿se acuerda?, yo conocí a su madre... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Adrien —respondió Nicolas en un susurro.

—¿Está por aquí? Estuvo a punto de venirse a preparar el rancho con nosotras. No me importaría llevármelo y esconderlo en algún sitio antes de que esto se convierta en una carnicería. Dígale que le contrato ahora mismo, no se le olvide. En cuanto todo haya terminado, abriremos una tasca en el campo.

La mujer se puso de puntillas y estiró el cuello para sondear detenidamente la fila de hombres que esperaban para comer.

—No lo veo... No debe de tener mucha hambre...

Nicolas sostenía con las dos manos su cuenco de sopa. Alubias y corteza de cerdo. Oía bien, pero sabía que el nudo que tenía en la garganta no le permitiría tragar, pese al hambre que le retorció el estómago.

—Ha muerto esta mañana —logró decir—. Un fragmento de metralla.

Rita se tapó la cara con las manos. Lucienne sostenía el cucharón en el aire, interrumpido el gesto de servir.

—¿Quién ha muerto? —preguntó un guardia agitando su escudilla delante de las dos mujeres.

Lucienne le sirvió y le indicó que avanzara y dejara sitio.

—Nadie... Un muchacho valiente. Uno más —dijo impostando la voz para no temblar.

Sirvió a tres hombres más y le pasó el cucharón a Rita mientras se acercaba a Nicolas.

—¿Dónde ha sido?

—En la Rue Vavin. Un camarada y él se habían apostado en una casa que hacía esquina con el bulevar... Los versalleses han bombardeado la casa. Lo hemos sacado de allí, lo hemos limpiado.

—¿Y después te has ido?

No se trataba de un reproche, pero una punzada de culpabilidad sacudió el corazón de Nicolas.

—Era como un hermano pequeño. Valía por diez... No le temía a nada. Yo tenía un hermano que era un poco como él, un poco alocado.

Nicolas se quedó en silencio y se volvió hacia dos guardias que se espetaban insultos y se agarraban del cuello de la camisa. Otros los separaron, aconsejándoles que reservaran sus fuerzas para rechazar a los versalleses cuando asomaran el morro, al día siguiente quizá. Los dos camorristas se marcharon cada uno por su lado refunfuñando.

—He perdido a demasiada gente a la que quería, ¿sabe?

—Todos estamos más o menos así...

—Tengo una novia... Podría decirse que es mi prometida. Hace tres días un cabrón la secuestró en plena calle, y yo, en vez de salir corriendo a buscarla, estoy luchando para defender unas esquinas y unos montones de adoquines, y hay momentos en que hasta dejo de pensar en ella, en que olvido que está en manos de un asesino o un depravado. No sé... Creo que tenía la impresión de que estando con mis camaradas, nosotros tres, no podía pasar nada grave, ni siquiera a ella. No sé cómo explicarlo... Como si juntos fuéramos capaces de vencer todas las desgracias.

Lucienne no decía nada. Lo escuchaba mirando al suelo, asintiendo con la cabeza.

—Pero ahora ya no lo creo. Ya no puedo creerlo. He estado en Auteuil y en la Place d'Enfer y la Rue Vavin. Y antes en el fuerte de Vanves. Bajo el fuego, con esos muchachos cayendo a mi alrededor, a menudo me desanimaba, pero pensaba que aún podríamos resistir, frenar a la infantería, recuperar el terreno perdido... Quizá lo creyera porque siempre valdremos más que esos fusileros, incluso cuando estemos muertos, porque habremos luchado por el bien de todos, por la república universal. Por cosas más grandes que nosotros mismos. Como si hubiéramos tenido el mismo sueño todos a la vez... No sé lo que estoy diciendo...

Lucienne le puso una mano en el brazo.

—No te preocupes... Te entendemos perfectamente.

—Y ahora que todo está perdido, antes de que todo se venga abajo, lo único que quiero es encontrarla. Hacer lo imposible por conseguirlo. Tratar de recuperar el tiempo perdido.

—No ha sido tiempo perdido. Has luchado. Te has enfrentado a la muerte de cara. Y además has encontrado dos hermanos, eso no es poco. No es tiempo perdido. Es un pedazo de vida de un hombre digno. Como la de todos estos, que tienen hambre y están muertos de cansancio. ¿Sabemos en quién piensan cuando se duermen, a quién le dan las buenas noches en secreto bajo la manta? ¿Con qué sueñan? Posiblemente la mitad de ellos llevan a cuestas el mismo saco que tú y lo dejan a un lado para empuñar el fusil...

Los dos se volvieron hacia la fila de hombres silenciosos que esperaban alimentarse en esa noche casi tranquila en la que, no lejos de allí, danzaban las llamas de una gran hoguera. Unos muchachos estaban sentados en torno a ella y la removían con sus bayonetas, haciendo que saltaran chispas.

Nicolas no sabía qué pensar de lo que acababa de decirle Lucienne. Tenía la sensación de ser un autómatas que se mantenía en pie por inercia, moviéndose para no caer, la cabeza hueca y pesada como un caldero.

Siguió a un grupo de guardias que se iban a dormir al vestíbulo de la Escuela de Minas, un poco más allá. Una tienda de lona blanca servía de hospital de campaña. Nicolas se detuvo y asomó la cabeza. En la sombra, distinguió a dos hombres con las manos vendadas y apoyadas en el regazo, erguidos e inmóviles, sentados en sillas. Una mujer se afanaba a la luz de un farol, ante una mesa

sobre la que había instrumentos quirúrgicos.

—¿Conoce a Caroline, del hospital de la Rue Lecourbe?

La mujer se volvió y lo miró antes de negar con la cabeza y volver a ocuparse de lo que estaba haciendo.

—No —dijo de espaldas—. No conozco a nadie que se llame así.

En la Escuela de Minas, al pie de una gran escalera, habían extendido colchones donde ya roncaban unos cincuenta hombres, apenas iluminados por unas lamparillas colgadas aquí y allá. En cuanto se hubo acostado, el sueño se abalanzó sobre Nicolas como un gran animal silencioso agazapado en la oscuridad.

Se despierta varias veces creyendo ver a Caroline vagando en medio de los durmientes. La llama. Un tipo le dice que cierre el pico. Otros rezongan medio dormidos, dan vueltas y más vueltas. Nicolas permanece sentado largo rato, acechando el regreso de la aparición. «Si estás ahí, ven conmigo, nos vamos», murmura quizá. No sabe si le habla a una especie de fantasma o piensa demasiado alto. Le parece que Caroline va a sentarse de repente a su lado y ya alarga los brazos para estrecharla contra sí. Luego el cansancio le vence y lo clava al jergón.

Los arranca del sueño una salva de obuses que estallan en los jardines, y el golpeteo seco del fuego cruzado. Están todos de pie en la penumbra, inmóviles, conmocionados, se miran sin verse realmente, sin tranquilizarse del todo; después cada uno agarra su petate, su arma, se pone el quepis de través y sale al amanecer del bulevar desierto.

Durante todo el día, Nicolas deambula por el Barrio Latino, de una barricada a otra. Taludes de tierra, reforzados con sacos de tierra. Algunos paredones de adoquines vigilados a veces por tan solo dos hombres. En la Rue des Écoles, un verdadero muro de obra. Dos cañones, unos quince muchachos sentados junto a los fusiles colocados en haces, paquetes de cartuchos alrededor. Algunas mujeres van y vienen con café y pan tierno que un panadero de la Rue Thénard ha conseguido hacer. Nicolas se detiene un instante y se abandona a ese lujo. Hay incluso azúcar. Charlan. No cruzarán el Sena, en cualquier caso, no por allí. ¿Y en otras partes? ¿Cómo irán las cosas? ¿En la Rue Vavin? Nicolas no se atreve a decir que viene de allí, que ha dejado detrás a los camaradas bajo el fuego. ¿En la Cruz Roja? ¿En la Rue de Rennes? Resisten. Son unos cuantos. Está Varlin, y Lisbonne. ¿Y en Montmartre? No se sabe, no han visto a nadie. Jules Vallès pasó la noche antes por allí, por poco lo detienen. Nadie lo había reconocido, sin barba, agotado, casi cojeando, del brazo de una mujer. Decía que en el ayuntamiento no iba nada bien, que discutían acaloradamente sin saber qué hacer. ¿Acaso sabían hacer otra cosa allí? Charlatanes, combatientes de púlpito. Harían falta refuerzos, eso sí. Un joven parte en busca de noticias. Le dicen que lleve cuidado, él contesta sacudiendo la mano por encima del hombro con un gesto

negligente.

Todos miran en silencio al joven mientras se aleja. Sin hacer ningún comentario, escuchan el bombardeo. Por la parte de Les Gobelins, hacia la Butte-aux-Cailles, parece furibundo. «Wroblewski —dice un tipo—. Aquello aguanta». No responden. Nicolas intenta adivinar a qué distancia caen los obuses, comparando con lo que se oye en Montparnasse. Un kilómetro, no más. Estarán allí esa noche.

Por la tarde, regresa hacia el Panteón con otros dos guardias, amigos en la vida civil, uno bromista y parlanchín, el otro taciturno y melancólico. En la plaza, una multitud de federados. Tal vez trescientos. Dos oficiales a caballo avanzan entre las tropas erizadas de bayonetas. Los hombres los detienen sujetando a los caballos por la brida. Nicolas se acerca, se cuela, empuja con los hombros. El rumor dice una sola cosa: Montmartre ha caído. Prácticamente sin combatir. La mayoría de los hombres mantienen la cabeza gacha y poco a poco no se oye más que el eco de esas voces que murmuran. Hablan bajito, como en un entierro. Apenas se miran para no ver en la cara de los demás su propia angustia. Algunos se rebelan, levantan la voz, llaman al combate, al sacrificio, pero enseguida callan.

—¡Esta vez estamos jodidos!

Nicolas da un respingo, como si le hubiera picado una avispa, se vuelve, sin respiración.

El Rojo está plantado frente a él, apoyado en una muleta y con la frente vendada. Rodea a Nicolas con el brazo libre mientras Nicolas lo colma de palmadas en la espalda.

—¡Dios bendito! Pero ¿se puede saber qué te ha pasado, hermano?

—Dos balas. Una me ha arrancado un poco de pellejo y algo de pelo, la otra ha pasado a través de la pantorrilla sin romper el hueso. De repente ya no valgo para nada, aunque todavía puedo ir de un lado a otro. Me han enviado a este hospital de campaña donde hay un doctor. Está en contra de la Comuna, pero atiende a todos, me ha dicho. Sin distinción. Ha limpiado esto y lo ha cosido. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí? ¿Pensaba que ya estarías en el distrito X buscando a ese policía!

—Voy de camino. Pero necesitaba dormir y...

—¿Dormir, dices? ¿Qué es eso?

El Rojo ve la rueda de un remolque y se acerca a ella.

—Voy a apoyar el culo...

Se sienta dejándose caer pesadamente y se recuesta sobre los radios, con el fusil descansando a su lado.

—¿Cómo va la cosa ahí abajo?

—Mal. Esta noche evacuan, seguro. Es imposible seguir defendiendo esa posición. Habrá que pelear aquí.

—¿Aquí? El barrio está indefenso. Hay barricadas que se cruzan de un salto. Prácticamente no hay artillería. Los hombres están desperdigados, cinco aquí, quince allá...

El Rojo ha dejado caer la cabeza sobre el pecho. Nicolas lo despierta.

—Ven. Vamos a buscar un sitio donde puedas dormir.

Entran en el ayuntamiento del distrito V, donde tipos exaltados u ofuscados van de un lado para otro, entre un estruendo continuo de puertas que chirrían o se cierran de golpe. Entran sin que nadie les pida cuentas. La escalera está vigilada por un tipo sentado en los peldaños, con el fusil descansando sobre las piernas. Cuando les pregunta adónde van, el Rojo responde simplemente: «A dormir». El guardia asiente con la cabeza y les permite subir con un gesto despreocupado. En un despacho, el Rojo suelta la muleta, se desploma sobre un diván y empieza a roncar en el acto. Nicolas retira las pilas de papeles acumuladas sobre un sillón y se sienta en él frente a la ventana abierta. No sabe qué hora es. El cielo está lechoso, el sol, indeciso. El calor es sofocante. Se desabrocha la guerrera y la camisa. El olor de su cuerpo mugriento, acre, denso, le llega a la nariz. Después, el del fuego, una vez más, entre el fragor lejano de la guerra.

Dormita en medio de una algarabía de gritos, llamadas, explosiones de ira, risas. La ciudad entera habla al mismo tiempo y lo dice todo de su miedo, su rabia, su esperanza todavía viva. Nicolas no ve caer la noche, que tiende sobre él su sombra azul como se cubre a un niño súbitamente dormido al que no nos atrevemos a despertar.

Luego el tambor redobla y reverbera en las fachadas. Nicolas oye levantarse al Rojo detrás de él, cuando el entarimado cruje bajo sus pies.

—Ya está —dice.

Alrededor del Panteón, el zafarrancho de combate atrae a grupos de hombres hacia el bulevar. Medio centenar de federados defienden la barricada de la Rue Soufflot y su ametralladora. En un recodo del bulevar cargan fusiles que luego apuntalan sobre los adoquines amontonados, ahuecando los sacos de tierra. La gente corre en todas direcciones. Empujan los carros de municiones, que traquetean sobre el suelo lleno de baches. En la parte de abajo del jardín de Luxemburgo, la gran barricada está atestada de gente. Unos guardias se ven obligados a hacer retroceder a los curiosos que miran cómo los incendios arrojan a la noche inmensos resplandores manchados de humo negro. El olor del fuego flota en el aire como un veneno mortal. Guardias armados penetran en los portales, y casi inmediatamente se abren ventanas, se rompen cristales y los hombres toman posición en los balcones. Nicolas no se mueve, estupefacto. Observa a su alrededor cómo se organiza el desastre. El Rojo, detrás de él, no dice nada, luego le tira de la manga.

—Harías mejor en marcharte. Aquí mañana todo habrá terminado.

—Ven conmigo. No puedes luchar, hermano. Entre los dos veremos las cosas más claras.

—No. Con mis bártulos de cojo llamaríamos demasiado la atención, aunque me cambiara de ropa. Además, te obligaría a ir más despacio. Tú solo avanzarás más. Y todavía puedo ser útil. Cargaré los fusiles de los camaradas. Ayudaré a mover los cañones. Cualquier cosa, mierda, ya

veremos para qué puedo servir.

Dos proyectiles estallan uno detrás de otro a treinta metros de la barricada. Les cae encima tierra y grava. Gritos. Carreras de gente con linternas en busca de los heridos. La oscuridad se llena de luciérnagas trémulas. Se ha abierto una brecha en medio del reducto. Alrededor y dentro de la cavidad, cuerpos se mueven y gimen.

—Vete —dice el Rojo—. Encuéntrala y poneos a salvo, en nombre de Dios. Harán falta supervivientes para volver a empuñar los fusiles, ¿no crees?

Nicolas camina hacia la barricada.

—Ven —dice—. Necesitan que alguien les eche una mano.

MIÉRCOLES, 24 DE MAYO

Roques no pudo librarse de las pesadillas que lo asaltaron toda la noche, como ratas que hubieran ido a morderle y chillar en sus oídos o arañas inmundas que corrieran por su cara. Se sentó en el jergón, mareado, con la cabeza embotada. A su alrededor, los soldados se desperezaban quejándose de que la noche había sido demasiado corta, una vez más sin hembras, y algunos sugerían destinar a unas cuantas prisioneras al reposo del guerrero en vez de fusilarlas o encarcelarlas. Siguieron comentarios picantes, anécdotas lascivas, carcajadas groseras.

—¡Señores, un mínimo de modales, por favor! —gritó un coronel—. ¡Son ustedes soldados, no puercos a la espera de montar cerdas!

Los soldados lo aclamaron. ¡Hurra! Uno que sabía hablar a sus hombres.

Roques no comprende cómo los otros dos han podido dormir en ese colegio de niños transformado en cuartel. Por la mañana, Clovis no decía nada, como casi siempre, y Loubet parecía pendiente de las idas y venidas de los oficiales. Se comieron su pedazo de pan mojado en café aguado con un chorro de aguardiente, y a continuación los sargentos formaron las patrullas, con una docena de hombres para cada una, bien armados y con la orden estricta de disparar sin previo aviso contra cualquier fugitivo: hombre, mujer o niño.

Un oficial, con grado de capitán o teniente, inspecciona a tres patrullas, a las que se deja una gran iniciativa en el modo de proceder. Un solo objetivo: no dejar a ningún enemigo detrás de las líneas. Limpiar París después de dos meses de suciedad.

De edificio en edificio. Suben los escalones al trote, tiran las puertas, gritan en las viviendas órdenes e insultos, arrastran por los rellanos a fulanos atemorizados que proclaman su inocencia o a tipos orgullosos que los reciben con aire burlón y los desafían con la mirada, bajando la cabeza solo a fuerza de culatazos para levantarla más alto aún con la cara ensangrentada, la frente abierta, la mandíbula partida, la respiración entrecortada a causa de las costillas rotas. A veces los empujan y ruedan escaleras abajo, gimiendo de dolor y sujetándose un brazo, un hombro o la cadera al levantarse, sin decir palabra, apretando los dientes o cojeando. Los agrupan en los patios, los alinean a lo largo de las aceras y los conducen en fila a una prisión o un convento requisado.

Si el oficial que está al mando de la operación tiene prisa, los fusilan. Si un sargento se impacienta, ordena acabar con un recalcitrante o un maleducado. Un bayonetazo en el vientre, una bala en la cabeza.

Un soldado encuentra debajo de una cama un uniforme federado. El hombre, en bata color burdeos y babuchas de piel en los pies, retrocede, se pega a la pared.

—¿Es suyo?

—No, bueno, sí..., pero me negué a alistarme. Mírelo, está completamente nuevo... No lo he usado nunca.

El soldado se incorpora, le planta la guerrera delante de las narices.

—Insumiso, ¿eh? ¿Es eso? —Le huele las manos. Ni rastro de olor a pólvora—. No huele más que a gallina —concluye el soldado—. Venga, nos lo llevamos.

Roques escolta por la escalera al hombre, que lloriquea.

—Es la verdad —dice—. Nunca he querido participar en esta mascarada. Los de la Comuna son unos bandidos. Si hubiera podido, me habría ido a Versalles yo también. Pero mi suegro insistió en que me quedara para guardar la casa y el negocio familiar. Y ahora estoy metido en un buen lío. ¿De qué le vale a uno ser honrado? Obedeces al cabeza de familia, te niegas a mezclarte con la chusma y acabas teniendo problemas. Lléveme ante su coronel, él al menos me escuchará.

Roques no contesta. Desde hace casi tres horas actúa como un sonámbulo. De vez en cuando se dice que va a despertar, a salir por fin de esa pesadilla. Llegan al patio, donde está reunido un grupo de curiosos que animan a los soldados a seguir restableciendo la salubridad pública. «¡Sí, señor! ¡La salubridad pública! ¡Igual que nos deshacemos de los parásitos!» «Deberíamos probar con matarratas», dice otro. Todos ríen a carcajadas. Cuando se acerca el prisionero al que Roques debe vigilar, se hace el silencio y todas las miradas se posan en él.

—¡Señores, por favor! ¡Ustedes me conocen! Saben perfectamente que...

Los ojos se apartan entonces del réprobo.

—¡Nunca acaba uno de conocer a la gente! —exclama un hombre con chistera.

Roques se pregunta cómo consigue no empuñar el fusil y abrir fuego contra esa pandilla de buenas personas. Sin duda porque su arma es de un solo tiro, y en el tiempo que tardara en volver a cargarla todos se escabullirían igual que esas ratas de las que quieren limpiar París, o se abalanzarían sobre él para despedazarlo. Mira a ese miserable que implora la compasión de sus semejantes y se pregunta si algunos cartuchos en su revólver conseguirían poner de acuerdo a esos ciudadanos modélicos. Oye a lo lejos el fragor sordo de los combates, y se dice que le gustaría estar allí en ese momento, detrás de un cañón de balas, o apostado en el ventanuco de una buhardilla para matar a cuantos pudiera: verlos caer, rodar por el suelo, reptar esperando el tiro de gracia, oírlos bramar de dolor. Se dice que ya no hay más que esa guerra entre ellos y el pueblo. Ningún acuerdo es posible. Los ve ahí, a dos metros de él, rencorosos, altaneros, dispuestos a sacrificar a ese imbécil como si se tratara de un peso muerto, pero impecablemente vestidos, con los chalecos bien abotonados, el reloj de oro en el bolsillo justo debajo del corazón, sumamente educados, sin una palabra más alta que otra, y capaces de enviar a la muerte a uno de

ellos igual que lobos ensañándose con el más débil.

Menuda ocurrencia tuvo al aceptar, dos meses atrás, llevado por el entusiasmo de los primeros días, esa misión policial que lo ha conducido hasta aquí y le obliga hoy a valerse de argucias con el enemigo y a secundarlo en sus más viles acciones: esa cacería humana, esas ejecuciones sumarias en una acera, guiados por los delatores, los calumniadores, los amargados, los envidiosos, que señalan con el dedo las ventanas y los pisos, y murmuran los nombres como si no quisieran que se les reconociese la voz, apelando a su fervor republicano y su apego a la ley y el orden, antes de eclipsarse, jactándose o cagados de miedo, sacando pecho o a hurtadillas. El sargento baja por la escalera y pregunta quién es ese que no para de gimotear. Se lo explican, mira de arriba abajo al hombre en bata y dice: «Con los demás», y empujan hacia la salida al prisionero, que enseguida se pone a vociferar.

—¡Yo conozco a muchos de la Comuna! ¡De la Comuna de verdad! ¿Quieres que te diga algunos? ¡El portero del número 56 y su mujer! ¡Y el de la tienda de vinos del 63! ¡Todo el mundo los conoce!

El sargento envía unos cuantos hombres a comprobarlo. Su capitán se pondrá contento. A él personalmente le trae sin cuidado. Está en el ejército porque en el campo, allá en Le Mans, él y sus hermanos se morían de hambre en una granja de cuatro hectáreas, así que de las historias de república, Comuna, rojos y demás palabrería que se ocupen los parisinos. Lo único que sabe es que tiene la barriga llena y algunos meses puede enviar un poco de dinero a sus padres. Lo iba contando un rato antes, mientras subía la escalera. «A lo mejor —había añadido, destrozando una puerta a culatazos— hasta se han sublevado con razón, vete tú a saber.»

Por el momento, hacen subir al hombre de la bata a una carreta donde ya están sentados una docena de prisioneros. Será conducido ante un tribunal militar. Quizá consiga que reconozcan su buena fe de bastardo normal y corriente. La carreta se aleja al paso, tirada por un gran caballo tranquilo y escoltada por seis soldados que arrastran los pies.

Por la tarde, las operaciones de búsqueda cesan y Roques va con su patrulla hasta un acantonamiento instalado en una escuela. En la zona de la Cruz Roja y la Rue de Rennes, la batalla es incesante. Se cruzan con una columna de un millar de hombres tal vez, que recorren la Rue du Bac hasta el Sena seguidos por diez atalajes de artillería. Las grandes piezas hacen vibrar el suelo al rodar sobre él, y el eco del paso cadencioso de los soldados se eterniza en la lejanía. Ante la visión de tal cantidad de hombres y armas desplegándose por París como un mar que avanza, Roques ya no duda que la Comuna vive sus últimas horas. Mientras los cañones terminan de pasar, una mano se posa sobre su hombro. Es Clovis, aunque le cuesta reconocerlo: le han cortado el pelo y la barba. Ahora es un hombre joven con grandes ojos tristes y ceño inquieto.

—¡Diantre!, ¿qué le ha pasado? ¿Se ha peleado con un barbero?

—Algo parecido. El hombre ayudó a reclutar un batallón, pero no pudo alistarse por culpa de la

cojera. Todo el mundo conocía sus opiniones, porque las expresaba abiertamente en su barbería. Lo denunció el propietario del inmueble, seguramente porque quería volver a disponer del local. Les dije a los demás que yo me ocuparía del asunto y me dejaron solo con él. Totalmente confiados, por supuesto, después de lo que había hecho antes. Le pedí a ese hombre que, a cambio de su libertad, me devolviera una apariencia humana para atraer menos la atención. Disparé dos tiros contra un espejo y me marché después de aconsejarle que esperara a la noche para salir en busca de un refugio.

—¿Y nosotros? ¿Tendremos que esperar también hasta la noche?

—¿Dónde está Loubet?

—No lo he visto.

—¿Cuánto cree que tardaríamos en llegar a la Rue des Missions?

—No lo sé... Una media hora.

Entran en el patio del colegio, donde doscientos tipos, sentados o tumbados, comen algo o fuman contándose cómo han pasado la mañana. Las exclamaciones son frecuentes y a veces se oyen risas. Los tipos se escuchan con gravedad o asombro. Parecen cazadores relatando sus hazañas.

Roques y Clovis se acercan a una cocina rodante donde un larguirucho de brazos desmesurados sirve una especie de ragú. Huele fuerte. Sobre todo a cebolla y ajo. Les sirve en sendas escudillas abolladas.

—Tenéis suerte, muchachos. Esto va tan rápido que nos cuesta ir detrás con las vituallas. Prioridad a las armas y las municiones, eso han dicho. Así que los de la intendencia somos los últimos. En fin... Cuanto antes termine, antes volveremos a casa. ¡De todas formas, pensaba que sería más duro! ¡Vamos a rebanarlos como si fueran de mantequilla! Parece que la Guardia Nacional ya no existe. Solo quedan chiflados y fanáticos en las barricadas, y a esos, por descontado, ¡no les daremos tregua! ¡A ver si se limpia un poco esta puta ciudad de tanto lumpen!

Van a sentarse junto a un grupo de hombres callados con aspecto exhausto. Olor a tabaco y sudor. Uno de ellos se vuelve hacia Roques.

—¿De dónde salís vosotros? No os he visto nunca.

—Porque no te has fijado —le responde Roques—. Yo tampoco te he visto nunca a ti. ¿Has llegado esta noche?

El tipo se encoge de hombros.

—En realidad, me da igual...

Clovis se levanta y le hace una seña a Roques.

—Acompáñeme. No quisiera molestar.

Se alejan. A su espalda, el soldado masculla insultos y vagas amenazas sobre informar al capitán.

—Están a punto de descubrirnos —dice Roques—. Vamos a tener que tomar una decisión.

—¿Y Loubet?

—Por ahí viene. Las fechorías que nos han obligado a hacer esta mañana me han dado una idea que a lo mejor nos permite pasar los controles. Me he enterado de que el coronel, ya sabe, el señor «Tres preguntas y una sola bala», se llama De Faverolle. Ha establecido el puesto de mando en el cuartel Babylone. Le llevaremos allí a un prisionero debidamente escoltado.

—Todo esto para buscar a una muerta. Me pregunto si...

—Yo me hago las mismas preguntas y alguna más. Pero de perdidos al río, quiero ir hasta el final de lo que empecé. Me gustaría que todo esto tuviera sentido.

Loubet se acerca con aires de conspirador.

—Nos desenmascararán antes de esta noche. El sargento desconfía. Ha desconfiado desde el principio, aunque lo que ha hecho Clovis ha parecido tranquilizarlo. Hace un rato me preguntó el nombre de nuestro capitán. Conseguí desviar la conversación y dejó que me marchara. Pero en menos de una hora nos detendrán.

—El capitán ni nos va ni nos viene. Yo tengo el nombre del coronel. Venid conmigo.

Salen del acantonamiento riendo y armando jaleo, simulando estar borrachos, ante la mirada indiferente de los centinelas, se alejan por la acera y se meten entre dos furgones.

—Quítese ese uniforme —le dice Roques a Loubet.

El otro no comprende, está a punto de protestar.

—Será nuestro prisionero. Lo entregaremos al coronel De Faverolle, en el cuartel Babylone. Es la única manera de pasar los controles.

Sin rechistar, Loubet se quita la guerrera y desaliña un poco su atuendo.

—¿Motivo del arresto?

—Ha ayudado a un sospechoso a fugarse.

—Correcto. Pero entonces tienen que maltratarme un poco. Un arresto debe ser rudo. Es una ley no escrita, pero es la que mejor aplica la policía.

Roques se vuelve hacia Clovis, que rehúsa.

—Ya maté a un hombre esta mañana. Creo que por hoy es suficiente —dice.

Sin previo aviso, Roques le propina un culatazo a Loubet con su revólver. Loubet profiere un grito a causa de la sorpresa y el dolor, y cae entre las patas de un caballo que trastabilla al apartarse. El hombre se levanta con la frente ensangrentada y un poco aturdido.

Se ponen en marcha. En cada esquina, soldados exhaustos, huyendo de un sol que cae a plomo. En general, a todos les tiene sin cuidado adónde se dirigen esos dos compañeros y su prisionero. Solo en una ocasión, un centinela les cierra el paso y, fusil en mano, la bayoneta amenazante, exige explicaciones. Roques relata el cuento chino que ha preparado. El soldado mira de hito en hito a Loubet, el bigote trémulo de desprecio y de odio. Se diría que va a ensartarlo ahí mismo.

—Tenemos que continuar —dice Roques—. Al coronel no le gusta esperar.

—Ah, sí, el coronel —dice el soldado—. Yo podría decirle cómo ganar tiempo. En fin..., las órdenes son órdenes.

Se aparta y los deja pasar. Los otros tres centinelas, que no se han movido, le toman el pelo.

—Vamos, Pénicot, acabarás ascendiendo a cabo. No hagáis caso, muchachos. Piensa que la Comuna es el reino del diablo y sueña con aniquilar a todos sus secuaces. ¡Se ve al mando de un pelotón y dando él mismo los tiros de gracia! ¡La semana pasada le llevó a un cura su carabina y su bayoneta para que las bendijera!

Roques se vuelve y ve a Pénicot, con el arma todavía en las manos, mirándolos alejarse con el ceño fruncido, desconfiado, obcecado. Durante un rato, hasta que doblan la esquina, siente la mirada del soldado clavada en su espalda.

Cuando llegan a la Rue des Missions, Loubet vuelve a ponerse el uniforme bajo un pórtico.

—¿Qué hacemos? —pregunta.

Clovis recompone un poco su atuendo y apoya bien en el hombro el pesado fusil que cuelga de él.

—Voy yo. Espérenme aquí. Hago un reconocimiento y vuelvo. Conozco un poco el lugar, quiero ver si hay algún peligro.

Roques se dispone a protestar, pero le hace callar con un gesto.

—Conozco el lugar, inspector. Además, me corresponde a mí reparar, si es que puedo, el daño que he causado.

Roques no replica y deja que se aleje.

—¿Y si no vuelve? —dice Loubet.

—Volverá.

—Ese hombre es un criminal. Ha participado durante meses en el secuestro de mujeres. Asegura que obedecía las órdenes de un asesino, pero ¿qué pruebas tenemos de que es la verdad? Usted cree en su palabra porque decidió entregarse, pero no sería la primera vez que vemos a tipos que buscan mitigar el remordimiento echándole la culpa a sus cómplices.

—Ese hombre está saliendo a la superficie de la humanidad. Hay que dejarlo nadar como pueda.

—Con ese género de poesía no se cambia a los hombres. Ni con ese ni con ningún otro. Cada uno es como es. Virtuoso o perverso. Recto o retorcido. Yo no creo en el poder de las palabras. Ni en la expiación y la redención. Si la fruta está podrida, es mejor tirarla.

Roques lo escucha vigilando la calle. Un tendero espera delante de su comercio a algún posible cliente. Dos hombres elegantes caminan charlando. Uno de ellos hace girar su bastón entre los dedos.

—Los seres humanos no son fruta. Usted lo mezcla todo.

—Hablo por experiencia. Doce años en la policía ayudan a comprender muchas cosas. He conocido a demasiadas buenas personas que parece que no han roto un plato en su vida, y sin embargo acababan de matar a esposa e hijos, o de degollar a una vieja para robarle diez francos. A algunas las encontrábamos chapoteando en sangre y se ponían a llorar y a gemir: daban más pena que sus víctimas. Recuerdo a una mujer a la que fuimos a buscar a su trabajo para informarla de la muerte de sus tres hijos, a los que habían matado a martillazos y una vecina había descubierto por casualidad. La dulzura en persona. La encarnación del dolor. Una cara de ángel. Hubo que impedir que se cortara el cuello con un cuchillo de cocina. Fue en mis inicios como policía, y confieso que la visión de aquella madre arrojándose desesperada sobre el cuerpo de sus pequeños me impresionó. Sospechamos del marido, que se había ido de parranda no se sabía adónde y al que hallamos borracho en Aubervilliers. Pero el buen hombre, aunque no se privaba de zurrar a sus críos y su mujer, tenía una coartada impecable: no había salido en dos días de la sórdida fonda donde lo encontramos dormido entre los brazos de una mujer. Al final, la madre se contradijo en sus declaraciones y se pudo determinar que era ella quien había asesinado a sus hijos, cosa que acabó por confesar.

—¿Llegaron a saber por qué había cometido semejante atrocidad?

—No hay un porqué. Intentar comprender ya es disculpar, y no hay perdón posible en estos casos. Deberían haberla guillotinado, pero el tribunal decidió otra cosa. Seguramente porque aún se tienen demasiados reparos en ejecutar a mujeres.

Roques no sabe qué pensar. No duda de que el alma humana esconde negruras sin fondo, deseos locos de destrucción y muerte, una maldad irreductible, y de que es imposible arrojar un poco de luz sobre ella, ni siquiera considerar conceder el menor perdón. Pero también sabe que hay existencias inhumanas en las que cada día es una tortura, en las que vivir es un castigo permanente que no expía falta alguna, y lo fácil que resulta entonces olvidar que uno mismo pertenece a la especie humana. Con un estremecimiento, recuerda la frialdad implacable con la que esa mañana Clovis ha matado a un hombre y su mutismo durante las horas siguientes. «¿Qué otra cosa cabía hacer? Con nuestra pinta de federados mal disfrazados, era eso o que nos fusilaran.» Ni él ni Loubet han podido replicar, pero cada uno ha permanecido encerrado en su silencio, indeciso, incómodo.

—Da que pensar, ¿verdad? —añade Loubet.

—Desde luego... Pero yo...

—Usted cree que la Comuna, la revolución social, hará mejores a los hombres al permitirles vivir dignamente, ¿es eso? Usted cree en la bondad original del hombre. Usted piensa que los peores bandidos pueden enmendarse y que la felicidad universal, decretada por no sé qué comité central o alguna Convención Nacional, abolirá la maldad humana. Yo también he leído toda esa literatura. Incluso he sentido deseos de creerla. Pero la realidad es una fulana testaruda: te

devuelve a ella de una patada en el culo a la primera de cambio. Mire a su alrededor. Oiga cómo sus ilusiones se derrumban bajo las bombas. Mire a sus jefes inútiles, a los portavoces quedándose sin inspiración como la Guardia Nacional se queda sin soldados y sin planes. Esa es la realidad.

Se calla, casi sin aliento. Observa a Roques con expresión grave, sin ironía. Menea la cabeza, decepcionado.

—Francamente, habría preferido que esta farsa funcionara. Aunque solo fuese para imponer un castigo a los canallas de los burgueses, para que se les bajaran los humos de una vez por todas a esos privilegiados. Porque también ellos, esos sabelotodo que se encorbatan los domingos para ir con su señora a misa y durante la semana se desabrochan la bragueta en el burdel, tienen taras que la buena educación pretende hacer presentables. Me he cruzado con algunos en alcobas bien protegidas. Tipos a los que solo les gustaban las niñas, no más de diez años, o los niños... Les metíamos el miedo en el cuerpo, les decíamos que se lo contaríamos todo a sus esposas, los amenazábamos con los peores rayos justicieros, pero siempre había alguien para absolver sus pecados veniales, con frecuencia un cura o incluso un obispo, quienes a veces están en situación de saber de lo que hablan. Eso cuando no era un comisario el que nos ordenaba mirar para otro lado o bien, obedeciendo órdenes superiores, guardaba él mismo el expediente bajo llave para utilizarlo con otros fines...

—No lo entiendo... ¿Por qué se ha quedado? ¿Por qué ha llegado hasta aquí arriesgando su vida?

—Para ver. Simplemente para ver adónde iba esta insurrección. Me ha gustado ver cómo todo daba un vuelco en cuestión de días. Las chisteras, los cuellos postizos, los chalecos de seda y los zapatos de hebilla huyendo como un rebaño de cabras cuando un perro ladra al otro lado de la cerca. París sin agentes del orden, a merced del pueblo..., estaba seguro de que esto desembocaría en altercados generalizados, en una masacre, y resultó que no, que las calles se volvían más ruidosas pero seguras, se cantaba en ellas, se bebía en abundancia... Me gustaba. Lo miraba como un espectáculo. Pero cuando en Versalles empezaron a reaccionar supe que esto acabaría mal, y también quise ver de qué manera... No pensaba que las cosas fueran a ir tan deprisa. Sabía que esta especie de república era de cartón piedra, pero no me había dado cuenta de que no era más que un castillo de naipes... Es lo mismo en el caso del ciudadano Clovis. Quería ver hasta dónde sería capaz de llegar para subir de nuevo a la superficie, como usted dice. Observo. Intento comprender cómo funcionan estos individuos.

—No sé por qué sigo aquí escuchándole.

Loubet sonrío sin malicia.

—Porque no puede hacer otra cosa.

Roques confía en que Clovis vuelva pronto, ya no soporta la tranquilidad despiadada con la que

Loubet hurga en la herida. Él también observa la calle mientras hablan. Ha apoyado el fusil en la pared y tiene las manos en los bolsillos.

—Cuando no se cree en nada, es fácil burlarse.

—Yo no me burlo. Respeto a las personas como usted, y a todos esos que han pensado que un mundo nuevo se abriría por fin ante ellos y al final van a morir en las barricadas sin ninguna esperanza de vencer. No me burlo, no... Me limito a constatar la realidad. Pero es cierto que no consigo creer que algún día podamos cambiar el curso de las cosas. Vencer la injusticia, erradicar la miseria, establecer la igualdad entre todos... Habría que cambiar primero a los hombres para que renunciaran a dominar, a abusar de los demás, a hacer sufrir... Y eso... no creo que sea posible.

—Pero es la sociedad la que empuja a todo eso. Cuando se obliga a los hombres a sobrevivir matándose a trabajar, no se puede esperar de ellos que se eleven por sí mismos por encima de la condición que les viene dada. A fuerza de doblar el espinazo, de meter la nariz en el pesebre, se adquieren hábitos, y a uno acaba por salirle joroba. O bien decide ponerse en pie. Como en la toma de la Bastilla, la revolución de 1848, o ahora el 18 de marzo... Es algo imprevisto. ¿Por qué justo en esos momentos y no antes o después? La Comuna es una idea. Es precisamente a través de esa idea como es posible elevarse. Soñar con algo más grande... Y luchar hasta la muerte por ello.

Loubet asiente.

—No está mal... Puede que los dos tengamos razón, en cierto modo. Mire..., ahí viene. Anótese un tanto.

Clovis llega a su altura medio jadeante. Los mira con ojos de asombro y la frente cubierta de sudor.

—Es una verdadera casa de locos. Hay unos cincuenta hombres y no sé bien qué es lo que hacen...

Roques lo agarra por el cuello de la guerrera.

—¿Y la chica?

—La están buscando. Anoche se escapó por los tejados. Dos tipos me han dicho que a ellos les importaba un bledo, de todas formas le pertenecía al capitán.

Roques se recuesta pesadamente en la pared. De buena gana seguiría resbalando hasta el suelo, tiene la sensación de que las piernas ya no quieren sostenerlo. Es como si todo el cansancio de esos días le cayera encima de golpe, como un saco de arena.

—¿Cómo ha podido escapar? —se pregunta en voz baja—. ¡Debía de estar agotada!

—Ha sido por culpa de ese capitán, seguro —dice Clovis—. Probablemente se la había reservado para satisfacer sus vicios... Hay gente así, más de la que creemos. Pujols estaba conchabado con un fotógrafo que practicaba ese tipo de cosas. Vaya usted a saber qué le habrá

hecho para que la pobre muchacha haya decidido arriesgarse tanto.

Al ver a Roques encogido contra la pared, con la cabeza entre las manos, se inclina y le da unas suaves palmadas en la espalda.

—Vamos. No se sienta decepcionado... Por lo menos está viva. Habría preferido que la liberáramos nosotros, claro. Me habría gustado abrir yo mismo la puerta y darle el primer vaso de agua fresca y el primer trozo de pan. Ya conoce usted las razones.

—¿Y cree que eso habría bastado para borrar su crimen? ¿Un vaso de agua y un pedazo de pan?

Roques levanta la cabeza, sacado bruscamente de sus pensamientos sombríos y de los reproches implacables que se hace a sí mismo.

Loubet sostiene un revólver a cincuenta centímetros del rostro de Clovis, el dedo en el gatillo. Su semblante no expresa más que fatiga, o indiferencia. Roques piensa que podría disparar en cualquier momento, sin el menor escrúpulo.

—Suelte el fusil y levante las manos —ordena Loubet.

Clovis no se mueve. Observa al policía con curiosidad, y luego, suspirando, deja el fusil en el suelo.

—Debería haberlo imaginado —dice.

—No has liberado a esa chica, no has sido de ninguna utilidad en este caso. Tu función de ayudante de la policía acaba hoy, en este momento. Eres mi prisionero y voy a entregarte a la justicia, a punto de ser restablecida en toda su plenitud y con todo su poder.

Roques se ha incorporado. Da un paso adelante, pero Loubet lo apunta con un segundo revólver que saca de uno de los bolsillos.

—¡Está usted loco! —le grita Roques.

—En absoluto... Seré todo lo que usted quiera, pero loco no. ¿O acaso está loco quien no ve el mundo como usted?

Roques no logra reconocer ese rostro impasible, esa voz neutra, ese tono casi sentencioso. Tiene frente a él, armado, a un animal de sangre fría, una serpiente a la que ha acogido en su regazo, como en el cuento, y que ahora los amenaza con su veneno. En el cuento, el campesino mata al reptil a hachazos antes de que se vuelva demasiado peligroso.

De modo que se abalanza sobre Loubet con la culata del fusil en alto, pero este lo esquiva y le propina un terrible golpe en la sien que le hace tambalearse y lo estrella contra la pared. A través de las lágrimas, en medio de un tumulto sordo de arterias latiendo y zumbidos dolorosos, vislumbra a Loubet y le oye decir que no lo mata porque no serviría de nada.

—Muerto o vivo, usted no es nadie, así que ¿para qué?

Cuando Roques abre de nuevo los ojos, durante unos segundos se pregunta dónde está. Luego,

confuso, reconoce el lugar donde se encontraban; le sorprende no ver a nadie, apenas recuerda qué demonios ha podido pasar, pero el dolor fulgurante que le taladra el cráneo le devuelve rápidamente la memoria, dejándolo paralizado.

El bombardeo satura el cielo. Debajo de él, de todo su cuerpo, percibe los intensos temblores del suelo. Le gustaría llorar por ese desastre, por su propio fracaso, pero en el fondo de su garganta hay un nudo ardiente como una sed, y en su interior el corazón continúa latiendo, increíblemente deprisa, lleno de tristeza y de rabia.

Así que se pone en pie y camina por la calle en la que ruge su derrota, vacilante, ebrio de cansancio.

Volvió con vino y flores. Cinco o seis rosas cuyos tallos había envuelto en papel de periódico y un vino tinto del Loira. Llevaba también dos copas. Copas altas de cristal fino, ligeras y delicadas, decoradas con motivos dorados. Y queso. Volvió con todo aquello, pero no iba solo.

Lo acompañaba un hombre vestido de civil, elegante, con una corbata de seda azul noche en el cuello, una cadena de oro colgando discretamente de su chaleco bordado en malva y púrpura. Primero se quedó inmóvil en medio del cuarto, jadeando un poco mientras se recuperaba de la subida. Miró a su alrededor con aire intrigado, sin prestar la menor atención a Caroline, que se había sentado en la cama al oír el ruido de la llave en la cerradura; luego suspiró y dejó en el suelo el cesto que llevaba en la mano, sacó de él una caja de caramelos y un paquete de galletas y los puso encima de una mesita.

El capitán arrojó las flores sobre la cama, soltó también lo que llevaba y lo dispuso todo sobre la mesa con esmero de mayordomo. Colgó el quepis en el picaporte de la ventana y se volvió hacia su compañero.

—Bueno, ¿qué te parece?

El otro miraba a Caroline, la observaba de arriba abajo con un pliegue de desprecio en la boca. La joven sentía aquella mirada como unas manos húmedas que la estuvieran palpando.

—Habrás que ver.

Caroline empezó a tiritar. Tenía frío. Una explosión más terrible que las demás le hizo dar un respingo. Se le saltaron las lágrimas y se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—Quítate la ropa —ordenó el capitán.

Obedecer. Ganar tiempo. Se levantó, se desabrochó la camisa y la dejó caer a sus pies. Un intenso estremecimiento la recorrió. El corazón le latía en el vientre, al fondo de la garganta. Caroline no era más que ese latido. Se preguntó si se distinguirían sus venas golpeando bajo la piel. Pensó en cubrirse el sexo con las manos, pero renunció a hacerlo y dejó caer los brazos contra sus caderas. Su mirada iba de uno a otro, confiaba en que sus ojos no delataran el pánico, en que sus lágrimas tardaran en correr por sus mejillas. No quería mostrarse como la víctima humillada y vencida que excitaría sus deseos de destrucción.

El hombre se acercó. Caroline se dio cuenta de que se parecía mucho al oficial. Hermanos, no cabía duda. Dio una vuelta a su alrededor, rozó con la yema de los dedos la base de su espalda y volvió a plantarse delante de ella, la cara a unos centímetros de la suya. Los ojos verdes del

hombre no pestañeaban. Caroline se esforzaba en escrutar sus matices dorados para no apartar los suyos. Esos ojos eran de una belleza terrible.

El individuo introdujo una mano entre sus muslos, deslizó los dedos dentro de ella, ágil, sin brusquedad, luego los olió y se los chupó.

Caroline cerró los ojos. Intentaba pensar en algo, en alguien, pero nada ni nadie emergía del agua negra estancada en su mente. Notaba que sus piernas se quedaban poco a poco sin fuerzas para sostenerla, y contrajo los músculos esperando desplomarse.

—La han lavado hace un rato —dijo el capitán.

El hombre se volvió. Se quitó el chaleco y lo dejó en una silla.

—Tengo sed. ¿Y esa botella?

El capitán retiró el tapón con los dientes y lo escupió al suelo. Llenó dos copas.

—¿Y ella? Esto es una fiesta, ¿no?

Caroline dijo «No, gracias» y se sentó. No se atrevió a recoger la camisa del suelo.

El cuchillo. La idea la sacudió como un puñetazo. Lo había escondido poco antes debajo del colchón, cerca de la cabecera de la cama. Demasiado lejos. ¿Y para hacer qué? Se dijo que habría que atacar al capitán primero, dejarlo fuera de combate, porque iba armado. El oficial seguía junto a la ventana, a tres metros de ella. No tendría fuerzas, ni tiempo. ¿Y el otro?

El hombre se acercó con una copa llena en la mano y se la tendió.

—Bebe. Brinda con nosotros o nos sentiremos ofendidos. Me llamo Martin. Y él es mi hermano, Édouard.

Caroline bebió un sorbo de vino y le gustó. De buena gana comería también unas galletas del paquete que estaba encima de la mesa. Le sorprendió sentir esos deseos, como si una parte de ella, guiada por necesidades elementales, el hambre, la sed, actuara sin tener en cuenta el miedo que la atenazaba. Como los hombres no decían nada, no se movían del sitio, limitándose a aspirar el contenido de sus respectivas copas y a beber lentamente, los miró con más detenimiento. Los dos llevaban la misma barba cuidada, el mismo pelo corto, casi al rape, y eran más o menos igual de altos. Realmente se parecían mucho, y si no hubiera sido por la diferencia de color de los ojos —los del militar, Édouard, eran castaños—, se les habría podido tomar por gemelos. Intercambiaban miradas de satisfacción y complicidad y parecían no tener necesidad de hablar mucho para entenderse.

Martin se desanudó la corbata y la dejó colgando sobre el pecho como un fular antes de servirse otra copa. De repente, le preguntó a Caroline si sabía bailar. Ella respondió que sí, no se le ocurría otra cosa que decir, sin duda no había nada que decir ni hacer, y entonces los dos hombres se apoyaron en la pared, uno a cada lado de la ventana, y Édouard le dijo:

—Entonces, baila.

Ella los miró para descubrir quizá en sus caras el desmentido de lo que se le acababa de

ordenar, un indicio que le permitiera comprender que se trataba de una broma, pero los dos hermanos no apartaban los ojos de ella, sus gestos suspendidos en espera de lo que iba a hacer. Ella volvía a tener frío, no se atrevía a moverse ni apenas a respirar, como si el menor movimiento de su cuerpo fuera a envolverla en un soplo glacial.

—Para bailar hay que ponerse de pie —dijo Martin—, no quedarse con el culo pegado al asiento.

Como la joven no se movía, él se acercó, le tendió una mano y la atrajo hacia sí. Empezó a esbozar imprecisos pasos de baile entre el vals y la polca, pegando la pelvis a la de Caroline, y Caroline notaba cómo se endurecía el sexo del hombre al frotarse contra ella mientras él, agarrándola del pelo, le hundía el rostro contra su pecho y gruñía sordamente, con los dedos metidos entre sus nalgas.

Perdida contra aquel pecho, Caroline lloraba, y él alentaba sus sollozos, tomándolos sin duda por gemidos de placer. La joven se asfixiaba, se atragantaba, hasta que acabó por soltarse para toser y escupir en el suelo. El hombre la abofeteó y la empujó para tumbarla en la cama. Su hermano se había acercado desabotonándose la guerrera y soltando los tirantes. Ella veía a contraluz sus rostros inclinados sobre ella, semejantes entre sí, tranquilos, decididos, y los dos cuerpos invadían todo su campo de visión y absorbían la claridad de la ventana. Eran como dos sombras que se abatían sobre ella y traían consigo la noche.

Unos golpes en la puerta hicieron que se abatiera sobre la habitación un silencio absoluto, denso como un bloque de granito. Los hombres contuvieron el aliento, y el propio fragor del combate pareció súbitamente sofocado por esa espesura inmóvil en la que los dos hermanos permanecieron paralizados durante unos segundos.

Édouard, el capitán, recompuso su atuendo a toda prisa y corrió hacia la puerta, pero volvió hasta la ventana para recuperar el quepis. Cuando abrió, un soldado lo saludó brevemente y anunció, jadeando, que el coronel quería verlo con la mayor urgencia. El oficial titubeó, esbozó el gesto de volverse hacia su hermano y salió cerrando la puerta tras de sí.

Caroline aprovechó para recoger la camisa e intentar dar con el cuchillo bajo el colchón. El hombre fue a cerrar con llave, se sirvió una copa de vino y se la bebió a pequeños sorbos mirando por la ventana.

—Esto está que arde —dijo—. Pero prefiero ver esta ciudad en llamas antes que en manos del populacho. Es un fuego purificador. Elimina los parásitos. Todo esto promete. El ejército está aplastándolos bajo los escombros. Más adelante habrá que bendecir esas ruinas para exterminar los miasmas y las entidades demoníacas que seguirán merodeando por las calles. Dios, que combate el mal desde la noche de los tiempos, sabe que nosotros combatimos a su lado. Sodoma y Gomorra fueron destruidas, y París, recorrida por posesos, entregada a la orgía y la embriaguez, puede muy bien serlo también, en caso de que sea necesario.

Caroline escuchaba aquella voz monocorde, baja pero resonante, en medio del sopor que la invadía y del que intentaba deshacerse moviendo las piernas o pellizcándose las mejillas. Cuando lo vio volverse hacia ella y desabrocharse el cinturón, pensó que jamás tendría fuerzas para rechazarlo. El cuchillo, pese a estar tan cerca de ella bajo el colchón, le parecía inaccesible.

El primer cinturón restalló en sus muslos, el segundo le cruzó el vientre. Caroline se hizo un ovillo, protegiéndose la cabeza y el rostro con la almohada. El hombre jadeaba sobre ella, azotando sin parar. La espalda, las piernas y los brazos le ardían de dolor. Contenía los gritos para no excitarlo más, pero cuando la hebilla del cinturón le golpeó las costillas no pudo evitar gemir y suplicarle que parara, y fue en aquel momento cuando se abalanzó sobre ella con todo su peso, esforzándose en romper la masa compacta en que ella se había convertido, acorazada bajo sus brazos y sus piernas. Sentía los labios húmedos de aquel individuo en la piel, su lengua lamiéndole la espalda, la nuca, y de pronto tuvo miedo, porque le pareció que un animal reptaba encima de ella. Cuando la mordió, cuando Caroline notó que unos dientes se clavaban en su hombro y le arrancaban la carne, se destensó de golpe, como un gran resorte vivo, y le hizo perder el equilibrio, lo que le obligó a rodar hacia un lado.

Aquel animal tenía la boca entreabierta y manchada de sangre. Y unos ojos inexpresivos que la penetraban sin inmutarse. La joven supo que se disponía a atacarla de nuevo y que no tenía prisa, que disfrutaba de aquel instante.

Dejó caer un brazo fuera de la cama, palpó hasta encontrar el cuchillo, asió el mango con fuerza y se lo clavó en la garganta. El hombre cayó al suelo entre la cama y la pared, se puso en pie, extrajo el cuchillo de su cuello y lo arrojó lejos; enseguida apretó con las manos la herida, que chorreaba sangre, dio unos pasos hacia la ventana con la boca abierta, como si de repente necesitara aire fresco, y cayó de rodillas antes de desplomarse sobre un costado. Caroline se enderezó y vio cómo sus hombros se estremecían tres o cuatro veces y finalmente quedaban inmóviles. La joven se asustó cuando las piernas del hombre se distendieron bruscamente, temiendo que se levantara de nuevo y echara a andar hacia ella con la garganta abierta y la boca llena de sangre, como un vampiro, para devorarla viva, pero no hubo más movimientos, y ella permaneció un rato sin atreverse a ponerse en pie delante de aquel muerto que le daba la espalda.

Unas órdenes impartidas a gritos en el patio del inmueble la sacaron de su estupor, y se levantó, se puso la camisa y se la abrochó hasta el cuello antes de acercarse a la mesa donde los dos hermanos habían dejado las vituallas. Abrió el paquete de galletas, se metió en la boca dos a la vez y las masticó mirando a través de la ventana, con lágrimas en los ojos, el cielo ensombrecido por estelas de humo negro. Se comió otras dos y bebió directamente de la botella lo que quedaba de vino. Después saboreó dos trozos de un caramelo blando que se pegaba a los dientes y le recordó los días de fiesta en su pueblo, cuando era pequeña y su madre le compraba uno al vendedor ambulante.

Caroline pasó por encima del cuerpo procurando no pisar la sangre que se extendía a su alrededor como una capelina de color púrpura. El hombre tenía los ojos muy abiertos, como asombrados. Quizá había querido creer hasta el final que la luz lo mantendría vivo mientras cesaba la hemorragia. Abrió la ventana, se inclinó y se aferró al alféizar: un vértigo brutal quería empujarla al vacío. El esfuerzo reavivó el dolor en su hombro, allí donde el caníbal la había mordido. El sol ya estaba bajo, unos pocos rayos acariciaban los tejados, dorados entre las chimeneas. No veía a nadie. Se oía a hombres hablar fuerte, pero eran palabras ininteligibles, amortiguadas, proferidas violentamente, como en una disputa.

Un canalón corría por debajo del tejado abuhardillado. A unos tres metros de ella había una escalera corta de techador. Caroline miró de nuevo hacia abajo. Ya no sentía vértigo. Volvió al interior del cuarto y empezó a desabrocharle los pantalones al muerto. Consiguió sin demasiada dificultad que se deslizaran bajo el cadáver hasta retirarlos del todo. Luego se los puso, introduciendo una pierna tras otra en las perneras, aliviada al comprobar que él no se había orinado encima en el momento de morir. Le quedaban muy grandes, por supuesto, así que buscó el cinturón con que el hombre la había azotado. Estaba al pie de la cama. Se lo ajustó, apretó fuerte, y después dobló los bajos de los pantalones para no pisarlos. Se colocó también la chaqueta. Estaba forrada de seda y aquella suavidad le sorprendió. Los faldones le caían pesadamente en los muslos. Le habría gustado verse de aquella guisa en un espejo. Como iba descalza, cogió los calcetines del que en vida se llamaba Martin y al que se alegraba de haber matado. Verlo muerto, saber que había tenido la fuerza y la sangre fría suficientes para clavarle aquel cuchillo en la garganta a fin de salvar su propia vida le devolvía la confianza en sí misma y la hacía sentirse llena de valor.

En cuanto estuvo lista atravesó el ventanuco, las piernas le empezaron a temblar en el mismo instante en que sus pies se apoyaron en el canalón, que parecía ceder bajo su peso. Se pegó a la pendiente del tejado, sobre el zinc todavía ardiente del sol del día, y avanzó deslizándose, centímetro a centímetro. Le habría gustado mirar hacia abajo para asegurarse de que ningún soldado estaba apuntándola con su fusil. Se le cortaba el aliento ante la idea de que una bala la alcanzase en la espalda como un martillazo y la arrojara cuatro plantas más abajo, retorciéndose de dolor antes de estrellarse contra el suelo. Se aseguró de estar bien apoyada en el primer barrote de la escalera y subió lentamente los otros cuatro, de repente sin fuerza en los brazos, aterrorizada por la idea de que todo fuera a soltarse y caer.

Cuando llegó al tejado, se quedó un momento tumbada boca abajo para recobrar el aliento y calmar los latidos acelerados de su corazón. Se incorporó. y a su alrededor, hasta donde le alcanzaba la vista, el caos negruzco de las azoteas de París se extendía, hostil, lleno de abismos y de infiernos ocultos, y tuvo la impresión de ser un náufrago en medio de un océano de piedra y hierro sobrevolado por penachos oscuros que los incendios teñían de rojo. Era, quizá, un mundo

que se hundía, devorándose a sí mismo, para convertirse en una nada calcinada. Retazos de ideas acudían a su mente, visiones, sensaciones más bien, pero no conseguía averiguar lo que debía hacer. Solo la dominaba el instinto, como un animal en fuga que debe improvisar a cada momento para seguir viviendo un poco más.

Anduvo un rato mientras caía la noche, con las piernas trémulas, sobre los caballetes de los tejados. Las chapas de zinc chirriaban bajo sus pies, a veces cedían, y le parecía que escondían trampas, agujeros, brechas que la engullirían. Encontró una trampilla entreabierta que daba a un desván. Forzó el pasador con muescas que la bloqueaba, se colgó del montante y se dejó caer en la penumbra interior.

El polvo que levantó la dejó sin aire, y tosiendo, se debatió para deshacerse de las telarañas que se le echaban encima. Se sacudió de la cabeza a los pies, asqueada al contacto de esos hilos viscosos que se adhería a sus dedos y su cara. Mientras terminaba de desempolvar las vestiduras masculinas, se volvió y advirtió que una sombra se agrandaba al fondo del desván: dio un grito al ver a un hombre de pie contra la pared, con un ancho sombrero de campesino en la cabeza, mirándola. Buscó en sus bolsillos el cuchillo sin encontrarlo, y recordó aterrada al hermano del capitán extrayéndolo de su cuello, así que apretó los puños, le plantó cara al hombre mientras buscaba una puerta y se aproximó a la figura que se erguía detrás de un baúl: le dieron ganas de abofetearse cuando se percató de que se trataba de un maniquí de facciones lisas y ojos vacíos, blancos, tan espantoso como un muerto. Caroline se frotó los ojos, enturbiados por las lágrimas sucias de polvo, y miró con atención.

El maniquí llevaba puesto un chaquetón marinero, unos pantalones de pana con remiendos en las rodillas, zuecos y, en la cabeza, un amplio sombrero de lona gris. No habría sabido decir si aquel rostro representaba el de una mujer o el de un hombre. En la densa penumbra, aquellos ojos en blanco y aquella inmovilidad le producían una gran inquietud.

Se volvió y miró a su alrededor el batiburrillo habitual en ese tipo de sitios: un armario, tres baúles de madera con herrajes oxidados, sillas, un perchero del que colgaba un sable. Le recordaba aquel castillo deshabitado durante tantos años, en las afueras del pueblo, en el que Milou, su hermano mayor, había encontrado la manera de entrar. La mayoría de las inmensas habitaciones, heladas, húmedas y decrépitas, estaban vacías, pero el desván resultó ser una caja de sorpresas y maravillas. Forzaron puertas, rompieron cerraduras, abrieron baúles que chirriaban y despedían perfumes densos mezclados con olores que a veces los echaban para atrás, como una bofetada, y los dejaban vagamente mareados junto a su caja de Pandora, pero impacientes, dudando sobre lo que debían hacer antes de abalanzarse sobre aquellos tesoros polvorientos y descoloridos.

La puerta chirrió sobre sus goznes y se abrió frente a una escalera de madera que descendía hacia un rellano bañado por una claridad azulada. Caroline permaneció a la escucha, pero no oyó

ningún ruido. Comenzó a bajar, deteniéndose a cada tramo, atenta al silencio por si descubría la respiración de alguien al acecho, un crujido que delatará un ataque inminente. Luego empujó la puerta de una vivienda sumergida en tinieblas, e inmediatamente se sintió tranquilizada por aquella noche sin fisuras. Había salido de una tumba que creía sellada y sin fondo. No había noche más absoluta, y había regresado de ella como de entre los muertos. Se sentía fuerte. Quizá invulnerable. Anduvo entre los muebles, apegada a la vaga claridad que se filtraba a través de las persianas. Debajo de las sábanas extendidas, adivinaba la forma de sillones y divanes, y de vez en cuando un espejo le enviaba pálidos destellos, como si unos ojos de animal la siguieran por un bosque oscuro. Exploró todas las estancias hasta que encontró un gran cuchillo de cocina.

Se dejó caer en una cama e intentó dormir, con el cuchillo bajo la almohada y una mano encima.

Unos gritos en la calle la despiertan. Se incorpora sobresaltada, empuñando el cuchillo. Se acerca a una ventana y la entreabre. Suenan pasos. Carreras. Dos hombres hablan en voz baja, sin aliento. «No importa —dice uno de ellos—. No iré muy lejos.» Los pasos se alejan. Caroline echa un vistazo por las ranuras de la contraventana. El cielo negro refleja destellos rojizos. Nota deslizarse sobre su rostro un poco de aire fresco. Debe salir de allí antes de que se haga de día.

Cruza el patio del edificio corriendo. En calcetines, no hace el menor ruido. La puerta cochera gruñe un poco y deja paso a la calle vacía. Por encima de los tejados, a su derecha, un resplandor de fragua. La Rue de Rennes está ardiendo. Le da la espalda a la hoguera y se pone en marcha. Desemboca en la Rue de Sèvres, frente al hospital de los Incurables. Las aceras están llenas de soldados dormidos. Unos furgones obstaculizan el paso en la calzada, los caballos dormitan con el hocico metido en su cubo de avena. En cada plaza arde una fogata alrededor de la cual están sentados hombres inmóviles, sus siluetas como rocas que hubieran llegado rodando hasta allí. La joven se detiene, acechando el más mínimo movimiento en la oscuridad. No ve a ningún centinela, de modo que se escurre entre dos furgones, echa otro vistazo y cruza la calle. La entrada del hospital no está vigilada. Se adentra en un inmenso patio donde hay algunos coches en torno a un jardín cuya geometría apenas distingue. Bajo las arcadas del pórtico, oscilan las lamparillas. Vuelve sobre sus pasos y enfila un corredor a su izquierda cuyo embaldosado brilla bajo la débil luz de los faroles. Una ancha escalera asciende frente a ella. Cuando empieza a subir los peldaños, con la cabeza gacha para ver por dónde pisa porque la iluminación es escasa, una voz grave le hace dar un respingo.

—¿Qué hace aquí?

En lo alto de la escalera, una religiosa aguarda, con los brazos en jarras. Menuda, coronada por su inmensa toca de alas plegadas, parece a punto de que un ave de presa se la lleve.

Caroline sube algunos peldaños más, pero la voz áspera la detiene de nuevo:

—¿Qué quiere? Responda, o llamaré a la guardia.

Caroline distingue ahora el rostro huesudo cubierto de arrugas, los ojos hundidos en sus órbitas, sin brillo. Busca algo que decirle a la anciana mientras alcanza el rellano, porque se le ha ocurrido una idea.

—Quiero ver al general Mac Mahon —dice con una risita nerviosa, y luego hace un esfuerzo para reírse a carcajadas—. ¡Sí! ¡Al general Mac Mahon, salvador de París y de la gente honrada!

Ríe a mandíbula batiente, sujetándose la barriga.

—Venga —dice la anciana—. Voy a llevarla con él. Venga, hija mía.

Caroline sube los últimos peldaños desgranando agradecimientos con voz de niña. Cuando se encuentra cara a cara con la monja y puede por fin verla mejor, el corazón deja de latirle durante unos segundos y se le corta la respiración. Lo que ve, a duras penas es una mirada. Es un animal que se mueve, que ha anidado dentro de ese cráneo y asoma por los agujeros de las órbitas, viscoso, sin ningún brillo, absorbiendo la oscuridad y devolviendo la nada. Está hueco, parece vacío, y sin embargo es móvil, líquido por instantes, como un charco envenenado.

—¿El general Mac Mahon está aquí? —pregunta Caroline con una mueca idiota y demente—. Porque tengo que decirle cosas importantes.

Al fondo de la mirada hueca, algo cobra vida. Los labios arrugados se entreabren sobre unas encías desdentadas.

—Claro que está aquí, hija mía. Voy a llevarte con él. Sígueme.

La vieja camina delante de ella, los bajos del hábito rozando el suelo a cada paso, la toca picuda aleteando sobre su cabeza. Una puerta se abre bruscamente y aparece un soldado con la cabeza descubierta y una pipa en la boca. Saluda a la monja y se aleja. Un pasillo, dos puertas que la religiosa cierra con llave detrás de ellas. Ha sacado de entre los pliegues de su hábito un manajo de llaves que tintinea en sus manos.

Caroline se ahoga. Continúa emitiendo risitas de loca para apaciguar la desconfianza de esa criatura, pero le cuesta respirar. Las lamparillas arrojan sobre las paredes aureolas amarillentas. Delante de ella, la frágil silueta se funde con la oscuridad. En el momento en que se materializa de nuevo, rodeada por un tenue halo, Caroline la empuja por la espalda, agarra la cabeza con las dos manos y la estampa un par de veces contra el muro. La vieja se debate débilmente, sus dedos se aferran como ramas muertas y luego aflojan la presión. Caroline la deja caer y empieza a desnudarla.

Un olor acre a sudor y orina antigua se extiende, vaharadas de herrumbre escapan del cuerpo inerte. Caroline se quita la chaqueta y se pone el hábito, y de inmediato la envuelve una pestilencia que enseguida atraviesa la camisa y los pantalones, recordándole el cercado del cabrero cuando iban al mercado y ella se quedaba fascinada ante la mirada vertical de los animales, que parecían observarla con sus ojos amarillos.

Frota el interior de la toca almidonada por miedo a que tenga piojos, se la pone y la sujeta como puede. Le gustaría ver su aspecto con ese horroroso y ridículo atuendo, pero la vieja, medio calva, con unos mechones blancuzcos pegados al cráneo, ha empezado a agitarse entre gemidos, como una momia que volviera a la vida después de siglos enterrada, de modo que la arrastra hacia la estrecha puerta de un armario empotrado y la mete hasta el fondo, entre dos montones de ropa sucia. Coge el manojito de llaves y vuelve a abrir las puertas que ha oído cerrarse a su espalda como en una cárcel. Baja de nuevo al patio; acaban de llegar dos carruajes con heridos en parihuelas. Dos religiosas acuden de inmediato, con farolillos en la mano, y Caroline se acerca también. Son cuatro soldados de infantería que se hallan en muy mal estado, gimen y se retuercen. Uno de ellos se sujeta con las manos el vientre abierto; otro, un oficial, levanta un brazo cuya muñeca no es más que un amasijo de carne y hueso.

—Pobre criatura —murmura una de las monjas.

Los soldados que los acompañan van en camisa, arremangados, cubiertos de sangre. Sin el quepis, se les podría tomar por carniceros desorientados. Llevan las parihuelas hasta una sala donde yace ya, sobre colchones tendidos en el suelo, una treintena de hombres. Caroline reconoce el olor de los cuerpos ensangrentados y sucios mezclado con el de la lejía. El hedor de la guerra.

Limpia las heridas, las venda. En la penumbra, nadie se fija en ella ni se sorprende de ver una cara nueva. Como si su disfraz hubiera absorbido su persona y la fundiera con aquel rumor de lamentos y murmullos. Un médico hace su entrada, desaliñado y gruñón. Examina a los cuatro heridos: condena a dos con un gesto negligente y la pareja de monjas que lo acompaña en su ronda se santigua y hace una seña a los camilleros para indicarles que se los lleven.

Caroline no ve amanecer. De pronto se da cuenta de que se ha reanudado el bombardeo y sale de la sala para respirar, da unos pasos preguntándose cuándo encontrarán a la vieja a la que ha quitado de en medio. Detrás de ella, los camilleros se disponen a marcharse. Les oye decir que va a ser un día terrible, porque a esos bandidos no les faltan agallas, luchan uno contra veinte, rabiosos como perros a los que es preciso aniquilar.

—Cumplid con vuestro deber sin flaquear —dice una religiosa—. Por Dios y la Santa Iglesia.

Caroline se vuelve para ver cómo los soldados montan en los carruajes y salen del hospital. Regresa a la enfermería y descubre junto a una pila un maletín entreabierto. Mete dentro un escarpelo, unas tijeras y unas tiras de gasa limpia. Encuentra también lo necesario para coser, lo guarda todo y cierra el maletín. Sale al corredor y se dirige apresuradamente a la salida.

—Hermana... Hermana, ¿adónde va?

Ella se encoge de hombros. Tiene la impresión de que la toca con alas, mal sujeta, va a resbalar hacia atrás. Nota al fondo de la garganta los latidos de su corazón. Se concentra en caminar de frente, sin vacilar, sin flaquear. En una ocasión vio en una plaza a un funambulista que caminaba sobre una cuerda, en constante peligro de caer y encontrando a cada paso el equilibrio que perdía

sin cesar. Ella avanza sobre su particular cuerda. No tendría más miedo si caminara sobre el filo interminable de una cuchilla. Oye gritos en el piso superior, gente que corre.

—¡Socorro! ¡Deprisa!

—Hermana...

Alguien va tras ella. Grandes pasos. Roce del hábito en el suelo.

Una vez en la calle, Caroline echa a correr. Los soldados recogen los campamentos, preparan sus mochilas, se agolpan alrededor de las cantinas ambulantes. Una compañía dirigida por dos oficiales a caballo se pone ya en marcha. Algunos soldados la llaman para invitarla a un café, porque les parece que tiene demasiada prisa o la encuentran demasiado guapa bajo la toca aleateante. Ella niega con la cabeza, adopta una expresión de disgusto, avanza en zigzag entre los grupos.

—¡Hermana, venga a ver mi herida! ¡Me temo que se está hinchando!

Estallan risas que la acompañan hasta que dobla la esquina en la Rue du Bac, donde unos centinelas custodian los remolques y charlan con mujeres que han bajado de sus casas para ofrecerles café y galletas. Se levantan algunas persianas, unas pocas siluetas se inclinan prudentemente y observan la calle, pero cierran la ventana cuando otras se asoman y disfrutan del espectáculo.

Caroline encuentra en cada encrucijada puestos de vigilancia o barreras donde suele haber gendarmes. Algunos vecinos se acercan a hablar con ellos, les llevan algo de comer, felicitan al ejército por su valor. Cuelgan banderas tricolores en los balcones, reabren tiendas, unos cuantos paseantes deambulan por las aceras. Ella da siempre la misma explicación: la han enviado con las tropas para auxiliar a esos valientes soldados que combaten en el nombre de Dios. Entonces abre el maletín, dice que la urgencia es máxima, que la esperan hombres heridos. Los centinelas la dejan pasar, indiferentes, casi despachándola. Poco falta para que la manden al infierno.

En la esquina de la Rue de Grenelle, entre las ruinas de una barricada donde todavía humean algunas brasas, se aproxima a una aglomeración de gente plantada delante del escaparate acribillado por las balas, ennegrecido por el fuego, de una tienda de vinos. Una veintena de curiosos hacen corro alrededor de cuatro o cinco cadáveres tirados en el suelo. Al acercarse más, la joven ve que son cinco. Federados. Le gustaría distinguir todos los rostros, estar segura, pero solo dos son visibles desde donde está. Nicolas. No sabe desde cuándo no piensa en él. Ojalá la imagen de su rostro cobrara forma en su mente, pero solo es capaz de atisbar una sonrisa, una silueta de espaldas, alejándose. Lo interpreta como un mal presagio, y unas súbitas ganas de llorar le oprimen el pecho.

Un hombre levanta con la punta del pie un brazo apoyado sobre un torso, y la extremidad cae al suelo.

—No se asuste, hermana, está tan muerto como su propietario. ¡Esa mano sucia ya no ofenderá

ninguna virtud!

Rien. Un hombre con chistera y anteojos, y un aire de académico o profesor de la Sorbona, señala con la punta metálica de su bastón un cráneo abierto del que se ha salido el cerebro.

—Este no tenía nada en la cabeza... No me extraña que se abandonara a la bestialidad —dice.

Murmullos de aprobación. Se escapan algunas risitas mientras se contempla la horrenda herida. El tipo está inspirado. Caroline se cuela para llegar hasta los cuerpos. El hombre de la chistera se vuelve hacia ella y se descubre.

—Demasiado tarde para la extremaunción, hermana, aunque no veo la necesidad de encomendar a Dios las almas de estos descreídos.

—Ah, pero ¿usted cree que tienen alma? —dice otro, con corbata de color azul real, empujando con un pie el cuerpo de un hombre muy joven—. ¿O se refiere a eso que gotea como un queso demasiado fresco?

Los dos presuntuosos se saludan como espadachines después de un asalto y se estrechan la mano riendo.

—¡Qué bien sienta ver que la vida vuelve después de estas semanas de terror! —comenta el de la corbata azul.

—¡No me hable! —exclama una mujer elegante—. ¡Todos esos vagabundos de mirada perversa con el quepis sobre los ojos! ¡Yo ni me atrevía a salir!

Caroline se aleja. Dos atalajes de artillería la adelantan. Los soldados subidos a las cajas, desaliñados, zarandeados por los baches, le dirigen miradas lúgubres. Resuena el golpeteo esporádico de algún tiroteo. Delante de ella, hacia el Sena, el humo de un incendio no deja ver nada. Lo que arde es la Rue de Lille. Por encima de los tejados, el cielo, cubierto de nubes negras, ha desaparecido. Un pequeño claro le permite distinguir una columna de soldados de infantería, un centenar quizá, que esperan con el arma al hombro. A la cabeza, tres oficiales a caballo hablan haciendo aspavientos mientras observan el incendio. Retumban dos explosiones. Gritos de alegría se elevan de la tropa. Rugido de un edificio que se derrumba.

Una barrera obliga a Caroline a retroceder hacia la Rue de Verneuil. Dos columnas de soldados avanzan por las aceras. Las ruinas de un edificio los fuerzan a escalar el descomunal desprendimiento. Ella los sigue entre montones de muebles rotos y cuadros rasgados que cuelgan aún de lienzos de pared. El retrato de una mujer hermosa con un ramo de tulípanes en la mano. Un reloj de péndulo colgando en el vacío de su resorte. Fragmentos de vajilla que Caroline pisa. Una estufa de hierro de pie, completamente recta, sobre una cómoda. Baja la montaña de escombros ayudada por un soldado que le tiende la mano santiguándose. Cuando pasa por delante de una zapatería con la fachada hecha añicos, la llaman. Un cabo la retiene asiéndola de un brazo.

—Llega en el momento justo. La necesitamos.

Una decena de hombres están tendidos en el suelo. Dos soldados en mangas de camisa van de

un lado para otro, inclinándose sobre uno, tranquilizando a otro en voz baja. Han vendado sus heridas con jirones de camisa y tiras de trapos sucios. Uno de ellos respira a través de la tela ensangrentada que le cubre el rostro. Cuando ella la levanta, lo primero que ve son sus dientes, y su lengua agitándose en la boca. No comprende lo que ve. Tiene media cara arrancada. El ojo reventado parece gelatina sanguinolenta. El hombre le coge la mano.

—¿Qué le parece? —la voz que suena a su espalda la sobresalta. El cabo se ha agachado junto a ella y suspira—. Ya ve de lo que son capaces esos bárbaros.

Caroline recupera el aliento para responder. A los bárbaros se los ha encontrado ella hace diez minutos en una esquina, jugando con muertos. Los ha visto alrededor de los cadáveres como cuervos sobre la carroña. Riendo. Graznando.

—Haría falta un cirujano —dice—. Yo no puedo coser lo que ya no existe.

Se levanta, mira a su alrededor el hospital de campaña improvisado en ese taller de zapatero, entre zapatos desperdigados, bobinas de hilo y retales de cuero. El cabo la lleva a ver a un teniente con el muslo abierto hasta el hueso por un fragmento de obús. El oficial, gesticulante, muy pálido, le da las gracias por estar allí. Ella limpia la herida con un poco de lavandina, explica que habría que coser, y entonces el hombre se hace el valiente, se apoya contra la pared, cierra los ojos y aprieta los dientes.

Caroline intenta recordar las lecciones del doctor Fontaine, que siempre le decía que para una costurera era una forma de seguir en el oficio. Ya ha hecho aquello una decena de veces, pero no es capaz de considerar la carne humana una tela cualquiera.

A la primera puntada, el hombre empieza a quejarse. El cabo le da un trapo para que lo muerda.

—Piense en esos cabrones, mi teniente. En todos los que hemos tachado de las listas. Dentro de tres días podrá atravesar de nuevo a esos hijos de puta.

Caroline hace una pausa para secarse la frente con la manga. No sabe cómo resiste las ganas de clavar profundamente la aguja en esa carne versallesa y arrancarle a ese verdugo un alarido animal. Termina la sutura y se pone en pie. El teniente vuelve a darle las gracias, con el rostro chorreando de sudor, y cuando el cabo se ha ido le pregunta:

—¿Es su orden religiosa la que le recomienda llevar pantalones? —Acerca la mano a la funda del revólver, pero enseguida la deja caer—. Qué más da... El cabo no se da cuenta de que dentro de tres días, cuatro como máximo, todo habrá acabado. Habremos vencido a esos exaltados... A lo mejor tengo la suerte de poder participar en la limpieza final de toda esa gentuza, calle por calle, casa por casa. Supongo que usted es uno de ellos.

Caroline besa la cruz de madera que cuelga sobre su pecho y esboza una reverencia antes de ir junto a los otros heridos. Durante una hora tal vez, venda heridas, dedica palabras tranquilizadoras a los que están peor y pide a Dios que tenga a bien acogerlos en su paraíso. Teme que en cualquier momento el teniente ordene que la detengan y no se atreve a volverse hacia él.

Cuando sale, le oye decir:

—¡Que tenga un buen día, hermana! ¡Salude a sus *sans-culottes*!

Ella se aleja tan rápido como puede. La calle está abarrotada de soldados, de furgones detenidos. Llega al muelle. El viento que corre sobre el Sena arrastra hilachas de humo. Compañías enteras marchan hacia el Barrio Latino. Le parece que el suelo tiembla bajo sus pies a causa de las pisadas de los hombres y el paso rodado de los atalajes. Todas las barricadas que defendían los puentes han sido abatidas. Todavía corren chispas sobre el varal de una carreta, o una llama asoma por las puertas arrancadas de un mueble roto. Hay cuerpos tirados en el suelo, aquí y allá, caídos entre los adoquines, vestigios recientes de las barricadas, con los brazos en cruz y el torso partido.

La entrada del puente del Carrusel no está vigilada, así que Caroline se adentra en él simulando que cojea. En la otra orilla, una veintena de soldados ocupan un refugio todavía en pie, sin duda abandonado por los federados. Un suboficial se acerca, fusil al hombro. Le pregunta adónde va, y Caroline responde que tiene que ir a ver a su madre, gravemente enferma. Le cuenta que ha llegado esa misma noche con las tropas y el coronel Ferrandeu le ha concedido un permiso de unas horas. Se inventa el nombre sobre la marcha, diciéndose que el joven que tiene enfrente no puede conocer a todos los coroneles de la armada versallesa. Él le pide que le enseñe lo que lleva en el maletín, y después ordena a sus hombres que la dejen pasar.

Ella se aparta sintiendo en la espalda el tropel de miradas desconfiadas, o tal vez cansadas o simplemente indiferentes, que se posan sobre esa hermanita de los pobres mientras se aleja cojeando bajo su toca monjil. Una vez en la otra orilla, recorre las Tullerías todavía humeantes, donde de vez en cuando se ve el resplandor del fuego en alguna ventana abierta. Es completamente de día y, sin embargo, una penumbra sobrevuela París como si la noche fuera a abatirse en cualquier instante. Los incendios despiden por todas partes penachos oscuros, nubes densas como la brea. Las calles están vacías. Algunas figuras se agazapan detrás de las barricadas. Caroline levanta los ojos hacia las ventanas, de vez en cuando ve moverse una cortina. Llega sin aliento al Châtelet y se detiene en la plaza vacía.

El fragor de los combates atenaza la ciudad. A su espalda, hacia el Barrio Latino; a su izquierda, hacia La Madeleine. Le gustaría gritar, llorar o expresar a voces su ira y su dolor, pero no se siente con fuerzas para ninguna de esas inútiles convulsiones. El tufo a grasa quemada y orina rancia que se desprende del hábito le produce arcadas, así que empuja una puerta y se lo quita y arroja al suelo esa ropa infecta; de pronto se siente más ligera y más limpia. La cruz de madera ha rebotado en las baldosas del portal, le entran ganas de romperla, pero un toque de corneta que suena muy cerca la atrae al exterior. Ve pasar al pie de la torre Saint-Jacques, a la carrera, medio centenar de hombres y mujeres, civiles armados o guardias nacionales, seguidos de una ametralladora arrastrada por una mula.

Sale tras ellos y los alcanza en la Avenue Victoria. Delante del ayuntamiento, una barricada los detiene. Un hombrecillo negocia mientras diez fusiles le apuntan: explica que la Rue Beaubourg necesita esa pieza, que podría romper, prácticamente ella sola, la ofensiva de los versalleses. Hace aspavientos, exagera y dramatiza, agita los brazos en el aire para después doblarse sobre sí mismo, con los puños cerrados sobre el pecho, casi implorando, y los hombres que están de pie sobre la barricada lo escuchan sin decir palabra, con expresión huraña o dubitativa, asintiendo con la cabeza o encogiéndose de hombros; probablemente han escuchado otras peroratas de esa índole, promesas de mañanas radiantes y de victorias al alcance del fusil, exhortaciones al valor y al sacrificio.

De repente, a sus espaldas estalla una ventana, luego otra, y todos miran cómo el fuego se precipita y danza sobre la elegante fachada y gritan de sorpresa y de rabia; algunos se tapan la cara con las manos, y a juzgar por las sacudidas de sus hombros, es evidente que lloran. Otros se dispersan e incluso abandona el fusil y se deshacen de la cartuchera.

Caroline grita a su vez, y contempla cómo arde la sede del comité central de la Comuna, ve escapar convertida en humo, a través de los tejados de pizarra, esa esperanza vana, salir volando por los ventanales abiertos cientos de hojas de papel donde sin duda están trazados los planos de la ciudad futura, donde están escritas proclamaciones heroicas destinadas a acabar con el viejo mundo y arrancar del calendario las páginas de los días oscuros para darles quizá nombre nuevos como se hizo en el pasado. La joven siente una tristeza amarga que la ahoga, al tiempo que se consumen su juventud y sus deseos, y se reducen a cenizas hasta los placeres que iluminaron sus noches.

El hombrecillo que parlamentaba en la barricada guía a la veintena de mujeres y guardias nacionales que quedan después de que la multitud se haya dispersado. Los federados de guardia los dejan pasar con su ametralladora. Caroline camina detrás del arma, sin apartar los ojos del pesado cañón. Aplastarán aún a algunos de esos bravucones antes de caer ellos mismos. Avanza a buen paso. Una niña da un brinco y le tira del brazo, levanta hacia ella sus grandes ojos azules y sonrientes y le pregunta por qué llora.

Durante toda la noche, los que no dormían vieron arder la ciudad. El cielo les arrojaba a la cara la claridad fúnebre del incendio. Hacia medianoche el bombardeo había cesado en la zona de la Rue de Lille y el muelle de Orsay, y ahora el fuego hacía su trabajo, engullendo cuanto caía entre sus mandíbulas de dientes enrojecidos.

Los que dormían mascullaban palabras, revolviéndose angustiados bajo la manta, y abrían los ojos sin ver nada, confusos en medio de la oscuridad, para volver a sumergirse en la pesadilla que los había despertado.

El amanecer cálido los sorprendió a todos oliendo a sudor y con ganas de enjuagarse la boca para quitarse el mal sabor y escupir los jugos macerados que apestaban a tabaco y a vino. Unas vivanderas llevaron cubos de agua. La gente se abalanzó sobre ellos para conseguir un trago: se empujaban, casi peleaban para llenar el recipiente de hojalata y beber y mojarse la cara. Dieron de beber a los heridos que deambulaban alrededor de aquella marea sin atreverse a acercarse sus muletas; ya con la garganta más húmeda, acabaron por compartir el agua con ellos como camaradas.

Llegaron algunas provisiones debidamente escoltadas. Un panadero de la Rue Laplace coció una hornada, la última. No había más harina. Hubo que proteger los dos carros llenos de pan contra los ataques de algunos furibundos que pretendían tener tanto derecho a él como todos esos bandidos que se emborrachaban en las barricadas.

La corteza caliente cruje entre los dedos de Nicolas. Mastica lentamente, se llena la boca de ese sabor y cierra los ojos sobre las imágenes felices que se agolpan en su mente. Ha montado guardia desde las tres de la madrugada hasta el amanecer y ahora debería tener sueño, pero el cansancio tensa su cuerpo con un temblor de cable a punto de romperse. A su lado, el Rojo saborea también el pan, haciendo una mueca cada vez que siente una punzada de dolor en la pierna. El hospital de campaña del bulevar ha sido evacuado durante la noche. A última hora de la tarde, una mujer había olfateado la herida y vuelto a poner el vendaje.

—Por el momento aguanta —le dijo—. Pero no tengo más vendas limpias. Habría que trasladarte al Boulevard de Sébastopol, allí habrá personas que se ocupen de ti. Nosotros estamos esperando un coche para irnos, aquí ya no somos de ninguna utilidad. Ni en la Rue Saint-Jacques ni en la propia Escuela de Medicina queda nadie. Ven con nosotros, te haremos sitio.

El Rojo declinó la invitación.

—Me las apañaré bien —contestó—. Además, si todos nos vamos, ¿quién defenderá las barricadas?

La enfermera lo miró con expresión sorprendida.

—¿Qué piensas hacer, subirte a la barricada a la pata coja? Si esa pierna empieza a sangrar otra vez, o se infecta, lo único que harás será estorbar. Además, dicho sea entre nosotros, un hombre más o menos no va a cambiar gran cosa. Lo que hace falta son regimientos.

Nicolas quiso intervenir para convencerlo de que se marchara, pero el Rojo se había alejado cojeando, esforzándose por mantenerse erguido, el quepis puesto de través sobre el vendaje apretado alrededor de la cabeza.

Terminan de comerse el pan, vacían una cantimplora de agua haciendo chascar la lengua como si se tratara de un gran vino. Nicolas señala con el dedo la pierna del Rojo.

—¿Te duele mucho? ¿Qué diablos has hecho con la muleta?

Su compañero se sujeta la rodilla y sacude la cabeza.

—Yo qué sé... Estoy bien. Duele porque está cicatrizando.

—Deberías haberte ido anoche con ese furgón que esperaban. A estas horas te habrían hecho una cura.

—Sí, claro. Debería haber huido como todos esos idiotas y cobardes que abandonan su puesto en cuanto las cosas empiezan a ponerse un poco feas. ¿Qué mierda van a hacer detrás de su barricada, guardando su esquina? ¿De qué sirve eso? Es aquí donde hay que esperar a la infantería, antes de que maniobre a su antojo. Y no solo por eso, también para que los camaradas de la retaguardia organicen una verdadera defensa, para que tengan tiempo de recuperarse.

Dos obuses explotan en los Jardines de Luxemburgo. Penacho de humo negro y hojas. Otro cae muy cerca del Senado.

—Vaya, Montmartre nos da los buenos días —dice Nicolas—. ¿Te das cuenta? ¡En vez de tener bajo el fuego a los ejércitos de Versalles, son ellos los que nos bombardean! Habrá que fusilar a los que estaban al mando y no han hecho nada.

—Yo a eso lo llamo traición. Pero viene a ser lo mismo. Hay que llevarlos al paredón.

Nicolas se levanta y le tiende la mano al Rojo, que no la rechaza. Caminan hasta la barricada de la Rue Soufflot. El Rojo cojea bastante. Acaba por apoyarse en el hombro de Nicolas. Encuentran a unos quince federados limpiando fusiles, sentados sobre cajas de cartuchos y en sillas que han sacado de un café. En el centro, sobre una mesa redonda con tablero de mármol, una cafetera.

—¿Está caliente? —pregunta el Rojo echándole mano.

—Sírrete, ciudadano. Han ido a buscar otra. En la iglesia hay una mujer que hace un café bárbaro.

—Sí, bárbaro —dice un viejo barbudo—. ¡Con la que nos está cayendo encima, es lo más apropiado!

Todos ríen, sin levantar la vista de la tarea.

El café está bueno. El Rojo y Nicolas se sientan y se ponen manos a la obra. Despegan residuos de grasa mezclada con el papel quemado que dejan los cartuchos, pasan el escobillón por el interior del cañón, comprueban que la aguja no esté rota. Unos cincuenta fusiles se alinean contra la pared, limpios, preparados para el combate.

El viejo barbudo, que se ha levantado para añadir otro, hace el gesto de contarlos.

—Si esto sigue así, acabaremos teniendo más fusiles que hombres.

Nadie le contesta. Sin duda porque todos saben que tiene razón.

—Anda, por ahí va el Estado Mayor —dice.

Los hombres alzan las cabezas. Algunos se ponen de pie.

Un grupo de oficiales, una decena, rodeados de algunos guardias de escolta, se han detenido en la esquina del bulevar y observan el Panteón haciendo aspavientos. Hablan en voz muy alta, pero no se entiende lo que dicen.

—Es Maxime Lisbonne. —De nuevo es el viejo quien habla—. Haríamos bien en ir a escuchar lo que dice. No es un charlatán. ¡Ah!, y también veo al ciudadano Allemane.

El viejo echa a andar, fusil al hombro. Cojea un poco. Nicolas lo sigue.

—¿Conoce a todos esos oficiales?

—¡No, qué va! Pero esos dos son unos tipos extraordinarios. Si hubieran dirigido la Comuna más hombres como ellos, no estaría hoy agonizando.

—Nosotros estábamos en la Rue Vavin, pero no tuvimos ocasión de ver a Lisbonne.

—Han debido de evacuar esta noche. Y en la Cruz Roja lo mismo. Esto se derrumba por todas partes.

Otros hombres se acercan al conciliábulo de oficiales.

—Es necesario replegarse —dice Lisbonne—. Reunir nuestras tropas en la orilla derecha, donde los puntos de apoyo son sólidos. Nos llevamos todas las municiones y la artillería posibles. Podemos conseguir los ómnibus necesarios para transportarlas. Vale más organizar el repliegue, hacerlo ordenadamente, que batirse en retirada bajo el fuego, de cualquier manera, abandonando armas y municiones. Si nos ponemos a ello ahora, al final de la mañana habremos pasado el Sena. Los hombres están desmoralizados, abandonan sus puestos y no podemos hacer nada para retenerlos.

Allemane menea la cabeza. Mira al suelo moviendo la punta de la bota.

Asegura que alrededor del Panteón se ha construido una plaza fuerte. Barricadas por todas partes que, gracias a su resistencia, darán al comité central tiempo de reunir refuerzos. Menciona la Butte-aux-Cailles, defendida por Wroblewski. Más de mil hombres y piezas que se moverán por ahí al día siguiente.

Lisbonne se encoge de hombros.

—Aquí estamos perdidos, Jean. ¡Están a quinientos metros y son como mínimo diez mil! Arrasarán el Barrio Latino si es preciso, le prenderán fuego a la vieja Sorbona...

Un jinete baja del caballo de un salto y aterriza en medio de ellos. Está sin aliento, saluda vagamente acercando la mano a la visera del quepis.

—El comité central está evacuando el ayuntamiento de la capital. Se retiran al consistorio del distrito XI. Ordenan a todos los batallones que los sigan.

—¿Por qué el distrito XI? ¿El lugar es este!

Lisbonne se acaricia el bigote con el pulgar y el índice.

—Mi decisión está tomada. Esta tarde me pongo en marcha con mis hombres.

Un fuerte zumbido les hace agacharse al unísono. Un obús estalla delante del Panteón. Le sigue otro. La Rue Soufflot, hasta la plaza, está llena de cuerpos tumbados que gatean para esconderse al pie de los inmuebles.

Nicolas se precipita hacia la barricada, seguido del viejo barbudo, que grita que es el final y no lo cogerán vivo. Los guardias han empuñado sus fusiles. Se llenan los bolsillos de cartuchos, y también los morrales.

—Hay que formar parejas. Uno que dispare, el otro que recargue. Coged cuatro, porque se atascarán enseguida.

Nicolas hace lo mismo que ellos. El Rojo ha encontrado una cartuchera tirada por ahí y mete dentro un puñado de municiones.

—¡A la Rue d'Ulm! —grita Allemane.

—¡Id hacia allí! Nosotros resistiremos aquí. Ya están en los Jardines.

Un niño llega corriendo, escuálido, los pies desnudos y ensangrentados.

—¡Una columna viene por la Rue Racine! ¡Y otra por Monsieur-le-Prince!

El Rojo se dirige al Panteón. Arrastra la pierna como si fuese un perro que le ha clavado los dientes en la pantorrilla y no la suelta. Nicolas lo alcanza. Giran en la Rue d'Ulm. Delante de ellos, el ciudadano Allemane, fusil en mano, y cinco o seis hombres. Más allá, al otro lado de la barricada de la Rue de l'Estrapade, una columna de soldados de infantería se despliega. Un centenar tal vez. Las balas silban y sueltan chispas sobre el adoquinado, rechinando. Ellos echan a correr. Cinco hombres defienden la barricada. Enfrente, los soldados avanzan por las aceras, al ras de los edificios. Algunos disparan desde las ventanas. El Rojo responde. Se oye estallar un cristal. Un grito ahogado. El Rojo recarga el arma. Nicolas ve aparecer una mancha de sangre en la tela de los pantalones de su amigo. El Rojo hace una mueca. Sacude la pierna, quizá para que el dolor se desprenda y caiga.

—Esperad —dice alguien.

De pronto, los soldados se echan al suelo boca abajo en medio de la calle y disparan. Un crepitar metálico tañe contra los adoquines apilados. Los proyectiles arañan las paredes dejando

cortes claros como rayas de tiza.

La barricada abre fuego. Tres soldados saltan por los aires, otros se revuelcan por el suelo bramando. La escuadra retrocede arrastrándose y dejando atrás a los heridos, que se debaten y piden ayuda. Nicolas apunta a un suboficial que se hace el valiente y acaba de levantarse para dar órdenes. Dispara. El tipo da un respingo y se lleva la mano al cuello, como si le hubiera picado una avispa, gira sobre sí mismo y la sangre que mana de la herida le forma una especie de bufanda antes de que caiga de rodillas. Otra bala le atraviesa la espalda y se desploma bruscamente, con la cara contra el suelo. Los demás se refugian en el convento de la Caridad.

—Te he rematado a ese. Ya no joderá a nadie —dice el Rojo. Se sienta. Presiona la pantorrilla para detener la hemorragia, jadeando, con la cara cubierta de sudor—. Tengo sed, mierda.

Nicolas pregunta si alguien tiene una cantimplora. Un camarada le lanza una casi vacía.

—Es lo único que tengo, amigo.

El Rojo bebe con avidez, se deja caer contra la rueda de una carreta apoyada en el murete de adoquines. Cierra los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

El Rojo huele su guerrera, olfatea a través del cuello.

—Apesto como si ya estuviera muerto. Solo sueño con un buen baño. —Se incorpora, coge un fusil y lo recarga, y luego otro—. Por lo menos aún sirvo para esto —dice.

—Vienen más. Tienen una ametralladora.

El artefacto se acerca lentamente, los artificieros cobijados detrás de su escudo. Nuevos disparos desde las ventanas. Del convento sale una treintena de soldados que dispara hacia la barricada para cubrir la maniobra de los artilleros. Después se desencadena el infierno.

Nicolas se deja caer al suelo. Oye el zumbido de las balas justo antes del impacto. Uno de los dos hombres alcanzados salta por los aires sin proferir un grito, como si lo que se separa de su cráneo tirara de él hacia atrás. El otro permanece unos segundos al acecho, apuntando con el fusil, antes de caer boca arriba.

—¡Retirada! ¡Retirada! —grita Allemane.

Nicolas ayuda al Rojo a levantarse. Un camarada va en busca de los fusiles y se los echa al hombro. Corren a duras penas hacia el Panteón, perseguidos por una descarga detrás de otra. No saben si son sus cabezas ensordecidas las que silban y zumban por efecto del miedo y el esfuerzo, o si a su alrededor el aire no es sino un enjambre de plomo ardiendo. Llegan a la plaza justo en el momento en que un obús se estrella contra el edificio que está por encima de ellos. La onda de la explosión y los fragmentos de piedra y vidrio los derriban, y ellos se apartan a cuatro patas sin ver más allá de sus brazos extendidos. Nicolas levanta al Rojo agarrándolo del cuello de la guerrera, pero su amigo pesa demasiado y cae apoyado en los codos, resoplando.

—Déjame aquí. No merece la pena.

Nicolas lo sujeta por las axilas y lo arrastra, apretado contra él. Durante un instante parecen bailarines ebrios, torpes y titubeantes; luego el Rojo se agarra y consigue andar. Avanzan hacia la Rue Soufflot. Desde el frontón del Panteón, unos federados disparan sin cesar. Solo un momento, una ráfaga de viento disipa el humo y Nicolas ve a los versalleses salir de los Jardines de Luxemburgo y esparcirse por el bulevar. Dos piezas ametrallan la barricada que corta la calle, defendida por una decena de hombres. Fragmentos de metal y tuercas vuelan silbando y rompen las ventanas, martillean la piedra. Nicolas busca con los ojos a los que estaban con él en la Rue d'Ulm, pero no consigue verlos en medio de la confusión de hombres corriendo en todas direcciones. Al otro lado de la Rue Saint-Jacques, ve un reducto destrozado y a cinco federados tumbados en el caos de adoquines, disparando y recargando y volviendo a disparar. Dobla una calle, no sabe cuál, solo sabe que baja hacia el Boulevard Saint-Germain y desde allí el fragor de la batalla se oye menos; esa calma relativa vuelve a infundirle valor. Lleva a la espalda al Rojo, que avanza saltando con la pierna sana, y se pregunta cuántos pasos más podrá dar antes de desplomarse para no volver a ponerse en pie.

—Déjame aquí —repite el Rojo—. Vete. Para mí esto es el final, no iré más lejos.

Nicolas se apoya en una pared para no caer. No ve nada. Tiene la sensación de que sus ojos estallan por efecto de la luz cegadora, atravesados de rojo, quizá ensangrentados. Se sobresalta al ver aparecer en ese deslumbramiento doloroso la cabeza de una mujer que asoma por el muro, se inclina hacia él y le tiende una mano pequeña y delgada.

—Vengan. No se queden ahí.

Sin saber cómo, se encuentra en medio de una oscuridad carmín, con un brazo alrededor de la cintura del Rojo.

—Vengan —dice de nuevo la voz, cuyo origen Nicolas apenas distingue, fantasma vibrante que podría disolverse en la negrura de un momento a otro—. Es en el primero.

La subida de cada peldaño le arranca un gemido al Rojo. Su mano se contrae sobre el hombro de Nicolas, a quien le parece que su amigo está llorando. Alcanzan un rellano donde el suelo cruje bajo sus pies, y ese ruido familiar aleja de golpe el furor de la calle. Entran en un piso oscuro que huele a cera y a papel viejo. Y a pastel. La anciana cubre un sofá con una sábana para que el Rojo se tumbe.

—Señora, no... Estoy muy sucio.

—Calle —dice ella bajito.

Nicolas no se atreve a sentarse en medio de aquella bombonera. Todos los postigos están cerrados. La batalla, ahora velada, le parece el alboroto de una verbena, y se siente culpable por tener esa ocurrencia. Piensa en los camaradas que están bajo el fuego. En los que han caído y en los que resisten pese al miedo o las heridas. Bajo su cráneo comienzan a zumbar de nuevo las ráfagas de metralla. Mira a su alrededor, confuso, el fusil al hombro.

—¿Ha decidido montar guardia? —pregunta la anciana sonriendo.

Él farfulla una disculpa, pero no se atreve a tocar el arma para dejarla por temor a asustarla.

—Entonces, siéntese.

La mujer se aleja dando pequeños pasos rápidos. Nicolas se sienta al lado del Rojo, que parece dormido. Le toca la frente. Está ardiendo. La pierna ha dejado de sangrar.

—Ya verás como todo va bien —dice sin creerlo realmente. Sabe que nada irá bien.

La anciana trajina en la habitación de al lado. Nicolas oye ruido de cubiertos y cazuelas. Cierra los ojos y nota cómo el sueño se le echa encima, así que se levanta, se pellizca las mejillas. No debe dormirse. No sabe de cuántas horas dispone antes de que lo hagan prisionero o lo maten. Matarlo. Sabe cómo se las gastan los versalleses. Desde el día anterior no ha oído hablar de otra cosa que de ejecuciones. Matanzas más bien. Cualquiera hombre al que pillan empuñando un arma, o del que se sospecha que ha empuñado una, es fusilado en el acto. Dicen que algunos soldados se ensañan con la bayoneta o dando culatazos. Se divierten con los cuerpos. Las mujeres no se libran. No las matan enseguida. No de la misma forma. Las matan dos veces.

Caroline.

Se da cuenta de que no ha pensado en ella en todo el día. Pronuncia su nombre en voz baja para evocar su imagen, pero la imagina en medio de un grupo de soldados que se la disputan. Abre los ojos para disipar esa visión y deja vagar la mirada por esa habitación abarrotada de muebles.

La anciana regresa con una palangana blanca que huele a lejía, una toalla sobre el hombro y unas tiras de tela blanca sobre el antebrazo, como un camarero de los bulevares.

El Rojo gime de dolor cuando ella le quita el zapato. Después, la mujer corta los pantalones con un gran par de tijeras, despega la venda manchada y empieza a limpiar la pierna, negra desde los dedos del pie hasta más arriba de la rodilla. La herida inflamada rezuma un líquido negruzco.

—Tiene fiebre. Debe quedarse aquí y descansar.

El Rojo abre los ojos y sonrío débilmente. Alarga la mano hacia la mujer, que pone la suya, pequeñita, en aquella manaza sucia.

—Van a tener que cortarme la pierna, ¿verdad? Cuando duele así, es que empieza a pudrirse... Es gangrena. —Se le quiebra un poco la voz. Menea la cabeza, sin duda para apartar de su mente esa terrible idea.

—No hable sin saber y deje de machacarme los dedos.

El Rojo abre su gran mano con cara de bobo. La de la mujer escapa como un pájaro.

—¿Cómo se llama?

—Guérin. Marie-Jeanne Guérin.

—Yo soy Joseph Favereau, pero todo el mundo me llama Rojo, por el color del pelo.

—¡Y quizá por sus ideas!

La mujer suelta una risita aguda y el Rojo sonrío ampliamente mientras ella le cambia el

vendaje.

—¿Y usted? —le pregunta la anciana a Nicolas, sin apartar la vista de lo que está haciendo.

—Me llamo Nicolas Bellec. Somos del 105.º.

—Mis dos hijos también están en la Guardia Nacional. El mayor, Louis, es capitán del 58.º. El más joven, Jacques, es sargento. Anteayer me dieron una sorpresa viniendo los dos a verme. No se quedaron mucho tiempo, claro..., dos horas o así... Pero me dio tanta alegría tenerlos a los dos conmigo... Y eso que no están muy lejos... Garantizan la protección del ayuntamiento de París. De momento no corren ningún riesgo.

Se calla y se deja caer un poco contra el respaldo de la silla. Se seca las manos con la toalla lentamente, con la cabeza gacha. Luego arroja la toalla hacia un velador con gesto cansado y su mirada se pierde en el fondo de la habitación.

—Me gustaría tanto que volvieran... Cuando todo termine. Porque va a terminar pronto, ¿verdad? Y terminará mal, por descontado.

—Hemos luchado. Luchamos. Pero muy pronto la cuestión se reducirá a salvar la piel.

—Lástima, esta república era algo tan bonito... Mi marido y yo siempre hemos estado de este lado... Si siguiera entre nosotros, seguro que tendría que preocuparme también por él.

Sonríe tristemente. Sus ojos brillan. En el silencio que ahora se ha hecho en la habitación, llega hasta ellos la virulencia creciente de la batalla. El Rojo duerme. Ronca suavemente.

—Debería irse —dice Marie-Jeanne.

Nicolas se vuelve hacia el Rojo.

—Déjelo aquí. No dará un paso más. Ha debido de perder mucha sangre, está exhausto. Y temo que la gangrena haya empezado a avanzar. Mire lo negra que tiene la pierna. Y ese olor... ¿No lo nota?

No, Nicolas no nota nada. Niega con la cabeza. Se levanta, da unos pasos, incapaz de pensar. Marcharse, dejar atrás al amigo, al hermano. Olfatea el aire. Percibe un efluvio dulzón, un poco nauseabundo...

—No sé —dice—. Tengo la nariz llena de humo y pólvora. Pero...

—Váyase o los harán prisioneros a los dos, y a mí con ustedes. Si solo encuentran a Joseph, me haré pasar por una vieja loca que ha recogido a un tipo furioso que llamaba a su puerta.

Nicolas se acerca al herido y le coge la mano. El Rojo abre los ojos.

—No te entretengas. Acabarán por rodear todo el barrio y será demasiado tarde.

—Volveré. Te lo juro.

—Por la cabeza de Thiers, ¿a que sí?

Sonríen. Nicolas nota que la mano del Rojo estrecha sus dedos con una fuerza inesperada.

—Puede que vuelvas, pero no es seguro que me encuentres —dice el Rojo clavando la mirada en la de Nicolas—. En cualquier caso —añade—, ya no estaré aquí.

Nicolas busca algo que decir. No puede dejar que esas palabras caigan en un silencio en el que resonarían para siempre.

—Ya no estarás aquí, pero nos encontraremos. La vida continuará y todavía tendremos tiempo de reírnos y tomar unos tragos. Ya verás.

El Rojo asiente con la cabeza. Se toca la pierna y aprieta los dientes.

—Ahora debes irte. Estás perdiendo tiempo. Escucha lo que suena ahí fuera... Están ganando. Antes de esta noche, hasta el último rincón será suyo, luego vendrá la gran degollina. —Cierra los ojos y suspira—. Creo que voy a dormir un poco. Prefiero que eso pase mientras duermo.

Retira la mano. Nicolas mantiene la suya en el aire un momento, antes de dejarla caer sobre el brazo del sillón. Oye acercarse detrás de él los pasos cortos de la señora Guérin. La anciana le tiende una bolsa.

—Debe irse ya. Él tiene razón. Aquí dentro le he puesto algo de comer y beber.

Nicolas coge la bolsa, aprieta la correa del fusil. Nota el arma, pesada y dura, contra su espalda. De repente no sabe lo que debe hacer. Tiene la impresión de que no puede moverse, de que está clavado a las tablas del suelo. Marie-Jeanne le sonrío, le da unas palmaditas en el brazo como para sacarlo del aturdimiento. Nicolas vuelve a acercarse al Rojo y se agacha junto a él.

—¿Te das cuenta de todo lo que hemos vivido juntos, hermano?

El Rojo abre unos ojos brillantes en la penumbra. A causa del cansancio, por supuesto, aunque el mal que avanza por el interior de la pierna también influye.

—Y en lo que hemos creído... Han sido días hermosos.

Bruscamente, alarga un brazo, rodea a Nicolas por el cuello y lo abraza, y Nicolas nota el calor de la fiebre y los fuertes latidos del corazón del Rojo y planta unos sonoros besos en esa mejilla sucia y rasposa; su camarada hace otro tanto, y sin duda recuerdan al mismo tiempo los abrazos de cuando eran niños, aquellos achuchones emocionados entre los brazos de un pariente, aquellos momentos en que se sentían fuertes porque no corrían ningún peligro, protegidos por aquellos brazos.

—Vete.

Nicolas se incorpora. El Rojo cierra los ojos y vuelve la cara hacia el respaldo del sofá. Cuando se detiene delante de la señora Guérin para darle las gracias, ella le acaricia el rostro a Nicolas y él besa su mano, increíblemente frágil.

—Vamos, hijo, váyase. Póngase a salvo.

El humo oscurece la calle. Nicolas corre, empuñando el arma, hacia el tiroteo desencadenado en la esquina de la Rue des Écoles. Una ametralladora está atacando ese enclave. Una docena de tipos se pegan a los sacos de tierra mientras pasa la ráfaga. Las balas se hunden en los sacos como puñetazos. Apartados, alineados, con las manos sobre el pecho, cinco muertos.

—¿De dónde sales tú?

Nicolas se echa al lado del tipo que pregunta.

—De la plaza del Panteón. No sé ni dónde estoy.

—¿Y has venido a que te lo expliquemos?

—¡Eh! ¡Mirad lo que viene por allí! —grita un muchacho mientras recarga el fusil.

Dos federados corren hacia ellos disparando en todas direcciones. A la altura de la Rue Fontanes, aparecen una treintena de versalleses profiriendo gritos de alegría. Los federados se cargan a cinco o seis y eso calma a los demás, que se tumban en el suelo y apuntan con sus armas.

Nicolas sigue a los que huyen por la Rue Saint-Jacques. En el Boulevard Saint-Germain, tres hombres se desploman. Unos cuantos soldados de infantería están atrincherados detrás de la barricada que tienen delante y vigilan la encrucijada. Nicolas se refugia bajo un soportal y recarga el arma. Ve a un oficial, sable en mano, que ordena abrir fuego. Nicolas dispara, falla, recarga y vuelve a disparar. El oficial gira en redondo y desaparece detrás del montículo de adoquines.

Nicolas corre doblado por la cintura, perseguido por los disparos. Las balas impactan por encima de él como martillazos. No sabe dónde se han quedado sus compañeros. Cuando levanta la cabeza, ve que acuden versalleses desde todas las calles y acumulan material en la Place Maubert. Alguien lo insulta desde un balcón y llama a los soldados.

—¡Cuidado, que se escapa! ¡Por aquí!

Cruza la calzada, se adentra en la Rue des Anglais. Una descarga de fusiles parece que quiere perseguirlo y retumba en esa estrecha trinchera. Corre, tropieza, se levanta, oye gritos y ve, a su derecha, una patrulla de soldados que avanza ocupando todo el ancho de una calle. Encuentra a los federados detenidos en la esquina del muelle de Saint-Michel, solo son seis, agachados detrás de una carreta volcada y tres barricadas que han llegado rodando hasta allí a saber cómo, y recargan sus armas bajo el fuego de soldados atrincherados a la entrada del Petit-Pont.

—Me quedan cinco cartuchos —dice un camarada.

—A mí también —añade otro—. No hay que malgastarlos.

—Disparamos y salimos —propone Nicolas—. Si no, no lo conseguiremos.

Los otros lo miran con cara de sorpresa, pero asienten en silencio.

—Uno cada uno. De izquierda a derecha.

Durante unos segundos, no disparan. Dejan que pase el zumbido de las balas por encima de ellos o que salte la madera bajo los impactos.

—Cuando yo dé la orden —dice uno.

Buscan apoyo, se instalan lo mejor que pueden.

—¡Fuego!

Se oye una sola detonación, terrible, y se adivina enfrente a los tipos tirados en el suelo.

Recorren el muelle delante de las narices de una columna que llega a la carrera. En la entrada del puente, pasan por encima de los muertos, apartan a puntapiés y culatazos a los que aún siguen

vivos y echan a correr gritando como una pandilla de niños que escapan después de haber roto un cristal o robado unas piezas de fruta a la puerta de una tienda. Van dando bandazos hacia Notre-Dame, ya no gritan, pero resoplan y jadean mientras pasan junto al cuartel de la Guardia Nacional, que sigue ardiendo y escupe bocanadas de humo y haces de chispas cuando algo se derrumba rugiendo entre las paredes ennegrecidas. Avanzan encorvados en medio del calor que sale por las ventanas rotas. Nicolas intenta recobrar el aliento, y se incorpora al oír detrás de ellos, en la salida del puente, tres disparos simultáneos. Un dolor penetrante le atraviesa el hombro y lo propulsa hacia delante como un mazazo brutal. Ve que las torres de la catedral se ponen patas arriba, que el cielo empieza a dar vueltas sobre él, nublado, bajo, recorrido por estelas negruzcas. Intenta aspirar aire y le parece que no lo conseguirá, y entonces ve a los camaradas tumbados a su alrededor, boca abajo, rodando sobre sí mismos para colocarse en posición de tiro y responder.

—No te muevas —le dice uno de ellos, un joven en el que no se había fijado antes—. Enseguida nos ocuparemos de ti.

Nicolas se da cuenta de que ni siquiera les ha mirado la cara. No sabe qué aspecto tienen esos hombres perseguidos por la jauría. Se dice que los rostros de todos, el suyo y el de ellos, son intercambiables. A esas alturas, por lo demás, ya no son prácticamente nadie. Animales acorralados, guerreros sin resuello y escasos de municiones, insurrectos vencidos. Seguramente en sus casas los dan por muertos y lloran ante la idea de no volver a verlos jamás, arrastrados por el torbellino de lo que muy pronto se llamará Historia.

Le gustaría levantar la cabeza y ver mejor a ese prójimo anónimo, pero el cielo continúa moviéndose y una náusea le revuelve el estómago antes de sentir que cae en un agujero, como si de pronto se abriera en el suelo un abismo sin fondo.

JUEVES, 25 DE MAYO

A Roques lo detuvo en la primera esquina el capitán con el que había patrullado esa misma mañana. Apuntándole con el revólver en la frente, lo acusó de espionaje y le prometió un castigo rápido. Un soldado le asestó un culatazo que lo dejó aturdido, otro intentó ponerlo en pie dándole una patada en las costillas. Antoine se apoyó en la pared para recuperar el aliento, limpiándose con un faldón de la camisa la sangre que manaba de su cabeza. De los siete u ocho hombres que lo rodeaban, solo uno mantenía el fusil apuntado contra él. Los demás suspiraban, cambiaban el paso dando signos de impaciencia o de cansancio. Lo empujaron hacia delante y caminaron sin prisa por las calles alfombradas de esquirlas de cristal y pizarra, entre chimeneas rotas, papeles, ropa y zapatos.

La caída de unos obuses en el cuartel de caballería, en la Rue de Bourgogne, había destruido las dependencias de los soldados, pero las caballerizas seguían intactas. Metieron a Roques en una de las cuadras, donde se desplomó en la oscuridad sobre un tipo que lo apartó con el pie gruñendo. Se sentó en el suelo húmedo, junto a un hombre que tenía las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en los brazos también cruzados y parecía dormir. Cuando los ojos se le acostumbraron un poco a la penumbra, Roques pudo ver que eran seis. Había tres federados, uno de ellos con la cabeza y los ojos vendados de cualquier manera y la cara cubierta de sangre; permanecía erguido, con las piernas estiradas y las manos en el regazo.

A su lado, un compañero observaba a Roques desde que se había sentado. Sus ojos brillaban en el rostro tiznado de hollín.

—¿Qué haces tú aquí, soldado? ¿Has sido grosero con algún oficial? ¿O no te has abotonado bien las polainas?

El otro federado le dio un codazo y le aconsejó en voz baja que no hablara con un desconocido, y menos si era enemigo. Él se encogió de hombros y se acomodó, con el torso inclinado hacia delante.

Roques sintió que una punzada de dolor le atravesaba el cerebro. Cerró los ojos y se tocó la cabeza con la mano. Notó bajo los dedos la herida húmeda, la sangre seca en los cabellos. Cada latido de las arterias amenazaba con reventarle las sienas.

—No, no vengo de Versalles. Esto es solo un disfraz. Soy Antoine Roques, delegado de Seguridad Pública del distrito X. Incorporado a una compañía de reserva del 86.º.

—No me digas... Y querrás que me lo crea.

—Haz lo que te parezca. En el punto en que estamos, me tiene totalmente sin cuidado.

—A mí también me tiene sin cuidado, faltaría más. Pero aun así... ¿Qué has venido a hacer aquí? Estás lejos del distrito X.

Roques no tenía ganas de contarle el episodio completo que lo había llevado hasta allí, pero quería espantar las ideas sombrías que empezaban a invadir su mente como una inundación traicionera, y se dijo que un poco de conversación lo distraería un rato.

Alguien dio un fuerte golpe en la puerta del establo.

—¡Cerrad el pico ahí dentro, o seré yo quien os lo cierre a patadas!

El hombre que estaba sentado junto a Roques salió de su sopor y se incorporó.

—El soldado tiene razón. A algunos nos gustaría dormir. Mañana, ante el juez, necesitare tener la cabeza despejada para presentar mi defensa. Yo no tengo nada que ver con la anarquía y el bandidaje de las últimas semanas, no tengo nada en común con vosotros. Soy un hombre honrado, siempre he respetado la ley.

La puerta se abrió con brusquedad, y el centinela entró vociferando y le puso la bayoneta bajo la barbilla al que hablaba.

—¿Vas a cerrar la boca, o te arranco la lengua?

El supuesto hombre honrado se pegó a la pared. El federado, en el lado opuesto, reía disimuladamente bajo la visera del quepis.

Finalmente, todos se quedaron callados. El federado le tendió la mano a Roques, susurrando:

—Noël Dumartin, batallón 58.º.

En el silencio lúgubre que había caído sobre el recinto, Antoine Roques intentó ahuyentar el terror que lo invadía. Uno o dos días después estaría muerto. Nunca había pensado en ello realmente. En los últimos días había sentido miedo, pero en ningún momento había sido consciente de estar al borde de la nada, a punto de arrojarse a ella como se salta un charco de agua, sin preguntarse por encima de qué abismo se ha pasado. ¿Era posible, entonces, que todo acabara? Resultaba a todas luces inconcebible. Incluso los que creían en un dios y esperaban que los acogieran en el más allá veían acercarse la muerte con espanto, rezaban precisamente para que se les concediera un poco más de tiempo en la tierra, en lugar de abordar esa nueva aventura con curiosidad.

No volvería a ver a sus hijos. Nunca podría decirle a Rose lo que no había sabido explicarle cuando ella decidió marcharse de París y él prefirió no acompañarla. Sería un abandono por partida doble. La primera vez había dejado que se fueran sin él; la segunda, moriría fusilado y sería arrojado a una fosa común.

Recordó a los niños a distintas edades, el calor y el peso de cada uno de ellos contra él. La forma que tenía Mariette de rodearle el cuello y abrazarlo con fuerza. Y el modo en que Bertrand posaba la cabeza sobre su pecho, como si quisiera escuchar su corazón.

La voz de Rose, la sonrisa de Rose, sus grandes ojos negros, esa nariz aguileña de la que tanto renegaba. La piel, los pechos, las nalgas, el sexo de Rose. El placer que se habían dado, incluso en los peores momentos del asedio, pese al hambre y la inquietud.

Había perdido todo eso antes de tiempo. Iba a perderlo por segunda vez para siempre.

La tristeza sustituyó al terror. Reprimió los sollozos que le sofocaban y volvió los ojos hacia la puerta, que recortaba un rectángulo en la noche, iluminado por luces moribundas, por donde iba y venía la silueta del guardia con su fusil.

Abrumado por la pena, acabó por dormirse.

Un ruido lo despierta. Está aturdido y solo percibe el olor a excrementos y orina. El alba difunde una vaga claridad desde el exterior, y Antoine ve, desmadejado, con la cabeza caída sobre el pecho, el cuerpo del federado herido.

—Para él ha acabado todo —dice Noël Dumartin—. Vale más así. ¿Has podido dormir?

—Sí, pero no era esa mi intención. ¿Y tú?

—Igual. Quería quedarme despierto, en vista de que dentro de poco ya no abriré más los ojos.

Roques se queda helado al escuchar esa reflexión, aunque la salida del sol le inspira al mismo tiempo una leve esperanza: la de seguir viviendo. Imagina que llama al centinela, o que de algún modo le hace entrar apuntándolos con el arma. Sueña con arrebatarse el fusil, hacerle perder el equilibrio, doblegarlo. Está seguro de que el ciudadano Dumartin lo ayudará en esa tarea, aunque solo sea impidiendo que el hombre grite. Después, ya armado, cruzará el patio, se abrirá camino con la bayoneta, abatirá a un oficial para quitarle el revólver. Echará a correr por la calle. Gritará «fuego» y, aprovechando el estupor general, conseguirá refugiarse en una casa. Esperará días, quizá semanas, tratando de sobrevivir solo, o bien manteniendo a raya, bajo amenaza, a los ocupantes del lugar.

Intenta recordar la distribución del cuartel, pero lo único que le viene a la mente es el largo y doloroso recorrido, trastabillando, que lo condujo hasta allí. Se dice que tendrá que embarcar a Dumartin en su aventura; él sabrá qué hacer.

La puerta se abre y dos gendarmes retroceden un paso y les ordenan salir. Todos se levantan, algunos con dificultad. El muerto cae lentamente hacia un lado, con la espalda enganchada a las rugosidades de la pared. Dumartin se vuelve hacia el fondo, se desabrocha los pantalones y se pone a orinar. El otro federado lo imita. Roques hace lo mismo y se alivia en el lugar donde estaba sentado. Los dos civiles, el presunto hombre honrado y otro, un joven que no ha abierto la boca y ha dormido o fingido dormir todo el tiempo, aguardan delante de la puerta.

Salen. Delante de las cuerdas, otros gendarmes ordenan a otros prisioneros que salgan. En el centro del patio, tres oficiales a caballo vigilan las operaciones. Cada uno con un revólver en la

mano.

Son medio centenar. El paso renqueante, carraspeos, toses. Roques está sumido en una especie de atontamiento. Lo único que puede hacer es abalanzarse sobre uno de los oficiales, arrebatarle el arma y luego dejarse abatir. Al menos así caerá combatiendo. Intentando hacer algo. Pero le tiemblan las piernas y se siente sin fuerzas.

Bordean las caballerizas y les hacen entrar en una sala y sentarse al fondo, frente a una quincena de soldados que están de pie, delante de una puerta de dos hojas. Se acerca un sargento con los pulgares metidos en el cinturón.

—Cuando os nombren, os levantáis y seguís a los guardias. Calladitos. Aquí no tenéis ningún derecho.

Los prisioneros refunfuñan, mascullan. Algunos se echan a llorar. Roques se ha sentado al lado de Dumartin, que mira, delante de él, la nuca de un chico que está sollozando.

—Hay que escapar. No podemos pensar más que en eso —le dice en un susurro, sin apenas mover los labios. Como el otro no reacciona, se dispone a repetirlo.

—Te he oído —murmura Dumartin—. Aquí es imposible hacer nada. Habrá que intentarlo cuando nos vayan a juzgar. No están fusilando aquí. No he oído ningún disparo desde ayer. Esperemos al traslado.

Roques cruza la mirada con un soldado que está a punto de ir hacia ellos. Baja los ojos y calla.

No dicen nada durante horas. Cerca del mediodía, dos gendarmes señalan con el dedo a seis hombres al azar.

—¿Yo también? —pregunta Roques.

—Sí, tú también —dice uno de los militares—. ¿Por qué no? ¡Da igual, todos vais a pasar por ahí!

Al levantarse, le da un apretón en el hombro a Dumartin.

—Hasta luego, ciudadano.

Dumartin no responde. Mantiene la cabeza gacha.

En una vasta sala, un antiguo comedor que todavía huele a grasa requemada, tres oficiales están sentados detrás de una mesa. Delante de cada uno arde un candelabro de cuatro brazos. A la izquierda, uno de ellos, con anteojos, está inclinado sobre un gran cuaderno.

—¡Usted, acérquese!

Un hombre avanza cojeando, descalzo, hacia la silla cuyo respaldo sirve de barra al tribunal. Lleva una camisa rasgada y manchada de sangre en un hombro, y los pantalones del uniforme de los federados. Uno de los oficiales levanta los ojos hacia él.

—Nombre y apellido.

—Alexandre Dupré.

—¿Dónde lo detuvieron?

—En la Rue Racine, ayer por la tarde.

—¿Ha combatido?

—Por supuesto.

—¿Cómo que por supuesto?

—Para mí y todos mis camaradas, era un deber y un honor.

El oficial le hace una seña con la cabeza al que toma notas. Dos gendarmes van a buscar al hombre y se lo llevan retorciéndole los brazos tras la espalda. Una puerta chirría y se cierra detrás de ellos.

—¡Siguiente!

Roques camina hacia la silla. Mira de arriba abajo a los tres militares, que garabatean algo en hojas de papel. Mojan sus plumas con gestos precisos, las escurren con cuidado en el borde del tintero. Parecen oficinistas concentrados en su trabajo, eficientes y silenciosos. Llevan las botas perfectamente lustradas. La piel negra brilla con reflejos azulados.

La mente confusa de Roques intenta centrarse en esos detalles. Los botones dorados. El número de regimiento bordado en el cuello. El que parece encargado de los interrogatorios se yergue.

—Nombre y apellido.

—Antoine Roques.

—¿Dónde lo detuvieron?

—En la Rue Dupin.

—¿Ha combatido?

—No. Estaba...

—Limítese a responder a las preguntas. ¿Qué hacía en ese barrio donde han tenido lugar duros combates?

—Cumplía con mi deber.

—Que era...

—Encontrar a una mujer raptada y secuestrada por un criminal. Su caso y otros dos se denunciaron en la comisaría del distrito X, donde era delegado de Seguridad Pública.

El oficial se inclina y cruza los brazos, súbitamente interesado, con una sonrisa malévola en el semblante.

—¿Se puede saber quién le otorgó esa... autoridad?

—El comité que me eligió.

—Si entiendo bien, le confiaron una tarea que corresponde a la policía.

—Sí.

—¿Quién componía ese comité?

—Ciudadanos del distrito.

Roques recuerda la sala llena de humo, el jaleo, los clamores, las imprecaciones. Las

carcajadas.

—¿Qué le hace sonreír?

—Los buenos recuerdos.

—¿Qué buenos recuerdos? ¿Los de la Comuna? ¿Sabe que esa farsa siniestra está a punto de acabar? ¿Se da cuenta de que está usted aquí acusado de alta traición a la nación, así como de crímenes y asesinatos? ¿Sabe a qué pena se expone? Eso debería borrarle la sonrisa de los labios, ¿no cree?

Roques opta por no dejarse intimidar por ese individuo con galones. Se esfuerza en sonreír. No sabe si tendrá fuerzas ni valor para seguir haciéndolo mucho más tiempo en las próximas horas.

—Sí, buenos recuerdos de estos días, de estas semanas. He vivido feliz en una ciudad feliz. Y tengo la sensación de haber cumplido con mi deber de ciudadano.

—¿Qué deber?

—El de garantizar la seguridad de mis semejantes. Impedir los robos y los abusos de toda índole. Ayudar a los más débiles.

—¿Es usted policía? ¿Posee alguna competencia en esa función?

—Soy encuadernador. He aprendido algunos rudimentos con un inspector que permaneció entre nosotros después de haberse negado a seguir a su comisario y sus colegas a Versalles.

—¿Su nombre?

Roques duda, pero al final decide dar el nombre de ese canalla que le ha traicionado.

—Inspector Loubet. Aristide Loubet.

El oficial se aproxima a su colega y cruzan unas palabras.

—A ese criminal que ha mencionado antes, ¿lo ha detenido?

—No.

—¿Sabe dónde se encuentra ahora?

—No tengo ni la menor idea. Probablemente esté muerto.

—¿Cómo se llama?

—Pujols. Henri Pujols.

—Y la chica, ¿dio con su paradero?

—Sí. Pero cuando llegamos, ella había huido. Fueron algunos de sus hombres quienes la liberaron. Pero después escapó. Estaba retenida en el número 15 de la Rue des Missions, que servía de acantonamiento a algunos de sus soldados.

—Eso es fácil de comprobar.

Roques evita encogerse de hombros. «Pues ve a comprobarlo, hijo de puta. Como si la verdad te importara. Vas a llevarnos a todos al paredón, así que acabemos de una vez con esto.»

El juez castrense se pone de acuerdo con sus colegas por medio de gestos, luego hace chascar los dedos. Se acerca un gendarme, a quien entrega un papel después de haber estampado un sello

con un golpe que ha resonado terriblemente bajo el alto techo.

Roques recibe un culatazo en los riñones que lo empuja al exterior, pero mientras le atan las manos a la espalda no puede evitar contemplar el cielo, las nubes redondas y oscuras disputándose el azul. Hay una decena de hombres allí fuera, desaliñados, algunos ensangrentados, vigilados por otros tantos militares. Uno de ellos, un suboficial, da la orden de ponerse en marcha y les hacen salir del cuartel diciéndoles que aprieten el paso y caminen por calles llenas de soldados ociosos que fuman o comen algo, a veces apiñados delante de los cafés donde les sirven de beber. A través de las ventanas suenan gritos de odio. «¡Fusiladlos aquí, ahora mismo! ¡Quiero verlo! ¡Bandidos! ¡Gusanos!» Un burgués con chaleco azul y la corbata desanudada sale de un edificio con un zapato en la mano y golpea al hombre que va delante de Roques, que se tambalea y enseguida se endereza, muy erguido, como si nada hubiera pasado. El gendarme aparta con indolencia al burgués vengador. «Vamos, cálmese. Ya nos ocupamos nosotros de ellos.»

Roques ya no es capaz de pensar en nada. Ahora quisiera que aquello acabase. Intenta imaginar el lugar donde van a fusilarlos: el muro, las marcas dejadas por las ejecuciones anteriores, la sangre quizá. Sufre un mareo continuo, un vértigo incesante que amenaza con hacerle caer a cada paso. No sabe si tiene miedo. No sabe si siente tristeza o remordimientos por tener que morir sin haber vuelto a ver a Rose y los niños. Sin duda está más allá de los sentimientos de la vida corriente, esos que le dan relieve con los momentos de dicha y alegría, las esperanzas que nos sostienen y los desánimos que siempre nos esforzamos en superar.

Se percata de que están bajando la Rue de Rennes. Algunos convoyes del ejército se dirigen deprisa hacia la batalla, cuyo rugido constante oye a su espalda, hacia el este. Remolques, artillería, columnas de soldados que avanzan a marchas forzadas. A lo lejos se alza la masa de la estación de Montparnasse, sus cristales rotos lanzando al sol reflejos afilados. Delante espera un centenar de prisioneros a los que han dejado sentarse. Apretados unos contra otros, encogidos, la expresión ausente. Los gendarmes empujan a los diez que forman su grupo al centro de ese rebaño al que los soldados de guardia hacen levantarse a voz en grito. Los militares intercambian papeles, instrucciones, saludos reglamentarios; luego, a puntapiés y culatazos, a veces con la punta de una bayoneta, los ponen en fila. Emprenden de nuevo el camino por la Rue du Maine, llena de cascotes, casi bloqueada por una casa que se ha desplomado. La guerra ha pasado por allí sin demorarse, arrancando tejados, derribando paredes, levantando dos o tres casas y marchándose más lejos, allí donde las cosas serias iban a empezar.

En una rotonda, una muchedumbre se ha agolpado delante de dos tiendas devastadas. Se elevan gritos a su paso. Insultos. Las mujeres se acercan armadas con palos o paraguas. Algunos hombres, bastón en mano, vociferan obscenidades. Golpes. Los prisioneros aguantan el chaparrón sin revolverse. Federados que han resistido horas bajo la metralla se dejan castigar como pobres borricos. No obstante, un hombretón se rebela: agarra a un tipo por el cuello de la levita y lo

levanta literalmente del suelo antes de romperle la nariz de un cabezazo. El tipo aúlla, tirado por tierra. Dos soldados abaten al rebelde a culatazos. Sus camaradas lo ponen en pie, lo protegen. Tumulto. Otros dos militares apuntan con el dedo en el gatillo. Los hombres se someten.

Roques nota que le tocan las manos.

—No te muevas. No te vuelvas. Voy a desatarte. Todos tenemos las manos libres menos vosotros. No hay ninguna razón.

Se masajea las muñecas liberadas. Da las gracias sin atreverse a volver la cabeza del todo y no puede ver la cara de quien lo ha desatado. Le pregunta adónde los llevan.

—¡Diantre, a Versalles! Somos casos aparte, por lo que me han dicho. De lo contrario, ya nos habrían matado contra una pared o detrás de unos arbustos en los Jardines de Luxemburgo.

—¿A Versalles? No se va por aquí. ¿Por qué los Jardines de Luxemburgo?

—¿De dónde has salido tú? —dice otro—. Aquello es un auténtico matadero. Anoche oímos a los pelotones de ejecución hasta las diez, y esta mañana a las siete han vuelto a empezar.

—De todas formas, sea aquí o en Versalles, más tarde o más temprano... Pero esta noche seguramente nos encerrarán en el fuerte de Issy.

—¡Cerrad el pico de una vez! —grita un soldado que ha llegado a su altura—. ¡Vosotros ya no tenéis nada que decir!

Se hace de nuevo el silencio. Solo se oye el paso de las botas sobre los adoquines, el chasquido cuando los hombres pisan fragmentos de cristal.

Roques piensa en los Jardines de Luxemburgo. Habían ido a pasear por allí dos o tres veces con los niños. Una punzada en el pecho. Un nudo en la garganta. Casi se alegra de sentirlos, porque creía que su corazón ya estaba muerto. Se masajea las manos desatadas. Mueve los hombros para relajar la tensión.

—No vale la pena intentarlo —susurra la voz detrás de él—. Yo también lo he pensado. Y muchos otros, seguro.

Mis pequeños. Rose. Es imposible.

Algo sucede allí delante que les hace levantar a todos la cabeza. Los gendarmes gritan, ordenan que se despeje la calzada. La fila se detiene. Los guardias miran hacia el final de la calle, se ponen de puntillas, se preguntan qué es ese caos.

Si creyera en algo, Roques le daría las gracias con un pensamiento piadoso a eso que llaman Providencia. A su derecha, una estrecha calle se extiende entre casas bajas y jardines. Hay que recorrer cuarenta metros antes de poder saltar una cerca y perderse entre los huertos y las casetas.

Antoine Roques sale disparado. Echa a correr sobre la tierra batida, vuela por encima de las zanjas. No siente ningún cansancio. «Aquí estoy. Ya llego. Empezaremos de nuevo.» Sonríe. Si tuviera suficiente aliento, reiría a carcajadas. «No estéis tristes.» Los ve con nitidez a los tres. Sus caras de sorpresa y luego sus brazos tendidos hacia él.

Oye unos gritos a su espalda. La orden de que se detenga, no cabe duda. Da un paso de costado para saltar la valla al tiempo que una bala silba en sus oídos. Salta, ve a su derecha un rosal que inclina hacia él sus grandes flores rojas.

El impacto en la sien lo fulmina, y ya no es nada para sí mismo.

Las tablas endebles que intentaba cruzar vibran aún un poco bajo ese peso muerto. En la fila de prisioneros, «La Marsellesa» explota de pronto en la cara de los guardianes como una bomba.

En el escenario, un hombre solo, tendido en un diván de terciopelo azul, con un cojín bajo la cabeza. Lleva un chaleco negro sobre una camisa blanca con las mangas subidas. Cruzado de brazos, sin duda duerme en la penumbra que cae de las bambalinas. A sus pies, en la sala, la cohorte de asientos vacíos. Hay una veintena de hombres sentados, la mayoría apoltronados, a los que podría tomarse por espectadores desenvueltos, burdos personajes, si no fuera por las vendas que ciñen sus cabezas o las muletas improvisadas que descansan a su lado. Bajo los palcos han colgado lámparas de petróleo. Un fulgor impreciso se cuele por las puertas desde el bulevar. A ambos lados del patio de butacas, en los pasillos laterales, otros hombres están tendidos en parihuelas o camastros recién apañados. De vez en cuando, un grito o un improprio se eleva en esa platea de dolor.

Caroline se aparta de la cabecera de un herido cuyo muñón, en el muslo, ha comenzado a sangrar; se masajea los riñones y se seca con el dorso de la mano la frente empapada en sudor. El aire está cargado de un calor húmedo en el que flota un olor dulzón que se agarra al fondo de la garganta y la oprime como una náusea.

El hospital de campaña se ha instalado por la mañana, muy temprano, detrás de la barricada que bloquea el bulevar a la entrada de la Place du Château-d'Eau. Los heridos llegaban de todas partes, por el Boulevard Saint-Martin, por la Rue de Turbigo, transportados por federados exhaustos en coches de punto o en carretillas. Todos cuentan lo mismo: unos combates terribles, una resistencia desesperada. De uno contra diez, contra veinte. Tienen que huir bajo un diluvio de balas, salvar la piel abandonando las piezas de artillería y las municiones, dejando tras de sí sus últimas ilusiones y a los camaradas muertos. Los versalleses se despliegan por las calles como una riada monstruosa que anega las barricadas y las ahoga en sangre.

Caroline observa en el escenario al doctor Servin, que descansa de una noche de operaciones en un café de la Rue Réaumur antes de que tuvieran que evacuarlo a causa del bombardeo. Caroline continúa viendo toda esa sangre. Cubos de sangre. No querían dejar pudriéndose allí las piernas y los brazos amputados, así que los han envuelto en un par de sábanas y han hecho que los trasladaran al cementerio de Père-Lachaise, donde los enterradores se habían pasado el día anterior cavando tumbas. «En previsión de lo que pueda pasar, porque está visto que aquí es donde siempre acaba todo», había dicho el encargado antes de echarse a reír como una puerta chirriante. Pese a todo, la ha informado Paulin, uno de los tres chiquillos que han transportado

esos pedazos de coraje muertos, los ha enterrado con cierta ternura, llevándolos hasta el borde de la fosa como si fueran niños pequeños.

Todas las demás mujeres del hospital de campaña hacen lo mismo: se incorporan estirando la espalda, secándose las manos en sus delantales sucios, le dirigen a la compañera más cercana una sonrisa triste y echan un vistazo al escenario, donde el médico sigue durmiendo. Durante un rato no se mueve nada ni nadie. Los heridos parecen aplacados por las suturas y los vendajes limpios, y las palabras tranquilizadoras que las enfermeras han sido capaces de decirles. La escudilla de sopa y el trozo de pan para los que están en condiciones de ingerirlos. Casi hay silencio. Incluso la batalla parece más lejana.

Caroline va a sentarse en una de las butacas rojas: esas filas en calma la serenán. El asiento cruje cuando deja caer su peso en él. Se apoya en el respaldo como es debido, se acomoda entre los reposabrazos, cuya suavidad acaricia con la yema de los dedos. Es la primera vez que pone los pies en un teatro. Al parecer ahí estaba antes el bulevar del Crimen, donde la gente hacía cola en los teatros para pasar miedo viendo dramas repletos de asesinatos. Le han hablado de ese gentío en el que se mezclaban burgueses de costumbres relajadas y la plebe, saltimbanquis y bailarinas. Incluso había magos capaces de hacer desaparecer, con un gesto de la mano, a un tipo encerrado en un baúl. ¡Puf! ¡Ya no está! Y prodigios de la naturaleza: terneros de dos cabezas, un hombre nacido sin brazos que pintaba retratos con los pies, una mujer barbuda, unas terribles hermanas gemelas con los cuerpos pegados y un único par de piernas para las dos. Cuánto le habría gustado a Caroline ver todo eso. Lucir un vestido que se habría hecho en secreto para la ocasión, con retales de telas caras y trocitos de cintas y adornos rescatados aquí y allá en el taller. Le habría parecido sumamente chic sentarse en una de esas butacas y estremecerse de falso horror, gritar como una condenada frente a los crímenes estrafalarios que se cometían en el escenario, y luego ver levantarse a la víctima y salir a saludar al final del espectáculo con un enorme cuchillo clavado en la espalda. Cuánto le habría gustado llorar a lágrima viva ante destinos trágicos, historias de huérfanas sometidas a los abusos de su tutor que encuentran milagrosamente a su madre, a la que creían muerta. Sí, maravillarse, conmoverse, llorar. Eso es la vida. Lo que hace latir el corazón. Y en un espectáculo, distrae de las desgracias de la realidad.

Ahora su corazón late enloquecido ante esos hombres tumbados que sufren, aturdidos, inconscientes o abrumados por la desesperación, sin saber lo que la hora siguiente les reserva. Pensando quizá en los seres queridos, preguntándose si volverán a verlos algún día o si la vida, mutilados y malparados como están, seguirá mereciendo ser vivida.

Dos hombres con uniforme de la Guardia Nacional entran en tromba y piden hablar con el responsable del hospital de campaña. Tres mujeres se acercan y cruzan unas palabras con ellos en voz baja. Caroline se ha levantado. Sus rostros están cubiertos de hollín. Uno de ellos tiene una herida negruzca, enterrada bajo una costra, que le atraviesa la frente. Las enfermeras señalan el

escenario, donde el doctor Servin se ha incorporado un poco en el diván y enseguida se levanta. Caminan hacia él entre los heridos. Algunos de ellos logran enderezarse. ¿Qué ocurre?

El médico ha bajado del escenario. Caroline se acerca con el resto de chicas de mirada ausente, con los ojos brillantes.

—Hay que salir de aquí —dice uno de los federados—. La infantería está a trescientos metros, en la Rue de Turbigo. La barricada no resistirá más de una hora. Han mandado traer una ametralladora, pero no será suficiente. Y están a punto de rebasar la parte de atrás del cuartel Prince-Eugène. Esta noche el barrio habrá caído. Ayer hicieron una masacre en un dispensario ambulante en Saint-Sulpice: heridos, enfermeras, cirujano...

El doctor Servin los mira uno a uno, desconcertado. Lanza una mirada circular a la sala, se detiene en los palcos, luego sus ojos se posan en las mujeres que están allí, inmóviles, esperando una decisión.

—¿Cómo quieren que nos vayamos? Tengo una decena de enfermeras para casi cien heridos graves. A la tercera parte de ellos le falta algún miembro. Llegaron doce más la noche pasada. Y además, ¿adónde vamos a ir?

—A Belleville. Hemos ido a buscar un ómnibus que transportaba municiones a la Bastilla. Está a punto de llegar.

—Muy bien.

Los dos hombres se marchan casi corriendo, tal vez aliviados de salir de ese lugar donde la muerte exhala su mal aliento.

—Intenten que se levanten los que puedan tenerse en pie —dice el médico—. Voy a ver cómo nos organizamos con ese ómnibus.

Las mujeres se dispersan entre los camastros. Cinco heridos se han levantado solos y vacilan sin atreverse a dar un paso. Otros se despiertan en su butaca y miran a su alrededor, azorados, como espectadores olvidados allí tras una representación.

Caroline va corriendo hacia un hombre que está a punto de caer y se desliza bajo su brazo. Él se endereza haciendo muecas de dolor y avanza despacio con la joven hacia la salida, sin proferir una queja, apretando los dientes. Le han cortado el pantalón hasta lo alto del muslo, que lleva envuelto en un aparatoso vendaje. Caroline siente en su cuello la humedad de esa axila empapada de sudor. «Todo irá bien, todo irá bien», repite el hombre apoyándose en ella. Llegan a la acera en el momento en que los cristales de las puertas estallan. Unas balas impactan contra la fachada, arrancando fragmentos de piedra. Los escaparates de los cafés se desploman. La barricada, muy cerca, responde. Son una veintena disparando sin cesar hacia la Place du Château-d'Eau. Se hacen señas unos a otros para informar sobre las ventanas del cuartel desde donde los versalleses los están acribillando. Dos obuses estallan delante de la barricada del Boulevard Voltaire, otro pulveriza la parte superior de un edificio, en la esquina de la Avenue des Amandiers.

—¡Necesitamos gente para llevar las parihuelas! —grita Joséphine, una enfermera de enormes brazos que sostiene ella sola a dos heridos prácticamente inconscientes.

Un hombre va a ayudarla a sentarlos y a continuación entra corriendo en el teatro. Llegan dos viejos, cada uno con dos morrales en bandolera.

—Hemos salvado algo de comer. ¡No quisieron saber nada de nosotros cuando fuimos a alistarnos, pero vamos a demostrar que todavía podemos ser útiles!

Un grupo de hombres se aventura por el bulevar hacia la Place Château-d'Eau. Llevan fusiles, y revólveres metidos en el cinturón. Detrás de ellos va una treintena de federados que tiran de una ametralladora.

Caroline deja a su herido apoyado en una pared, aconsejándole que se siente para que no lo alcance una bala, pero el hombre dice de nuevo que todo irá bien y le da las gracias. Cuando se dispone a alejarse, él le sujeta un brazo.

—Llévese esto. —Le entrega un revólver que saca de debajo de la guerrera.

—¿Qué quiere que haga con eso?

Él insiste.

—Quedan cinco cartuchos. No los malgaste.

—No. Quédeselo.

La joven deja el arma junto a él porque el hombre se niega a cogerla. Balbucea un agradecimiento de todas formas y se va. Después de dar unos pasos se vuelve y lo ve dejarse caer al pie del muro, con los ojos cerrados.

Llega el ómnibus, tirado por dos caballos extenuados. Se detiene a unos cincuenta metros y el cochero baja de su asiento para refugiarse detrás del vehículo.

Un grupo de chiquillos aparece corriendo. Son ocho o diez, Caroline no tiene tiempo de contarlos porque otro aluvión de balas rechina contra las paredes, sobre el pavimento, y tiene que echarse al suelo boca abajo. Los chiquillos no se han inmutado. Reclaman fusiles, se pelean con un sargento que les ordena primero que se agachen y luego que vuelvan a sus casas.

—Esta es nuestra casa. Y no nos jorobes con tus consejos. Queremos luchar.

Con un gesto cansado, él les señala unos fusiles apoyados contra una hilera de toneles. En el suelo, paquetes de cartuchos. Los críos se echan encima. Cargan las armas. Uno de ellos, un rubio alto, profiere un grito, derribado por una bala. Retrocede titubeando, el cuello desgarrado, y cae lentamente, como si quisiera hacer el esfuerzo de quedarse de pie. Durante unos segundos, sus amigos lo miran, estupefactos, luego apoyan los codos en los sacos de tierra y abren fuego.

Caroline va y viene tres veces entre el teatro y el ómnibus. Los brazos tensos y contraídos bajo el peso de las camillas, casi corriendo, no puede ni agacharse bajo el silbido de las balas. De vuelta en la sala, se apoya en el respaldo de una butaca, sin aliento, con el corazón a punto de explotar. Fuera, la ametralladora empieza a disparar. En la entrada, en el vestíbulo, se produce un

revuelo. «¡Ayuda, deprisa!»

Busca la fuerza y el valor que le queda en algún lugar entre el vientre y el corazón y acude precipitadamente.

La bala sigue bajo su omóplato, y cada vez que hace un movimiento, Nicolas tiene la impresión de que un cuchillo hurga en su carne y amenaza con asomar la hoja a través de su pecho. En un tugurio convertido en sala de curas, un tipo probablemente borracho, un hombre grandote y desgarbado llamado Célestin que aseguraba que sabía tratar a los caballos y que había cosido a lisiados cerca de Sedán, limpió el orificio con aguardiente y cosió apretando bien fuerte para que aquello no se saliera, explicó. Decía que había aprendido a hacerlo así, durante la guerra, de un teniente coronel, cirujano de profesión, que dejaba en sus manos los trabajos de limpieza y sutura mientras él amputaba sin descanso en la tienda de campaña contigua.

Cada vez que Nicolas empuña el fusil, a cada esfuerzo que hace para liberar la palanca, el cuchillo hurga. Por supuesto, sangra un poco bajo el vendaje que Célestin le ha puesto, apretado a más no poder: «Como para un caballo, ya te lo he dicho. Eso aguantará mucho tiempo sin moverse».

Ya no tiene miedo. La bala que lo alcanzó habría podido matarlo en el acto sin que tuviera tiempo de saber que moría. Espera la próxima. Hará lo que sea por evitarlo, hará lo que sea para seguir viviendo, aun si en ese momento no sabe realmente qué será de él en esa vida que continuará cuando hayan perdido definitivamente la batalla y toda esperanza para muchos años. Sin embargo, sabe que todo eso puede acabar y no comprende la indiferencia con que contempla ese fin. Solo sabe que lo que están haciendo allí, todos, siendo tan pocos, equivale a hacer pagar a los otros cada metro de terreno que recuperen. Y quizá a decirle a quién sabe qué posteridad que a lo largo de dos meses existió en París, en la primavera de 1871, una esperanza tan hermosa que la gente estaba dispuesta a morir por defenderla.

Ahí está él, Nicolas Bellec, ese jueves 25 de mayo, detrás de una barricada en la Rue de Lyon. Todo lo que piensa, todo lo que siente cabe en ese cartucho que acaba de introducir en la recámara, en la densidad del plomo que, si se le da bien, terminará en la cabeza de un soldado de Versalles.

El traqueteo chirriante que se oye un poco más abajo, en la esquina de la calle, lo saca de sus pensamientos. Los hombres afianzan su posición. Circula una cantimplora. Un poco de vino mezclado con agua. Está tibio y picado, pero remoja bien la boca y la garganta. Ayuda a tragar sin mover demasiado la cabeza.

Lo que aparece rodando despacio por la esquina es una carreta. Nicolas ve las piernas rojas de

los soldados que avanzan refugiados detrás. La carreta se desequilibra, vuelca y cae en el centro de la calzada.

—Esperad —dice un federado que fue capitán y ha arrancado sus galones esa misma mañana, después de decidir que esas tonterías ya no servían para nada—. Esperad —repite—. No malgastéis munición.

Casi inmediatamente, cuatro o cinco hombres empujan una ametralladora que colocan en batería. La descarga estalla en la calle con un estruendo terrible y todos se echan al suelo tras la barricada, con las manos sobre la cabeza, bajo una lluvia de astillas de madera, esquirlas de granito y trozos de plomo ardiendo. El que fue capitán se levanta para echar un vistazo: su quepis sale volando y él trastabilla hacia atrás, alcanzado en la cabeza. El muchacho que estaba justo a su lado lanza un grito mientras el cadáver caído por tierra va cubriendo el empedrado con una capa de sangre. Nicolas, entre dos toneles volcados, vigila la calle llena de soldados. Están tumbados en posición de tiro, agazapados detrás del escudo que constituye la ametralladora, y disparan por encima de la carreta o a través de los agujeros que han debido de practicar previamente en el entablado.

—¡Gerfaut! ¡Te toca!

Un hombre bajo, fornido, en mangas de camisa, se instala enfrente de una especie de tronera y apunta con el arma. Otros dos se acuclillan a su lado y le tienden fusiles ya cargados. Gerfaut no se mueve, el cuerpo firme, estático. Las balas no paran de volar por encima de ellos y de chocar contra los adoquines amontonados con un tableteo denso y duro.

—Bueno, ¿a qué esperas?

—Cierra la boca —masculla Gerfaut.

En medio del ruido demencial del tiroteo ahora incesante, apenas se oye el disparo. Nicolas ve cómo el hombro de Gerfaut encaja el retroceso. Abre fuego seis veces más. Sus compañeros recargan las armas.

—Te has cargado a tres. Ya no queda ninguno de esos perros detrás de la ametralladora.

Los disparos cesan. Lo que les sucede no es el silencio, no. Las cabezas están llenas de silbidos, de zumbidos. Los semblantes todavía crispados, casi deformados, los ojos entornados, las cabezas encajadas entre los hombros. Hombres-tortuga sin caparazón.

—¿Qué es eso? —pregunta Gerfaut, que continúa en posición de tiro.

Los hombres se atreven a mirar por encima de su muralla improvisada.

Un niño.

Un crío muy pequeño, de cuatro o cinco años quizá, está en medio de la calzada y mira a derecha e izquierda a los combatientes de ambos bandos. Lleva una camisa que le llega hasta las rodillas, las piernas al aire. Ha debido de salir del edificio que se alza a su espalda, con los cristales rotos y la puerta abierta de par en par. Mira de nuevo a uno y otro lado y después se

sienta.

Entonces empiezan las llamadas. Las advertencias. «No te quedes ahí. Ven aquí.» ¿Dónde está tu madre?» «Vamos, pequeño. Tienes que irte de ahí. Los del otro lado son malos, van a hacerte daño.»

Se ve a los soldados haciendo grandes aspavientos, de pie detrás de sus defensas. Los federados trepan por la barricada y dan palmadas para atraer la atención del niño.

Durante un rato, aquello es una auténtica zapatiesta. Una especie de concurso para ver quién grita más. Incluso se oyen risas. Se desafían con gestos. «No te fies de esos animales, van a prender fuego a tu casa.» «Cuidado con los fusileros.» «En Versalles se comen a los niños, el ogro se llama Adolphe Thiers.»

Poco a poco, los gritos, las exclamaciones, las imprecaciones decaen. El niño no se mueve. Ha encontrado algo en el suelo, una piedrecita tal vez, o una bala perdida, y juega con ella. En realidad, no juega. Se pasa el objeto de una mano a la otra, repitiendo incansablemente el mismo gesto.

Nicolas oye la detonación y ve saltar una chispa delante del crío. Un soldado grita aún: «¡Sal de ahí de una vez, pequeño bastardo!». Resuena otro disparo. Se levanta un poco de polvo muy cerca del niño. Allá enfrente, algunos ríen. Otros parecen protestar.

—He localizado al tirador —dice Gerfaut—. Voy a hacer que a ese cabrón se le pasen las ganas de divertirse.

Nicolas deja su fusil y trepa por la muralla de adoquines.

—¿Qué haces? ¡Vuelve!

Los compañeros hablan en voz baja, como si no quisieran atraer la atención sobre él mientras camina lentamente por el centro de la calle.

Todos los soldados de Versalles se han puesto en pie y lo observan. Tres o cuatro lo apuntan con su arma.

—¡No te acerques, hijo de puta!

Una decena de pasos lo separan del pequeño, que continúa manipulando el objeto que ha recogido del suelo. Cuando Nicolas está a tan solo dos metros de él, el niño levanta los ojos y mira al cielo. No mira a Nicolas. Su mirada pasa sobre él sin detenerse. Pasa a través de él para perderse en algún infinito.

—Ven.

Nicolas se agacha, alarga su brazo sano. Espera que el niño haga lo mismo, pero este no se mueve, los ojos mirando todavía el cielo, huidizos, hasta tal punto que Nicolas se pregunta si no estará ciego. Decide levantarlo, pero entonces el niño se debate profiriendo gemidos agudos y rechaza los brazos que lo sostienen, y propina cabezazos contra ese pecho que lo protege. Nicolas tiene la impresión de que es un gatito asilvestrado. Regresa a paso más vivo hacia la barricada.

Detrás de él, los versalleses se han callado.

La explosión lo hace volar como si fuera una pluma, y de repente se encuentra al pie de un muro, bajo un alud de tablones y fragmentos de piedra. Se ha replegado sobre sí mismo, hecho una bola, con el niño bajo su cuerpo, tan diminuto ahora que Nicolas tiene la sensación de que el miedo lo ha empequeñecido, como en esos cuentos en los que mentir hace que crezca la nariz. Se levanta y, a través de la nube opaca que se disuelve, ve a sus camaradas poniéndose de pie ellos también e inclinándose hacia los que han quedado en el suelo. No necesitan hablar. Cogen sus armas y sus pocas municiones y echan a correr por la plaza de la Bastilla. Tres muertos permanecen allí, grises de polvo y completamente ensangrentados.

El niño no pesa nada. Se agarra con un puñito a la chaqueta de Nicolas. A la izquierda, los dos cañones de la barricada que cierra la Rue Saint-Antoine se turnan para disparar. En la esquina del Boulevard Beaumarchais, un inmueble está ardiendo. Deben evacuar la barricada: cuatro hombres disparan y empujan una pieza de calibre 8 hacia la Rue de la Roquette. Nicolas continúa hacia el bulevar.

—¿Adónde vas? ¡Por ahí no! ¡Eso va a desmoronarse!

Se vuelve y ve a uno de los camaradas de la Rue de Lyon que se une al grupo que corre hacia la Rue de la Roquette.

—¡Mala suerte!

Tiene que detenerse, porque sus piernas no aguantan más. Delante de él, las chimeneas del edificio caen sobre la casa contigua y hunden el tejado mientras unos bloques de ladrillo se estrellan contra la acera. Nicolas pasa a cierta distancia, con el crío todavía agarrado a él, y se aleja por el bulevar, y durante un momento apenas oye el fragor de los combates. Al girar en la Rue des Vosges, una mujer a la que no ha visto lo llama, y él la busca con los ojos hasta que la divisa en el umbral de un establecimiento.

—¿Adónde va el defensor de la República? ¿Qué escondes en el regazo?

Nicolas se acerca. Es una lavandería, y despide un agradable olor a ropa limpia y jabón.

—Estamos preparando un dispensario. Los demás volverán pronto. ¿Y él?

Nicolas cuenta. Explica. La mujer se compadece de ese hombrecito tan valiente.

—Valiente, no lo sé —dice Nicolas—. Ni siquiera estoy seguro de que se dé cuenta de lo que pasa y de los peligros que corre. Puede que haya visto cosas horribles que lo hayan dejado en este estado...

La mujer hace el amago de acariciar la cabecita rizada, pero antes de que llegue a tocarlo el crío se escabulle y rechaza su mano.

—No importa. Déjalo conmigo de todas formas, estará mejor aquí que contigo corriendo bajo las balas. ¿Y adónde vas ahora?

—A Belleville, a ver qué pasa... Me acercaré a la Place du Château-d'Eau a ver si se me

necesita.

—Se te necesita en todas partes. Sobre todo vivo, tenlo en cuenta.

Él le tiende la criatura, que se aferra a él y después lucha contra la mujer. Ella lo estrecha contra su pecho y lo abraza pese a sus protestas.

Nicolas los deja. Todavía siente el calor del cuerpecito contra él. Se apresura por el bulevar casi desierto. Pasa por delante de gente que acecha el desenlace de los acontecimientos desde las ventanas o detrás de una puerta. Un hombre escupe a sus pies. Otro lo manda al infierno a que lo fusilen. Dos muchachas lo increpan desde un balcón y se echan a reír. A su derecha, oye el contraataque de las ametralladoras. Le parece que están en el Boulevard Voltaire. Corre. Pero el cansancio le obliga a detenerse al cabo de unos metros. Siente puñaladas en el hombro y se da cuenta de que el vendaje está empapado de sangre. A lo lejos, la Place du Château-d'Eau es un gigantesco caldero en llamas.

Un poco más adelante ve un ómnibus al que están subiendo algunos heridos. Hombres y mujeres se afanan. Comprende que están evacuando un hospital de campaña instalado en un teatro. Se aproxima. A treinta metros, la barricada resiste. Las balas golpean las fachadas de los edificios. La plaza está llena de una nube oscura que danza pesadamente.

Una chica se vuelve. El pañuelo de cuadros azules se come casi por completo su rostro delgado.

El corazón de Nicolas deja de latir. Y ella, sin duda, deja de respirar.

Caroline.

Se miran de arriba abajo para estar seguros. Nicolas se decide a sonreír. Caroline se acerca. Señala el vendaje ensangrentado que él lleva en el hombro.

—¿Qué te ha pasado?

—No es nada —dice él.

Aprisa su mano, la llena de besos. Ella la retira meneando la cabeza.

—¡Apártate, ciudadano!

Dos camilleros transportan a un hombre lloroso con una pierna cortada.

—Ven.

Caroline agarra a Nicolas de la mano. Le gustaría pasar el brazo por debajo del suyo, pero no puede. No están dando un paseo de enamorados bajo los árboles. En su garganta seca, las palabras no se forman. ¿Qué decirle?

Nicolas se queda inmóvil un instante al entrar en la sala del teatro. Los artesanados, las molduras de pan de oro y el rojo oscuro de las butacas lo dejan boquiabierto, se pregunta cómo puede existir aún un lugar tan bonito.

—Ya no admitimos a nadie, llévelo fuera —dice el doctor Servin mientras guarda su instrumental en un maletín.

—Sí, pero él es...

El médico la mira y le echa un vistazo a Nicolas.

—Instálelo aquí. Y usted, déjeme ver eso. Y suelte el fusil. Aunque soy médico, y no del todo de su bando, soy menos peligroso que uno de esos soldados que han lanzado contra ustedes.

Retira el vendaje, quita los puntos que han cedido y limpia la herida.

Caroline no suelta la mano de Nicolas. Este siente que el sueño lo invade. Le gustaría acostarse allí, pegado a ella, y dormir. Nada más. Al despertar se dirían todo lo que tienen que decirse.

—Habría que extraer la bala. Ha atravesado el omóplato, pero le ha faltado fuerza para salir. Se nota que está ahí, bajo la piel. ¿Qué le parece?

Nicolas asiente. Está tan cansado... Se hunde en el asiento.

El médico saca del maletín un escalpelo y unas pinzas. Limpia la piel con lavandina y practica una incisión con un gesto rápido.

—Ya está —dice Servin—. Mire.

Le enseña la bala, sujeta entre las pinzas, y la deja caer al suelo.

Ya con el nuevo vendaje puesto, Nicolas se levanta y deja que la sala acabe de dar vueltas a su alrededor. El doctor Servin ha desaparecido. Caroline está delante de él, muy cerca.

—¿Estás bien?

Él dice que sí con la cabeza.

—Te he estado buscando, ¿sabes?

Ella le acaricia la mejilla.

—Lo sé. Nos habíamos perdido.

Oyen gritos, seguidos de un tumulto en el vestíbulo del teatro.

—Hay que salir de aquí —dice Caroline.

Él vuelve a ponerse su camisa mugrienta y la guerrera, coge el fusil y comprueba que en el bolsillo le quedan aún cartuchos.

Salen a la calle, donde una mujer les informa de que los versalleses se acercan por el Boulevard Voltaire. La ametralladora de la barricada ya no dispara, no quedan municiones. Algunos cadáveres están alineados sobre la acera, durmientes sucios con el rostro deformado.

Huyen. Son tal vez una veintena zigzagueando por las calles, entre barricadas improvisadas en cualquier parte, defendidas por hombres que no saben por dónde va a llegar el enemigo. En el Boulevard de Belleville, cientos de hombres, furgones llenos de municiones y piezas de artillería aguardan a que los oficiales o los jefes de los reductos acaben de disputárselos. Batallones en desbandada van a parar allí, veinte o treinta individuos extenuados, con cara de espanto, algunos conducidos por un cabo. «Todos muertos —dicen—. ¿Qué podemos hacer?» Algunos dirigentes de la Comuna, con bandas rojas, subidos en sillas, leen declaraciones de guerra en las que se habla de empuñar las armas y rechazar al enemigo. Nadie los escucha. Tipos furiosos les aconsejan que las empuñen ellos en vez de dedicarse a parlotear. No son armas lo que falta, no tienen más que cogerlas.

Por todas partes se oye el estrépito de los bombardeos. Los incendios arrojan sobre ese caos una calígene sofocante.

Caroline y Nicolas van de una multitud a otra sin decirse nada, dándose de cuando en cuando la mano para no perderse. Se alejan por la Rue Rébéval y encuentran una taberna abierta que huele a sopa y a vino. Dentro hay algunos guardias nacionales completamente equipados, las armas a su lado, apoyadas en las sillas, en silencio ante unos vasos de vino blanco. El patrón se acerca y ofrece caldo de verduras y un poco de queso. Es un tipo alto y enjuto, con un enorme bigote. Se retira arrastrando los pies y vuelve enseguida con una pequeña sopera y dos cuencos.

—Aquí tenéis, tortolitos —dice, dejándolo todo en la mesa—. Esto os calentará la barriga.

Y también pan duro y un trozo de queso. Y vino, porque agua ya no hay. Así que, vino. Ellos le dan las gracias. El hombre se queda parado junto a la mesa, con aire sombrío, y los mira servirse cucharón tras cucharón.

—Todo esto es muy triste —dice—. ¿Quién iba a pensar que acabaría así?

Nicolas levanta los ojos hacia su semblante entristecido y no sabe qué responder. Le pregunta cuánto le deben, pero el hombre niega con la cabeza.

—Nada... O lo que quieras. Yo voy a cerrar esta noche para ir a echar una mano a la Rue de Puebla. Allí todavía hay gente, seguro que podemos hacerles daño. Así se acordarán.

—¿Y luego? —pregunta Caroline.

—¿Luego? Haré lo mismo que los demás. Intentaré salvar la piel, si no está demasiado agujereada. Me quedaré unas semanas en algún escondrijo o cruzaré las líneas de los prusianos. Según dicen, es posible hacerlo de noche por Bagnolet, por la puerta de Ménilmontant.

—¿Sabe si alquilan una habitación por aquí?

—Sí, un poco más allá. Una viuda, la señora Charpentier. Es una casa con los postigos azules. Con ella no tendréis problemas.

Luego lo llaman, así que les desea buena suerte y vuelve a la barra para servir a dos federados que se impacientan.

Nicolas y Caroline comen con un apetito voraz. Limpian la sobera, devoran hasta la corteza amarga del queso, se arañan las encías con los restos de pan duro, que no se han entretenido en humedecer. El vino blanco pasa suavemente por sus gargantas y la cabeza les da vueltas a causa del cansancio.

Una vez fuera, vacilan en la puerta de la taberna. Se preguntan qué hora será, porque está oscuro. El cielo está cargado de densos nubarrones de color antracita. Deciden volver al bulevar para informarse de las últimas noticias. Dombrowski ha muerto. Los Jardines de Luxemburgo son un matadero donde se fusila sin interrupción de la mañana a la noche. Por todas partes, los versalleses registran, arrestan, fusilan. Por todas partes, cadáveres en las calles. Sangre. La sangre de París tiñe de rojo los arroyos.

Ira y desesperación.

La muchedumbre se ha incrementado, deambulan individuos, se forman grupos y se presentan voluntarios para atacar al enemigo. Los que más gritan y más escándalo arman se imponen y empujan a los federados, que intentan organizarse. Nicolas se acerca a un oficial que está dirigiéndose a una cincuentena de hombres. Las tropas de Versalles han sobrepasado la Place du Château-d'Eau. Una columna sube ya por la Rue du Faubourg-du-Temple. El oficial propone enfrentarse a la infantería y defender la barricada de la Rue Saint-Maur. Se adelanta, mientras una parte de los hombres le sigue. Los demás continúan discutiendo sobre lo que conviene hacer. Ir hacia el cementerio de Père-Lachaise y sorprender por la espalda a los asaltantes de la Bastilla. Un sargento explica que su cuñado está allí. Un hombretón, un valiente. La veintena de hombres baja por el bulevar entonando «Canto a la libertad».

Nicolas aprieta la correa de su fusil al verlos partir.

—¡Cielo santo, míralos! Todavía quieren más. ¡Qué audaces!

—¿Y tú? —pregunta Caroline—. ¿También quieres más?

—Querría si pudiera, pero no puedo. No sé muy bien cuál es la diferencia.

Pasan junto a un furgón de artillería que vigilan dos hombres sentados en los arzones. Nicolas se detiene y le entrega el fusil a uno de ellos.

—Toma, he encontrado esto.

Saca del bolsillo los seis cartuchos que guardaba.

—Y esto también.

El hombre, sorprendido, lo mira, ve su herida y, apretando las municiones en la mano, mira a Caroline.

—Comprendo —dice con una sonrisa—. Hay que salvar lo que todavía se puede.

Ellos le dicen adiós y se alejan.

—¡Llevad cuidado! —grita el federado—. ¡Me llamo Marius Meylan! ¡Soy yo, el marido de la Marsellesa!

Se vuelven y lo ven de pie, empuñando el fusil con una inmensa sonrisa. Caroline le envía unos besos y Nicolas vuelve a saludarlo con la mano útil. Se les parte el alma. Marius se sienta y les da la espalda. Ellos echan a andar de nuevo y, sin decirse nada, regresan a la Rue Rébéval. Encuentran fácilmente la casa de la viuda gracias a los postigos azules.

Ella va a abrirles casi enseguida y los examina con expresión severa. Nicolas le explica que el tabernero les ha indicado su dirección, y entonces ella los invita a entrar por un estrecho pasillo.

—Es aquí —dice, empujando una puerta—. Da a un pequeño patio. Incluso se puede llegar a la Rue Vincent atravesando por los cobertizos. Hay agua en la jarra, y una palangana y jabón. Hace semanas que no viene nadie, pero yo siempre tengo el cuarto preparado y limpio. Si necesitan algo, estoy abajo, en la cocina.

Le dan las gracias, dicen que está todo muy bien. Nicolas pregunta cuánto cuesta.

—Para los de la Comuna, nada. —La mujer se acerca a la ventana y echa un vistazo al cielo—. Está noche habrá tormenta. Así se apagarán los incendios.

Cierra despacio la puerta tras de sí y ni siquiera la oyen alejarse por el pasillo.

Se ponen cómodos y se tienden en la cama. Está oscuro en ese cuartito que huele a ropa limpia y a leña. Durante un rato permanecen inmóviles, tumbados, mirando el techo manchado de humedad. Luego Caroline le coge la mano a Nicolas, se la lleva a los labios y empieza a darle besitos. Nicolas se vuelve hacia ella, la atrae contra sí y la besa en la frente, la nariz, la boca. Ella responde a sus besos. Y siguen así largo rato, riendo cohibidos de vez en cuando como si fuera la primera vez. Sus manos ciñen las caderas, los hombros del otro. Están pegados. Abrazados así, entran en calor, de modo que se desabrochan el cuello de las camisas. Sus besos buscan entonces la piel allí donde se esconde. En el hueco de la clavícula, en la parte baja de la nuca.

No se dicen nada. Hacía falta eso primero. Solo eso, porque de otra cosa —no necesitan hablarlo— no se sienten capaces. Todavía no. Recuerdan los días que acaban de vivir y cada uno se estremece por su lado, y se les hace un nudo en la garganta mientras con la boca intentan encontrar el camino.

Más tarde, después de haber dormido un poco, en la noche traspasada por relámpagos de tormenta, hablan. Caroline se siente tan sucia que no se atreve a contarle todo. Nicolas no encuentra todas las palabras para expresar su tristeza por la pérdida de sus dos camaradas. No siempre ven, en esa oscuridad que sin embargo los une, las lágrimas que el otro deja correr.

Duermen mal, pero están bien. Los truenos se mezclan con el bombardeo que ya no cesa. La lluvia cae, golpetea y chorrea por todas partes. Su ruido húmedo les da sed, y beben agua del jarro sin importarles nada y riendo de todo. Duermen abrazados, completamente vestidos. A cada uno lo despierta su propia pesadilla, esa que no contará nunca, y se duerme de nuevo en el sueño del otro.

Sin miedo al temporal que ruge fuera.

VIERNES, 26 DE MAYO

Los golpes que dan en la puerta de la calle resuenan dentro de esos sueños aterradores que han ido cobrando forma, y se despiertan aliviados al ver que sus pesadillas se están disipando. Pero parece que la puerta vaya a saltar en pedazos, y oyen gritar «¡Abran! ¡En nombre de la ley!» y a la viuda contestar que ya va y luego hurgar con la llave en la cerradura disculpándose: hay que engrasar todo eso y una mujer vieja como ella a veces tiene dificultades para salir de casa, y los soldados se impacientan, dan golpes y amenazan, exasperados también, sin duda, por la lluvia que les cae encima.

Caroline abre la ventana y pasa una pierna por encima del alféizar mientras Nicolas escucha detrás de la puerta a la anciana protestando por esa intrusión y jurando que vive sola y que no ha visto a nadie en muchos días. Luego pide auxilio y grita de dolor implorando compasión. Nicolas, indignado, sale al pequeño patio, donde Caroline lo agarra de la mano y lo arrastra.

—¡La están maltratando, cielo santo! ¡Van a matarla!

Caroline no dice nada. Sin armas, solos y perseguidos, lo único que pueden hacer es huir como animales acosados. Se escurren entre barracones de madera y cobertizos añadidos a la parte trasera de las casas, en algunos de los cuales hay perros encerrados que ladran abalanzándose sobre las puertas tambaleantes. La lluvia emite su habitual gorgoteo en los canalones y corre por los tejados de tablas alquitranadas. Se apresuran en silencio por ese laberinto inundado y acaban por desembocar en una calle desierta con el pavimento deteriorado, flanqueada por casas bajas y jardines delimitados por vallas caídas. Flota en el aire, bajo el cielo encapotado, un olor a ceniza fría.

Se detienen bajo un portalón para recobrar el aliento. Escuchan el reinicio del combate, su estruendo como sofocado por la capa de nubes y la lluvia que arrecia. Nicolas imagina las últimas barricadas deshechas, arrasadas por trombas de agua o arroyos súbitamente crecidos; diques de arena alzados contra la tempestad. Le gustaría estar con los demás. Se dice que no fallaría ninguno de sus tiros y que los versalleses caerían a cientos y no pasarían, no, no pasarían y ellos podrían entonces confiar en hacerles retroceder. Durante un rato su espíritu se exalta con enfrentamientos heroicos, maniobras determinantes, audaces contraataques. Como si el desenlace del combate dependiera de la voluntad individual, del valor de cada uno. El valor, la audacia y, por qué no, el heroísmo, él los ha visto en acción. Ha visto que el miedo en los ojos de los camaradas desaparecía en un visto y no visto en el instante en que decidían quedarse y resistir bajo las balas,

o cuando era preciso asomar por encima de la muralla y disparar. Ha visto morir a niños que habían vivido muy poco, y recuerda el semblante grave de Adrien cuando hablaba del futuro como de una promesa que parecía hacerse a sí mismo y que estaba firmemente decidido a cumplir.

Le encantaría verlo llegar corriendo bajo la lluvia, jadeando, con los soldados de infantería pisándole los talones. Se les ocurriría algo, a los dos, para escapar de ellos. Imagina la aparición del fantasma. Se dice que todo eso lo ha soñado, la muerte de sus amigos, los ataques de los versalleses, la aniquilación de la Comuna en medio del desastre y la sangre, y que va a despertarse en un acantonamiento y todo será posible aún. Le gustaría que esa clase de magia fuera posible. O al menos creer en ella como los niños y seguir esperando alegrías improbables.

Caroline sacude sus cabellos. Tirita bajo la chaqueta de hombre, el cuello y los hombros empapados.

—Tenemos que movernos —dice.

Nicolas sale de su ensoñación y la coge del brazo. Se ponen en marcha, encorvados bajo ese amanecer gris en la calle desierta. Más lejos, en la Rue de Puebla, la batalla se reanuda bruscamente. Restallan dos descargas de fusiles. Un obús explota, luego otro. Nicolas se vuelve, aminora el paso.

—Vamos —dice Caroline—. Ya no se puede hacer nada.

Tira de él, lo arrastra. El tiroteo no cesa. Cruzando una calle, más lejos, oyen unos gritos. Un disparo. Echan a correr.

—¿Adónde van tan deprisa?

La voz es fuerte, casi imperiosa. Nicolas se detiene, busca a través de la lluvia que le cae en los ojos y ve a un viejo de pie en el umbral de su casa, apoyado en un bastón. Va tocado con un sombrero de campesino de ala ancha bajo la que brillan unos ojos azules.

—No conviene andar por las calles tan temprano —comenta el viejo.

—¿Por qué lo dice?

—¡Caray, por la lluvia!

Una risa aguda lo sacude de arriba abajo. Caroline le tira de la manga a Nicolas.

—Estamos perdiendo tiempo. No hagas caso.

—Y tiempo, querida señorita, ustedes no tienen mucho, ¿verdad? ¡Con lo jóvenes que son!

El hombre se acerca a ellos a paso de baile, haciendo girar a su alrededor su inútil bastón. Se planta delante de Caroline y la devora con sus ojos risueños.

—He hecho bien en salir: mira por dónde, he visto a una chica guapa. Pero basta de galanterías. Conozco un lugar donde el tiempo ya no cuenta y donde, por lo tanto, puede uno esperar días mejores. Por lo menos, en vuestra situación.

Se interrumpe porque tres autobuses acaban de estallar un poco más allá, hacia el bulevar. El viento húmedo empuja hasta la calle una estela de humo pesado, denso como una bruma de otoño.

—Destruirán esta ciudad antes que dejároslo —dice el hombre mirando hacia arriba.

—¿A qué se refería con eso del tiempo? —pregunta Nicolas.

—Al final de esta calle hay un cementerio. El cementerio de Belleville. Un viejo lugar donde descansan muchas buenas personas. Mis padres, mi hija, mi esposa. Clotilde y Ninon.

Calla y parpadea, y un poco de gris tiñe furtivamente el azul de sus ojos. Menea la cabeza.

—Ya no se utiliza apenas. Quizá porque está demasiado lleno, no lo sé. Pero id. Hay monumentos funerarios donde podréis refugiaros. Y sobre todo, intentad encontrar al guarda, un viejo loco que se llama Gustave. Él os ayudará. Luchamos juntos en el 48 y en el 51. Ahora somos demasiado viejos para disparar, y puede que con la edad y nuestras miserias creamos un poco menos en todo esto. Pero mi corazón ha latido más fuerte en los últimos tiempos. Y el de Gustave también, me lo ha dicho. Casi lloraba, ese viejo diablo. Estoy seguro de que se ha desahogado junto a algunos muertos en lo que él llama su jardín. Tiene sus preferidos, que comparten sus ideas y lo aprueban, evidentemente en silencio. Yo le he prohibido que vaya a despertar a los míos. Si vinieran a visitarme, impalpables y mudos, no sabría qué decirles... Los fantasmas no sirven de nada. Yo prefiero los recuerdos.

Caroline se muestra de acuerdo asintiendo con la cabeza. Ella siente la misma tristeza. Le sonrío, y el hombre alarga hacia su rostro una mano un poco trémula y le acaricia la mejilla. Se rehace, se yergue. Sus ojos vuelven a iluminarse, más claros que el día gris.

—Basta de melancolía... Se trata de que vosotros escapéis. Decidle a Gustave que os envía Simon. Decídselo, le gustará.

Nicolas le da las gracias, le estrecha la mano. El hombre se inclina ante Caroline de forma teatral, quitándose el sombrero y trazando en el aire unos arabescos salpicados de agua. Un grupo de federados pasa cerca de ellos, prácticamente corriendo. Son una veintena, desaliñados, armados. Hablan alto, claman venganza. Avanzan por la Rue de Belleville, dudan en un cruce sobre la dirección que deben seguir. «Por aquí», grita uno de ellos. Desaparecen. Se oyen disparos, el toque de una corneta. Voces que llaman y otras que responden. El barrio parece despertar a fuerza de sobresaltos.

Nicolas y Caroline se alejan bajo la lluvia, que cae con redoblada intensidad. Ella se vuelve hacia el viejo Simon, aún de pie tras el espeso velo del aguacero, y le envía un beso con la mano al que él responde con una reverencia. Caroline piensa que podría ser un antiguo actor, y se acuerda del teatro Déjazet y el doctor Servin. De esa noche pasada remendando heridos, apaciguando a los que iban a morir y lo sabían y preferían no creerlo. Se coge del brazo de Nicolas y se aprieta un poco contra él. Y él tiene la impresión de que así, tan cerca el uno del otro, no corren ningún peligro. Nicolas mete la cabeza entre los hombros y aprieta el paso para alejarse más y cuanto antes de la guerra desatada a su alrededor, una guerra contra el pueblo de París y todas sus esperanzas, porque se avergüenza de desertar y de alegrarse de hacerlo.

La verja de entrada gruñe sordamente sobre sus goznes y se detienen, transidos, a la entrada de una alameda bordeada de árboles que agita el viento, ante hileras de tumbas sobre las que el cielo parece más bajo y la lluvia más fría, y se acurrucan un poco más uno contra otro. Después se adentran y descubren la casita del guarda, con las contraventanas blancas. Llamam a la puerta, esperan, atentos al menor movimiento. Un gato los observa, sentado bajo un tejadillo que protege un montón de herramientas.

Regresan a la alameda, donde el silencio se ha refugiado bajo los árboles, entre las tumbas, mientras los clamores de la multitud y el estrépito del bombardeo hacen temblar el cielo y sacuden la lluvia. Encuentran una hilera de esos monumentos funerarios que a los burgueses les gusta erigir, sin duda para afirmar más allá de la muerte su dominio sobre el mundo. Las puertas y las verjas de hierro resisten, hasta que una de ellas se abre con un chirrido terrible. Caroline escruta la oscuridad del panteón asqueada a causa del olor a moho y salitre, y quizá porque una vaga pestilencia la hace retroceder. Tiene la sensación de que, una vez cerrada tras ellos, esa puerta hinchada por la herrumbre no podrá volver a abrirse, y poco le importa no estar sola en esas tinieblas si una tumba se abre bajo sus pies y los engulle.

—Ven —dice Nicolas tendiéndole la mano—. Es grande. Estaremos a resguardo de la lluvia.

Ella se estremece al recordar el sótano donde creyó que moriría, el miedo le atraviesa el corazón como un aguijonazo que la deja sin habla. El frío le traspasa los huesos.

—Esto es diferente —dice él—. Mira: está iluminado.

Le señala una abertura en la pared en forma de cruz, estrecha como una tronera, que deja pasar un poco de claridad. Caroline entra y se sienta inmediatamente, encogida, en un banco de piedra. La recorre un escalofrío al oír que la puerta se cierra con un ruido lúgubre. «Estoy en la morada de los muertos. No saldré de aquí.»

Se quitan las chaquetas y las cuelgan de unas cruces. Escurren las camisas, casi desnudos, tiritando; cuando vuelven a ponérselas, la tela está tan helada que les corta la respiración. Se frotan. La espalda, los hombros, el vientre, el pecho, los brazos, las piernas. No olvidan ninguna parte de sus cuerpos congelados, pero ni por un instante piensan en acariciarse. Ninguna ternura en sus gestos. Más bien cierta brutalidad en su esfuerzo por arrancar el frío pegado a la piel del otro.

Los dos sueñan con una fogata. Con una manta sobre los hombros. Gruesos calcetines que les lleguen hasta las rodillas. Un cuenco de sopa bien caliente. Un trozo de pan tierno. Una cama. Todo ello se revela ahora un lujo inaccesible, sentados como están uno contra el otro en esa tumba de piedras verduzcas de musgo, ennegrecidas y gélidas. No se atreven a hablarlo en voz alta para no apenar y torturar más al compañero de infortunio, a la compañera de los malos tiempos.

Tampoco se atreven a hablar de la dificultad que tienen para sentir el estremecimiento que sentían antes cuando estaban juntos. Cada uno por su lado tiene la impresión de que algo en su interior ha muerto y no sabe qué es.

Caroline sabe que es otra la que ha salido de esa cueva en la que ha dejado tal vez su infancia y su juventud. Ignora si una parte de ella ha madurado o se ha podrido, casi muerta como se imaginó dentro de aquel agujero. Esta noche no ha encontrado las palabras para intentar explicárselo a Nicolas. Se pregunta si las encontrará algún día. Y si contarle será de alguna utilidad.

Nicolas también ha perdido la fuerza de vivir. No consigue deshacerse de una tristeza agazapada al fondo de su mente como el lodo de un estanque, que emerge y lo enturbia todo en cuanto una insignificancia agita la superficie. Se dice que se le pasará. Quiere creerlo. Se toca la herida a través del vendaje y le asombra que no le duela, pero sabe que en el futuro esa cicatriz, cuando la toque, despertará otros dolores.

Piensan en todo eso sin decir nada, en medio del espantoso rumor de los combates a su alrededor. No saben qué hora es. No llueve con tanta intensidad, pero el sol no se decide a salir. Caroline levanta los ojos de vez en cuando hacia esa cruz que dispensa una claridad lívida, intentando adivinar un indicio del regreso del sol.

De tanto en tanto se adormilan para volver a despertar sobresaltados, inquietos, acompañados por el goteo continuo de la lluvia. Al anochecer oyen a una multitud exaltada, gritos de odio, una descarga de fusiles. Es muy cerca. Se levantan, alertas, pendientes de si alguien irrumpe en el cementerio. Luego vuelve a hacerse un silencio total. A duras penas se ven, se agarran el uno al otro.

Dejan que caiga la noche. Se ponen las chaquetas, se arman de paciencia intentando imaginar lo que harán mañana. Porque parten del principio de que habrá un mañana. Vuelven a oír el tiroteo que se reanuda, que se interrumpe, para comenzar de nuevo antes de cesar.

En el silencio un instante recobrado, algo les asusta y gritan al unísono. La puerta de hierro se ha abierto de pronto y ha aparecido un hombre con una linterna en una mano y un fusil en la otra.

—Salgan de ahí. Ya sabía yo que los encontraría aquí.

Ellos salen, tambaleantes, bajo la llovizna. No distinguen el rostro del hombre, al contraluz detrás de la linterna.

—Vengan por aquí.

—Ha sido Simon quien nos ha dicho...

—Ya lo sé.

Se tuercen los tobillos andando sobre el suelo irregular. En una ventana se vislumbra un débil resplandor. El hombre los precede y empuja una puerta.

—Entren.

Cierra detrás de ellos, echa el pestillo. Caroline y Nicolas se han acercado de inmediato al fuego. Están de rodillas, con los brazos extendidos hacia las llamas.

—Quítense esa ropa y pónganla a secar. Les daré algo con que cubrirse. Tengo algunos trapos guardados por ahí.

Se vuelven hacia él y ven su cara alargada y huesuda, unas mejillas hundidas que la barba no acaba de tapar.

—No se queden así, arrodillados. Este fuego no es divino. Aquí no hay ningún dios. Ni aquí ni en ninguna parte. Cojan unas sillas. Supongo que tendrán hambre. Por cierto, yo soy Gustave.

Se estrechan la mano y Nicolas va a coger dos sillas. La madera de los asientos cruje bajo el peso de su cansancio. El hombre les prepara una tortilla. De espaldas a ellos, atareado ante su hornillo, les explica que habrá que esperar hasta el amanecer porque es el momento en que los prusianos están menos vigilantes. Han traído refuerzos para impedir el paso a los fugitivos. Desde las fortificaciones se les ve patrullar. Al parecer esos cabrones han instalado artillería delante del fuerte de Vincennes.

—Saldremos por la noche y esperaremos cerca de un fortín a que amanezca.

—¿Por qué hace esto? —pregunta Caroline.

—Porque no puedo hacer otra cosa. Pasaremos por una brecha que abrió un bombardeo durante el asedio. Habrá que andar.

—Andaremos.

Comen y charlan un poco. El anciano se sumerge en largos silencios, meneando la cabeza, mirándolos primero a uno y luego al otro con aire apenado, lamentando que las cosas hayan ido tan mal.

—Ustedes quizá vean la república universal de los trabajadores. Estábamos muy cerca. No podemos perder siempre, ¿no creen?

Ya no saben qué creer. A esas alturas no tienen fuerzas suficientes para pensar en un porvenir radiante, y la ira que anida dentro de ellos hace que sus corazones latan con fuerza, pero fatigados de esa marcha forzada sin horizonte.

—Habrá que resistir, día tras día —dice Caroline—. En cuanto al futuro, ya veremos más adelante.

Se levanta y se estira dándose un masaje en los riñones. Gustave va a buscar unas mantas viejas y las extiende delante de la chimenea. Se acuestan, doloridos y cansados. Antes de quedarse dormidos, piensan por fin en sonreírse.

SÁBADO, 27 DE MAYO

Gustave los despierta empujándolos despacio con el pie. Nicolas cree que es un capitán que hace levantarse a la compañía para emprender el combate, hasta que ve por encima de él un candelabro de tres brazos con llamas trémulas. En el hogar, las brasas del fuego moribundo todavía se agitan y Caroline no puede evitar acercarse para calentarse las manos. La ropa que Gustave les entrega huele a polvo y a leña. Caroline prácticamente desaparece bajo una levita remendada. Se miran el uno al otro con semblante alegre.

Fuera, la niebla emboza la noche. Se oye el agua que gotea de los tejados. Gustave asegura que esa bruma es una agradable sorpresa.

—Es el manto de los fugitivos —dice.

Camina delante de ellos a buen paso. Ha cogido su fusil, que lleva colgado del hombro, y se apoya en un bastón fuerte y nudoso. Casi no se distinguen las casas, ni tampoco los espacios abiertos de los jardines. El empedrado brilla apenas, iluminado por no se sabe qué resplandor que el cielo dispensa pese a todo. En una esquina, Gustave se detiene, permanece atento. Se oye hablar a unos hombres en voz baja. No se entiende lo que dicen. Ruido ligero de metal. Tintineo. Roce de zapatos en el suelo. Soldados.

Gustave hace una seña y los tres, encorvados, cruzan la calle. Nicolas se acuerda de los combates nocturnos con sus camaradas. Pone una mano en el hombro de Caroline, que se vuelve hacia él, lívida, la mirada vacía, las facciones tensas.

Llegan al pie de las murallas. Cerca de un fortín hay una brecha y un montón de piedras desprendidas que no hay más que subir.

—Esperamos aquí.

Gustave se sienta sobre una piedra, el fusil atravesado sobre el pecho. Ellos dos se instalan en esa especie de nicho, apretados uno contra otro, frente a él. Los tres vigilan la noche, sofocada por la niebla, forzada a un silencio lleno de gritos contenidos y deflagraciones inminentes. Un perro ladra. Otro, más lejos, responde. Después, el silencio. Nicolas deja que su mente divague e imagina a los dos animales degollados por unos soldados cuya presencia habrían delatado.

Caroline se adormece. Sueña que aún está tumbada en lo hondo del sótano y de repente el suelo se levanta y un cadáver se yergue gimiendo, debatiéndose con la tierra que lo cubre, y es su padre, que se sienta y se vuelve hacia ella, pero ella no le ve bien la cara, sabe que es él, pero él no acaba de volverse del todo y está muy oscuro, y cuando por fin el rostro aparece es una máscara

horrible que se queja e implora, y ella profiere un grito y se despierta, asustada.

—No es nada —le susurra Nicolas.

Ella se repone, se da palmadas en las mejillas.

—¿He gritado fuerte?

—No. Parecía que te peleabas con una telaraña.

El viejo Gustave se pone en pie y alza la cabeza para observar la niebla que se va aclarando.

—Hay que marcharse.

Echan a andar por un camino lleno de roderas, bordeando casuchas al pie de las fortificaciones. Un poco de viento levanta jirones de bruma y los empuja hasta dejarlos caer de nuevo. Aprietan el paso sin necesidad de decírselo, por miedo a quedar repentinamente al descubierto. Cada poco rato, Caroline le da la mano a Nicolas.

Llegan ante un derrumbe de tierra y piedras. La muralla está partida en dos, reventada, y deben escalar el montículo. Unos cascotes caen rodando detrás de ellos, a veces grandes piedras cuyo ruido los espanta. Comienzan a deslizarse por el otro lado y caen de culo sobre el fango, en medio de una blancura inmóvil, espesa como crema.

Chapotean en los charcos, escalan pequeños promontorios, derrapan en pendientes de arcilla antes de tomar un camino empedrado. Ahora se encuentran en la zona que fue totalmente vaciada de población, deforestada y aplanada durante el asedio. Nicolas explica que deben caminar a tres metros de distancia entre ellos para no facilitarles demasiado la tarea a los centinelas. Avanzan, pues, como si estuvieran solos, más separados aún por la niebla que se acumula entre ellos. A su alrededor se extienden campos que ellos no ven, pero cuya tierra despide un soplo potente, casi caliente.

Gustave se agacha, ellos lo imitan.

—Allí —dice.

Se divisa la masa oscura de una casa. Tal vez una granja. Se oye hablar alemán.

—A la derecha. Quítense los zapatos si no quieren que se queden enterrados.

Se descalzan. Se hunden temblando en el suelo empapado y siguen una línea de surcos en los que crece un trigo joven. El barro les llega hasta las rodillas, cada paso exige un gran esfuerzo. Caroline cae de lado, su mano se hunde en la tierra cuando intenta ponerse de pie y Nicolas tiene que levantarla.

—No puedo más —murmura la joven.

Nicolas la sostiene, se tambalean, jadean, deben detenerse a menudo para recobrar el aliento. Delante de ellos, Gustave avanza prácticamente a cuatro patas. Van a dar a un talud cubierto de espinos donde hacen una pausa: retiran de sus pies todo el barro que los cubre y se ponen los zapatos. Al otro lado hay una carretera. No se atreven a sentarse por miedo a no poder ponerse luego en pie. Gustave saca de su mochila una cantimplora y se la ofrece a Caroline. Es agua

cortada con un poco de aguardiente de ciruelas. La joven nunca ha bebido nada mejor.

Ha amanecido y el viento se despierta. Agita la niebla, la levanta poco a poco.

—Por ahí está Bagnolet —dice Gustave—. A una hora de marcha.

La carretera está pavimentada y avanzan deprisa. Nicolas se vuelve hacia París, donde el bombardeo se reanuda de forma intermitente. Con el corazón en un puño, se obliga a sincronizar su respiración y su paso. Gustave gira en un camino oculto entre dos hileras de arbustos.

—En el pueblo encontraremos ayuda. Conozco a un buen muchacho. Rosteau, se llama. Lo ayudé a enterrar a sus padres hace dos años. Se ha convertido en un amigo. Tiene un café detrás de la iglesia. Ahí es adonde van los que quieren escurrirse de la misa.

El camino sube por un talud, cruza una carretera. Gustave les hace señas para que se apresuren. Allí la niebla todavía flota a ras de los campos y empieza a lloviznar.

De repente, un grito. *Halt!* Una patrulla, a su izquierda. Gustave empuja a Caroline y Nicolas, que caen rodando por la pendiente sin comprender nada. Ven al anciano apuntar, disparar, tirar el fusil y correr por el camino, al otro lado de la carretera. Una descarga barre el follaje y parte ramas por encima de ellos. Gustave sigue corriendo. Se oye a los prusianos gritar. Nicolas arrastra a Caroline hasta una zanja inundada. Están en cuclillas dentro del agua. Los soldados, una decena tal vez, pasan por la carretera y se lanzan en persecución del anciano.

—Ven.

Salen del agua, se agarran a los espinos, se ayudan mutuamente a subir a la carretera y corren todo lo que pueden. Dos disparos les hacen trastabillar, pero se enderezan, ven a la patrulla alcanzar al viejo Gustave, que gatea, se incorpora y cae de nuevo.

Sortean otra barrera, se tumban en el fango, avanzan a cuatro patas, casi llorando de agotamiento, riendo sin motivo cuando de pronto pueden caminar erguidos durante unos minutos. Llegan a las primeras casas de Bagnolet bajo la lluvia. Se cruzan con una mujer que se detiene para ver pasar a esos dos seres cubiertos de barro, horribles, como salidos de una pesadilla.

—Vengan —les dice—. No se queden ahí, va a pasar la patrulla.

Los conduce a un establo. Tres vacas vuelven hacia ellos sus ojos tranquilos. Al fondo, un gran caballo golpea el suelo con una pata. Hace calor. Se desploman sobre un montón de paja.

—No se muevan —dice la mujer—. Aquí ya están seguros. Volveré.

Hacia mediodía, la mujer regresa con una chica alta que mira con espanto a aquellas dos criaturas surgidas de la tierra como muertos vivientes salidos de una tumba. Llevan dos cubos de agua caliente cada una. Lavan a Caroline con un pedazo de jabón y la secan con una sábana. Caroline se deja hacer como una niña. Las dos mujeres no dicen nada, se limitan a pedirle que levante los brazos o una pierna, que cierre los ojos mientras le lavan el pelo.

No se atreven a mirar a Nicolas, que se las apaña solo en un rincón, de espaldas a ellas.

Pasan el día envueltos en grandes camisas agujereadas. Somnolientos, mudos. Tocándose de vez

en cuando como si quisieran comprobar que el otro está todavía ahí, vivo, y todo es absolutamente real. En un momento dado, una patrulla prusiana entra en el patio de la granja. Un soldado chapurrea unas palabras sobre unos fugitivos que andan buscando. «Fusilados —grita—. ¡Seréis fusilados!» La granjera contesta que no ha visto a nadie, menuda ocurrencia, con ese tiempo. Tiene algo para ellos. Se oye un gran revuelo en el gallinero y el cacareo de una gallina que la mujer ofrece a los soldados. «Buen pollo —dice—. ¡Para esta noche, para cenar!»

Más tarde, en la oscuridad, se presenta un hombre. Se llama Maurice Rosteau. La noticia de la muerte de un tal Gustave, que ha disparado contra una patrulla, ha corrido por el pueblo. Así que él viene a continuar lo que su amigo ha empezado. Caroline y Nicolas se visten con harapos. Ya habrá algo mejor más adelante.

Salen de la granja, aturdidos. Se dejan guiar, desprovistos de toda voluntad. Dan las gracias a la mujer, que se llama Victorine. Al cruzar una calle, Nicolas se detiene y mira hacia el oeste. París, devorado por las llamas, arroja al cielo encapotado un resplandor rojizo, como un aliento de sangre.

La mano de Caroline aprieta su hombro.

—Volveremos —asegura—. Volveremos.

DOMINGO, 28 DE MAYO

Epílogo

Los demás están muertos. Ha cogido de sus bolsillos los cartuchos que quedaban. Durante un rato de tregua, ha cargado nueve fusiles. Ha transportado algunos cuerpos hasta una mercería cuyo escaparate está destrozado. Los ha tendido allí delante lo mejor que ha podido. Lloraba mientras lo hacía. No pensaba que fuera capaz de derramar una sola lágrima más, y sin embargo lloraba desconsoladamente mientras los alineaba, esforzándose en cubrir las caras aplastadas y los cráneos abiertos con quepis desperdigados por ahí. Ha excavado un agujero delante de una especie de tronera entre dos montones de adoquines desmoronados. Ha extendido una manta y se ha tumbado en posición de tiro.

Lleva en el brazo un brazalete rojo. Va en mangas de camisa, cubierto de sangre y de tierra, con la cara, mal afeitada, negra de pólvora. Un corte en la frente, un tajo en la mejilla derecha. Resulta difícil calcular su edad.

Aguarda. Está solo en medio de las ruinas de la Rue Ramponneau.

Hace un rato, después de atacar, los versalleses se retiraron al Boulevard de Belleville. Se llevaron el cañón. Dejaron la ametralladora en batería en el centro del cruce. Él no aparta el ojo de la mira, apunta a un lado de la calle y va recorriéndola hasta llegar al lado opuesto.

Vuelven. Avanzan protegidos por un furgón. Un soldado aparece y planta una bandera tricolor en un montón de cascotes. Los otros gritan. «¡Ríndete, desgraciado! ¡Eres el último, te perdonamos la vida!»

Ríen.

Él no vacila. Dispara. Por efecto del retroceso, la culata del arma golpea su hombro dolorido. El asta de la bandera se parte y el trozo de tela cae en el fango.

Una lluvia de balas pasa por encima de su cabeza y tamborilea por todas partes, como si fuera granizo. Alcanza otro fusil. Comprueba el alineamiento. Por encima del furgón, alguien enarbola otra bandera. Él contiene la respiración, presiona el gatillo. Falla.

Agarra otro fusil. Apenas apunta. La bandera cae.

Los soldados ríen. «¡Hijo de puta! ¡No respetas la bandera! ¡Vamos a destriparte!»

Durante un rato no se mueve nada en el silencio que ha vuelto a caer sobre el barrio. Ni un solo disparo. Los muertos ya no hablan y los que van a morir callan.

Rompe de un solo tiro el asta de la tercera bandera. Allí ya no ríe nadie. «¿Y bien? —Se oye gritar a un oficial—. ¿Se puede saber a qué juega?»

El hombre rueda sobre sí mismo, se arrastra hasta un rincón. Saca el billetero de un bolsillo, retira de él dos fotos y las mira largamente, las besa antes de deslizarlas en el bolsillo de los pantalones. Una mujer rubia y guapa sonríe bajo un árbol. Una pareja posa con semblante feliz; dos niños con expresión seria están sentados delante.

Entra en un edificio. Sabe que hay un pasadizo allí abajo, al fondo del patio desplomado.

Un cuarto de hora más tarde, un centenar de soldados toma el lugar por asalto. Escalan lo que queda de la barricada, fusilan a los muertos, los vuelven a matar a bayonetazos. Ebrios de rabia.

Un capitán encuentra el billetero. Lo abre y saca un diploma de abogado doblado en ocho a nombre de Clovis Landier.

Dicen que quinientos hombres peinaron el barrio, casa por casa, escarbando en las ruinas con el único objetivo de capturar a ese insurrecto que había plantado cara a una compañía entera, él solo, y profanado tres veces la bandera.

Entre los muertos de la barricada, a los que se hizo identificar por unos testigos aterrorizados, no se encontró su cuerpo.

Cabe pensar que él había encontrado su alma y que caminó mucho tiempo con sus queridos fantasmas.

Glosario

17 de mayo: una explosión destruyó una fábrica de cartuchos situada en la Avenue Rapp, causando la muerte de unas cuarenta personas y el derrumbamiento de varios edificios de los alrededores. De no ser por la intervención de los bomberos, que salvaron de las llamas numerosas municiones y grandes cantidades de pólvora, la catástrofe habría sido mucho más grave. La probabilidad de que se tratara de un sabotaje es muy alta, aunque nunca se pudo llevar a cabo una investigación seria.

Badinguet: sobrenombre satírico que la oposición le puso a Napoleón III.

Camisa roja: formaba parte del «uniforme» de los partidarios de Garibaldi. Algunos fueron a combatir junto a los insurrectos de la Comuna.

Cañón de balas: nombre que se aplicaba a las metralleras en la época.

Claude, Antoine: llamado el señor Claude, jefe de la Seguridad de 1859 a 1875, experto en tejemanejes y manipulaciones de todo tipo. Pasó unas semanas en prisión durante la Comuna y posteriormente volvió a asumir sus funciones al servicio de los vencedores.

Dombrowski, Jaroslaw: nacido en Polonia (anexionada por el imperio ruso) en 1836 y muerto el 23 de mayo de 1871 en la calle Myrrha, en París, durante los combates contra los versalleses. Fue —junto con otro polaco, Walery Wroblewski— uno de los oficiales superiores con formación militar de la Comuna, y lo nombraron general. El talento y el valor de estos dos hombres eran reconocidos por todos.

Ducasse, Isidore: conde de Lautréamont, autor de *Los cantos de Maldoror*, con quien Pujols tuvo relación en el pasado.

Guardia Nacional, la: estaba organizada en veinte legiones, una por distrito, divididas en un número de batallones que variaba en función de la población del distrito.

La Cécilia: general de la Comuna.

Mahon, Mac: general jefe del ejército regular, a las órdenes del gobierno instalado en Versalles y dirigido por Adolphe Thiers.

Rigault, Raoul: jefe de la Seguridad Nacional de la Comuna. Se le indujo a presentar su dimisión el 23 abril a causa de sus métodos brutales y de los arrestos arbitrarios que ordenaba llevar a cabo, por lo demás totalmente ineficaces en la lucha contra los agentes versalleses y muy mal percibidos por la población. Combatió durante la Semana Sangrienta encabezando un batallón de la Guardia Nacional. Fue fusilado por las tropas versallesas el 24 de mayo, en la Rue Gay-Lussac.

Tournachon, Félix: verdadero nombre del famoso fotógrafo Nadar.

Troppmann, Jean-Baptiste: culpable de haber asesinado, por razones deshonestas, a una familia entera, primero al cabeza de familia y el hijo mayor, y posteriormente a la madre y los otros cuatro hijos. La llamada «matanza de Pantin», así como la investigación policial, relatada con complacencia por *Le Petit Journal*, tuvieron una inmensa resonancia en la época. Troppmann fue ejecutado en la guillotina el 19 de enero de 1870. Su ejecución reunió en la prisión de la Roquette a una multitud considerable.

Vanves (e Issy): fortalezas que defendían el sudoeste de París, conquistado por los versalleses los días 9 y 13 de mayo. A causa de su situación estratégica, fueron escenario de combates muy violentos.

El gran maestro del crimen francés retrata los últimos días de la comuna en una novela de la estirpe de *Los miserables*.



Por las calles de una ciudad llena de trincheras, el mal merodea con libertad. Están desapareciendo mujeres muy jóvenes y las sospechas se centran en un fotógrafo cuyos trabajos son algo peculiares.

CORREN LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA COMUNA DE PARÍS

Una de las secuestradas es Caroline, la prometida del sargento Nicolas Bellec, combatiente del bando comunero. Nadie parece tener la llave de la bodega donde está encerrada y, cuando las tropas de Versalles entren a sangre y fuego, ya no habrá escapatoria.

CAEN LOS OBUSES Y EMPIEZAN LAS EJECUCIONES SUMARIAS

Investiga el asunto un oficial de policía con marcado sentido del deber, el comisario Antoine Roques. La suya es una carrera contrarreloj para dar con la muchacha, mientras se acerca el inexorable fin de la Comuna.

«Con aparente y engañosa facilidad, Le Corre se ha coronado como uno de nuestros mejores autores de noir.»

Libération

«Con una escritura rica y exuberante, nos describe las tempestades de plomo y metralla que asolaron la Comuna de París. Después de una novela negra formidable (*Perros y lobos*), Hervé Le Corre nos brinda aquí un thriller excelente que cumple con todas las exigencias del fresco histórico ... Probablemente sea el mejor escritor de novela negra de Francia.»

Le Figaro

«Una novela negra llena de sangre, furor, amor y guerra... Un libro que conquista a los lectores por su épica y sus personajes populares.»

L'Express

«Una novela que es tres libros a la vez: una excelente novela policiaca, un libro de historia muy bien documentado y una profesión de fe revolucionaria.»

TéléZ

«En el género policiaco francés —tan estandarizado y a menudo aséptico— Hervé Le Corre ocupa un lugar aparte. Con *Bajo las llamas* vuelve a demostrar que escribe como nadie lo hace en todo el mundo.»

Le Nouveau Magazine Littéraire

«Una novela que es negra y es roja, donde se retrata con pasión el espíritu revolucionario. Una obra magistral, eminentemente política y profundamente melancólica.»

Télérama

«Una prosa viva y carnal, que no pierde el tiempo y complacerá sumamente al lector, arrojado sin piedad a un París en pie de guerra.»

Lire

«En tiempos de la Comuna, los chalecos no eran amarillos sino rojos: rojo hoguera, rojo sangre, rojo cereza, rojo beso. *Bajo las llamas* rememora con increíble potencia toda una época.»

France Culture

«No es solo una buenísima novela histórica. Es una novela verdaderamente negra, épica y popular.»

L'Eveil Normand

«Todos los personajes de Hervé Le Corre tienen en común que o duermen poco o duermen escondidos. Algunos son esclavos de un trabajo infernal, otros viven en alerta por temor a ser sacrificados, los hay seguro a los que atormentan ciertos recuerdos... Le Corre, sin duda, es un pintor de aguafuertes. Recorre un espectro completo de registros, excava en las sombras. Su material de trabajo son los cielos y los rostros. En un París de hollín y de noche, surgen aquí y allá mezclas de color y tinta negra: el rojo sangriento de la bandera de la Comuna, el fulgor de un incendio, la llama de una lámpara. En sus obras, los destellos de esperanza titilan... pero nunca se apagan. Aquí ha logrado añadir toques de negro al rojo de la "semana sangrienta" de la Comuna. *Bajo las llamas* es una novela como ninguna otra, un libro lleno de

vida, una historia que vibra de verdad.»

Le Monde des Livres

Hervé Le Corre (Burdeos, 1955) es un reconocido autor de novela policíaca. Profesor de literatura en la universidad de Bègles, Le Corre comenzó a escribir a los 30 años. Recibió el Grand prix de littérature policière 2009 y el Prix Mystère de la crítica en 2010 por *Les Coeurs déchiquetés*, así como el Prix Landernau, el Prix Michel-Lebrun y el Prix Le Point du Polar européen en 2014 por *Après la Guerre*. En 2016 publicó en Francia *Perros y lobos*, que la crítica y los lectores han acogido con verdadero entusiasmo.

Título original: *Dans l'ombre du brasier*

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2019, Hervé Le Corre

© 2019, Payot & Rivages

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Teresa Clavel, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Historical Views / Agefotostock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17910-32-7

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Bajo las llamas

Jueves, 18 de mayo

Capítulo 1

Viernes, 19 de mayo

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Sábado, 20 de mayo

Capítulo 10

Capítulo 11

Domingo, 21 de mayo

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Lunes, 22 de mayo

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Martes, 23 de mayo

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Miércoles, 24 de mayo

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Jueves, 25 de mayo

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Viernes, 26 de mayo

Capítulo 33

Sábado, 27 de mayo

Capítulo 34

Domingo, 28 de mayo

Epílogo

Glosario

Sobre este libro

Sobre Hervé Le Corre

Créditos